



FOUNDED 1852
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630.
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
Shelf No.
4314.145
V. 3.
Heliotype Printing Co.



HISTORIA

DE LA REVOLUCION

DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

TOMO TERCERO.

HISTORIA

DE LA REVOLUCION

DE LA

REPÚBLICA DE COLOMBIA

EN LA

AMÉRICA MERIDIONAL,

POR

JOSÉ MANUEL RESTREPO.

Ne dites à la postérité que ce qui est digne de la postérité.
(VOLTAIRE , *Hist. de Pierre le Grand*, Préface.)

No digas á la posteridad sino lo que es digno de la posteridad.

TOMO TERCERO.

BESANZON,
IMPRENTA DE JOSÉ JACQUIN,
Grande-Rue, nº 14.

1858.

B. H.

April 20. 1874.

E.

Text 4 v.

Atlas 1 v.

HISTORIA

DE LA REVOLUCION

DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

EN LA AMÉRICA MERIDIONAL.



PARTE TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mision de Zea á Europa : otras operaciones del Libertador en Angostura. — Emprende su viaje á Cúcuta. — La division de Valdes marcha á Cundinamarca. — Publicacion de la ley fundamental de Union. — Varios actos y leyes orgánicas que da el congreso. — Termina sus sesiones. — Manifiesto pomposo de Zea á los Colombianos. — Nueva campaña que va á emprenderse. — Fuerzas de los realistas y de los independientes. — Son superiores los primeros. — La division Latorre se retira de Cúcuta. — Inmobilidad de Morillo. — Expediciones que proyecta el virey Sámano. — Es derrotada la del Magdalena. — Warleta se retira de Antióquia y Bayer del Chocó. — *La Rosa*, corsario de Buenos Aires, liberta el Alto-Chocó : pelea con la fragata *Prueba* : pérdida de *La Rosa*. — Sorpresa de Popayan por Calzada ; este marcha victorioso hasta Cartago, y amenaza á Antióquia. — Regresa á Cali, y dispersa algunas guerrillas patriotas. — Excesos cometidos por los realistas : irritacion que causan á los republicanos. — Calzada envia una columna á la Plata, que es des-

truida : comete otros desaciertos. — Fuerte partido de oposicion que se forma contra él en Popayan ; lo encabeza el obispo. — Bolívar sigue de Cúcuta á Bogotá. — Se publica en Cundinamarca la ley fundamental de Colombia. — Alegría del Libertador y elogios que tributa á Santander; estos son justos. — Bolívar manda reclutar cinco mil esclavos : motivos de esta providencia, que se cumple en su mayor parte. — Expedicion que se destina al sur de la Nueva Granada. — El coronel Concha gobernador de la nueva provincia del Cáuca. — El Libertador regresa á Cúcuta. — Se proyecta y dictan providencias para libertar las costas del norte de Cundinamarca. — Escasez de armas y municiones; medidas adoptadas para conseguirlas: grandes distancias que debian recorrer. — Expedicion irlandesa contra Riohacha. — Dificultades que rodean á los jefes. — Estado de la guerra en Venezuela. — Revolucion de las tropas españolas acantonadas en las cercanías de Cádiz con destino á la América del Sur. — Proclaman la constitucion de 1812. — Esperanzas que dicha revolucion excita entre los Colombianos; desaliento de los realistas. — Montilla y Brion ocupan á Riohacha. — Se levantan guerrillas en favor de los Españoles. — Montilla marcha al valle Dupar á adquirir noticias de lo interior. — Vuelve al Hacha, sin poder realizar la combinacion meditada. — Motivos que impiden la marcha de las tropas del interior hácia la costa. — Insubordinacion de los Irlandeses : se deniegan á pelear contra una division española. — Montilla la bate con los Colombianos y un cuerpo irlandes. — Abandono de Riohacha. — Los Irlandeses queman la ciudad. — Envíaseles á Jamáica, y se da un informe documentado al gobernador de la isla, á fin de comprobar la insubordinacion de aquellos soldados. — Situacion crítica de Montilla y Brion ; se dirigen á las costas de Cartagena. — Progreso de la revolucion en España. — Fernando VII jura la constitucion y convoca las Córtes. — Su manifiesto á los Americanos, excitándolos á que se unan de nuevo á la Monarquía. — Nada consigue. — En Carácas se jura la constitucion española y cesan las facultades extraordinarias de Morillo. Tambien se jura en Cartagena. — Opónese el virey Sámano, que deja el mando y se va á Jamáica. — Brion y Montilla toman el puerto de Sabanilla. — Se conmueven Barranquilla, Soledad y otros pueblos que prestan auxilios. — Envian un comisionado hácia el Cáuca. — Progresos de Córdoba en este rio hasta Magangué ; aquí recibe noticias de Montilla. — Ocupa á Mompox abandonada por los Españoles, que le baten algunos destacamentos. — Se reune con Maza : atacan y vencen á los realistas en Tenerife. — Apodéranse en Barranca de un abundante parque y siguen hasta Barranquilla. — Los Españoles se concentran en Cartagena. — Brion forma una escuadrilla en el Magdalena. — Combates en la provincia de Santamarta sin éxito. — Montilla sitia á Cartagena por tierra y Brion por mar. — Sufrimientos de los independientes. — Se habilita el puerto de Sabanilla para las importaciones. — Arribo del general d'Evereux; sus disputas con Montilla. — Se organiza el ejército del Sur; bate á los realistas en Pitayó. — Calzada y los partidarios del rey abandonan á Popayan. — Censuras del obispo Jiménez : este se pone á la cabeza de un partido

contra Calzada en Pasto. — Excesos del general Valdes en Popayan; retírase al valle del Cáuca. — Arribo á Pasto del presidente Aymerich. — — Quita el mando á Calzada y lo confiere á don Basilio García. — Manda jurar la constitucion española. — Situacion triste de Popayan. — El ejército republicano se divide en el Cáuca y se desorganiza. — Disgusto contra el general Valdes y el gobernador Concha. — Servicios del coronel Cansino en el Chocó. — Esperanzas fundadas que excita la revolucion de España, de que se conseguirá la Independencia. — Libertad concedida á los patriotas presos ó expatriados. — Nariño escribe contra Morillo. — Tupac-Amaro libre. — Fernando VII manda iniciar negociaciones de paz con los jefes independientes de Colombia. — Irritacion de Morillo al recibir la órden. — Establece en Carácas una junta de pacificacion. Escribe á varios jefes independientes, y envia comisionados cerca del congreso de Angostura y de Bolívar. — Contestacion que le dan los generales republicanos. — Cuál fué la del Libertador : todos exigen la base de la Independencia. — Consecuencias que produce la abertura de negociaciones de paz, favorables todas á los independientes. — Estado y situacion de las fuerzas de Bolívar y de los Españoles. — Causas de la inmobilidad de Morillo. — La imprenta libre le ataca en Venezuela. — Viaje del Libertador á las costas de Cartagena. — Oficia al gobernador de esta plaza en estilo duro, que le irrita. — Propuestas de los comisionados españoles á los Colombianos. — Son rechazadas y se suspende la negociacion. — Sorpresa de Turbaco por los realistas. — Se restablece el asedio de Cartagena. — Arribo de la corbeta *Céres* con auxilios : llegan otros buques españoles de guerra : despues de algun tiempo regresan á Puertocabello. — Enfermedades de las tropas sitiadoras. — Entusiasmo de la provincia de Santamarta por el rey. — Fuerzas republicanas destinadas á tomar la capital; cuántas se les oponen ; proyectos de sus jefes para la defensa. — Son derrotados en la Fundacion. — Toma sangrienta de San Juan de la Ciénaga y de la escuadrilla realista. — Maza y Carreño marchan sobre la ciudad de Santamarta. — Abandónala el gobernador Pórras, y es ocupada por los independientes. — Carreño la trata bien. — Jefes que se distinguieron. — Montilla y Gual organizan el gobierno de la provincia. — Los Samarios continúan tenaces en su oposicion al gobierno republicano, y se arman en guerrillas; estas se burlan del coronel Móntes de Oca. — Los Colorados toman á Ocaña, derrotando al coronel Figueredo. — Conducta ambigua de Móntes de Oca. — El coronel Narváez tranquiliza una parte de la provincia de Santamarta. — Prosigue el asedio de Cartagena. — Ejército independiente que la sitia, y patriotismo de los habitantes de la provincia. — Servicios distinguidos de Montilla ; sus disputas con Brion. — Otros jefes que se distinguen en la campaña del Magdalena. — El ejército republicano provisto de armas y municiones. — El virey Sámano en Panamá; allí muere. — Esfuerzos y grandes sacrificios que hace el departamento de Cundinamarca. — Dirígelos el general Santander, cuyos servicios son eminentes en esta época.

Año de 1819. — Decretada la creacion de la República de Colombia, Bolívar quiso aprovecharse de la impresion favorable que este grande acto de política podria hacer en Europa. Resolvió, pues, enviar á la Gran Bretaña una mision respetable, para negociar allí el reconocimiento de la Independencia, un empréstito y concluir otros arreglos importantes. El segundo jefe de la República, Francisco Antonio Zea, fué escogido para esta comision diplomática, quien debia seguir á cumplirla luego que el congreso termináro sus sesiones. Partieron tambien comisionados hácia diferentes puntos en busca de armas, municiones y otros aprestos militares que faltaban. Al mismo tiempo el Libertador organizó una columna de tropas á fin de reforzar el ejército de Apure, y dispuso que en Margarita se reuniese la parte que habia arribado de la legion irlandesa enviada por el general d'Evereux; confirió su mando al coronel Mariano Montilla. Destinóla á hacer un desembarco en Riohacha, para obrar contra las provincias de Maracáibo, Santamarta y Cartagena, en combinacion con las tropas que existian en el departamento de Cundinamarca ó Nueva Granada.

Acaso en ninguna época obró el general Bolívar con mayor actividad. En solo doce dias concluyó tan importantes negocios. Poniéndose entónces á la cabeza de la columna destinada al ejército de Apure, partió de Angostura (diciembre 24). Al paso visitó aquel ejército, aumentado considerablemente con la division que el general Soublette condujo ántes de la Nueva Granada, sin embargo de que las enfermedades la habian diezmado. Habiendo el Libertador pasado una revista á dicho ejército, y comunicado á Páez sus instrucciones sobre la conducta que debia observar, se dirigió á Cúcuta. Tambien dispuso que se reuniera una division considerable de tropas al mando del general Manuel Valdes, compuestas especialmente de las que existian en la provincia de Cumaná, que mandó dirigir tan pronto como fuera posible hácia Cundinamarca. Siguió por delante hácia el mismo destino otro cuerpo, gobernado por el coronel José Míres. Un batallon venezolano, unido á la legion británica, compusieron una brigada á cargo del coronel ingles Bloset, la que permaneció en Acháguas como parte del ejército de Páez.

Uno de los grandes objetos que llamaban á Bolívar con urgencia á la Nueva Granada, era mandar publicar y ejecutar la ley fundamental de la Union con Venezuela. En la ciudad de

Angostura se hizo la publicacion al dia siguiente de la partida del Libertador, dándose al acto la mayor solemnidad que fué posible.

El congreso continuaba ocupándose con mucha asiduidad en hacer los últimos y mas importantes arreglos para la organizacion de la nueva República; entre estos dió un acto confiriendo honores á Bolívar y al ejército libertador. En él dispuso que Bolívar llevára siempre el título de *Libertador* ántes de cualquiera otro; que su retrato fuese colocado bajo de solio en la sala de las sesiones del congreso con esta inscripcion : « Bolívar, Libertador de Colombia, padre de la patria, terror de los tiranos. » Aprobó la órden de los Libertadores de Cundinamarca, declarando que lo serian todos aquellos que hubieran contribuido á la libertad de este país. Sus nombres debian ser proclamados en las capitales de los departamentos y en las plazas fuertes, é inscriptos en la columna triunfal decretada por la asamblea de notables de Bogotá.

En seguida se ocupó el congreso en expedir las leyes orgánicas mas necesarias para el gobierno de la República. Por una ley determinó las facultades de los vicepresidentes de los departamentos, que fueron muy amplias; por otra, cómo se debia ejercer la vicepresidencia de Colombia durante la ausencia de Zea. Encargósela al vicepresidente del departamento de Venezuela, auxiliado por los respectivos secretarios de Estado. Estableció comisiones para el repartimiento de los bienes nacionales entre los servidores de la patria, conforme á las reglas acordadas en una ley, y para que se liquidáran las deudas activas y pasivas de la República. Prescribió el modo de terminar los juicios criminales en la última instancia. Concedió un indulto general para casi todos los delitos, especialmente los políticos, poniendo muy pocas excepciones; esta concesion se hizo para celebrar el grande y fausto acontecimiento de la Union de los pueblos de Venezuela y de Nueva Granada. Decretó el establecimiento de una comision permanente del congreso, que debia residir en la capital, cuyo encargo era suplir la falta de este en varios casos, y convocarlo en otros. Componíase de un presidente, que lo fué el doctor Juan Martínez, y de seis miembros. Acordó finalmente el reglamento para las elecciones de los diputados que debian componer el congreso general de Colombia, y algunas reglas sobre la libertad de los esclavos : los que la habian obtenido

continuarian gozándola; y los que no, quedarian sujetos á lo que determinára el próximo congreso.

Año de 1820. — Por fin llegó el momento de concluir sus sesiones el congreso de Venezuela (enero 19), á las once meses despues de haberlas comenzado. Zea, como presidente, leyó un largo y elocuente manifiesto á los pueblos de Colombia, en que les pintaba con expresiones y raciocinios los mas claros y brillantes la importancia de la Union decretada; el poder, la gloria y los altos destinos á que debia elevarse la nueva República, si sus pueblos se adherian con fuerza y energía á la Union; que ninguno de los tres departamentos de Venezuela, Cundinamarca y Quito podia en un siglo constituir por sí solo una potencia firme y respetable. — « Pero unidos, ¡ gran Dios ! continuaba Zea, ni el imperio de los Medos, ni el de los Asirios, ni el de Alejandro, ni el de Augusto, pudieran jamas compararse con esa colosal República, que un pié sobre el Atlántico y otro sobre el Pacífico, verá la Europa y el Asia multiplicar las producciones del genio y de las artes, y poblar de bajeles ambos mares, para permutar por los metales y piedras preciosas de sus minas, y por los frutos aun mas preciosos de sus fecundos valles y sus selvas. No hay ciertamente situacion geográfica mejor proporcionada que la suya para el comercio de toda la tierra. Colombia ocupa el centro del nuevo continente con grandes y numerosos puertos en uno y otro Océano : rodeada por un lado de todas las Antillas, y por el otro igualmente distante de Chile que de Méjico; cruzada toda ella por caudalosos rios que en todas direcciones descienden de los Andes, y á veces la cortan, y á veces se encadenan unos con otros, y extenderán un dia nuestra navegacion interior desde las costas opuestas hasta el centro de la República, y aun hasta los nuevos Estados del sur; desde Guayana hasta el Perú, desde Quito y Cundinamarca hasta el Brasil, y tal vez hasta el Paraguay, y quién sabe si hasta Buenos Aires. Ciertamente, si en un país por la mayor parte desconocido de sus propios habitantes se han encontrado tantas y tan extensas comunicaciones, ya mas ó menos expeditas, ya mas ó ménos difíciles, ¡ cuántas otras no serán descubiertas por el genio de la Libertad (1) !... »

(1) Este manifiesto es una de las producciones mas brillantes de la pluma de Zea. Dejóse arrastrar en él por su fecunda imaginacion, y por los

Despues de habernos ocupado de la relacion de estos acontecimientos políticos, volvamos la vista hácia los militares. Habia llegado el tiempo á propósito para abrir la campaña de 1820, así en las llanuras de Venezuela como en las costas y en las montañas de Cundinamarca. Era inmensa la línea por la cual los patriotas podian atacar y ser atacados. En la provincia de Cumaná ocupaban la parte mas oriental desde Carúpano, dominando despues la derecha del Apure, desde San Fernando hasta su orígen: en Cundinamarca los Españoles poseían las provincias litorales, exceptuando solamente la del Chocó y la de Popayan desde la capital hácia el sur.

Para defender las provincias de Venezuela que aun dominaban, tenian los realistas mas de doce mil soldados, veteranos valientes, dirigidos por el general Morillo y por jefes y oficiales que conocian perfectamente la clase de guerra en que se hallaban empeñados. El virey Sámano ocupaba las costas de la Nueva Granada con mas de dos mil hombres, apoyados en la fuerte plaza de Cartagena y en la multitud de elementos militares que contenia. Dominaba los rios Cáuca y Magdalena con fuerzas sutiles, cuando los independientes no poseían mas que algunas canoas en Honda. El capitan general de Quito, mariscal de campo Aymerich, tenia á sus órdenes la division de Calzada, junto con algunas otras compañías y las aguerridas milicias de Pasto. Podia poner en campaña cerca de tres mil hombres.

Sin embargo de estar bien persuadido el Libertador de que las fuerzas realistas que debia combatir eran superiores á las suyas en número y disciplina, dió sus disposiciones para abrir la campaña. Él tenia en las llanuras que riega el Apure, entre Acháguas y el Mantecal, cosa de tres mil hombres bajo las órdenes del intrépido Páez. Componíase aquel ejército de la caballería de los llaneros de Apure y de alguna infantería, que se habia aumentado con los reclutas que el general Soublette condujo de Cundinamarca el año anterior. El ejército del Norte, cuyo cuartel general habia sido Pamplona, contaba dos mil quinientos hombres, la mayor parte reclutas. No llegaban á dos

grandes objetos que se le presentaban: sus ideas han venido á ser ensueños hermosos; pero entónces se le presentaban como realizables, lo mismo que á otros muchos Colombianos, alucinados por su ardiente patriotismo.

mil los soldados mal armados y sin disciplina que habia en Popayan y en otros puntos de Cundinamarca.

No obstante que las tropas reales eran mas numerosas y aguerridas, el entusiasmo de la libertad é independencia daba á los pueblos un fuerte espíritu de enérgica resistencia para defender sus mas caros intereses. Los realistas combatian en favor de un amo y de una metrópoli distantes; por tanto sus esfuerzos debian ser débiles comparados con los que hacian los independientes. Ademas, estos eran dirigidos por el genio activo y emprendedor de Bolívar.

Donde primero se abrió la campaña fué en los valles de Cúcuta. El ejército republicano, mandado por el coronel Salom, se movió de Pamplona. El mariscal Latorre, cuyas fuerzas eran inferiores, emprendió su retirada (enero 11) á medida que avanzaban los patriotas, primero hasta la Grita, despues á Bailadóres, y últimamente á Mérida, cortando el puente sobre el rio Estánques. Trabáronse en la retirada lijeros combates con las avanzadas de nuestra caballería, en que se distinguieron por su arrojo y brillante valor los comandantes Rondon y Mellao.

El general Morillo permanecia entre tanto en su cuartel general de Valencia. Han creido algunos que, despues de la pérdida del vireinato de Santafé, no obró con toda la energía y actividad que acostumbraba, dando así tiempo á Bolívar para fortificarse y disciplinar sus tropas. Este cargo se puede rebatir, considerando que el ejército de Páez se hallaba acampado entre Achâguas y el Mantecal, y que reforzado amenazaba herir el corazon de Venezuela. Si Morillo, en aquellas circunstancias, hubiese destacado hácia la Nueva Granada una parte considerable de su ejército, Páez, que estaba á la mira, se hubiera apoderado de Barínas, San Cárlos, Valencia y acaso de Carácas. Tal amenaza compelia al jefe español á mantenerse á la defensiva, cubriendo la provincia de Carácas, que era su base principal de operaciones.

No sucedia lo mismo con el virey Sámano. Recuperado un poco de su primer espanto y del pánico terror que le habia causado *el cobarde Bolívar*, segun le llamaba, quiso tomar la ofensiva. Con este objeto envió expediciones destinadas á ocupar simultáneamente lo alto del rio Magdalena, la provincia de Antióquia y la del Chocó. En el Magdalena tenian los republicanos

una flotilla de embarcaciones lijeras y con mala artillería. Mandaba esta escuadrilla el comandante Maíz; en su armamento habia trabajado con mucha actividad el coronel José María Mantilla, gobernador de Mariquita : ella cruzaba entre la Angostura de Carare y San Pablo, teniendo á bordo ciento veinte y cinco hombres de tropa. De Mompox salió á destruirla otra flotilla realista, compuesta de nueve buques mayores de gruesa artillería y dos menores, que conducian ciento cincuenta y tres infantes fuera de los marineros, acompañándolos tambien algunos trasportes. Regía esta escuadrilla el teniente coronel don Isidro Barrada.

Sin hacer caso de tan decidida superioridad, la nuestra navegó denodadamente al encuentro de la enemiga, que hallára cerca del peñon y playa de Barbacóas. Empeñado el combate, los patriotas consiguieron echar á pique dos embarcaciones realistas, y tomaron dos al abordaje junto con nueve trasportes, haciendo huir al resto de la escuadrilla enemiga, de la que pereció el comandante Violó con otros oficiales y soldados. Se les tomaron cincuenta prisioneros, cerca de seiscientos fusiles encajonados y otros muchos pertrechos. Al principio de la accion desembarcaron en la playa de Barbacóas cincuenta fusileros para cortar la retirada á los patriotas, cuya derrota juzgaban segura los enemigos. El valiente llanero Carvajal, á la cabeza de cuarenta y nueve hombres del escuadron de Guias, armados de lanza, desembarcó igualmente á oponérseles. En pocos momentos no quedó en tierra un Español vivo, y todos perecieron al filo de las lanzas : accion de un valor y arrojo extraordinarios. El comandante Maíz salió herido, y Carvajal persiguió á los fugitivos hasta Vadillo, causándoles nuevos daños.

Los resultados de esta accion, pequeña en sí, fueron harto favorables á la causa de la Independencia. Ella elevó el espíritu público, nos hizo dueños de todo el Alto-Magdalena, y contribuyó eficazmente á la defensa de Antióquia.

El coronel Warleta con trescientos cincuenta veteranos españoles del regimiento de Leon atacaba por el mismo tiempo esta importante provincia. Él llamó la atencion por el camino de Zaragoza y Remédios en circunstancias harto críticas. El comandante José María Córdoba estaba loco á consecuencia de una caida de á caballo, y no habia otro oficial que inspirára la confianza que dicho jefe por su valor y actividad. Sin embargo

de esto, el gobernador político (1) excita para la defensa el entusiasmo de los pueblos, y dicta las demas providencias que exigian circunstancias tan peligrosas. Habiendo encontrado la mas activa cooperacion de parte de los pueblos, se junta una fuerte columna para repeler la invasion española. Entre tanto Warleta sube el Cáuca hasta la ciudad de Cáceres, atraviesa rápidamente una fragosa montaña, y sale al Yarumal ó San Luis de Góngora, cuando apénas se tenia noticia de su marcha por aquella parte. Entónces ya el teniente coronel Córdoba se habia restablecido, el que salió con quinientos hombres en busca de Warleta, que permanecia en Yarumal esperando los auxilios que le habian ofrecido algunos traidores á la patria. Atacóle en Chórros-Bláncos, donde fué batida una parte de la fuerza española (febrero 12). El resto huyó hácia Cáceres; y habria perecido mayor número de soldados, si Córdoba los hubiera perseguido vivamente como debió hacerlo.

Tampoco tuvo feliz resultado la invasion de la provincia del Chocó. Los buques de guerra destinados á este objeto subieron el rio Atrato. Empero hallaron que los patriotas habian construido baterías en la boca de Murrí, donde se emboscaron. No pudiendo los realistas forzar aquel punto, se vieron obligados á volverse á Cartagena despues de sufrir alguna pérdida.

En las costas meridionales del Chocó obtenian igualmente algunas ventajas las armas republicanas. Allí habia aparecido la corbeta llamada *Rosa de los Ándes*, corsario de Chile, mandado por el ingles Juan Illingworth (2). Este cruzaba entre la isla de Górgona y las costas del Chocó. Él hizo un desembarco en el puerto de Guapi ó Barro, que tomára. Despues libertó á Micay, Iscuandé, Buenaventura y la isla de Tumaco, auxiliado por varios patriotas del país. La ciudad de Barbacóas se sostuvo por el rey con auxilios que recibió de Quito; pero los demas lugares conservaron su libertad, reforzados con algunos socorros que les franquearon los independientes del valle del Cáuca. Illingworth dió un buque para seguir á Chile el oficial granadino José Anto-

(1) Lo era el que escribe esta *Historia*, quien al mismo tiempo recogia y enviaba á Bogotá cuantiosas sumas de dinero en auxilio del gobierno general.

(2) Se le llamaba entónces Mingstroth por equivocacion; su verdadero nombre era Illingworth, pero en lo sucesivo se le llamó Illingrot.

nio Muñoz, llevando pliegos del vicepresidente de Cundinamarca. Comunicábase á dicho gobierno el estado político y militar de la Nueva Granada; al mismo tiempo se solicitaba la venta de algun armamento, del que habia suma falta.

Poco tiempo despues apareció en aquellos mares la fragata de guerra española llamada *La Prueba,* de cincuenta y dos cañones, que habia salido de Guayaquil. Trabóse un reñido combate el 16 de mayo á la altura de Punta-Galera, entre dicho buque y *La Rosa*, que tenia diez y seis cañones ménos. Tratando su tripulacion de abordar á la primera, no pudo conseguirlo. Una astilla hirió en la cara al comandante Illingworth, y su segundo el capitan Desereines sostuvo con mucho valor y en dos dias tan desigual combate. *La Prueba* no fué capaz de tomar á *La Rosa de los Ándes,* que se salvára internándose en el rio de Iscuandé. Habiendo encallado por falta de conocimientos prácticos, fué abandonada por su tripulacion. Illingworth continuó sirviendo á Colombia en las costas del Pacífico, y despues en el departamento de Quito, donde se distinguiera como uno de sus hijos adoptivos.

Ántes de tales sucesos habia ocurrido uno desgraciado en Popayan. Esta ciudad se hallaba guarnecida por cuatrocientos treinta hombres, que mandaba el coronel Antonio Obando. La guarnicion estaba mal asistida y observaba flojamente la disciplina militar. Los Patianos ocupaban todo el territorio hácia el sur desde los mismos alrededores de Popayan; así era que los patriotas nada sabian de lo que pasaba mas allá del ejido de la ciudad.

En el intermedio el coronel Calzada habia recibido en Pasto un refuerzo de Quito, reducido á una compañía de cazadores de los Ándes, compuesta de ciento ochenta hombres escogidos y pocos artilleros. Enviáronsele tambien algunas armas de que tenia escasez, municiones, vestuario y dinero. Reorganizada así la division, y reforzada con un batallon de milicias de Pasto regido por don Ramon Zambrano, y por algunas guerrillas que debian reunírsele en el valle de Patía, una de ellas guiada por el comandante José María Obando, Calzada se puso en marcha hácia Popayan. La division ascendia á cerca de dos mil hombres, los mil setecientos de infantería, con los que aseguraba al presidente de Quito, que seguiria sin detenerse hasta Santafé á destruir al cobarde Bolívar.

Sus marchas fueron rápidas, y cuando los oficiales patriotas habian estado bailando casi toda la noche, el enemigo se acercaba sin que nadie lo sintiera. El 24 de enero, á las cinco y média de la mañana, los realistas sorprenden y toman á Popayan, matando á varios oficiales y soldados patriotas; unos combatiendo con valor, y otros pasados por las armas despues de ser prisioneros, porque la guerra á muerte iba generalizándose. Se salvaron los restos de la guarnicion retirándose al valle del Cáuca. Algunos oficiales, entre ellos el gobernador Obando, pudieron ocultarse en las casas particulares. Aun los mismos vecinos realistas les dieron un asilo fiel y generoso, que honrará siempre la virtud de aquellos ciudadanos. Várias casas, aunque no todas, fueron saqueadas por las tropas reales.

El capitan español don Eugenio Tamariz recibió el nombramiento de gobernador de Popayan, restableciéndose las demas autoridades á nombre del rey. Á los cuatro dias siguió Calzada para el valle del Cáuca. Sus tropas lo recorrieron por la derecha del rio hasta Cartago, dispersando fácilmente las reuniones de los pueblos armados hechas en varios puntos. Los patriotas se vieron en la necesidad de emigrar por la montaña de Quindío hasta Ibagué. En Cartago supo Calzada la invasion de Warleta sobre Antióquia y envió doscientos hombres á la Vega de Supia, á fin de adquirir noticias. Ya Warleta habia huido, y se vió entónces claramente la importancia de la defensa de Antióquia. Solo esta provincia impedia que se comunicáran el virey Sámano y el presidente de Quito, y que pudieran combinar sus operaciones. Si lo hubieran conseguido, habrian puesto en mucho riesgo la reciente independencia de Cundinamarca.

Calzada regresó prontamente desde Cartago á Cali, donde el ingles Runel habia reunido en la montaña de Jamundí bastantes hombres armados, especialmente esclavos y otros de la última clase del pueblo, con quienes cometia graves excesos. Los cazadores realistas mandados por el Venezolano don Nicolas López, antiguo oficial de la escuela de Bóves, dispersaron con facilidad aquella montonera. Entónces recibió Calzada postas dirigidos por el gobernador de Popayan, en que le avisaba estar amenazado por las tropas republicanas que ocupaban la ciudad de la Plata al oriente de la cordillera. Esta noticia obligó á Calzada á regresar á Popayan.

La excursion de este jefe por el hermoso valle del Cáuca obró como un torrente devastador. Hombres, ganados, muebles, cosechas, todo lo destruían sus soldados, para los que todo era permitido contra los rebeldes é insurgentes. En el tránsito hizo arcabucear á varios oficiales republicanos, y atormentar inhumanamente á muchos patriotas. Distinguióse entre los demas por sus crueldades el comandante de dragones de Granada don Francisco González, el mismo que tan cobardemente huyó con todo su cuerpo en la batalla de Boyacá.

Al retirarse Calzada del valle del Cáuca, dejó mandando una columna al mulato de Patía, Simon Muñoz. Situado este en Caloto y Quilichao, destruyó cuantos ganados y patriotas pudo coger. Bajo de sus órdenes mandaba en Japio el alférez Joaquin Ledesma. Horrorizaria la narracion de todas las feroces crueldades que este hombre cometia con los desgraciados patriotas y los suplicios lentos con que los hacía perecer. Al fin, él fué sorprendido por el comandante Murguéitio y fusilado en Palmira.

Con tales hechos se aumentó la irritacion de los pueblos del valle del Cáuca. Gran número corrieron á las armas, auxiliados por el vicepresidente de Cundinamarca, y destruyeron los destacamentos que dejó Calzada. Así nada aprovechó á la causa del rey su rápida excursion por aquel valle.

No fué mas feliz el éxito de otra expedicion de doscientos ochenta fusileros que el mismo jefe envió á ocupar la ciudad de la Plata, á cargo del capitan don Juan Domínguez. Su objeto, segun decia, era hacer un reconocimiento y adquirir noticias del estado de Santafé. El coronel José Míres, Español europeo al servicio de la República, que mandaba en la Plata, se fingió temeroso retirándose á alguna distancia. Domínguez se apoderó de la ciudad, donde se consideraba seguro. Sin embargo, á los cuatro dias fué sorprendido y destruida su columna. Solo escaparon dos oficiales y unos pocos soldados para dar la triste noticia á Calzada.

Los pasos de este jefe inepto y de ningunos talentos eran felizmente desacertados y favorables á la causa de la Independencia. Exceptuando la sorpresa de Popayan, no hizo alguna otra operacion militar de alguna importancia miéntras obtuvo el mando en jefe. En Venezuela se habia adquirido algun nombre por su actividad en reunir hombres y caballos

para los cuerpos. Mas en el sur de la Nueva Granada, entregado á sí mismo, perdió el poco crédito que tenia, y fué despreciado aun por los subalternos.

Desde su marcha al valle del Cáuca, el coronel Calzada habia disgustado al obispo de Popayan, Jiménez de Padilla, tan decidido realista. Este enemigo promovió un fuerte partido de oposicion contra Calzada, aun entre los jefes y oficiales de su division. Para cortar el mal, vióse en la necesidad de arrestar al gobernador Tamariz y tomar algunas otras medidas de precaucion y vigilancia contra varios jefes. Estas rencillas promovieron una fuerte desercion, sobre todo entre los Pastusos : mas de la mitad regresaron á sus casas. Es verdad que tal era siempre su costumbre. En todas sus irrupciones al valle del Cáuca robaban cuanto podian de muebles, caballerías y ganados. En seguida se desertaban para conducir el botin á sus hogares. Con tan numerosa desercion las fuerzas realistas quedaron reducidas á la mitad. Calzada, sin embargo, infatuado por el mas necio orgullo, despues de tantas pérdidas aun ofrecia al presidente de Quito marchar sobre Santafé con dos mil hombres á destruir las fuerzas de Santander y Bolívar.

Este jefe, con su actividad acostumbrada, habia terminado su viaje desde Angostura, que hizo por Guadualito y la montaña de San Camilo hasta Cúcuta, adonde arribára el 8 de febrero. De paso revistó el ejército del Norte, situado en dichos valles y en otros pueblos immediatos á la provincia de Mérida. Dadas allí sus disposiciones, partió hácia la capital de Bogotá, adonde arribára el 4 de marzo. Su marcha por las provincias del norte fué un triunfo continuado : tal era el entusiasmo de los pueblos por su Libertador.

Antes que llegára á Bogotá, el vicepresidente Santander habia mandado publicar y ejecutar la ley fundamental de Colombia (febrero 12). Previamente reunió una asamblea de las principales autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la capital de Cundinamarca : por unanimidad fueron de opinion que se ejecutára; pero que se reservase al congreso general de Colombia la facultad de confirmarla ó alterarla en los términos que juzgase convenientes. Al mismo tiempo acordaron que se tributasen las mas expresivas gracias al presidente Bolívar por sus constantes desvelos á favor de la Nueva Granada.

En el Socorro se hallaba el Libertador cuando recibió noticia

tan importante. Como la Union de Venezuela y la Nueva Granada eran acaso el principal objeto de su viaje á Cundinamarca, transportado de gozo contestó al general Santander del modo mas honorífico. Hablóle de su desprendimiento en haber preferido ser el primer súbdito de Colombia, cuando estaba llamado á presidir la República de la Nueva Granada, si esta hubiera conservado su Independencia. Enumeró sus servicios militares en Casanare, Gámeza, Várgas y Boyacá, como tambien su inteligencia, economía y rectitud en el gobierno de Cundinamarca. « Es, pues, V. E., concluía, el mas acreedor á la gratitud de Colombia, que por mi órgano lo manifiesta á V. E. y á esos dignísimos pastores, magistrados, jueces, defensores y ciudadanos del departamento de Cundinamarca. »

Eran verdaderamente justos los elogios que Bolívar tributaba á la administracion del vicepresidente de Cundinamarca. Talentos, probidad, firmeza y actividad constante eran los caractéres que principalmente la distinguian. Él organizó las rentas públicas de las diez provincias libres de la Nueva Granada; él restableció los tribunales y la administracion de justicia; él aumentó considerablemente el ejército y defendió el país; él, en fin, sacó de las provincias multitud de recursos pecuniarios y de toda clase, que sirvieron para mantener los ejércitos é infundir una vida nueva á la República. El gobierno de Cundinamarca, así como el de Venezuela, eran en aquella época absolutamente militares, cual lo requeria el estado de guerra en que se hallaban las provincias. De aquí esa actividad y energía que podian desplegar los jefes republicanos para combatir á los enemigos de la Independencia. La administracion de Santander habria sido completa, si por desgracia no se le hubieran escapado algunas providencias injustificables, aun cuando se ocurra á las circunstancias difíciles de aquellos tiempos borrascosos.

Una de las grandes medidas que Bolívar habia dictado poco ántes, fué que se tomáran tres mil esclavos jóvenes y robustos de las provincias de Antióquia y del Chocó, así como dos mil de Popayan, para aumentar el ejército. El vicepresidente Santander hizo observaciones sobre esta providencia por la multitud de brazos útiles que se arrancaban de la agricultura y de las minas. Sin embargo el Libertador presidente la mandó cumplir, manifestando ser altamente justa para restablecer la igualdad civil y política, porque mantendria el equilibrio entre

las diferentes razas de la poblacion. La blanca era la que habia soportado el peso de la guerra en Cundimarca; si continuaba el mismo sistema, la africana sería pronto mas numerosa. Por otra parte, cuatro ó cinco mil esclavos jóvenes y robustos agregados al ejército prestarian un auxilio poderoso y oportuno para continuar con ventajas la guerra de la Independencia. Por iguales motivos se previno despues, que en Popayan, sobre todo, se admitieran al servicio de las armas, y se concediera la libertad á cuantos esclavos se alistáran voluntariamente: disposicion que en breve se generalizó.

En cumplimiento de tales órdenes se sacaron de Antióquia novecientos esclavos que solo habia útiles para las armas. Del Chocó y Popayan se extrajeron cosa de dos mil, pues hubo quienes patrocináran á los propietarios (1).

Durante su residencia en Bogotá, el Libertador acordó con el vicepresidente las medidas convenientes para activar la guerra en las provincias del sur y en las del Magdalena. El general de brigada Manuel Valdes habia arribado á Sogamoso con la division que venía desde Maturin. Llegó en extremo disminuida, por haber perdido cerca de mil hombres en su dilatado viaje, especialmente desertados. Valdes recibió órden para marchar á la provincia de Néiva, donde se juntaba el ejército que debia mandar, destinado á restituir su libertad á las provincias del sur; nombróse para su segundo al coronel José Míres, que regía ántes aquellas tropas. El teniente coronel Pedro Murguéitio habia penetrado ya por Cartago al valle del Cáuca, destruido la faccion del capitan español Mendigúren y auxiliado á los patriotas de Cali. En seguida se trasladó á la misma ciudad el coronel José Concha, nombrado gobernador de la nueva provincia del Cáuca, erigida por el Libertador presidente. Concha redujo al órden á los jefes de guerrillas que habian cometido muchos excesos, especialmente el ingles Runel. Al mismo tiempo que restablecia el órden, el gobernador Concha desplegó una firmeza y actividad extraordinarias para sacar recursos y levantar tropas. Medidas de defensa tan eficaces presagiaban un éxito feliz en la campaña del sur.

Bolívar apénas se detuvo veinte dias en Bogotá, y marchó al

(1) Los dueños de estos esclavos fueron despues indemnizados en parte, reconociéndose su valor como deuda doméstica de Colombia.

ejército del Norte (marzo 24), que habia escogido para dirigir en persona, pues confirió su mando inmediato al general Rafael Urdaneta. Desde los valles de Cúcuta se hallaba en contacto por Ocaña con el Magdalena, con la provincia de Santamarta y con las llanuras de Apure. Ocaña habia sido libertada por el coronel Francisco Carmona. En el rio Magdalena obraba la escuadrilla que venció á la española en Barbacóas, y otros buques armados por el almirante Brion. El comandante de Antióquia, José María Córdoba, habia recibido tambien órdenes del vicepresidente Santander para obrar como pudiera sobre Zaragoza y el rio Cáuca desde el pueblo de Nechí. Esperaba ademas el Libertador recibir de un dia á otro la noticia de que habia desembarcado en Riohacha la legion irlandesa al mando del coronel Mariano Montilla. Atacados así los enemigos por el norte y por el sur, juzgaba que podria libertar en breve las provincias litorales de la Nueva Granada. Su permanencia bajo el dominio español causaba á los pueblos muy graves perjuicios por la falta de puertos para el comercio exterior.

Tan grandes é importantes proyectos se hallaban paralizados en gran parte por falta de armas y municiones. Algunos batallones no las tenian absolutamente, y los fusiles de otros eran malos y escasos. En Cundinamarca se trabajaban minas de plomo y se habia establecido una fábrica de pólvora; pero los rendimientos de esta eran de inferior calidad y las minas daban plomo escasamente. Comisionados activos habian partido de Angostura en busca de fusiles y de otros elementos militares para continuar la guerra: el comerciante Anderson para los Estados Unidos y Hamilton á Inglaterra. Otros oficiales recorrian las Antillas extranjeras. El mas feliz é inteligente fué el general Antonio José Sucre; este pudo comprar en las islas de Barlovento nueve mil setecientos cincuenta fusiles, que introdujo en Angostura promediando abril. Mas era empresa harto larga y difícil conducirlos hasta Cúcuta, Bogotá y otros lugares de Cundinamarca, donde se aguardaban con temerosa ansiedad. Morillo y sus divisiones podian atacar á los patriotas ántes que hubieran conseguido armar sus tropas. Persuadido de esto, y en cumplimiento de las órdenes urgentes que tenia del Libertador, el general Sucre trabajó con la mayor actividad y constancia para enviar desde Guayana á Cundinamarca los fusiles, plomo y demas artículos militares que habia traido. Auxiliado

por los esfuerzos de oficiales activos, entre ellos por el coronel Francisco Vélez, consiguió despues de algun tiempo remitir el armamento embarcando una parte por el Aráuca y otra por el Meta. Era muy grande la distancia que debian recorrer las armas y municiones, y graves las dificultades del tránsito; pero al fin habia seguridad de recibirlas. Esta esperanza calmaba la ansiosa inquietud del Libertador y del vicepresidente de Cundinamarca, quien se lisonjeaba de conseguir otro armamento que negociaba en Chile su comisionado el capitan mayor José Antonio Muñoz.

El coronel Mariano Montilla habia recibido igualmente la comision de comprar armas, municiones y aprestos navales para la expedicion contra Riohacha, de que estaba encargado por el Libertador. Montilla recorrió várias Antillas de barlovento, donde hallára pocos fusiles; pero sí encontró los demas elementos que necesitaba para activar los preparativos de su expedicion. Componíase esta de setecientos cincuenta Irlandeses, parte de los cinco mil ofrecidos por el general d'Evereux, á los que se iban á unir algunos oficiales y tropas del país. El almirante Brion debia mandar la escuadra, y juntar todos los buques de guerra mayores y menores que le fuera posible.

Ambos jefes tuvieron que vencer muy graves dificultades, originadas, por una parte, de la escasez de medios para equipar la expedicion, á cuyo efecto aun empeñaron su crédito particular; y por otra, de los grandes obstáculos que presentaban las tropas extranjeras para mandarlas. Á fin de conducirlas á la América del Sur, se les habian hecho excesivas promesas de enganche, y los independientes no podian cumplirlas por falta de recursos pecuniarios. Esto producia una lucha y continuos choques entre los jefes republicanos que mandaban y los cuerpos extranjeros que debian obedecer (1).

Cuando se hacian estos preparativos en la isla de Margarita, no ocurrian ni habian ocurrido sucesos algunos importantes en las demas provincias de la Costa-Firme. Morillo se mantenia en la inaccion, fijos los ojos sobre lo que emprenderia Bolívar, despues de su triunfo completo en la Nueva Granada. Solamente se hacía la guerra de partidas por uno y otro bando, cuyas operaciones no cesaban en casi todas las provincias, espe-

(1) Véase la nota 1ª.

cialmente en las de Cumaná, Barcelona y Barínas. Dirigian las de los patriotas los generales Bermúdez, Monágas, Sarasa y Cedeño con algunos otros jefes de menor graduacion. Los sucesos eran ya prósperos, ya adversos, sin que produjeran resultado alguno efectivo.

Recibióse en tales circunstancias la noticia de sucesos ocurridos en España, que eran de la mayor importancia y debian ejercer el mas poderoso influjo sobre la Independencia americana. Tal fué la revolucion del ejército español de veinte y dos mil hombres, acantonados en la isla de Leon y en los lugares inmediatos, que se destinaba en su mayor parte para subyugar las provincias del Rio de la Plata, y en otra para reforzar el ejército expedicionario de Morillo. Hacía algun tiempo que los patriotas españoles minaban la opinion de aquel ejército, á fin de apoyarse en él, proclamar la constitucion de 1812 y echar abajo el despotismo de Fernando VII. Preparado el movimiento, estalló el 1° de enero de este año, á las ocho de la mañana, en el pueblo de Cabézas, donde se hallaba acantonado el batallon de Astúrias. Puesto á su cabeza el comandante don Rafael del Riego, proclamó la constitucion de las Córtes de Cádiz, que los soldados recibieron con mucho entusiasmo. El batallon de Sevilla al mando de su segundo comandante don Antonio Muñoz hizo lo mismo en Villamartin, y ambos siguieron por distintas vias contra el cuartel general, que se hallaba en Árcos. Riego fué el primero que arribó, sorprendiendo con la mas feliz audacia al general en jefe Calleja, conde de Calderon, y á los generales Fournaz, Salvador y Blanco, sin que hubiese sucedido desgracia alguna. En seguida el coronel don Antonio Quiroga fué puesto á la cabeza de la revolucion, y varios cuerpos del mismo ejército siguieron el ejemplo contagioso que les dieran Astúrias y Sevilla. Tambien se apoderaron de la ciudad de San Fernando en la isla de Leon, donde estableció Quiroga su cuartel general. Segun las noticias de la época, se esperaba que esta revolucion se generalizaria en toda la Península, pues gran número de Españoles estaban cansados de sufrir el gobierno absoluto de Fernando VII.

Inmediatamente que se recibieron estas nuevas, los patriotas conocieron su importancia y el grande influjo que iban á tener sobre la bella causa que defendian en Venezuela y en la Nueva Granada. Era ya claro que no vendria otro ejército expedicio-

nario á degollar los Americanos, y que Morillo no recibiria los seis mil ó mas hombres que estaban destinados de aquel ejército para auxiliarle, á fin de que completára la pacificacion de Venezuela. Esperanzado Morillo con tales ofrecimientos, hasta llegó á dar las órdenes sobre los puntos adonde se habian de dirigir las tropas, luego que desembarcáran en la Costa-Firme. Pero los Españoles no querian venir á la América meridional á derramar su sangre por sostener la tiránica dominacion de Fernando VII. Hé aquí la causa principal que influyó en los hombres pensadores para hacer aquel movimiento revolucionario. En la masa de soldados obraba poderosamente el miedo que tenian de morir en la América, ya víctimas de la insalubridad del clima, ó ya de la guerra á muerte y de los continuos combates que se daban : el ejemplo de lo que habia sucedido á la mayor parte de los doce mil hombres que condujo ó se le enviaron á Morillo, era un argumento incontestable para ellos.

Tanto los realistas como los independientes de Colombia supieron en el mes de marzo la insurreccion del ejército español destinado á la América del Sur. Esta noticia fué para los primeros un golpe de rayo, porque veían destruida en un momento la esperanza que tenian de prontos y eficaces auxilios para continuar la guerra con ventajas. Los segundos la recibieron con el mayor placer : ella les abria un vasto campo de esperanzas, prometiéndoles un resultado feliz en la sangrienta contienda en que se hallaban empeñados.

Perspectiva tan halagüeña hizo que por todas partes los jefes republicanos activáran las operaciones militares. Una de estas fué la que en Margarita preparaba el coronel Montilla, y anteriormente se han referido las dificultades que le habian impedido realizarla. Al fin zarpó del puerto de Juan-Griego el 7 de marzo. Componíase de catorce buques entre bergantines, goletas, faluchos y flecheras; los ocho eran trasportes. Llevaban á bordo de mil á mil trescientos hombres de infantería y de tropa de marina; los setecientos de la legion irlandesa, y el resto de criollos y extranjeros de otras naciones. Pocos fusiles conducia á bordo la escuadra, aunque sí algunos otros elementos militares en bastante copia.

El 12 de marzo fondeó la expedicion en el puerto de Riohacha bajo del tiro de cañon. Inmediatamente dirigieron Brion y Montilla una intimacion al gobernador español don José Solis,

manifestándole que iban á libertar las costas de la Nueva Granada y que sus instrucciones eran las mas filantrópicas, tanto respecto de los pueblos como de los Españoles europeos, sus enemigos; así que rindiera la plaza. El coronel Solis contestó denegándose abiertamente. Diéronse en consecuencia las órdenes convenientes para desembarcar en la siguiente mañana. El gobernador y sus partidarios abandonaron la ciudad aquella noche, é hizo lo mismo todo el vecindario, escarmentado por la conducta de Mac-Gregor. Una parte de la poblacion quedó incendiada y fué necesario apagar el fuego.

Ocupada la ciudad de Riohacha, los jefes de la expedicion libertadora nombraron para gobernador al coronel Ramon Ayala, segundo de Montilla. Dieron tambien una proclama llamando á los vecinos y ofreciéndoles seguridades siempre que volvieran á sus casas, lo que se verificó en gran parte. En Riohacha habia muchos amantes de la Independencia, que prestaron servicios importantes en aquellos dias.

Várias partidas de guerrillas se levantaron por el rey en las cercanías de Riohacha, capitaneadas por el Indio Miguel Gómez y algunos de sus parientes : ellas fueron batidas sucesivamente y ocupada la mayor parte de la provincia.

Uno de los principales objetos de los jefes independientes debia ser, conforme á las órdenes del Libertador, ponerse en comunicacion y combinar sus operaciones con una division que Bolívar habia ofrecido enviaria por Ocaña á ocupar el valle Dupar, y concurrir á la libertad de Maracáibo, que proyectaba. Por este motivo el coronel Montilla dispuso marchar con quinientos hombres hácia el expresado valle. Ocupólo sin otra dificultad que la de los caminos, y la que presentaban sus moradores, enemigos acérrimos de la Independencia. Montilla envió postas y pliegos por diferentes vias; empero fué imposible que burláran la vigilancia de los Españoles y de sus partidarios en los pueblos. Ninguno pudo penetrar al interior, todos los partes fueron cogidos y arcabuceados sus conductores por los realistas. Treinta y tres dias permaneció en el valle Dupar el coronel Montilla, y en todo este tiempo no pudo adquirir noticia alguna de lo que pasaba en las provincias internas de Cundinamarca.

Sabiendo que los Españoles habian reunido una fuerte division de tropas enviadas de Maracáibo y Santamarta al mando del coronel Sánchez Lima, auxiliado eficazmente por el teniente

coronel don Francisco Labárces, determinó emprender su retirada. Molestáronle sobre manera en sus marchas las partidas de guerrilla mandadas por Miguel Gómez; sin embargo arribó á Riohacha á la mitad del mes de mayo.

La falta de la importante combinacion que Bolívar habia meditado, se originó de la repentina aparicion de Calzada en Popayan, con fuerzas que se exageraron entónces. Cuando esto sucedió, el Libertador habia dado sus órdenes, para que el batallon Albion, los Guias de Carvajal y otros cuerpos, que ascendian á ochocientos soldados veteranos, marcháran rápidamente á Ocaña y al valle Dupar. Debia mandarlos el coronel Salom, y ser su segundo el coronel Carrillo. Mas luego que se supo la sorpresa de Popayan y otros movimientos de los realistas, ordenó Bolívar que dichas tropas se destináran á defender el sur de Cundinamarca. Sin embargo, poco despues envió al coronel Francisco Carmona, mandando una columna destinada á la ocupacion de Ocaña. Desde esta ciudad debia continuar sus marchas hasta el valle Dupar con refuerzos que se le enviaron. Consiguióse la libertad de Ocaña el 10 de marzo: empero allí existian algunos realistas valientes que se armaron en guerrillas. Estas fatigaron á Carmona, hostilizando su columna por diferentes puntos, distrajeron sus fuerzas, que eran pequeñas, y no le permitieron adelantar camino. Dos meses transcurrieron ántes que pudiera verificarlo.

El coronel Carmona salió, al fin, de Ocaña y ocupó á Chiriguaná: supo entónces que estaba próxima á marchar sobre Ocaña otra fuerte columna de tres batallones de infantería, Rifles, Pamplona y Flanqueadores, cuya fuerza ascendia á mas de mil hombres, que debia mandar el coronel Jacinto Lara. En efecto, marchó este de Bucaramanga el 20 de mayo por el fragoso camino del páramo de Cachirí con direccion á Ocaña; el Libertador esperaba los mas felices resultados de su cooperacion con las tropas que regía el coronel Montilla. Lisonjeábase que tomaria á Santamarta y Maracáibo.

A poco de haber tomado Montilla á Riohacha, con el objeto de reforzar su division y ponerla en estado de resistir á los Españoles, tuvo en sus tropas las novedades mas alarmantes. Hallándose el enemigo casi al frente de la plaza con mil quinientos hombres de infantería y caballería, cincuenta y dos oficiales de la legion irlandesa, le presentaron un memorial

cuyo contenido indicaba un espíritu general de insubordinacion. Reclamaban mejores raciones, que no podian dárseles, porque no habia medios, y que se les trasladára á una colonia británica, pues no querian continuar al servicio de la República, alegando que no se les habian cumplido sus contratos.

En aquellos momentos era muy crítica la situacion del coronel Montilla : hallábase delante del enemigo, y debia temer con razon que este supiera tales disensiones por medio de sus espías. Montilla, cuyos talentos fueron siempre distinguidos, y que tenia conocimiento del mundo y de los hombres, apuró todos los recursos capaces de mover el corazon humano para disuadir de sus intentos á la legion irlandesa. Esperaba que podria hacerla entrar por miras de honor y de su propio interes en el proyecto de atacar y batir á los realistas.

Al siguiente dia hubo un tiroteo, en que estos fueron rechazados con alguna pérdida de ambas partes. Hizo despues Montilla reiterados esfuerzos con los Irlandeses, á fin de que fueran mas sumisos y obedientes. Dió á los soldados zapatos y algunas piezas de vestuario, y procuró ganarse á los oficiales. Creyéndolos prontos á batirse como hombres de honor, comunicó la órden para la marcha de las tropas. Los cuerpos de Tiradores y Cundinamarca no quisieron obedecerla ni moverse de sus cuarteles, sin embargo de los esfuerzos que hicieron sus jefes á fin de persuadirlos. Los lanceros y un piquete de caballería fueron mas dóciles, y estaban ya formados para marchar junto con los cuerpos de marina y de milicias de Riohacha. Á pesar de insubordinacion tan criminal como decidida, el coronel Montilla consiguió el 25 de mayo sacar de la plaza cosa de cuatrocientos hombres con dos piezas de artillería. Componíanse de la infantería de marina, de tres compañías de naturales de Riohacha, de un piquete de caballería y del cuerpo irlandes nombrado Cundinamarca. Con tan pequeña fuerza atacó á los realistas, dirigidos por el coronel Sánchez Lima, que halló emboscados en un montecillo frente á Lagunasalada : el enemigo, aunque muy superior en número, fué desalojado y perseguido hasta la sabána del Patron. Allí se trabó un combate de média hora, al cabo de la cual los realistas se retiraron en desórden. Dispersáronse varios de sus cuerpos, por lo cual sufrió bastante pérdida. En consecuencia Lima se retiró á mas de catorce leguas hácia la provincia de Santamarta.

Los Irlandeses permanecieron tranquilos algunos dias, por haberles persuadido el coronel Montilla que aguardáran á ver si se recibian noticias del interior. Mas tornando al mismo espíritu de insubordinacion, fué necesario resolver el abandono de la ciudad, y renunciar á las fundadas esperanzas que habia de obtener mayores ventajas.

El 4 de junio se realizó la evacuacion. Los enfermos y hospitales, el parque y las municiones, todas las personas comprometidas y los que determinaron abandonar el país se pusieron á bordo de las diferentes embarcaciones ancladas en la bahía. Dispúsose que los Irlandeses permanecieran en sus cuarteles, hasta que se les destinára á los buques de comercio que debian conducirlos á la isla de Jamáica; pero en breve dejan la quietud : dedícanse á saquear las miserables reliquias de los bienes que hallan en las casas de los vecinos de Riohacha que abandonan su país; se apoderan de licores espirituosos; se embriagan, y en medio del espantoso desórden que produce la beodez, incendian la ciudad : no se sabe si adrede ó por casualidad; pero ella quedó reducida á cenizas. Los jefes que pretendieron contener tal desórden, fueron amenazados de muerte, y él no cesó hasta que se embarcaron los Irlandeses, reducidos á poco mas de quinientos hombres. Querian llevarse los fusiles, y fué preciso amenazarlos con que se les echaria á pique en la bahía, para que entregáran los que no rompieron. Al siguiente dia se embarcaron sesenta hombres que custodiaban el castillo de Riohacha despues de haberlo volado. Verdaderamente fué muy triste y funesta la suerte de los habitantes de aquella ciudad : viéronla arruinada y destruidos sus bienes por una insurreccion de tropas que debieron darles independencia y libertad. Sánchez Lima pintó como una victoria debida á sus esfuerzos la evacuacion de Riohacha, y obtuvo por esto el ascenso á brigadier, que le confirió el general Pórras, gobernador de Santamarta.

Brion y Montilla dirigieron un oficio al duque de Manchester, gobernador de Jamáica, y al almirante ingles de aquella estacion sir Home Popham, manifestándoles la pésima conducta de la legion irlandesa y el alzamiento contra sus jefes. El coronel Stopford y el teniente Oconor fueron comisionados para presentarles todos los documentos que comprobaban hechos tan escandalosos; justamente fueron reprobados por aquellos jefes.

Igual manifestacion hicieron á Bolívar los jefes, oficiales y soldados irlandeses que militaban en el Apure, expresando con nobles sentimientos cuánto era el horror que les habian causado tan indignos procedimientos.

Era bien peligrosa la situacion del almirante Brion, del coronel Montilla y demas patriotas que abandonaban á Riohacha. Despues de haber permanecido la escuadra tres meses en una rada abierta, habia sufrido mucho, y se hallaba en la incapacidad de remontar hasta Margarita, cuyos puertos eran los mas inmediatos de los que ocupaban los independientes. Carecian de víveres y no podian ir á repararse en una colonia extranjera, porque no tenian dinero alguno en caja ni crédito para conseguirlo, cuando salian del país como fugitivos.

Felizmente se hallaban en la expedicion los patriotas distinguidos Pedro Gual y Francisco Paul, Venezolanos, el canónigo, natural de Chile, Cortés Madariaga, el Granadino Joaquin Borrero y Miguel Santamaría, patriota mejicano; este acababa de llegar de Haití, adonde fué en comision con el destino de buscar fusiles, y trajo mil. Gual y Borrero conocian desde ántes el patriotismo de los pueblos de la provincia de Cartagena. Por tanto, apoyaron con vigor, lo mismo que Santamaría y demas arriba mencionados, el proyecto que meditaba el coronel Montilla de dirigirse á sotavento, y continuar haciendo la guerra á los Españoles en aquellas costas, hasta conseguir la deseada cooperacion con los patriotas del interior. Los jefes y oficiales se decidieron al fin por este proyecto, y la escuadra se hizo á la vela.

Miéntras ocurrian estos sucesos militares en las costas de la Nueva Granada, se habian recibido noticias de la Península altamente satisfactorias á los patriotas americanos, que defendian los principios de la libertad nacional y de la independencia de su patria. La revolucion que proclamára la constitucion de 1812 se habia extendido por toda la España. Vióse en consecuencia Fernando VII en la necesidad de jurarla en 9 de marzo, y de establecer una junta provisional, con la que ofreció consultaria todas las providencias que emanáran de su gobierno, hasta la instalacion de las Córtes, que se convocarian inmediatamente.

En mayo habian recibido los jefes españoles de Costa-Firme todas estas noticias, alarmantes para la mayor parte, que eran adictos al gobierno absoluto. Recibieron tambien el manifiesto

ó proclama que el rey dirigió á los habitantes de las provincias ultramarinas. En este documento importante declaraba Fernando ó sus ministros los motivos que habia tenido para jurar la constitucion deseada por la nacion española. Á cuyos sentimientos decia haberse adherido sincera y cordialmente. « Una nueva luz, continuaba, raya en el extendido ámbito del hemisferio español; y nadie, al ver la refulgente claridad que le ilumina, dejará de sentir arder en su pecho el fuego sagrado del amor de la patria. Yo me congratulo de ser el primero en experimentar esta dulce y generosa emocion; me congratulo tambien de anunciároslo y en exhortaros á que os apresuréis á gozar de bien tan inmenso, acogiendo y jurando esa constitucion que se formó por vosotros y para vuestra felicidad. Ningun sacrificio, os lo afirmo, me costó el hacerlo, luego que me convencí de que esta ley fundamental produciria vuestra dicha; y aunque hubiera tenido que hacer el mas grande, lo habria ejecutado igualmente, persuadido de que el honor de la majestad nunca se empaña con lo que se hace por el bien público. »

Proseguia exhortando á los Españoles americanos á que cesára la contienda tan ruidosa como sangrienta; que la España europea y americana se dieran un ósculo de paz; y que la última siguiese el ejemplo de la metrópoli, para que el amor al órden y al bien general reuniera todas las voluntades y uniformára todas las opiniones; que los padres de la patria de ambos mundos juntos en Córtes fijarian para siempre sus destinos y harian su felicidad. Terminaba amenazando á los que se resistieran diciéndoles : « Entónces sentiréis los terribles efectos de la indignacion nacional, al ver ofendido su gobierno : este gobierno, ya fuerte y poderoso, porque se apoya en el pueblo que dirige, y va acorde con sus principios. ¡ Oh, nunca llegue el momento fatal de una inconsiderada obstinacion! Nunca : para no tener el grave dolor de dejar de llamarme ni por un breve espacio de tiempo *vuestro tierno padre*. »

Ni las palabras dulces, ni las engañosas promesas de felicidad, ni las amenazas del gobierno de Fernando VII hicieron la menor impresion en Colombia. *Independencia ó muerte* era la divisa de sus hijos, é *Independencia ó muerte* se gritó del un extremo al otro de la República, aun despues de saber el noble alzamiento de los liberales españoles contra la tiranía de sus reyes. Acordábanse los Colombianos de que en Venezuela ha-

bian sido oprimidos y degollados bajo el imperio de la constitucion de 1812. Creyeron, pues, que miéntras dependieran de una metrópoli situada á dos mil leguas de distancia, jamas obtendrian de los mandatarios que ella les enviára, ni garantías efectivas ni libertad. El mismo desprecio del manifiesto de Fernando hubo en los demas Estados de la América ántes española.

Aun no habian llegado á Carácas las órdenes oficiales para que se publicára y jurase la constitucion de las Córtes de Cádiz, cuando se recibieron gacetas de Puerto-Rico, en que constaba que así en aquella isla como en la de Cuba habia sido jurada. Reúnese entónces el ayuntamiento, y delibera presentarse al capitan general interino brigadier don Ramon Correa. Lo hace en efecto, y le pide, apoyado en aquellos documentos, que se publique y jure en Carácas la constitucion política de la Monarquía española. El capitan general no se opone á la medida; pero quiere obrar de acuerdo con el general en jefe don Pablo Morillo. Hallábase este en Valencia, y dos comisionados marcharon aceleradamente á buscarle. En veinte y cuatro horas atravesó Morillo las cuarenta leguas de mal camino que separan á Valencia, y se presentó en Carácas. Á los dos dias recibió comunicaciones directas de España, por las que se le prescribia en 11 de abril que ordenase la publicacion y jura de la constitucion. El 7 de junio se verificó el juramento con bastante pompa y con grande júbilo de los habitantes de Carácas, liberales en su mayor parte.

No habiendo, conforme al nuevo órden constitucional, capitanes generales, el mismo brigadier Correa continuó de jefe superior político. Consideróse Morillo desde aquel dia privado de las facultades absolutas que le habia conferido el rey; circunstancia feliz para los jefes que hacian la guerra en favor de la independencia de su patria.

Por el mismo tiempo que en Venezuela, recibiéronse en Cartagena las noticias de que se habia jurado en la isla de Cuba la constitucion de 1812. Inmediatamente se formó un partido liberal entre los oficiales de la guarnicion y algunos empleados, á cuya cabeza estaba el gobernador de la plaza brigadier don Gabriel de Tórres. Querian estos que se procediera sin tardanza á jurar la constitucion. Lo pidieron al anciano virey Sámano, quien se denegó miéntras no recibiera órdenes de la corte de

Madrid. El patriotismo de los Españoles de Cartagena y su entusiasmo por la nueva forma de gobierno no pudo sufrir tal demora. Ganan las tropas de la guarnicion, y contra las órdenes expresas del brigadier don Antonio Cano, coronel del regimiento de Leon, salen este y la brigada de artillería, y el 7 de junio se forman en la plaza de la Inquisicion. Presentóse Cano á fin de contener tal desórden, pero nada consiguió, y sus mismos soldados le condujeron por fuerza á otro lugar, sin embargo del grande influjo que tenia sobre ellos. A los dos dias (junio 9), se juró la constitucion, sin que el pueblo de Cartagena hubiera tomado parte en este movimiento revolucionario, por la opresion en que yacia. Denegóse el virey Sámano á jurar el nuevo código, y en consecuencia tuvo que dejar el mando. Delegó el político en don Francisco Mosquera, oidor decano de la real audiencia, y el militar en el gobernador Tórres. Dentro de poco este, por renuncia de Mosquera, reunió ambas autoridades bajo del título de *jefe superior político y militar*. Poco tiempo despues Sámano, Cano, el coronel Warleta y el obispo Rodríguez, enemigos todos del sistema constitucional, salieron de Cartagena para Jamáica.

Al propio tiempo que se juraba en Cartagena la constitucion de las Córtes de Cádiz, la escuadrilla de los independientes que abandonó á Riohacha navegaba hácia sotavento. Eran harto escasos los medios que tenia para atacar á los realistas de Cartagena. Poco mas de ciento sesenta hombres disponibles le quedaban á bordo para un desembarco. Apénas contaba con algo mas de mil fusiles, porque los Irlandeses rompieron é inutilizaron la mayor parte de los que usaban. El parque, municiones y algunos otros artículos militares sí eran abundantes.

La escuadra se detuvo dos dias al frente de Santamarta, haciendo algun fuego á la ciudad y maniobrando como para desembarcar sobre Gáira; movimientos que ejecutaba á fin de sondear el espíritu de sus moradores : conociendo, empero, que estos le eran hostiles enteramente, continuó su rumbo hácia las bocas del Magdalena.

La expedicion ancló en la bahía de Sabanilla (junio 11). Por la tarde desembarcaron cien hombres á fin de que se apoderáran del fuerte, defendido por cuatro piezas de á veinte y cuatro y veinte soldados, lo que se verificó. En seguida se internaron

algunos hombres mandados por el mayor Garcin, entre ellos el doctor Gual, hácia Barranquilla, Soledad, Galapa y Malambo. Excitando el entusiasmo de sus habitantes por las ideas halagüeñas de independencia y libertad, ponderando los medios y recursos abundantes que traía la escuadra para hacer la guerra y libertar á los pueblos del yugo de los Españoles, se consiguió despertar su patriotismo adormecido. Barranquilla y Soledad sobre todo, pueblos de mayores recursos, suministran generosamente todos los que se hallan á su alcance. Los hombres se presentan á empuñar las armas, dan sus caballos, monturas, ganados y cuanto es necesario. En ménos de tres dias habia ya cuatrocientos hombres bien armados, con los que se podia resistir á las fuerzas que naturalmente saldrian de Cartagena contra los patriotas invasores. Al mismo tiempo, y con el apoyo de aquella fuerza, se iba propagando el espíritu de insurreccion contra el gobierno español. Los resultados del desembarco en Sabanilla eran hasta entónces muy superiores á las esperanzas que ántes se habian concebido.

Sin embargo de esto, la posicion de los patriotas aun era bien crítica y arriesgada, miéntras no supieran el estado de lo interior de Cundinamarca, y pudieran obrar en combinacion y apoyados por algun cuerpo de sus tropas. Los jefes Brion y Montilla tuvieron noticias, aunque confusas, de que en el rio Cáuca obraba una columna republicana. Para cerciorarse, consiguieron que el presbítero Francisco Paéres Macenet se encargára de la peligrosa comision de atravesar el territorio ocupado por los realistas, ver al comandante patriota que operaba sobre el Cáuca y volver á comunicar las noticias adquiridas : accion verdaderamente patriótica, y que fué útil en extremo á la sagrada causa de la Independencia de la patria.

El jefe republicano que invadia por el rio Cáuca era el teniente coronel José María Córdoba. Mencionamos ántes que hallándose en la provincia de Antióquia, habia recibido una órden comunicada por el vicepresidente de Cundinamarca, en que le prevenia hiciese con trescientos hombres un movimiento sobre la provincia de Cartagena, á fin de llamar la atencion de los Españoles y obligarles á dividir sus fuerzas. El cumplimiento de tal órden casi tocaba en lo imposible. Antióquia es un país de montañas, y los enemigos dominaban sus rios navegables hácia Cartagena, el Cáuca y Nechí; por consiguiente Córdoba

no podia tener embarcaciones para conducir su columna por el Cáuca, única ruta que se le presentaba.

A pesar de tamañas dificultades, Córdoba hizo marchar desde Medellin cien hombres á Zaragoza, poblacion situada sobre el rio Nechí, navegable por embarcaciones pequeñas. Los Españoles abandonaron aquella ciudad, retirándose á la boca del Nechí, posicion ventajosa, que domina á este rio y al Cáuca, lugar que fortificaron.

El comandante Córdoba juntó en Zaragoza algunas pequeñas barquetas: bajó en ellas hasta cerca de Nechí, é iluminándolas por la noche hizo creer al enemigo que iba á ser acometido. Los realistas se retiraron cobardemente de la boca del Nechí, lo que proporcionó á Córdoba la ventaja de ocupar la ciudad de Cáceres y otros puntos, donde halló embarcaciones en que bajar el rio Cáuca.

Aprovechándose de esta facilidad, envió un destacamento de cuarenta soldados y veinte y cinco paisanos, guiados por el teniente Manuel Corral y por el subteniente Salvador Córdoba: situáronse estos en la Mojana, y desde allí marcharon á sorprender la parroquia del Majagual, donde se hallaba apostado el teniente coronel Guerrero Cabero con ciento veinte hombres y tres buques de guerra. Los dos intrépidos jóvenes, cuyas fuerzas eran tan inferiores, derrotan á los Españoles: cogen prisioneros al comandante, á tres oficiales mas, sesenta hombres, dos buques de guerra y todo el armamento. El comandante Córdoba mandó pasar por las armas á tres de los oficiales, que eran Españoles europeos. Dominado ya el Cáuca, bajó hasta Magangué sin oposicion alguna. Supo entónces que setenta y cinco hombres de su cuerpo, mandados por el teniente Benedicto González, que obraban en las sabánas del Corozal, iban á ser atacados por ciento treinta realistas. En el momento marcha Córdoba en su auxilio, y obliga á los enemigos á embarcarse en Tolú para Cartagena, con mil fusiles y otros elementos militares que conducian, destinados para formar y disciplinar un cuerpo de tropas.

Hallábase Córdoba en Magangué, cuando el 17 de junio recibió un pliego que le remitia el oficial que mandaba un destacamento apostado en Pinto. Resultó ser el dirigido con el presbítero Macenet por Brion y Montilla. Tan plausibles nuevas como la ocupacion de una parte del Atlántico por jefes distinguidos re-

doblaron la actividad y las esperanzas de los independientes. Es verdad que Brion y Montilla exageraban el tren de artillería, armamento y pertrechos que conducian á bordo de su escuadra, pues decian que eran inmensos.

Deseoso Córdoba de ponerse pronto en comunicacion con las tropas republicanas que habian ocupado á Barranquilla y Soledad, dejó un hospital y un destacamento en la villa de Magangué (junio 19), dirigiéndose á tomar á Mompox con doscientos hombres. Emprendió esta operacion por la parte occidental de la isla en que se halla situada la ciudad. Penetrando con muchas dificultades por el caño Sienco, y venciendo graves obstáculos que le oponian el bosque, los fangales y la multitud de insectos que allí habia, arribó á Mompox el 20 de junio. El dia ántes habia sido abandonada por los realistas que componian el batallon Valencia, ántes Albuera. Por muerte de D. Ignacio Larrus, lo mandaba el teniente coronel don Vicente Villa.

Los Españoles desde la accion de Barbacóas detuvieron el curso de la escuadrilla patriota, situando sus fuerzas sutiles y trescientos hombres en el Banco, excelente posicion sobre el Magdalena. Nuestra flotilla los habia acometido allí, aunque sin buen suceso. Mas habiendo sabido los enemigos la pérdida de Sabanilla y la insurreccion de Barranquilla y Soledad, como tambien que Córdoba dominaba el Cáuca, desampararon al Banco y á Mompox. De paso por Tocalva supieron que el capitan Mendoza habia ocupado aquel pueblo con cincuenta hombres y dos embarcaciones de guerra. Los atacan y dispersan, apoderándose de los buques. Mendoza huye por el Cáuca arriba y es perseguido. Los Españoles llegan hasta Magangué, donde se dispersa el hospital que habia dejado Córdoba custodiado por un débil destacamento. Felizmente los enemigos abandonaron en seguida la villa retirándose hasta Tenerife.

El teniente coronel Hermógenes Maza se unió en Mompox, el 22 de junio, á la columna de Córdoba, llevando siete pequeñas embarcaciones de guerra y algo mas de cien fusileros. De comun acuerdo resolvieron atacar inmediatamente la escuadrilla española, muy superior en fuerza. Componíase esta de once buques bien tripulados, armados con cañones de grueso calibre y regidos por buenos oficiales de la marina española; por el contrario, las embarcaciones llamadas de guerra de los patriotas solo tenian pedreros, que ni aun montados estaban, sino atados con

sogas sobre maderos. Sin embargo, los dos jóvenes oficiales Córdoba y Maza con una audacia que rayára en temeridad, no dudaron un momento que vencerian á los realistas; así, dejando á Mompox, navegaron rio abajo hácia Tenerife.

Ántes de avistar á los enemigos, el comandante Córdoba desembarca, guiando una columna de infantería para arremeter á los Españoles, que sabía ocupaban la fuerte posicion de Tenerife. Maza con sus pequeños buques parte á las cinco de la mañana del 25 de junio, y navega sobre los enemigos con la intrepidez que siempre le caracterizó en la guerra de la Independencia. Los realistas no aguardaban el ataque, y fueron sorprendidos. Miéntras dan sus disposiciones para la defensa, llegan los buques de los patriotas arrastrados por la corriente; el humo y la confusion impidieron á los Españoles reconocer cuán débiles eran las fuerzas de los independientes. Estos corren al abordaje de los buques enemigos. Vuélase el de mayor fuerza, regido por el comandante don Vicente Villa, bien fuera porque este le puso fuego adrede para libertarse del deshonor ó vergüenza de caer en manos de los rebeldes, bien porque se incendiára la pólvora por alguna casualidad. Los demas fueron tomados en breve, y degollados mas de doscientos hombres de infantería que los guarnecian, pues solamente se hicieron veinte y siete prisioneros. Cuando el teniente coronel Córdoba llegó á Tenerife, ya todo habia pasado. El comandante de escuadron don Estévan Díaz, que se hallaba en tierra, se salvó retirándose hácia la Ciénega de Santamarta con los granaderos de Leon y algunos otros soldados. Nueve buques de guerra con su armamento, fusiles y municiones cayeron en poder de los patriotas en esta brillante jornada, cuyos resultados fueron bien grandes para la causa de la Independencia.

Un solo buque habia escapado de la refriega; pero en Sitionuevo fué tomado por las fuerzas sutiles armadas en Barranquilla por el almirante Brion, que regía José Padilla. Córdoba ocupó á Barranca sin resistencia alguna. Apoderóse allí de un abundante y hermoso tren de obuses, cañones, balas y otros aprestos militares, que el gobernador de Cartagena don Gabriel de Tórres enviaba á Mompox. Era su objeto fortificar esta ciudad hasta hacerla intomable por los republicanos, dominar con una fuerte escuadrilla los rios Magdalena y Cáuca, y de este modo conservar el país que hácia el occidente encierran aquellos dos

rios y las costas del Atlántico. Bajo de este plan bien meditado hubiera sido muy difícil apoderarse de la provincia de Cartagena, por los obstáculos casi insuperables que se habrian presentado para construir en el Alto-Magdalena una escuadrilla capaz de lidiar con la española, y tomar á Mompox. Empero la accion feliz de Tenerife todo lo allanára.

Córdoba siguió á Barranquilla á ponerse de acuerdo con Brion y Montilla sobre las operaciones posteriores que debian emprenderse. Regresó en breve para ir á libertar enteramente las sabánas de Cartagena, donde aun existian algunas partidas enemigas. Allí debia levantar un batallon y organizar caballería.

Con el inesperado acontecimiento de Tenerife los Españoles huyeron de todas partes á encerrarse en Cartagena. El comandante de artillería Romero, que con doscientos treinta hombres pretendia batir las tropas colecticias que habia juntado Montilla, tuvo que volver sobre sus pasos aceleradamente; consideróse muy feliz cuando regresó á la plaza sin haber perdido su gente. Lo mismo hicieron los demas jefes de partidas realistas; así toda la provincia fué abandonada á los independientes, ménos la fuerte plaza de Cartagena.

Brion trabajaba con mucha actividad. Introdujo en el Magdalena las flecheras que habia traido de Margarita; reparó y mejoró los buques tomados á los Españoles y los que tenian los patriotas. Tambien hizo construir y armar otros. En breve tuvo la República una fuerte escuadrilla con que dominaba completamente el caudaloso Magdalena y sus rios tributarios. No habia ya algun peligro de que en lo venidero pudieran los Españoles quitarle aquel dominio.

La provincia de Santamarta, gobernada por el mariscal de campo don Pedro Ruiz de Pórras, no podia prestar auxilios á la de Cartagena, por hallarse invadida al mismo tiempo. La division que mandaban los coroneles Lara y Carmona, compuesta de mil y quinientos hombres de infantería, estaba reunida en las sabánas de Tamalameque. Carmona habia tenido que abandonar á Chiriguaná hasta donde ántes se avanzára, porque una columna realista de mil hombres trató de atacarle. Unido con Lara tornaron sobre el enemigo, hallándole emboscado en las cercanías del mismo pueblo de Chiriguaná: fué embestido el 24 de junio, y se retiró despues de un lijero

combate. Regía este cuerpo de tropas el brigadier Sánchez Lima.

El coronel Lara se puso en comunicacion con Montilla, cuyas órdenes debia recibir. Tardó algun tiempo en dirigirse contra la ciudad de Santamarta, por haber sufrido su division bajas numerosas á causa de la insalubridad del clima, y porque á su espalda se levantaron algunas partidas de guerrilla en favor de los Españoles. Fué necesario dispersarlas ántes y aguardar nuevas instrucciones del Libertador. El coronel Montilla le habia dirigido várias consultas sobre sus futuras operaciones en las costas de Cundinamarca.

Montilla trabajaba entre tanto con la mayor actividad. Reuniendo las fuerzas que habia podido organizar, marchó á situarse en Turbaco á cuatro leguas de la plaza. Apoderóse en seguida de todas sus avenidas, y en breve quedó sitiada Cartagena en 1° de julio. Los pueblos contribuyeron eficazmente á realizar tan feliz acontecimiento. Por todas partes y en todas ocasiones se declararon contra lòs Españoles, negándoles cuantos auxilios les pedian, y aun hostilizándolos abiertamente. Á esta decision de los habitantes de la provincia de Cartagena se debió que la plaza careciera de víveres, pues eran escasos los que se habian podido introducir, á pesar de las activas y fuertes providencias que dictó el gobernador Tórres. Tan grave falta, y la debilidad de la guarnicion, que apénas alcanzaba á mil ciento cincuenta hombres de todas armas, daban fundadas esperanzas de que no podria Cartagena resistir por mucho tiempo el asedio. Estrechóse tambien por mar con los buques de la escuadrilla de Brion. Contábase entre ellos el bergantin *Urdaneta*, que se perdió bien presto en el bajo del Negrillo.

Á pesar de tan prósperos sucesos como los que habian tenido los patriotas en las provincias de Santamarta y Cartagena, su situacion era penosa bajo de muchos aspectos. Carecian enteramente de dinero y de vestuario; los pueblos daban las vituallas mas precisas para el ejército y la escuadra, así como tambien las caballerías. Los sacrificios eran costosos; empero el patriotismo de los moradores de la provincia de Cartagena y su entusiasmo por la Independencia hacian que les fueran soportables.

El comandante general Montilla presidia tanto el gobierno civil como las operaciones militares. El doctor Pedro Gual fué

nombrado gobernador político de la provincia de Cartagena; él recibió tambien el importante encargo de organizar las rentas públicas y la administracion civil de todo el territorio libertado. Las luces, talentos y experiencia de Gual fueron de mucha utilidad en aquella época.

El puerto de Sabanilla fué habilitado para el comercio exterior. Por él principiaron á importarse grandes partidas de mercancías extranjeras, de que tanto carecian las provincias internas de Cundinamarca. Los derechos que pagaban los introductores prestaron un oportuno auxilio para satisfacer una parte de los gastos de la guerra, y proveer á las mas urgentes necesidades del ejército. Por allí se importaron tambien algunas armas, municiones y otros elementos militares, que contribuyeron eficazmente á dar mayor actividad á la guerra contra los Españoles.

Otro socorro pequeño arribó á Sabanilla en un buque mercante : fué el general de division al servicio de Colombia Juan d'Evereux. Conducia veinte y cinco soldados por su cuenta, y le acompañaban algunos oficiales que venian á servir á Colombia. Las magníficas promesas del general d'Evereux de conducir una legion irlandesa que constára de cinco mil hombres, quedaron reducidas á mil setecientos veinte y nueve, entre jefes, oficiales y soldados que arribaron á Colombia. Él embarcó cerca de dos mil ciento diez y seis; pero un buque fué robado por su capitan y un coronel ingles, que lo agregaron á la expedicion de Mac-Gregor contra Portobelo, y otro naufragó con ciento ochenta y siete hombres entre jefes, oficiales y soldados que conducia á bordo. Sin embargo, los esfuerzos del general d'Evereux para auxiliar al Libertador habian sido prodigiosos, sacrificando su fortuna y la de sus amigos en una empresa tan arriesgada. Mas fueron contrariados por el duque de San Cárlos, embajador español en Lóndres. Este, por medio de numerosos y bien pagados espías, persiguió los alistamientos del general d'Evereux y de otros empresarios ante los tribunales de la Gran Bretaña, les hizo embargar los buques fletados, y por los continuos esfuerzos y reclamaciones del gobierno español cerca del ingles, consiguió que el parlamento británico acordára una ley llamada *de alistamiento extranjero;* esta puso término á los reclutamientos destinados á las colonias españolas ya sublevadas. En consecuencia, el general d'Evereux tuvo que disolver sus

depósitos de hombres, devolver los buques fletados y perder crecidas sumas. D'Evereux venia ahora á reclamarlas del gobierno colombiano (1).

Prevenido el coronel Montilla contra la admision de extranjeros al servicio de la República, miró con desagrado el arribo de d'Evereux á Barranquilla. Este al principio no quiso reconocer como jefe al coronel Montilla, porque era de inferior graduacion, y suscitó várias cuestiones de etiqueta. Empero, sostenido Montilla por el Libertador en la clase de comandante general de las provincias de Cartagena y Santamarta, d'Evereux tuvo que someterse. Los soldados fueron agregados al ejército, y él permaneció inactivo por no conocer el idioma del país, ni haber mando que pudiera desempeñar segun su graduacion. Despues de algun tiempo regresó á Europa encargado de una mision diplomática á Rusia y á otras potencias del Norte,

(1) El general d'Evereux fué entusiasta por la independencia y libertad de la América española, y ántes habia prestado auxilios al gobierno independiente de Buenos Aires. Él mismo, por medio del señor Roberto Southerland, comerciante de Puerto-Príncipe, que participaba de igual entusiasmo, proporcionó al Libertador una parte considerable de los pertrechos y elementos militares que sirvieron para habilitar la célebre expedicion de Carúpano en 1816. En seguida se trasladó d'Evereux á Inglaterra, y poniéndose en 1817 y 1818 en comunicacion con Bolívar, le ofreció el envío de una legion irlandesa. En 14 de diciembre de 1819 recibió del Libertador el despacho de general de divisoin de la República de Venezuela.

Fué d'Evereux uno de los extranjeros mas desinteresados en los auxilios que prestára á Colombia. La primera cuenta que presentó de los gastos impendidos por él, ascendió á libras esterlinas 252,776-13-2. Mas no habiendo tenido cuidado de recoger documentos, su cuenta se halló desnuda de comprobantes, y solamente se liquidaron á su favor libras 126,880 (pesos 570,961-3 3/4). Dejósele su derecho á salvo, por los demas reclamos que tuviera contra la República, reclamos que jamas intentó.

Cada hombre de la legion irlandesa, de la division del coronel Jámes F. English, y de la expedicion del coronel Elsom, armado y vestido como la infantería inglesa, costó á la República de Colombia trescientos pesos fuertes, ó libras 67-10. Con razon, pues, no queria el Libertador recibir mas soldados extranjeros.

Presentóse d'Evereux en 1840 ciego y miserable en Bogotá. Sus amigos, el congreso y el ejecutivo de la Nueva Granada le favorecieron: fué reinscripto con su antigüedad en la lista militar, y obtuvo una pension vitalícia de ciento veinte y cinco pesos mensuales. En Venezuela y en el Ecuador se le decretaron tambien pensiones en consideracion á sus antiguos y oportunos socorros.

comisiones con que el gobierno colombiano quiso honrarle sin ánimo de llevarlas á efecto.

Dejando las costas del Atlántico, traslademonos ahora al sur de Cundinamarca, donde se trabajaba igualmente con la mayor actividad en libertar las provincias que aun gemian bajo del yugo español. El general Valdes y el coronel Míres se ocupaban en la ciudad de la Plata en organizar y disciplinar los batallones Albion, Cáuca y Néiva, que con alguna caballería debian formar el ejército del Sur. En esto eran auxiliados muy eficazmente por el coronel Domingo Caicedo, que desempeñaba el gobierno de Néiva desde que esta provincia recuperára su libertad. El gobernador Caicedo empleaba en sostener la causa de la Independencia su autoridad legal, su influjo, que era grande en la provincia, y sus bienes considerables. Nada escaseaba para el servicio de la patria, con la mas activa constancia, una probidad y un desinteres dignos de los mayores elogios.

Luego que ya estuvo pronto el ejército, marchó por el fragoso camino del Páramo de las Móras que se dirige al pueblo de Pitayó, situado al nordeste de Popayan. Salió entónces de esta ciudad la mayor parte de la division Calzada. Hallando á los patriotas cerca de Pitayó, el coronel don Nicolas López, sin órdenes para combatir, los atacó el 6 de junio con una columna de mil y cien cazadores, compuesta en su mayor parte de antiguos y valientes soldados. Sin embargo de la excelente posicion que ocupaban los independientes, su vanguardia principió á ceder; pero reforzada oportunamente y cargando á la bayoneta doscientos hombres de Albion con su comandante Mackintosh á la cabeza y cincuenta guias regidos por Carbajal, la accion fué decidida en breve, y el enemigo huyó por todas partes. Trescientos veinte y dos hombres perdieron los realistas entre muertos y heridos, y se les tomaron ochenta prisioneros y trescientos ochenta fusiles, dispersándose tambien una gran parte.

Hallábase Calzada en el pueblo de Guambía con alguna tropa, pues iba á ponerse á la cabeza de su division, cuando supo el contraste que habia sufrido. Él hizo adelantar cuatro compañías á fin de proteger la retirada, y apostando algunas otras fuerzas á la salida de la montaña, logró recoger la mayor parte de los dispersos. En seguida abandonó á Popayan retirándose á Timbío, pueblo que yace cuatro leguas al sur de la ciudad, de

donde siguió al valle de Patía. Acompañáronle los mas ardientes enemigos de la Independencia con el obispo Jiménez á su cabeza. Este renovó sus anatemas contra todos los militares patriotas y contra los demas que les dieran cualquiera ayuda y auxilios, declarándolos excomulgados. Hizo aun mas; él capitaneó un partido de oposicion en Pasto contra Calzada, donde se instaló una junta presidida por dicho obispo. Revistióse esta de autoridad para dar órdenes á Calzada, y no le permitió retirarse al Guabito segun él habia determinado.

Despues de la accion de Pitayó, el general Valdes siguió á Caloto, donde fué reforzado con trescientos infantes y un cuerpo de caballería. Ascendieron entónces sus fuerzas á dos mil cuatrocientos hombres, con los cuales ocupó en seguida la ciudad de Popayan (julio 16). Valdes trató allí de investigar cuáles eran las personas mas desafectas á la causa de la Independencia. Por meros informes verbales y sin juicio alguno mandó lancear á cuatro vecinos, Granadinos pacíficos y honrados; asesinatos que causaron el mayor escándalo. Calzada hacía lo mismo en Timbío con dos oficiales patriotas.

Si Valdes persigue á los enemigos, la division española se hubiera dispersado por las enfermedades, por la falta de municiones y de recursos, y por la discordia que habia cundido entre los jefes y oficiales. Calzada culpaba á López de la derrota de Pitayó, porque habia empeñado el combate sin órdenes suyas : otros jefes y oficiales atribuían aquella desgracia á la ineptitud de Calzada. Sin embargo, despues de solo un dia de marcha hácia el sur, Valdes cometió el desacierto de volver á Popayan. Desde allí marchó al valle del Cáuca en cumplimiento de una órden del vicepresidente de Cundinamarca, que así lo dispuso para organizar mejor el ejército. La fuerza que tenia este parecia mas que suficiente para haber marchado sobre Pasto, ántes que el enemigo juntára nuevas tropas.

El capitan general de Quito Aymerich se habia puesto en camino hácia Pasto, precedido por sumas considerables de dinero, armas, municiones y pertrechos. Dejó el mando civil al regente de la audiencia don Francisco Javier Manzános, y el militar al coronel don Damian Alba. Pensaba levantar en masa aquel canton, para combatir á los insurgentes. La discordia que reinaba en Pasto entre Calzada y las demas autoridades exigia tambien su presencia. Hacian cargos á Calzada de ineptitud, de

muertes y asesinatos de patriotas que habia cometido á sangre fria en Mondomo, Timbío y otros puntos. Achacábanle igualmente la pérdida de la columna que envió á la Plata, dejándose arrastrar por un mal consejero, el capitan don Manuel Bosch, que se pasára despues á los republicanos. Decian, por fin, haber tenido la culpa de la derrota de Pitayó por su incapacidad y poca prevision; cargo en que asociaban al teniente coronel don Nicolas López, por haberse precipitado al ataque sin que estuvieran reunidas todas las fuerzas.

El obispo Jiménez, abandonado por los demas miembros de la junta establecida en Pasto, siguió á encontrar á Aymerich á dos jornadas de aquella ciudad. Hizo lo mismo Calzada; pero habiéndosele anticipado el obispo, halló al presidente prevenido contra él y aun vió á su lado oficiales á quienes habia remitido presos como revoltosos. Regresó entónces á ponerse á la cabeza de su division, acantonada en Mercaderes. Á su arribo á Pasto, Aymerich determinó quitar el mando á Calzada, y envió para subrogarle al coronel del regimiento de Aragon don Basilio García. Trasladado este á Mercadéres, intimó á Calzada y á López que se presentáran en Pasto á las órdenes del presidente. Allí fueron arrestados, en cuya situacion permanecieron algun tiempo. Verémos en lo venidero figurar entre los Pastusos al coronel García, como un valiente jefe y buen militar.

Durante su residencia en Pasto, recibió el presidente Aymerich las órdenes del gobierno de Madrid para jurar la constitucion política de la Monarquía española. Inmediatamente expidió las suyas á fin de que el 8 de setiembre se publicára y jurase en Quito, y él mismo presidió el juramento en Pasto. Fué este el único paso que se diera en el reino de Quito para el establecimiento del nuevo sistema. No hubo diputaciones provinciales, jefes superiores políticos sin mando militar, diputados á Córtes ni algunos otros de los empleados que designaba la constitucion. Tal era la suerte ordinaria de las provincias de América. Su gobierno dependia casi en todo de la voluntad de los jefes, que á tanta distancia de la metrópoli no obraban segun las leyes y órdenes que recibian, sino coma era su voluntad, en gran parte absoluta.

Con la evacuacion que hemos dicho hizo Valdes de la ciudad de Popayan, quedó abandonada y casi desierta por la emigracion de sus moradores. Temian algunos de estos permanecer en

ella, tanto por los ejemplos crueles de rigor que habia dado Valdes, como para evitar la saña y los furores de los realistas á cuya merced quedaban expuestos. En efecto, los Patianos entraban y salian con frecuencia : el hambre, y la peste que es su fiel compañera, desolaron tambien la ciudad, de tal suerte que pereció una parte de los habitantes que permanecieron en sus domicilios.

El ejército republicano se dividió en el Cáuca para subsistir mejor. Acuartelóse Albion en Cali y el resto fué distribuido en Palmira y Buga. Habiendo enfermado Valdes, el general de brigada Míres se hizo cargo del mando ; pero la desercion, que era escandalosa, y las enfermedades redujeron en breve los cuerpos á un esqueleto. Fuera de esto la conducta de Valdes por sus violentas medidas, y su indiscreta manía de hablar cuanto pensaba, indispusieron contra él los ánimos de los habitantes del Cáuca. Quejas frecuentes de sus procedimientos é informes los mas negros contra su conducta se dirigieron al Libertador y al vicepresidente de Cundinamarca. Sin embargo no fué removido del mando.

El coronel José Concha gobernaba en este tiempo la provincia de Popayan. Su actividad era incansable para sacar de los pueblos hombres y recursos con qué hacer la guerra á los Españoles. Bajo de tal aspecto hizo á la patria servicios importantes; pero, obrando militarmente, tuvo que oprimir á los pueblos, juntar numerosos reclutas, y quitarles sus bienes á los habitantes por medio de frecuentes derramas. Atrájole esto bastante odiosidad, que en lo venidero le causára muchas penas.

La provincia limítrofe del Chocó era gobernada por el coronel José María Cancino. Defendióla este de los guerrilleros españoles, y personalmente marchó hasta Cali, contribuyendo á la libertad del Cáuca. Cuidaba tambien Cancino de mantener comunicaciones frecuentes con el Perú y Chile.

Hasta entónces parecia que la futura suerte de los pueblos de la Costa-Firme y de la Nueva Granada, que se habian declarado independientes, estaba únicamente fincada en el feliz éxito de las batallas. El gobierno de la madre patria no habia dado la menor señal de que pudiera haber una transaccion con las provincias ultramarinas que peleaban por asegurar su independencia y libertad. Habíase amenazado á sus habitantes con la destruccion y la muerte, amenazas que se llevaron á efecto mas de

una vez; y ellos, tan firmes y tenaces como sus padres, respondieron con el mismo grito de muerte y desolacion contra los Españoles europeos. La humanidad gemia en vano al ver tanta irritacion de las pasiones que la discordia civil exaltaba entre padres é hijos.

Afortunadamente la revolucion de España que proclamára la constitucion de las Córtes de Cádiz, encadenando así el despotismo de Fernando VII, vino á excitar dulces ilusiones de un porvenir mas tranquilo. Dos órdenes circulares del monarca español, comunicadas á los jefes de Ultramar, dieron motivo para concebir tan lisonjeras esperanzas. Preveníase por la primera, que fuesen puestos en libertad y que volviesen á sus domicilios todos aquellos Españoles europeos ó americanos que se encontráran presos ó detenidos en cualquier punto del reino por delitos políticos, ó que se halláran fuera del territorio español. En su cumplimiento dirigió Morillo una proclama á los emigrados de la Costa-Firme y de la Nueva Granada, llamándoles para que regresáran á sus casas con toda seguridad. « Vosotros, decia, esteis donde estuviéreis, y sean cualesquiera que hayan sido vuestras opiniones, acciones y circunstancias, podeis venir á vuestras casas á gozar de la tranquilidad de vuestros hogares y de las ventajas del gobierno representativo, que acaba de jurar la nacion y que nos hace libres como debemos serlo (1). Este sagrado juramento es la única condicion que Su Majestad exige de vosotros. »

En virtud de esta circular, los Colombianos que se hallaban presos ó confinados en España por el delito de insurreccion contra la madre patria, fueron puestos en libertad. Tuvieron entónces facultad de regresar á la Nueva Granada los doctores Andres María Rosillo, Fernando Caicedo y Manuel Escovar, dignidades de las iglesias catedrales de Santafé y Popayan, fray Mariano Escovar y fray Diego Padilla, antiguos patriotas, con otros varios eclesiásticos á quienes la tiranía de Morillo y de su vicario Villabrille arrancó de sus hogares para enviarlos presos á las cárceles de la Guáira ó Puertocabello, y de allí á España. El mismo general en jefe dió tambien libertad á todos los ecle-

(1) ¡Cuánto le costarian estas palabras á Morillo, que asesinó en la Nueva Granada y en Venezuela á tantos y tan ilustres patriotas, porque pretendieron ser libres!....

siásticos y seculares que se hallaban en Venezuela sufriendo sus condenas por su amor á la Independencia. Contáronse entre ellos los abogados Ignacio Herrera y Joaquin Ortiz, y los curas doctores Justiniano Gutiérrez, Pablo Francisco Plata y algunos otros.

Entre los patriotas distinguidos que obtuvieron su libertad en España, deben mencionarse dos personajes célebres. Sea el primero el general Antonio Nariño, antiguo presidente dictador de Cundinamarca, hecho prisionero en Pasto en 1813. Habia seis años que estaba encerrado en una cárcel de Cádiz. Extendida la revolucion española y jurada la constitucion de las Córtes de Cádiz, el gobernador de esta plaza le puso en libertad. Establecido Nariño en la isla de Leon, se unió á los mas distinguidos patriotas para trabajar de consuno en la grande obra de la regeneracion española. Desde allí publicó tres cartas bajo el nombre de *Enrique y Somoyar*, en que combatia la continuacion de la guerra contra las Américas, y pintaba con negros aunque verdaderos colores la tiranía ejercida por Morillo en la Nueva Granada (1). Con tales escritos llamó sobre sí la atencion pública y la del gobierno, que dispuso se le redujera de nuevo á prision. Súpolo Nariño oportunamente, y huyó á Gibraltar. Aunque se le nombró diputado suplente en las Córtes, no quiso exponerse nuevamente á la indignacion de los Españoles contra los corifeos de la Independencia americana. Pasó á Lóndres, y de allí á Guayana, á fin de regresar á su patria.

El otro personaje célebre que recuperó su libertad fué un Americano inocente que habia sufrido treinta y siete años de confinamiento en el presidio africano de Ceuta. Despues de la revolucion que hizo en el Perú en 1781 don José Gabriel Tupac-Amaro, remoto descendiente de los Incas, la que tenia por lema: *Viva el rey, y muera el mal gobierno*, el jefe y principales compañeros fueron presos por medio de una falaz capitulacion y decapitados en seguida. A pesar de que don Juan Tupac-Amaro, hermano del muerto, no se mezclára en la revolucion, el virey del Perú recibió en 1783 una real órden para enviar á España á todos los Tupac-Amaros, á sus mujeres é hijos y á cuantas personas se creyeran por la opinion comun descendientes de los Incas. Don Juan Tupac-Amaro fué embarcado para

(1) Véase la nota 2ª.

España, separándole de su mujer é hijos. En 1785 llegó á Cádiz, donde tuvo la funesta noticia de que toda su familia habia perecido en la navegacion. Estuvo preso tres años con una cadena: despues fué confinado á Ceuta, pasándosele para sus alimentos primero seis reales de vellon, que luego se aumentaron á ocho. En vano tres monarcas habian reinado en España; en vano las Córtes limitaron el poder absoluto; y en vano Tupac-Amaro, resto único de una ilustre prosapia americana, reclamó su libertad y que se administrára á su inocencia la debida justicia. Todos los Españoles europeos se la negaron hasta 1820, en que los moradores liberales de Ceuta, despues de proclamar la constitucion de las Córtes de Cádiz, pusieron en libertad al desgraciado anciano, víctima infeliz de la política suspicaz de los monarcas españoles.

La segunda circular del ministerio español era de naturaleza aun mas importante que la mencionada ántes. Al comunicar á las autoridades civiles y militares de las provincias ultramarinas el manifiesto de Fernando VII, se les prevenia por medio de una larga instruccion, que abrieran negociaciones con los jefes de los disidentes (1), á fin de terminar la guerra desastrosa que desolaba á la España americana, como se la llamaba entónces.

A pesar de que Fernando VII veía claramente serle ya imposible enviar un ejército para mantener la dependencia de las Américas, que se le iban escapando, ó para apoyar las negociaciones de paz, su ministerio resolvió dirigir una escuadrilla á la Costa-Firme. Debíase componer de la fragata *Lijera*, la corbeta *Aretura* y los bergantines *Hércules* é *Hiena*, á las órdenes del capitan de fragata don Ángel Laborde. Estos buques se destinaban al apostadero de Puertocabello. La fragata *Viva* fué tambien destinada al de Cartagena, con el objeto de perseguir y destruir los corsarios independientes, proteger el comercio y auxiliar las operaciones militares del general en jefe del ejército de Costa-Firme. Estos buques debian salir unidos y á la mayor brevedad.

El conde de Cartagena, general Morillo, recibió la comision de presidir las negociaciones que se abrieran con los caudillos de los disidentes de Colombia. Esta órden le irritó sobre manera,

(1) Ya no eran rebeldes, insurgentes y facciosos; cambio de voces muy significativo.

porque heria en lo mas vivo su orgulloso pundonor. Creía al mismo tiempo ser mengua para la madre patria las concesiones que se mandaban hacer en favor de los insurgentes. Reconocer todos sus empleos y dejarlos mandar independientemente los países que ocupaban, sin mas condiciones que jurar la constitucion española y enviar diputados á las Córtes, parecian á Morillo concesiones sobre manera extraordinarias. Aseguróse que, despues de haber leido sus instrucciones, exclamó : « Están locos : no saben lo que mandan; no conocen el país, ni los acontecimientos, ni las circunstancias; quieren que yo pase por la humillacion de entrar en estas comunicaciones; entraré porque mi profesion es la subordinacion y la obediencia. »

En efecto, el general Morillo estableció inmediatamente en Carácas una junta llamada de *pacificacion*, que bajo su presidencia debia entender en todo lo relativo á las negociaciones con los disidentes. Componíase del jefe superior político, del gobernador del arzobispado de Carácas, del intendente de hacienda, de los dos alcaldes ordinarios, de dos vecinos principales y de un secretario con voto, que lo fué el doctor don José Domingo Díaz, el mas decidido é insolente enemigo de los patriotas.

Por acuerdo de la junta y redactados por Díaz, el general Morillo dirigió en 17 de junio oficios á los jefes Páez, Bermúdez, Sarasa, Monágas, Cedeño, Rójas, Móntes, Montilla y al gobernador de Margarita. En esta circular Morillo referia con rapidez los sucesos ocurridos en España : acompañaba el manifiesto de Fernando VII á los Americanos : decia que S. M. le habia autorizado para tratar particularmente con los gobiernos y jefes disidentes, á fin de entenderse y convenirse; y que para conseguirlo, era preciso que cesára el ruido de las armas : así que daba órdenes á los comandantes de los diferentes cuerpos de tropas bajo de su mando, y tambien á las fuerzas navales, á fin de que hubiese una suspension de hostilidades por el término de un mes.

En consecuencia nombró Morillo al brigadier don Tomas de Círes y al intendente de ejército don José Domingo Duarte de comisionados cerca del congreso de Angostura, encargados de hacer iguales proposiciones. Don Juan Rodríguez del Toro, alcalde primero constitucional de Carácas, y don Francisco Gon-

zález de Lináres recibieron el mismo nombramiento para trasladarse á Cúcuta á tratar con el presidente de Colombia.

Los jefes independientes arriba mencionados que recibieron los oficios del general Morillo, le contestaron en igual sentido. Decian que su autoridad dependia del presidente de la República y que le darian cuenta. Los comisionados Círes y Duarte llegaron solo hasta la Vieja-Guayana. Desde allí enviaron la comunicacion dirigida al congreso. Reunidos varios diputados bajo la presidencia del ciudadano Fernando Peñalver, contestaron : — « que el congreso oiria con gusto las proposiciones que se le hicieran de parte del gobierno español, siempre que tuvieran por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia; y que no admitiria las que se separasen de este principio, muchas veces proclamado por el gobierno y pueblos de la República. » Careciendo los comisionados de facultad para otorgar esta base, regresaron de la Vieja-Guayana, sin que pudieran adelantar su negociacion.

El Libertador se hallaba en la villa del Rosario de Cúcuta (julio 7), cuando recibió la circular del general Morillo, fecha 17 de junio, junto con otra muy atenta carta del mariscal de campo don Miguel de Latorre, en que le anunciaba la suspension de hostilidades por un mes, y la próxima venida de comisionados á tratar de la reconciliacion. Bolívar contestó con mucha civilidad, aceptando la suspension de hostilidades; empero franca y decididamente dijo : — « Pueden venir los comisionados siempre que hayan de tratar de paz y amistad con Colombia, reconociendo á esta República como un Estado independiente, libre y soberano. Si el objeto de la mision de esos señores es otro que el reconocimiento de la República de Colombia, V. S. se servirá significarles de mi parte, que mi intencion es no recibirlos, y ni aun oir ninguna otra proposicion que no tenga por base este reconocimiento. »

Posteriormente llegó á manos del Libertador otro oficio de Morillo, sobre el mismo objeto, y le dió igual contestacion, añadiendo : — « que desde 20 de noviembre de 1818 habia resuelto la República de Venezuela, hoy Colombia, combatir perpétuamente contra el dominio exterior, y no reconciliarse sino con la Independencia. » Obrando conforme á esta firme resolucion, envió al conde de Cartagena la ley fundamental de Colombia, documento que encerraba las únicas bases segun las

cuales podia tratar el gobierno republicano con el español. Por lo demas, ofrecia á Morillo que sus comisionados Toro y Lináres serian tratados con el respeto y consideracion debidos á su carácter sagrado, y que no podia aceptar en su totalidad el armisticio que le ofrecia, hasta no saber las proposiciones que le hicieran dichos comisionados.

Toro se enfermó en el camino, y Lináres tardó mucho en llegar al cuartel general de Bolívar; prolongóse pues la negociacion.

La abertura de negociaciones de paz, que hizo el gobierno español por medio del general Morillo, fué un acontecimiento de grandes consecuencias en favor de la causa de la Independencia de Colombia y aun de toda la América española. Viendo los pueblos el modo decoroso con que el altivo Morillo escribia al congreso de Venezuela, á Bolívar y á los demas caudillos que hacian la guerra bajo de sus órdenes, los tratamientos de *Serenísimo* atribuido al congreso, de *Excelencia* y otros que les daba, y los deseos manifestados por el general español de celebrar un armisticio que condujera á la paz; creyeron con razon que el nuevo gobierno constitucional de España se hallaba decidido á reconocer la Independencia de Colombia. Esto dió á los pueblos una alta idea de la República. Aun sus mas enemigos vieron que los patriotas iban por fin á triunfar del poder español. Este resultado feliz, que no parecia muy distante, excitó en los pechos de los Colombianos realistas el patriotismo adormecido por antiguas preocupaciones. Un gran número resolvió, ó por lo ménos tuvo fuertes propensiones para determinar unirse en primera ocasion á la causa de su patria, y hacerla triunfar. Desde entónces quedó roto el cetro español en estos países, ó próximo á caer hecho pedazos ante el fuego sagrado de la libertad.

Cuando Bolívar recibió en 7 de julio los primeros oficios de Morillo y Latorre, habia algunos meses que tenia su cuartel general en la villa del Rosario de Cúcuta. Decidido por un plan de campaña defensivo respecto del ejército español de Venezuela, no pensaba hacer otra cosa por algun tiempo sino conservar todo lo que habia adquirido. Entre tanto se aumentaban sus fuerzas por todas partes, se disciplinaban las tropas, y se las armaba. Sentíase aun la falta de fusiles y municiones para una campaña activa. Se habian introducido las suficientes por Angostura;

mas era tan largo el tránsito hasta Bogotá y Cúcuta, ya por el Apure, ya por el Meta, que no habian llegado todas las armas y municiones precisas. Amaestrado por la experiencia, Bolívar adoptó la firme resolucion de no arriesgar nada miéntras no fuera superior, ó por lo ménos igual á los veteranos que formaban el ejército expedicionario de Morillo.

El que mandaba Páez tambien permanecia estacionario sobre el Apure. Situado su cuartel general en Acháguas, dominaba una parte considerable de la provincia de Barínas inclusa la misma capital. El general Bermúdez dirigia como jefe á los patriotas que componian el ejército de Oriente, distribuido en las provincias de Cumaná y Barcelona: de este dependian las divisiones Monágas, Cedeño y Sarasa.

La vanguardia del ejército español, compuesta de poco mas de 2,000 hombres, tenia siempre sus estancias en Calabozo y sus alrededores, siendo su jefe el brigadier Morales: en Cumaná existian 1,300 hombres; Real mandaba otra division de 1,600, acantonada hácia el Pao y la Guadarrama; el mariscal Latorre permanecia en Bailadóres con 1,400 soldados, sin medios ni fuerzas suficientes para obrar; el resto del ejército expedicionario, que ascendia á 2,500 hombres, ocupaba la provincia de Carácas hasta Barquisimeto, fuera de las tropas que guarnecian á Maracáibo, Coro y otros puntos. En lo general sus divisiones se habian mantenido en quietud, y á excepcion de la guerra de partidas que se hiciera activamente en algunas partes del territorio venezolano, el general Morillo observó tambien la defensiva.

Admira tan dilatada inaccion del jefe español. Su genio era activo, su valor á toda prueba, sus fuerzas superiores y aguerridas. Parecia que una marcha rápida de tres ó cuatro mil hombres podria haberle dado la victoria en la Nueva Granada, ántes que Bolívar se hubiese fortificado. Hase hecho tal acusacion á Morillo, quien parece que se defendia con la falta de subsistencias y de otros recursos para mantener un ejército en las provincias de Trujillo y Mérida. Por otra parte, aquel jefe habria dejado descubierta la provincia de Carácas, próxima á ser invadida por el ejército de Páez y por las divisiones republicanas de Oriente. Morillo no podia ni debia arriesgar la pérdida de su base de operaciones. Añádese á esto, que en la guerra de la Independencia ha sido en extremo difícil tanto á los rea-

listas como á los patriotas saber las fuerzas del enemigo. Morillo ignoraba las de Bolívar, y tenia motivos fundados para juzgar que eran numerosas.

Desde que se publicó en Carácas la constitucion española, principió á ser atacada la autoridad de Morillo por la imprenta libre; dando acaso el primer ejemplo el fiscal de la audiencia doctor don Andres Level de Goda con su audacia acostumbrada. Disminuidas las facultades absolutas del pacificador con multitud de trabas, ya no fué aquel atleta vigoroso que libre en sus movimientos usaba de sus fuerzas como queria, y daba golpes formidables á sus enemigos.

Deseoso el Libertador de infundir con su presencia un nuevo impulso á la importante campaña del Magdalena, determinó hacer una rápida excursion á las costas del Atlántico. Partió, en efecto, á principios de agosto, y dejó encomendado el gobierno del ejército del Norte al general Urdaneta. Siguió con mucha rapidez por el camino que desde Cúcuta sale á Ocaña (1). Visitó á Mompox, Barranquilla y Turbaco. En todas partes dictó las mas eficaces providencias para activar la guerra, especialmente la toma de Santamarta, que llamaba su atencion.

Situado en Turbaco, entró en comunicaciones oficiales con el gobernador Tórres sobre la paz y reconciliacion con la España. Los primeros oficios fueron atentos y respetuosos de una y otra parte; empero instado por Tórres á que contestára categóricamente : 1º si se reunia á la nacion española; 2º si juraba la constitucion; y 3º si enviaba diputados á las Córtes de España, Bolívar tuvo uno de aquellos accesos de enojo á que le exponia su ardiente carácter. La contestacion que diera fué muy dura, pues deprimia altamente al gobierno y á la nacion española. Este paso indebido causó una grande irritacion á los realistas de Cartagena, que tuvo malas consecuencias.

Al arribo de Bolívar á Cúcuta á la mitad de setiembre desde las costas de Cartagena, ya se habian tenido en la villa de San Cristóval las conferencias entre los comisionados del gobierno español y los de Colombia. Eran los primeros don Francisco González de Linares y el coronel don José María Herrera, sustituido en lugar de don Juan del Toro, cuya salud deteriorada no le permitió seguir su viaje. Fueron los segundos el general

(1) Véase la nota 3ª.

de division Rafael Urdaneta y el secretario de la guerra coronel Pedro Briceño Méndez.

Los comisionados españoles propusieron á los Colombianos (agosto 20) : « 1° que se adopte y jure en estas provincias la constitucion política de la Monarquía española, y que se nombren y envíen inmediatamente diputados á las Córtes, en conformidad de lo que dispone la misma constitucion ; 2° que en caso de adoptarse y jurarse la constitucion española por los pueblos disidentes, Su Majestad conserva á sus actuales jefes el mando de las provincias que ocupan, por tiempo ilimitado, con subordinacion al general en jefe del ejército pacificador, ó bien al gobierno de la metrópoli directamente. »

Contestarón los comisionados del Libertador : — « que no estaban autorizados para sellar los males de Colombia sometiéndola á la España , sino para promover sus intereses y derechos constituyéndola libre, independiente y soberana. Si, pues, la mision de los comisionados españoles se dirigia á estos objetos, procederian con gusto á oir sus proposiciones ; pero que de lo contrario protestaban firme é irrevocablemente que no responderian siquiera á ninguna proposicion que se apartára de estas bases. » « Los defensores, añadian, de la justicia y de la libertad, léjos de ser halagados por ofertas de un mando ilimitado, reciben un verdadero ultraje al verse confundidos con las almas groseras que anteponen la opresion y el poder á la sublime gloria de ser los libertadores de su patria. » Así terminó esta negociacion, porque los comisionados de Morillo carecian de facultades para reconocer la Independencia, y no hicieron alguna otra proposicion que fuera admisible.

Entre tanto habia ocurrido un suceso desgraciado en las costas del Atlántico. Pasaron apénas dos dias despues que el Libertador marchó de Turbaco, cuando los Españoles de la plaza, que respiraban venganza por el agravio que Bolívar habia irrogado á su gobierno en la comunicacion ántes mencionada sobre negociaciones de paz, hicieron una salida. Cuatrocientos veinte hombres del regimiento de Leon y unos pocos artilleros partieron de Cartagena y desembarcaron en Cospique á las cuatro de la mañana del 1° de setiembre. Una avanzada republicana es sorprendida, y el enemigo aparece en Turbaco sin que se hubiera sabido su marcha. Los Españoles atacan el pueblo denodadamente, y á pesar de cuatro piezas de artillería que defen-

dian los ángulos fortificados de la plaza, la ocupan. En breve se dispersan completamente y con muy poca resistencia algo mas de mil hombres de tropas bisoñas que allí tenian los independientes. Los realistas degüellan á cuantos caen en sus manos, clavan la artillería, destruyen los elementos militares que pueden, y queman á Turbaco. Felizmente nuestra caballería, que estaba acantonada en Torrecilla, oyó el fuego, y juntándose con otro destacamento á las órdenes del capitan Florencio Jiménez corren hácia Turbaco : allí acometen á los enemigos y los obligan á abandonar la poblacion. Ya estaba consumada la obra, y el coronel don Miguel Balbuena, que mandaba á los Españoles, se retiró á Cospique el mismo dia. Perdió ocho muertos y tuvo veinte y seis heridos. De los patriotas murieron de todo sexo y edad cerca de ciento cincuenta, y hubo mas de cincuenta heridos. La dispersion fué tan completa, que el coronel Ramon Ayala, comandante de Turbaco, no pudo reunir cincuenta hombres al dia siguiente. Todos aquellos soldados bisoños huyeron á los montes sobrecogidos por un terror pánico.

El coronel Montilla estaba en Soledad, donde disponia todo lo necesario para marchar contra Santamarta. A la primera noticia voló á Turbaco, llevando consigo el batallon Antióquia, mandado por Córdoba, y algunas tropas mas. Con este auxilio quedó en breve restablecida la estrecha línea que por tierra sitiaba á Cartagena.

El mismo dia que fué sorprendido Turbaco, entró en el puerto la corbeta española *Céres*, procedente de la Habana. Trajo seiscientos barriles de harina para la ciudad y dejó en Santamarta doscientos. Los buques de la escuadrilla de Brion, que bloqueaban el puerto, se retiraron al acercarse la *Céres*, creyéndose incapaces de batirla. Con estos felices sucesos los defensores de Cartagena se llenaron de orgullo. Despreciaron altamente á los patriotas y dentro de los muros se juzgaban invencibles. El gobernador Tórres, para que hubiese ménos consumo de vituallas, habia permitido que salieran de la plaza cuantos lo solicitáran. Hizo tambien que se fueran á unir con los suyos los patriotas mas conocidos, como el doctor José María Castillo, don José Sanz de Santamaría, don Sinforoso Mútis y otros confinados allí por Morillo.

Apénas habia partido la *Céres* con el destino de traer nuevamente víveres á la ciudad, cuando arribaron las corbetas espa-

ñolas *Diana* y *Descubierta*. Venian de Puertocabello en compañía de la goleta de guerra *Morillo* y de un bergantin mercante cargado con provisiones. Habian dejado en Santamarta doscientos soldados que Morillo enviaba en auxilio de esta plaza, mandados por el teniente coronel Balcárcel. Parece que el objeto principal de los mencionados buques era cazar y destruir la escuadra republicana que bloqueaba á Cartagena. Hallábase esta anclada, cuando apareció la española, que tenia la ventaja del barlovento; pero fué tanta la lentitud con que maniobraron las corbetas, que nuestros buques pudieron escapar refugiándose en Sabanilla. Aquí se acoderaron defendidos por las baterías del fuerte, y los Españoles no se atrevieron á atacarlos con denuedo. Al cabo de algun tiempo las corbetas, despues de haber hecho un crucero inútil, volvieron al apostadero de Puertocabello, por haberse disgustado con el gobernador Tórres los que las mandaban; quedaron entónces absolutamente indefensas las costas de Cartagena y Santamarta.

Los patriotas sufrieron otro contratiempo que retardó mucho sus operaciones sobre estas plazas. La disenteria y el vómito negro se introdujeron en las tropas, especialmente en las que se componian de naturales de lo interior, é hicieron grandes estragos. Los batallones Antióquia y Girardot tuvieron bajas considerables, perdiendo oficiales jóvenes que prometian mucho á la patria; entre ellos murió el teniente coronel José María Ricaurte y Mariño, natural de Santafé y comandante de Girardot.

La rendicion de Santamarta era en aquellos dias muy importante para los republicanos. Fueron estrechas las órdenes que dejó el Libertador á fin de que se emprendiera inmediatamente; empero el descalabro de Turbaco y la aparicion de los buques de guerra españoles la habian impedido. Queria el presidente que, rendida Santamarta, las mismas tropas, unidas á seiscientos hombres que regía en lo interior de la provincia el coronel Móntes de Oca, siguieran por el territorio de la Goagira con el destino de libertar á Maracáibo. La posesion de esta ciudad era de vital importancia para la República.

Los habitantes de Santamarta y su gobernador el general Ruiz de Pórras sabian los planes de los independientes para embestir la plaza. Hallábanse á la sazon en grandes apuros por la falta de comercio y de recursos con que sostener las tropas;

esto obligó á Pórras á emitir monedas de plata de poca finura. Sin embargo no desmayó el celo y entusiasmo de los Samarios por la causa de su amo el rey: ellos hicieron nuevos y prodigiosos esfuerzos para defender aquella moribunda causa. Alistáronse en varios cuerpos de infantería y caballería, cuyo ejemplo fué imitado por los Indios de Mamatoco y otros lugares vecinos.

El pueblo de San Juan de la Ciénaga ó Sabánas era el antemural de la ciudad de Santamarta, así por su ventajosa posicion, como por el denodado valor y el entusiasmo por el rey que animaba á los Indios sus moradores. En consecuencia determinó el gobernador Pórras fortificarlo con várias obras. La poblacion entera trabajó en estas, y muy pronto quedaron concluidas. El mando de las tropas que guarnecian aquel punto se dió al comandante don Estévan Díaz.

Hacía algun tiempo que la division republicana del coronel Lara se hallaba en el Piñon á la derecha del Magdalena, esperando la marcha y cooperacion de las demas fuerzas que debian invadir á Santamarta. Los realistas habian erizado de cañones todas las avenidas de Pueblo-Viejo y de San Juan, defendidas por buenas tropas de infantería y caballería, así como por una respetable escuadrilla de fuerzas sutiles.

Luego que recibió el gobernador Pórras el corto auxilio enviado por Morillo, hizo reunir los destacamentos que tenia diseminados. Púsolos á las órdenes del brigadier Sánchez Lima en número de quinientos hombres de buena tropa. Lima penetró por la Fundacion hasta Pivijay, con el objeto de batir la division Lara. Habiendo este recibido noticias equivocadas sobre el número de las fuerzas españolas, se trasladó á la orilla izquierda del rio, creyéndose inferior. Mas, desengañado en breve, tornó á repasar el Magdalena, ocupando el Guáimaro en 20 de octubre. Llegó entónces á tomar el mando de las tropas el coronel José María Carreño, jefe de mas aptitud y de mejores conocimientos militares que Lara. Inmediatamente los patriotas adoptaron la ofensiva, marchando sobre las tropas de Lima, que se retiraban. Los realistas disputaron inútilmente el paso en Cotiné con una columna de infantería, que al fin se retiró al pueblo de la Fundacion. Tenia por objeto este movimiento el hacer que la division independiente se empeñase sobre la Ciénaga para combatirla de frente en Riofrio el teniente coronel

Labárces, y que Sánchez Lima la atacase al mismo tiempo por retaguardia con las fuerzas que mandaba. Cuando esto sucedia, el coronel José Padilla con las fuerzas sutiles ocupó la Ciénaga grande, y el almirante Brion á la cabeza de la escuadra bloqueaba el puerto de Santamarta.

El coronel Carreño con mas de mil trescientos hombres persiguió á Lima; le alcanzó y derrotó completamente cerca del rio de la Fundacion. Lima escapó hácia Maracáibo con el teniente coronel Balcárcel.

Quitado aquel obstáculo, las fuerzas sutiles y la division de Carreño combinan sus operaciones. Atacan, pues, el 10 de noviembre á un mismo tiempo, Carreño por tierra las baterías erigidas sobre Pueblo-Viejo, y el coronel Padilla con las fuerzas sutiles las que miraban á la Ciénaga desde el mismo pueblo, la salina y la Barra. Las tropas de Carreño flanquean las baterías y las dejan á su espalda. Sin embargo de esto, los Indios y demas habitantes de la parroquia de San Juan, favorecidos por ventajosas posiciones y engreidos todavía con sus antiguos triunfos contra los patriotas, defienden el terreno palmo á palmo. Parapetados con las casas, mantienen un fuego bien nutrido y certero que causa bastante daño á los republicanos. Enardecidos estos, cargan de firme á los Indios realistas: se aumenta el furor guerrero de los patriotas con la obstinada resistencia de sus enemigos, que por nada dejan de combatir. Desordenados los Indios, nuestra caballería de llaneros, mandados por Calderon, les da repetidas cargas, y una gran parte de los Indios perece por el filo de las lanzas. Mas de cuatrocientos cadáveres quedaron tendidos en el pueblo de San Juan, que atestiguaban el valor indomable de sus belicosos habitantes y el furor con que se hacía la guerra, que Carreño suavizára en cuanto le fué posible.

El coronel Padilla tomó igualmente los buques de guerra ántes que las baterías de los enemigos. Desembarcó entónces los seiscientos cincuenta hombres que tenia á bordo de la escuadrilla, mandados por el coronel Maza. Este jefe se reunió á Carreño en la batería de San Pedro, que estaba ya ocupada, y fué destinado á enseñorearse de las del Dulcino y Gaira. Padilla salia al mismo tiempo al mar pasando la Barra, é iba á reunirse con el almirante Brion delante de la ciudad de Santamarta.

La pérdida de los realistas en esta sangrienta jornada y en

las anteriores ascendió á seiscientos muertos y á seiscientos veinte y cinco prisioneros. Se les tomaron ochocientos fusiles, cinco buques de guerra, su artillería y el parque de municiones.

El coronel Carreño siguió en breve la misma ruta que tomára el coronel Maza con la vanguardia. En via para la capital se le presentó el coronel Juan Narváez, á quien poco ántes habian hecho prisionero los enemigos, y dos miembros del cabildo, pidiendo una suspension de hostilidades para tratar de la rendicion de la plaza. Fué concedida bajo la promesa de que se entregaria al dia siguiente. Pero entre tanto el gobernador Pórras, acompañado por solos tres vecinos principales de Santamarta, huyó por la noche, y burlando la vigilancia de la escuadra sitiadora, logró escaparse con direccion á Chágres, dejando la ciudad en la mas completa anarquía. En la mañana del siguiente dia (noviembre 11) fué invitado el almirante Brion para ocupar á Santamarta abandonada; en seguida entró en ella el coronel Carreño. Restablecióse el órden inmediatamente, sin que esta ciudad sufriera los estragos de la guerra. Muchos de sus vecinos emigraron por tierra dirigiéndose á Riohacha y Maracáibo. Pocos llegaron á esta ciudad por lo dilatado y fragoso del camino. Regresaron los mas á sus domicilios, luego que supieron la conducta humana de Carreño.

Tan importante victoria solo costó á los independientes cuarenta muertos y ciento catorce heridos. Adquirió mucha nombradía en esta campaña el coronel Carreño por su prudencia y valor en los combates, por su humanidad y desinteres. Mereció tambien elogios la bravura del coronel Padilla. Distinguiéronse igualmente varios oficiales ingleses y otros del país. Cerca de mil quinientos hombres, algunos de tropas de línea y la mayor parte de milicias, defendieron las fuertes posiciones de la Ciénaga atacadas por cosa de dos mil. Nada pudieron salvar los realistas de cuanto existia en ellas y en la capital.

El comandante general Montilla fué inmediatamente á Santamarta con el objeto de organizar el gobierno, llevando consigo al doctor Gual. Una de las providencias que tomára fué expeler del país á todas aquellas personas que mas se habian distinguido por su odio á la Independencia y por su amor al gobierno del rey. Les dejó la libre disposicion de sus bienes y la facultad de volver á sus domicilios dentro de seis meses, si en este

tiempo se mantenian en países neutrales y sin comunicarse con los enemigos de Colombia.

Una provincia que habia sido tan opuesta á la Independencia como la de Santamarta y casi todas sus poblaciones, no manifestó que hubiera cambiado sus opiniones políticas, despues que se la sometió por la fuerza. Por todas partes se veían indicaciones seguras de que se aprovecharian aquellos pueblos de la primera ocasion que se les presentára de insurreccionarse. Á fin de impedirlo, dispuso el Libertador que se extrajeran de las poblaciones mas desafectas hasta dos mil hombres útiles para las armas, que se enviarian al ejército de Venezuela. Tal medida solo se realizó en parte, porque los hombres huyeron á los bosques, prontos siempre á formar partidas de guerrilla.

Estas dominaban gran parte de los cantones del valle Dupar y de Ocaña. La conducta del coronel Móntes de Oca, destinado por el Libertador con seiscientos hombres á mantener la tranquilidad de aquella parte de la provincia de Santamarta, no habia correspondido á tan delicado encargo. Entró en una especie de convenio con Eustaquio Valles, jefe de los revoltosos, quien ofreció á Móntes que le dejaria seguir á Chiriguaná desde el Paso, donde se hallaba; pero habiendo embarcado cerca de doscientos fusiles y diez y ocho mil cartuchos á fin de conducirlos por agua, los rebeldes se apoderaron de ellos burlándose de la necia confianza de Móntes. Fortalecidos con este armamento, la faccion de los Colorados se apoderó de Ocaña, capitaneada por dos mulatos Jácomes y por Javier Alvarez. En vano el coronel Figueredo se empeñó en defender aquella ciudad importante con doscientos hombres que tenia; fué batido salvando apénas cincuenta. Auxiliado de Cúcuta con doscientos fusileros, quiso recuperar lo perdido; mas sufrió una segunda derrota en que apénas pudo escapar casi solo. Con estas ventajas la faccion de los Colorados, compuesta de los hombres mas valientes del canton de Ocaña, se engrosó hasta quinientos fusileros. Hácia Chiriguaná tenia Valles mas de doscientos, y el Guamal con otros pueblos de la orilla derecha del Magdalena se habian insurreccionado tambien. Así era que, á pesar de la ocupacion de Santamarta, los moradores del interior de esta provincia, enemigos casi todos de la Independencia, sostenian con el mayor teson el partido moribundo de Fernando VII. Parece que pretendian estar siem-

pre atados al carro de la España, vivir en la abyeccion y en la ignorancia, rechazando cualesquiera mejoras de su patria.

El coronel Móntes de Oca permanecia en Tamalamequito con poco mas de trescientos hombres, pues habia sufrido bastantes pérdidas. No daba partes, no se entendia con el coronel Montilla, ni con otros jefes independientes. Su conducta llegó á ser tan ambigua é inexplicable, que se temió quisiese dar el escándalo de pasarse á los Españoles. Esto llamó seriamente la atencion del comandante general del Magdalena, que veía ser de absoluta necesidad impedir semejante atentado, extinguir las insurrecciones y castigar de muerte á los cabecillas. Dió en consecuencia las mas activas providencias para conseguirlo tan pronto como fuera posible.

El teniente coronel Juan Narváez fué destinado con alguna tropa á pacificar el Guamal y otros pueblos insurrectos de la provincia de Santamarta. Consiguió que depusieran las armas usando de medios suaves y de una política conciliadora. Él penetró hasta la provincia de Riohacha, adquiriendo por todas partes amigos para la República : conducta que honró mucho su carácter.

Las armas de Colombia habian sido felices en la campaña de las provincias litorales de Cundinamarca. La de Cartagena estaba libre y tranquila, á excepcion de la capital : sus fuertes muros la defendian de todo ataque de los independientes, ménos de los progresos lentos pero seguros del hambre. La de Santamarta se hallaba sojuzgada aunque no tranquila, pues sus habitadores en la mayor parte eran enemigos de la Independencia. Cualesquiera desde entónces podia prever que la lid continuaria, y que aun se librarian en su territorio reñidos combates entre los dos partidos beligerantes. Los sentimientos de las masas son harto difíciles para domeñar.

Seis meses habian bastado á los independientes para formar en las provincias del Magdalena un ejército que excedia de tres mil hombres, la mitad enviada del interior de Cundinamarca, y el resto levantado en la provincia de Cartagena. El patriotismo de sus habitantes en aquella época por siempre memorable, su consagracion desinteresada al servicio de la patria, y los grandes sacrificios que hicieron para organizar y sostener el ejército republicano, merecen los mayores encomios y el reconocimiento de la posteridad.

La conducta del comandante general Mariano Montilla es digna igualmente de elogios bien merecidos. Él dirigió la campaña con tino, prudencia, valor, y al mismo tiempo con la audacia correspondiente á la grande empresa que habia acometido. Firme sin crueldad, y afable sin debilidad, él supo amalgamar los genios y elementos discordantes que tenia á sus órdenes y formar un solo ejército. La crueldad no manchó sus victorias, y tuvo la firmeza bastante para contener el furor sanguinario de algunos subalternos venezolanos, que, segun las opiniones que todavía dominaban á muchos en aquella época, creían que no eran patriotas los que perdonaban á los Españoles europeos.

Una de las graves dificultades que debia superar el comandante general del Magdalena, fué la puntillosa delicadeza del almirante Brion. Continuamente formaba quejas y promovia cuestiones de etiqueta contra Montilla, creyéndose superior. El Libertador y el vicepresidente de Cundinamarca sostuvieron á Montilla en todo lo relativo al ejército que mandaba y al gobierno que ejercia. Brion dirigia la marina, que, bien fuera por su mal estado, bien porque su almirante no queria arriesgar los buques, en gran parte de su propiedad, no hizo proeza alguna en las costas de Cundinamarca.

El coronel Carreño y los tenientes coroneles Córdoba y Maza prestaron á la República servicios muy distinguidos en la campaña del Magdalena. La ocupacion y libertad del territorio adyacente al rio Cáuca, la de Mompox y la accion de Tenerife serán, miéntras haya patria, un testimonio brillante de la audacia y valor de los dos últimos. Educados en las guerras de Venezuela fué lástima que no hubieran sido mas compasivos con los prisioneros españoles que sacrificaban, y de caractéres ménos violentos. Otros varios jefes y oficiales merecieron bien de la República en esta campaña.

En los últimos meses del año recibieron armas y municiones abundantes el ejército del Magdalena, el del Norte y el de Apure, á cuya cabeza estaba todavía Páez. Mas de un año habia tardado el gobierno de Colombia en conseguir armas y municiones para hacer activamente la guerra á los Españoles. Fué necesario introducirlas desde Guayana al interior de Cundinamarca y á los valles de Cúcuta; pero al fin la constancia y el trabajo vencieron las graves dificultades que se oponian al largo

transporte de los fusiles y municiones. Entre tanto se disciplinaban los soldados republicanos en los diferentes depósitos.

Fuera de estos sucesos acaecidos entre los partidarios de la República, casi no hubo alguno que deba recordarse en las provincias que aun dominaban los realistas en la Nueva Granada. Mencionarémos solamente el viaje que hizo el virey Sámano de Jamáica á Portobelo, y desde allí á Chágres, á fin de establecerse en Panamá. Era comandante general del istmo Ruiz de Pórras, el mismo que huyera de Santamarta. Luego que este supo el arribo de Sámano, quien exigia se le reconociera como á virey, convocó una junta de las autoridades civiles y militares de la capital, en que se discutió si debia ó no admitirse á Sámano en calidad de virey, supuesto que no habia querido jurar la constitucion española; hubo opiniones diferentes, cuyo resultado fué acordarse que se le recibiera, y se le enviaron comisionados á felicitarle. Mas entre tanto Pórras, á solicitud del cabildo de Panamá, revocó su primera determinacion y resolvió no admitir á Sámano. Siguiéronse dilatadas contestaciones, que terminaron al fin en que se le recibiera como á virey reconociendo su autoridad. Pocos meses duró su gobierno, pues siendo ya anciano y abrumado por las enfermedades, murió en breve despreciado de todo el mundo por sus ideas añejas, que ya no eran del siglo en que vivia, y por su ineptitud para el gobierno.

En todo este año y en parte del siguiente fueron prodigiosos los esfuerzos que hicieron las provincias del departamento de Cundinamarca para sostener la independencia de su patria. De Bogotá se remitian sumas considerables de dinero para el ejército de Apure, para el del Norte, para el del Magdalena y para el del Sur. Enviábase tambien para las columnas que se disciplinaban en Tunja, Socorro y otros puntos; de Cundinamarca se dirigian vestuarios de toda clase para las tropas y sus numerosos reclutas, especialmente al Apure y al ejército del Norte. Asegúrase que salieron hácia estós puntos y para otros cerca de treinta y cinco mil hombres, que en su mayor parte morian ó se desertaban. Un solo batallon recibió seis mil reclutas, y un año despues solo contaba seiscientas plazas efectivas.

Puede formarse una idea aproximada de los sacrificios que harian los pueblos por los hechos siguientes. Segun documentos que tenemos á la vista, la provincia de Antióquia, en poco mas de un año, dió dos mil reclutas, de los cuales novecientos eran

esclavos, y cuatrocientos mil pesos. La del Socorro contribuyó con ocho mil reclutas, setecientas mulas, trescientos cincuenta caballos, ocho mil vestidos y cerca de doscientos mil pesos, manteniendo ademas dos batallones. Exigiéronse de Pamplona en el mismo tiempo mil ochocientos reclutas, novecientas caballerías, cien mil pesos y gran cantidad de vituallas. Fueron tambien cuantiosas las contribuciones de Cartagena, Tunja, Bogotá, Néiva y de las otras provincias libres de Cundinamarca. Todos los pueblos hicieron grandes y dolorosos sacrificios para consolidar su independencia : sacrificios que su patriotismo les hizo llevaderos.

El vicepresidente, general Santander, era el centro de donde partian los auxilios, y el que presidia á los generosos y patrióticos esfuerzos de los pueblos de Cundinamarca. Autorizado plenamente por el Libertador hasta para imponer contribuciones, Santander llenó tan difícil como delicado encargo con suma prudencia, actividad y firmeza, con talentos superiores, probidad intachable y sin oprimir á los pueblos, sino hasta donde era necesario para llenar su mision. Ejerciendo un gobierno militar y debiendo exigir de los pueblos cuanto era preciso para hacer la guerra hasta derrocar el poder español, el vicepresidente tuvo que dictar muchas providencias violentas. Hay personas que aun todavía se las critican amargamente, cuando han pasado los riesgos y que la nave del Estado se halla en el puerto, despues de haber sufrido desechas tempestades. Empero, vuelvan los ojos hácia lo pasado, examinen los documentos contemporáneos, y acaso no habrá alguno que deje de confesar, — « que el período de la vicepresidencia de Cundinamarca fué el mas glorioso de la vida pública del general Santander. » La patria debe serle reconocida á tan importantes servicios. Débese tambien reconocimiento á los doctores Estanislao Vergara y Alejandro Osorio, sus secretarios y consejeros íntimos, que tuvieron gran parte en operaciones tan importantes como útiles á Colombia.

CAPÍTULO II.

Estado de la guerra en Venezuela. — Progresos de la opinion en favor de la Independencia. — Jefes y oficiales realistas que se pasan. — Sucesos militares de Barcelona. — Retírase Arana y sufre mucha desercion. — El padre Arbeláis, Torralva y otros se declaran por la Independencia. — Muerte alevosa del coronel Sotillo. — Progresos de Monágas en Barcelona : toma la capital y destruye al partidario Guzman. — Combate marítimo. — Se insurrecciona la guarnicion realista de Carúpano, huye á Margarita. — Adelantamíentos de los patriotas en los valles de barlovento de Carácas, en Barcelona y Cumaná ; esta provincia queda libre, ménos la capital. — Bolívar propone á Morillo un armisticio. — Se mueve el ejército republicano del Norte por escalones. — Se retira el de los realistas, que sufre alguna pérdida. — Esfuerzos del obispo de Mérida, Lasso, que perseguido se retira á Maracáibo. — El Libertador ocupa á Mérida y Trujillo. — Dispone ántes la toma de Maracáibo. — Réyes Várgas se pasa á los independientes con algunos de sus partidarios. — Barínas ocupada por Romero. — Los comisionados españoles van á Calabozo. — Bolívar no puede trasladarse á San Fernando. — Sus excusas á Morillo, que llama á sus comisionados, y continúa las operaciones militares. — El presidente de Colombia propone un tratado para regularizar la guerra. — Morillo se avanza hasta Carache. — El Libertador determina dar una batalla. — Suspéndense las hostilidades. — Bolívar nombra sus comisionados, y arriban los Españoles. — Abrense las negociaciones en Trujillo : se vencen las dificultades y ajústase un armisticio general. — Tambien se concluye un tratado regularizando la guerra : ambos son ratificados. — Entrevista de Bolívar y Morillo en Santa Ana : sus pormenores y separacion. — Opinion de Colombia sobre ambos tratados. — Morillo es relevado del mando, y le sucede Latorre. — Sus proclamas á los Venezolanos y al ejército. — Se embarca para España. — Juicio sobre su carácter. — La junta de pacificacion aprueba los tratados y envia comisionados á Madrid. — Situacion y estancias del ejército republicano. — El Libertador sigue á Bogotá con el objeto de trasladarse al sur de Cundinamarca. — Deja el mando supremo al vicepresidente Roscio, que se pone en camino desde Angostura para el Rosario de Cúcuta. — Mérito de la provincia de Guayana. — Elecciones para el congreso de Colombia. — Arribo á Venezuela de cinco buques de guerra españoles. — En ellos vienen comisionados para tratar de la pacificacion de

la América Meridional. — Sartorio y Espelius oficían al presidente de Colombia; le instan á fin de que envíe diputados á España : los nombra, y parten. — Esfuerzos de Zea para restablecer el crédito de la República en Europa : obstáculos que se le oponen. — Bolívar decreta no admitir mas tropas extranjeras. — Operaciones del ministro Zea sobre la deuda de Colombia. — Inicia una negociacion de paz con el embajador español en Lóndres. — La rechaza el gabinete de Madrid : impruébala tambien el gobierno colombiano. — Propónese en los Estados Unidos reconocer nuestra Independencia. — En Cartagena se acepta el armisticio. — Riohacha queda por los Españoles, y se sublevan algunos de sus pueblos. — Aury, jefe de corsarios, propone incorporarse á Colombia. — El Libertador no le admite. — Brion en Bogotá : regresa á Curazao y muere allí. — Progresos de los Colombianos en las costas del Pacífico, que libertan. — Expedicion de San Martin al Perú. — Desembarca al sur de Lima y despues se traslada al norte. — El virey Pezuela sufre defecciones ; una de ellas la del batallon Numancia. — Torretagle, intendente de Trujillo, proclama la Independencia : le siguen todos los pueblos peruanos del norte. — Independencia proclamada en Guayaquil : mueren algunos en la revolucion, que tiene buen éxito. — Esta provincia establece una junta de gobierno. — Envia una expedicion contra Quito. — El presidente Aymerich marcha desde Pasto á oponerse. — Calzada confinado nuevamente á Pasto. — Los patriotas de Guayaquil son derrotados en Guachi. — Los de Cuenca en Verdeloma. — Es igualmente destruida en Guaranda otra expedicion de Guayaquil. — El Libertador activa la guerra del sur. — Marcha de Valdes hácia Pasto. — Moráles y Móles son comisionados para anunciar el armisticio á los jefes de Quito. — Guerrillas de Patía y fanatismo de los Pastusos. — Combate de Genoy, que pierden los patriotas. — Retíranse destrozados al Trapiche. — Los comisionados para anunciar el armisticio salvan sus reliquias. — El general Sucre se hace cargo del mando. — Se establece el armisticio en Pasto con dificultad, y fácilmente en Quito. — Los Españoles excluyen de sus efectos á la provincia de Guayaquil. — Carácter y pasos conciliadores de Sucre. — Recibe la comision de ir con tropas á Guayaquil. — Encargos que se le hacen y objeto de su viaje. — No consigue que Guayaquil se incorpore á Colombia; tampoco el general San Martin que se una al Perú. — Renuncia forzada de Pezuela. — El general Laserna le subroga en el vireinato. — Los patriotas ocupan las costas del Pacífico. — Progresos de Colombia en su carrera política; mas le falta darse un gobierno que afiance las garantías sociales. — Mejora su crédito exterior con los arreglos de Zea. — López Méndez los contradice : este no quiere volver á su patria. — Celebra un contrato ruinoso con Mackintosh.

Año de 1820.— Habiendo dado hasta ahora nuestra preferente atencion á los sucesos militares y políticos de Cundinamarca, es ya tiempo de ocuparnos de los que entre tanto ocurrieron en Venezuela.

Fueron bien pocos los acontecimientos importantes que hubo en sus provincias, despues que interrumpimos nuestra narracion acerca de la Costa-Firme. La parte principal del ejército de Morillo permanecia aun á la defensiva, y solamente algunos destacamentos de sus tropas de línea, y sus cuerpos francos ó guerrillas, combatian con las de los independientes en las provincias de Cumaná, Barcelona, Carácas y Barínas, que eran el teatro donde se hacía esta especie de guerra; los sucesos fueron varios, y solo recordarémos los hechos mas prominentes.

Las circunstancias eran felices para los republicanos, pues diariamente se aumentaba y robustecia la opinion de los pueblos de Venezuela en favor de la Independencia, y muchos realistas se desengañaban de sus errores pasados. La quietud armada de Morillo y de sus tenientes, las noticias que se difundian de triunfos y ventajas exageradas obtenidos en la Nueva Granada, y sobre todo la propuesta de Morillo á los jefes independientes de transigir las diferencias en cumplimiento de las órdenes é instrucciones que habia recibido del gobierno español, eran los poderosos motivos que obraban en los ánimos de los Venezolanos para seguir la causa de los que sostenian la independencia y libertad de su patria.

Entre estos se contó al teniente coronel Silva, comandante del canton de Guaca en la provincia de Barínas, que habia sido acérrimo partidario del rey: el denso velo que le ofuscaba cayó de sus ojos, y abrazó el partido de su patria. Dicho canton era de la mayor importancia para las comunicaciones por el rio Oribante con el ejército estacionado en el Alto-Apure. Por la defeccion de Silva la division española que tenia sus estancias en Bailadóres, quedó privada de los víveres que le suministraba dicho canton. Hizo lo mismo el pueblo de Canagua, que era de igual importancia. Abandonaron tambien la causa del rey los Venezolanos don Fernando Torralva y el capitan Blas Ampuda. Regía Torralva una guerrilla que cortó las comunicaciones de varios puestos enemigos, y que así les perjudicaba sobre manera.

En la provincia de Barcelona eran varios los sucesos de la guerra. El gobernador Saint-Just obtuvo algunas ventajas sobre los patriotas en el punto de las Mesétas, donde dispersára una reunion de partidas independientes. Asimismo destruyó unas lanchas apostadas en la ensenada de Santafé. Empero estas ven-

tajas se compensaron con otras operaciones ejecutadas por las tropas independientes de Monágas y Cedeño. En el canton de Güere perecieron el comandante realista don Bernardino Lozano y el capitan Manuel Almea. Igual suerte cupo en San Rafael de Orituco al comandante militar don Bartolomé Martínez, sorprendido por el coronel patriota José Francisco Blanca, dependiente de Cedeño: noventa hombres que guarnecian el pueblo cayeron prisioneros. Despues de esta ventaja, Cedeño marchó al Apure, y el general Bermúdez se hizo cargo en Cachicamo de las tropas que mandaba el primero. Por la ausencia de Bermúdez guiaba las de Cumaná el coronel Agustin Armario.

El coronel realista Arana, bien conocido en Barcelona por sus crueldades y actividad, no pudo sostenerse por mas tiempo en el pueblo de Onoto: ya no habia carnes con que mantener los trescientos hombres que mandaba, y recibió órdenes para trasladarse á Calabozo.

Emprendió su marcha (agosto 7), y en Orituco se le desertaron mas de doscientos soldados, abandonando la causa del rey para seguir las banderas independientes.

Esta pérdida era el preludio de otras mayores. El general Monágas consiguió atraer á su partido al padre Arbeláis, cura del Guapo, eclesiástico de mucho influjo, y que ántes habia hecho servicios distinguidos á los Españoles: servicios que no obtuvieron recompensa. Por medio de Arbeláis, Monágas entabló negociaciones con el teniente coronel don Hilario Torralva, comandante del Potrero. Mandaba este una fuerza considerable de realistas, de quienes habia sido tenaz partidario, habiéndoles prestado grandes servicios. Desengañado de su error, abandonó los estandartes de los opresores de su patria, uniéndose á Colombia con todas sus fuerzas. Comisionóle el general Monágas para persuadir á otros pueblos que hicieran lo mismo, y obtuvo los mas felices resultados. Los de San Pablo, San Lorenzo, San Francisco, San Miguel, Clarínes y Píritu, juraron la Independencia. Igual juramento habian hecho poco ántes el comandante Antonio García en Tucupido y el capitan Juan Centeno en el valle de la Pascua. Imitólos Guanape por el influjo de los hermanos Armas, y tambien Jesus Aleman, que se hallaba en Uchire. Hizo lo mismo el canton de Güere, regido por el capitan Antonio Ranjel. De esta manera casi toda la provincia de Barcelona quedó libre en los meses de agosto y setiembre.

Solamente el partidario Francisco Guzman continuaba en San Mateo defendiendo tenazmente el moribundo partido del rey Fernando. Monágas destinó á negociar con él al coronel Miguel Sotillo. Admitió Guzman la entrevista en San Mateo; empero cuando Sotillo se hallaba descuidado, le atacó una partida capitaneada por el mismo Guzman, y fué asesinado vilmente. Unidos Guzman y Saint-Just, continuaron haciendo la guerra en favor de los Españoles, y obtuvieron algunas ventajas en varios encuentros parciales, tenidos en Píritu, San Bernardino, el Pilar y San Mateo. Mas, á pesar de sus esfuerzos no pudieron resistir á mil infantes y doscientos caballos que Monágas habia conseguido reunir. Saint-Just fué atacado en Barcelona el 22 de octubre, y perdió la ciudad retirándose al Morro, donde se fortificára. Sorprendido Guzman en los bajos de Quiamare, fué derrotado y muerto, despues de haber combatido valerosamente contra la independencia de su patria.

Algun tiempo ántes hubo un reñido combate al frente de Barcelona entre la flechera republicana *La Flor de Mar* y un falucho y esquife españoles. Mandaba la primera el capitan de navío Francisco J. Gutiérrez, y los segundos el comandante realista don José Guerrero, bien conocido por su valor y audacia. La flechera estaba ya para rendir al falucho, que habia perdido cuarenta hombres, incluso Guerrero, á quien mató el mismo capitan Gutiérrez. Mas al ir á tomar posesion del falucho abordándole, recibió la flechera una bala á flor de agua y zozobró. Gutiérrez y gran parte de la tripulacion murieron ó cayeron prisioneros. Esta pérdida fué harto dolorosa, pero se compensó con la muerte de Guerrero, que se habia hecho temible.

Los realistas no eran mas felices en la provincia de Cumaná que en la de Barcelona. Hallábase el batallon Clarínes guarneciendo el punto de Carúpano. Diez individuos, capitaneados por el sarjento Guillermo Návas, concibieron el proyecto de apoderarse de la plaza. A las doce de la noche del 16 de agosto se sublevan, dan libertad á once presos, y consiguen que haga lo mismo todo el batallon. A pesar de esto, no habiendo conseguido apoderarse de las fortificaciones ántes de que rayára el dia, las que fueron ocupadas por los oficiales y sarjentos que no habian seguido el movimiento, y tambien por los Españoles europeos que allí moraban, los sublevados se fueron á bordo del bergantin dinamarques *Circe*. Su capitan Mr Cotinette tuvo

la generosidad de condescender en llevarlos á Margarita. Consiguiéronlo auxiliados por la brisa, no obstante el fuego que les hacian las baterías de los realistas y algunos buques menores.

En la provincia de Barcelona prosperaba tambien el partido independiente, cuyas filas se engrosaban con multitud de tránsfugas que huían de las banderas españolas. El general Bermúdez mandaba en jefe las tropas republicanas, que ascendian á cerca de dos mil hombres. Puesto á la cabeza de una parte muy principal de ellas, se avanzó hasta los límites orientales de la provincia de Carácas. Acampado en el Terron, invadió á principios de octubre por medio de los coroneles Felipe Macero y Juan Bautista Coba á Riochico y Tacarigua. En Uchire se presentaron á Macero ciento cincuenta soldados del batallon de la Reina; abandonaron estos á su comandante Arana con sus armas y municiones. En el Limon cerca de Curiepe se pasó tambien el teniente coronel venezolano Juan Navarro, oficial valiente y emprendedor. Animadas con este auxilio y por el de otros patriotas, las avanzadas de la columna de Macero iban penetrando por Caucagua hácia Copaya. El capitan español Ferron era el comandante de los realistas que se replegaban, y habiendo recibido de Carácas el auxilio de trescientos hombres al mando del teniente coronel don José Isturris, cayeron sobre Coba, acampado en el pueblo de Tacarigua, á quien batieron dispersándose casi toda su tropa. En consecuencia Macero tuvo que retirarse hácia la laguna de este nombre, quedando Navarro á retaguardia de los realistas. Estos atacaron vigorosamente por dos dias á la columna de Macero, quien los rechazó. Como Navarro obraba á retaguardia de los Españoles ocupando á Caucagua, vióse Isturris compelido á retirarse, y sufrió bastante en la montaña de Ulba, donde se habia emboscado Navarro. La guerra continuó despues en los valles del Tuy con ventajas de los independientes. Los Venezolanos realistas habian conocido su error, y no querian ya servir á los opresores de su patria. Donde quiera que las tropas de uno y otro bando se ponian en contacto, los Españoles perdian multitud de oficiales y soldados criollos que desertaban de sus banderas. Por el mismo tiempo el gobernador Saint-Just abandonó el Morro de Barcelona, único punto que dominaban los Españoles en aquella provincia. Despues de quemar las casas y trincheras, se retiró por mar con la guarnicion y tres flecheras que tenia.

En la de Cumaná, los Españoles hacian una resistencia vigorosa. Allí mandaba las tropas independientes el coronel Agustin Armario, que habia fijado su cuartel general en el pueblo de San Francisco. Él tenia agentes é inteligencias secretas, por cuyo medio hacía que penetrasen en la plaza de Cumaná noticias, papeles, proclamas y cuantos documentos podian convenir para formar la opinion en favor de la Independencia. Esto quitaba á los Españoles la fuerza moral, y disminuía las tropas que guarnecian la plaza, que eran novecientos hombres. Con frecuencia se pasaban á las filas republicanas soldados y aun oficiales.

Las mismas inteligencias tenia Armario en Carúpano y Cariaco. En este puerto se hallaba el capitan de infantería al servicio de los Españoles José María Fuéntes, quien se decidió á promover la causa de la Independencia de su patria. Él habló á todos sus amigos, y quedaron comprometidos á dar el golpe y echarse sobre las guarniciones y autoridades realistas de Carúpano y Cariaco. Debian ántes avisar al coronel Armario para que se les enviára auxilio. Mas el corregidor de San José, ciudadano José Guanche, ayudado de algunos Indios y de otros vecinos, levantó el grito de insurreccion el 23 de diciembre ántes del dia convenido. Guanche marcha sobre Carúpano, pero es rechazado. Habiendo sabido Fuéntes el movimiento hecho en San José, lo imita y sorprende la guarnicion española con todo lo que existia en Cariaco. Inmediatamente destaca dos oficiales con un piquete de tropa en auxilio de Guanche. Carúpano fué sorprendido el 25 de noviembre ántes de amanecer, apoderándose los republicanos de toda la poblacion y de dos buques, un bergantin y una goleta de guerra, así como de los mercantes. En seguida se situaron los patriotas en una altura al frente del castillo de la Muerte, ó San Fernando : allí se habia encerrado el teniente coronel don Pedro Carbonell con ciento cincuenta soldados, todos los Españoles europeos y los desafectos, entre otros el célebre capitan Macario Martínez. Guanche intimó á Carbonell, que saliendo del castillo tuvo una entrevista con el jefe republicano. De ella resultó la entrega del fuerte con cuanto en él existia, y el que Carbonell siguiera el partido de la Independencia con toda su fuerza. Inmediatamente marchó á sorprender á Rio-Caribe, lo que hizo en la noche del 26, quedando prisionera la guarnicion que tenian los Españoles.

De esta manera quedó por los independientes toda la provincia de Cumaná, á excepcion de la capital, cuyas fortalezas la ponian á cubierto de cualquier ataque de los patriotas que se diera sin un sitio formal puesto por mar y tierra. Su gobernador don Antonio Tobar envió prontamente por mar doscientos hombres, con destino á ocupar de nuevo á Carúpano. Mas hallándole reforzado con tropas del coronel Armario, no se atrevieron á desembarcar. Este habia ocurrido inmediatamente con setecientos soldados, á fin de cubrir á Cariaco y á Carúpano, donde procuró restablecer el órden y la confianza. Estableció despues su cuartel general en Cariaco, y desde allí hostilizaba cuanto podia la plaza de Cumaná.

Entre tanto ocurrian sucesos de la mayor importancia en las provincias occidentales de Venezuela. Dejamos al Libertador marchando de Turbaco hácia los valles de Cúcuta y pueblos inmediatos. Apénas llegó en 21 de setiembre á la villa de San Cristóval, perteneciente á la provincia de Mérida, cuando las operaciones políticas y militares recibieron el mas activo empuje. En aquel mismo dia Bolívar dirigió un nuevo oficio al general Morillo, excitándole á entrar en comunicaciones, á fin de transigir las dificultades que ocurrieran para ajustar el armisticio que ántes se le habia propuesto. Decia, que iba á situar su cuartel general en San Fernando de Apure, donde estaria para fines de octubre; que allí esperaba la respuesta y los comisionados españoles, si Morillo tenia por conveniente enviarlos.

Al propio tiempo se habian dado todas las órdenes para que el ejército independiente del Norte emprendiera activas operaciones. Componíase este de cinco mil hombres, la mayor parte de infantería, que eran los cuerpos llamados de la Guardia. Á vanguardia marcharon dos mil quinientos, regidos por el coronel Plaza, porque el general Urdaneta, su primer jefe, se hallaba enfermo. Era el objeto de este movimiento ocupar las provincias de Mérida y Trujillo, desalojando á la tercera division española de las posiciones que ocupaba en la de Mérida. Encargóse á Plaza que hiciera todos los esfuerzos posibles para comprometer al enemigo á que aceptase una batalla. El jefe de aquella division era el coronel don Juan Tello, sustituido en lugar de Latorre, quien siguiera ántes al cuartel general de Morillo.

El resto del ejército republicano iba á tomar la misma ruta que la division de vanguardia. Mas debia ejecutar su marcha por escalones, á causa de que no se hallaban subsistencias en las provincias de Mérida y Trujillo, arruinadas por la guerra, y porque el ejército español habia permanecido en ellas mas de un año. Esta falta de víveres oponia dificultades casi insuperables á las operaciones del Libertador, que deseaba emprenderlas con todo su ejército. Empero le fué preciso sujetarse á la dura ley de la necesidad, y que las tropas avanzáran por cuerpos. Algunos debian seguir á los Llanos de Apure.

La division española, que tenia mas de mil hombres, no esperó el ataque de los republicanos. Emprendió anticipadamente su retirada, abandonando en Mérida puntos fortificados que parecian inexpugnables. El Libertador ocupó esta ciudad (octubre 2), é hizo perseguir al enemigo. Se le alcanzó á la salida del norte del páramo de Mucuchíes; un solo cuerpo de dragones, á cuya cabeza peleaban los coroneles Gómez, Infante y el mayor Segarra, bastó para quitar al enemigo su parque de armas sobrantes, de municiones y víveres, causándole un daño considerable. Muchos soldados realistas se dispersaron en esta larga y penosa retirada. El obispo de Mérida, doctor don Rafael Lasso de la Vega, la auxilió con todas las provisiones que pudo conseguir por medio de su influjo y del respeto que tributaban los pueblos á sus virtudes; él tenia una gran decision por la causa del rey de España, y no podia concebir que dejára de ser un crímen horrendo amar la independencia y libertad de su patria.

Fuera de los dragones, un cuerpo de quinientos peones escogidos, que mandaba el coronel Carrillo, perseguia á los Españoles. Otro de doscientos siguió por el camino de Moporo en persecucion del obispo Lasso, y con el objeto de hostilizar la ciudad de Maracáibo, impidiéndole recibir provisiones de aquella parte. Empero no hubo combate alguno de importancia, y los realistas dejaron libres las provincias de Mérida y Trujillo. El Libertador, á la cabeza de sus tropas, llegó á esta ciudad el 7 de octubre.

Durante su viaje á las costas de Cartagena, habia dado las providencias mas activas para que sus tropas ocupáran en breve á Santamarta, y que en seguida marcháran rápidamente sobre Maracáibo, atravesando el territorio que habitan los Indios goa-

jiros. Lisonjeábase que esta diversion por el flanco derecho del ejército español se habia realizado, y que produciria felices resultados; mas fueron vanas sus esperanzas por las dificultades ocurridas que dilataron la rendicion de Santamarta, y por la multitud de guerrillas de los realistas que infestaban lo interior de esta provincia.

Bolívar se detuvo en Trujillo aguardando la reunion de sus cuerpos, y entónces ocurrió un suceso harto favorable á la Independencia. El coronel Réyes Várgas, que mandaba en Carora y que tanto habia trabajado en sostener el partido real en Venezuela, se desengañó de sus errores. Conociendo los principios que se habian proclamado en la Península, é impuesto de los ofrecimientos hechos por Morillo á los jefes independientes, se persuadió de que la libertad proclamada por estos no era un crímen horrendo contra la religion y la sociedad, como ántes habia creido en su ignorancia. Decidióse, pues, á trabajar por la independencia de su país natal. En consecuencia se apoderó en Carora de las armas y municiones que allí existian, y en 20 de octubre se puso á las órdenes del Libertador con un cuerpo de tropas que juntó inmediatamente. Quiso el coronel Tello seducirlo de nuevo, y que volviese á someterse á los jefes realistas. No habiéndolo conseguido, envió sin tardanza trescientos infantes y cincuenta jinetes á destruirlo: fuerza que fué batida. Por el influjo del coronel Várgas, muchos pueblos del distrito de Carora se sometieron al presidente de Colombia, proclamando su Independencia. Réyes Várgas prestó servicios muy distinguidos en esta campaña, acopiando vituallas para la subsistencia del ejército, y molestando á los Españoles por varios puntos, aunque sufrió un descalabro.

Á estas ventajas se añadió la ocupacion de la ciudad de Barínas por el coronel republicano Antonio Romero, y el arribo de un copioso armamento á Guayana: auxilio muy importante para continuar la guerra con vigor, siempre que no se consiguiera transigir las diferencias con el general Morillo.

Hallábase este en San Cárlos, donde tenia su cuartel general, cuando recibió el oficio de Bolívar, proponiéndole abrir de nuevo las negociaciones. Morillo dirigió sin tardanza aquel documento á la junta de pacificacion establecida en Carácas. Indicábale que nombrára de comisionados para tratar con el presidente de Colombia al brigadier don Ramon Correa, jefe superior

político de Venezuela, á don Juan Rodríguez del Toro, alcalde primero constitucional, y á don Francisco González de Linares. Aceptaron estos la comision, y se pusieron en camino para Calabozo : esta villa dista poco de San Fernando de Apure, lugar que el Libertador habia señalado para que se tuvieran las conferencias.

Mas hallándose enfermo el general Urdaneta, Bolívar no habia podido realizar su viaje al Apure, pues tuvo que ponerse á la cabeza del ejército. No habiendo recibido respuesta alguna del jefe español, supuso, como era efectivamente, que le habia dirigido la contestacion á San Fernando. Envió, pues, un segundo oficio á Morillo, diciéndole los motivos que habian impedido su marcha al Apure; le proponia tambien con la mayor franqueza las bases que en su concepto podian adoptarse para celebrar un armisticio general por cuatro ó seis meses. Contestóle Morillo que habia dado las órdenes, á fin de que sus comisionados vinieran desde Calabozo á su cuartel general.— « V. E. debe conocer, añadia, que para obtener la tranquilidad y entendernos, necesitamos suspender las armas, sin experimentar los graves perjuicios que se han seguido á la causa de la nacion desde que envié á V. E. mis primeros comisionados : perjuicios de mucha trascendencia que pesan sobre mi responsabilidad. — Entre tanto que llegan los comisionados que vienen de Calabozo, continuarémos nuestras operaciones. »

Bolívar propuso tambien á Morillo (noviembre 3) que autorizára plenamente á sus comisionados para ajustar con el gobierno de Colombia un tratado verdaderamente santo que regularizára la guerra librándola de los horrores y los crímenes que en ella se cometian. Esta proposicion, emanada del Libertador, honrará siempre los humanos y filantrópicos sentimientos que le animaban para cortar de raíz los horrores de la guerra á muerte.

Á la misma sazon Morillo se avanzaba rápidamente con mas de dos mil infantes y doscientos caballos. Dirigia sus marchas de Barquisimeto hácia Carache sobre los puestos avanzados de Bolívar. El 11 de noviembre estaba su cuartel general en el pueblo de Humúcaro-Bajo. Allí recibió al ministro interino de la guerra del presidente de Colombia, general de brigada Antonio José Sucre, y al coronel Ambrosio Plaza, comisionados por el Libertador para tratar con los de Morillo sobre el armisticio.

No habiendo aun llegado los diputados Correa, Toro y Linares, los republicanos volvieron á Trujillo.

Las hostilidades continuaban, y el general español adelantaba sus marchas. Al acercarse las avanzadas realistas al punto de Agua de Obispos, se retiran los independientes; poco despues abandona á Carache la vanguardia del ejército republicano, que se replega á Trujillo. Morillo fija sus estancias en Carache.

No cesaban entre tanto las comunicaciones entre los generales Bolívar y Morillo. En ellas explicaban sus operaciones y deseos de una pronta reconciliacion, conviniendo en que debia principiar por un armisticio general sobre todos los puntos de Colombia en que se hacía la guerra. El Libertador exigió que el ejército español no adelantára sus puestos avanzados, diciendo á Morillo : « Si V. E. piensa venir á dictar las condiciones de este armisticio, yo aseguro á V. E. que no lo aceptaré jamas, y que V. E. será responsable ante la humanidad y su nacion de la continuacion de esta sangrienta lucha, cuyo resultado final será la emancipacion de toda la América, ó su completo exterminio, si aun se pretende someterla. »

Á pesar de este lenguaje enérgico, la situacion del ejército libertador era crítica. Morillo conducia personalmente una hermosa division, igual en número á la de Bolívar; este sabía por experiencia la disciplina y el valor de la infantería española, lo que le obligaba á proceder con mucha circunspeccion y cautela. Seguro casi de que se daria una batalla ántes que pudieran incorporársele sus diferentes cuerpos, que marchaban con lentitud y que habian sufrido muchas bajas, determinó retroceder cinco leguas. Era su objeto ocupar, segun lo hizo, la ventajosa posicion de Sabánalarga, puesto donde resolvió dar batalla al ejército español, si este avanzaba.

Morillo contestó al Libertador que solo habia adelantado sus marchas con el objeto de cubrir á Maracáibo y otros puntos amenazados de una invasion, como tambien para asegurar las subsistencias de su ejército; pero que deseaba sinceramente la paz.

Á fin de evitar un choque funesto, propuso Morillo, y Bolívar aceptó, una suspension provisional de hostilidades.

Entónces llegaron á Carache los comisionados españoles, que siguieron inmediatamente á Trujillo, donde se hallaba el cuartel general del Libertador. Este nombró para sus comisionados

al general Sucre, al coronel Briceño Méndez, ministro de la guerra, y al teniente coronel José Gabriel Pérez.

Abiertas las negociaciones el 21 de noviembre, los comisionados españoles pasaron á los de Colombia una larga comunicacion, en que expresaban detalladamente las condiciones del armisticio. Fué contestada, variándolas en puntos muy sustanciales. Siguiéronse vários conferencias, en que poco se adelantára el convenio que deseaban ambas partes beligerantes.

Ya los comisionados españoles iban á romper las conferencias, y así lo dijeron á los Colombianos, cuando estos modificaron los puntos de la disputa. Eran la cesion entera por parte del gobierno real de las provincias de Maracáibo y de Barínas y la designacion de la frontera por el oriente de la provincia de Carácas. Bolívar aguardaba de un dia á otro la noticia de que sus tropas de Cartagena hubiesen ocupado la ciudad de Maracáibo ó gran parte de su territorio; empero, desengañado de esto, modificó sus primeras intenciones. Luego que los Colombianos cedieron un poco, los comisarios españoles hicieron lo mismo, y hubo un avenimiento. El 25 de noviembre se firmó el tratado de armisticio. Este debia durar seis meses y extenderse á toda Colombia, conservando cada parte el territorio que ocupaba, cuyos límites se expresaron por lo tocante á las provincias de Venezuela. Respecto de la Nueva Granada, se acordó enviar comisionados de ambas partes, á fin de que fijáran las líneas de demarcacion. Ofrecióse tambien nombrar y admitir comisionados para que tratáran de una reconciliacion permanente, estipulándose que si por desgracia volvia á renovarse la guerra, se daria el correspondiente aviso cuarenta dias ántes de que se abrieran las hostilidades. Convínose ademas en que separadamente se haria un tratado de regularizacion de la guerra.

Las bases de este convenio santo y filantrópico fueron propuestas por los comisionados de Colombia y adoptadas con pequeñas modificaciones por los de España. Estipulóse la conservacion, buen tratamiento y canje de los prisioneros de guerra; que los desertores de las banderas de una parte que se aprehendieran sirviendo bajo las de la otra no podrian ser castigados con la pena capital, y tampoco los conspiradores ó desafectos; que se trataria muy bien y se respetaria á los pueblos que fueran ocupados alternativamente por las tropas de los dos go-

biernos; en fin, que se enterráran ó quemáran los cadáveres de todos aquellos que murieran en los campos de batalla.

Este tratado se firmó en 26 de noviembre, y el 27 fué ratificado por el presidente de Colombia y por el general en jefe del ejército español. En aquel hermoso dia se acabó esa guerra de feroz exterminio, iniciada por los Españoles sin decirlo, para castigar á los rebeldes Venezolanos, y retaliada por estos bajo de una declaratoria expresa en 1812: ella fué la causa de que se destruyera por mil crueles y diferentes modos una gran parte de la poblacion, especialmente de Venezuela. Los cadáveres insepultos, los huesos esparcidos por los campos y la carnicería que difundió sus bárbaros estragos por do quiera, aun hacen estremecer á todo hombre sensible. En lo venidero no tendrá ya nuestra pluma que describir escenas tan horrorosas, y podrá presentar espectáculos y cuadros mas consoladores para la humanidad y para la civilizacion.

Concluido un tratado que hará siempre tanto honor á sus autores, el general Morillo manifestó por medio de sus comisionados que deseaba tener una entrevista con Bolívar. Este la aceptó, designándose la parroquia de Santa Ana, que yace casi en la mitad del camino entre Carache y Trujillo. Ambos generales marcharon á aquel pueblo, seguidos únicamente por algunos jefes y edecanes.

Morillo arribó primero el 27 de noviembre y envió cuatro oficiales al encuentro del presidente de Colombia. Él mismo salió despues con toda su comitiva á recibirle á la entrada del pueblo. Al acercarse bajaron ambos de sus caballos y se dieron un estrecho y fraternal abrazo: lo que tambien hizo el general Latorre. De allí tornaron á la poblacion, donde Morillo dispuso que se sirviera una comida militar, sencilla y delicada. En esta se expresaron, por medio de *bríndis*, los sentimientos mas nobles y generosos en favor de la paz y la reconciliacion, así como en elogio de los valientes que habian peleado denodadamente en favor de la libertad de su patria, ó por su gobierno. Parecia que dos generales que tanto se habian combatido en cinco años, olvidando de repente sus antiguos resentimientos, solo respiraban amistad y la union mas fraternal. El mismo carácter manifestaban los demas jefes de uno y de otro gobierno que asistieron á la entrevista.

Propuso Morillo que en el lugar en que por la primera vez

se abrazaron los dos jefes se erigiera una pirámide, y que se grabáran en su base los nombres de los comisionados de Colombia y España que habian concluido el tratado de regularizacion de la guerra. Propuso tambien que la primera piedra fuese conducida por los generales que aprobaron y ratificaron aquel tratado, que sería visto en Europa como un precioso monumento de humanidad y filantropía. El Libertador acogió esta idea con entusiasmo, y unido á Morillo condujeron una piedra angular que debia ser la fundamental de la pirámide (1). Sobre ella se abrazaron nuevamente Bolívar y Morillo, reiterando sus protestas de cumplir con la fidelidad mas rigorosa el convenio sobre la regularizacion de la guerra : igual juramento hicieron los jefes y oficiales de España y de Colombia, que se hallaron presentes á un acto que tantos bienes debia producir á la humanidad. Por último, propuso Morillo que ambos gobiernos destináran ingenieros que se encargasen de aquella obra.

De esta manera pasaron el dia y la noche en agradable conversacion bajo de un mismo techo unos generales que se habian perseguido con el mayor encono. Separáronse á la mañana siguiente llenos de estimacion el uno hácia el otro por los nobles y elevados sentimientos que habian vertido en aquella célebre entrevista. Ninguna nube turbó la alegría que ella inspiraba, y no hubo la menor falta de franqueza y buena fe. La humanidad, afligida por una guerra de diez años, la mas cruel y destructora que recuerdan los fastos de la historia moderna, comenzó á enjugar sus lágrimas, y á esperar que cesaria muy pronto, consiguiéndose una reconciliacion definitiva entre los Españoles de ambos mundos. El júbilo se difundió en los dos ejércitos, que ya se miraban como de hermanos, esperando que las armas fratricidas se iban á deponer para siempre.

El tratado de armisticio no obtuvo entre los Colombianos la misma aceptacion que el de la regularizacion de la guerra : decian muchos, y entre ellos jefes distinguidos del ejército, ser equivalente á la pérdida de una gran batalla, que prolongaba por seis meses la terminacion de la lucha por la Independencia,

(1) Es lástima que tan hermosa idea no se llevase á efecto, y que el proyecto de construir la pirámide por ingenieros de uno y otro gobierno desapareciera con el entusiasmo que lo produjo.

cuando parecia que siguiendo la guerra debia acabarse mas pronto la contienda. No abrigaban otros tan lisonjeras esperanzas, y por esto aprobaban el armisticio. Veían que el ejército español, compuesto de los veteranos de Morillo, se hallaba intacto; que el republicano tenia multitud de reclutas que ganando tiempo se disciplinarian y organizarian mejor. Les parecia que con el armisticio los pueblos que aun estaban por los Españoles, concebirian ideas mas ventajosas de la República, tratarian á los independientes; y cuando se renováran las hostilidades, la opinion sería general en favor de Colombia. Añádase á todo esto la esperanza, que aun se alimentaba, de que la España liberal reconociera nuestra Independencia por medio de negociaciones continuadas durante el armisticio, y se hallarán motivos mas que suficientes para justificar tan importante paso que dió Bolívar. Sobre todo, este se halla vindicado por los felices resultados que produjo el armisticio en favor de la Independencia de Colombia.

Ántes que el general Morillo celebrára dichos tratados, ya habia recibido una órden del ministerio español, relevándole por instancias suyas del mando del ejército de Venezuela, y concediéndole permiso para regresar á la Península. El mariscal de campo don Miguel de Latorre fue nombrado para sucederle.

Las principales autoridades de Carácas, la Guáira, Petare y San Antonio, se empeñaron fuertemente en que continuára dirigiendo el ejército español de Venezuela, pues consideraban á Morillo como el mas firme apoyo de la causa del rey. Empero aquel permaneció inexorable. Así fué que en 2 de diciembre dirigió desde Barquisimeto una proclama á los Venezolanos. Manifestábales en ella cuanto habia hecho para restablecer la paz; les encargaba que la conserváran inviolablemente, y les ofrecia que haria en España todo lo que pudiera á fin de promover la felicidad de su amada Venezuela. En otra proclama se despidió del ejército de la Costa-Firme, cuyo valor, constancia y sufrimientos llenó justamente de elogios. Decíale que la guerra debia ser terminada para siempre, segun las bases que ya se habian puesto. Le recomendaba tambien la disciplina militar y á su digno sucesor, el que estando casado en el país era ya compatriota de los Venezolanos.

En seguida el general Morillo se trasladó á Carácas (diciem-

bre 17), embarcándose para España acompañado de varios oficiales. Cinco años y medio estuvo haciendo la guerra á los independientes. Derramó en la Nueva Granada la sangre de sus mas ilustres hijos, sin que tampoco perdonára á los Venezolanos en el primer año de su dictadura. Despues modificó su conducta, que fué ménos dura con los patriotas. Severo en la disciplina y en la distribucion de justicia, activo en la campaña, valiente en las batallas y dotado de un genio verdaderamente militar, el general Morillo se adquirió una justa celebridad en la guerra de la Independencia. La causa de esta ganó inmensamente con su separacion del mando. Bellas cualidades adornaban al mariscal Latorre; empero no podia igualar á su predecesor.

La junta de pacificacion, presidida por Latorre, aprobó en todas sus partes los tratados de armisticio y regularizacion de la guerra. Acordó tambien que se publicára un manifiesto con todos los documentos relativos á las negociaciones, y que se diera cuenta al gobierno supremo de la nacion. Para esta mision importante fueron elegidos don Francisco González de Linámes y don Francisco José Mijáres.

Inmediatamente despues de la celebracion de los tratados, se nombraron, así por el presidente de Colombia como por el general en jefe del ejército español, los oficiales que debian notificar el armisticio á las diferentes divisiones, y arreglar la demarcacion de los respectivos territorios. El Libertador pasó á Barínas, á fin de situar convenientemente los diversos cuerpos de que se componia su ejército. La Guardia, que contaba cinco mil hombres mandados por el general Urdaneta, ocupó la márgen derecha del rio Santo Domingo hasta la ciudad de Barínas; desde allí extendiéndose por Boconó llegaba á Trujillo. El ejército de Apure, de cuatro mil hombres, fuerte sobre todo en caballería, cubria la derecha del Apure desde su confluencia con el Orinoco hasta la boca del Santo Domingo. Bermúdez mandaba cerca de tres mil hombres, que defendian la derecha del rio Unare y del Guanape, como tambien la izquierda del Manapire; de este modo cubrian parte de los Llanos de Carácas y las provincias de Barcelona y Cumaná.

Dictadas estas disposiciones, trasladóse el Libertador á la villa de San Cristóval, cercana á los valles de Cúcuta. Allí determinó (diciembre 22) seguir por Bogotá al departamento de Quito, miéntras duraba el armisticio. Era su objeto arreglar las difi-

cultades que pudieran suscitarse en el sur de Colombia sobre el cumplimiento de aquel tratado: al mismo tiempo queria ponerse en comunicacion con los jefes independientes que obraban contra los Españoles en Chile, el Perú y Guayaquil. En su ausencia, el Libertador dejaba la direccion de la guerra y el despacho de todos los negocios de gobierno al vicepresidente de la República.

Este era el doctor Roscio, que se hallaba en camino desde la ciudad de Angostura hácia la villa del Rosario de Cúcuta, lugar designado para la residencia provisional del gobierno supremo, y para que se reuniera el congreso constituyente de Colombia. El vicepresidente Roscio se despidió el 14 de noviembre de los habitantes de la provincia de Guayana por medio de una proclama. Daba en ella un testimonio brillante y bien merecido del patriotismo y de los eminentes servicios que sus moradores habian hecho á la patria en los tiempos mas calamitosos, en que no ahorraron sacrificio alguno, por doloroso que fuera, para hacerla triunfar. Tal manifestacion de reconocimiento público era muy debida; y miéntras subsistan los pueblos de Colombia mirarán á la provincia de Guayana como la cuna y la basa de su independencia, de su libertad y de sus glorias. Por ausencia del vicepresidente de la República, el de Venezuela, general Soublette, quedó encargado en Angostura del despacho de varios negocios generales y de los particulares del departamento.

Una de las principales funciones que el vicepresidente de Colombia iba á ejercer en la villa del Rosario, era activar la instalacion del congreso general, fijada por ley para el 1º de enero inmediato. En várias provincias habian sido elegidos los diputados; en otras no, por la guerra y las turbaciones que son consiguientes. El armisticio habia hecho cesar la primera, y el gobierno general se lisonjeaba de que, durante la paz, se podria conseguir la instalacion del congreso. Esperábase que este resolveria cuestiones de la mas alta importancia, como la continuacion del armisticio, el envío de comisionados á tratar con el gobierno español, y las bases que deberian dárseles.

Hácia la misma época arribó á Venezuela la division marítima mencionada en el artículo trece del armisticio, cuyos aprestos anunciamos ántes. Componíase de las fragatas *Viva* y *Lijera*, la corbeta *Aretusa* y los bergantines *Hiena* y *Hércules* con cuatro trasportes. Conducian estos buques una cantidad considerable,

bre 17), embarcándose para España acompañado de varios oficiales. Cinco años y medio estuvo haciendo la guerra á los independientes. Derramó en la Nueva Granada la sangre de sus mas ilustres hijos, sin que tampoco perdonára á los Venezolanos en el primer año de su dictadura. Despues modificó su conducta, que fué ménos dura con los patriotas. Severo en la disciplina y en la distribucion de justicia, activo en la campaña, valiente en las batallas y dotado de un genio verdaderamente militar, el general Morillo se adquirió una justa celebridad en la guerra de la Independencia. La causa de esta ganó inmensamente con su separacion del mando. Bellas cualidades adornaban al mariscal Latorre; empero no podia igualar á su predecesor.

La junta de pacificacion, presidida por Latorre, aprobó en todas sus partes los tratados de armisticio y regularizacion de la guerra. Acordó tambien que se publicára un manifiesto con todos los documentos relativos á las negociaciones, y que se diera cuenta al gobierno supremo de la nacion. Para esta mision importante fueron elegidos don Francisco González de Lináres y don Francisco José Mijáres.

Inmediatamente despues de la celebracion de los tratados, se nombraron, así por el presidente de Colombia como por el general en jefe del ejército español, los oficiales que debian notificar el armisticio á las diferentes divisiones, y arreglar la demarcacion de los respectivos territorios. El Libertador pasó á Barínas, á fin de situar convenientemente los diversos cuerpos de que se componia su ejército. La Guardia, que contaba cinco mil hombres mandados por el general Urdaneta, ocupó la márgen derecha del rio Santo Domingo hasta la ciudad de Barínas; desde allí extendiéndose por Boconó llegaba á Trujillo. El ejército de Apure, de cuatro mil hombres, fuerte sobre todo en caballería, cubria la derecha del Apure desde su confluencia con el Orinoco hasta la boca del Santo Domingo. Bermúdez mandaba cerca de tres mil hombres, que defendian la derecha del rio Unare y del Guanape, como tambien la izquierda del Manapire; de este modo cubrian parte de los Llanos de Carácas y las provincias de Barcelona y Cumaná.

Dictadas estas disposiciones, trasladóse el Libertador á la villa de San Cristóval, cercana á los valles de Cúcuta. Allí determinó (diciembre 22) seguir por Bogotá al departamento de Quito, miéntras duraba el armisticio. Era su objeto arreglar las difi-

cultades que pudieran suscitarse en el sur de Colombia sobre el cumplimiento de aquel tratado: al mismo tiempo queria ponerse en comunicacion con los jefes independientes que obraban contra los Españoles en Chile, el Perú y Guayaquil. En su ausencia, el Libertador dejaba la direccion de la guerra y el despacho de todos los negocios de gobierno al vicepresidente de la República.

Este era el doctor Roscio, que se hallaba en camino desde la ciudad de Angostura hácia la villa del Rosario de Cúcuta, lugar designado para la residencia provisional del gobierno supremo, y para que se reuniera el congreso constituyente de Colombia. El vicepresidente Roscio se despidió el 14 de noviembre de los habitantes de la provincia de Guayana por medio de una proclama. Daba en ella un testimonio brillante y bien merecido del patriotismo y de los eminentes servicios que sus moradores habian hecho á la patria en los tiempos mas calamitosos, en que no ahorraron sacrificio alguno, por doloroso que fuera, para hacerla triunfar. Tal manifestacion de reconocimiento público era muy debida; y miéntras subsistan los pueblos de Colombia mirarán á la provincia de Guayana como la cuna y la basa de su independencia, de su libertad y de sus glorias. Por ausencia del vicepresidente de la República, el de Venezuela, general Soublette, quedó encargado en Angostura del despacho de varios negocios generales y de los particulares del departamento.

Una de las principales funciones que el vicepresidente de Colombia iba á ejercer en la villa del Rosario, era activar la instalacion del congreso general, fijada por ley para el 1º de enero inmediato. En várias provincias habian sido elegidos los diputados; en otras no, por la guerra y las turbaciones que son consiguientes. El armisticio habia hecho cesar la primera, y el gobierno general se lisonjeaba de que, durante la paz, se podria conseguir la instalacion del congreso. Esperábase que este resolveria cuestiones de la mas alta importancia, como la continuacion del armisticio, el envío de comisionados á tratar con el gobierno español, y las bases que deberian dárseles.

Hácia la misma época arribó á Venezuela la division marítima mencionada en el artículo trece del armisticio, cuyos aprestos anunciamos ántes. Componíase de las fragatas *Viva* y *Lijera*, la corbeta *Aretusa* y los bergantines *Hiena* y *Hércules* con cuatro trasportes. Conducian estos buques una cantidad considerable

de municiones de boca y algunas de guerra; mas no soldados.

En esta escuadrilla venian los comisionados españoles para tratar de la pacificacion de las provincias españolas de la América del Sur. Eran los nombrados para Venezuela el brigadier de la real armada don José Sartorio y el capitan de fragata don Francisco Espelius. Para el reino de Santafé, el capitan de navío don Tomas Urrecha y el de fragata don Juan Barry. Se nombraron tambien diputados para Buenos Aires, Chile y Perú.

Luego que llegaron á Carácas dichos comisionados, Sartorio y Espelius dirigieron un oficio al presidente de Colombia, participándole el objeto de su mision, y aprobando por su parte cuanto se habia estipulado en los tratados de armisticio y regularizacion de la guerra. Aseguraban que estos se cumplirian con la mayor fidelidad de parte de la nacion española; que en consecuencia la escuadrilla que anteriormente existia en el apostadero de Puertocabello, saldria para otros puntos distantes de la Costa-Firme; que en la fragata *Viva* habian venido dos comisionados para entender en la pacificacion del Nuevo Reino de Granada; pero que siendo Bolívar el jefe del gobierno de ambos países, creían superflua su partida: en fin, que la fragata seguiria siempre hácia Chágres, llevando los comisionados al Perú, cuyo pronto viaje era de la mayor importancia; pero que no regresaria á los puertos de Venezuela.

Instaban igualmente á Bolívar para que enviase, tan pronto como fuera posible, sus comisionados á España á tratar de la paz. Se ofrecian conducirlos en una corbeta de guerra que estaba pronta, en que partirian los señores Lináres y Mijáres, enviados por la junta de pacificacion de Carácas.

El Libertador recibió este oficio en Bogotá, adonde llegára el 5 de enero, é inmediatamente hizo el nombramiento de los comisionados colombianos que debian ir á España. Fueron los señores José Rafael Revenga, secretario de hacienda de la República, y José Tiburcio Echeverría, gobernador político de la provincia de Bogotá. Este partió sin tardanza, y el primero estaba para llegar á Cúcuta con el vicepresidente Roscio. Ambos fueron á embarcarse en la Guáira en la corbeta de guerra española. Lisonjeábanse algunos de que la España liberal reconoceria nuestra Independencia; á otros se les presentaban muy graves dificultades para obtener este reconocimiento. Sin em-

bargo, pensaba el Libertador que era necesario cumplir fielmente las condiciones del tratado.

El ministro Zea, otro negociador colombiano, habia residido en la Gran Bretaña y en Paris: él hacía esfuerzos continuos para que Colombia adquiriese crédito en Europa. Como el gobierno republicano habia carecido y aun carecia de fondos con qué pagar sus deudas contraidas por suministros para el ejército, enganchamientos y transporte á las costas de Venezuela de oficiales y soldados extranjeros, que tanto costaron, el crédito de la República no existia. Algunos de sus comisionados, como López Méndez y otros, contrajeron inconsideradamente empeños de pagar sumas cuantiosas á determinados plazos: no pudieron cumplir, y su falta se atribuía á mala fe del gobierno de qué dependian.

Los agentes para enganchar tropas habian contribuido tambien muy eficazmente á desacreditar, primero al gobierno de Venezuela y despues al de Colombia. Ellos abrieron en diferentes lugares de Inglaterra una almoneda de despachos de oficiales, dándolos al que mas ofrecia. Con este vergonzoso tráfico adquirieron sumas considerables, pero desacreditaron al gobierno á cuyo nombre se decia que obraban. La expedicion de Mac-Gregor y su jefe de estado mayor Maceroni habian contribuido sobre manera á este descrédito. El primero con sus desembarcos en la Nueva Granada mal concebidos y peor ejecutados. Comprometióse personalmente en estas expediciones el crédito y la responsabilidad del antiguo agente de las provincias Unidas de la Nueva Granada, José María del Real, que fué puesto en una cárcel de Lóndres.

Para cortar de raíz semejantes abusos, el Libertador habia expedido un decreto en setiembre último, prohibiendo admitir al servicio de la República mas tropas y oficiales extranjeros. Fundábase esta providencia en que tenia ya las fuerzas suficientes de naturales del país, y en que las extranjeras costaban mucho y sufrian bajas enormes por los nocivos efectos del clima.

El Libertador no expidió este decreto hasta despues de haber obtenido algunas de las ventajas que se propusiera en 1817 para resolver el enganchamiento de oficiales y soldados extranjeros, que aumentáran y disciplináran su pequeño ejército. En su estado mayor, en su infantería y en alguna parte de su ca-

Zea la hicieron montar en breve á una cantidad mucho mayor.

El antiguo agente de Venezuela en Lóndres, don Luis López Méndez, quien aun despues de revocados sus poderes por la mision de Zea, no queria dejar el puesto causándole repetidas molestias, no aprobó estas medidas; él las contradijo con mucho empeño, demostrando sus desventajas y los perjuicios que en su opinion causarian á la República.

Á la vez que el ministro Zea concluía dichos arreglos con los acreedores de Colombia, emprendia otra importante negociacion. Tal era la de transigir la gran cuestion del reconocimiento de la Independencia de Colombia. Inició al efecto una correspondencia privada con el duque de Frías, embajador de España en Lóndres, en la que se tributaron mutuamente grandes elogios. Habiendo adquirido Zea la seguridad de que el duque recibiria y trasmitiria á su gobierno el proyecto de transaccion que habia concebido, lo desenvolvió en una larga y bien meditada nota. Reducíase á que el gobierno de Fernando VII reconociera espontáneamente la Independencia de Colombia, de Chile y Buenos Aires, y la ofreciera á sus demas provincias ultramarinas, bajo la condicion de que Colombia y las otras Repúblicas formáran una vasta Confederacion, cuyo jefe sería el rey de España. El ministro respectivo del gobierno español contestó al duque de Frías: — « que la base principal de aquella propuesta, y por consiguiente toda su naturaleza, era absolutamente inadmisible. » Así terminó este proyecto, que tampoco fué aprobado en Colombia, cuyos hijos querian ser del todo independientes de la España. Cuando el gobierno de la República supo esta negociacion, la improbó en todas sus partes, como contraria al decidido pronunciamiento de los pueblos por la Independencia absoluta.

Los Estados Unidos del Norte-América se inclinaban ya al reconocimiento de Colombia. En la cámara de representantes habia pasado una mocion propuesta por el honorable Enrique Clay, su presidente, que en sustancia tenia por objeto el reconocimiento de los gobiernos independientes establecidos en la América del Sur. Era probable que esta resolucion ejerciera bastante influjo moral para iniciar la reconciliacion de los gobiernos europeos con la idea de nuestra absoluta Independencia de la metrópoli. El presidente de los Estados Unidos recibió tambien á nuestro agente el señor Manuel Tórres; asegurόse

que en reserva habia ofrecido proporcionar á Colombia ocho mil fusiles, para que defendiera su Independencia : ofrecimiento que no se realizára, y que no es probable se hiciera por un gobierno tan cauto como económico.

El armisticio y la regularizacion de la guerra eran ya un principio consolador que anunciaba llegaria no muy tarde aquella gloriosa época. El coronel Justo Briceño, Colombiano, y el capitan español don Manuel Landa fueron los escogidos para cumplir dichos tratados en las costas de Cundinamarca. Encontraron en Santamarta al coronel Montilla; firmóse allí el convenio que demarcaba los límites respectivos. Algunos pueblos de la provincia de Riohacha fueron cedidos á los Españoles, y estos mandaron desarmar la fuerte guerrilla de seiscientos hombres que ocupaba á Ocaña y demas puntos del canton. Convínose tambien en que el valle Dupar y otros pueblos quedáran neutrales.

Respecto de la provincia de Cartagena, hubo muy graves dificultades para arreglar el armisticio. Originéronse estas del jefe político y militar Tórres, que se negaba á devolver á Lorica y otros lugares de la costa de Sotavento que habian sido ocupados por el capitan español don José Candamo, despues de haberse anunciado el armisticio, apoderándose tambien de cuatro bongos de guerra que se hallaban en Tolú. Acordóse, al fin, que los pueblos de la disputa quedáran neutrales durante el armisticio, y en depósito los buques. Tambien se estipuló que las fuerzas sutiles de los patriotas pudieran apostarse en el rio Sinú. Hecho esto, se abrieron las comunicaciones amistosas y se canjearon los prisioneros.

La provincia de Riohacha quedó toda entera bajo el dominio español; mas hallándose habitada en gran parte por hombres que deseaban la Independencia, varios pueblos no quisieron someterse á las autoridades puestas á nombre del rey, especialmente Camarónes; aquí se habian retirado y pensaban establecerse los habitantes de la capital, despues que esta fué quemada por los Irlandeses. El jefe de Cartagena envió al oficial Herrera, á fin de que tomára el mando, y no fué admitido. Bolívar no aprobó la cesion de aquellos pueblos, y ménos el que se les obligára á someterse de nuevo al gobierno español. Tampoco se les hizo la guerra, y durante el armisticio aquellos habitantes gozaron de una especie de independencia. Sin embargo, no se

cometieron desórdenes: testimonio honroso del respeto de los moradores de Riohacha por la observancia de las leyes.

En aquellos dias Aury, que se habia hecho tan célebre en los mares de las Antillas como jefe de corsarios independientes con bandera de Buenos Aires, y que ocupaba la isla colombiana de Vieja-Providencia, solicitó que se le admitiera con sus buques y como jefe de escuadra de la marina de Colombia. Con este objeto hizo un viaje á Bogotá á fin de verse con el Libertador. Empero nada pudo conseguir, y este le mandó salir inmediatamente con sus corsarios de los puertos de la República. El alto grado en la marina que exigia Aury, varios actos de piratería que se le atribuían, su antigua rivalidad con Brion, y el no haber auxiliado á Bolívar en los Cáyos, fueron los motivos de esta repulsa inesperada.

El almirante Brion emprendió igualmente un viaje á Bogotá á verse con el Libertador. Eran contínuas sus disputas con el comandante general del Magdalena, Montilla. En este viaje recibió el almirante los honores y distinciones que eran debidos á sus servicios y al elevado puesto que ocupaba. De regreso á las costas del Atlántico se embarcó para Curazao, donde murió poco despues, terminando la lista de los almirantes de Colombia, que él solo habia comenzado.

Ántes de que se estableciera el armisticio en las costas del Pacífico, el teniente coronel Ángel María Varela tomó la ciudad de Barbacóas, que los Españoles habian tratado de fortificar, especialmente en sus avenidas. Huyeron estos, haciendo ántes una lijera resistencia. El comandante Francisco García habia dado tambien libertad á la costa de Esmeráldas. Quedaron, pues, libres del yugo español todos los puertos que hay desde Cupica hácia el sur, hasta los confines meridionales de la provincia de Guayaquil.

En dichas costas é islas adyacentes se mantenia sirviendo á Colombia el antiguo comandante de la fragata *Rosa de los Ándes*, Juan Illingroth, despues que su buque naufragó en el rio Iscuandé. Á este benemérito extranjero, á sus conocimientos náuticos y á su distinguido valor se debió en gran parte la libertad de dicha costa, que tan útil fué como base de operaciones para arrojar á los Españoles del vasto departamento de Quito.

Miéntras los realistas que lo ocupaban pudieran recibir auxilios del vireinato del Perú, habria sido muy difícil á Colombia

darle independencia y libertad. Mas por fortuna se habian presentado auxiliares poderosos que combatian por el sur la dominacion española. El general San Martin, natural de Buenos Aires, despues de haber contribuido eficazmente á la libertad de Chile, promovia una expedicion contra el Perú. Auxiliábanle el director de la República de Chile don Bernardo O'Higins y el vicealmirante Cochrane, uno de los marinos ingleses mas intrépidos, que mandaba la escuadra chilena. San Martin habia conseguido ya formar una hermosa expedicion. Constaba de cuatro mil quinientos hombres de desembarco con doce piezas de artillería : pequeño número por cierto para combatir los quince mil soldados de que disponia el virey del Perú don Joaquin Pezuela. Sin embargo de tamaña desigualdad, contando San Martin con la opinion y los auxilios de los Peruanos, entre quienes los deseos de Independencia se habian extendido mucho por medio de hábiles emisarios, no dudó acometer empresa tan atrevida.

La expedicion desembarcó en la bahía de Parácas, á dos leguas de Pisco, el 8 de setiembre, y permaneció en aquellos lugares hasta el 25 de octubre. Entre tanto hubo algunas conferencias entre comisionados del virey y otros de San Martin, que ningun resultado produjeron. San Martin envió tambien al coronel Arenáles con 1,200 hombres á que obrase en las provincias internas del Perú : expedicion atrevida que hizo daños muy graves á la dominacion española.

Empero viendo el general republicano que no hacía en aquellas costas los progresos que deseaba, determinó cambiar su base de operaciones. Reembarcóse, pues, dirigiendo su rumbo á la bahía del Ancon, siete leguas al norte de Lima. Desde allí continuó las operaciones militares con varios sucesos en mucha parte favorables á la causa de la Independencia. Teniendo una grande movilidad por medio de su escuadra, que en esta guerra hizo prodigios de valor, puso al virey Pezuela en una situacion demasiado crítica. Era contínua la defeccion que sufria en sus tropas, así como frecuentes las conspiraciones y movimientos de los pueblos en favor de las tropas libertadoras del Perú.

Una de las mas fatales defecciones que sufrieron los realistas en aquellas circunstancias, fué la del batallon Numancia, creado en Venezuela por don José Yáñez desde 1813. Seducido

por los capitanes don Ramon Herrera y don Tomas Heres, por los tenientes Guas é Izquierdo y por otros oficiales, levanta el grito de insurreccion en una marcha que hacía á las inmediaciones de Lima: ponen presos á su coronel don Ruperto Delgado y á los oficiales contrarios al pronunciamento. Reunido marcha el batallon á recibir órdenes de San Martin, prestando á este un auxilio muy oportuno. Componíase Numancia de antiguos soldados colombianos que se conservaron separados y como auxiliares en el ejército de San Martin, para reunirse despues á las banderas de su patria.

Apénas habia ocurrido la defeccion de Numancia, cuando las fuerzas de San Martin adquirieron otro auxiliar mas poderoso. El intendente de Trujillo, marques de Torretagle, proclamó la Independencia en el territorio de su mando: grito que fué seguido por todas las provincias situadas al norte del Perú, inclusas las tropas reales estacionadas en Piura. De este modo San Martin llegó á mandar un vasto, rico y abundante país, que era entónces el granero de Lima, por hallarse obstruido el comercio con Chile.

Otra de las consecuencias de la expedicion de San Martin fué la sublevacion de Guayaquil en el antiguo reino de Quito, ocurrida ántes de los sucesos que se acaban de referir. Apénas habian llegado á aquella plaza importante, y el único arsenal que tenia el Perú para reparar sus buques, las primeras noticias de haber desembarcado la expedicion libertadora en las costas del Perú, cuando el espíritu de independencia comenzó á conmover los ánimos de sus moradores. Era gobernador de Guayaquil el brigadier don Pascual Vivero, quien desde el año anterior se habia encargado del mando, trayendo del Perú el batallon de Granaderos de reserva, para aumentar la guarnicion de dicha plaza. Unido este cuerpo á las demas tropas que allí existian, y á las milicias de pardos, compusieron una fuerza de mil quinientos hombres bien armados, disciplinados y municionados.

Los habitantes de Guayaquil habian proclamado el sistema constitucional de España, sin esperar órdenes, lo que probaba su espíritu atrevido y su amor á la libertad. Despues continuaron trabajando varios oficiales y vecinos de aquel puerto en formar la opinion pública á favor de la Independencia.

Ya lo habian conseguido en gran parte, cuando supieron la

noticia del desembarco de la expedicion de San Martin en las playas del Perú. Seguros entónces de que el virey Pezuela no podia atacarlos, determinaron dar el golpe decisivo y proclamar la Independencia. Los capitanes don Gregorio Escovedo, don Miguel Letamendi, don Luis Urdaneta y don Leon Fébres Cordero, unidos á los paisanos don José Villamil, don José Undaburu, don Manuel Antonio Luzarraga, don Leocadio Llona y los pardos Peña y Noguera, fueron los principales conspiradores.

El gobernador Vivero reposaba en la mas profunda tranquilidad, á pesar de que habia tenido avisos de las tramas urdidas por los enemigos del gobierno real. Así, los jefes de la conspiracion pudieron ganarse el batallon de Granaderos, tres compañías auxiliares y las milicias de pardos. Fijando el golpe para la noche del 9 de octubre, los conjurados se dividieron en partidas mandadas por oficiales, á las que se unieran muchos del pueblo. Casi á un mismo tiempo fueron tomados el parque, las baterías y el almacen de pólvora. Dirigiéronse otros á prender al gobernador, á su segundo don José Elizalde, al comandante de artillería don Miguel Tórres, y á varios empleados y Españoles europeos conocidos por enemigos del sistema de Independencia. Á las cuatro de la mañana todo estaba en poder de los revolucionarios. El comandante de Granaderos don Benito García del Barrio hizo una vigorosa resistencia, auxiliado por otros realistas; imitóle el capitan de dragones del Dáule don Joaquin Magallar, que murió en la refriega con otros pocos.

Al amanecer la bandera real de España solo estaba enarbolada en cinco lanchas cañoneras que regía el capitan del puerto don Joaquin Villalba. Apostado en el rio al frente de la ciudad, amenazaba causarle daños muy graves con su artillería; mas al fin entró en convenio con los independientes para salvar las vidas de los prisioneros realistas. Algunos de estos fueron remitidos al general San Martin, que usando de generosidad los envió libres al virey, sin exigir mas que la libertad del teniente coronel Tollo. Pezuela asintió al canje de los tres jefes y del teniente de granaderos don Ramon Martínez, ofreciendo enviar á San Martin igual número de los jefes y oficiales que él mismo designára.

La revolucion de Guayaquil se avisó inmediatamente á Co-

lombia por medio de un buque lijero que vino á la Buenaventura : á este puerto remitieron tambien á los paisanos españoles y desafectos que fueron reducidos á prision en Guayaquil.

El capitan Escobedo, que tanto influyera en la revolucion, fué ascendido y nombrado por el pueblo gobernador militar de la plaza, y al regidor decano don Joaquin Olmedo se confirió el mando político. Sin embargo, viendo el cabildo que Escobedo queria hacerlo todo, le requirió á fin de que observára la division de mandos. Disgustóle este paso, é hizo renuncia. Fué admitida, nombrando el cabildo una junta provisional de gobierno, compuesta del mismo Escobedo, de don Rafael Jimena y del doctor don Vicente Espantoso. Mas reunidos en breve los electores escogidos por el pueblo, acordaron una constitucion provisional, con independencia de los demas Estados limítrofes, y organizaron un gobierno. Debia este residir en una junta, cuyos miembros fueron nombrados por eleccion popular. Olmedo, que presidia, habia sido diputado en las Córtes españolas, y tenia algunos conocimientos en materias de gobierno.

El resto de la provincia de Guayaquil siguió el ejemplo de la capital, y todos los pueblos juraron la independencia del gobierno español.

Aprovechándose de los recursos naturales de la provincia, de ciento cincuenta mil pesos que habia en las cajas, destinados para la ciudad de Panamá, y de las propiedades que se confiscaron á varios Españoles europeos residentes en Lima, los gobernantes de Guayaquil concibieron mayores proyectos. Tales fueron insurreccionar el reino de Quito y darle su libertad. Para conseguirlo, destacan quinientos hombres al mando de los oficiales Urdaneta y Cordero; triunfan estos en el primer encuentro, y varios corregimientos ó pequeñas provincias de la presidencia de Quito se insurreccionan declarándose por los independientes. Hizo lo mismo la provincia de Cuenca á principios de noviembre, y sus habitadores dieron el mando á don José María Vázquez Novoa con el título de *capitan general*. Así parecia que muy pronto iba á ser destruido el poder español en el sur de la Nueva Granada.

Hallábase todavía Aymerich en Pasto dando sus disposiciones para defender el territorio, cuando recibió la infausta noticia de la rebelion de Guayaquil y de la expedicion que marchaba contra los pueblos situados en la cordillera. Entónces partió acelerada-

mente, y dispuso que Calzada y López le siguiesen en calidad de presos : llevó tambien de Pasto una columna de trescientos infantes y cincuenta jinetes, para oponerse á los ataques de los revolucionarios que le amenazaban. Mandábalos el teniente coronel don Francisco González, el mismo que huyera del campo de Boyacá.

Cuando el presidente Aymerich llegó á Quito, ya la division de tropas de Guayaquil habia conseguido revolucionar gran parte del país. Los corregimientos de Guaranda, Alausí, Riobamba, Ambato y Tacunga desconocieron en su mayor parte las autoridades españolas. Calzada y López iban confinados á Cuenca y en el camino supieron cerca de Machachi que venian los enemigos. Calzada se vió rodeado, pero pudo escapar. López cayó prisionero y fué enviado á Guayaquil.

Despues de correr este peligro, Calzada siguió aceleradamente á Quito á dar aviso de que se aproximaban los enemigos. Sin embargo Aymerich, á quien se habia informado que pretendia aquel hacer una revolucion en Quito para deponerle del mando, no aplacó su enojo. Envióle confinado nuevamente á Pasto, único pueblo donde creyó estaria en seguridad, miéntras le mandaba seguir un consejo de guerra.

Aymerich formó una corta division destinada á oponerse á los progresos de los patriotas. Apénas pudo reunir quinientos cincuenta hombres, cuya direccion dió al teniente coronel don Francisco González. Esta fuerza parecia insignificante, comparada con los mil y quinientos que habia conseguido reunir el comandante Luis Urdaneta, mucha parte de caballería. Avanzáronse los patriotas hasta Ambato. Los Españoles arribaron al mismo lugar el 22 de noviembre, y pasando el rio, defendido por los independientes, se acamparon en la llanura de Guachi. Trabóse allí el combate, y las tropas colecticias de los republicanos, especialmente la caballería, no pudieron resistir el ímpetu simultáneo y bien dirigido de ochocientos caballos y cerca de quinientos infantes realistas. Huyeron vergonzosamente, sobre todo la caballería, y la infantería fué destrozada. Aseguran los Españoles que murieron quinientos patriotas en Guachi; número sin duda exagerado. Empero es cierto que los realistas consiguieron una victoria completa. Los jefes independientes Urdaneta y Cordero regresaron á Guayaquil con los miserables restos que pudieron salvar de la expedicion. Impues-

tos allí de que Escobedo no tenia ya el mando, se fueron disgustados al Perú á reunirse con San Martin; ellos eran oficiales del batallon colombiano de Numancia.

El teniente coronel González siguió con su victoriosa division contra los revolucionarios de Cuenca. Un gran número de Indios y de gente sin órden ni disciplina componian el llamado ejército independiente. Ocupaba las alturas de Verdeloma con tres piezas de artillería y muy pocos fusiles. Algo mas de quinientos veteranos realistas derrotaron é hicieron dispersar en la mañana del 20 de diciembre aquella montonera de patriotas, degollando á muchos y cogiendo bastantes prisioneros. Cuenca y los demas pueblos que se habian insurreccionado sufrieron todos los horrores consiguientes á una pacificacion española.

La junta de Guayaquil no se habia desalentado por la derrota de Guachi. Otra nueva expedicion, mandada por el coronel don José García, subió la cordillera, situándose en los alrededores de Guaranda con cerca de seiscientos hombres. El coronel español don Miguel de la Piedra la ataca y derrota en Tanasigua con fuerzas inferiores á las que tenian los republicanos. Segun el parte español, estos quedaron destrozados completamente, y prisioneros el comandante García, siete oficiales y ciento veinte y nueve soldados. García fué pasado por las armas, y su cabeza enviada á Quito como trofeo. Los realistas de este reino ejecutaron operaciones militares harto felices, superando con firmeza todos los riesgos con que los amenazaba la revolucion. Los independientes no sacaron otras ventajas que familiarizarse con los peligros y desgracias de la guerra. Conocieron tambien que la opinion de los pueblos del Ecuador estaba decidida por la Independencia, exceptuando los habitantes de las montañas formidables de Pasto.

El Libertador presidente y toda la República de Colombia tenian el mas vivo interes en que sus armas pasáran la barrera de Pasto, y que el pabellon tricolor flameára sobre las rocas del Guáitara. Habian sido incesantes las providencias del gobierno republicano para conseguir tan importante objeto. Fusiles, municiones y auxilios de todas clases se dirigieron al general Valdes, á fin de que aprestára con la mayor celeridad la marcha del ejército del Sur. El arribo del capitan Muñoz, que habia ido á Chile comisionado para contratar armas, municiones y algu-

nos buques destinados á hacer la guerra en el Pacífico, completó el armamento y los pertrechos de aquellas tropas (1).

Pusiéronse en marcha (diciembre 2) de la villa de Palmira hácia Popayan en número de mil cuatrocientos hombres. Mucha fué la desercion que sufrieran de los reclutas del valle del Cáuca ántes de arribar á dicha ciudad. Los Patianos, que á las órdenes de Simon Muñoz y de otros guerrilleros ocupaban á Popayan, la abandonaron al acercarse la division de Valdes, quien fué mas humano entónces que la vez primera. Apénas llegó con poco mas de mil hombres, algunos de los cuales iban enfermos. Bien fuera por el carácter de Valdes, bien por sus pocos talentos militares, ó por las circunstancias de la guerra, Valdes parecia el jefe mas propio para disolver un ejército. Sin embargo, esto era en gran parte debido al terror que la guerra de Pasto inspiraba á los habitantes de Popayan: espantábanlos tanto las guerrillas y enfermedades de Patía, como las rocas del Juanambú. Tambien detestaban el servicio militar, y huían á los bosques para no ser enrolados en las filas republicanas.

Desde que el Libertador concibió el proyecto de convenir en el armisticio propuesto por Morillo, dió las órdenes mas terminantes para que se activáran las operaciones sobre el reino de Quito. Queria que al tiempo de realizarse aquel, las armas de la República hubieran libertado la mayor parte de las provincias meridionales de Colombia. Esperando que así habria sucedido, emprendió su viaje desde Cúcuta á Bogotá, con el objeto de ir, segun dijimos ántes, hasta Popayan por lo ménos, y remover cualesquiera dificultades que pudieran suscitarse sobre la línea de demarcacion de los pueblos que debieran corresponder al gobierno español y al colombiano.

El oficial nombrado por Morillo para anunciar el armisticio al presidente de Quito y demarcar la línea divisoria, fué el teniente coronel don José Móles. El Libertador nombró al coronel Antonio Moráles, gobernador que habia sido del Socorro, muy superior al primero por su viveza, talento y desembarazo para desempeñar la mision que se les habia conferido: ellos partieron inmediatamente á su destino.

Año de 1821. — El general Valdes, urgido por las órdenes anteriores de Bolívar, se vió en la necesidad de no detenerse en

(1) Véase la nota 6ª.

Popayan. Se le urgia, tanto por el armisticio, como porque se esperaba realizar una combinacion feliz. Ignorábase todavía la derrota de las tropas de Guayaquil en Guachi y Guaranda, y se creía que atacando á la vez á los realistas de Quito por el norte y por el sur no se podrian defender. Movido por tales consideraciones, Valdes partió (enero 2) sin tardanza de Popayan, dejando en ella poca guarnicion. Á pesar de esto, apénas pudo completar cosa de novecientos soldados de los batallones Albion, Néiva y Cáuca, los ciento veinte y siete del escuadron de Guias á caballo mandados por el héroe de Várgas, el intrépido Carvajal. Esta corta division era muy inferior á la empresa que arremetia; empresa en que no habian podido triunfar fuerzas mas numerosas, dirigidas por jefes harto superiores á Valdes: este nunca tuvo esperanzas lisonjeras de un buen éxito; circunstancia que ya era de mal agüero.

Las guerrillas de Patía, capitaneadas por Muñoz, Puente, Obando, Castillo, los Córdobas y otros, siguieron en esta vez su antigua y segura táctica. No se opusieron de frente á la marcha de los patriotas. Empero, situando sus guerrillas hácia los flancos, molestaron la division independiente cuanto les fué posible, quitando por la noche las caballerías y matando ó aprisionando á cuantos se apartaban del grueso de las tropas. Al mismo tiempo ocupaban los caminos de retaguardia para cortar las comunicaciones con Popayan. Sin embargo, por confesion de los mismos jefes enemigos, no hicieron en esta ocasion la resistencia que debian.

Venciendo tales obstáculos, Valdes llegó al Juanambú por el camino de Taminango. Segun hemos dicho en otra parte, este rio, de bastantes aguas y de mucha rapidez, corre de oriente á poniente á unirse con el Guáitara. Uno y otro se deslizan por un cáuce profundo, coronados en su mayor parte de rocas escarpadas; forman por consiguiente al norte y al sur de la ciudad de Pasto barreras las mas fuertes, capaces de impedir el paso á ejércitos numerosos, apostando en ellas pequeños cuerpos. En medio de estos dos rios se levanta majestuoso el volcan de Pasto, cono inmenso surcado por cañadas profundas, que son otros tantos puntos militares. En sus faldas, fértiles en extremo, se hallaba fundada la ciudad de Pasto y otros varios pueblos, que contenian una poblacion como de quince mil almas, ignorante, aguerrida y entusiasta por el rey de España.

El obispo de Popayan, Jiménez de Padilla, habia conseguido excitar nuevamente el entusiasmo de los Pastusos, á fin de que marcháran contra los insurgentes.— « Son herejes y cismáticos detestables, les decia, los que pretenden la independencia de la España; así, los que defienden la causa del rey combaten por la religion, y si murieren vuelan en derechura al cielo. » Con estos y otros sermones semejantes emanados de la boca de un obispo y de un clero fanático, por no decir embustero, los ignorantes Pastusos corrieron, como siempre, á las armas para degollar insurgentes, ó con la muerte conseguir el martirio peleando por su amo el rey.

Se hallaban, pues, las márgenes del Juanambú cercadas de tropas, que mandaba el coronel don Basilio García. Los republicanos consiguieron atravesar aquel rio por Guambuyaco, mas abajo del paso ordinario, y se dirigieron hácia Pasto, cargándose el flanco derecho de la division invasora. Querian sus jefes evitar por esta maniobra las fuertes posiciones del camino principal, donde en otro tiempo se estrelló Nariño.

Estaba el coronel realista García en Matabajoy, cuando por un parte del teniente coronel don Manuel Viscarra supo que los enemigos habian forzado el rio, y que este jefe estaba en el pueblo del Tambo. De acuerdo con el coronel pastuso don Ramon Zambrano, determinó seguir á las alturas de Aranda, para observar desde allí y obtener otras noticias. No habiendo los patriotas adelantado sus marchas, el comandante García bajó á Pasto con todas sus tropas en busca de refuerzos y municiones. Consiguiólo todo, y salió el mismo dia con doscientos cincuenta soldados veteranos y seiscientos de la columna de voluntarios pastusos. Con estas fuerzas, que eran iguales á las de Valdes, ocupó las alturas que dominan el paso de la quebrada de Jenoy y Guaypobamba, distante tres leguas de Pasto, por donde precisamente debian pasar los independientes en su marcha hácia aquella ciudad. Á la una de la tarde (febrero 2), la vanguardia de los patriotas, compuesta de los célebres Guias de Apure, mandados por Carvajal, y del batallon Albion, atacan las guerrillas enemigas, que despues de un vivo tiroteo se retiran al grueso de la division realista. Los fuegos de esta se cruzaban sobre el camino de la quebrada. Cuatro horas se sostuvo el combate por uno y otro bando con el mayor vigor. Los Colombianos hicieron grandes esfuerzos para tomar las formidables posiciones

enemigas; pero fué en vano, porque las defendian hombres igualmente valerosos y decididos. Allí perecieron una gran parte de los Guias, y el comandante Carvajal, atravesado por una bala, murió por su patria con la muerte de los bravos. Albion casi fué destruido, y los cadavéres de los hijos del Támesis, que venian á combatir por la libertad, quedaron insepultos sobre las rocas de Pasto.

Destrozados estos dos cuerpos, los Colombianos emprendieron su retirada, dejando en el campo cerca de doscientos muertos, entre ellos veinte oficiales, quinientos fusiles y cien prisioneros. Felizmente los realistas se hallaban cansados y sin caballería; así los patriotas, reducidos á poco ménos de seiscientos hombres, pudieron repasar el Juanambú y llegar hasta el pueblo del Trapiche. Igualmente perdieron todo el material del ejército. Si los enemigos hubieran tenido caballería, muy pocos se habrian salvado.

Por fortuna de los patriotas, arribaron al mismo tiempo los comisionados para anunciar el armisticio. Contuvieron estos la persecucion que hacian los realistas, é impidieron que los guerrilleros de Patía hostilizáran á los republicanos. Sin casualidad tan feliz, bien pocos soldados de la division Valdes habrian regresado á Popayan.

Junto con los comisionados llegó el general de brigada Antonio José de Sucre á encargarse del mando de lo que se llamaba *Ejército del Sur*, del que solo existian los restos miserables de quinientos ochenta y seis hombres con trescientos catorce fusiles.

El general Sucre estableció su cuartel general en el Trapiche, y comenzó á reorganizar la division. Moráles y Móles siguieron á Pasto. Al entrar en esta ciudad semibárbara hubo una verdadera conmocion de sus habitantes, que no querian recibir á un jefe insurgente, ni aceptar el armisticio, lo que puso en riesgo á los comisionados. Fueron necesarios todo el influjo del obispo Jiménez y de don Basilio García para persuadir á los Pastusos que se conformáran con el armisticio. Admitióse este al fin, y se convino en que el Mayo fuera la línea divisoria, quedando por el rey la orilla izquierda de este rio y la derecha por Colombia. En consecuencia, los jefes realistas mandaron desarmar las guerrillas de Patía, y sus habitantes entablaron comunicaciones pacíficas con los de Popayan. Esperábase que con el trato

frecuente algunos ilusos depondrian su odio fanático y envejecido contra la República.

Habiendo celebrado este arreglo, los comisionados continuaron su viaje á Quito. El presidente Aymerich los mandó tratar muy bien por todos los pueblos del tránsito. Les hizo un magnífico recibimiento en la capital, y los numerosos patriotas de aquella ciudad aumentaron la pompa de la fiesta por obsequiar al representante de Bolívar. Aymerich confirmó la línea de demarcacion en el Mayo, y lo demas que se habia hecho en Pasto. Empero no quiso conformarse con otra solicitud de nuestro comisionado : exigia este que la provincia de Guayaquil fuera comprendida en el armisticio, á lo que se denegó el presidente de Quito, diciendo, que dicha provincia dependia del vireinato del Perú, y que sabía oficialmente haberse puesto bajo la proteccion del general San Martin. Continuaron, pues, las hostilidades en aquella parte. Reconocido el armisticio y la regularizacion de la guerra, fueron canjeados los prisioneros de uno y otro bando, y Aymerich concedió una amnistía á todos los que se hallaban presos por delitos políticos, que eran muchos. Este convenio se firmó en 21 de febrero, y en él fué comprendido el coronel Calzada. Por la mediacion de los comisionados obtuvo su pasaporte : no queriendo atravesar hácia Venezuela por el territorio colombiano, desde Pasto se dirigió al oriente por la montaña de Sebondoy ; penetró en el Amazónas, y de allí fué á España.

En tanto el general Sucre, á quien la fortuna llamaba en el sur á destinos bien altos, desplega un carácter conciliador y político. Él dirige comunicaciones amistosas al coronel don Basilio García y al obispo de Popayan, con el objeto de ver si podia aplacar el odio que estos dos jefes tenian á los republicanos. Siguió el mismo sistema el general Pedro Leon Tórres, que le sucediera en el mando : conducta que produjo al fin los mas felices resultados. El coronel Simon Muñoz, á quien el rey de España habia ennoblecido por la multitud de patriotas que hizo perecer, y por los males que habia causado á la República, se desengañó de sus errores durante el armisticio, pasándose á los independientes con Castillo y otros guerrilleros de Patía.

Estaba Sucre separado del mando de la division del Sur, porque recibió órden para trasladarse á Guayaquil. Esta provincia, perteneciente á Colombia por su ley fundamental y por

ser parte integrante del reino de Quito, que lo era de la Nueva Granada, no habia sido comprendida en el armisticio. Hallábase por tanto en riesgo de que la invadieran los realistas de Quito, miéntras duraba la suspension de hostilidades en otros puntos, y su defensa se consideraba de vital importancia para Colombia. Desde ántes habia seguido el coronel Míres con el destino de organizar y disciplinar las tropas levantadas por la junta de Guayaquil; él llevó consigo armamento y otros auxilios enviados por Bolívar.

Hallándose este en Bogotá, confirió al general Sucre la importante comision de negociar con los gobiernos de Guayaquil, Cuenca y demas que se hubieran establecido en el departemento de Quito: 1° su incorporacion á la República de Colombia bajo de una absoluta igualdad, conforme á las bases que se establecieron en la ley fundamental acordada por el congreso de Angostura: debia manifestarles que cometiendo el grave error en política de erigir pequeñas Repúblicas, jamas seríamos reconocidos por las potencias europeas. El segundo punto que se le encargára, fué conseguir que se confiriese al mismo Sucre el mando en jefe de las tropas de los diferentes gobiernos, á fin de obrar con ellas contra los Españoles de Quito, unidas á la columna de Colombianos que debia conducir á Guayaquil, para afirmar así la independencia de dicho departamento. Dióse á Sucre la instruccion de que, si no podia obtener el mando en jefe, obrára como auxiliar de los nuevos gobiernos, á quienes ofreceria armas, municiones y cuantos socorros necesitáran para asegurar su independencia. En el caso de que ninguno de estos partidos fuera aceptado, se le prevenia que regresára á Cundinamarca. El general Míres fué nombrado su segundo.

Sucre debia reunir mil hombres en la provincia de Popayan, y embarcarlos prontamente en el puerto de la Buenaventura sobre el Pacífico. Contábase para esta expedicion con la corbeta *Alejandro* de veinte y dos cañones y dos bergantines de á diez y ocho, que nuestro comisionado Muñoz habia comprado en Chile. La junta de Guayaquil envió ademas algunos trasportes con el mismo objeto. La actividad de Sucre y el influjo que se adquirió en Cali y otros puntos de la costa del Pacífico, auxiliados eficazmente por el patriotismo y recursos del coronel Cansino, gobernador del Chocó, y por algunos otros oficiales, consiguie-

ron que en el mes de abril próximo se realizára aquella expedicion importante, que debia salvar á Guayaquil.

Á su arribo á dicho puerto, ya la junta se habia declarado independiente, y persistió en su resolucion. Existia en Guayaquil un partido que procuraba con ahinco su union al Perú, de donde ántes habia dependido esta provincia en lo militar y en la mayor parte de sus relaciones mercantiles. El general San Martin halagaba á dicho partido, y envió en comision al coronel don Tomas Guido. Vino este con el objeto de negociar la incorporacion de Guayaquil al Perú, lisonjeando á su gobierno con la esperanza de abundantes auxilios. Empero la junta evadió las repetidas instancias del comisionado, diciendo que no tenia facultades para dar un paso de semejante trascendencia, y que lo diferia para cuando el Perú y Colombia hubieran triunfado de los Españoles; en cuya época elegiria el partido que mas conviniera á la provincia.

Por el mismo tiempo la independencia del vireinato del Perú avanzaba sus límites, dominando ya el ejército libertador toda la parte setentrional casi desde las puertas de la capital. Los esfuerzos del virey Pezuela para reunir tropas numerosas cerca de Lima y dar una batalla á los patriotas invasores, habian sido vanos. Disgustados los principales jefes realistas del Perú con las medidas de Pezuela, que juzgaban equivocadas y ruinosas, le obligaron á renunciar el mando militar y el civil. El general don José de la Serna le sucedió en el vireinato, conforme á órdenes anteriores del gobierno español para el caso de vacante. Continuó pues la guerra. Aun debian los independientes hacer largos y vigorosos esfuerzos en el Perú para derrocar el poder español; tenia este muchas tropas, hábiles capitanes que le sostuvieran, y la fuerza moral de trescientos años de dominacion.

Sin embargo, la Independencia habia adelantando mucho en las costas occidentales de la América meridional. Desde la bahía de Cupica en el Chocó hasta el puerto del Ancon cerca de Lima, todas las riberas del Pacífico estaban independientes. Progresos tan felices eran un seguro presagio de que no se hallaria lejano el venturoso dia en que el pabellon tricolor flameára sobre las altas cimas de los Andes, y que en toda esa vasta cordillera se oyesen los alegres cánticos de libertad é independencia.

Colombia adquiria diariamente mas fuerza y vigor. Dominando un extenso y hermoso territorio de regular poblacion, dotada de grande energía republicana, teniendo un ejército aguerrido en la terrible lucha de la Independencia y buenos caudillos que lo dirigieran, gobernados por un héroe capaz de emprenderlo todo; parecia destinada á completar la Independencia de la América del Sur. El primer año de la carrera política de esta República estaba ornado de triunfos, y habia fuertes motivos para creer que continuaria su marcha con pasos de gigante, segun la expresion de uno de sus fundadores.

Todavía le faltaba organizar su gobierno y darse instituciones republicanas que afirmasen la libertad y las garantías individuales. El Libertador lo deseaba con ansia, y los pueblos tenian este mismo anhelo, especialmente los que se hallaban mas distantes del teatro de la guerra. El gobierno militar, necesario en muchas circunstancias, es insoportable cuando prolonga su destructora existencia mas allá de las épocas de peligros. No parecia remoto el dia en que recibiera Colombia una verdadera organizacion política, y esta esperanza lisonjeaba á los muchos patriotas é ilustrados republicanos que tenia en su seno.

Contribuían á alimentar estas lisonjeras esperanzas los medros que su crédito iba adquiriendo en Europa. Aunque las operaciones del ministro Zea habian aumentado la deuda de Colombia con sumas indebidas, el arreglo final de todas ellas, la expedicion de un solo papel uniforme, ó de las obligaciones llamadas *Deventures*, introdujo el órden y la regularidad. Unido esto á la esperanza que tenian los acreedores de que se les pagarian los intereses á los plazos estipulados, habia mejorado el crédito exterior de Colombia. Sus vales corrian á un precio regular, y ya se concebian esperanzas de que en lo venidero se podria contratar un empréstito que remediára por algun tiempo los ahogos de la hacienda pública.

El antiguo agente de Venezuela, López Méndez, era en Lóndres un obstáculo harto grave para la organizacion de nuestro crédito. Estaba empeñado en que todavía era agente colombiano, y que tenia poderes para contratar vestuario, armas y municiones. Fundábase en oficios y comunicaciones del secretario de hacienda expedidos en Angostura desde 1819 y 1820; no queria, ó no le convenia persuadirse que semejantes facultades habian espirado con la mision y los poderes conferidos

posteriormente á Zea. Estaba pues en pugna abierta con este, y contradecia todas sus operaciones. Tan irregular conducta causaba escándalo en Lóndres, y desacreditaba al gobierno de quien Zea y López Méndez se llamaban agentes.

El último no queria regresar á su patria, á pesar de que se le habia llamado con instancia por órdenes de su gobierno. Para manifestar cuán importante era su residencia en la Gran Bretaña, celebró una contrata de fusiles, vestuario y un completo equipo de diez mil hombres con el fabricante ingles de sillas Jámes Mackintosh, obligándose á que el gobierno de Colombia satisfaria quince libras esterlinas ó setenta y cinco pesos fuertes por el fusil, vestido y demas útiles que se le entregáran para cada hombre. Comprometióse López Méndez á expedir obligaciones ó *Deventures* por la suma total, iguales en todo á las que habia firmado Zea. Estando estas obligaciones en el mercado al 40 por ciento, la República iba á sufrir una gran pérdida causada por López Méndez. Abuso verdaderamente criminal que, unido á otras irregularidades de la conducta de Méndez en Europa, empañó en mucha parte el brillo de sus anteriores servicios.



CAPÍTULO III.

El Libertador desiste de su viaje al sur. — Marcha al norte con los diputados para el congreso constituyente. — Sabe que Maracáibo ha proclamado la Independencia. — Avisa la transformacion al general Latorre, y lo que contesta. — El Libertador sigue á Barínas sin instalar el congreso. — Propone un nuevo armisticio, que no se acepta. — Avisa entónces que va á terminarse el ajustado ántes. — Latorre conviene en la renovacion de la guerra. — Juicio sobre este suceso, y estado de los contendores. — Defecciones que sufren los Españoles. — Bolívar recorre los acantonamientos de su ejército ; su fuerza y plan de campaña. — Posicion de las divisiones del ejército real. — Irritacion que produce en Cartagena el anuncio de las hostilidades. — Perfidia del gobernador español. — Los patriotas se apoderan de la bahía. — No pueden estrechar el asedio por mar. — Rompimiento de las hostilidades en el sur. — Ataque infructuoso del coronel García contra Popayan. — Sus tropas ocupan á Barbacóas. — Pérdida de los Colombianos en Quilcasé. — Guayaquil no se incorpora á Colombia. — Tampoco Sucre recibe en Guayaquil los auxilios que se le habian ofrecido. — Revolucion proyectada en aquella plaza de acuerdo con Aymerich. — Sucre y los Colombianos salvan la independencia de Guayaquil. — Recupéranse las fuerzas sutiles, mas no la corbeta *Alejandro.* — Sublevacion y fuga á Quito de un batallon. — Los Españoles y desafectos expulsados de Guayaquil. — Reclutamiento en esta provincia. — Motivos por que no llegan los auxilios de Popayan. — El general Tórres se dirige con su division hácia el sur. — El gobernador Concha abandona á Popayan : su corta guarnicion la defiende contra los Patianos. — Regresa la division de Tórres á Popayan. — Trasládase al valle del Cáuca junto con las autoridades. — Situacion de los Españoles en el Perú : proyectan abandonar á Lima. — Arriba á esta capital un comisionado del gobierno español : es reconocido por el virey Laserna. — Fórmase una junta de pacificacion. — Conferencias de Puncháuca ; no producen resultado favorable á la paz. — Entrevista de los generales San Martin y Laserna. — Proposiciones de San Martin para establecer en el Perú una Monarquía constitucional con un príncipe de la casa real de España. — Juicio acerca de este proyecto. — El virey no lo adopta. — Sus pro-

puestas son rechazadas por los jefes independientes. — Situacion crítica del virey. — Determina definitivamente trasladarse al Cuzco. — Guarnece al Callao. — Abandona á Lima. — Los jefes españoles se dedican á reorganizar en la cordillera el ejército real. — En Lima se proclama la Independencia absoluta. — San Martin se declara jefe supremo y protector de la libertad peruana. — Organizacion que da al gobierno en su estatuto provisional. — Sitia al Callao. — Rompimiento de las hostilidades en Venezuela. — Urdaneta ocupa á Coro, y Carrillo obra en Carora. — Movimientos de Bolívar y de Páez sobre Barínas. — Operaciones de Bermúdez contra los valles de Barlovento : entra en Carácas. — Persigue al brigadier Correa y le derrota en el Consejo. — Marcha de Moráles y combate de las Cocuisas. — Bermúdez se retira hácia Guarénas ; Moráles ocupa á Carácas. — Se dirige á Valencia. — El coronel Peréira le sucede ; operaciones várias y derrota que sufre en Macuto ; vence á Bermúdez en el Calvario, quien se retira sobre Rio-Chico. — Su valor y pericia en la campaña. — Situacion del Libertador en San Cárlos ; se reune su ejército y destaca algunos cuerpos. — Latorre acampado en Carabobo : sus fuerzas. — Bolívar marcha contra él. — Le ataca y derrota. — Conducta heroíca del batallon primero de Valencey. — Las reliquias del ejército español se retiran á Puertocabello. — Pérdidas de ambos partidos. — Importancia de esta victoria. — Otros cuerpos españoles se salvan tambien. — Principia el bloqueo de Puertocabello. — Tentativas de Peréira para escapar de la Guáira. — El Libertador en Carácas. — Peréira consigue una honrosa capitulacion. — Se retira á Puertocabello y muere. — Organizacion que el Libertador da al gobierno de Venezuela. — Marcha al occidente con varios cuerpos. — Sucesos militares de Coro. — Expedicion de Mourgeon, quien se traslada al istmo de Panamá. — Obras defensivas de Latorre en Puertocabello. — Oficiales que envia á revolucionar el país. — Son aprehendidos y castigados de muerte. — Guerrilleros realistas. — Salida de Latorre contra Valencia. — Muertes en Cúcuta de Roscio y Azuola : dificultades para instalar el congreso general. — Impaciencia de los diputados. — Nariño, como vicepresidente, procede á instalar el congreso. — Este no admite las renuncias de Bolívar y Santander : decreta un solo gobierno central, dividido el territorio en varios departamentos. — Sus disputas con Nariño, que renuncia, y se nombra al doctor Castillo. — El congreso confirma la ley fundamental. — Declara libres los partos de las esclavas. — Honores que acuerda á los vencedores en Carabobo. — Se ocupa en examinar el proyecto de constitucion. — Marcha de Bolívar hácia Coro y Maracáibo. — Sus proyectos militares. — Es nombrado presidente de Colombia, y Santander vicepresidente. — Se les llama y van á Cúcuta ; juran la constitucion. — Análisis de esta. — Se declara á Bogotá capital provisoria de la República. — Leyes principales acordadas por el congreso. — El Libertador manda ejecutar la constitucion. — Nombra secretarios y organiza el gobierno. — Varía su plan de campaña contra los Españoles del sur. — Progresos del sitio de Cartagena : toma de la escuadrilla española. — Arribo de la corbeta *Céres*. — Rendicion de los

castillos de Bocachica. — Se establecen baterías en la Popa. — Ajústase una capitulacion condicional. — Entrégase la plaza. — Mérito de los jefes sitiadores. — Ventajas de la rendicion de Cartagena. — Sublevaciones reprimidas en las provincias de Santamarta y Riohacha. — Largas marchas del ejército libertador hácia lo interior: se prepara una expedicion contra el istmo. — Traslacion del gobierno general de Cúcuta á Bogotá. — Ministros enviados á las Repúblicas del sur y Méjico. — Expulsion de Madrid de los comisionados de Colombia Zea, Revenga y Echeverría. — Rendicion de Cumaná. — Expedicion marítima enviada por Latorre. — Moráles, que la manda, regresa á Puertocabello. — Sucesos varios militares en Coro. — Insubordinacion de las tropas colombianas. — Estas consiguen despues algunas ventajas efímeras. — Ejecucion del coronel Rámos, reclamada por los jefes españoles; la imprueba el Libertador.

Año de 1821. — Referimos que el Libertador habia recibido en Bogotá un oficio de los comisionados españoles Sartorio y Espelius, y que en consecuencia nombró á Revenga y á Echeverría á fin de que fueran á España á tratar de la paz, los que habian partido ya. Bolívar creyó, segun el tono en que le hablaban los comisionados, y la importancia con que se anunciaba su mision, que traerian probablemente poderes é instrucciones para terminar la guerra. En consecuencia resolvió diferir su viaje al sur, y dirigirse al norte para acercarse á Carácas y poder negociar mas fácilmente con los Españoles.

Ántes de partir, dió el Libertador órdenes muy estrechas de que siguieran á Cúcuta los diputados de las provincias de Cundinamarca para el congreso constituyente de Colombia. En todas las provincias libres se habian hecho las elecciones, y en los primeros dias de febrero se pusieron en camino así el presidente como los diputados. Bolívar deseaba la instalacion del congreso, entre otros motivos muy urgentes, para que le diera bases conforme á las cuales pudiera dirigirse la negociacion con España.

En camino para Cúcuta, tuvo el Libertador la noticia de que la ciudad de Maracáibo habia proclamado su independencia (enero 28), y recibido auxilios del ejército colombiano; los prestó la division que mandaba en Trujillo el general Urdaneta. Este, por medio de sus agentes don Pedro Lugo, el capitan mayor don José María Delgado y don Domingo Briceño, hizo progresar los deseos de independencia que ya existian en una parte de los habitantes de Maracáibo. Al frente del partido republicano se

hallaba el mismo gobernador interino de la provincia, coronel don Francisco Delgado. Seguros los que tramaban la conjuracion para hacerse independientes de que recibirian auxilios de tropas y armas del general Urdaneta, prepararon todo para el amanecer del 28 de enero. Urdaneta habia hecho avanzar de antemano hácia el puerto de Gibraltar, en el lago de Maracáibo, al coronel Héras con el batallon Tiradores de la Guardia. Engañado Héras con falsos avisos, embarcó su tropa con direccion á Maracáibo dos dias ántes de estallar la revolucion. Aunque no arribó á aquella ciudad hasta el 29, un hecho tan público no dejó la menor duda de que Urdaneta habia tenido una parte muy activa y principal en la rebelion de Maracáibo, su patria, contra el gobierno español.

Hízose aquella con mucha unanimidad, y no excedieron de diez personas las que fué necesario prender por su adhesion al gobierno de España, sin que alguno hubiera muerto. El gobernador, el cabildo y los vecinos principales extendieron un acta declarándose independientes del gobierno español, y uniéndose á la República de Colombia.

Urdaneta dió noticia de este acontecimiento al mariscal Latorre, jefe del ejército español de Venezuela, y procuró sincerar su conducta : decia no haber podido ménos de enviar un auxilio á los habitantes de Maracáibo para mantener el órden, pues se anticiparon á pedirlo desde ántes de su transformacion política; que los Colombianos no habian tenido parte en la revolucion que debia considerarse haber sucedido como la de Guayaquil. Latorre contestó con moderacion y firmeza : exigia que salieran de Maracáibo las tropas de Colombia que no podian traspasar los límites fijados por el armisticio, sin violar tan sagrado convenio, y dar un ejemplo funesto de mala fe.

Latorre se dirigió tambien al Libertador, exigiendo que desocupáran á Maracáibo las fuerzas enviadas por Urdaneta; él convenia en que durante el armisticio aquella plaza continuára gobernándose por sí misma, del modo que sus habitantes lo juzgáran conveniente. Bolívar se hallaba en Cúcuta, donde recibiera esta comunicacion. Desde allí escribió á Latorre, pretendiendo manifestarle : 1° que la revolucion de Maracáibo habia sido un acto espontáneo de sus moradores; 2° que habiéndose hecho aquel pueblo independiente de la España, las tropas de Colombia, guarneciéndolo, no habian ocupado territorio espa-

ñol; y 3º que aun cuando lo fuese, por el armisticio no estaba prohibido á Colombia admitir bajo su proteccion á pueblos que se acogieran á ella. Terminaba su oficio exigiendo del mariscal Latorre que le dijera categóricamente, si en caso de no devolverse á Maracáibo, se romperian las hostilidades, y dentro de qué término.

Aun se hallaban pendientes dichas contestaciones, cuando el Libertador resolvió seguir á Barínas y al Apure, con el objeto de visitar los acantonamientos de sus fuerzas y proveer á su subsistencia. No habia podido instalar el congreso de Colombia, porque faltaban diputados para completar las dos terceras partes del número total que exigia el reglamento de la materia. El vice-presidente Roscio quedó encargado de la instalacion, luego al punto que se completára el número.

Bolívar habia propuesto á Latorre que negociáran y concluyeran un nuevo armisticio por medio de los comisionados Sartorio y Espelius, Revenga y Echeverría. Exigia, sin embargo, para su conclusion, que se disminuyeran las fuerzas de los beligerantes, y que se entregára á Colombia la plaza de Cumaná, junto con las provincias de Maracáibo y Riohacha. El jefe español creyó que tales demandas eran extravagantes, y estuvo muy léjos de asentir á ninguna de ellas.

Mas cuando aun se discutia este negocio, recibió un oficio del presidente de Colombia, dirigido desde Boconó de Trujillo. En él manifestaba á Latorre, que habia tenido las noticias mas alarmantes de Barínas sobre la situacion de su ejército, devorado por el hambre y las enfermedades; que se hallaba colocado entre los dos extremos de perecer ó combatir, y que sujetándose á la inexorable ley de la necesidad, escogia lo último, aunque penetrado del mas profundo sentimiento: así que habia llegado el caso del artículo duodécimo del armisticio, y los cuarenta dias en que debian comenzar de nuevo las hostilidades, principiarian á contarse desde el recibo de aquella nota, que terminaba con este período: « Pero si V. E. y los señores comisionados Sartorio y Espelius tienen las facultades necesarias para impedir la continuacion del lamentable curso de esta guerra, yo trataré con deferencia y transporte sobre la paz en San Fernando, adonde dirijo mi marcha con el objeto de conducir allí la mayor parte de mis tropas, y de acortar la distancia para la facilidad de nuestras comunicaciones recíprocas. »

El general Latorre tachó de inesperado é inconcebible este paso del presidente de Colombia, cuando se hallaban pendientes negociaciones y explicaciones de la mayor importancia. Contestó, sin embargo, que las hostilidades comenzarian el 28 de abril inmediato. « El mundo entero, añadia, que tiene fijos sus ojos sobre nosotros, y que ha observado nuestra marcha en las transacciones entabladas para separar de estos países los horrores de una guerra fratricida; el mundo entero juzgará sobre el orígen de los males que van nuevamente á desolar estas desgraciadas comarcas, y no hará pesar su tremenda responsabilidad sobre el gobierno español. »

En la correspondencia relativa á la ocupacion de Maracáibo, Latorre tuvo una decidida superioridad de razon para rebatir los fundamentos alegados por Urdaneta y Bolívar. Es claro que fué una violacion del armisticio, colorido con pocos argumentos especiosos. El Libertador tenia poderosos motivos para romper la suspension de hostilidades; pero en la intimacion dirigida desde Boconó al jefe español, adujo razones que no estaban de acuerdo con sus oficios y recientes operaciones: lo que diera justo motivo para tildar su conducta con el epíteto de *inconsecuente.*

Acordada la cesacion del armisticio de Trujillo, cada uno de los jefes se preparó activamente para nuevos combates. Parece que el general Latorre se lisonjeaba ántes de que terminaria la guerra con una transaccion amistosa, y que no estaba preparado para la campaña. Bolívar de ningun modo se habia descuidado para la nueva lid durante el armisticio, y esperaba con mucha probabilidad obtener un triunfo decisivo dentro de pocos meses.

La opinion de los pueblos era en extremo favorable á la causa de la Independencia. Por do quiera habia hecho rápidos progresos el espíritu republicano, y jefes realistas muy distinguidos, como el coronel Remigio Rámos, el padre Andres Torréllas y otros varios, se decidieron á sostener la sagrada causa de su patria contra el gobierno real. Defecciones tan repetidas como importantes minaron la fuerza moral de los Españoles, y desalentaron á sus jefes. Estos ya no podian tener confianza en los Venezolanos, de que se componia la mayor parte de su ejército. Latorre, sin embargo, procuró revivir el entusiasmo de los pueblos por la causa del rey, publicando proclamas, bandos y exhortaciones; pero fué en vano.

El Libertador reconoció las estancias de su ejército en Barínas y en el Apure; llegó hasta Achâguas, inspirando por todas partes la confianza de la victoria. Estas divisiones debian moverse con direccion á San Cárlos. El ejército de Oriente al mando de Bermúdez y bajo la inmediata direccion del general Soublette, vicepresidente de Venezuela, tenia órden para invadir la provincia de Carácas por los valles de Barlovento. El general Urdaneta con algunos batallones de la Guardia reunidos en Maracáibo, debia libertar la provincia de Coro, dirigiéndose despues sobre San Cárlos. La combinacion de Bolívar era bien meditada, aunque harto difícil de realizarse por las distancias. Todas sus divisiones ascendian á cerca de nueve mil hombres.

El general en jefe español tenia poco mas ó ménos la misma fuerza; pero con la gran desventaja de que muchos de los pueblos de Venezuela, ocupados por sus tropas, ó eran hostiles, ó tenian poca adhesion al partido real. El brigadier Moráles ocupaba á Calabozo y sus alrededores con las divisiones de vanguardia y segunda del ejército español; la primera estaba en Barquisimeto; la quinta se hallaba acantonada en Barínas, y la cuarta defendia la plaza de Cumaná. El batallon de Hostalrich cubria á Carácas y los valles de Barlovento de aquella capital.

El mariscal Latorre mandó replegar hácia San Cárlos las divisiones primera, segunda y quinta. Él recorrió la provincia de Barínas hasta Araure; procurando inspirar por todas partes á sus tropas aquel valor y confianza que ordinariamente presagian la victoria.

Miéntras que se abren las operaciones militares en esta célebre campaña, recordemos los sucesos que ocurrian en las costas setentrionales de la Nueva Granada.

Casi á un mismo tiempo recibieron el gobernador de Cartagena y el general de brigada Montilla las órdenes de sus respectivos jefes para que las hostilidades principiáran nuevamente : de comun acuerdo convinieron en que fuese el 28 de abril. El general español lo anunció á los pueblos de su mando por medio de una proclama llena de pensamientos y expresiones duras contra los jefes republicanos. « La nacion española, decia, nuevamente insultada del modo mas atroz, y provocada á una guerra que se propuso evitar, vuelve á empuñar la espada de la justicia, para hacerse respetar, como corresponde, de esas hordas de hombres sin patria, ley, gobierno, ni religion. » ¡ Bra-

vatas é injurias ridículas, indignas del jefe que las proferia!

Pero aun fué mas indigna la perfidia que siguiera á estas amenazas. El gobernador Tórres, desde ántes de terminarse el armisticio, hizo partir hácia el Sinú seis buques menores de guerra, mandados por el capitan don Juan Cándamo. Llevaban cincuenta soldados españoles del regimiento de Leon y doscientos fusiles para armar los pueblos del partido de Lorica. Estos eran en gran parte enemigos de la Independencia y adictos á los Españoles. Así Cándamo, despues de tomar cuatro bongos de guerra, que aun estaban desarmados y sin tripulaciones, consiguió juntar en el punto nombrado el Viento como seiscientos hombres. Escogiendo trescientos, marchó contra Lorica, pues tenia el proyecto de apoderarse del todo ó parte de nuestras fuerzas sutiles apostadas en el Sinú. Mas por fortuna, en cumplimiento de las órdenes del general Montilla, el coronel Lara habia llegado á Lorica: él recorrió todos los puestos avanzados, y en el momento de concluir su visita el 20 de abril, se presentaron los realistas que iban á sorprender la villa. No lo consiguieron, y se les batió causándoles bastante pérdida. Persiguióles el coronel Padilla, que llegó al dia siguiente con su escuadrilla. Cándamo, inferior en número, tuvo que retirarse á Cartagena, despues de sufrir un descalabro, y la vergüenza de haber demostrado la mala fe tanto suya como de su jefe.

Rotas las hostilidades, Padilla, comandante en jefe de nuestras fuerzas sutiles, de acuerdo con Montilla, las reune y se introduce en la bahía de Cartagena. Aunque los Españoles tenian allí otra escuadrilla de excelentes buques menores, no empeñaron combate alguno. Padilla los fué estrechando sucesivamente, y apoderándose de los puntos mas importantes de la misma bahía. Era uno de sus principales objetos impedir la comunicacion de la plaza con los dos castillos que defienden la entrada de Bocachica á fin de rendirlos por hambre.

Este mismo fué el proyecto del general Montilla respecto de Cartagena. No tenia medios para batirla en regla, y solamente le era posible asediarla, impidiendo por tierra la entrada de víveres y las comunicaciones. Limitóse á esto el general colombiano, ocupando cuantos puntos y avenidas le parecieron importantes en derredor de la plaza. Empero hácia la parte del mar el bloqueo era débil; solo habia tres bergantines mandados por extranjeros, que en lo general tomaban poco interes por

estrecharlo. De esta manera se pasaron los meses de mayo y junio, sin mas novedad que la entrada en la plaza de las provisiones conducidas por dos goletas. Ocupada la bahía por nuestras fuerzas sutiles, descargábanse las vituallas por el fondeadero que yace al frente del baluarte de Santo Domingo. Sus baterías defendian los buques mercantes de que fueran apresados por nuestra escuadrilla sutil. Á pesar de estos auxilios, la plaza sufria ya mucha escasez de carnes y de pan.

Separándonos ahora de las costas del Atlántico, veámos el curso que tenia la guerra en las provincias meridionales de Colombia.

Durante el armisticio no ocurrió suceso alguno de importancia en Popayan, donde existia la mayor parte de la division del Sur, mandada por el general Pedro Leon Tórres. Aun estaba pendiente el punto que se discutia con el presidente de Quito Aymerich, sobre que se contáran los seis meses del armisticio desde el 3 de febrero, en que los comisionados lo anunciaron en Pasto; pero de repente, y cuando supo que en otras provincias iban á romperse las hostilidades, avanzó la extraña pretension de que se terminaria inmediatamente, si no se le acordaban dos condiciones deshonrosas para Colombia. Fué la primera, que se retirase hasta la Cuchilla del Tambo, cercana á Popayan, la línea divisoria del territorio fijada ántes en el rio Mayo ; y la segunda, que se mandáran regresar los auxilios que el general Sucre habia conducido á Guayaquil. Aymerich reclamaba este paso como una violacion del armisticio. Olvidaba sin duda que no habia asentido á que Guayaquil fuera comprendida en él, y que en dicha provincia Colombia podia hacer la guerra á los Españoles.

Semejantes proposiciones fueron rechazadas con indignacion, y se fijó el 27 de mayo para comenzar las hostilitades en toda la línea del sur. El general Tórres mandó ántes retirar los débiles cuerpos de tropas que tenia avanzados en el Trapiche y en el Mayo, á fin de concentrar sus fuerzas en Popayan. Á pesar de esto, su division era pequeña, pues habia recibido pocos refuerzos.

No se habia terminado el armisticio cuando los guerrilleros de Patía rompieron las hostilidades. El teniente Agustin Castillo, que habia sido incorporado en las filas de la República, quebrantó la fe de sus juramentos. Él, unido á los Indios de

Piagua, asesinó un oficial patriota y dos guias que dormian tranquilamente confiados en la paz.

El comandante don Basilio García habia salido de Pasto con cerca de cuatrocientos hombres y dirigídose hácia el Trapiche. Cuando se termina el armisticio, pasa la línea y recorre el valle de Patía. Reúnensele de nuevo los guerrilleros Obando, Parra, Toro, los Córdobas, Sárria y otros que conmueven el país á favor del rey de España. El coronel García llega á las cercanías de Popayan, que hostilizan sus guerrillas, las que tambien dispersan un destacamento colombiano que guarnecia el puente del Cáuca. El general Tórres habia atrincherado las bocascalles de las primeras manzanas de la Plaza Mayor de Popayan. Así fué que habiendo atacado García el 15 de junio los barrios de San Camilo y San Francisco, halló una resistencia que no esperaba. Retiróse entónces, destacando algunos soldados veteranos del regimiento de Aragon, para reforzar las guerrillas de Obando, que debia obrar por la parte del Tambo, y de Córdoba que cubria el camino de Timbio. Dadas estas diposiciones, don Basilio García volvió á Pasto; dejando proyectada otra expedicion contra Barbacóas. Mandábala el teniente coronel don Vicente Parra, y debia embarcarse en el Castigo sobre el rio Patía.

Hallándose Barbacóas con muy poca guarnicion colombiana, varios de sus habitantes realistas se sublevaron y consiguieron apoderarse de aquella ciudad. Auxiliados por Parra, se sostuvieron algun tiempo, y aun pensaron enseñorearse por el rey de toda la costa del Alto-Chocó. Obtuvieron, en efecto, algunas ventajas, que ó fueron de corta duracion, ó no produjeron resultados.

Despues de la retirada del comandante García, el general Tórres envió á Timbio al coronel Leonardo Infante, al teniente coronel Simon Muñoz y al comandante Florencio Jiménez con cinco oficiales mas y setenta y tres guias de á caballo. Debian recorrer el país, adquirir noticias del enemigo, y recoger los ganados y caballerías que hubiese en aquella parte del territorio, para conducirlos al cuartel general. Confiado Infante en los excelentes soldados y oficiales que llevaba, penetra hasta la bajada de Quilcasé. El capitan comandante de las guerrillas españolas José María Obando sabe su marcha, y se embosca despues de inutilizar el puente del rio Quilcasé. Luego que Infante pasa le ataca por la espalda. Los guias, á quienes no permitia el ter-

reno combatir á caballo, ocupan una altura ventajosa (julio 15). Mas careciendo algunos de armas de fuego, fueron derrotados por los fusileros de Obando y Córdoba reunidos. Estos incendiaron la paja de la loma en que se combatia, lo que obligó á rendirse á varios patriotas. Murieron diez y nueve, cayendo prisioneros el coronel Infante, el comandante Jiménez y otros oficiales junto con cuarenta y cuatro soldados, tomándoles igualmente las armas, sillas y caballerías. El teniente coronel Simon Muñoz tuvo la misma suerte dos dias despues. Conducido con los demas prisioneros á Pasto, murió de las heridas, segun dijeron los Españoles. Empero otros creyeron que su muerte habia sido violenta, causada por su reciente defeccion del partido realista. El capitan Obando recomendó mucho á García el buen tratamiento de los prisioneros, y por este combate feliz obtuvo el grado de teniente coronel.

Entre tanto ocurrieron en la provincia de Guayaquil algunos sucesos dignos de referirse. Desde que el general Sucre arribó á la capital en los primeros dias de mayo, habia procurado, por cuantos medios le fueron posibles, negociar su incorporacion á Colombia. Mas no lo pudo conseguir. Sin embargo celebró con la junta un convenio, por el cual esta se puso bajo la proteccion colombiana para defender y sostener su independencia : prometió concurrir con ochocientos hombres y con todos los medios y elementos de guerra que tuviera para libertar las demas provincias del departamento de Quito. El general Sucre ofreció lo mismo á nombre de la República.

Dado este paso, Sucre se dedicó á organizar las tropas colombianas que tenia bajo su mando. Debian estas obrar como auxiliares, y eran pocas. Á pesar de la escasez de medios para sostenerlas, y de la lentitud con que llegaban otras á Guayaquil, Sucre no se desalentaba. Dirigia contínuas reclamaciones á los jefes colombianos que mandaban en el sur, para la pronta remision de mas de mil hombres que le habia ofrecido el vicepresidente de Cundinamarca en cumplimiento de las órdenes del Libertador. Empero, encaprichados el gobernador del Cáuca, Concha, y el general Tórres en mantener una division en Popayan, se desprendian lenta y difícilmente de los soldados y oficiales. Así fué que algunos buques dirigidos expresamente para conducir tropas desde el puerto de Buenaventura, regresaron vacíos, causando gastos inútiles á la junta de Guayaquil y al gobierno de

Colombia. Si se hubieran atendido las demostraciones de Sucre, en que manifestaba claramente las grandes ventajas de emprender por Guayaquil la campaña del sur, mas pronto se habria dado la independencia á las provincias de Quito. Tambien se hubieran evitado combates sangrientos sobre las escarpadas rocas de Pasto.

Por fin, á la mitad de julio, habia conseguido Sucre organizar su division, compuesta de los batallones Santander, Libertador, Albion y algunos dragones, en su mayor parte llaneros venezolanos.

Como en Guayaquil era reciente la revolucion, la junta que gobernaba la provincia era tambien novicia en el carácter vigoroso que debia tomar aquella para asegurar la Independencia. Llenos sus miembros de confianza y filantropía, se dejaban arrastrar por el influjo pernicioso de los ricos Españoles europeos, que moraban en la ciudad capital; ocupaban algunos de ellos destinos importantes. Todos al parecer se habian declarado en favor de la Independencia; mas por lo general solamente cedieron al torrente revolucionario, miéntras se presentaba ocasion de servir á la metrópoli : tampoco faltaban hijos del país que abrigáran los mismos sentimientos desleales á su patria. Varios de estos desafectos mantenian correspondencia secreta con Aymerich, y le animaban á que invadiera á Guayaquil, ofreciendo auxiliarle eficazmente.

El teniente coronel don Nicolas López, prisionero de las tropas de Guayaquil, cuando atacaron á Quito al mando de Urdaneta, á pesar de sus sentimientos realistas, habia tomado servicio bajo las banderas del nuevo gobierno. Siendo López Venezolano, pudo inspirar confianza, y se le dió el mando del batallon número primero. Entónces, con la mas refinada malicia, llamó á servir en dicho cuerpo, que se estaba formando, á todos los que eran mas desafectos al nuevo gobierno, los que tuvo el talento de conocer. Distinguíanse entre los traidores á sus juramentos, el teniente coronel don Bartolomé Salgado y el capitan Valdes. Así fué que habia muy pocos oficiales de aquel batallon que no mereciesen la confianza de López.

El general Sucre, que tenia un ojo penetrante y experiencia de la revolucion, desconfiaba de López y de algunos otros jefes : él habia comunicado sus sospechas al gobierno, llamando igualmente la atencion de este sobre los Españoles y desafectos;

pero la junta reputaba á López y á sus compañeros de traicion por buenos patriotas, y no tenia desconfianza alguna de los demas sindicados por Sucre.

En tales circunstancias, el presidente Aymerich preparaba una expedicion de mil doscientos hombres contra Guayaquil, los que se hallaban acantonados en Riobamba y Guaranda: otros mil debian salir al mismo tiempo de Cuenca, y dirigirse por Yaguachí. Á fin de asegurar el golpe, habia llamado la atencion de Colombia hácia Popayan con la expedicion del coronel García, que ántes referimos.

Creyendo los desafectos de Guayaquil que darian un golpe seguro, y que recibirian prontos y eficaces auxilios de Quito, determinan principiar la contrarevolucion. En la mañana del 17 de julio las fuerzas sutiles, compuestas de seis lanchas y de otros buques, proclaman al rey de España. Ellas amenazan cañonear la ciudad si no ejecuta lo mismo.

En tan crítica situacion, la junta, compuesta de Olmedo, Jimena y Roca, llama con premura á Sucre, que se hallaba en Samborondon, para que vaya á libertar la capital, encargándole que lleve la tropa que tenga por conveniente. La marcha del general colombiano fué pronta, acompañado de Albion, y dispuso que le siguiera el batallon Santander. Al llegar á la ciudad, ya esta habia sido batida por la escuadrilla; pero no consiguiendo sublevarla el jefe insurrecto, se hizo á la vela por el rio abajo de Guayaquil, llevándose la corbeta *Alejandro* despues de maltratar al bergantin de guerra *Ana*. En este dia sirvió mucho para mantener la tranquilidad de Guayaquil el coronel Antonio Moráles, jefe de estado mayor de la division colombiana. La junta, en aquella crísis peligrosa, dió el mando militar de la provincia al general Sucre. Este no tuvo por conveniente aceptarlo; empero se confirió por sus indicaciones al coronel Moráles.

Al dia siguiente salieron dos goletas armadas y dos falúas en persecucion de las fuerzas sutiles que se habian sublevado. Estando para ser abordadas, las desampararon los facciosos, huyendo á tierra, donde en su mayor parte fueron aprehendidos. La corbeta *Alejandro*, conducida á Panamá por el piloto don Ramon Ollagüe, se perdió por entónces: ella correspondia á Colombia por un contrato privado, aunque todavía se amparaba con la bandera inglesa.

El general Sucre, temiendo una combinacion, que verdaderamente existia entre López, Salgado y los facciosos de las lanchas, envió sin tardanza á Babahoyo donde se hallaban los primeros, un escuadron de dragones, al que siguieron los cazadores de Santander. Sus jefes recibieron órdenes de observar los movimientos del batallon primero. Ántes de llegar, sabiendo López y Salgado el alzamiento de las fuerzas sutiles, sublevan el batallon y proclaman igualmente al rey (julio 19). Mas creyendo perdída la combinacion, marcharon hácia Guaranda. Sucre dispuso inmediatamente que el teniente coronel Cestáris, á la cabeza del escuadron de dragones, picára la retaguardia á los amotinados, y que dándoles cargas repetidas, protegiese la separacion de los soldados y oficiales que hubieran seguido el movimiento forzados, y destruyese el resto persiguiéndolo hasta Guaranda. Por falta de caballos solo pudieron montarse como veinte dragones con el teniente coronel Rash á su cabeza. Este alcanzó en Palolargo á López, que á las seis de la tarde se puso en fuga, dejando en poder del valiente Rash cuarenta prisioneros, y como cien soldados que se pasaron, y gran parte de los equipajes. Desde aquel momento el batallon siguió disolviéndose, y mas de doscientos hombres tornaron á las banderas independientes, dispersándose otros. López y Salgado llevaron á Aymerich poco mas de cien hombres como fruto de su pérfida traicion y de la infamia con que la ejecutaron.

Á consecuencia de este movimiento revolucionario, el gobierno de Guayaquil, siguiendo las indicaciones de Sucre, arrestó á los Españoles europeos, con el objeto de expulsarlos del país. Era este el medio seguro de evitar nuevas conspiraciones que aquellos no habrian dejado de tramar. Sin la presencia en Guayaquil de la division colombiana y de sus jefes, se habria perdido esta provincia, sin que la junta hubiera podido resistir la tempestad. Ella dictó en seguida las mas activas providencias para reclutar mil hombres, y en breve se repuso la fuerza numérica del batallon sublevado.

Empero los reclutas no eran propios para resistir á las fuerzas con que el presidente Aymerich trataba de invadir á Guayaquil. Diariamente esperaba Sucre recibir los auxilios que se le habian ofrecido de Cundinamarca, y estos no llegaban. Sin embargo, la division del general Tórres, estacionada en Popayan, se componia ya de los batallones Bogotá, Néiva, Cáuca y Paya.

Unidos á un escuadron de guias á caballo, componian cerca de mil ochocientos hombres. Creyendo Tórres que con esta division sería capaz de tomar á Pasto, donde existian pocas fuerzas veteranas, determinó hacer nuevamente aquella difícil tentativa. Pensaba llamar de este modo hácia el norte la atencion y las fuerzas del presidente Aymerich, á fin de que el general Sucre pudiera avanzar desde Guayaquil. Arrastrado Tórres por las ilusiones de tal proyecto, que no era realizable por tropas colecticias como la mayor parte de las suyas, no dirigió á Sucre todos los auxilios que habia prevenido el gobierno de la República. La expedicion que ántes hizo contra Popayan el coronel don Basilio García con tan insignificante fuerza, tuvo el objeto de impedir que se enviáran refuerzos á Guayaquil, y los realistas consiguieron perfectamente lo que deseaban: divididas las fuerzas, ni en Guayaquil se pudo formar un ejército, ni lo hubo en Popayan. Prolongóse por esta causa la guerra, y se aumentaron los sacrificios de Colombia. Otro de los motivos que excitaron al general Tórres á salir de Popayan, fué la mortandad que reinaba en aquella ciudad á causa de una fiebre maligna. Tenia diariamente bajas numerosas, y creyó que el movimiento de las marchas conservaria la salud de sus tropas. Siguió pues hácia el valle de Patía (julio 29).

El coronel Concha, gobernador de la provincia, se hallaba en Popayan, adonde habia ido desde Cali con algunos refuerzos, cuando el comandante García la invadiera. Concha abandonó la ciudad al dia siguiente de haber marchado la division; salieron tambien ciento ochenta soldados enfermos con direccion al valle del Cáuca, muchos de los cuales murieron en el camino por descuido del oficial conductor.

La guarnicion de Popayan quedó reducida á cerca de setenta hombres y algunos enfermos: mandábala el comandante Pedro Murguéitio. Sabiendo este que el teniente Castillo habia sorprendido en la Cuchilla del Tambo á treinta soldados colombianos, y que los sacrificaba inhumanamente, redobló su vigilancia. En efecto, reunidas las guerrillas de Manuel María Córdoba, Castillo y Sárria, juntaron trescientos hombres. Con ellos atacan la ciudad el 13 de agosto, á las 10 de la noche. Sucesivamente se apoderan de las calles y penetran en la Plaza Mayor, en cuyas casas se habia encerrado la corta guarnicion. Esta mantuvo un fuego bien dirigido contra los enemigos, que

sufrieron bastante. Á las tres de la mañana se retiraron, porque el teniente Castillo habia sido herido mortalmente y murió en breve. La defensa de aquella noche fué honrosa al comandante Murguéitio, á la tropa y á los vecinos de Popayan, que pelearon junto con los soldados para rechazar á los Patianos; pretendian estos apoderarse de las armas, de los fondos de la casa de moneda, y saquear la ciudad, pues el robo era el estímulo principal de su realismo.

La division de Tórres habia penetrado hasta el sitio del Puro en el valle de Patía. Era el proyecto del general pasar por el Castigo ó introducirse en la provincia ó canton de los Pástos, sin estrellarse en las formidables posiciones del Juanambú y otras que defienden la ciudad de Pasto. En los cuatro primeros dias de marcha no hubo novedad alguna; empero luego que las tropas llegaron al valle insalubre de Patía, las calenturas atacaron de nuevo y con mayor violencia á los soldados. Unida esta epidemia á la desercion, que era numerosa, y á los que mataban los guerrilleros enemigos, causaron en pocos dias una baja de trescientos cincuenta hombres. Tórres conoció, aunque tarde, por esta dolorosa experiencia que su proyecto era impracticable, y que si no regresaba á Popayan en breve perderia la mitad de su fuerza. Limitóse en consecuencia á juntar cuantos ganados y caballos pudo coger en Patía, con cuyo botin regresó á Popayan (agosto 29).

Fuera de los inconvenientes que dejamos indicados, halló Tórres otro mayor en la moral de los soldados y aun de muchos oficiales. En cualquiera marcha sobre Pasto se tenia como segura una derrota en el Juanambú, y en las demas posiciones ventajosas que brindan á cada paso sus montañas escarpadas. Algunos oficiales propalaban incautamente sus temores delante de los soldados, y estos, considerándose como víctimas destinadas al sacrificio, se desertaban por decenas y con el mayor escándalo. Hé aquí la causa principal de que en la provincia de Popayan desaparecieran en poco tiempo los mas numerosos batallones. Á veces aun se desertaban oficiales.

El general Tórres, esperando evitar la desercion y temiendo la epidemia de calenturas que todavía infestaba la ciudad, se acampó en la hacienda de Calibio, distante poco mas de una legua. Ambos males continuaron disminuyendo las fuerzas de su division.

Desengañado el gobierno de Cundinamarca de que era imposible por entónces invadir á Pasto, envió la mayor parte de las tropas de Tórres á Guayaquil por el puerto de Buenaventura. Siendo muy difíciles las subsistencias en Popayan, esta infeliz ciudad fué nuevamente abandonada á la dominacion de los Patianos. Las tropas, los empleados y la mayor parte de sus moradores emigraron al valle del Cáuca. Allí se pensaba formar un ejército capaz de libertar las provincias meridionales de Colombia.

La suerte de estas dependia en gran manera de los progresos lentos ó rápidos que hicieran en el Perú las tropas independientes que mandaba el general San Martin. Despues que el virey Pezuela habia sido privado del mando por la voluntad de los principales jefes del ejército real, don José de Laserna, que le sucediera, no pudo realizar inmediatamente el proyecto que hacía algun tiempo se meditaba de abandonar la capital de Lima y retirarse los Españoles á la cordillera, para aprovechar con facilidad los grandes recursos que aun ofrecian las provincias internas del Perú. Sin embargo, Laserna y sus consejeros no podian resolverse á abandonar en Lima á tantos empleados, comerciantes y otra multitud de personas fieles y amantes de la causa del rey, que moraban en aquella ciudad, y que no podian emigrar á la Sierra con sus numerosas familias. Temian, y con razon, que en gran parte serian sacrificados unos y perseguidos otros por los insurgentes. Ademas, era necesario proveer de vituallas al Callao, para que no se perdiera esta plaza importante, que debia quedar bien guarnecida. En dar estas providencias, y en algunos combates parciales con las tropas de San Martin y con los cuerpos francos ó montoneras que en diferentes provincias se habian formado á favor de los independientes, se pasaron los primeros cinco meses del año.

Llegó entónces á Lima don Manuel Abreu, comisionado por el gobierno constitucional de España para negociar un avenimiento con los jefes que mandaban las tropas independientes. Abreu habia hecho su viaje por tierra desde Páita, y por consiguiente se vió con San Martin, que le hizo mil atenciones, le puso guardia de honor, y trató de ganarse su voluntad con mucha destreza. Persuadióle que sería muy oportuno, para promover eficazmente un acomodamiento, que se abrieran negociaciones pacíficas.

El virey Laserna reconoció al comisionado Abreu, que parece era un hombre sin talentos, de una figura contrahecha y repugnante. No agradaba á los realistas, porque hacía elogios de San Martin, y decia que hasta entónces no se habian transigido las diferencias existentes entre Españoles y Americanos, por la terquedad y torpe manejo de los primeros.

Laserna formó una junta que él mismo presidia, á la que dió el título de *pacificadora*. En seguida se propuso á San Martin un convenio amistoso; y para negociarlo, se dieron por socios á Abreu, al subinspector de artillería don Manuel de Llano y Nájera, y al alcalde de segundo voto don Mariano Galdiano y Mendoza. Convino San Martin en abrir las negociaciones, y envió sus comisionados á Punchâuca, distante cinco leguas de Lima.

Mas de veinte dias duraron las conferencias, cuyo resultado fué ajustar un armisticio por otros veinte, el que se prolongára despues por doce mas. Empero no pudieron convenirse en resultado alguno que diera la paz al Perú. Las pretensiones mutuas de los patriotas y realistas eran inconciliables.

Propuso entónces San Martin una entrevista con el virey Laserna, en la que este convino. Túvose en el mismo lugar de Punchâuca á presencia de la junta pacificadora de una y otra parte; concurrieron San Martin y su segundo Las Héras, junto con el virey, acompañado por los generales Canterac y Monet, el brigadier García Camba y el subinspector don José Lamar.

En aquella entrevista presentó San Martin su plan de pacificacion, que desenvolvia por extenso en una Memoria. Reducíase á manifestar, — que el Perú se arruinaria prolongándose la guerra; de aquí inferia ser necesario que se acordára un medio eficaz de terminarla tan pronto como fuera posible. Este grande bien no se podia conseguir sin dar al Perú un gobierno propio é independiente de la Península. — Empero, — « estando demostrado, segun decia, por la experiencia de una revolucion de once años, que el gobierno mas adecuado á las clases, á las costumbres, á los vicios, á las preocupaciones, al carácter de las poblaciones y á la educacion del Perú, sería una Monarquía constitucional que asegurase su independencia, su libertad, su seguridad y su opulencia, era, en el concepto de S. E., la obra mas digna de los que ejercian la confianza pública, echar los cimientos de esta obra de un modo sólido y que asegurase la paz con España. »

En seguida proponia San Martin al virey que proclamára la Independencia del Perú, que se procediera á establecer una Regencia compuesta del virey, de una persona que nombrarian este y las corporaciones de la capital, junto con otra tercera, que escogeria el mismo San Martin, cuyos nombramientos se someterian á la aprobacion de los pueblos. Á la Regencia corresponderia la direccion de ambos ejércitos, así como el gobierno y administracion del país en todos sus ramos; sería tambien de su incumbencia formar una constitucion análoga á las necesidades, ilustracion y estado moral de los pueblos del Perú. Establecida la Regencia, esta debia enviar comisionados á España, cuyo objeto sería: — « informar al gobierno español de la resolucion ya tomada y de sus grandes ventajas, y solicitar que un príncipe de la dinastía reinante en España pase á esta parte de la América á ponerse á la cabeza de la Monarquía constitucional. » San Martin ofrecia ademas á Laserna que invitaria á los gobiernos de Chile y de las Provincias Unidas del Rio de la Plata para que asintieran al proyecto, y que mediaria tambien, hasta donde alcanzára su influjo, para que se adhirieran á la Monarquía del Perú y formáran una gran nacion. Añadia el general San Martin que si, establecida la Regencia, esta juzgaba conveniente que él fuera á España en asocio de los enviados, estaba pronto á acompañarlos y llenar en todas sus partes los deseos é instrucciones de la Regencia (1).

Miras profundas de política contenian las célebres proposiciones de San Martin en Punchauca. Aunque en principio creamos que en aquella época el gobierno monárquico habria sido el mas conveniente al Perú, donde existian tantos elementos, costumbres y establecimientos aristocráticos, opinamos que aun establecida la Regencia, esta no se habria podido sostener contra Chile, Buenos Aires y Colombia, países erigidos en Repúblicas. La opinion por las instituciones democráticas habria sin duda echado por tierra la incipiente Monarquía, causando nuevos trastornos y sangrientas revoluciones.

Aunque el comisionado Abreu aprobára las proposiciones de San Martin, de ningun modo merecieron la aprobacion del virey y de sus jefes consejeros. Ni en sus facultades, ni en sus hábitos de sumision, obediencia y union á la metrópoli, estaba la audaz

(1) Véase la nota 7ª.

medida de declarar independiente al Perú, y comprometerse á que viniera á reinar en la América meridional un príncipe de la casa real de España. Laserna y sus jefes desconfiaban tambien de la sinceridad de San Martin; así creyeron que este les tendia un lazo con fines siniestros.

Sin manifestar, pues, opinion acerca de las propuestas de San Martin, que dijeron iban á consultar con la diputacion provincial y con el ayuntamiento de Lima, se retiraron de las conferencias. Laserna y los jefes que le acompañaban temieron aquel dia que San Martin quisiera atentar contra sus personas, aunque ignoramos los motivos de tales sospechas.

Los jefes independientes esperaban con mucha confianza que sería aceptada su propuesta, si estaba sujeta, segun se les habia asegurado, á la sancion de la diputacion provincial y del ayuntamiento de Lima. Así fué grande su sorpresa, cuando, en vez de esto, les dirigió el virey al dia siguiente aquesta proposicion: « Que se suspendieran las hostilidades por el tiempo que se considerase necesario para el viaje de ida y vuelta á la Península; que desde el rio Chancai al norte gobernasen los independientes; que el resto del Perú fuera regido por el gobierno español; que el virey, despues de haber nombrado una junta de gobierno á este intento, se embarcase para España á instruir de estas transacciones al gobierno de la metrópoli, pudiendo el general San Martin hacer el mismo viaje en su compañía, si lo tenia por conveniente. » Estas proposiciones fueron rechazadas por San Martin, y continuaron las operaciones militares de uno y otro bando.

Era crítica la situacion del virey y de sus tropas en Lima. Los habitantes de Huarochiri, Yauyos y Jáuja, se habian sublevado y obstruido las comunicaciones de los realistas con las provincias del interior; los víveres iban escaseando diariamente en Lima, á causa del bloqueo que sufria por el norte y por el mar: esto causaba males y aumentaba el descontento de los moradores, que atribuían sus padecimientos á la permanencia en Lima del ejército real. Por otra parte, hallábase este muy deteriorado por las grandes bajas que sufria á causa de las enfermedades, especialmente de la disenteria. Tan fuertes consideraciones decidieron al virey á abandonar á Lima y á concentrar y reorganizar el ejército en las provincias internas, llevando al Cuzco el asiento del gobierno del Perú.

El 27 de junio salió el general Canterac con la primera division, compuesta de los soldados que se hallaban en mejor estado de salud. Laserna preparó en seguida todo lo necesario para la marcha de sus tropas. Anuncióla el 4 de julio por una proclama, en que daba razon de los motivos de su conducta, manifestando un grande celo por el mejor servicio de su soberano, y muy filantrópicos sentimientos. Al siguiente dia ofició á San Martin, diciéndole que el mariscal de campo marques de Montemira, hijo de Lima, quedaba encargado de conservar la tranquilidad, miéntras que el mismo San Martin dictaba las medidas convenientes para conseguir tal objeto. Recomendaba á su generosidad á mil soldados realistas que dejaba en los hospitales, y á gran número de familias que habian permanecido fieles á la causa del rey: honrosa conducta, que, segun decia, no debia atraer sobre ellas el odio é indignacion de los independientes.

Cerca de dos mil hombres dejó el virey para guarnecer al Callao, la mayor parte enfermos. Era gobernador nato de esta plaza el subinspector de infantería y caballería mariscal de campo don José Lamar. Fortaleza tan importante no tenia el abasto necesario de vituallas para sostener un largo sitio. El virey no habia podido conseguir todos los víveres que deseaba por medio de contratos con los extranjeros.

El 6 de julio abandonó el virey la ciudad de Lima, y emprendió su marcha á la cordillera. Siguió por el partido de Yauyos hácia el fértil y abundante valle de Jáuja. Parece que el general San Martin no hizo movimiento alguno para impedir ó turbar las marchas del ejército real. Este llegó á Jáuja el 4 de agosto, muy disminuido por las bajas que sufrió al montar la cordillera de los Andes, causadas por las enfermedades de pasmo y soroche (1), y por lo áspero de los caminos. Reunidos

(1) Esta es una enfermedad peculiar á los Ándes del Perú, especialmente para los que suben de los terrenos bajos y cálidos de la costa. La sutileza del aire en esta atmósfera comprime la respiracion y la pone sumamente trabajosa, redobla la palpitacion, acelera la circulacion, hace que se sufran intensos dolores de cabeza, que rebosen pronto los basos, y que algunos pacientes revienten arrojando sangre por ojos, boca y narices. Esta es una verdadera sofocacion que ataca asimismo á los animales, por poco que se les quiera forzar en sus cargas ó en sus marchas. — (Don Mariano Torrente.)

Laserna y Canterac, apénas pudieron juntar los jefes realistas cuatro mil hombres de todas armas, inclusos los convalecientes y enfermos.

Acampado en Jáuja el ejército, el virey se trasladó al Cuzco, antigua capital del Perú : allí redobla su actividad, así como sus jefes principales Canterac, Carratalá, Loriga, Valdes, Monet, Espartero y otros : ellos reorganizan, aumentan, arman y disciplinan el ejército realista; por todas partes se dan combates, ya prósperos, ya adversos, que prolongan la guerra y hacen dudosa su terminacion final.

San Martin ocupó á Lima, abandonada por los Españoles. Juróse allí la Independencia absoluta de la España en 28 de julio, y el 3 de agosto San Martin se declaró en ejercicio de la potestad suprema del Estado con el título de *Protector de la libertad del Perú.* Nombró en seguida para ministro de relaciones exteriores al Colombiano don Juan García del Rio; para marina y guerra á don Bernardo Monteagudo, natural de Buenos Aires; y para hacienda á don Hipólito Unánue, hijo del Perú. Este decreto fué seguido del célebre *Estatuto provisional* que organizaba los diferentes ramos de la administracion pública. Mas toda ella dependia de la voluntad de San Martin y de sus ministros, que no estaban contrapesados por el prestigio é influjo de un congreso de Estado que tambien creára.

Desde la ocupacion de Lima, San Martin se dedicó muy eficazmente á estrechar el sitio del Callao, de cuyo puerto necesitaba tanto la poblacion de la capital y sus alrededores. Sin embargo la empresa no era fácil, porque los independientes no poseían todos los medios necesarios para atacar y rendir una plaza fuerte.

Tales eran los progresos que hacía la causa de la Independencia al sur de Colombia. Al norte de la República eran igualmente activas y felices las operaciones militares desde que se terminára el armisticio de Trujillo. Dijimos ántes haberse fijado el 28 de abril para iniciar las hostilidades. En aquel mismo dia se movió el general Urdaneta sobre los puertos de Altagracia en la ribera oriental del lago de Maracáibo. Una co-

En los Ándes granadinos no se experimenta semejante enfermedad. Torrente opina que proviene en el Perú de las venas metálicas, especialmente del antimonio.

lumna española de ciento cincuenta hombres observaba á los patriotas; pero siempre marchó en retirada despues de sufrir algunas pérdidas. La península de Paraguaná se declaró por la Independencia, y sus habitadores corrieron á las armas para sostener su declaratoria. En consecuencia los realistas abandonaron la ciudad de Coro (mayo 11), haciendo volar ántes el almacen de pólvora. Ocupáronla en seguida las tropas republicanas, retirándose las españolas hácia la provincia de Carácas. El coronel Inchauspe y otros jefes de guerrillas se sometieron aparentemente. El general Urdaneta organizó la provincia, nombrando para su gobernador al coronel Juan Escalona, á quien dejó alguna fuerza. Hecho esto, se puso en marcha hácia Barquisimeto, á fin de unirse con el Libertador en San Cárlos. Mas apénas vieron los Corianos que podian hacerse superiores á las tropas que tenia Escalona, cuando el mismo Inchauspe, los Carreras y otros partidarios corrieron á las armas en favor de la moribunda causa de Fernando VII. Ellos obtuvieron ventajas, y la guerra continuó sus estragos en la provincia de Coro.

Tampoco estaba tranquilo el occidente de Venezuela. El coronel Carrillo batió en Carora y Touyo á várias guerrillas españolas, que desarmára en su mayor parte.

En el intermedio el Libertador, que residia en Barínas, se puso en movimiento hácia Guanare con un trozo de su ejército. Debia aguardar la caballería é infantería de Páez, que atravesó el Apure en los primeros dias de mayo. Las lluvias se atrasaron mucho en este año, y en las llanuras no habia agua ni para los caballos ni para los ganados. Este contratiempo retardó sobre manera las marchas.

Bolívar supo en Guanare que Latorre habia llegado hasta Araure, y que de allí se replegára sobre Valencia. Resolvió entónces apoderarse de San Cárlos. El general Cedeño hizo esta operacion, obligando á que se retirase un cuerpo de tropas enemigas, del que se tomaron mas de ciento cincuenta hombres en su marcha hácia Valencia, donde era la asamblea general del ejército español. Bermúdez fué quien obligó á Latorre á escoger aquella posicion.

El general Bermúdez mandaba la columna de operaciones del ejército republicano de Oriente. Debió este aumentarse con una division de infantería, con armas y municiones que el Libertador habia prevenido al general Arismendi que enviára

á Barcelona desde Margarita. No lo hizo, excusándose con la falta de recursos para levantar las tropas, y de buques de guerra para conducirlas á la Costa-Firme; el general Clemente habia seguido á Santamarta con los que existian en aquella isla.

Á pesar de esta falta y de los estragos que una epidemia de viruelas habia hecho en el ejército, Bermúdez, poniéndose á la cabeza de ochocientos infantes, emprende con audacia sus operaciones, miéntras que el general Monágas organiza la caballería del Alto-Llano, á fin de obrar de acuerdo con el general Sarasa. Bermúdez se presenta delante de Tacarigua en los valles de Barlovento, lugar que habian fortificado los Españoles: doscientos cincuenta soldados del batallon de Hostalrich abandonan aquella fuerte garganta sin disparar un tiro. Se les alcanza cerca del pueblo del Guapo y en la hacienda de Chuspita, y son batidos igualmente. Reforzados desde Carácas con quinientos hombres del batallon Valencia, toman posicion en la bajada del Rodeo, cerca de Guatire, mandados por el coronel don José María Monágas: pretenden allí, aunque en vano, detener la feliz empresa de Bermúdez y cubrir la capital. Sin embargo son derrotados con pérdida considerable, enumerándose entre los muertos el teniente coronel Albornoz, segundo comandante de Hostalrich, y sesenta y seis soldados, tomándoseles algunos prisioneros.

Aterrado el brigadier don Ramon Correa, que mandaba en Carácas, evacuó la ciudad cuando los republicanos se hallaban en Petare, á tres leguas de distancia. Retiróse el general español con los pocos restos de sus tropas hácia los valles de Aragua. En consecuencia Bermúdez ocupó la capital con setecientos hombres el 14 de mayo. Hallóla abandonada por gran parte de sus moradores: unos siguieron á Correa; embarcáronse otros en la Guáira y se fueron á Puertocabello.

Trabajó Bermúdez con la mayor actividad en reorganizar á Carácas y á la Guáira, á cuyo efecto llamó con instancia al vicepresidente de Venezuela, general Soublette, que se hallaba en Uchire, quien se traslada inmediatamente á la capital. El general republicano arma allí ochocientos hombres que agrega á su division, y marcha en pos de Correa.

Habia este reunido en el pueblo del Consejo setecientos soldados, auxiliado por los brigadieres Círes é Illas, y por los coroneles Tobar, García y otros oficiales. Bermúdez, sin embargo,

los sorprende cuando ménos lo piensan, y los derrota con la mayor facilidad, tomándoles cincuenta y ocho prisioneros, inclusos cuatro oficiales y el brigadier don Tomas de Círes. Los muertos fueron pocos de una y otra parte. Bermúdez persiguió á Correa hasta la Victoria, dispersándose toda la division española y la multitud de emigrados caraqueños que la seguian. El general republicano tomó posiciones en las alturas inmediatas al pueblo de San Mateo.

El brigadier Moráles, que mandaba la vanguardia española en Calabozo, se puso inmediatamente en marcha, luego que supo la invasion de Carácas por los independientes. Él condujo á la villa de Cura con extraordinaria rapidez un batallon de Búrgos, otro del Rey y algunos escuadrones de caballería. Reuniéronse allí los dispersos en la accion del Consejo. El general en jefe Latorre envió tambien el segundo batallon de Valencey, mandado por el coronel don José Peréira, que hizo una marcha admirable por su celeridad, y oportunamente se unió á los cuerpos de vanguardia.

Puesto Moráles á la cabeza de una division de mas de dos mil hombres de tropas excelentes, y seguro del triunfo, marcha en busca de Bermúdez. El jefe independiente se acampó en la falda del cerro elevado de las Cocuísas, tránsito preciso por donde pasa el camino que guia hácia Carácas. En aquellas lomas, especialmente en los puntos de Marques y el Limoncito, hubo un fuerte combate (mayo 24), que duró todo el dia, sin que las tropas de Moráles hubieran podido desalojar á los republicanos. Empero viendo el general Bermúdez que el enemigo, tan superior en número y en la calidad de sus fuerzas, habia de triunfar en otra accion, sobre todo porque en las filas de los patriotas escaseaban las municiones, resolvió emprender su repliegue. Hízolo, en efecto, con el mayor órden, sin que pudiera el jefe realista causar el menor daño á la division independiente.

Esta llegó á Antímano; y cuando se acercaba Moráles, siguió hácia Guarénas pasando el 26 de mayo por Carácas. El enemigo la ocupó de nuevo, y aunque temblaban sus habitantes recordando el carácter sanguinario de Moráles, él dió seguridades por sus proclamas, y parece que se manejára bien. ¡Tanto distaba el mismo hombre del vencedor de Aragua, y del asesino de millares de víctimas, como los sucesos de 1813 y 1814 de la época gloriosa de 1821.

En Carácas recibió Moráles una órden del general en jefe, para que dejase el mando al coronel Peréira con los batallones segundo de Valencey, tercero del Rey y un piquete de húsares, y que él se trasladára con Búrgos y la caballería al cuartel general de Valencia. Este movimiento se verificó inmediatamente.

Peréira con mil hombres que componian su division y varios cuerpos de milicias, persiguió á Bermúdez, fijando sus estancias en Guarénas; el jefe independiente las tenia en el Rodeo. Incorporóse allí el 30 de mayo el general Arismendi con cuatrocientos infantes que traía de Barcelona: hizo lo mismo el coronel Avendaño, que se habia retirado de la Guáira con trescientos soldados, y el coronel Macero con quinientos que conducia de los valles del Tuy. Con tales refuerzos Bermúdez se halló en aptitud de tomar la ofensiva.

El primer paso que diera fué destacar al coronel Macero con mas de quinientos hombres de infantería y caballería, á fin de que batiese un cuerpo enemigo que, á las órdenes del teniente coronel don Ramon Avoy, se habia adelantado hasta el pueblo de Aragüita. Pero contra todas las probabilidades Macero es derrotado en el punto del Rincon, cerca de Santa Lucía, perdiendo mas de trescientos infantes. Allí fué herido Avoy, y en su lugar se hizo cargo del mando el teniente coronel don Lúcas González, á quien el coronel Peréira envió un auxilio de quinientos hombres. Reforzando aquella columna pretendia que atacára por el flanco izquierdo la posicion ocupada por Bermúdez en el Rodeo, miéntras el mismo Peréira la amenazaba por el frente.

La derrota de Macero fué una grande y sensible pérdida en aquellas circunstancias; empero no desalentó al audaz y valiente general Bermúdez: él, auxiliado eficazmente por el vicepresidente de Venezuela, recibió nuevos refuerzos y se puso en marcha contra el enemigo, que se hallaba situado en Santa Lucía. Atacóle allí en las fuertes posiciones del cerro de Macuto, y despues de un reñido combate, Peréira fué derrotado el 15 de junio con daño considerable. Contóse entre los muertos al teniente coronel don Lúcas González, perdiendo ademas los realistas varios oficiales y cien hombres entre muertos y heridos, tomándole trescientos fusiles. La pérdida de Bermúdez fué casi doble por el valor y denuedo con que pelearon los Españoles.

El coronel Peréira no era hombre que se desalentaba por los

reveses. Así, reuniendo los dispersos, defiende el terreno cuanto le es posible. Una partida suya bate en el sitio de Dos-Caminos al coronel independiente Cora: contraste que detiene á los patriotas victoriosos. Sigue entónces á cubrir la capital y toma posiciones en el cerro del Calvario al occidente de la ciudad.

Bermúdez, que mandaba ya una division mas numerosa, se avanzó á darle batalla, creyendo segura la victoria. Una columna de infantería del batallon lijero de Orinoco marchó hácia la derecha por la calle de San Juan, y otra á la izquierda por la de Faltriquera. Ambas fueron batidas por los valientes soldados de Peréira. Bermúdez pretendió contener el desórden colocando un batallon de reserva en la calle de la Candelaria, el que debia tambien oponerse á la persecucion de los realistas; pero teniendo poca disciplina, se desordena igualmente y se dispersa. El enemigo consiguió un triunfo completo, pues la division republicana, que ascendia á mil doscientos hombres, desapareció casi enteramente por los muertos, prisioneros y dispersos que tuvo, perdiendo su artillería, armamento y municiones. El jefe republicano apénas salva cosa de ciento cincuenta hombres, con los cuales se retira hasta Riochico, abandonando todo el país que habia libertado con tanta gloria como atrevimiento y pericia militar. Á pesar de aquella desgracia, Bermúdez hizo á la causa de la Independencia, en esta campaña, uno de los mas distinguidos servicios de su vida. Los cuerpos de tropas que batiera su division, y los que detuvo en las cercanías de Carácas, fueron otras tantas pérdidas sensibles que sufriera el ejército español, regido por el general Latorre. Oponíase este al principal de los independientes, á cuya cabeza estaba el Libertador.

Hallábase el cuartel general de Bolívar en San Cárlos desde los primeros dias de junio. Era esta una posicion central, adonde fácilmente podian llegar los diferentes trozos de su ejército que obraban sobre Coro y Barquisimeto, y el que iba de Apure. Desde allí dió una proclama á los habitantes de la provincia de Carácas, excitándolos á que no emigráran ni abandonáran sus casas y familias al acercarse las tropas republicanas. El Libertador habia sentido, y tenia como un agravio hecho á sus banderas, la emigracion casi general que hubo en Carácas cuando la ocupó Bermúdez: suceso que se habia repetido en otras várias poblaciones. Esta emigracion puede atribuirse en

gran parte, no á odio que los habitantes de la provincia de Carácas tuvieran á sus compatriotas, sino al terror que les inspiraban los Españoles, cuya indignacion temian si triunfaban estos en la contienda que aun se hallaba indecisa. Provenia igualmente de que en el territorio dominado por los Españoles tanto tiempo, habia muchos enemigos de la Independencia adictos á la metrópoli.

Tuvo acaso este mismo orígen la dificultad que experimentaban los patriotas para hallar espías que penetrasen en el país enemigo. En mas de dos meses que duraron las operaciones de Bermúdez desde Tacarigua hasta los valles de Aragua, no pudo averiguar dónde se hallaba el ejército del Libertador, y aun se pretendió hacerle creer que habia sufrido una derrota. Bolívar tampoco supo en San Cárlos sino confusamente las bellas acciones del general Bermúdez.

Añadíase á esta incertidumbre la demora que sufrian para reunírsele las várias divisiones de su ejército. Páez fué el primero que llegó á principio de junio á la cabeza de mil jinetes, lo mas selecto de los valientes de Apure. Dos dias despues arribaron las demas tropas de su hermosa y aguerrida division. El general Urdaneta llegó el último: habíase detenido en Coro mas de lo que se esperaba, tanto por las guerrillas que infestaban aquella provincia, como por la distancia que le separaba del cuartel general. Las columnas de los coroneles Carrillo y Réyes Várgas habian tomado la ruta de San Felipe, persiguiendo á la guarnicion que se habia retirado de Barquisimeto. El coronel español don Manuel Lorenzo, que estaba á su cabeza, pidió auxilios al general Latorre para destruir aquellas columnas, que le amenazaban de cerca. Este envió los batallones primero de Navarra, el de Barínas y un escuadron de caballería á las órdenes del coronel Tello, dos dias ántes de ser atacado en su cuartel general. Esta operacion ha sido muy censurada á Latorre, y con justicia. Las combinaciones del Libertador privaron al enemigo en el campo de Carabobo de cuatro excelentes batallones de infantería y de dos escuadrones de caballería, destacados á las órdenes de los coroneles Peréira y Tello; por su falta perdió el jefe español la superioridad que habia obtenido.

Eran los primeros dias de junio, y ya se hallaba acampado Latorre en la hermosa llanura de Carabobo, célebre desde 1814 por la derrota de otro ejército español. Podia obrar en ella la

caballería realista, y los republicanos tenian que penetrar por desfiladeros y cañadas difíciles de vencer.

El 20 de junio Bolívar se movió de San Cárlos, con seis mil hombres de infantería y caballería. El ejército español constaba de cinco batallones de infantería, alguna artillería y una caballería numerosa; el todo igual ó poco menor al republicano.

Bolívar consiguió por medio de la sorpresa de un destacamento que los realistas abandonáran el inaccesible desfiladero de Buenavista, del que se apoderó su vanguardia al amanecer del 24 de junio. Desde allí descubrió al ejército español formado para dar la batalla. Ocupaba el frente de la sabána de Carabobo, en las cercanías de la quebrada del Loro. El batallon primero de Valencey se hallaba situado sobre el camino real de Valencia á San Cárlos con dos piezas de artillería de campaña, Hostalrich estaba á la derecha, y Barbastro en el centro. El batallon del Infante ocupaba la izquierda de esta línea, un poco á la retaguardia, por donde cruza el camino del Pao. Búrgos componia la reserva, y se le apostó sobre la ruta principal. La caballería se habia formado al terminar la sabána, y todos estos cuerpos se podian sostener mutuamente.

El camino estrecho que seguia el Libertador le obligaba á que desfiláran sus diferentes cuerpos, y el enemigo no solamente defendia la sabána alta que ocupaba, sino que dominaba perfectamente el desfiladero con su artillería, y tambien con una columna de infantería que cubria su salida, y dos que la flanqueaban por ambos lados. Reconocida la posicion, halló Bolívar que no se podia forzar. Observando entónces que el ejército español, segun su formacion, no aguardaba el ataque sino por el camino principal de San Cárlos, ó por el del Pao, que salia á su izquierda, dispuso flanquearlo por la derecha, que parecia mas débil. Un claro que tenia el bosque, hácia la pica ó senda de la Mona, permitia este movimiento. Ejecutólo á las once de la mañana con la mayor celeridad, y despreciando los fuegos de la artillería enemiga, el general Páez, que mandaba la primera division. Latorre, que lo observaba, poniéndose á la cabeza de Búrgos, corre á oponerse. Los cuerpos independientes tenian que desfilar segunda vez para atravesar un riachuelo que separaba la colina en que habia desplegado su ejército de la que dominaba el enemigo, llamada de la Mona. Siendo plana la cumbre de esta, los Españoles tenian la ventaja de moverse

fácilmente para ocurrir á todas partes. Así fué que Búrgos, y poco despues Hostalrich, Barbastro y el Príncipe, llegaron á tiempo que el batallon Apure comenzaba á pasar el desfiladero. Rompióse allí un fuego muy vivo de infantería. Cargado Apure por enemigos superiores, tuvo que ceder; y ya plegaba cuando llegó en su auxilio el batallon Británico, mandado por el coronel Farrier. La firmeza de este cuerpo en sufrir los fuegos enemigos hasta que se formára y la intrepidez con que atacó á la bayoneta, sostenido por el batallon Apure, que se habia rehecho, y por dos compañías de tiradores dirigidas por el comandante Héras, restablecieron la batalla, y el enemigo principió á ceder. Al mismo tiempo un escuadron de la guardia de honor de Páez, todo compuesto de sus mas valientes soldados, y su estado mayor, corrieron por el flanco derecho de los realistas y se presentaron en la sabána. Entónces el enemigo fué desalojado de la altura y se retiró, aunque sin acallar sus fuegos.

El ejército republicano pasaba rápidamente el desfiladero por dos estrechas sendas, y los Españoles, aunque desalojados de su primera posicion, habian podido rehacerse. Sus jefes procuraron aprovechar aquel momento para dar una nueva carga con sus escuadrones de caballería, de húsares de Fernando VII y de carabineros. Cerca de cien hombres del primer escuadron del regimiento de honor de Páez, que mandaba el comandante Muñoz, y su estado mayor, son bastantes para ahuyentar esta columna de caballería, cuyos jinetes pierden su formacion, se arremolinan y desaparecen del campo. La línea realista sufre entónces la mayor confusion: desordénase, y huyen sus batallones perseguidos y destrozados por la caballería de Páez, que sucesivamente iba pasando el desfiladero. Los cuerpos enemigos, ó eran hechos prisioneros, ó perecian lanceados; otros se dispersaban por los bosques inmediatos, sin que los esfuerzos del general Latorre y de sus demas jefes pudieran contenerlos.

El batallon primero de Valencey, mandado por su coronel don Tomas García, no habia entrado en accion y permanecia cubriendo el camino principal de San Cárlos, donde se le colocára desde el principio con dos piezas de campaña. Viendo aquel jefe que toda su retaguardia estaba cubierta de caballería enemiga y de dispersos, emprende retirarse. La caballería independiente procura detenerle miéntras llega la infantería; empero no lo consigue, y Valencey continúa su retirada. Habiéndose

encontrado con doscientos cincuenta caballos realistas que todavía conservaban su formacion, pretendió el coronel García dar una carga á los escuadrones republicanos que le perseguian. Aquel trozo de caballería se intimidó al ver enristradas las formidables lanzas del Apure, y dispersándose buscó su salvacion en la fuga. Á pesar de esto, abandonado Valencey á su suerte, siguió retirándose con denuedo é impavidez. Se le dieron repetidas cargas de caballería que costaron al batallon algunos hombres; mas fueron harto funestas á la oficialidad del ejército republicano, que se empeñó temerariamente en destruir dicho cuerpo. Como nuestra infantería se hallaba estropeada por dilatadas marchas, no podia seguir el paso de trote que llevaba el enemigo. Ya este solo distaba una legua de Valencia, despues de haberse defendido valerosamente por el espacio de seis leguas, cuando el Libertador, empeñado en destruirlo, hizo que montáran á caballo los batallones Rifles y Granaderos de la Guardia, y que á galope alcanzáran á Valencey. Al entrar en Valencia fué atacado; empero guarecido con las tapias de los solares, aunque perdió las dos piezas de artillería, pudo evitar su ruina total, llegando á las diez de la noche al pié de la cordillera de Puertocabello, donde se reuniera con Latorre, llevando aun la fuerza de novecientos hombres. Cubrióse este cuerpo de gloria por tan hermosa retirada. Allí permaneció hasta el amanecer, reuniendo los dispersos con el general en jefe y su plana mayor; en seguida se dirigieron á Puertocabello. Estas columnas junto con las del coronel Tello y de Lorenzo fueron las tropas que se salvaron del ejército expedicionario de Costa-Firme, despues de la derrota de Carabobo.

La pérdida del ejército libertador apénas alcanzó á doscientos hombres entre muertos y heridos; pero fué muy sensible. Pereció el bravo general Cedeño, que mandaba la segunda division, quien por tener parte en la batalla, se precipitó casi solo sobre una masa de infantería española. Lo mismo sucedió al coronel Ambrosio Plaza, comandante de la tercera division: empeñóse en destruir á Valencey, del que recibió una herida mortal: tuvo igual suerte el comandante de caballería Mellao, distinguido entre los valientes.

El ejército español sufrió una pérdida considerable de muertos, prisioneros y dispersos. Casi toda la caballería del país tomó el camino del Pao hácia los Llanos, donde se dispersára.

De seis mil hombres se salvaron en Puertocabello poco mas de cuatro mil. Exceptuando á Valencey, la celebrada infantería de Costa-Firme peleó con flojedad en la llanura de Carabobo. La caballería realista tampoco supo conservar allí el lustre de su nombre.

Solamente la division de Páez, compuesta de dos batallones de infantería y mil quinientos jinetes, de los cuales pudieron combatir bien pocos, bastaron para derrotar al ejército español en tres cuartos de hora. Si todo el independiente hubiera podido obrar en aquella célebre jornada, apénas habrian escapado algunos enemigos. Sellóse en Carabobo la Independencia de Colombia. El valor indomable, la actividad é intrepidez del general Páez contribuyeron sobre manera á la consecucion de triunfo tan espléndido.

El coronel Tello supo inmediatamente la desgracia de las armas españolas, y se dirigió sin tardanza á Puertocabello con la fuerte columna que mandaba. No pudo alcanzarle el teniente coronel Héras, á quien el Libertador envió desde el Tinaquillo con tres batallones á perseguirle.

En Valencia dispuso Bolívar que el coronel Ranjel siguiera hácia Puertocabello á establecer una línea de simple bloqueo. Otros cuerpos marcharon á Calabozo y al Pao, con el objeto de perseguir á los dispersos, ó impedirles que formáran reuniones. Reorganizado el ejército y dadas otras várias providencias, el Libertador siguió á Carácas con tres batallones de infantería y el regimiento de caballería de la guardia de honor de Páez. Era su objeto ponerse á la espalda de la division realista con que el coronel Peréira habia derrotado á Bermúdez en el Calvario, la que juzgaba estaria en los valles del Tuy.

Todavía se hallaba Peréira celebrando en Carácas esta victoria, cuando supo el desastre de Carabobo. En el momento conoció cuán crítica era su posicion. En la Guáira no existia un solo buque para conducir sus tropas, pues á consecuencia de la derrota que anteriormente habia sufrido en Macuto ó Santa Lucía, la ciudad habia sido abandonada. Determinóse en junta de guerra evacuarla, embarcándose una emigracion numerosa de Carácas y la Guáira en setenta y dos buques mercantes que se hallaban surtos en el puerto : todos siguieron á Puertocabello, convoyados por una fragata española.

En tan apuradas circunstancias, el coronel Peréira determina

seguir á los Llanos de Carácas, con el objeto de incorporarse con la caballería que huyó del campo de Carabobo y continuar la guerra. Ya estaba en el pueblo del Valle, á média legua de la capital, cuando recibe órdenes del general en jefe para que se dirija á Puertocabello por la costa. Obedeciéndolas, Peréira pasa á la Guáira con su division, y desde allí sigue á Carayaca, buscando un camino por la costa de Sotavento. Mas no habiéndolo encontrado, emprendió su retirada por los altos montes que separan la costa de los valles de Aragua. Fuéle imposible abrirse paso por aquellos bosques impenetrables. Así tuvo que abandonar su empresa despues de haber sufrido grandes fatigas y privaciones, regresando nuevamente á la Guáira.

Bolívar habia entrado en Carácas (junio 29), acompañándole solamente su estado mayor y el de la division de Páez. La ciudad aparecia casi desierta por las emigraciones y por el temor que tenian sus habitadores, ya á los patriotas, ya á los Españoles. Sin embargo, á pocos momentos de haberse anunciado que iba á entrar Bolívar, todo cambia de aspecto. Los patriotas abandonan sus retiros, y los pocos moradores que habia en Carácas reciben á su Libertador con entusiasmo y alegría. Todos respiran el mas puro contento, al ver asegurada la independencia y libertad de su querida patria.

Uno de los primeros pasos de Bolívar fué enviar hácia Riochico en solicitud del vicepresidente de Venezuela general Soublette, para que fuese á reorganizar el gobierno de la capital y de la provincia de Carácas, que tanto lo necesitaban. Era necesario proveer inmediatamente á las urgentes demandas del ejército y de la administracion desordenada en todos sus ramos.

Apénas habia dado el Libertador tales disposiciones, supo que Peréira habia regresado á la Guáira con su division. Ofició le pues, excitándolo á que admitiera una capitulacion honrosa, y manifestándole los sentimientos de filantropía y liberalidad que animaban al gobierno de la República. Peréira contestó que ni su honor ni el de las armas españolas le permitian capitular sin combatir; pero que fuese un oficial con las bases de la capitulacion para meditarlas, y ver si se daban garantías á todos los que le acompañaban. Bolívar envió dichas bases, que fueron modificadas por el jefe español, á quien se concedieron todas sus demandas. Eran los principales artículos de la capitulacion acordada en 3 de julio: primero, que á los jefes y oficiales

se les permitiera embarcarse con sus armas y demas efectos que les pertenecieran, bajo la condicion de no servir contra Colombia miéntras no fueran canjeados; segundo, que lo mismo se otorgára á los soldados españoles que llevarian sus armas y municiones, pero los individuos que lo quisieran tendrian facultad de establecerse en el país; tercero, que respecto de la tropa española-americana, se consultára su voluntad, á fin de que todos aquellos que escogieran irse á Puertocabello pudieran verificarlo, llevando sus armas y municiones, y que se concediera alistarse al servicio de la República á los que voluntariamente lo pidieran; cuarto, en fin, que se entregáran las fornituras y cuantas propiedades existiesen en la division, pertenecientes al gobierno español.

Convenidas estas bases por medio del teniente coronel Diego Ibarra, edecan del Libertador, fué adonde este se hallaba el teniente coronel Somoza, comandante de húsares, á quien Peréira comisionára para acordar el modo de cumplir la capitulacion. Llevaba igualmente el encargo de suplicar á Bolívar que intercediera con el almirante frances Jurieu, que se hallaba en el puerto de la Guáira, para que admitiese á bordo de su escuadra y trasladára á Puertocabello á los jefes, oficiales y tropa que hubiesen de salir conforme lo estipulado. Ántes habia Peréira solicitado dicha translacion para libertarse de caer en manos de los patriotas; pero el almirante se denegó, por ser un acto contrario á la neutralidad que observaba la Francia.

El Libertador envió al capitan Anacleto Clemente á cumplimentar al jefe de la escuadra francesa, y á darle gracias por su justa conducta : al mismo tiempo le rogó concediera pasaje á bordo de sus buques á los jefes, oficiales y tropa realistas.

De setecientos hombres que tenia Peréira, doscientos le siguieron, y el resto escogió alistarse en las banderas de la República. El coronel Peréira, uno de los mas valientes jefes del ejército español de Costa-Firme, manifestó en esta ocasion la mejor buena fe, un carácter inflexible y un celo sin igual por la causa de su nacion y por el honor de sus armas. Á estas brillantes calidades debe atribuirse la condescendencia del Libertador en concederle tan honrosa capitulacion, como justo premio del valor y del mérito. Á pocos dias de su arribo á Puertocabello, murió Peréira de una fiebre causada por las fatigas y penalidades de la campaña.

Habiendo capitulado la valiente division de Peréira, todo plegó en Venezuela á las armas libertadoras. Solamente quedaban á los Españoles las plazas de Cumaná y Puertocabello. Esta, defendida por buenas fortificaciones y por cosa de cuatro mil doscientos veteranos, restos del ejército expedicionario de Costa-Firme, era una conquista bien difícil para los independientes. Esperando que acumulados tantos hombres en un estrecho y malsano recinto habria entre ellos una grande mortalidad, el Libertador confió al tiempo la rendicion de esta plaza importante, limitando sus esfuerzos á bloquearla.

A Cumaná envió al general Bermúdez con fuerzas bastantes para estrechar el sitio hasta rendir la ciudad.

El vicepresidente de Venezuela organizaba de acuerdo con el Libertador el gobierno del país recien libertado. Por un decreto se restableció en Carácas la capital de Venezuela, que hasta entónces habia sido la ciudad de Angostura; fijóse en ella la residencia de los tribunales y demas autoridades superiores, y en el puerto de la Guáira la corte de almirantazgo que residia en Margarita. Ofrecióse á los Españoles europeos y á los desafectos que se hallaban ocultos su pasaporte para salir del país con sus familias y caudales, facultándoles para disponer libremente de sus bienes raíces. Desde ántes habian salido muchos para las colonias extranjeras, por odio á la Independencia y porque temian que Bolívar no observára el tratado de Trujillo, que regularizó la guerra. Por otro decreto del vicepresidente se disolvió el cabildo español, mandándose proceder al nombramiento de otro, compuesto de patriotas conocidos. Bolívar ademas dividió el territorio de Venezuela en tres distritos militares. Componíase el primero de las provincias de Carácas y Barínas, que encomendó á Páez; el segundo de Barcelona, Margarita, Cumaná y Guayana, presidido por Bermúdez; y el tercero de Coro, Mérida y Trujillo, que puso á las órdenes de Mariño.

Practicados tales arreglos, el Libertador salió de Carácas (agosto 1°), con direccion al occidente de Venezuela. Precediéronle ó siguieron su viaje varios cuerpos del ejército que habia triunfado en Carabobo, destinados á la guerra que meditaba en el sur de Colombia.

Estos cuerpos debian restablecer de paso la tranquilidad de Coro, alterada desde que el general Urdaneta hizo por ella un

paseo militar en camino para San Cárlos. Ofrecióle entónces el teniente coronel don Pedro Luis Inchauspe, comandante que era del Pedregal, disolver una partida que le obedecia, presentándose despues en Coro á reconocer al gobierno de la República. Empero no cumplió su promesa, y ademas levantó gentes, asesinó oficiales y aun vecinos del Pedregal y de Mitare, encendiendo de nuevo la guerra civil. El gobernador Escalona, que carecia de fuerzas, no pudo reprimir esta insurreccion, ni defender la capital de la provincia.

En breve los Corianos, enemigos casi todos de los independientes, corrieron á las armas. El gobernador se vió en consecuencia obligado á retirarse al puerto de Cumarebo, donde fué atacado el 11 de julio por ochocientos enemigos. Batiólos completamente aquel dia; mas careciendo de municiones, no pudo perseguir á Inchauspe, que se apoderó en seguida de la península de Paraguaná. Desde allí pidió auxilio al capitan general Latorre.

Es ya tiempo de referir las operaciones de este despues que perdió la batalla de Carabobo.

Habian acabado de encerrarse en Puertocabello los restos del ejército expedicionario, cuando arribó á la misma plaza en los primeros dias de julio el general Juan de la Cruz Mourgeon. Le enviaba el gobierno español con el título de *virey de Santafé*, que debia adoptar luego que hubiera reconquistado las dos terceras partes del Nuevo Reino de Granada. Entretanto se denominaria *capitan general y presidente de Quito.*

Mourgeon llegó á la Costa-Firme en compañía de don Juan Odonojú, virey nombrado para Méjico, conducidos ambos en el navío español *Asia*. Traía el primero órdenes para que Latorre le diera auxilios; pero derrotado este en Carabobo, solamente le pudo franquear la compañía de cazadores del regimiento de Leon, que correspondia al ejército del Nuevo Reino de Granada, y algunos oficiales, sarjentos y cabos. Con tan pequeñas fuerzas, unidas á unos pocos oficiales y soldados del batallon Tiradores, que habia traido de Cádiz, resolvió Mourgeon, aun contra el dictámen de una junta de guerra tenida en Puertocabello, seguir al istmo de Panamá. Habiéndole franqueado Latorre el bergantin *Hiena*, que le convoyára, se hizo á la vela para su destino. Arribó á Kingston de Jamáica con el objeto de adquirir noticias acerca del estado político y militar del vireinato: ha-

llándolas poco favorables, continuó su rumbo hácia el puerto de Chágres, adonde llegó el 2 de agosto con ménos de cuatrocientos hombres inficionados por la fiebre amarilla. Trasladóse de allí á Panamá, y comenzó á trabajar con grande actividad en reunir una expedicion para dirigirse á Quito.

Anuncióse al principio la que sacó Mourgeon de Puertocabello, como fuerte y capaz de emprender operaciones militares en las costas de Colombia. En Riohacha, Santamarta y Cartagena se la esperaba, y habrian sido destruidas sus fuerzas si arriba á cualquiera de estos puertos.

Luego que el general Latôrre auxilió á Mourgeon, aunque débilmente, se dedicó á extender la línea de fortificaciones de la plaza de Puertocabello, con el objeto de que sus tropas y el vecindario tuvieran mayor desahogo. Dispuso igualmente encerrar con la nueva línea el desembocadero del rio, á fin de que nunca faltára el agua: privacion que tanto habia molestado en otros sitios.

Á pesar de tan acertadas providencias, no podia evitar Latorre los efectos, siempre funestos, de que tropas numerosas se halláran encerradas en una ciudad de clima ardiente, de estrecho recinto y de alrededores insalubres. Sufria bajas considerables; y para evitarlas, resolvió hacer algunas salidas.

Afortunadamente en aquellos mismos dias tuvo noticia de la insurreccion de Coro á favor del rey, promovida por el teniente coronel Inchauspe, quien le pedia socorros. Inmediatamente le envió al coronel Tello á la cabeza de quinientos buenos soldados.

Determinó tambien que salieran algunos jefes y oficiales realistas, de aquellos valientes llaneros que habian permanecido fieles á la causa de la metrópoli. Lanzáronse primero, fuera del recinto de la plaza, el coronel José Alejo Mirabal y los comandantes Moráles, Illaramendi y otros, que se dirigieron á los Llanos del Pao, con el objeto de levantar partidas de guerrillas é insurreccionar el país. Perseguidos activamente, Alejo tuvo que entregarse al jefe político de aquella villa. Fué enviado á San Cárlos, y en camino para Valencia se supo que obraba con doblez, por una carta que se aprehendió á un espía que Mirabal enviaba al brigadier Moráles. Custodiado entónces con mayor vigilancia, pretendió escaparse, en cuyo acto le quitó la vida un centinela. Su muerte y la presentacion de algunos

compañeros suyos á las autoridades colombianas, libertaron á la República de muchos males que pudieron haberle causado aquellos denodados realistas.

Con igual objeto que á estos envió Latorre hácia el interior de Venezuela al célebre coronel de caballería don Antonio Rámos, asociado á los comandantes Arroyo, Martínez y otros, hasta el número de sesenta, todos llaneros valientes y que gozaban de influjo entre sus antiguos compañeros de armas: iban á las llanuras del partido de Calabozo á encender y fomentar la terrible guerra de partidas ó cuerpos francos. Rámos, que era el de mas influjo, reunió algunos hombres, con los cuales pretendia apoderarse de Calabozo, donde se hallaba el coronel Júdas Tadeo Piñango. Empero fué rechazado y perseguido vivamente. Vióse entónces en la necesidad de presentarse al comandante de Calabozo con todos los que le seguian. Protestó que siempre habia sido su ánimo unirse al ejército libertador en que pidió servicio, haciendo las protestas mas solemnes de fidelidad y adhesion á la República. En efecto fué admitido, conservándole su mismo empleo de coronel.

Á la sazon habia llegado á Coro el auxilio á cuya cabeza estaba el coronel Tello. Este llevó á Inchauspe el despacho de coronel al servicio de la España y el título de gobernador de la provincia. Con tal refuerzo los dos jefes consiguieron reunir dos mil realistas para atacar á Escalona en Cumarebo. Á pesar de las débiles fuerzas que mandaba, consiguió batir á los enemigos en 8 de agosto, causándoles una pérdida considerable: ventajas que dieron á Escalona una justa fama de valiente. A consecuencia de aquel descalabro, el coronel Tello se vió en la necesidad de regresar por tierra á Puertocabello con los pocos restos que salvó de su columna. El coronel Inchauspe y otros oficiales realistas capitularon en el Pedregal, alistándose en las banderas de la República, á la que desde entónces sirvieron fielmente. Lo mismo hicieron en Alta-Gracia el teniente coronel Fárias y algunos compañeros. Mas la tranquilidad no se restableció en Coro; la mayor parte de sus habitantes eran realistas decididos, y hubo otros jefes que los capitanearon para hacer una cruda guerra á la República.

En la provincia de Carácas habian cesado los cuidados que dieron los jefes y oficiales realistas salidos de Puertocabello; mas principiaba á sufrir los males que causára despues la fac-

cion de los Güires (1). Componíase de partidas de guerrillas que se habian formado de varios fugitivos escapados del campo de Carabobo, y de otros malvados realistas que se les agregaron despues. Sus jefes principales eran los mulatos Centeno y Doroteo, comandantes de escuadron desde el tiempo de Bóves, y Ramírez, comandante de Oritico; todos dignos compañeros de aquel asesino. Desde sus retiros, conocidos solamente por unos pocos de su faccion, caían sobre las poblaciones indefensas, degollaban y robaban á sus habitadores. Entónces volvian con los despojos á sus ocultas guaridas, donde vivieron semejantes á las fieras mas indomables, aquejando por mucho tiempo á las poblaciones de los contornos.

Juan Dionisio Cisnéros, natural de Baruta, soldado de la division de Peréira y arriero de profesion, fué otro jefe de guerrilla que á nombre del rey se dió á conocer desde aquellos dias por su ferocidad, y á quien nunca se pudo destruir. Él obraba en los pueblos inmediatos á Carácas y al sudeste de la ciudad: muchas veces combinó sus operaciones de latrocinio, de asesinato y de crueldades con los facciosos de los Güires.

Casi en los mismos dias que el general Latorre dispuso que salieran de Puertocabello los jefes y oficiales mencionados, determinó hacer en 22 de agosto una salida con todos los cuerpos que defendian la plaza. Destinó al coronel don Tomas García á la cabeza del batallon Valencey á ocupar la cumbre de Puertocabello; el primer batallon de Navarra se encaminó sobre Burburata, con órdenes de caer por un antiguo camino del bosque á retaguardia del punto de la Cumbre, cuando fuera atacado por García. El jefe de la primera division española don Juan Sanjust recibió el encargo de invadir la posicion de Vijirima á la cabeza del batallon de Hostalrich y algunas milicias. Esta expedicion, que se componia de tropas excelentes y numerosas, nada hizo despues de una combinacion tan fastuosa. Las diferentes columnas no llegaron al tiempo designado á los puntos que debian ocupar, ó trabaron combates insignificantes; viéronse al fin compelidas á emprender su retirada, porque se reunieron fuerzas colombianas superiores en número; marcharon

(1) Estas montañas inaccesibles yacen á cincuenta y cinco leguas al sudeste de Carácas en la cordillera de la costa, y en sus alrededores tienen poblaciones al norte y al sur de ellas. Son despobladas en el centro.

estas aceleradamente de Valencia y Maracáibo á las órdenes del coronel Manuel Manrique, jefe de la línea establecida contra Puertocabello. Los realistas se retiraron con tanta precipitacion, que dejaron abandonadas en el camino de Aguacaliente dos compañías. Perdiéronlas casi enteras, pues muy pocos pudieron escapar favorecidos por las sombras de la noche; algunos soldados y aun oficiales españoles se presentaron entónces á tomar partido con los republicanos.

Al tiempo que la Independencia de Colombia daba pasos de gigante conducida por los talentos de Bolívar, los representantes de los pueblos, protegidos por las armas y la gloria del ejército libertador, se ocupaban tranquilamente en acordar leyes é instituciones para tan vasta y jóven República. Á fin de narrar el modo y términos con que lo hicieron, volverémos un poco hácia atras.

Dijimos anteriormente que cuando el Libertador regresó de Bogotá á Venezuela en el mes de febrero de este año, previno que marcháran inmediatamente á la villa del Rosario de Cúcuta los representantes que habian sido nombrados para el congreso general de Colombia, como en efecto lo verificaron. Bolívar se detuvo en Cúcuta con el designio de instalar el congreso; mas no pudo realizar sus deseos, porque no habia el número suficiente de diputados. Enfermóse entre tanto el vicepresidente de Colombia doctor Roscio, y murió en 13 de marzo. Conforme á un decreto del Libertador, el doctor Luis Eduardo Azuola, secretario de hacienda que era entónces, entró á desempeñar la vicepresidencia de la República, y encargó el despacho de la secretaría al doctor Alejandro Osorio, miéntras duraba la ausencia del señor Pedro Gual.

El Libertador supo en Achágnas la muerte de Roscio, adonde habia ido á reconocer los acantonamientos de su ejército. Hallábase por casualidad en esta villa el célebre Nariño, que se habia escapado de España y regresaba por Angostura y los Llanos de Apure á Bogotá, su patria. Él fué nombrado por Bolívar en 4 de abril vicepresidente interino de Colombia, hasta que reunido el congreso eligiera este el propietario. Entre tanto Azuola murió tambien en el Rosario de Cúcuta el 13 de abril, quedando nuevamente acéfalo el poder ejecutivo, miéntras Nariño estaba en camino.

Cuando ocurrió la muerte de Azuola, ya faltaban pocos dipu-

tados para completar el número con que debia instalarse el congreso. Empero no habia poder ejecutivo que presidiera la instalacion. Bolívar se hallaba en las llanuras de oriente, haciendo los preparativos para comenzar de nuevo las hostilidades contra los Españoles, y los diputados ignoraron por algun tiempo el nombramiento de vicepresidente; hubo, pues, momentos en que se apoderó de muchos la desesperacion. Habia quienes pretendieran que el congreso mismo ó la reunion de diputados se instalára sin que interviniera el poder ejecutivo. Fundábanse en que este los tenia olvidados, supuesto que no enviaba quién presidiera la instalacion del congreso, y en que no dictaba providencia alguna para ocurrir á la subsistencia de los representantes de los pueblos, algunos de los cuales sufrian escasez y miseria; otros opinaban que cada uno volviera á su casa; otros, en fin, y estos formaban la mayoría, mas sufridos y patriotas, persuadian constantemente á sus compañeros que tuvieran paciencia por algunos dias. Hallábanse íntimamente persuadidos de que si el congreso de Colombia no se realizaba en aquella época, sería muy difícil que volvieran á reunirse diputados de tan remotas provincias. Entónces continuarian los pueblos regidos por el gobierno puramente militar que existia: desgracia que aterraba á los verdaderos amigos de la libertad de su patria (1). Con estos discursos consiguieron aquietar la impaciencia de los otros representantes, é hicieron un servicio muy distinguido á la República.

En medio de la ansiedad penosa en que se hallaban los diputados, se apareció de repente en Cúcuta el general Nariño en los dias últimos de abril. Aun se presentaron algunas dificultades para la instalacion del congreso: fué la principal que solo habia reunidos cincuenta y siete diputados, siendo noventa y cinco los que debian haber elegido las diez y nueve provincias libres; faltaban algunos para completar los dos tercios del número total. Sin embargo, despues de una séria meditacion y consultas, el vicepresidente convino en que se instalára con los cincuenta y siete representantes. Fundóse en que era imposible que en aquellas circunstancias pudiera reunirse mayor número de diputados, y que el poder ejecutivo se hallaba autorizado por una ley sancionada en Angostura para allanar cuales-

(1) Véase la nota 8ª

quiera dificultades que ocurrieran en la instalacion del congreso.

Realizóse esta el 6 de mayo. Despues de haber asistido el vicepresidente y los diputados á una misa solemne, se trasladaron al salon destinado para las sesiones, que era la hermosa sacristía de la iglesia parroquial de la villa del Rosario. Allí preguntó el vicepresidente á los diputados, si eran de opinion que se instalára el congreso general. Habiendo resultado unánime la votacion, el mismo vicepresidente declaró instalado el congreso constituyente de Colombia. En seguida prestaron los representantes el juramento de cumplir bien y fielmente sus deberes.

Procedióse luego á nombrar presidente, vicepresidente y secretarios. El doctor Félix Restrepo, diputado por Antióquia, resultó electo presidente del congreso por quince dias; el señor Fernando Peñalver (1), de Carácas, vicepresidente, y secretarios perpetuos los diputados Francisco Soto y Miguel Santamaría.

La instalacion del primer congreso general de Colombia se hizo con una sencillez espartana. En la villa del Rosario no habia elementos para solemnizarla, pues la guerra absorbia toda la atencion del presidente de la República, y se gastaban en sostener el ejército los productos de sus escasas rentas. De aquí provino en su mayor parte el olvido y abandono en que se dejó á los diputados que debian formar aquella importante asamblea. Es cierto que los militares, entre quienes se contaba el vicepresidente de Cundinamarca á cuyo cargo debia estar la subsistencia de los representantes, tampoco gustaban de los doctores y abogados que en gran parte iban á componer el congreso.

Este confirmó á Nariño de vicepresidente interino de Colombia. Examinó en seguida la renuncia que hizo de su destino el presidente de la República. Bolívar la envió con un edecan encargado de presentarla, luego que se reuniera el congreso. Despues de felicitarle por el acto augusto de su instalacion, le decia: « Nombrado por el congreso de Venezuela presidente interino del Estado, y siendo vuestra representacion la de Colombia, no soy yo el presidente de esta República: porque no he sido nombrado por ella; porque no tengo los talentos que ella exige para

(1) Véase la nota 9ª.

la adquisicion de su gloria y bienestar; porque mi oficio de soldado es incompatible con el de magistrado; porque estoy cansado de oirme llamar tirano por mis enemigos; y porque mi carácter y mis sentimientos me oponen una repugnancia insuperable.

» Dignaos, Señor, acoger con toda vuestra bondad mi mas reverente homenaje, la profesion que os hago de mi mas cordial adhesion, y el juramento mas solemne que os presto de mi mas ciega obediencia. Pero si el congreso soberano persiste, como lo temo, en continuarme aun en la presidencia del Estado, renuncio desde ahora para siempre hasta el glorioso título de ciudadano de Colombia, y abandono de hecho las riberas de mi patria. »

El congreso contestó al Libertador un oficio muy decoroso y digno de él, aunque sin admitirle la renunciacion que hacía de la presidencia. Esto calmó el resentimiento de que se hallaba poseido Bolívar por las declamaciones privadas de algunos diputados contra los abusos del poder militar. El vicepresidente de Cundinamarca, general Santander, renunció igualmente por dos veces, y acaso por iguales motivos que el Libertador, la vicepresidencia de Cundinamarca: dimision que tampoco se le admitiera.

Despues de instalado el congreso, trató Nariño de que se trasladára á Bogotá, porque en el Rosario de Cúcuta carecia de toda especie de recursos. Discutido el punto, la mayoría de los representantes negó la traslacion indicada.

Tomóse inmediatamente despues en consideracion la ley fundamental de Colombia acordada por el congreso de Angostura. Un partido numeroso de diputados granadinos se decidió por la union de Venezuela y la Nueva Granada bajo el sistema de que los tres departamentos de Venezuela, Cundinamarca y Quito se confederasen, teniendo cada uno su gobierno independiente. Tal idea fué combatida con vigor por otros miembros respetables, que veían en la confederacion un sistema débil en extremo y un orígen fecundo de discordia y de guerras civiles entre los Estados que la compusieran. Creían ademas que Colombia, en sus actuales circunstancias, era incapaz de establecer el sistema federativo por la falta de hombres instruidos y de recursos; los que poseía apénas serian suficientes para montar un solo gobierno. Despues de quince dias de discusiones acaloradas en que

brillaron á favor de la confederacion los diputados Márquez y Osorio, y contra ella Gual, Azuero, Soto, Gómez, Peñalver y otros, se decidió: « que Venezuela y Nueva Granada se unieran en un solo cuerpo de nacion, y que el territorio de la República se dividiera en varios círculos ó departamentos menores que los actuales de Venezuela, Cundinamarca y Quito. »

Encargóse entónces á la comision de legislacion (1) que formára el proyecto de constitucion para Colombia, bajo el sistema acordado de unidad. El vicepresidente Nariño presentó el bosquejo de una, que decia era central por algun tiempo y federal despues. El congreso mandó pasar el proyecto á la misma comision. Esto causó mucho disgusto á su autor, quien pretendia se discutiera inmediatamente su proyecto y de preferencia á cualquier otro.

Un incidente desagradable vino á soplar en breve la discordia entre Nariño y el congreso. El general d'Evereux, creyendo que Nariño habia recibido mal en una audiencia á la señora English, le dirigió una carta de desafío. En consecuencia el vicepresidente le mandó procesar y reducirle á prision por tal desacato. Despues de algunos dias ocurrió d'Evereux al congreso, quejándose de la estrecha y poco decente prision en que se le mantenia incomunicado. Interesáronse sus amigos en que se le mandára aliviar la prision. Este negocio fué orígen de largas y acaloradas discusiones. El congreso acordó que se diera á d'Evereux una prision mas conveniente á su alto grado en la milicia, y que se le franqueáran todos los auxilios para defenderse, permitiéndole comunicarse con el mismo congreso. El vicepresidente objetó el decreto, negando al congreso la facultad de mezclarse en los negocios de la administracion de justicia; en lo que tenia razon. Mas no la tenia en añadir expresiones duras contra el cuerpo constituyente, una de ellas: — « que en la materia nunca le obedeceria. » Esto acabó de irritar los ánimos, hasta el punto de hacerse la mocion que el congreso depusiera á Nariño, quien remitió preso á d'Evereux al cuartel general de Bolívar, sin cumplir el decreto mencionado.

Este acontecimiento habia hecho perder el tiempo é introducido la division entre el congreso y el poder ejecutivo, de

(1) Componíase de los diputados José Manuel Restrepo, Vicente Azuero, Luis Mendoza, Diego Fernando Gómez, y José Cornelio Valencia.

donde podian seguirse graves males á la República. Empero viendo Nariño que tenia contra sí la mayoría de los diputados, y de otra parte aquejado por calenturas intermitentes, que iban degenerando en hidropesía, renunció la vicepresidencia. Fué admitida, y el congreso nombró en su lugar al diputado José María del Castillo y Rada. Con este nombramiento se restableció la concordia entre los miembros del congreso y el poder ejecutivo.

En dos meses de sesiones apénas habia dado el congreso constituyente algunos decretos de poca importancia. Era esto debido á las cuestiones y disputas impertinentes que ordinariamente se suscitan en las corporaciones numerosas, las que casi siempre les hacen perder el tiempo. Acordóse por fin la ley fundamental de union de Colombia, que se firmó el 12 de julio con mucho regocijo por todos los diputados. Estaba calcada sobre la que decretó el congreso de Angostura el 17 de diciembre de 1819. Sus bases principales eran : — « que los pueblos de la Nueva Granada y de Venezuela quedaban reunidos en un solo cuerpo de nacion, bajo el pacto expreso de que su gobierno sería *ahora y siempre popular, representativo,* y que esta nueva nacion sería reconocida con el título de REPÚBLICA DE COLOMBIA. » Declarósela libre é independiente de la Monarquía española, y de cualquiera otra potencia ó dominacion extranjera, y que nunca sería el patrimonio de ninguna familia ni persona. Se dividió el poder supremo nacional para su ejercicio en legislativo, ejecutivo y judicial. Establecióse que el territorio de la República de Colombia sería el comprendido dentro de los límites de la antigua capitanía general de Venezuela, y el vireinato y capitanía general del Nuevo Reino de Granada, reservando para tiempo mas oportuno el fijar la designacion de sus límites. Dicho territorio debia dividirse en seis ó mas departamentos, cada uno de los cuales tendria su nombre propio y una administracion subalterna dependiente del gobierno general. En consecuencia declaró el congreso que sería constituyente y que daria instituciones á la República conforme á las bases ya expresadas. Tambien reconoció *in solidum,* como deuda nacional de Colombia, las deudas que los dos pueblos habian contraido separadamente, á cuyo pago del principal é intereses quedarian responsables los bienes de la República, la que proveeria lo conducente sobre el pago de los intereses y la amorti-

zacion del capital. El pabellon y las armas de la República continuaron siendo las de la Nueva Granada, y la bandera la tricolor de Venezuela. Repitióse la primera disposicion de que en mejores circunstancias se levantaria una ciudad con el nombre del *Libertador Bolívar*, que sería la capital de la República de Colombia. El establecimiento y fundacion de esta se mandó celebrar anualmente con tres fiestas nacionales en los dias 25, 26 y 27 de diciembre, en que se premiarian las virtudes, las luces y los servicios hechos á la patria. Esta ley fundamental se mandó publicar inmediata y solemnemente en todo el territorio colombiano que se hallaba libre, á cuyo efecto se pasó al poder ejecutivo por medio de una numerosa y selecta diputacion.

Siete dias despues (julio 19) fué acordada la célebre y para siempre memorable ley que declaraba libres los partos de las esclavas. La promovió con el entusiasmo de la virtud y de la filantropía el doctor Félix Restrepo, defensor elocuente de los esclavos, el mismo que habia conseguido la adopcion de esta ley en 1814 en la legislatura particular de Antióquia. Por la del congreso colombiano se estableció que los hijos de las esclavas nacerian libres desde el dia de su publicacion, y que los dueños de esclavos deberian educar, vestir y alimentar á los hijos de sus esclavas; en recompensa tendrian estos la obligacion de prestar á los primeros sus servicios hasta la edad de diez y ocho años. Prohibióse que los hijos de los esclavos pudieran separarse de sus padres, vendiéndose estos para afuera de la provincia en que residieran: igualmente se prohibió la importacion y exportacion de esclavos en el territorio colombiano. Para acelerar la extincion de la esclavitud, se decretó una contribucion de un tres por ciento sobre el quinto de los bienes de los que murieran en el territorio de Colombia, dejando herederos legítimos; y de un tres sobre el tercio de los que fallecieran nombrando herederos á sus ascendientes legítimos. Con la misma cuota se gravaba el total de los bienes que se dejáran á herederos colaterales; mas cuando los bienes pasáran á extraños, todos ellos debian satisfacer un diez por ciento en favor de la manumision de esclavos. Los productos de esta fuerte contribucion debian ser administrados por una junta llamada *de manumision*, que se estableceria en cada una de las cabeceras de canton. Destinábanse dichos fondos para dar

anualmente en los dias de las fiestas nacionales la libertad á los esclavos que pudieran comprarse á sus dueños, á justa tasacion de peritos, escogiéndose para la manumision los mas honrados é industriosos.

Se deberá á esta ley atrevida la extincion de la esclavitud en el territorio colombiano : bien inmenso que legarémos á nuestros hijos despues de haber hecho los grandes sacrificios que nos ha costado (1). Fuertes y contínuas han sido las censuras hechas al congreso de Cúcuta por haberla acordado, sin decretar al mismo tiempo la indemnizacion que debiera darse á los amos de los esclavos. Mas para juzgar con exactitud, es necesario trasladarse á la situacion de los pueblos en 1821, especialmente en Venezuela. Bolívar habia declarado allí la libertad de los esclavos, y repetidas veces solicitó de los congresos que expidieran un acto solemne y explícito aprobando tan justas disposiciones. En virtud de ellas el ejército libertador tenia muchos oficiales y multitud de soldados que habian sido esclavos, y combatido despues valerosamente contra el poder español. No era justo por tanto ni político el dejar en la incertidumbre el estado de numerosos defensores de la patria. El congreso no tuvo, pues, otra opcion que escoger entre dos males harto graves : que continuára la esclavitud, ó que no se indemnizára á los amos de los esclavos. Este pareció y era en efecto menor.

Á tiempo que se discutia tan importante ley, se recibió la noticia de la célebre victoria de Carabobo. El congreso, lleno de entusiasmo, decretó los honores del triunfo en la ciudad de Carácas al Libertador y al ejército que habia triunfado á sus órdenes. En todos los pueblos de la República se mandó consagrar un dia de regocijos públicos en honor de la victoria de Carabobo. Acordóse erigir una columna en el campo de batalla, para perpetuar la memoria del triunfo de Bolívar en 24 de junio, en cuya basa debian recordarse los nombres de Cedeño y de Plaza, que habian muerto en aquel dia combatiendo valerosamente por la libertad é independencia de su patria. Por un artículo expreso de esta ley se concedió al bizarro general José Antonio Páez el empleo de general en jefe, que por su extraordinario valor y virtudes militares le ofreció el Libertador á

(1) Véase la nota 10ª.

nombre del congreso en el mismo campo de batalla. Los individuos del ejército vencedor en aquella jornada obtuvieron un escudo de premio con la inscripcion de : — VENCEDOR EN CARABOBO. — *Año undécimo.* — Dióse por fin á nombre del congreso un testimonio de agradecimiento nacional al batallon británico que tanto se habia distinguido en el campo de Carabobo, sufriendo la pérdida lamentable de muchos de sus dignos oficiales. Por actos separados del congreso y á propuesta del Libertador se concedieron tambien los empleos de general en jefe á Bermúdez y á Urdaneta, por sus grandes y distinguidos servicios en esta memorable campaña. El espléndido triunfo de Carabobo aseguró para siempre la Independencia de la República, y disipó enteramente las dudas que aun tenian muchos diputados sobre la conveniencia de constituir permanentemente á Colombia.

Imbuidos los miembros del congreso en estas opiniones, ya no hubo dificultad para comenzar á discutir el proyecto de constitucion que habia redactado y presentado al congreso en 3 de julio la comision encargada de tareas tan importantes. Inmediatamente principió á sufrir las tres discusiones que debian dársele; vasto campo de disputas y de meditaciones para los diputados. Hubo la fortuna de que estando ya acordadas las basas principales de la constitucion, se habia restablecido la armonía y buena inteligencia entre los representantes. Así era que todos buscaban con ansia el bien de la patria, aun cuando fueran algunas veces de opiniones contrarias. Pasaron de esta manera los meses de julio y agosto. El treinta de este se firmó la constitucion con mucho regocijo de los diputados que la acordaron.

En tanto que el congreso daba instituciones á Colombia, el Libertador habia partido de Carácas con la mayor parte de su ejército, dirigiéndose al occidente de Venezuela. De paso dictó las mas activas providencias para conseguir la pacificacion de la provincia de Coro. Siendo en su mayor parte estéril, falta de aguas y cubierta de espinas y abrojos, era muy difícil terminar la guerra en esta *Libia de la América del Sur*, segun la llamára Bolívar. Las guerrillas de que estaba plagado su territorio, molestaban sobre manera á los independientes; pero entónces no causaban cuidado alguno. En consecuencia el Libertador siguió con la mayor parte de sus cuerpos á Maracáibo.

Durante las sesiones del congreso en el Rosario de Cúcuta,

ningunas tropas, jefes, oficiales ni soldados se acercaron á esta villa. Bolívar procedió con la mayor delicadeza, dejando en plena libertad á los representantes de los pueblos, á fin de que acordáran para Colombia las leyes é instituciones que mejor les pareciera. Acaso en la República no ha existido congreso alguno que gozára de mas libertad en sus discusiones y deliberaciones. En el Rosario de Cúcuta ni aun habia quién las oyera.

Pensaba el Libertador embarcar en Maracáibo una parte de sus fuerzas para trasladarlas á Riohacha y Santamarta; otra seguia por el territorio de la Goajira hácia la misma plaza de Riohacha : movimientos que se realizaron. Era su proyecto concurrir á la pronta rendicion de Cartagena, ocupar despues el istmo de Panamá, y embarcándose en esta ciudad ir á Guayaquil para libertar á Quito.

Algunos miembros del congreso se hallaban instruidos de los proyectos del Libertador, quien les habia escrito que de ningun modo iria á Cúcuta, para dejar á los representantes en plena libertad. Hicieron entónces varios diputados la mocion de que inmediatamente se procediera á elegir presidente y vicepresidente de Colombia, y que se obligára á los que resultáran electos, á que fueran á prestar el juramento ante el congreso. Esta proposicion fué aprobada, fijándose el 7 de setiembre para las elecciones (1).

De cincuenta y nueve diputados que formaban el congreso, Bolívar obtuvo cincuenta votos desde el primer escrutinio, y fué declarado presidente de la República, quedando á algunos diputados la pena de que su eleccion no hubiera sido unánime, cual lo merecian sus largos y brillantes servicios. Disputóse el nombramiento de vicepresidente entre los generales Santander y Nariño. Despues de repetidas votaciones y escrutinios, triunfaron al fin los amigos de Santander, que fué nombrado por las dos terceras de partes de sufragios. Dos correos extraordinarios partieron en el mismo dia : el uno hácia Maracáibo llamando al Libertador ; y el otro á Bogotá en busca de Santander. Preveníaseles que se trasladáran á Cúcuta, á fin de prestar el juramento constitucional.

En efecto, ambos obedecieron sin tardanza y arribaron al Rosario casi al mismo tiempo. Privadamente manifestaron que

(1) Véase la nota 11ª.

no aprobaban algunos artículos sustanciales de la nueva constitucion; sin embargo, convinieron en prestar el juramento de cumplirla y hacerla ejecutar, fijándose el 3 de octubre para el acto de la posesion.

El Libertador, despues de jurar la constitucion, pronunció un hermoso discurso lleno de sentimientos elevados y patrióticos, que indicaban el mas vivo interes por la libertad de la patria. Contestóle el presidente del congreso, doctor José Ignacio Márquez, en términos adecuados, y elogiando las bellas acciones de Bolívar como guerrero y ciudadano. El general Santander la juró despues, é hizo la manifestacion pública de sus principios y sentimientos políticos. Nos parece que en aquellas circunstancias no pudo hacerse eleccion mas oportuna y acertada que la de Santander para vicepresidente de Colombia. Plantear sus instituciones y nuevas leyes, sosteniendo al mismo tiempo una guerra formidable contra el poder español en la América del Sur, era empresa harto difícil : ella necesitaba en la ausencia de Bolívar de los talentos, actividad y firmeza de Santander, quien como vicepresidente de la República iba á ejercer el alto gobierno.

Concluido el acto de la posesion, una diputacion numerosa del congreso presentó al Libertador presidente la constitucion, á fin de que la mandára ejecutar. La mayoría del congreso habia querido que Bolívar fuera el que decretase la ejecucion del código fundamental. Estaban persuadidos que entónces todo el mundo la respetaria y obedeceria. Los diputados temian al ejército y á los militares. Muchos de estos habian manifestado de palabra que no gustaban de que hubiera congreso, ni que se dieran á los pueblos instituciones que cortáran los abusos y desórdenes consiguientes á una revolucion. Hallábanse bien avenidos con el gobierno militar que hasta entónces habia regido á Colombia; pero los pueblos detestaban un sistema tan opresivo como violento.

Segun la nueva constitucion, el cuerpo legislativo se componia de un senado y cámara de representantes elegidos popularmente; los senadores por ocho años, y los diputados por cuatro. El poder ejecutivo estaba encargado á un presidente, cuya duracion era de cuatro años, reeligible solo una vez; á un vicepresidente, que debia subrogar al primero; y á un consejo de gobierno, compuesto de los cinco secretarios del despacho y de

un miembro de la alta corte de justicia. El poder judicial residia en este supremo tribunal y en otros de apelaciones, así como en los juzgados de primera instancia.

El jefe que ejercia el poder ejecutivo podia investirse de muy amplias y extraordinarias facultades en los casos en que peligrára la seguridad de la República. Esta formidable atribucion, contenida en el artículo 128, se le dió, porque todavía se hallaba en pié la guerra con la España, cuyas huestes dominaban plazas fuertes y vastas provincias. Por una ley especial tambien se concedieron facultades extraordinarias al presidente de la República, siempre que estuviera en campaña mandando el ejército. En este caso el vicepresidente desempeñaba el poder ejecutivo, sin mezclarse en el gobierno de las provincias recien libertadas, que aun continuarian sometidas al mando del Libertador.

El congreso dividió por una ley el territorio de Colombia en departamentos, provincias y cantones. Mandaba en los primeros un magistrado con el título de intendente, en las segundas habia gobernadores, y en los terceros jueces políticos. La capitanía general de Venezuela se dividió en tres departamentos, llamados de Orinoco, Venezuela y Zúlia, que comprendian diez provincias. Formáronse cuatro en la Nueva Granada, denominados Boyacá, Cundinamarca, Cáuca y Magdalena, subdivididos en trece provincias. El territorio libre de Colombia tenia aproximadamente en aquella época dos millones de almas.

Designó el congreso para capital provisoria de la República la ciudad de Bogotá, como punto mas central del territorio colombiano, y abundante en toda clase de recursos. Algunos diputados venezolanos, especialmente el doctor Miguel Peña, se opusieron á esta medida, y protestaron contra ella. Querian que el gobierno supremo residiera en Pamplona, Cúcuta ó Maracáibo, á fin de que estuviera mas cercano á las provincias de la capitanía general de Venezuela. Empero no se cuidaban de las extensas y remotas provincias de la presidencia de Quito, por cuyo bienestar debian interesarse todos y cada uno de los representantes del pueblo colombiano.

Igualmente acordó leyes orgánicas del poder judicial y de los departamentos y provincias. Aseguró el ejercicio de la libertad de imprenta, extinguió para siempre el tribunal de la Inquisicion, y puso las bases de una moderada tolerancia religiosa.

Dió tambien leyes para arreglar las pesas y medidas, los derechos de las aduanas, la venta de las tierras baldías pertenecientes á la República, y otros ramos de la hacienda nacional. Suprimió el estanco de aguardiente fabricado en el país, y la alcabala que se pagaba de los frutos y manufacturas colombianas; sin embargo, la dejó subsistente en las extranjeras y en la venta de los bienes raíces, rebajando el impuesto del cinco al dos y medio por ciento. Pretendió llenar el déficit que iba á resultar en los productos de las rentas á consecuencia de tan inconsideradas reformas, por una contribucion directa que debia exigirse de todas las rentas de los ciudadanos en los meses de junio y diciembre, conforme á una escala gradual que ascendia desde el dos hasta el diez por ciento.

La educacion pública llamó desde el principio de las sesiones la atencion del congreso. Con el objeto de promoverla y de mejorar la disciplina monástica, extinguió todos los conventos menores que no tuvieran ocho religiosos de misa. Sus edificios, bienes y rentas se aplicaron á la fundacion y dotacion de colegios y casas de educacion en las provincias donde estuvieran situados los conventos que se suprimieran. Pareció esta medida de vital importancia, y que debia producir ópimos frutos. Con el mismo laudable designio ordenó por otra ley que se establecieran escuelas de niñas en todos los conventos de religiosas. Tambien mandó fundar colegios y casas de educacion en cada una de las provincias de Colombia, cuyos estudios detallaria un reglamento orgánico que debia formarse. Dispuso, por último, que se estableciera por lo ménos una escuela de primeras letras en todas las ciudades, villas, parroquias y pueblos que tuvieran cien ó mas vecinos. Las escuelas debian dotarse con las fundaciones destinadas para este objeto, y donde no las hubiera, estaban obligados los padres de familia á contribuir con lo necesario para sostenerlas.

Tampoco olvidó el congreso la clase numerosa y miserable de los Indios, antiguos señores del país. Eximiólos del tributo ó contribucion personal establecida desde la conquista por el gobierno español: igualándolos á los demas ciudadanos, les mandó repartir en toda propiedad las tierras que poseían en comun. Medida filantrópica y justa en la apariencia, pero que tuvo en lo venidero un funesto resultado para los indígenas.

Estando ya organizados los ramos principales de la adminis-

tracion pública, y de haber dictado cuantas leyes y decretos eran necesarios para que se planteára la nueva constitucion, llegó el dia en que se disolviera el congreso. El 13 de octubre terminó sus sesiones con grande júbilo de todos los representantes de los pueblos : ellos esperaban fundadamente que las nuevas leyes é instituciones harian la dicha y felicidad de Colombia. El congreso constituyente fué uno de los mas célebres de esta República, por los talentos, las luces, el patriotismo y otras brillantes calidades que adornaban á muchos de sus miembros; en él se reunieron los primeros ciudadanos de la República, penetrados de los mas sinceros deseos de su futura prosperidad.

El Libertador, despues de haber mandado ejecutar la constitucion, la presentó á los pueblos para su observancia, acompañándola con una hermosa proclama. Decia en ella á los Colombianos, que el congreso general habia dado á la nacion lo que ella necesitaba : una ley de union, de igualdad y de libertad, que formaba de muchos pueblos una sola familia. Excitaba á los Venezolanos y Granadinos al exacto cumplimiento de la constitucion, y ofrecia á los Quiteños su libertad. Manifestaba finalmente á los Colombianos que debiendo él marchar á campaña, el vicepresidente quedaria encargado del poder ejecutivo, y sería digno conductor de Colombia.

El presidente organizó el gobierno de la República, nombrando al doctor Pedro Gual secretario de relaciones exteriores, al doctor José María del Castillo de hacienda, al doctor José Manuel Restrepo del interior, y al coronel Pedro Briceño Méndez de guerra y marina.

Miéntras Bolívar daba estas disposiciones en Cúcuta, habia cambiado en gran parte sus futuros proyectos. Algunos de sus amigos le demostraban la dificultad de rendir á Cartagena por la fuerza, y las que se le opondrian para arrojar á los Españoles del istmo de Panamá, fortalecido con los auxilios que habia llevado el general Mourgeon. Resolvió, pues, dirigirse por tierra á libertar el departamento de Quito. Así, dispuso que sus batallones tomáran la ruta de Popayan, ciudad que designó para la reunion del ejército; él dispuso su marcha á Bogotá, con el objeto de preparar todo lo necesario para una campaña tan importante.

Hallábase entónces la del Magdalena casi al terminarse por los esfuerzos del general Montilla y de sus valientes compañeros de armas. Entre estos descollaba por su audacia el coman-

dante de las fuerzas sutiles José Padilla, á quien dejamos dominando ya la bahía de Cartagena y cortadas las comunicaciones entre la plaza y los castillos de Bocachica.

Supo en tales circunstancias el general Montilla, por medio de los amigos é inteligencias que tenia en la plaza, que el servicio de la escuadrilla enemiga se hacía con poca exactitud y aun descuido. Concibió entónces el proyecto de dar un golpe de mano sobre el arsenal, donde se hallaban acoderados los buques españoles. Habiéndolo comunicado á Padilla, este bravo oficial, á quien jamas aterraban los peligros, allana todos los inconvenientes y obstáculos que se presentan. Combinados los movimientos de un ataque falso que se debia hacer á la plaza por la parte de tierra, Padilla se encarga de indicar el dia y la hora en que ha de realizarse aquella atrevida empresa. Fijóse para la noche del 24 de junio.

Á las doce que se retiraba la ronda española de la bahía, Padilla con sus buques siguió en silencio las aguas de aquella, y atacó denodadamente el arsenal. Al mismo tiempo y por una señal convenida, la division de vanguardia, mandada por el coronel Federico Adlercreutz (1), amenazó hacer un ataque por el Playon y otros puntos. Alarmados los realistas, tuvieron que dividir su atencion y dirigir sus fuegos á todas partes. Entre tanto la escuadrilla republicana llevó la destruccion y la muerte sobre las fuerzas sutiles de los Españoles. Sin embargo de hallarse amarradas bajo de los fuegos de diferentes baterías, las abordó Padilla matando á mas de cien soldados de sus defensores y algunos oficiales. Tomáronse al enemigo once buques menores con diez y nueve hermosas piezas de artillería hasta del calibre de á veinte y cuatro, junto con algunos fusiles y municiones. Se echaron á pique el bergantin *Andaluz* y el bongo nº 10. No quedó á los Españoles una sola embarcacion, y nuestra pérdida en tan atrevida como bella accion fué insignificante.

Al siguiente dia (junio 25), los sitiados tuvieron algun consuelo cuando fondeó en frente á Santo Domingo la corbeta *Céres* y un bergantin americano que convoyaba desde la Habana, cargado de víveres. La corbeta, despues de haber dejado al bergantin en seguridad, dió caza á los buques colombianos que

(1) Noble de Suecia, que vino á servir á Colombía trayendo brillantes recomendaciones para Bolívar.

mantenian el bloqueo. Estos huyeron, y el bergantin *Boyacá*, mandado por el extranjero Babastro, desapareció creyéndose por Montilla, segun lo anunciára al gobierno, que su capitan se habia alzado con él. Lo mismo sucedió á la goleta *Kate*, enviada á Sabanilla con setenta y cinco quintales de pólvora. Esta era la gran desventaja de hacer el servicio marítimo por jefes de corsarios inmorales que solo cuidaban de aumentar su fortuna.

Exasperados el general Montilla y el comandante Padilla por tan indigna conducta, redoblaron de actividad para estrechar el asedio. Habiendo aparecido una goleta dinamarquesa que conducia bastimentos á la plaza, Padilla la persigue, toma y descarga á vista del enemigo. Despues de várias tentativas malogradas, consiguió apoderarse (junio 28) del bergantin americano que arribára con la *Céres*. Hallábase este bajo de las baterías de Santo Domingo, donde lo atacó el bravo Padilla con sus fuerzas sutiles, sacándole despues de un reñido combate. Aun tenia á bordo la tercera parte de su cargamento de harina, carnes y otros comestibles.

Fué una consecuencia inmediata de la pérdida de la escuadrilla española, que nuestros buques menores dominasen completamente la bahía : quedaron, pues, incomunicados y sin esperanza de socorro los dos castillos que defienden á Bocachica, única entrada de la misma bahía. Este aislamiento desalentó á su guarnicion. El comandante español de aquellas fortalezas, don José María del Olmo, quiere sostenerse miéntras haya provisiones; empero algunos oficiales subalternos y la mayor parte de la tropa se amotinan, obligándole á capitular el 4 de julio. Estipulóse que la guarnicion, compuesta de cerca de doscientos hombres, sería conducida á la isla de Cuba despues de juramentada como prisionera de guerra; quedándose en el país todos los individuos que voluntariamente quisieran servir á Colombia. Un número considerable escogió este partido.

La rendicion de los castillos de Bocachica, considerados justamente como las llaves de la plaza, empeoró mucho la situacion de los defensores de Cartagena; pero, ni esta desgracia, ni las funestas noticias que se recibieron sucesivamente del triunfo de las armas republicanas en Carabobo y de la pérdida de Venezuela, pudieron alterar la constancia del gobernador Tórres y de la guarnicion, que insistieron en defender la ciudad. Esperaban siempre y á cada momento recibir nuevos auxilios de

vituallas, así de la Habana como de Jamáica, donde tenian comisionados para comprarlas.

En tal expectativa pasaron los meses de julio y agosto sin que hubiera suceso alguno digno de recordarse, sino es que fueron arrojadas de Cartagena mas de quinientas bocas inútiles. El general Montilla no lo permitió, é hizo que volvieran á la ciudad.

Deseoso este jefe de terminar el sitio, trabajó muy activamente en subir artillería de grueso calibre al cerro de la Popa, con el objeto de batir algunos puntos de la plaza dominados por aquella elevada colina. Ya se habian adelantado los trabajos de dos baterías llamadas *Libertadora* y *Cundinamarca*, cuando fueron observadas por el enemigo. Rompió este el fuego contra ellas, y en tres dias causó algunas muertes y daños á los sitiadores; pero el 17 de setiembre desde el amanecer comenzaron los fuegos de las baterías de la Popa. Fué tanto el acierto de sus tiros, que ántes de una hora consiguieron acallar los fuegos de los cañones de la batería de la plaza llamada *Redencion*, así como los de los obuses de la *Cruz;* pero con la sensible muerte del capitan Antonio Paniza, edecan de Montilla.

Aprovechando este aquellas circunstancias favorables, dirigió una intimacion al general español, ofreciéndole una capitulacion honrosa. Contestóle el brigadier Tórres (setiembre 17), denegándose á entregar la plaza. « No obstante, añadia, si quisiere V. S. hacer una suspension de armas para evitarnos las incomodidades recíprocas hasta espirar los trece dias restantes de setiembre, yo la abrazaré gustoso, y podrémos con mas desahogo entrar en comunicaciones sobre las bases que han de formar los tratados de capitulacion. »

Acordada la suspension de hostilidades, el gobernador de Cartagena propuso los artículos de capitulacion, que fueron modificados, unos por el general Montilla, y añadidos otros por el coronel del regimiento de Leon don Miguel de Balbuena, y por el jefe de estado mayor del ejército republicano, coronel Luis Francisco de Rieux, comisionados al efecto. Las bases principales fueron que se entregaria la plaza el 1° de octubre, si ántes no era socorrida, conservándose cuidadosamente todos los enseres que en ella existian; que los soldados de la guarnicion prestarian juramento de no servir contra Colombia en la presente guerra, mas no los oficiales; que todos serian conducidos

á la isla de Cuba en buques preparados al efecto por el gobierno de Colombia, é igualmente los empleados y familias que resolvieran seguir al mismo punto. Acordóse tambien la absoluta seguridad de las personas y propiedades de los habitantes de Cartagena, cualesquiera que hubieran sido sus opiniones políticas; así como que gozarian de entera libertad para vender sus bienes dentro de seis meses é irse adonde quisieran.

Diéronse por una y otra parte rehenes para el cumplimiento de esta honrosa y liberal capitulacion. No habiendo recibido la plaza ninguna especie de socorro ántes del 1° de octubre, se principió en este dia su entrega. Setecientos soldados fueron juramentados, pues á tan corto número estaba reducida la guarnicion de Cartagena. Todos ellos, así como los oficiales, algunos empleados realistas y otras personas desafectas á la Independencia, siguieron á la isla de Cuba.

Catorce meses duró el asedio de Cartagena, inclusos los tres del armisticio en que fuera suspendido. En todo aquel tiempo el ejército sitiador sufrió grandes fatigas y privaciones. Los que le componian hicieron á Colombia servicios muy distinguidos, y contrajeron un mérito relevante, lo mismo que los pueblos de la provincia de Cartagena, que tanto auxiliaron á las tropas sitiadoras. Los talentos militares, la actividad, energía y constancia de su jefe el general Montilla deben colocarle bien cercano á los primeros campeones de la Independencia.

La rendicion de Cartagena puso en manos de Colombia la primera plaza y el antemural de la Nueva Granada. Hallóla guarnecida con numerosa artillería, y sus almacenes provistos con multitud de elementos de guerra, entre los cuales habia tres mil fusiles, tres mil quinientos quintales de pólvora y mil trescientos de plomo. Todos eran auxilios muy importantes para continuar la guerra de la Independencia.

Apénas se habia rendido Cartagena, se sublevaron los pueblos del Molino, Tablazo, San Juan, Urumita y Villanueva en la provincia de Riohacha. Los rebelados degollaron á dos oficiales colombianos, apoderándose de trescientos fusiles que habia en San Juan. Mas ocurrió inmediatamente el gobernador de Riohacha, teniente coronel José Sardá, quien batió á los rebeldes castigando de muerte al Español Canalete y á otros cabecillas. La política conciliadora de Sardá, su manejo y el buen trato que diera á los pueblos conmovidos, los tranquilizó inmediata-

mente. La rebelion se habia originado en gran parte de los excesos que cometian en sus respectivos acantonamientos algunos oficiales republicanos.

La ciudad de Ocaña tambien se habia conmovido por la perfidia de un oficial realista llamado Barrera, y por otros jefes de la antigua faccion de los Colorados. Aun se hallaba entónces reunido el congreso, á cuyos miembros puso en gran cuidado, porque no habia tropas algunas que defendieran los valles de Cúcuta. El general Montilla envió á reprimir esta faccion al teniente coronel Juan Narváez, cuya bondad de carácter era bien conocida. Debióse á esto que fuera recibido en Ocaña sin resistencia alguna y con muchas demostraciones de alegría. El faccioso Barrera cayó en nuestro poder, quien expiára sus crímenes con la muerte.

Aun existia por el Guamal y hácia el valle Dupar la guerrilla de Bataller; mas no teniendo apoyo en la opinion de los pueblos, fué destruida enteramente. La conducta patriótica del capitan Eustaquio Valles, que ántes habia sido realista, contribuyó eficazmente para conseguir este resultado feliz. Terminóse, pues, la pacificacion de las tres provincias de Cartagena, Santamarta y Riohacha, y no quedó en ellas un palmo de tierra dominado por los Españoles.

Dedicóse entónces el general Montilla á activar la pronta marcha de los diferentes cuerpos del ejército libertador, que al mando del coronel Bartolomé Salom habian llegado á Riohacha y Santamarta. Debian unos trasladarse á Ocaña, y de aquí seguir sus marchas por tierra á Bogotá; otros, aunque pocos, subian embarcados el rio Magdalena hasta Honda. Destinábaseles para formar el ejército que debia arrancar al dominio español las provincias del sur de Colombia.

Otra de las atenciones de Montilla en cumplimiento de las órdenes del Libertador, era equipar una expedicion por lo ménos de mil quinientos hombres. Tenia el objeto de libertar al istmo de Panamá, esa célebre garganta de la América del Sur. Su posesion era de vital importancia para Colombia, á fin de pasar fácilmente por el istmo tropas y elementos de guerra, para combatir el poder español en la capitanía general de Quito.

El importante suceso de la rendicion de Cartagena se comunicó á Bolívar por medio de un oficial conductor de las llaves

de la plaza. Dirigióse este al Rosario de Cúcuta, donde no le hallára; habia marchado á Bogotá en los primeros dias de octubre con el objeto de dar la conveniente direccion á los batallones y escuadrones de su ejército, que bien pronto comenzarian á llegar á la capital, segun sus cálculos. Pensaba disponer todo lo necesario, á fin de emprender tan pronto como le fuera posible la importante campaña del sur.

Pocos dias despues le siguió el vicepresidente Santander con los secretarios, los archivos y demas que existia en la villa del Rosario, perteneciente al gobierno de Colombia. Trasladóse todo á Bogotá, nueva capital de la República.

Así que estuvo impresa la constitucion de Colombia, se publicó en Bogotá y en los departamentos libres, así como las leyes acordadas por el congreso general. En todas las provincias fueron bien recibidas, é inmediatamente nombró el poder ejecutivo las autoridades y corporaciones que se habian creado por ellas. Todo anunciaba en aquella época un porvenir tranquilo y de mejoras en la administracion de la República.

Ántes de partir el Libertador para la campaña del sur, dispuso enviar dos ministros plenipotenciarios, uno á Méjico y otro al Perú, Chile y Buenos Aires. Era el objeto de esta mision, hacer una liga ofensiva y defensiva con las nuevas Repúblicas americanas, y celebrar tratados de comercio. Para ir á Méjico, fué nombrado el señor Miguel Santamaría, uno de los secretarios que tuvo el congreso de Cúcuta y natural de aquel imperio (1). Para las demas Repúblicas escogióse al señor Joaquin Mosquera, miembro del senado colombiano. Ambos eran dignos por sus luces, talentos y patriotismo, de las importantes y delicadas funciones que se les conferian.

Por este mismo tiempo se recibieron noticias desagradables de la comision diplomática enviada á España, las que manifestaban con toda claridad cuáles eran los designios de aquel gobierno. Tales fueron la expulsion de Madrid de los comisionados colombianos Revenga y Echeverría, acaecida el 2 de setiembre. El ministro Bardaxí y Azara les envió sus pasaportes de órden del gobierno de S. M. Católica. Hasta entónces nada habian adelantado en sus negociaciones de paz, pues no se les llamó ni para tener una sola conferencia con el ministro de

(1) Véase la nota 12ª.

Estado. Pretendió este apoyar medida tan violenta, en que el gobierno de Colombia habia acogido el pronunciamiento de Maracáibo sin observar el armisticio, rompiendo nuevamente las hostilidades. Estos fundamentos pudieron influir en la expulsion, pero tuvo acaso mayor parte en ella la noticia de la derrota de Carabobo, que tanto heria el orgullo español; así como los temores que sentia, segun parece, el gobierno del rey Fernando, de que los ministros colombianos fomentáran las frecuentes conmociones que en aquella época agitaban á la corte de Madrid.

El ministro de Colombia Francisco Antonio Zea, llamado por varios de sus amigos, se hallaba igualmente en Madrid; habia hecho su viaje desde Paris con la esperanza que se le dió de que no sería difícil negociar el reconocimiento de la Independencia de Colombia con el ministerio español que entónces regía la nacion. Para realizar este viaje con el aparato que en su opinion correspondia á un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia, contrajo empeños gravosos en extremo al gobierno que representaba (1), de los que ninguna utilidad reportó Colombia. Zea fué expelido de Madrid al mismo tiempo que los comisionados Revenga y Echeverría. Este se quedó en Europa, y en 1822 murió en Dieppe de una fuerte hemorragia, regresando el primero á Bogotá, á fin de dar cuenta de su comision.

Con la expulsion de los enviados colombianos desaparecieron enteramente las esperanzas que alimentaban algunos de que la guerra de la Independencia terminaria por un avenimiento con la España. Aun se hallaba muy distante aquel dia glorioso para Colombia, y no quedaba otra esperanza que la de continuar la guerra con vigor cuando la fortuna prodigaba sus favores á los independientes.

No los escaseaba en el oriente de Venezuela. Referimos ántes la marcha del general Bermúdez hácia la provincia de Cumaná, donde los Españoles dominaban solamente la ciudad capital. Teníala cercada estrechamente Bermúdez, que habia conseguido, por medio de fuerzas sutiles y de algunos buques mayores armados en Margarita, cortar los víveres á los realistas. La escuadrilla independiente, regida por el comandante Bougier,

(1) Véase la nota 13a.

que se distinguiera en este mando, tomó á los Españoles un esquife y tres goletas armadas en guerrra, sacándolas debajo de los fuegos de sus baterías. Privados los realistas de estos recursos, la guarnicion, compuesta aun todavía de mas de mil doscientos veteranos, sufria mucho por el hambre, lo mismo que la poblacion entera. Despues de varios combates felices, consiguió Bermúdez cortar la comunicacion del fuerte de San Cárlos y de la plaza. Esto obligó á que se rindieran por capitulacion dicho fuerte y siete flecheras de guerra, tomando prisioneros cuatrocientos hombres.

Entónces el coronel don José Caturla, gobernador de Cumaná, creyó que no podia continuar defendiéndola. Tuvo, pues, una conferencia con Bermúdez, y acordaron la capitulacion. Las tropas que defendian la plaza debian salir prisioneras de guerra, dejando su armamento y los demas efectos pertenecientes al gobierno español. Los oficiales y soldados podian llevar cuanto les correspondia, y fueron garantidas solemnemente sus propiedades á todos los habitantes. Bajo de estas condiciones se entregó la plaza el 16 de octubre. El resto de la guarnicion, que ascendia á ochocientos hombres, fué embarcada para la isla de Puerto-Rico en buques dados por el jefe independiente, que trató con mucha generosidad á los vencidos. Habíanse estos defendido con valor y constancia muy laudables.

Dos dias despues de la entrega de Cumaná, arribó una escuadra española que conducia socorros de vituallas y tropas enviados de Puertocabello por el general Latorre. Se componia de la fragata *Lijera*, el bergantin *Hércules*, dos goletas y cuatro flecheras que mandaba don Ángel Laborde. Nada pudo hacer, pues habia llegado tarde. Él sin embargo, despues de algunas comunicaciones con Bermúdez, pidió permiso para fondear en el puerto, lo que se le concediera bajo la garantía recíproca de suspender toda hostilidad. En seguida desembarcaron varios oficiales españoles á quienes obsequiaron las autoridades y habitantes de la plaza. La escuadra regresó á Puertocabello. Terminóse con la rendicion de esta plaza la pacificacion de la hermosa provincia de Cumaná, que tanto habia contribuido á la independencia de Venezuela, y en donde los famosos asesinos Bóves, Moráles y sus satélites derramaron sin piedad arroyos de sangre americana.

Luego que regresára la escuadra española á Puertocabello, el

general Latorre, ansioso de extender nuevamente el territorio que dominaban las armas españolas, proyecta nuevas empresas, creyendo tener mucho partido entre los habitantes de la provincia de Carácas. Escogiendo ochocientos hombres mandados por el brigadier Moráles, los embarca en ocho goletas convoyadas por la fragata *Lijera*, el bergantin *Hércules*, la goleta de guerra *Conejo* y una flechera. Esta escuadra respetable zarpó el 10 de noviembre dirigiéndose á barlovento. Púsose tres dias despues (13 noviembre) á la vista de la Guáira. Mas ya los jefes de Carácas habian tomado eficaces y vigorosas providencias para impedir el desembarco de los Españoles, ó destruirlos si lo realizaban. La escuadra enemiga se mantuvo dos dias sobre la costa frente á Macuto, aproximándose tambien algunos botes hácia Naiguatá; empero no se atrevieron á intentar el desembarco. En tales andanzas perdieron la goleta *Conejo*, aprésada por el bergantin *Vencedor* y otra goleta colombiana de guerra; estos buques se introdujeron dentro del convoy enemigo, apoderándose de la mencionada goleta ántes que los demas pudieran auxiliarla : accion atrevida que se verificó al frente de Chichiriviche por el comandante Danells.

No habiendo Moráles podido hacer los progresos que esperaba á barlovento de la Guáira, se dirigió á sotavento, y desembarcó en Cata seiscientos hombres que se encamináran hácia Ocumare, cuyo rumbo siguieron tambien los buques. Aproximóse á reconocerlos una pequeña columna colombiana, y tuvo que retroceder, pues la cargaron en el Trapiche fuerzas superiores. Sin embargo Moráles no se atrevió á internarse hácia los valles de Aragua, como parecia que era su proyecto. Saqueando á Ocumare y recogiendo cuantos víveres pudo conseguir, regresó á Puertocabello. Esta fué la grande hazaña de una expedicion que tanto habia sonado, y que mandaba el segundo jefe del ejército español de Costa-Firme. — De nada sirvió á Latorre haber lanzado entretanto otra columna de quinientos hombres mandados por el célebre coronel don Tomas García, con el destino de apoderarse de Valencia. Pensaba que esta ciudad se hallaria desguarnecida, porque todas las tropas colombianas habrian marchado á oponerse á Moráles. García penetró por Vijirima hasta Naguanagua. Despues de pequeños tiroteos que no tuvieron resultado alguno, se vió compelido á regresar á la plaza sin haber hecho cosa alguna capaz de mantener la anti-

gua fama de los batallones españoles. Temió justamente ser cortado por los Colombianos. Los realistas hallaban por do quiera las tropas republicanas prontas á combatir vigorosamente contra los enemigos de la independencia de su patria.

Eran mas felices las armas españolas en la provincia de Coro. Despues que Inchauspe se acogiera á las banderas republicanas por el mal éxito que tuvo en su ataque sobre Cumarebo, el coronel Escalona dejó el mando militar de la provincia. Encargóse al coronel Justo Briceño, que tenia á sus órdenes como segundo al coronel Juan Gómez. Reunieron en Cumarebo mil y cien infantes y doscientos jinetes, con cuyas fuerzas ocuparon el puerto de la Vela y la ciudad de Coro. Oponíaseles el guerrillero don Manuel Carrera, á quien derrotaron en dos combates tomándole toda la artillería. Empero se retiró á la serranía de San Luis con los pertrechos que habia podido salvar de Coro, donde se fortificó y aumentó sus fuerzas. No le persiguió Briceño, persuadido como lo estaba de que otra columna colombiana, mandada por el coronel Réyes Várgas, habia entrado por Siquisique hácia el valle de Baragua, la que era bastante fuerte para destruir á Carrera.

En este errado concepto, Briceño determinó apoderarse de la península de Paraguaná, destinando al efecto medio batallon, regido por el coronel Francisco Gil. Ocupóla este sin oposicion; pero cayó en una emboscada que le tendieron los realistas hácia el pueblo de Santa Ana, causándole mucha pérdida. Retiróse hácia el alto de San Francisco, donde se situó rechazando por dos veces á los enemigos. Auxiliado por Briceño, consiguieron los patriotas enseñorearse de toda la península, y los realistas huyeron á unirse con Carrera en la serranía de San Luis. Este habia podido rechazar á Várgas, quien se viera obligado á salir del valle de Baragua.

Tales sucesos ocurrian en el mes de setiembre, en que la mayor parte de las tropas colombianas fueron trasladadas á Maracáibo en cumplimiento de las órdenes perentorias del Libertador. Debilitóse con esto la infantería, y la mayor parte de la caballería se inutilizó por carecer de forrajes. Sin embargo, habiendo levantado Briceño algunas tropas del país, destinó al capitan Escovar para que uniéndose con Várgas arremetiesen á Carrera. Mas con la retirada del último, esta operacion no pudo tener lugar, y el jefe realista batió dichas tropas obligándoles á

replegarse sobre Casicure. Consideróse entónces Carrera capaz de atacar con quinientos hombres al teniente coronel Leon Pérez, que guarnecia la ciudad de Coro con ciento treinta hombres. Parapetados en una casa y con una pieza de á cuatro, tuvieron la gloria de rechazar á los realistas, hiriendo á varios oficiales y aun al mismo jefe Carrera. Sin embargo se replegaron inmediatamente al puerto de la Vela, donde se hallaba Briceño. Ocurrió entónces un motin militar, por cuyo medio este jefe fué privado del mando, bajo el pretexto de que no obraba con actividad. Confirióse al coronel Juan Gómez por los mismos oficiales, que dieron así un funesto ejemplo de insubordinacion militar.

El nuevo jefe de las tropas colombianas en Coro quiso desplegar mucha actividad para acreditarse; ocupó nuevamente á Coro, donde fuera atacado el 6 de noviembre por quinientos hombres de infantería y alguna caballería. Defendióse valerosamente en el convento y plaza de San Francisco, rechazando continuos y furiosos ataques, que le dieron los enemigos por cuatro dias seguidos. Afortunadamente se presentó el teniente coronel Leon Pérez con doscientos soldados, quien pudo romper la línea de los enemigos causándoles mucho daño. En seguida salieron de la ciudad, deshicieron la línea de los sitiadores y los batieron completamente en los alrededores de Coro. Mas no pudieron perseguirlos por falta de caballería y municiones. Vióse, pues, el jefe colombiano en la necesidad de retirarse al puerto de la Vela, dejando conmovida y en poder de los enemigos á la mayor parte de la provincia. Un estado semejante y las contínuas instancias así de Carrera como de sus compañeros de armas, llamaron la atencion del general en jefe del ejército expedicionario. Creyó este bien fundadamente que la provincia de Coro sería una importante base de operaciones para renovar la guerra, y ver si conseguia que reverdecieran sus laureles marchitos en Carabobo. Hizo, pues, todos los preparativos para la nueva campaña que meditaba.

Hubo entre tanto un incidente digno de mencionarse.

Hemos referido anteriormente que entre los jefes y oficiales que enviára el general Latorre fuera de Puertocabello estaba el coronel don Antonio Rámos, y que este, despues de algunos accidentes en los Llanos de Calabozo, habia tomado servicio en el ejército de Colombia. Empero tal conducta era una ficcion

alevosa de Rámos. Transcurridas algunas semanas huye de Calabozo, levanta una partida y principia á hacer de nuevo la guerra á su patria, aunque no con buen suceso. Desamparado por los suyos, fué aprehendido cerca de San Juan de los Morros y conducido á Carácas. En esta ciudad se le sometió á un consejo de guerra, que le condenára á muerte como traidor y desertor de las banderas colombianas. La sentencia fué confirmada por la corte superior de justicia de Venezuela, y en consecuencia Rámos sufrió en Carácas la pena de último suplicio el 3 de diciembre.

Esta ejecucion excitó fuertes reclamaciones de parte de los jefes españoles Latorre y Moráles; tuviéronla como una infraccion del tratado de regularizacion de la guerra, que prohibia el que pudieran ser castigados con la pena de último suplicio los empleados de cualquiera de los dos gobiernos que habiendo desertado de las banderas del uno, fueran aprehendidos alistados bajo las del otro. El jefe superior de Venezuela, Soublette, y la corte de justicia sostuvieron que Rámos no estaba comprendido en dicho artículo. El Libertador aumentó la fuerza de las reclamaciones hechas por los generales del rey. Desde Popayan dirigió al poder ejecutivo de Colombia una fuerte protesta contra la muerte de Rámos, que tuvo por infraccion manifiesta del tratado de regularizacion de la guerra; por tanto improbó severamente la muerte de aquel valeroso y desgraciado jefe.

CAPÍTULO IV.

Expedicion de Aymerich contra Guayaquil ; es batida una parte en Yaguachi; la otra se retira con pérdida. — Los prisioneros realistas no quieren ser canjeados. — Sucre á su turno invade la cordillera de Quito : se avanza hasta Ambato : es derrotado en Guachi y se retira á Guayaquil. — Difiérese la incorporacion de esta provincia á Colombia. — Sucre recibe auxilios é instrucciones del Libertador. — Proyecto de combinacion con San Martin. — Nueva expedicion realista contra Guayaquil. — Su comandante Tolrá celebra un armisticio con Sucre y vuelve á Riobamba. — Operaciones de los patriotas para estrechar el sitio del Callao. — Canterac regresa á esta plaza, y despues se retira. — Capitula el Callao y continúa la guerra. — Tendencias monárquicas en el Perú. — Persecucion contra los Españoles europeos. — Equilibrio de los partidos beligerantes. — Auxilio peruano ofrecido á Sucre. — Este proyecta apoderarse de Loja y Cuenca. — Partidos que hay en Guayaquil sobre Union. — Caimiento de ánimo de la junta. — Expedicion peruana auxiliar. — Proyectos del Libertador, quien llega á Popayan. — Operacíones del general Mourgeon en Panamá. — Arriba al puerto de Atacámes y penetra en Quito. — El istmo de Panamá se declara independiente de la España y se une á Colombia. — Recibe auxilio de tropas y es organizado como departamento. — Activas providencias de Mourgeon en Quito para su defensa. — Bolívar en Cali. — Su plan de campaña por Guayaquil. — Algunos buques de guerra españoles, aparecidos en el Pacífico, se lo hacen variar. — Se dirige nuevamente á Popayan. — Quiere abrir negociaciones con Mourgeon, que se deniega. — Se pasa á los patriotas José María Obando. — Graves dificultades para la campaña contra Pasto. — Marcha Bolívar á emprenderla. — Preparativos de su adversario don Basilio García. — Fuerzas del Libertador. — Fragatas españolas en Panamá : singular convenio con los independientes : rómpese por el comandante Villégas. — Se entregan las fragatas al gobierno del Perú por un convenio. — El ministro colombiano Mosquera reclama la corbeta *Alejandro.* — Arriba á Guayaquil la escuadra de Chile. — Conducta arbitraria y violenta del vicealmirante Cochrane. — Convenio que hace con la junta de Guayaquil. — San Martin determina tener una entrevista con Bolívar. — Sus proyectos para ocupar á Guayaquil. —

— Preparativos de Sucre contra Quito. — Avance de la expedicion peruana. — Sucre sale á Yuleg en Cuenca y se junta con Santa Cruz. — Los Españoles abandonan la provincia de Cuenca. — Cestáris amenaza á Quito: se paralizan las fuerzas reales. — Operaciones militares en la provincia de Coro. — Capitula el coronel Juan Gómez: irregularidad de la capitulacion. — El gobierno colombiano la imprueba. — El general Latorre vuelve á Puertocabello, cuyo sitio se habia levantado. — El coronel Réyes Várgas es derrotado; alarmas de los patriotas. — Providencias de los jefes de Venezuela para repeler la invasion realista, que temen. — Diferencias entre Páez y Soublette. — Situacion de Coro, adonde arriba el brigadier Moráles. — Proyecta apoderarse de Maracáibo: dos columnas suyas atraviesan el lago. — Los independientes invaden á Coro; mas se retiran temiendo á Moráles. — Destruccion de la columna realista de Ballestéros; la dé Morillo capitula. — Accion de Dabajuro perdída por los patriotas. — Excesos de Moráles en Coro. — Ocúpanla de nuevo los republicanos. — Moráles se traslada por mar á Puertocabello. — Cuestion entre Sucre y Santa Cruz. — Fallecimiento de Mourgeon. — Marcha de Sucre sobre Quito; sus maniobras. — Derrota de los Españoles en Pichincha. — Capitulacion de Aymerich y entrega del reino de Quito. — Gloria de Sucre. — Marcha del Libertador sobre Pasto. — Sangriento combate de Bombonà. — Proyecta negociar un arreglo con los realistas: no tiene efecto. Bolívar se retira al Peñol. — Hostilidades de los guerrilleros patianos. — Carácter indómito de los Pastusos. — El Libertador continúa su retirada al Trapiche. — Dirige una intimacion al comandante realista. — Este quiere capitular; mas se oponen los Pastusos. — Se inicia de nuevo y concluye la capitulacion de Pasto. — Trasládase Bolívar á esta ciudad. — Se erige la nueva provincia de Pasto. — El obispo de Popayan se reconcilia con la República. — El Libertador sigue á Quito, y las provincias meridionales se incorporan á Colombia: forman el vasto departamento del Ecuador. — Arribo del ministro Mosquera á Lima. — Cuestiones desagradables que halla existentes entre los oficiales colombianos de Numancia y el gobierno del Protector San Martin. — Órdenes de Sucre para que dicho batallon regrése al Ecuador. — Mosquera acuerda las condiciones bajo las cuales Numancia continuaria sus servicios en el Perú. — Curso de las negociaciones que entabla; dificultades que ofrece la cuestion de límites. — Se conviene en dejarla para un tratado especial, que se hará en mejores circunstancias; entre tanto se reconocen y dejan ilesos los derechos de Colombia sobre el territorio de Quíjos y Máinas. — Se firman en seguida dos tratados. — Dificultades que se presentan para la incorporacion de Guayaquil á Colombia. — Bolívar se traslada á aquella ciudad. — La provincia de Guayaquil se incorpora á la República y es erigida en departamento. — Organizacion del gobierno de las provincias meridionales de Colombia. — Entrevista de Bolívar y San Martin en Guayaquil; su objeto. — Primer auxilio de tropas colombianas enviado al Perú. — Juicio de Bolívar sobre la guerra en aquel país. — Derrota de los patriotas en Ica. — Expulsion de los Españoles europeos del territorio

peruano, ya independiente, por el ministro Monteagudo. — Este es arrojado del Perú. — Variacion de la tendencia monárquica de aquel gobierno. — San Martin reasume la autoridad suprema. — Reunion del congreso peruano. — Este admite la renuncia de San Martin, y establece una junta de gobierno. — Nombra generalísimo á San Martin, quien no admite, y abandona para siempre al Perú.

Año de 1821. — La importancia de los sucesos militares y políticos ocurridos en las provincias de Venezuela y del norte de la Nueva Granada, ha llamado por largo tiempo toda nuestra atencion. Fijemos ahora los ojos en los acontecimientos que al mismo tiempo ocurrieran en el sur de Colombia, que presentarán sucesivamente el mas grande interes.

Suspendimos nuestra narracion dejando al general Sucre y á la junta de Guayaquil dictando providencias activas para remediar los males causados por la sublevacion de una gran parte de la marina y del batallon primero, seducido por sus jefes López y Salgado. Era absolutamente necesario obrar con celeridad y energía. Sabíase la invasion que el presidente de Quito proyectaba contra Guayaquil, y que estaba ya á la cabeza de su division. Es cierto que el mal éxito de la contrarevolucion intentada le privaba de auxiliares poderosos; empero aun mantenia correspondencia con algunos habitadores de Guayaquil, que le animaban á que emprendiera su reconquista.

Resuelta la marcha, dió Aymerich las órdenes mas urgentes al coronel don Francisco González, á fin de que se pusiera en camino con el batallon de mil plazas que mandaba en Cuenca, llamado Constitucion. Debia unírsele en Babahoyo el 28 de agosto, penetrando por el camino de Yaguachi.

El general Sucre se hallaba instruido de tal proyecto, y para frustrarlo preparó los diferentes cuerpos de su division, con los que en los primeros dias de agosto ocupó á Babahoyo. Sabiendo que la division española acantonada en Guaranda se avanzaba rápidamente, le salió al encuentro en las llanuras de Palolargo. Detúvose allí el enemigo al frente de nuestras posiciones sin emprender operacion alguna, lo que manifestaba claramente que aguardaba á que llegase el tiempo fijado para la cooperacion de las tropas de Cuenca. Sabiendo Sucre que estas debian arribar á Yaguachi el 18 de agosto, vió que era muy crítica su posicion, si no daba un golpe á los realistas cuando todavía se hallaban separados. Dejó pues el camino franco á Aymerich,

y por una marcha rápida situóse en Yaguachi ántes que arribára la division de Cuenca.

Al dia siguiente supo la aproximacion de los enemigos, y escogió un campo de batalla. El general Míres fué destinado sin tardanza á que lo ocupase con el batallon Santander y una compañía de dragones al mando de Cestáris. Pero los realistas habian apresurado tanto su marcha, que Míres los halló á poca distancia de Yaguachi en un bosque, cuyo camino estrecho solo permitia la marcha de cuatro hombres de frente. Míres creyó debia rechazar la columna española hasta situarse en la posicion que se le habia prevenido. Empeñó, pues, el combate (agosto 19) á las once de la mañana. El enemigo retrocedió hasta un punto en que podia formarse en cuadro para atender á todas las direcciones del bosque ocupado por los cazadores del batallon Santander. El terreno permitia ya tambien que Míres ordenase las demas compañías de Santander, regidas por el mayor Soler, comandante del cuerpo : todas marcharon á romper el cuadro en que peleaban los realistas. En medio de un fuego muy vivo murió el valiente Soler, quien fué reemplazado por el capitan mayor Pallares. Los Españoles sostenian el combate denodadamente, cuando el capitan Moran dió una carga vigorosa con la primera compañía de dragones. El enemigo no pudo resistirla : fué despedazado su cuadro y derrotado completamente. El coronel González pudo escapar con solo ciento veinte hombres. Murieron ciento cincuenta, y se tomaron mas de seiscientos prisioneros, entre ellos el segundo jefe Tamariz con el armamento, municiones, equipajes y todo cuanto pertenecia á aquel cuerpo. Esta brillante jornada aseguró la independencia de Guayaquil.

Aun eran inferiores las fuerzas de Sucre á las de Aymerich. Este, despues de ocupar á Babahoyo, siguió hácia Yaguachi por un camino áspero y fangoso. Habia ya caminado dos dias sin tener conocimiento de la desgracia ocurrida al coronel González, que Sucre habia procurado se le ocultára, cuando la supo en las cercanías de Yaguachi. Retrocedió entónces la division española con tanta rapidez que en un solo dia hizo el camino de dos marchas. Atravesó nuevamente el rio, y el 24 de agosto por la noche estuvo en Palolargo, donde se detuvo.

Los movimientos de Sucre, aunque pudieron haber sido mas rápidos que los del enemigo por la posesion del rio, no lo fue-

ron por desgracia. Marchando por tierra hácia Babahoyo, el único escuadron que tenia de caballería se encontró de repente con la division de Aymerich ántes de su retirada : el escuadron hizo una marcha retrógrada equivocada que demoró la de Sucre dos dias. En el momento que arribára la caballería á Babahoyo, fué remontada y salieron partidas á reconocer el campo enemigo. Este se hallaba situado en Sabaneta y ocupaba una hermosa llanura, confiado en sus numerosos y bien montados dragones. No era prudente atacar en sus estancias la division española, y al dia siguiente hizo el general colombiano repetidos esfuerzos para sacar al enemigo de sus posiciones y atraerle á un punto mas ventajoso para la infantería republicana; pero aquel se mantuvo en su campamento, protegido siempre por su caballería.

Sin embargo, temiendo Aymerich que cupiera á su division una suerte funesta, emprendió cobardemente su retirada el 27 de agosto á las ocho de la noche. Los dragones independientes mandados por Cestáris persiguen con actividad su retaguardia, y le toman las municiones, bagajes, muchas caballerías, algunas armas y bastantes prisioneros. Duró la persecucion hasta la Punta de Playa. Las marchas del enemigo fueron tan desordenadas, y era tanto el miedo que llevaba la division de Aymerich, que esta vergonzosa retirada fué una verdadera dispersion. Perdió en ella mas de cuatrocientos hombres. Si la caballería de Sucre, que no tenia herraduras, hubiera podido sufrir el terreno pedregoso de la cordillera, pocos realistas habrian llegado á Guaranda.

Obtenidas tan grandes ventajas militares, quiso el general Sucre aprovecharse del prestigio que le daban, para ver si conseguia la incorporacion de Guayaquil á Colombia. Baja, pues, á la capital, cuyo cabildo declara, que los votos de la provincia estaban absolutamente pronunciados por la reunion á la República, y que debia convocarse un colegio electoral dentro de quince dias, para que así lo resolviera. Expidióse en efecto la convocatoria.

En estas circunstancias se presentó el oficial realista don Francisco Jiménez á proponer el canje de los prisioneros á nombre de Aymerich. Todos los soldados americanos se resistieron á ser canjeados, diciendo : « que no querian servir á los tiranos de su patria. » El comisionado Jiménez fué de la misma

opinion, y se alistaron casi todos en las banderas de la República.

Despues de estos sucesos, el general Sucre, cuya actividad era muy grande, regresó á Babahoyo. Conforme á sus anteriores disposiciones habian marchado ya dos cuerpos de tropas colecticias para llamar la atencion de los realistas. El uno sobre Cuenca, que tenia cerca de trescientos hombres, destinado á seguir por el camino del Naranjal á las órdenes del coronel Luco; y el otro de igual número gobernado por el comandante Illingrot, que debia seguir á Latacunga por el Zapotal y amenazar á Quito.

El principal cuerpo de la division republicana se componia de mil trescientos hombres, entre los que habia setenta dragones, que iban á montarse en la cordillera, y doscientos cincuenta soldados prisioneros en Yaguachi, que se incorporaron en nuestras filas. Estas fuerzas todavía eran inferiores á las de Aymerich, que tenia mas de dos mil hombres, entre ellos quinientos dragones bien montados y de excelente disciplina. Confiaba Sucre reportar la victoria por medio de su infantería, y por la desmoralizacion que se habia introducido en el ejército real de Quito.

Al arribo de Sucre á Babahoyo, las tropas dirigidas por Míres habian seguido hácia la cordillera. Alcanzólas en Guanujo, y con la celeridad de las marchas sufrió la division una baja de cerca de doscientos hombres entre desertores y enfermos. Detúvose allí tres dias para descansar y remontar la caballería. Con mucha dificultad pudo conseguir malos caballos: esto le obligó á enviar por dos piezas de montaña que habia dejado en Babahoyo. Supo entre tanto haber salido ya á Latacunga el comandante Illingrot, donde ocupaba á Pujilí, y que se le habian unido los habitantes de los pueblos que le auxiliaban eficazmente. Á pesar de esto temió Sucre que le destruyera un cuerpo de caballería realista. Resolvió, pues, hacer un movimiento sobre su izquierda y salir á Ambato por el camino de Pucobamba. Distaba cuatro jornadas de aquel lugar.

Hallábase el enemigo á tres jornadas de Ambato cuando tuvo noticia del movimiento de la division colombiana. Emprendió, pues, inmediatamente su marcha hácia la misma villa por la ruta de la derecha, dejando en medio la cordillera. Al tiempo que Sucre llegó á Pilaquin, los Españoles estaban en Mocha.

Conociendo la superioridad que tenian estos en caballería, el general republicano determinó permanecer sobre las montañas y no bajar á las llanuras de Ambato. Este pensamiento fué impugnado vivamente por varios jefes que deseaban combatir, pues decian que indicaba una irresolucion. Sucre tuvo la debilidad de ceder, y á las doce del dia (setiembre 12) estuvieron en la llanura de Ambato ó de Guachi ambas divisiones enemigas.

Los realistas ocuparon una pequeña ensenada al pié de la cordillera, donde ocultaron su infantería y parte de la caballería. Los republicanos formaron sus novecientos infantes en tres columnas cerradas, y solo tenian setenta dragones. Por el frente los cubria una zanja; empero estaban descubiertos sus flancos y su espalda. En tal situacion el general Sucre hizo várias tentativas para saber la fuerza enemiga, y aun él mismo fué á reconocerla y á buscar una posicion mas segura.

Miéntras se ocupaba en esto, la caballería española atacó de firme á nuestra infantería y fué rechazada; no obstante repitió la carga, y tuvo que retirarse de nuevo. Entónces el general Míres cometió la imprudencia de permitir que los batallones Albion y Guayaquil se dispersáran con el objeto de perseguir á los realistas. Aunque Sucre volára á remediar el mal poniéndose á la cabeza del batallon Santander, no pudo conseguir que se restableciera la formacion. Introducido el desórden, aparecieron en línea la infantería y caballería enemigas. Los patriotas no pueden resistir su ataque simultáneo. Todos sus cuerpos son envueltos, y destruidos ó prisioneros en tres horas que se defendieron valerosamente. El general Sucre pudo escapar con dos fuertes contusiones, y apénas se salvaron cien hombres con el comandante Cestáris y pocos oficiales. En aquel dia los Españoles tuvieron un completo desquite de la jornada de Yaguachi.

Todo cuanto traía la division republicana fué cogido por los realistas. Tomaron estos cuarenta oficiales prisioneros, entre ellos el general Míres y cuatrocientos soldados: tuvieron los independientes trescientos muertos y heridos. En el sur, fué tan funesta á los republicanos la arenosa llanura de Guachi como la Puerta en Venezuela.

Los Españoles perdieron una tercera parte de su caballería, cuyos cuerpos fueron los que se empeñaron principalmente en el combate, mandados por el coronel José Móles. Fué sobre todo sensible á los Españoles la muerte del coronel Payol.

Sucre tuvo la advertencia de participar oportunamente su derrota al comandante Illingrot. Hallábase este sobre Quito el 12 de setiembre por la noche, cuya capital defendia don Damian Alba con solo ochenta hombres. Sin la desgracia de Guachi, Illingrot se habria enseñoreado de la capital. Mas habiéndola sabido, pudo retirarse á Guayaquil con poca pérdida.

En Babahoyo hizo alto el general Sucre, como punto el mas á propósito para recoger los dispersos y los prisioneros que desertaron del enemigo, que fueron bastantes. Igualmente mandó regresar la expedicion á Cuenca, que ya no tenia objeto. Propuso tambien al general Aymerich el canje de cerca de doscientos cincuenta soldados y algunos oficiales realistas que tenia prisioneros. Con ellos y los convalecientes de los hospitales contaba reunir mil hombres para defender la provincia de Guayaquil. Era esta en el sur la base de operaciones de Colombia, y por tanto debia conservarse á todo trance.

La cuestion pendiente sobre la incorporacion de Guayaquil á Colombia tenia la ciudad capital despedazada por bandos y partidos. Sucre, temeroso de que perjudicáran á la defensa contra los Españoles, propuso que se difiriese la resolucion para mejor oportunidad, y así lo acordó el gobierno de la provincia.

Afortunadamente para la causa de la Independencia arribó en el mes de octubre el batallon Paya con quinientos hombres, y debian seguirle trescientos soldados mas. Este oportuno socorro, enviado de las provincias del Cáuca, puso á Sucre en aptitud de defender á Guayaquil.

Poco despues (octubre 25) llegó el coronel Diego Ibarra, edecan del Libertador. El objeto principal de su viaje era conducir pliegos para el general San Martin, el vicealmirante de la escuadra de Chile lord Cochrane y el gobierno de Guayaquil. Bolívar les anunciaba los vastos planes que habia concebido para dar independencia y libertad á toda la América del Sur; planes que meditaba desde que encerrára á los Españoles de Venezuela en la plaza de Puertocabello. Eran estos conducir cuatro mil hombres de sus mejores tropas sobre Panamá, apoderarse del istmo y enviarlas al Perú, á fin de expeler á los Españoles de aquel hermoso y rico país, aun ántes de arrojarlos de las provincias de Quito. Pensaba el Libertador que nada importaria á la causa general de la América que los realistas poseyeran unas pocas provincias en la cima de los Ándes del Ecuador, si les quitaba

su apoyo en el Perú. Para realizar sus proyectos, necesitaba y pedia á la junta de Guayaquil trasportes para conducir sus tropas de los puertos del Chocó y Panamá. La misma demanda hacía al protector del Perú.

Hallando el coronel Ibarra que la escuadra de Chile, con que se contaba para ejecutar el indicado plan, estaba carenándose en Guayaquil, y que San Martin no podia disponer de ella, suspendió su viaje á Lima. Encargóse el general Sucre de comunicar al Protector los planes de Bolívar, y le pidió trasportes para conducir sobre el Pacífico las tropas colombianas. San Martin le contestó en 24 de noviembre lleno de complacencia por los generosos auxilios que le ofrecia Bolívar para consumar la grande obra de dar independencia y libertad al Perú: ofreció los trasportes y todo cuanto se necesitára para la mas pronta conduccion de las tropas, desde las costas de Colombia hasta las playas que dominaron los Incas.

Deseoso el Protector de acelerar tan importante combinacion, envió á Guayaquil al general de brigada don Francisco Salazar: traía ostensiblemente el doble objeto de felicitar á Bolívar luego que arribára, y de ser encargado de negocios cerca de la junta de Guayaquil. Él debia contribuir eficazmente á combinar todos los medios que se juzgasen necesarios para llevar á cima la grande empresa que se meditaba. Su encargo secreto era promover la incorporacion de Guayaquil al Perú.

Aguardábanse las respuestas del Protector, y en el intermedio el coronel Ibarra, ayudado por el influjo del general Sucre y por los auxilios que le prestára la junta de Guayaquil, pudo enviar algunos buques á Buenaventura. Esperábase que ya habrian arribado á dicho puerto algunos batallones colombianos, y acaso el Libertador mismo. Pero la marcha de este y de sus tropas se habia retardado mas de lo que al principio se calculaba. Originóse la demora de sus dilatadas marchas por tierra desde Maracáibo, Riohacha y Santamarta con direccion á Bogotá.

Entre tanto el general Aymerich habia dado el mando de su division de operaciones á don Cárlos Tolrá, bien conocido en el norte de la Nueva Granada. Este oficial acababa de llegar de Máinas y de Trujillo del Perú, expelido de todas partes por las armas independientes. Tolrá encontró las fuerzas en Riobamba, y fueron llamadas las que guarnecian la provincia de Cuenca

regidas por el coronel don Francisco González. Era el proyecto de Aymerich invadir y tomar la provincia de Guayaquil, cuya independencia alarmaba continuamente á los realistas de Quito.

Todo el mes de octubre fué empleado por el coronel Tolrá en reunir y organizar las tropas que debian componer la expedicion invasora. Pidió Tolrá con mucho empeño á Aymerich que le enviase cuatrocientos hombres mas, y no lo pudo conseguir, porque habria sido necesario desguarnecer á Pasto, que de un dia á otro podia ser invadido hácia el norte. Púsose al fin en marcha (noviembre 10) desde Guaranda con mil hombres de infantería y mas de trescientos jinetes bien montados y equipados. Tenia por subalternos á López, González y otros jefes de mérito.

La division realista penetró sin oposicion hasta la Sabaneta. El general Sucre permanecia en sus estancias de Babahoyo. Era su plan de campaña defender los rios y pasos difíciles, segun le habia prevenido el gobierno de Colombia, miéntras se aumentaba su division, para asegurar el triunfo de las armas de la República. Con el destino de llevar adelante su sistema defensivo situóse en el punto de Dos-Esteros. Teniendo los independientes buques de guerra, de los que carecian los Españoles, era harto difícil que pudieran estos penetrar en la provincia con tan débiles fuerzas. Sucre esperaba ademas que les impondria tambien respeto la escuadra de Chile al mando de lord Cochrane, que, segun dijimos, se hallaba en Guayaquil con el objeto de carenarse; la que se componia de dos fragatas y tres corbetas.

Situado ya en Sabaneta, el coronel Tolrá conoció á fondo todas las dificultades de que se hallaba erizada su empresa de tomar á Guayaquil. Resolvió, pues, no arriesgar la pérdida de las fuerzas que mandaba y sacar algun provecho de su pretendida invasion. Así, valiéndose de una invitacion verbal que por medio de un parlamentario le habia hecho la junta de Guayaquil para que celebráran un armisticio, invitó al general Sucre á una conferencia. Túvose esta en Babahoyo (noviembre 20), y se hizo entre los dos jefes un convenio, cuyos puntos principales fueron : primero, que podia el gobierno español de Quito enviar por el puerto de Guayaquil tres oficiales comisionados á Cartagena, á Panamá y al Perú, con el fin de averiguar el estado político de estos países, y conducir la correspondencia que hu-

biera de la corte de Madrid para los jefes de Quito; segundo, que entre tanto habria una tregua de noventa dias en que se suspenderian las hostilidades entre las armas españolas y las de Colombia; tercero, que la tregua se extenderia á las provincias de Quito y Cuenca de parte del gobierno español, y á la de Guayaquil por la de Colombia; cuarto, que durante la tregua quedaria franco el comercio entre las mencionadas provincias. Los demas artículos de este convenio eran ménos importantes.

Él fué aprobado por el gobierno de Guayaquil, y Tolrá puso despues la adicion de que las tropas de Colombia y Guayaquil no auxiliáran al istmo de Panamá contra el gobierno español. Sucre rechazó esta condicion, fijando en su respuesta un término para el rompimiento de las hostilidades. La contestacion del jefe español fué devolver el convenio aprobado en 24 de noviembre sin adicion alguna.

La causa de esta novedad repentina fué, segun el mismo Tolrá, que los batallones Constitucion y Aragon quisieron sublevarse y marchar á Quito, á que se planteára en todas sus partes la constitucion de las Córtes de Cádiz, segun lo estaba en la Península. Cuando se hizo cargo á Tolrá del poco lucimiento con que habia salido de su expedicion, en que nada importante pudo hacer, decia: que la desercion habia disminuido considerablemente sus fuerzas, que eran insuficientes para acometer la empresa de sojuzgar la provincia de Guayaquil por el número de sus tropas, igual por lo ménos á las suyas; que todos los jefes habian sido de opinion que no se continuase la campaña; en fin, que ya iban á comenzar las lluvias, durante las cuales toda la parte llana de la provincia de Guayaquil queda por cuatro meses convertida en un lago, que impide absolutamente las comunicaciones terrestres (1).

Estos fundamentos eran poderosos, y ni aun con dobles fuerzas de las que llevaba, habria podido Tolrá enseñorearse de Guayaquil, defendida por Sucre con soldados colombianos. —

(1) Las lluvias comienzan en Guayaquil por diciembre, y en el mes de enero son las anegaciones, que duran hasta mayo. Así es que en las llanuras de las costas del Pacífico hay una sequedad completa cuando al oriente de la gran cordillera principian las lluvias y la consiguiente inundacion de sus extensos llanos.

En cumplimiento del armisticio, Tolrá volvió con su division á Riobamba.

Dejamos á San Martin y á sus tropas ocupados principalmente en estrechar el sitio del Callao, sin cuyo puerto era precaria la suerte de Lima. El vicealmirante de la escuadra de Chile Cochrane se habia apoderado de los últimos buques de guerra y mercantes que tenian los Españoles. El capitan Crosbie los sacó por la noche debajo de los fuegos del enemigo. Sin embargo de esto, la plaza no se rindió, y cuando ménos se esperaba, el general Canterac, burlando con excelentes maniobras y grande atrevimiento la vigilancia y superioridad del ejército de San Martin, penetró hasta el Callao con cerca de tres mil hombres. Era su designio socorrer la plaza y sacar por lo ménos cuatro mil fusiles para el ejército real, que carecia de esta arma. Conseguido en parte su objeto, determina regresar á Jáuja, despues de haber celebrado contratas para que se proveyera al Callao de víveres extranjeros. Sin embargo, ofrece y piensa volver, por cuyo motivo no llevó los fusiles. Segunda vez atraviesa gloriosamente las posiciones enemigas; pero en breve pierde por la desercion mas de ochocientos hombres y treinta y dos oficiales que se pasaron á los independientes. La defeccion de los pueblos y de los soldados criollos era el gran mal que en esta época minaba el poder español en la América del Sur.

Por mas esfuerzos que hizo Canterac en esta expedicion, vióse la plaza del Callao obligada á capitular. El general Lamar firmó la capitulacion el 19 de setiembre, y se le concedieron las mas honrosas condiciones por San Martin. Retiróse á Guayaquil, y despues de algun tiempo Lamar se alistó en las banderas independientes. Colombiano por nacimiento como hijo de Cuenca, no sirvió á su patria, regresando al Perú á continuar su carrera militar.

Dueño San Martin de la capital, de la única plaza fuerte del Perú, y de todas las provincias que yacen al norte de Lima, prosiguió la guerra con actividad, destacando columnas de tropas hácia diferentes puntos. Estas promovian la insurreccion de los pueblos, los auxiliaban contra los Españoles, y dañaban sobre manera á la causa real; empero no aproximándose la terminacion de la guerra, el país sufria en todas direcciones.

La marcha del gobierno del Protector tampoco agradaba á los republicanos. La institucion de la órden del Sol, instalada con

mucha pompa, junto con otros varios decretos y establecimientos, daban al gobierno de San Martin un tinte monárquico que no se avenia con las formas y la sencillez de los principios republicanos. Parece que tenia San Martin fuertes convicciones en favor de la Monarquía constitucional, y que ni él ni su ministro Monteagudo abandonaban las ideas que habian emitido en las conferencias de Puncháuca.

Tambien parecia á muchos innecesaria la persecucion de los Españoles europeos y de los desafectos, que gozaban ántes de tanto influjo, riquezas y conexiones en el país. Continuábala tenazmente el ministro Monteagudo como una medida de salvacion para la Independencia. Tanto este como otros patriotas experimentados en las revoluciones de la América ántes española juzgaban, que miéntras los Españoles europeos permanecieran en las provincias independientes del Perú, siempre conspirarian en favor de la madre patria, y harian todos los esfuerzos que estuvieran á su alcance á fin de que tornáran al yugo de la metrópoli. No carecian de razon, y el ejemplo de Colombia, donde tantos males causáran los Españoles europeos, á quienes los patriotas jamas pudieron ganar con beneficios, justifican hasta cierto punto aquellas medidas violentas dirigidas á asegurar la tranquilidad pública.

Mas á pesar de la energía revolucionaria del gobierno protectoral, y de los continuos esfuerzos que hacía para llevar á cabo la independencia del Perú, esta se hallaba muy distante. Los jefes realistas que dominaban la gran cordillera desde Jáuja hasta los confines de Buenos Aires, obraban con igual actividad, y acaso con mayores talentos en defensa de la causa de la metrópoli. Así era que habian formado un ejército numeroso. Lisonjeábanse de que perfeccionada su organizacion y disciplina conforme á los principios de la última táctica europea, que dichos jefes habian aprendido en la guerra de la Península contra los Franceses, podrian no solo defender las ricas y abundantes provincias que dominaban en la Sierra, sino tambien recuperar las que forman el Bajo-Perú hasta Túmbes, límite meridional de Colombia.

Balanceadas aproximadamente las fuerzas, ninguno de los dos partidos beligerantes tenia las suficientes en los últimos meses del año, para fijar á su bando la victoria, que hasta entónces habia sido inconstante. Empero los auxilios ofrecidos á

San Martin por Bolívar, abrieron al primero un vasto campo de esperanzas bien fundadas de obtener un éxito feliz de la campaña. Apresuróse entónces á dar sus órdenes al presidente de Trujillo, general Arenáles, para que auxiliára eficazmente la expedicion que Sucre proyectaba en Guayaquil contra las provincias de Loja y Cuenca.

Habiéndose retirado la expedicion realista que mandaba el coronel Tolrá, Sucre se dedicó á disciplinar sus tropas, y á organizarlas, de modo que pudieran salir á campaña luego que lo permitieran las lluvias y las inundaciones que son consiguientes. Seguro estaba de que miéntras duráran estas, los realistas de la cordillera nada podrian emprender contra Guayaquil, aun cuando sus jefes infundieran á las tropas un nuevo espíritu de conquista.

Sucre esperaba recibir auxilios numerosos de Colombia, mandados por el Libertador en persona, y que estos no tardarian: concibió desde entónces el proyecto de no permanecer en la inaccion todo el invierno. Pensaba seguir á Cuenca por el camino del Naranjal, que sabía era transitable por tropas. Enseñoreado de aquella hermosa provincia y de la pequeña de Loja, limítrofe del Perú, tendria una excelente base de operaciones. El clima, los recursos y el patriotismo de los habitantes de Cuenca manifestado repetidas veces, le presentaban este plan como ventajoso en extremo para dar independencia y libertad á las provincias meridionales de Colombia.

Añadíase á esto que tenia en planta una negociacion de auxilios con el jefe que mandaba en Trujillo á nombre del Protector. Esperaba que este condescenderia en que se prestáran, y que igualmente le franquearia algunos fusiles que le habia pedido. Una expedicion reunida en la provincia de Piura podia venir fácilmente á Loja y pasar á Cuenca sin obstáculo alguno.

Lleno de estas ideas y con el objeto de preparar trasportes para las tropas colombianas que debian estar en el puerto de Buenaventura, Sucre volvió á Guayaquil despues de algun tiempo de ausencia. Halló la ciudad dividida en partidos pronunciados con mas fuerza que ántes. Querian unos que la provincia se erigiera en República independiente bajo la proteccion de Colombia y del Perú. De esta opinion era el presidente de la junta, Olmedo. Otros en la ciudad capital, y generalmente la

mayoría de los habitantes de la provincia, deseaban la incorporacion á Colombia. Por este sentimiento el canton de Portoviejo, uno de los mas poblados é importantes de Guayaquil, habia hecho un acta uniéndose á Colombia. Tambien opinaban algunos que Guayaquil se agregára al Perú; entre los cuales se contaban Roca y Jimena, miembros de la junta.

Dedicóse Sucre á neutralizar los partidos opuestos á Colombia, y con su prudencia logró calmarlos. Él de ningun modo queria precipitar los sucesos, á fin de que no se perjudicára la continuacion de una guerra vigorosa contra los Españoles.

La junta de Guayaquil habia caido por este tiempo en una especie de cansancio que paralizaba en gran parte las operaciones militares. Ya se le hacía muy duro sostener y pagar tropas proporcionalmente numerosas y exigir de los pueblos los sacrificios que eran necesarios. Parece que jamas habia pensado en que la guerra podia y debia durar largo tiempo. Por otra parte, Colombia por el mal estado de sus rentas, tampoco se hallaba en aptitud de mantener sus tropas á tanta distancia. Ademas, creía su gobierno que los pueblos del sur debian hacer sacrificios, que jamas podian compararse con los que el norte de la República habia ofrecido con generoso desprendimiento en las aras del altar de la patria. Estas exigencias le enajenaban sin embargo los ánimos de muchos habitadores de Guayaquil, que aspiraban en consecuencia á la union con el Perú, mirándola como un medio seguro de prosperidad y riqueza. En efecto, si se meditaban solamente las conveniencias particulares, y que Guayaquil hacía gran parte de su comercio con el Perú, no hay duda alguna en que esta union habria sido ventajosa á los intereses materiales de la provincia.

En tanto que el general Sucre manejaba en Guayaquil con mucha prudencia y acierto los negocios políticos y militares relativos á Colombia, supo que sus negociaciones para obtener un auxilio del Perú iban á realizarse. En efecto, el general Arenáles, en cumplimiento de las órdenes del Protector, embarcó en los primeros dias de diciembre el batallon Trujillo con mas de seiscientas plazas y cien granaderos á caballo, tropa excelente y aguerrida: el batallon Piura debia agregarse en la provincia de este nombre, con el cual se completarian mil doscientos hombres. El comandante de Piura, coronel don Andres Santa Cruz, oficial activo y emprendedor, era quien debia to-

mar el mando de la expedicion: él manifestaba muy buenos deseos de contribuir eficazmente á la independencia de las provincias meridionales de Colombia.

Acordadas tales providencias, pensaba tambien el general San Martin trasladarse á Guayaquil, luego que se realizára el viaje anunciado del Libertador, á fin de tener con él una entrevista.

La independencia absoluta de toda la América del Sur era el vasto plan que hacía algun tiempo llamaba la atencion del presidente de Colombia. Las difíciles y largas marchas de sus tropas desde las costas del Atlántico hasta Bogotá le habian detenido dos meses en esta ciudad, bien á pesar suyo. Al fin partió hácia Popayan el 13 de diciembre, cuando ya le habian precedido algunos batallones de la guardia colombiana, y los demas estaban para llegar á la capital de la República.

El número y la calidad de las tropas que marchaban á libertar el sur de Colombia, los jefes que las gobernaban bajo la hábil direccion de Bolívar, y las pocas fuerzas que los Españoles podian oponerles, todo presagiaba un pronto y feliz resultado en la campaña. Empero de repente anublóse el horizonte, presentándose á combatir por la causa de la metrópoli un jefe que pareció por algunos meses destinado á detener en su carrera la rápida y brillante fortuna de Bolívar.

Ántes hemos referido el arribo á Panamá del general español don Juan de la Cruz Mourgeon. Este fué inmediatamente reconocido como gobernador y capitan general del Nuevo Reino de Granada. En consecuencia el mariscal de campo don Pedro Ruiz de Pórras, que mandaba en el istmo desde la muerte del virey Sámano, siguió destinado á Cuba. Mourgeon halló á Panamá en mucha miseria, por la falta ó interrupcion del comercio en que se ocupaban sus habitantes, efecto necesario del curso que habia tomado la guerra de la Independencia; así era casi imposible que sin abrumar á los pueblos pudiera sostenerse la numerosa guarnicion que se habia reunido en aquella plaza. En vista de un estado semejante, el capitan general determinó seguir á Quito á la mayor brevedad posible.

No teniendo recursos pecuniarios, apoderóse Mourgeon de los fondos existentes de cofradías, iglesias y monasterios, ofreciendo pagarlos en mejores tiempos. Con estos caudales y con veinte mil pesos que produjo la venta que hizo á un comisionado del

virey del Perú de varios elementos de guerra, consiguió alistar su expedicion. Componíase de setecientos á ochocientos hombres de los batallones Tiradores de Cádiz, Cataluña y Pardos, con dos escuadrones de caballería desmontados. Debia convoyar los trasportes la corbeta *Alejandro,* que don Ramon Ollagüe habia robado á los patriotas en Guayaquil cuando se sublevára la marina. Armáronse ademas tres goletas menores con un cañon en coliza.

Aprestada la expedicion en que manifestó el nuevo capitan general mucha firmeza y actividad, se hizo á la vela el 22 de octubre. Su destino aparente fué el puerto de Montecristi en la provincia de Guayaquil; pero Mourgeon tenia otras miras. Hacía correr aquellas voces para libertarse de las asechanzas que pudieran armarle los patriotas que habia en Panamá, dando aviso á la escuadra de lord Cochrane, que cruzaba en el Pacífico. Ya en alta mar dirigió su rumbo al puerto de Atacámes, inmediato á la embocadura del rio Esmeráldas. Un temporal dispersó los buques; mas todos llegaron sucesivamente á su destino.

Aquella costa se hallaba casi desierta, y para ir á Quito se debe atravesar un bosque despoblado de veinte leguas, montando la cordillera de los Ándes, de áspera y difícil subida. Tamañas dificultades no arredran al genio activo y emprendedor de Mourgeon. Semejante á los antiguos Españoles que conquistaron estos países, penetra por aquellos bosques solitarios, sufriendo hambre, fatigas de toda clase y multitud de privaciones. Auxiliado oportunamente de Quito, arriba á esta ciudad el 24 de diciembre, á los dos meses de haber salido de Panamá.

Á su partida del istmo habia encargado el mando al teniente coronel don José Fábrega, que era gobernador de la provincia de Veráguas. Para comprometerle mas en la defensa de los derechos de la metrópoli, le dió el grado de coronel.

Viéndose los habitantes de Panamá gobernados por un compatriota suyo, y no imponiéndoles respeto las cuatro compañías de tropa reglada que el capitan general habia dejado de guarnicion, principian muy activamente á hablar de independencia. La mayor parte de los miembros del ayuntamiento eran adictos á tan lisonjero sistema, y mas de una vez se habian opuesto con vigor y energía á los jefes españoles, especialmente al coro-

nel del batallon Cataluña y á otros oficiales europeos con quienes tuvieron disputas bien acaloradas.

La villa de los Sántos fué la primera en la provincia de Panamá que proclamó su Independencia de la España. Imitóse este ejemplo con el mayor entusiasmo por otros pueblos. Se detuvo algunos dias la ciudad capital en hacer igual pronunciamiento; sus moradores se hallaban contrariados en sus deseos por varios oficiales de la guarnicion, y especialmente por el coronel de Cataluña don Isidro de Diego, hombre de relaciones y de influjo en el istmo. Sin embargo, así este como los demas Españoles europeos tuvieron que ceder al torrente de la opinion de la masa del pueblo, que anhelaba por la Independencia. Fué proclamada el 28 de noviembre en una junta de todos los empleados y de las corporaciones civiles, militares y eclesiásticas, formándose un acta. Por ella se unieron las provincias del istmo, que son Panamá y Veráguas, á la República de Colombia. Se puso por condicion que se reconociera la deuda pública contraida por el gobierno español, que gravitaba sobre las tesorerías, y que se cumplieran las estipulaciones expresadas en los respectivos contratos. Concedióse á los jefes, oficiales y soldados realistas una absoluta libertad para irse fuera del país ó quedarse; en el primer caso debia trasportárseles á la isla de Cuba despues de entregar los castillos de Chágres y Portobelo. Tanto á los oficiales como á los sarjentos, cabos y soldados se exigió no hacer hostilidad alguna, y no tomar las armas contra Colombia en la guerra de la Independencia.

El coronel Fábrega fué declarado jefe superior, quedando bajo el pié en que se hallaban todas las corporaciones y autoridades civiles, militares y eclesiásticas, que debian continuar gobernándose por las mismas leyes que habian regido hasta entónces. Conforme á estas bases, se publicó y juró la Independencia del istmo de Panamá con aplauso general de sus habitantes, y sin que hubiese ocurrido ninguna desgracia en aquella pacífica y ordenada transformacion política.

Inmediatamente el jefe superior comunicó estas noticias y pidió auxilios de tropas al general Montilla, á fin de impedir cualquiera contrarevolucion que pudieran intentar los realistas. El jefe colombiano tenia preparada ya una expedicion para invadir y dar libertad al istmo; así pudo enviar prontamente un fuerte cuerpo de tropas que aseguraron la transformacion

política de las provincias de Panamá y Veráguas : estas fueron erigidas por el gobierno de la República en departamento, y compusieron el octavo de Colombia.

Apénas habia arribado á Quito el capitan general Mourgeon, auxiliado eficazmente por el general Aymerich, que desempeñaba el mando interino de las provincias de aquella presidencia, tomó posesion de su empleo. Aplicóse inmediatamente á formar un ejército sobre la base que habia traido y con las tropas que halló acantonadas en Riobamba bajo las órdenes del coronel Tolrá. Entre las medidas enérgicas que dictára á fin de realizar sus designios, fué una llamar al servicio de las armas á todos los esclavos solteros, bajo la promesa de indemnizar á sus amos en mejores dias. Á una grande actividad y energía acompañaba Mourgeon un carácter benigno y conciliador. Él dió libertad á todos los que gemian en las cárceles de las provincias de su mando por delitos políticos; esta y otras providencias semejantes le ganaron el afecto de los pueblos, y el de muchos patriotas que no estaban acostumbrados á que los jefes españoles los tratáran de esta manera.

Año de 1822. — Afortunadamente para la causa de la Independencia, Mourgeon iba á tener que lidiar con dos jefes colombianos que en nada le cedian por sus talentos políticos y su pericia militar, Bolívar y Sucre. Hallábase el primero (enero 5) en la ciudad de Cali, punto designado para la reunion general de su ejército. Vió allí que la division del general Tórres, cuyas estancias hacía algun tiempo que estaban en Caloto, donde comienza por el sur el hermoso valle del Cáuca, habia quedado reducida á la nulidad por la desercion y las enfermedades : contenian los hospitales mas de seiscientos enfermos.

La ciudad de Popayan fué ocupada por un batallon colombiano, mandado por el comandante Joaquin Paris, quien la halló casi desierta. Á consecuencia de esta ocupacion hubo algunas comunicaciones con el teniente coronel realista don José María Obando, comandante de los puestos avanzados de los Españoles. Este celebró con el general Tórres un armisticio por un mes, y fué hasta Cali á ver al Libertador. Tratóle el presidente muy bien, le inspiró confianza y sembró en el corazon americano de Obando el gérmen de los principios republicanos, que bien pronto debian hacerle amigo de Colombia.

Bolívar, desde su arribo á Cali, habia determinado trasladarse

á Guayaquil con la mayor parte de su ejército, y emprender por allí la campaña de Quito. Pensaba que evitaria de este modo la desercion, las enfermedades en el mortífero clima de Patía y las formidables rocas del Juanambú y del Guáitara. Igualmente juzgaba que aseguraria á Colombia la posesion de Guayaquil, á cuyo gobierno dirigió una séria intimacion para que se incorporase á la República.

Ya los batallones Néiva y Bogotá habian marchado al puerto de la Buenaventura para embarcarse en algunos trasportes venidos de Guayaquil; otros cuerpos debian seguir por escalones la misma ruta, cuando el Libertador recibió noticias que por desgracia le hicieron variar su excelente plan de campaña. Fueron estas una correspondencia del general Sucre, en que le avisaba el arribo de Mourgeon á Quito con su expedicion realista. Decíale tambien que cruzaban sobre las costas del Alto-Chocó desde Buenaventura la corbeta *Alejandro* y otros cuatro buques pequeños armados en guerra, con el destino de apresar los trasportes que condujeran tropas colombianas. Fácilmente podian hacerlo, porque solo teníamos en el Pacífico el bergantin *Ana*, mal armado.

Contrariados enteramente los proyectos de Bolívar con este acontecimiento, y no poseyendo medios para armar buques en el Pacífico, vióse compelido con mucho sentimiento á variar su primitivo plan de campaña. Aunque tenia esperanzas de que la escuadra de Chile, que habia seguido á la costa de Realejo en busca de las fragatas españolas *Prueba* y *Venganza*, destruyera tambien los buques de Mourgeon, no era seguro. Tan poderosos motivos, unidos á la noticia que ya tenia del auxilio que habia prestado el Perú á fin de invadir á Loja, y del plan concebido por Sucre de ocupar á Cuenca, obligaron al Libertador á emprender su próxima campaña sobre Pasto.

En consecuencia dispuso que regresáran los batallones que habian seguido á la Buenaventura, y que el resto de la guardia se dirigiese á Popayan por la provincia de Néiva y el páramo de Guanácas. Solamente envió á Sucre algunos reclutas con órdenes terminantes de que realizára la invasion de Cuenca, á fin de dividir la atencion de las fuerzas españolas de Quito, y que todas no cargáran sobre Pasto.

Bolívar se trasladó (enero 26) á Popayan para activar los preparativos de la campaña. Allí recibió un atento oficio de Mour-

geon, en que le avisaba haber puesto en libertad á los prisioneros colombianos que existian en las provincias de su mando, exigiéndoles juramento de no tomar las armas contra la España miéntras no fueran canjeados. Al comunicar esta medida á Sucre y al Libertador, los trataba con todo el decoro que exigia el estado actual de la guerra. Semejante paso generoso fué apreciado justamente por ambos jefes republicanos. Bolívar contestó á Mourgeon, dándole las gracias por aquel acto de humana liberalidad. Al mismo tiempo le manifestó los sentimientos que le animaban, y los deseos que tenia de que imitando la conducta de su compañero Odonojú en Méjico, diera la paz á los pueblos meridionales de la Nueva Granada. Posteriormente dirigió á Mourgeon otra larga nota sobre lo mismo; pero ninguna fué contestada por el general español.

Tampoco tuvo un feliz resultado la comision que Bolívar habia dirigido ántes cerca del mismo capitan general. Componíase de los coroneles Juan Paz del Castillo y Antonio Obando. Era su objeto ostensible negociar el canje de los prisioneros, pues á su partida aun se ignoraba que los hubiesen puesto en libertad; pero llevaban el secreto encargo de examinar el estado de las fuerzas enemigas, y sondear á Mourgeon para ver si queria entrar en un avenimiento que diera la independencia á las provincias de Quito.

Obando se enfermó en Pasto, y Castillo, despues de vencer muchas dificultades y demoras, llegó hasta un punto que distaba diez leguas de la capital. Recibió entónces una órden terminante de Mourgeon, previniéndole que saliera del territorio español, pues los prisioneros se hallaban libres, y no queria el capitan general tener con él ninguna otra clase de comunicacion.

Fueron mas felices los pasos que entre tanto habia dado Bolívar para atraer á las banderas republicanas al comandante de los puestos avanzados españoles, teniente coronel José María Obando. Reprendióle Mourgeon por su viaje á Cali y por los obsequios que habia aceptado de Bolívar y de sus oficiales. Á consecuencia de aquel paso, el coronel don Basilio García desconfiaba de Obando, y le previno que se presentára en Pasto. Ofendido este de tal desconfianza, y desengañado de que sus servicios á los Españoles contribuían á remachar las cadenas de su patria, determina servirla, mas bien que á sus opresores.

Acompañado de dos oficiales y de algunos pocos soldados (febrero 7), se presenta en Popayan al Libertador. Este le admite con placer en su mismo grado, esperando que podria prestar á la República servicios importantes en aquella época, por su habilidad como guerrillero y por su influjo en el valle de Patía. La defeccion de Obando fué sensible en extremo á los jefes realistas.

Situado el Libertador en Popayan, halló por experiencia que no se habia equivocado en ninguno de sus cálculos sobre las dificultades de la campaña de Pasto. Miéntras llegaban con lentitud los cuerpos de la guardia colombiana, se disminuían rápidamente los que tenia en su cuartel general. Por un cómputo aproximado habia diariamente treinta bajas, con las que bien pronto los cuerpos quedarian sobre manera escasos. Aunque marcharon columnas de la primera y segunda division á establecer sus estancias en el valle de Patía, el clima era tan malsano, que indudablemente debian aumentarse allí las enfermedades; pero en la arruinada ciudad de Popayan no se encontraban ganados ni otras provisiones para todo el ejército, y era de absoluta necesidad distribuirlo en diferentes acantonamientos.

Luego que arribaron á Popayan los principales cuerpos de infantería y caballería, el Libertador partió el 8 de marzo con su estado mayor. Los habitantes del valle de Patía se prestaron en lo general á dar víveres y recursos para las tropas, los que se les pagaban fielmente. Los jefes de guerrillas españolas, viendo una fuerza tan superior, se retiraron hácia los flancos; mas segun su táctica, que tantas veces les habia sido ventajosa, pensaban ponerse á retaguardia para impedir las comunicaciones, quitar las caballerías, coger ó matar los dispersos y hacer á los republicanos cuantos daños les fuera posible, á fin de sostener la moribunda causa de su amo el rey. Solamente la ignorancia unida á los deseos de aprovecharse del pillaje y del desórden, podian mantener á muchos de los Patianos en su obstinada lucha contra la República.

Las instrucciones que tenian del coronel don Basilio García, comandante de la segunda division española, opuesta á la guardia colombiana, eran de quemar los corrales de las haciendas, ocultar los ganados, y matar á los que no se hubiesen retirado; así como de llevarle mucha gente por bien ó por mal.

Desde el mes de diciembre último trabajaba el mismo comandante García con la mayor actividad, á fin de oponerse al ejército libertador. Él por medio de oficiales inteligentes habia fortificado las mejores posiciones del Juanambú; él habia recorrido el país excitando el entusiasmo un poco amortiguado de los ignorantes ó indómitos Pastusos; él se habia aprovechado para esto del influjo que tenia sobre ellos el obispo Jiménez de Padilla, tan entusiasta por la defensa de los pretendidos derechos de la madre patria; él, en fin, habia armado en gran parte las milicias de Pasto y conseguido auxilios del capitan general de Quito. Á pesar de que García recibió noticias exactas de las fuerzas que le atacaban y de la calidad de las tropas, nunca tuvo la menor desconfianza de que triunfaria de los patriotas. Carácter indomable, semejante al de los antiguos Españoles que hicieron tremolar el pabellon de Castilla sobre las arenas ardientes del Perú y en las cimas heladas de los Ándes.

El ejército colombiano marchó en tres columnas hasta la Alpujarra, tres jornadas distante del Juanambú, donde se reunieron. En aquel largo desierto, infestado de fiebres malignas, perdió mil hombres, que se dejaron en los hospitales del Tambo, las Yéguas, Miraflóres, Mercadéres y Taminango con la custodia correspondiente. Así fué que la guardia mandada por Bolívar apénas constaba de dos mil soldados disponibles al aproximarse á guerrear con los realistas situados en Pasto.

Á la propia sazon que el capitan general de Quito iba á ser atacado al mismo tiempo por el norte y por el sur, recibió en las costas del Pacífico un golpe funesto, que hiriera en lo mas vivo sus esperanzas. Desde que Mourgeon vino de la Península, trajo órdenes del ministerio español para que los comandantes de las fragatas de guerra *Prueba* y *Venganza* se pusieran bajo de su mando. En efecto, luego que arribára al istmo, les envió órdenes á los puertos de San Blas y Acapulco en las costas orientales de Méjico, previniendo á sus comandantes que se trasladáran á Panamá.

Así lo verificaron; empero á su arribo á la isla de Taboga, ya Mourgeon habia seguido á Quito, y el istmo era independiente. Entónces el capitan de navío don José Villégas, comandante de la *Prueba*, y don Joaquin de Soroa, capitan de la *Venganza*, hicieron en 4 de diciembre último un convenio con el jefe superior del istmo. En él se comprometieron á no hosti-

lizar á Panamá ni á punto alguno de las costas de Colombia, así como á no dar auxilio al capitan general Mourgeon; cuyas órdenes ofrecieron resistir, pues en caso de recibirlas seguirian su rumbo á Rio Janéiro.

Á pocos dias de tan singular compromiso, el comandante Villégas volvió sobre sus pasos, y dijo que no continuaba en la observancia de lo acordado. Se hizo, pues, á la vela, dirigiendo su rumbo á la costa de Atacámes. Allí encontró á la corbeta *Alejandro* y á otros buques menores de los que habian conducido las tropas de Mourgeon. Pero no hallando en aquella costa desierta víveres algunos para mantener las tripulaciones de las fragatas, hicieron rumbo hácia Guayaquil unidas con la mencionada corbeta, que se habia escapado ántes de Guayaquil.

El general Mourgeon, luego que supo el convenio de Panamá, determinó quitar el mando de las fragatas á Villégas y á Soroa. Al efecto envió al puerto de Esmeráldas á los coroneles don José Santa Cruz y don Francisco González. Mas cuando arribaron á la costa del Pacífico, ya las fragatas habian desaparecido.

Estas bloquearon algunos dias la ria de Guayaquil asociadas con la corbeta *Alejandro*; pero sus hostilidades fueron casi aparentes. En breve los comandantes Villégas y Soroa entraron en pláticas con la junta y con el encargado de negocios del Perú don Francisco Salazar. El resultado fué, que se comprometieron en 15 de febrero á entregar las fragatas *Prueba* y *Venganza* y la corbeta *Alejandro* al gobierno del Perú, bajo la condicion de que este pagaria los sueldos atrasados de la oficialidad y el prest de las tripulaciones, que ascendian á ochenta mil pesos. La tripulacion de la *Prueba* alzándose se hizo á la vela; mas arribó al Callao, donde recibiera el nombre de *Protector*: la *Venganza* debia ser carenada en Guayaquil.

Cuando ocurrian aquestas negociaciones, se hallaba en aquel puerto el ministro de Colombia cerca de las Repúblicas de la América meridional, Joaquin Mosquera. Él fué invitado á ver si queria negociar algunas de las fragatas españolas; pero se abstuvo por falta de instrucciones de su gobierno. Dió, sin embargo, los pasos conducentes para que se restituyera la corbeta *Alejandro*, en la que tenia derechos el gobierno colombiano.

Ventilábase aun la cuestion con la junta de Guayaquil, cuando arribó á la isla de Puná, que es el puerto, la escuadra de Chile, regida por el vicealmirante Cochrane. Este, por la ley del mas

fuerte, puso embargo y mandó tripular la *Venganza* (marzo 14), sin detenerle que se hallaba en un puerto amigo é independiente de su autoridad. Reconvenido por aquel insulto, dijo que nadie tenia que mezclarse en los negocios marítimos, ni en lo que hacía con sus buques, añadiendo otras disposiciones semejantes, inesperadas en un hombre de su educacion y rango. Quejábase de que el Protector San Martin no le habia pagado los sueldos atrasados de su escuadra, y que era un hecho inaudito que el gobierno del Perú se comprometiera á satisfacer ochenta mil pesos á las tripulaciones enemigas, cuando debia mas de cuarenta mil á la escuadra de Chile. Queria por tanto apoderarse de la *Venganza*, en pago de sus salarios atrasados. El gobierno y pueblo de Guayaquil se irritaron por tan irregular conducta de Cochrane, y ya se armaban para la defensa de sus derechos. Despues de várias contestaciones, Cochrane cedió algun tanto de sus injustas demandas. El gobierno de Guayaquil se obligó por un convenio escrito hecho con el vicealmirante, y con la fianza de cuarenta mil pesos, á retener la fragata *Venganza* como suya, hasta que los gobiernos de Chile y del Perú decidieran sobre ella lo que tuviesen por conveniente. Acerca de la corbeta *Alejandro* se acordó, que se devolviera á sus dueños, pagando estos los costos de su salvamento ó recuperacion, y los sueldos del equipaje. El gobierno del Perú aprobó este convenio. Despues de algun tiempo la *Venganza* se trasladó al Callao; pero nunca pudo servir, y al fin se convirtió en un ponton.

El mal estado de los mencionados buques españoles, la carencia de vituallas y el no tener un puerto inmediato adonde acogerse, hé aquí los motivos poderosos que sin duda influyeron en la entrega de estos buques: accion que tanto comprometia el honor de Villégas y de Soroa. Privó al mismo tiempo á los jefes españoles de Quito y del Perú del importante auxilio de aquellas fragatas, que fortalecieron el partido independiente, capitaneado por San Martin.

Penetrado este jefe de la importante idea de acordar con el Libertador los medios de completar la Independencia de la América del Sur, resolvió trasladarse á Guayaquil para tener una entrevista con el presidente de Colombia. Antes de salir de Lima delegó el mando en el marques de Torre Tagle, bajo el título de *supremo delegado*. Pero en Trujillo recibió San Martin oficios

de Bolívar, en que le participaba no haberle sido posible ir en aquella época á Guayaquil, por haberse visto obligado á variar su plan de campaña. En consecuencia de este aviso el Protector regresó á Lima.

Pidió entónces al Libertador que dejára sirviendo en el Perú al excelente batallon de Numancia ó de *Fieles á la Patria :* ofrecia reemplazarle con otro cuerpo de su ejército, si no se consideraba suficiente reemplazo la division de Piura que habia puesto á las órdenes del general Sucre.

Ya este habia recibido algunos auxilios de Colombia, con los cuales y las tropas disponibles que existian en Guayaquil pudo reunir de mil trescientos á mil cuatrocientos hombres, los trescientos de caballería, destinados para abrir la campaña en la provincia de Cuenca. Dejaba en Guayaquil alguna guarnicion regida por el general don José Lamar, á quien la junta dió la comandancia general de la provincia. Hallábase al mismo tiempo en su capital el brigadier Salazar, encargado de negocios del Perú; su mision ostensible era felicitar al Libertador luego que arribára, y activar el envío de tropas colombianas á Lima. Creíase, sin embargo, que Salazar tenia la secreta comision de promover que se agregára la provincia al Perú. San Martin no perdia de vista la adquisicion de un territorio fértil y rico en productos, y de un puerto sobre manera importante en el Pacífico. Llegó hasta reconvenir oficialmente á Bolívar por la séria intimacion que ántes dijimos haber dirigido á la junta de Guayaquil, para que se realizára pronto la incorporacion de la provincia á Colombia. Bolívar aun temió que el Protector quisiera intervenir con la fuerza en la cuestion de Guayaquil; temores que no duraron largo tiempo. Sucesos posteriores llamaron la atencion de San Martin hácia otras partes, y no le permitieron que empeñára tan ruidosa contienda. Llegó hasta convocar su consejo de Estado, á quien consultó si declararia la guerra á Colombia. Aquella corporacion opinó que sí, ménos el ministro Monteagudo y el general Alvarado. Tan injusta intervencion habria sido un grave escándalo, funesto á la Independencia del Perú.

El general Sucre temia que las intrigas se redobláran durante su ausencia, y que algunos miembros de la junta influyeran poderosamente contra los intereses de Colombia, así como Salazar y Lamar: este se habia declarado Peruano por sus afec-

ciones y contra los intereses de su patria; mas á pesar de tamaños impedimentos, Sucre no desistió de su empresa contra Quito. Pensaba, y con razon, que venciendo á los Españoles en la cordillera, el brillo de su triunfo haria que los habitantes de Guayaquil fueran Colombianos.

Estando ya avanzados los aprestos de la expedicion contra Cuenca, el gobierno de Guayaquil expidió un decreto (enero 18) declarando, que habia terminado el armisticio concluido en 24 de noviembre con el coronel Tolrá. Ni Aymerich ni Mourgeon lo habian aprobado, ni enviaron los oficiales que debian ir al Perú y á Panamá. Ademas, no cesaban de activar los preparativos hostiles contra los independientes.

Para asegurar el buen éxito de la expedicion peruana que se habia puesto á sus órdenes, Sucre envió á Piura al coronel Tomas Herez; este debia allanar cualesquiera dificultades que pudieran ocurrir y combinar los movimientos.

Realizáronse estos el 20 de enero en un mismo dia por ambas divisiones. La peruana atravesó el rio Macará, límite meridional de Colombia: ella siguió libertando la provincia de Loja, donde los Españoles no tenian fuerza que pudiera hacer resistencia.

Sucre parte de Guayaquil: atraviesa las llanuras medio anegadas y entra en la fragosa montaña de Machala, cubierta de antiguos y espesos bosques. Los Colombianos sufrieron en cinco dias que tardaron para atravesar aquel áspero y casi intransitable camino todo linaje de privaciones. Sin medios suficientes de trasporte y con escaso alimento, de ningun modo se arredran: ellos prosiguen audazmente su empresa, y la terminan con felicidad. Pocos hombres perecieron en la montaña; pero el frio intenso de la cordillera en el pueblo de Yuleg del sur, adonde salieron, y las enfermedades unidas á la desercion, causaron en pocos dias ciento cincuenta bajas. Siguieron despues las tropas por el camino de Lenta á Zaraguro.

La combinacion resultó feliz. A los cuatro dias que se hallaba en este pueblo la division de Sucre, se juntó en 9 de febrero con la del Perú, gobernada por el coronel Santa Cruz. Ascendió entónces la fuerza independiente á mil setecientos hombres disponibles; los cuatrocientos eran jinetes, que se montaron en caballos descansados, porque el país tenia abundancia de recursos. Ademas, faltaban por unirse á los patriotas trescientos Peruanos, que guarnecian á Loja, y algunos otros destacamen-

tos. Con ellos la division podia montar á mas de dos mil soldados.

Los Españoles tenian en la ciudad de Cuenca seiscientos hombres del batallon Constitucion, gran parte de los cuales eran reclutas, y cinco compañías del regimiento de Aragon, que solo contaban trescientos cincuenta buenos soldados. El coronel Tolrá mandaba estas fuerzas, quien habia pedido á Quito ciento cincuenta soldados de caballería y algunas municiones de que se hallaba escaso.

El general colombiano, amenazando por Alausí y por el camino de Yaguachi, habia distraido á los realistas y ocultádoles su verdadero punto de ataque. Luego que Tolrá tuvo noticia de la salida de Sucre á Yuleg, pensó marchar rápidamente á batir los pelotones que le acompañaban, segun el mismo Tolrá los llamaba en sus partes oficiales. En efecto, avanzóse hasta Jiron, donde sus mal informados ó dobles espías le aseguraban que los hallaria. Mas recibió un triste desengaño, porque supo que ya estaban reunidos los Colombianos y Peruanos en número de mas de dos mil hombres. Retrocedió entónces aceleradamente á la ciudad de Cuenca.

Los habitantes de esta provincia y los de Loja recibieron á los patriotas como á sus libertadores, franqueándoles cuantos auxilios necesitaban. La division de Tolrá tenia, pues, muchas dificultades que vencer en un país donde la opinion de los pueblos le era contraria. Añadíase á esto, que principió á sufrir una desercion numerosa, hasta de oficiales que se pasaban á los Colombianos. Estas circunstancias tan difíciles y su inferioridad numérica obligaron al coronel Tolrá á retirarse de Cuenca (febrero 20), sin haber disparado un tiro, abandonando á los independientes dos hermosas provincias. Seguia tambien en este movimiento retrógrado las órdenes del general Mourgeon, quien no queria comprometer la suerte de aquellas fuerzas, pues contaba con ellas para defender á Quito. La division realista hizo alto en la villa de Riobamba, donde esperaba refuerzos de la capital.

Bien los necesitaba, porque, segun la confesion de Tolrá en sus partes á Mourgeon, todo el país se habia declarado enemigo del gobierno español. Por consiguiente los pueblos negaban los socorros necesarios para las tropas. Era, pues, indispensable que los realistas los tomáran por la fuerza, y estas exacciones violentas enajenaban mas y mas los ánimos.

La division de Sucre ocupó la ciudad de Cuenca á la vista casi de sus enemigos. Allí hizo alto con el fin de dar descanso á las tropas fatigadas por tan largas marchas, de aumentarlas con reclutas y de organizar el gobierno del país libertado. Sucre tenia espíritu de órden y talentos para la administracion civil; así consiguió su objeto cuanto lo permitia el estado de guerra en que se hallaban los pueblos.

Sin mover de Cuenca su cuartel general, y por medio de su vanguardia, mandada por el coronel Diego Ibarra, ocupó el corregimiento de Alausí, que era parte de la vasta provincia de Quito. Sus avanzadas llegaban hasta los pueblos de Ticsan y Guamote, sin que los Españoles se atrevieran á molestarlas.

Al mismo tiempo el comandante Cestáris habia salido con doscientos hombres por el áspero camino de Angamarca ó los Colorádos; él estaba situado entre las divisiones españolas de Riobamba y Quito, cuyas comunicaciones tenia cortadas. Los enemigos destacaron tropas con el fin de destruirle; empero Cestáris, conduciéndose diestramente, se retiraba entónces fatigándolos, y despues volvia á sus primeras posiciones cerca de Tacunga: allí se engrosaba con desertores de los Españoles y con los auxilios que le prestaban los pueblos, á pesar de la vigilancia de los jefes realistas.

El general Sucre habia conseguido uno de los principales objetos de su expedicion á Cuenca. Tal era, llamar sobre sí y distraer gran parte de las fuerzas españolas de Quito, para que no cargasen al norte contra el ejército del Libertador, que peleaba al mismo tiempo sobre las escarpadas rocas de Pasto. La caballería española y el batallon de la guardia de Mourgeon á las órdenes del comandante don Nicolas López, en vez de dirigirse al norte, habian marchado hácia Riobamba. Á pesar de esto, la division realista que mandaba Tolrá apénas ascendió á mil infantes y cuatrocientos caballos.

Á la sazon que en las provincias meridionales de Colombia se hacian todos los preparativos necesarios para dar en el Ecuador un golpe decisivo al poder español, en las del norte se guerreaba tenaz y valerosamente por una y otra parte con vária fortuna. Puertocabello y Coro, hé aquí los lugares donde los Españoles hacian grandes esfuerzos para recuperar la antigua superioridad, restableciendo su vacilante poder casi arruinado en Venezuela.

Referimos que el general Latorre estaba preparando una ex-

pedicion para socorrer á los partidarios de la metrópoli que combatian bizarramente en la provincia de Coro. Compúsola de mil doscientos veteranos escogidos de los batallones de Barínas y Hostalrich, con los cuales se hizo á la vela el 12 de diciembre anterior, desembarcando en los Táques á sotavento del puerto de la Vela de Coro. De allí marchó al pueblo de Santa Ana, distante cinco leguas, y en seguida ocupó la ciudad de Coro. Era comandante general de aquella provincia y mandaba una columna colombiana de cerca de mil reclutas el coronel Juan Gómez, que se retiró al puerto de la Vela apostando doscientos soldados en Cumarebo. Allí fué atacado sin buen éxito por Latorre, el que plantando sus estancias en el pueblo del Carrizal, sitió á los Colombianos quitándoles todos los recursos. Por dos veces quisieron estos romper la línea enemiga, mas fueron rechazados.

Propuso entónces Latorre que se rindieran por capitulacion, la que fué aceptada y concluida el 9 de enero. Los jefes y oficiales conservaron sus espadas y equipajes, junto con la libertad de continuar haciendo la guerra; los sarjentos, cabos y soldados que voluntariamente quisieran seguir á los jefes y oficiales debian ser canjeados por otro número igual de prisioneros realistas. Incluyóse en este convenio la guarnicion del puerto de Cumarebo. En los artículos diez y once se pusieron condiciones contrarias á una capitulacion de esta naturaleza. Por el décimo no reconocia Latorre la condicion impuesta á los jefes y oficiales españoles capitulados en la Guáira y en Cumaná, de no servir en la presente guerra; en el undécimo se hacian adiciones al tratado que regularizó la guerra.

Por esta capitulacion quedaron prisioneros de guerra trescientos treinta y cuatro hombres, únicos que quisieron seguir á los jefes y oficiales, perdiéndose las armas, buques y cuanto poseían los Colombianos en la provincia de Coro, pues toda ella quedó sujeta al dominio de los Españoles. Era grande el valor del coronel Juan Gómez; pero le faltaba cabeza y aptitud para mandar tropas que excedieran de una guerrilla. Su columna ademas habia dado por la primera vez el pésimo ejemplo de quitar el mando al coronel Justo Briceño, nombrado por Bolívar.

El gobierno de la República improbó altamente la conducta del coronel Gómez, á quien se mandó juzgar en consejo de

guerra. Hubo tambien largas contestaciones entre el jefe superior de Venezuela Soublette y don Joaquin Churruca, enviado por el general Latorre para hacer el canje de los prisioneros; versábanse sobre los artículos décimo y undécimo de la capitulacion ya mencionados.

Rendidos que fueron en la Vela los Colombianos que regía Gómez, el general Latorre arma y organiza á los Corianos fieles, con los que forma una division de mas de mil quinientos hombres al mando del coronel Tello. Hecho esto, regresa á Puertocabello con algunas tropas de Corianos, dejando en el pueblo de San Miguel del Tocuyo una columna compuesta de los batallones Barínas y Hostalrich, con el objeto de hacer reclutamientos, conmover el país á favor de la España y apoyar las operaciones de los Corianos.

Durante la ausencia de Latorre, los independientes habian levantado el sitio de Puertocabello y concentrado sus fuerzas para ocurrir á cualquiera punto de Venezuela que atacáran los realistas. Empero, cerciorados de que la expedicion á cuya cabeza estaba Latorre se habia dirigido á la provincia de Coro, volvieron á poner el cerco de la plaza.

Inmediatamente despues que habia marchado Latorre, el teniente coronel español don Lorenzo Morillo se dirigió con una columna hácia el valle de Baragua, donde se hallaba apostado el coronel Réyes Várgas con quinientos hombres. Atacóle Morillo con novecientos el 16 de enero, y habiéndole sorprendido, consiguió matar á muchos patriotas y dispersar el resto. En consecuencia de este descalabro que perjudicó sobre manera, los enemigos avanzaron hasta la ciudad de Carora. Allí reunieron un gran botin y mas de cuatro mil cabezas de ganado menor, que trataron de enviar á Puertocabello con el objeto de aliviar la penuria que sufria la guarnicion.

Estos reveses consternaron sobre manera al occidente de Venezuela, pues se abultaban las fuerzas de los realistas, y ya los patriotas comprometidos principiaban á emigrar hácia Carácas. Para calmarlos y precaver cualquiera riesgo, dispuso el director de la guerra Soublette que el general Páez marchára desde Valencia, donde se hallaba con el batallon Bravos de Apure, á fin de situarse en Barquisimeto y defender el occidente. Cuando los enemigos avanzaron, se habia retirado sin combatir el coronel Móntes de Oca, que mandaba en aquella parte, cuya con-

ducta en esta campaña fué tan ambigua como la que tuviera en la provincia de Santamarta en 1820.

El batallon Apure, predilecto de Páez, debia reunirse con los batallones Cazadores de Orinoco y Occidente y con los escuadrones de Guanare, el Pao y San Cárlos, para formar un cuerpo de operaciones contra Coro á las órdenes del coronel Júdas Tadeo Piñango.

Hallándose los cuerpos enemigos de Hostalrich y Barínas situados sobre el rio Tocuyo, el general Páez se dirigió con toda la division de operaciones por Yaritagua y la Guama á San Felipe; aquí estableció su cuartel general. Mas atendiendo á lo mortífero del clima por donde debian pasar las tropas y á la falta de subsistencias, determinó Páez suspender el movimiento sobre el rio Tocuyo. Conoció entónces Latorre la falsa posicion en que se hallaban Hostalrich y Barínas; para impedir que los batieran, mandólos seguir á Coro, donde meditaba nuevos proyectos contra los republicanos. La division de estos volvió á situarse en Yaritagua (febrero 23), regresando el general en jefe á Valencia.

Provino el regreso de Páez á sus estancias primitivas de Valencia, de que se hallaba disgustado porque recibia órdenes del general Soublette, que tenia en la milicia un grado inferior. Por esto pidió licencia temporal para ocuparse de sus negocios particulares; solicitud que sorprendiera en extremo á Soublette: cuando aun subsistian los peligros que corria el occidente de Venezuela, era verdaderamente inoportuna. El director de la guerra salió entónces de Carácas con ánimo de trasladarse al teatro de las operaciones militares contra Coro; pero regresó despues de haber tenido una conferencia con Páez, quien manifestó á Soublette que su presencia en el cuartel general podia causar dificultades y desavenencias funestas. Este jefe no permitió sin embargo el retiro de Páez, á quien diera instrucciones sobre las operaciones futuras, ya fuese que el enemigo invadiera la provincia de Carácas ó la de Maracáibo.

La primera se habia asegurado. El coronel Réyes Várgas consiguió reorganizar sus guerrillas, y con ellas cubria las avenidas de Carora y Siquisique contra los enemigos de Coro. El teniente coronel Morillo se habia retirado al interior de aquella provincia.

Por la parte occidental de Coro obraba sobre los realistas el

coronel Héras. Situado en los puertos de Altagracia, tenia á sus órdenes dos batallones veteranos con una fuerza excedente de mil hombres. Esta columna se hallaba destinada para invadir á Coro al mismo tiempo que avanzára la division de Piñango; á la vez cubria la importante ciudad de Maracáibo.

La insurreccion de la provincia de Coro, país tan árido y donde era muy difícil hacer la guerra, causaba grandes males á Colombia. Allí tenian los realistas una base bien segura de operaciones para fatigar las tropas republicanas, darlas ocupacion, batirlas si era posible, y penetrar al occidente de Venezuela. Así esta guerra mantenia la agitacion de los pueblos, animaba en otras partes á los partidarios de los Españoles, y no permitia que se consolidáran la tranquilidad y el órden : hé aquí los elementos que se necesitaban para que renacieran la agricultura, la ganadería y el comercio, únicas y fecundas fuentes de la riqueza de Venezuela.

Aun estaba muy distante la consecucion de tan grandes bienes. Los Españoles tenian fuerzas suficientes para hacer la guerra en Coro y causar á los republicanos males harto graves. Con este designio el general Latorre confirió el mando de la division que obraba en dicha provincia al brigadier Moráles, segundo jefe del ejército real de Costa-Firme. Moráles llega en los primeros dias de marzo, reune los batallones Hostalrich, Barínas y las tropas que obraban sobre Carora al mando de Morillo. Forma así una division respetable con la que marcha hácia los puertos de Altagracia, con el designio de invadir la capital y provincia de Maracáibo. En consecuencia el coronel Héras tuvo que retirarse á esta ciudad.

En ella se habian recogido todas las embarcaciones en que Moráles podia atravesar la laguna. Por muchos dias no pudo superar tan grave obstáculo. Entre tanto el padre fray José Antonio Ávila seduce á los Indios del pueblo de Lagunilla, que proclaman al rey de España y se unen á Moráles. Auxiliado por estos, consigue embarcaciones y amenaza con ellas la costa occidental del lago de Maracáibo.

El intendente del Zúlia, general Lino Clemente, tenia á sus órdenes una escuadrilla que bloqueaba las fuerzas enemigas para impedirles que atravesáran la laguna. Mas aprovechándose Moráles de la oscuridad de la noche y de las fuertes brisas que soplaban, consiguió que dos columnas suyas desembarcáran

(abril 23), la una al norte y la otra al sur de la ciudad de Maracáibo. Esta, en número de seiscientos hombres al mando del teniente coronel don Lorenzo Morillo, arribó á la Cañada, á seis leguas de la ciudad; y aquella de doscientos veinte hombres desembarcó en la Hoyada, á una legua, regida por el capitan don Juan Ballestéros.

Acababa de hacer este movimiento atrevido, cuando supo Moráles tener á su espalda enemigos mas poderosos. Eran estos las fuerzas republicanas que mandaba el coronel Piñango. En virtud de órdenes terminantes que habia recibido del director de la guerra para invadir á Coro y arrojar de allí á los Españoles, Piñango determinó cumplirlas; empero recibió órden contraria de Páez, motivada en la declaracion que habia dado un prisionero, quien exageraba las fuerzas de los realistas. No pudiendo Soublette conformarse con dicha contraórden, determina trasladarse nuevamente al teatro de la guerra; marcha, pues, á Barquisimeto, adonde arriba el 15 de abril. Su viaje tenia por objeto dar las disposiciones oportunas para continuar activamente la guerra de Coro, é impedir dudas y vacilaciones funestas al buen resultado de la campaña.

Á su arribo á dicho lugar supo que desde el 1° de abril habia marchado Piñango con dos mil hombres de excelente infantería y doscientos jinetes. Despues de largas jornadas por un país despoblado é insalubre, llegó el 11 á Cumarebo. Reunida allí la division, marchó á batir las tropas reales que guarnecian á Coro (abril 17). Hallólas emboscadas en el sitio de Chipare al mando del coronel Tello en número de quinientos hombres, la mayor parte del batallon Hostalrich. Trabóse un combate reñido, y fueron derrotados los Españoles, que perdieron ciento veinte hombres muertos y prisioneros, y ciento treinta fusiles. Nuestra pérdida fué muy pequeña, y en consecuencia de esta accion ya no hubo obstáculo alguno para ocupar la ciudad de Coro.

La noticia inesperada de aquel descalabro impidió el que Moráles continuára su empresa contra Maracáibo. Creyendo que los ochocientos hombres que habia lanzado sobre las cercanías de la capital podrian defenderse con buen suceso, determina hacer frente á la invasion de Piñango. Reuniendo, pues, todas las fuerzas que aun le quedaban disponibles, marcha á su encuentro dirigiéndose á Sasárida.

El 27 de abril tenia ya la division colombiana un numeroso hospital, y se habia disminuido considerablemente. Provenia esta desgracia de la falta de subsistencias y de las dilatadas marchas que hizo desde Yaritagua hasta Cumarebo por los insalubres y mortíferos bosques de Moroturo. En consecuencia se introdujo en ella el desaliento, por lo cual determinó Piñango retirarse al Pedregal á unirse con la columna del coronel Réyes Várgas, y marchar luego por Borojó á Casigua. En tales circunstancias supo el arribo del jefe realista á Sasárida. Piñango ignoraba las fuerzas que Moráles habia destacado contra Maracáibo; así no se atreve á esperarle para dar una batalla. Emprendió, pues, un movimiento retrógado hácia Carora. Reunióse allí el 9 de mayo al general Soublette con su division en extremo disminuida, desmoralizada enteramente por tan dilatadas marchas, sin vituallas y conduciendo setecientos enfermos. Ningun cuerpo numeroso podia subsistir en la estéril y desolada provincia de Coro.

Moráles se habia adelantado hasta Urumaco. Sabiendo la retirada de las fuerzas republicanas, volvió aceleradamente sobre sus pasos dirigiéndose á los puertos de Altagracia. Tristes fueron las nuevas que allí recibiera.

Dejamos al capitan Ballestéros acampado en la ribera occidental del lago de Maracáibo. El general Clemente se dirigió á atacarle el 24 de abril con el batallon Tiradores y algunos voluntarios. Ballestéros se hizo fuerte en la casa y corrales del Hato de Juana de Ávila. Allí fué arremetido y se defendió valerosamente; pero tuvo que rendirse despues de haber perdido cuarenta y siete hombres muertos. Ni un solo realista pudo escapar de aquella columna. Tuvimos la sensible pérdida del valiente coronel Héras, comandante de Tiradores. Este jefe, llevado de su arrojo, pretendió saltar á caballo las estacadas que formaban los corrales del Hato : cayó en tierra, y un soldado enemigo le dirigió un tiro mortal que terminára su gloriosa vida.

Desalentada con este suceso la columna que regía el teniente coronel Morillo, emprendió retirarse á la villa de Perijá, situada al occidente de Maracáibo. La escuadrilla colombiana se habia apoderado de todos los pequeños barcos en que atravesó el lago, y por tanto no podia regresar á los puertos de Altagracia á reunirse con Moráles.

Encerrado Morillo en Perijá y rodeado por fuerzas superiores, no le quedó otro arbitrio que aceptar la capitulacion que le propuso el general Clemente. Despues de várias contestaciones, se firmó esta en Perijá el 4 de mayo. Concedióse á la division realista que saliera con todos los honores militares, quedando juramentados é inhábiles todos sus individuos para servir en la presente guerra, y llevándose consigo sus armas, municiones y equipajes. La division debia ser trasportada junto con los soldados que se rindieron con Ballestéros, por cuenta del gobierno de la República, á la colonia española mas cercana; estimóse tal la ciudad de Santiago de Cuba. Los oficiales y soldados realistas que escogieran tomar servicio en Colombia podian hacerlo libremente. Bajo de estas condiciones y otras de menor importancia capitularon cuarenta y cuatro oficiales y quinientos diez y ocho hombres de tropa, que componian aquella fuerza española.

Realizado el embarque y principiada la navegacion, Morillo cayó al agua por la noche y se ahogó. Algunos Españoles no tuvieron esta desgracia por una casualidad, y la atribuyeron injustamente á premeditada malicia de los conductores, que nada ganaban con este crímen.

Perdidos mas de ochocientos hombres que tan inconsideradamente arrojára Moráles sobre la costa occidental del lago, ya nada pudo emprender que diera cuidado á los patriotas; al contrario, estaba amenazado nuevamente por las fuerzas colombianas, que marchaban á su espalda para impedirle su proyectada expedicion contra Maracáibo.

El director de la guerra y el coronel Piñango habian trabajado en Carora con la mayor actividad en restablecer la fuerza moral y la disciplina de su division de operaciones, lo mismo que en acopiar ganados y otras provisiones para la subsistencia de las tropas. Consiguiéronlo en nueve dias, y el 18 de mayo estaban ya los cuerpos á punto de marchar hácia el Pedregal en busca de Moráles. Un batallon y un escuadron fueron destinados al Tocuyo á fin de que allí se restablecieran; dejáronse en Carora trescientos enfermos. Así fué que solamente novecientos fusileros marcharon de nuevo á la vuelta de Coro : gobernábalos el mismo Soublette, y era su segundo el coronel Piñango.

Movióse la division (mayo 16), y sus marchas no tuvieron novedad alguna hasta cerca del Pedregal : allí encontró y batió

una columna realista que mandaba el teniente coronel don Simon Sicilia, la que tenia por objeto atacar á los patriotas en su cuartel general. Súpose en el Pedregal que el coronel Tello estaba en Coro con doscientos hombres, y que Moráles, situado en los puertos de Altagracia, persistia en su proyecto de tomar á Maracáibo; añadióse, que aumentaba diariamente sus recursos por las embarcaciones del lago que habia apresado y continuaba apresando. En virtud de estas noticias, dispuso el general Soublette que el coronel Torréllas permaneciese en el Pedregal á fin de oponerse á Tello, y que los convalecientes de los hospitales de Carora y del Tocuyo se fuesen incorporando á la columna de operaciones, que continuó sus marchas en solicitud de Moráles. Situada la division colombiana el 4 de junio en Bachivicoa, se tuvo noticia que Moráles habia llegado el dia anterior á Casigua, y que debia pernoctar á cuatro leguas del campamento republicano. El 7 á las diez de la mañana se puso en marcha Soublette sobre Dabajuro, direccion que suponia traerian los Españoles. Cuando habia pasado média legua adelante de aquel lugar, se tomaron prisioneros dos oficiales del enemigo; súpose por estos que la division de Moráles estaba ya adelante por otro camino de la derecha, dirigiéndose hácia Bachivicoa. Creyendo Soublette que la division del Zúlia, segun las combinaciones anteriores, debia picar la retaguardia, ó venir á poca distancia de los realistas, ó que Moráles no tenia consigo todas sus fuerzas, no vaciló un momento en seguir á los Españoles por su retaguardia; pero Moráles, sabiendo la direccion que llevaba Soublette, habia contramarchado sobre Dabajuro con todas sus fuerzas, que ascendian á mil doscientos hombres de tropas excelentes. Los Colombianos eran poco mas de setecientos, á consecuencia de haberse destacado várias partidas para recorrer el país en solicitud de vituallas.

Trabóse en el momento la pelea (julio 7) en un terreno cubierto con matorrales. La retaguardia del enemigo, compuesta del batallon Barínas, fué atacada vigorosamente por la columna del coronel Várgas y por el batallon Orinoco. La derecha de los realistas cedió abandonando una pieza de artillería. En este momento carga el batallon Boyacá en columna sobre la línea española para apoyar el movimiento de nuestra izquierda, empeñándose una accion vigorosa y bien sostenida, que presagiaba un triunfo completo. Mas Boyacá fué rechazado, tomando en su

retirada una direccion contraria á la que debia seguir para unirse á los demas cuerpos de la division colombiana, y entre tanto el enemigo se interpuso. Aunque esto pasaba á corta distancia del punto en que estaba situado Soublette, los matorrales y la oscuridad producida por el humo impidieron á este saber cuál era la suerte de Boyacá. Suponíale triunfante, porque los realistas no aparecian en el campo de batalla ocupado por el resto de las tropas colombianas. A las tres de la tarde, cuando ya apénas se oían á lo léjos algunos tiros de fusil, hizo que entrára la primera compañía del batallon Occidente en el bosque, donde habia sido lo mas recio del combate, para registrarlo. Encontróse con un batallon enemigo formado allí. Este cargó sobre los soldados de Occidente, que se retiraron haciendo fuego y acosados por los realistas, mas fueron sostenidos por otras fuerzas que rechazaron á los enemigos. La mayor parte de las tropas españolas perseguian á Boyacá; así pudo Soublette con las fuerzas que le restaban tornar al punto de donde habian partido por la mañana (1).

La pérdida que sufrimos en esta accion no pasó de cien hombres muertos ó prisioneros; pero entre estos se contó al coronel Piñango junto con algunos otros oficiales. De estos hizo fusilar Moráles á los capitanes Telechea y Trainer, al subteniente Velasco y á otros varios, aunque respetára á Piñango.

Ocurrida esta desgracia, Soublette se retiró por el camino del Pedregal á Carora, donde se reuniera el 15 de junio el batallon Boyacá. Dirigido por el teniente coronel Flegel mantuvo su formacion, retirándose por la via de Taratarare á la vista de un enemigo victorioso que le perseguia; perdió once oficiales y bastante tropa.

La única ventaja que consiguiera la República de esta expedicion desgraciada, fué distraer á Moráles de su invasion á Maracáibo. Este perdió tambien todos los buques de que se habia apoderado en el lago; pérdida sensible que no podia reparar en mucho tiempo.

Moráles, digno discípulo y émulo de Bóves, habia comenzado nuevamente en la provincia de Coro los asesinatos á sangre fria. Segun los partes que dirigió al gobierno colombiano el general Soublette, excedian ya de doscientos los patriotas sacri-

(1) Véase la nota 14ª.

ficados durante el corto período de su mando. Su carácter feroz y sanguinario era incapaz de respetar el tratado de regularizacion de la guerra, que Latorre habia observado religiosamente.

El general Soublette desde su arribo á Carora trabajó con la mayor actividad en reparar las pérdidas que habia sufrido su division. Con este objeto puso en movimiento cuantos recursos tenia á su disposicion en el vasto distrito de su mando, especialmente en el occidente de Venezuela. Auxiliado por el celo, actividad é inteligencia del teniente vicario general del ejército y comandante de armas de Occidente, presbítero Andres Torréllas, así como por los conocimientos locales é influjo del coronel Réyes Várgas, pudo en poco tiempo juntar mil hombres de infantería y cien de caballería. Púsose igualmente en comunicacion y combinó sus operaciones con el general Clemente. La division del Zúlia con igual fuerza que la de Occidente debia moverse al mismo tiempo llevando dos piezas de batalla, y reunirse entre Casigua y el Teque, el 16 de julio, á la que gobernaba Soublette.

El 10 rompió su marcha la division Soublette por el camino de Taratarare, y el 17 se reunieron los dos cuerpos en Juritiba; el de Maracáibo era regido por el coronel Julio Augusto Reimboldt, Aleman de nacimiento. Desde allí el ejército continuó sus marchas sin impedimento ni oposicion alguna hasta ocupar la capital de Coro y el puerto de la Vela (julio 23). Moráles no pudiendo resistir á fuerzas tan superiores huía delante de ellas. Para evitar su destruccion total, se embarcó en la Vela el 23 con direccion á Puertocabello. Acompañaronle setecientos hombres; cerca de cuatrocientos siguieron á Cumarebo, y de allí por tierra á dicha plaza : marcha sobre manera larga y por un país mortífero que debia hacerlos perecer por el hambre y las enfermedades.

Esta movilidad que tenia el general Moráles por medio de sus buques de guerra la fragata *Lijera*, el bergantin *Hércules* y otros menores, era una gran desventaja para los patriotas. Cuando se hallaba á punto de que estos se destruyeran, escapábase Moráles é iba á hacer la guerra á mucha distancia, donde acaso los independientes no estaban preparados. Verémos despues las ventajas que obtuvo el general español de esta movilidad, y los daños y penas que causára á sus enemigos.

Hacía ya algun tiempo que la fortuna se mostraba esquiva á

los Colombianos en la provincia de Coro, única de las de Venezuela en que todavía los Españoles y sus hijos guerreaban con ahinco. Empero no sucedia lo mismo en las tierras meridionales de Colombia, donde la inconstante fortuna prodigaba sus favores á los que combatian valerosamente por la independencia de su patria. Referirémos ahora estos sucesos, añudando de nuevo el hilo de nuestra narracion.

Habíase detenido el general Sucre mas de un mes en la ciudad y provincia de Cuenca, esperando que avanzára por el norte el ejército libertador. Entre tanto aumentó sus fuerzas con quinientos reclutas sacados del país y con doscientos venidos de Piura. Esperaba, ademas, otro cuerpo de Guayaquil, regido por el valiente coronel José María Córdoba, que desde Panamá habia ido al Ecuador á combatir contra los Españoles.

Mas cuando iba Sucre á seguir con direccion á Quito, hallóse con una novedad inesperada. Hasta entónces la columna peruana y su comandante Santa Cruz se habian conducido bien. Este aun cedió la mitad de sus pagas, en consideracion á la escasez de fondos que tenia el general colombiano, y manifestaba el mayor celo en el buen éxito de la empresa. Sin embargo, de repente pasa una comunicacion á Sucre, diciéndole : « que habia recibido órdenes terminantes de su gobierno para regresar á Piura, y desde allí á Lima, que se hallaba amenazada por los generales españoles Laserna y Ramírez. Así que la salud de la patria en peligro exigia que partiera sin tardanza hácia donde le llamaba un deber imperioso. » Concluyó, pues, exigiendo de Sucre, aunque con sentimiento, que diese las órdenes para que se reuniera la division peruana, á fin de que pudiese emprender un movimiento retrógrado tan pronto como fuera posible.

Este incidente produjo largas y aun agrias contestaciones entre Sucre y Santa Cruz. El primero se denegó absolutamente á permitir la separacion de la division peruana, protestando que estaba resuelto á usar de la fuerza para impedirlo. Fundábase en que él no habia recibido comunicacion del gobierno protectoral, hallándose las tropas bajo de sus órdenes como general en jefe; alegaba tambien que sería perdída la empresa contra Quito, de que no podian desistir las fuerzas colombianas, sin grande mengua de su honor, y sin comprometer el ejército de Bolívar. Al fin convino el coronel Santa Cruz en esperar

nueva órden; felizmente recibió otra revocando la primera en que se le llamaba. Ya el general Sucre habia exigido de San Martin que le enviase el batallon Numancia, para reemplazar la division que se mandaba volver al Perú. La verdadera causa de esta órden extemporánea fué la decision que tuvo San Martin por algunos dias de hacer la guerra á Colombia, porque el Libertador habia exigido á Guayaquil que se incorporára á Colombia, á cuyo territorio pertenecia por las leyes y por la naturaleza.

Á la sazon el general Mourgeon se hallaba gravemente enfermo en Quito. Su enfermedad provino acaso de una caida que dió en la montaña de Esmeráldas y de un fuerte golpe que recibiera. El trabajo, los cuidados de la situacion difícil en que se hallaba, atacado por el sur y por el norte, y probablemente el ver disipados, cual humo, los grandiosos planes que le habian conducido al Ecuador, agravaron su enfermedad. Díjose como cierto que él no pudo resistir el acerbo dolor que sintió al saber la entrega á los patriotas de las fragatas *Prueba* y *Venganza* y de la corbeta *Alejandro*, con las cuales se lisonjeaba de rendir á Guayaquil y contener el torrente de la revolucion. Bajó, pues, al sepulcro el 3 de abril, dejando casi al perderse su pretendido vireinato. Sucedióle el general Aymerich.

Sucre permaneció en Cuenca hasta que ya consideraba estar avanzada la campaña de Pasto, de la que no pudo obtener la menor noticia. Movióse, pues, de aquella ciudad con los últimos restos de su division, compuesta de mas de dos mil quinientos hombres y muy superior á la enemiga. Esta ocupaba todavía á Riobamba: regíala el coronel don Nicolas López, á causa de que Tolrá se habia separado por enfermo. Al acercarse los republicanos á Riobamba el 19 de abril, los realistas marcharon á recibirlos sobre las colinas de Santa Cruz en el paso de la quebrada de San Luis, cuyo punto era muy fácil defender. Corrieron dos dias en pequeños tiroteos; y habiendo los enemigos cometido la impericia de no cubrir el paso de Pantus, por allí fué flanqueada su posicion. Sucre presentó batalla á los Españoles sin que López la admitiera, abandonando en seguida sus estancias. El primero continuó su marcha por la izquierda de la villa con el designio de tomar la espalda á los enemigos. De repente el coronel Ibarra, á la cabeza de los granaderos y dragones, se halló empeñado con toda la

caballería realista. Siguióse un combate brillante, en que los escuadrones enemigos tuvieron que ceder la palma de la victoria. Los Españoles, cumpliendo las órdenes que tenian del capitan general, emprendieron su retirada. En seguida los patriotas ocuparon á Riobamba (abril 22), donde reposaron algunos dias de las fatigas que habian sufrido en sus dilatadas marchas. Despues siguieron lentamente el mismo camino que guiaban los realistas. Así fué que cuando los republicanos atacaron el 2 de mayo á Tacunga, los Españoles estaban acampados en el pueblo de Machachi. Desde allí cubrian la capital, pues tenian guarnecidas las inaccesibles gargantas de Jalupana y la Vindita, donde pocos soldados podian triunfar de un ejército.

Para evitar aquellas formidables posiciones, la division independiente marcha por el flanco izquierdo del enemigo, duerme sobre las heladas cimas del Cotopaxi, y aparece el 16 de mayo en el hermoso valle de Chillo, que solo dista cuatro leguas de Quito. Era el designio de Sucre ocupar esta ciudad tomando la retaguardia del enemigo. Empero este penetra el plan meditado y entra en la capital aquella misma noche.

La colina de Puengasí, que separa á Quito de Chillo, es de un acceso difícil, y los Españoles ocuparon las principales avenidas. Sin embargo, burlando los patriotas su vigilancia, consiguieron pasarla (mayo 21) y acamparse en el valle de Tumbamba: allí ofrecieron batalla á los realistas, que no la aceptaron á pesar de las ventajas que brindaba la llanura para su caballería. Continuando su sistema defensivo, se limitaron á ocupar posiciones inexpugnables. Sucre se apostó en el pueblo de Chillogallo.

Ejecutáronse várias maniobras en tres dias, y entónces determina Sucre marchar á posesionarse del Ejido al norte de Quito, que presenta mejor terreno para combatir, y donde se colocaba entre la capital y Pasto, cortando las comunicaciones respectivas. Emprendió, pues, una marcha nocturna por la falda del volcan de Pichincha. Un camino escabroso en que los cuerpos solo podian desfilar retardó la marcha, y á las ocho de la mañana estaba aun la division republicana á la vista y sobre las eminencias que dominan á Quito.

Los Españoles, cuya vigilancia habia sido burlada con aquella maniobra, determinaron atacar á los patriotas ántes que bajáran de la altura en que se hallaban. Trepando aceleradamente la

cuesta, fatigan sobre manera sus tropas, y en tal estado se principia la refriega á las nueve y média de la mañana del 24 de mayo. Era estrecho el terreno donde se combatia, lo que fué muy favorable á los independientes, porque dió tiempo á que arribáran sucesivamente sus cuerpos. Los cazadores de Paya y el batallon Trujillo, conducido por su jefe Santa Cruz, empeñaron la accion y pelearon hasta agotar sus municiones. Fueron relevados por otros dos batallones á las órdenes del general Míres y del coronel Moráles; empero á su turno se vieron compelidos á retirarse, no obstante su brillante comportamiento, por falta de municiones que se habian atrasado. En este momento crítico el enemigo se creyó victorioso y ganó terreno. Detúvole el batallon Paya, que hizo una victoriosa arremetida á la bayoneta y obligó á los realistas á que perdieran la ventaja obtenida. El coronel Lópeź habia destacado tres compañías de Aragon, destinadas á flanquear á los republicanos por la izquierda: á favor de la espesura del bosque habian llegado hasta la cima de la altura; pero en aquel momento aparecen tres compañías de Albion, que atacan á las españolas con la bizarría que siempre habia distinguido á este cuerpo, y las derrotan completamente.

El coronel Córdoba, á la cabeza de dos compañías del batallon Magdalena, carga tambien á los realistas con el denuedo é intrepidez que acostumbraba, los desordena y derrota á las doce del dia. Reforzado este jefe persigue á los enemigos, completa la victoria, y entra con ellos en la ciudad de Quito, obligando á sus restos á que se retiren al fuerte del Panecillo, construido sobre la hermosa colina de este nombre.

La caballería enemiga, que se hallaba íntegra y que ascendia á cosa de cuatrocientos buenos jinetes, recibió órden de Aymerich para situarse en el Ejido de Añaquito, al norte de la ciudad, mandada por el coronel Tolrá. Pensaba Aymerich retirarse con ella y con las reliquias de su infantería sobre Pasto; pero bien fuese por un terror pánico, ó por algun alarma infundado, la caballería huyó aceleradamente. Perseguida por el cuerpo muy inferior del comandante Cestáris, quien desde ántes del combate se habia interpuesto entre Quito y Pasto por disposicion de Sucre, se dispersó, y pocos soldados llegaron á Pasto con el coronel Tolrá. Cuatrocientos cadáveres enemigos quedaron tendidos en el campo, y doscientos republicanos. Tuvimos

ciento cuarenta heridos, entre ellos siete oficiales, y los Españoles ciento noventa.

La division de Sucre se acercó á la ciudad, y por medio de su edecan el teniente coronel O'Leary intimó la rendicion al general Aymerich, ofreciéndole una capitulacion honrosa. Esta fué convenida y ratificada el dia siguiente (mayo 25). Estipulóse en ella la entrega de la ciudad y fuerte del Panecillo con todo lo demas que existia en el territorio de Quito, incluso el de Pasto, correspondiente al gobierno español. Las tropas debian rendir las armas con los honores de la guerra, conservando los jefes y oficiales sus espadas, caballos y equipajes. La oficialidad y tropa españolas que escogieran seguir á la Península, podian hacerlo juramentados ántes, y en calidad de prisioneros de guerra los que adoptáran este partido. El gobierno de Colombia debia avanzar todos los gastos necesarios para conducirlos á la Habana ó á otro puerto español, donde se le reintegrarian.

En fuerza de esta capitulacion, se entregaron al general Sucre la ciudad de Quito y el fuerte del Panecillo, mil y cien prisioneros de tropa, ciento sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, mil setecientos fusiles y todos los demas elementos de guerra que poseía el gobierno español en el reino de Quito. El 25 de mayo terminó la dominacion de la metrópoli en aquel hermoso país; cabalmente á los doscientos años cumplidos en que por la primera vez tremoló el estandarte de Castilla sobre las nevadas cimas de los Ándes del Ecuador.

Una columna de doscientos infantes y cincuenta jinetes, que habia salido con direccion á Pasto la víspera de la accion de Pichincha, á las órdenes del comandante Salgado, recibió en la mitad del camino la infausta noticia de la rendicion de Quito; desalentada y perseguida, aun por los mismos pueblos en revolucion, tuvo que rendirse acogiéndose á la capitulacion. Pero hubo jefes y oficiales de los fugitivos de Pichincha que no quisieron sujetarse á esta humillacion del orgullo castellano. Los coroneles don José Santa Cruz y don Manuel Vizcarra en compañía de unos pocos subalternos, animados todos de una fuerza de alma verdaderamente heróica, emprendieron escaparse penetrando al Marañon por las Misiones de Mocoa. Despues de haber sufrido todo linaje de trabajos y privaciones en aquellos desiertos inhospitables, consiguieron penetrar al Brasil. Desde allí se trasladaron á España.

De esta manera terminó el general Sucre la gloriosa empresa de pacificar las provincias de Colombia situadas en el Ecuador. Manejóse en ella con el valor, decision y prudencia de un buen capitan. Su nombre merece un lugar muy distinguido en los fastos de la Independencia de la América del Sur, á la que tanto contribuyeron sus talentos militares, políticos y administrativos.

Todavía faltaba la indomable provincia de Pasto, cuyos habitantes, desde el niño hasta el anciano y aun hasta las mujeres débiles, eran serviles adoradores y combatian á favor del rey de España. Una division de tropas realistas bastante numerosa y aguerrida, apoyada en la poblacion entera y en las escarpadas rocas con que se halla erizado aquel país, presentaba todavía una resistencia no despreciable al ejército colombiano.

Hemos dicho anteriormente que el Libertador, á la cabeza de la guardia colombiana, disminuida ya á dos mil hombres, se hallaba en la Alpujarra, lugar situado entre los rios Mayo y Juanambú. El 24 de marzo llegó el ejército á las márgenes del último; á pesar de su impetuosidad, pudo vadearlo aquella tarde y el siguiente dia por un paso llamado de Burréros, que se descubrió á la extremidad de la hacienda del Peñol : este es el pueblo mas distante de Pasto hácia la confluencia de los rios Guáitara y Juanambú. Habia dejado Bolívar el camino principal que guia por el Boqueron á la ciudad de Pasto, y corrídose á su derecha por Guambuyaco para evitar las fortificaciones del enemigo, y ver si podia atravesar el impetuoso Guáitara. Pensaba por esta maniobra enseñorearse del territorio de los Pástos, y atacar á Quito ántes de someter la ciudad y distrito de Pasto.

Luego que el comandante de la segunda division española del sur, don Basilio García, sabe la marcha del ejército colombiano, vuela á Chaguargamba á oponérsele. La fuerza veterana realista se componia del batallon primero del regimiento de Aragon, que tenia seiscientos hombres; y de otro de Cataluña, que contaba cerca de cuatrocientos. Acompañábanle, ademas, un batallon de Pasto y las milicias armadas, que no bajaban de ochocientos hombres; cazadores excelentes para un dia de batalla en aquellas fragosas montañas que tanto conocian.

Las tropas republicanas descansaron dos dias á las márgenes del Juanambú, y luego emprendieron su marcha, dejando allí mismo al coronel José María Obando con un hospital numeroso y los bagajes del ejército, custodiados por mas de doscientos

hombres; pero á las dos jornadas dispuso el Libertador que se le reunieran en la hacienda de Molinoyaco, donde los aguardó.

Bolívar en persona se avanza á reconocer las márgenes escarpadas del Guáitara, y halla que no es posible atravesarlo con su ejército. Este rio impetuoso no da vado, y corriendo en lo general por un lecho guarnecido de rocas tajadas perpendicularmente, solo tiene dos pasos transitables por tropas que lleven caballería y bagajes. Son estos los puentes de Veracruz y Yacuanquer, que estaban mas arriba de la posicion ocupada por la guardia colombiana. Continuóse pues la marcha hácia Tambopintado, Mambuco y la Veracruz. Los realistas habian cortado este puente, y defendian su cabeza meridional con destacamentos que impedian el paso. Dirigióse entónces el ejército por Sandoná y Consacá hácia la parroquia de Yacuanquer. Era doble su designio : ó pasar el Guáitara por aquel puente, ó tomar á Pasto por el lado del sur.

Cuando los independientes llegaron á Consacá el 6 de abril por la tarde, ya el enemigo ocupaba con todas sus fuerzas las alturas de Cariaco, á una legua de distancia. El terreno intermedio de la hacienda de Bomboná quedaba enteramente libre.

En la tarde de aquel dia el comandante del batallon Bogotá, Joaquin Paris, con una parte de su cuerpo, y el coronel Barreto á la cabeza de los Guias, recibieron órden de atravesar la profunda quebrada de Consacá y de reconocer las posiciones de los realistas. Barreto hizo el reconocimiento acercándose hasta medio tiro de fusil de su campamento. Segun lo que observó, el flanco derecho del enemigo, sin embargo de estar apoyado á las faldas escarpadas del volcan de Pasto, parecia ofrecer un pasaje sobre manera difícil. El centro de la posicion estaba cubierto por un espeso bosque, en que los enemigos habian hecho abatidas de grandes árboles. La izquierda de los Españoles se apoyaba en el rio Guáitara; y todo el frente de la línea se hallaba defendido por una profunda cañada, que solo podia atravesarse por un puente dominado completamente por los fuegos cruzados de los realistas. Esta posicion era la mas formidable que se podia escoger; empero no habiendo otro camino, era preciso forzarla ó volver atras. El Libertador, confiado en el valor y entusiasmo de sus tropas, se decidió por el combate, despues de haber hecho por sí mismo otro reconocimiento.

El general Valdes recibió órden de trepar una parte del vol-

can de Pasto y atacar la izquierda del enemigo con el batallon Rífles. La derecha y centro debian ser acometidos por el general Pedro Leon Tórres á la cabeza de los batallones Bogotá y Várgas y dos escuadrones de Guias. El batallon Vencedor en Boyacá y otros dos escuadrones quedaban en la reserva.

Formado el ejército independiente en el llano de Bomboná, principió el fuego á las dos de la tarde (abril 7). El intrépido general Tórres con una columna de mas de seiscientos hombres intentó penetrar por la derecha, mas fuéle imposible. Vióse, pues, obligado á dirigir su arremetida contra el centro de la posicion española, donde mandaba el coronel García. Era este el punto mas arriesgado para acometerle. Tórres y sus valientes soldados desfilaron bajo los fuegos enemigos de artillería y fusilería, pretendiendo pasar la honda cañada de Consacá; empero cayendo sobre las abatidas de árboles no pudieron forzarlas. En média hora el general, todos los jefes y oficiales, ménos seis, y muchos soldados quedaron muertos ó heridos; la metralla sobre todo nos causó mucho daño. Á pesar de tanta mortandad, las cortas reliquias de tan intrépida columna no volvieron atras. Bogotá y Várgas casi desaparecieron aquel dia mereciendo un renombre entre los bravos.

Al mismo tiempo el general Valdes trepaba por las faldas del volcan á la cabeza de Rífles, teniendo los soldados que clavar las bayonetas para avanzar sobre tan escarpadas rocas. Cuatro compañías escogidas de Aragon defienden aquel punto (1). Atacadas vivamente á la bayoneta por los Rífles colombianos, no pueden resistir, y sus soldados son muertos, heridos ó dispersos. La tarde estaba serena y el humo ocultaba á los combatientes. Sin embargo, en un momento de claridad vió el Libertador, aunque muy confusamente y média hora ántes de anochecer, que el enemigo se hallaba cortado. Envió entónces al batallon Vencedor para que atacase las trincheras y parapetos del terrible centro de los Españoles. Pensaba impedir con esta maniobra que todas las tropas reales cargáran sobre Rífles. Ejecutóse el ataque con la mayor intrepidez, aunque sin otro suceso que perder en ménos de veinte minutos ochenta hombres y algunos heridos.

(1) Tres menciona el boletin del Libertador; pero el parte oficial del comandante español dice que eran cuatro.

Á pesar de tal diversion, el comandante español destacó sobre Ríflés otras dos compañías de Aragon, ignorando que las primeras hubieran sido batidas. Defendiéronse las últimas por algun tiempo, y sin embargo tuvieron que ceder el campo cuando todo el batallon Ríflés coronó la cresta de la montaña y acabó de flanquear la posicion de los realistas. Era ya de noche, y aunque brillaba la luna en su plenitud, el estar situadas las tropas colombianas al borde de precipicios que no conocian, salvó al enemigo de ser destruido. El mismo comandante español miéntras iba ya de noche en auxilio de su derecha quedó cortado, y tropezando á cada paso con nuestras avanzadas pudo retirarse á la cabeza de solo setenta hombres. El resto de sus fuerzas, regido por el jefe de estado mayor don Pantaleon del Hierro, se retiró á las dos de la mañana, quedando así el campo de batalla en poder de los independientes, junto con la artillería, algun botin y varios prisioneros y heridos. ¡ Estéril triunfo que habia costado muy caro!

La pérdida del ejército libertador en esta gloriosa pero destructora jornada consistió, segun los partes oficiales, en ciento setenta y cuatro muertos y trescientos cincuenta y siete heridos; pérdida que juzgamos disminuida. La de los Españoles no llegó á doscientos cincuenta hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Los realistas combatian parapetados y los Colombianos á cuerpo descubierto, bajo de los tiros destructores de la metralla y de la fusilería. Hé aquí el motivo de pérdidas tan desiguales.

Para premiar Bolívar el brillante comportamiento y distinguido valor de algunos oficiales, ascendió sobre el mismo campo de batalla á los generales de brigada Manuel Valdes y Pedro Leon Tórres á generales de division, y al coronel Barreto á general de brigada. Los jefes Sanders, Paris, García, Carbajal, Murguéitio y otros recibieron el ascenso inmediato.

Terminado este reñido combate, se hallaba el coronel don Basilio García excesivamente debilitado, tanto por la pérdida que sufriera en la accion, como porque la mayor parte de los Pastusos se volvieron á sus casas; habia ademas consumido sus municiones en la accion de Cariaco ó Bomboná : sin embargo, quiso aparentar fuerzas que no tenia. Escribió, pues, á Bolívar desde la Guaca, diciéndole que se retirase con sus tropas á Popayan, pues de lo contrario quedaria perdido sin remedio; que

si intentaba pasar el Guáitara hácia la provincia de los Pástos, sería destruido en aquel rio, cuya línea sin duda era mas fuerte que la del Juanambú; que si preferia volver sobre Pasto por la montaña de Yacuanquer, acaso no escaparia un solo hombre que no fuese muerto en un bosque tan espeso por las guerrillas y tropas regladas. Viendo esta abertura de negociacion, el Libertador pensó aprovecharse de ella para concluir un armisticio que durase por lo ménos miéntras le venian los refuerzos que esperaba, y que habia pedido á Popayan. El coronel Paz del Castillo fué comisionado para la negociacion, que no tuvo resultado alguno. Insistió don Basilio García en que el ejército colombiano repasára el Juanambú por el mismo camino que habia traido, en cuyo caso ofrecia no molestarlo; condicion indecorosa á que no suscribiera el Libertador. Los habitantes de Pasto no consintieron que se permitiera al ejército republicano pasar por la ciudad capital.

Esta negociacion duró ocho dias, en cuyo tiempo el cuartel general de Bolívar permaneció en Cariaco y Bomboná, donde tenia abundancia de recursos para las tropas. Curábanse entre tanto los enfermos y heridos, de los que se repusieron muchos. Sin embargo, siendo débil el ejército para emprender nuevas operaciones, el Libertador se decidió, bien á pesar suyo, á retirarse, lo que emprendiera el 16 de abril. Dejó en el hospital de Consacá trescientos enfermos y heridos, que no podia conducir por falta de caballerías; hallábase entre los últimos el general Tórres: quedaron todos muy recomendados al comandante español, dejando tambien un comisionado con fondos suficientes para cuidarlos y asistirlos en su convalecencia.

La marcha se hizo por la Veracruz y Sandoná; ántes se habia adelantado un cuerpo de tropas, á fin de que dispersára las guerrillas enemigas. Así fué que ni estas ni la division realista se atrevieron á atacar de firme los mil trescientos hombres de la guardia colombiana que marchaban con la actitud de vencedores. Situados ventajosamente en las alturas del Peñol, determinó Bolívar aguardar allí los refuerzos que esperaba de un dia á otro enviados de Popayan.

El general Barreto á la cabeza de los escuadrones de Guias y el coronel Castillo habian seguido á Popayan, con el objeto de acelerar la marcha de los refuerzos que se deseaban tan ardien-

temente, y que eran del todo necesarios para terminar la campaña de Pasto.

Desde que el ejército libertador dejó á Patía, y especialmente luego que pasára el Juanambú, levantaron la cabeza las guerrillas de los realistas. Jerónimo Toro ocupaba la Cuchilla del Tambo y sus alrededores, y Manuel María Córdoba á Taminango : estas eran las principales. Otras se hallaban diseminadas á los flancos del valle de Patía, de tal suerte que solo fuertes columnas podian atravesar un país tan infestado por guerrillas. La correspondencia, las partidas pequeñas, los extraviados y enfermos eran víctimas sacrificadas por aquellos cuerpos francos sin disciplina. El hospital militar de Miraflóres, donde mandaba el teniente coronel Parédes, fué sorprendido por el guerrillero José Antonio Latorre y por otros que se le reunieran. Estos malvados degollaron sin piedad á muchos enfermos; perdimos tambien doscientos fusiles, quinientos vestidos, la correspondencia oficial para el Libertador y otros varios artículos de guerra. Asociado Parédes con el capitan Tomas C. Mosquera, batió la fuerte guerrilla de Jerónimo Toro, unida á la de Latorre y á otras, pereciendo el capitan enemigo Lino Hurtado. Poco despues el teniente coronel Francisco Luque tuvo que rendir las armas en Timbio á la columna realista de Tórres : aquí murió el valiente capitan Juan María Ledesma, patriota que se habia hecho célebre en la provincia de Popayan.

No estando prontos en esta ciudad los auxilios que pedia el Libertador, los aguardó en vano mas de treinta dias. Á causa de las guerrillas de Patía tampoco recibió la menor noticia; parecia abandonado de todos en medio de implacables enemigos, cuales eran los habitantes de la provincia de Pasto. « No debo pasar en silencio, decia el secretario de Bolívar al gobierno de Colombia, que las privaciones del ejército han sido muchas; que el clima nos ha tratado con mas crueldad que los hombres, y que estos hombres son los mas enemigos que tiene la libertad; que para odiarnos no hay distincion de sexo, edad ni calidad; que hemos sido hostilizados por todos los vivientes racionales de aquel país; que no ha pasado un dia sin el ruido de las armas; que en marcha como en formacion éramos acosados por el fuego de las guerrillas enemigas; que nuestras avanzadas, partidas y destacamentos necesitaban de una vigilancia infinita pára no ser sorprendidos; que habiendo sido el servicio extraor-

dinariamente recargado, nuestras tropas han sufrido fatigas excesivas. Pero en recompensa siempre hemos vencido. Nuestra disciplina y valor han triunfado de todo, y el enemigo no puede jactarse del triunfo una vez sola, ni un minuto siquiera. »

La absoluta decision que tenian todos los habitantes de Pasto por la causa del rey, impedia absolutamente que se hiciera alguna clase de espionaje en aquel país á favor de los Colombianos. De aquí provenia que ni el general Sucre tuvo ántes de la accion de Pichincha la menor noticia de la campaña de Pasto, ni el Libertador de los progresos de Sucre. Esta ignorancia retardaba sin duda sus operaciones.

Ya el ejército republicano habia consumido todas las vituallas en el Peñol y en sus alrededores : solo existian las suficientes para tres dias. « Entónces fué necesario que el Libertador, usando de sus mismas expresiones, con la mas dolorosa repugnancia y casi humillado se resolviese á volver él mismo en persona con las tropas de su mando al encuentro de los refuerzos que tan largamente se habian esperado. » Ordenó, pues, que se tomasen víveres para tres dias, y levantando el campo marchó hácia el mismo vado por donde ántes pasára el Juanambú. Atravesólo sin obstáculo alguno el 10 de mayo á la vista del enemigo, que no dejaba de molestarle. De allí siguió la Guardia por Mercadéres á la parroquia del Trapiche en el valle de Patía, donde fijó por algun tiempo su cuartel general.

En Mercadéres comenzó el ejército libertador á recibir los auxilios que condujeron de Popayan los coroneles Paz del Castillo y Lara. Poco despues se incorporó en el Trapiche el general Barreto. Á pesar de tales refuerzos, solo se completaron cerca de dos mil hombres, los doscientos jinetes : empero estos carecian de buenos caballos, y estaban muy escasas las caballerías para conducir los equipajes y las municiones. Las enfermedades continuaban todavía en el clima insalubre de Patía. Hubo momentos en que dudára el Libertador si sería mejor variar su plan de campaña emprendiéndola nuevamente por la costa del Pacífico.

Deseoso Bolívar de terminar la guerra del sur por medio de un avenimiento, dirigió por la última vez (mayo 23) desde el Trapiche una terrible intimacion al comandante don Basilio García. Excitábale en ella á que aceptára una honrosa capitulacion para las tropas que mandaba y para el obstinado pueblo

de Pasto; en la inteligencia de que si no se oían estas palabras de paz, caerian de nuevo sobre aquella ciudad y sus moradores, lo mismo que sobre las tropas reales, todos los horrores de la guerra. Concluía amenazando con que tomaria duras represalias de varios actos cometidos por los realistas, violando el tratado de Trujillo que regularizó la guerra.

Dirigida la intimacion, determinó Bolívar enviar á Pasto y aun á Quito á su secretario general, coronel José Gabriel Pérez, á fin de activar y concluir, si era posible, las negociaciones de paz. El Libertador ofició tambien al capitan general Aymerich, instándole que aceptára las bases de capitulacion que le propondria el coronel Pérez. Se reducian estas á entregar todo el territorio ocupado por las armas del rey, concediéndose á los súbditos Españoles cuantas garantías apetecieran.

Á poco de haber recibido en Pasto el coronel García la intimacion de Bolívar, supo la desgraciada batalla de Pichincha y la capitulacion de Aymerich. Viéndose rodeado de enemigos á quienes no podia resistir, contestó al Libertador que se hallaba dispuesto á capitular con arreglo á las bases propuestas.

Sin embargo de que García con los jefes y oficiales de la segunda division española de Quito se hallaban decididos á capitular, lo mismo que el cabildo de Pasto, la masa del pueblo no cedia un punto de su adhesion al gobierno de Fernando VII. « Guerra á los rebeldes, » clamaban aquellos obcecados moradores, y este grito horrísono era repetido por todos los ángulos de la ciudad y de los campos inmediatos. En tan crítica situacion el coronel García llamó de su retiro al obispo Jiménez de Padilla, para que fuese á Pasto y persuadiera á sus moradores la necesidad que tenian de capitular con el presidente de Colombia. Hízolo en efecto, y por la primera vez el obispo de Popayan predicó la paz con los que llamaba insurgentes. Calmada así la efervescencia de los Pastusos, salieron en busca de Bolívar los tenientes coroneles don Pantaleon del Hierro y don Miguel Retamal, comisionados para ajustar la capitulacion.

Ya el Libertador se habia puesto en marcha sobre Pasto á la cabeza de la Guardia colombiana. Hallábase en Berruécos cerca del Juanambú, disponiendo pasarlo por el inexpugnable punto del Boqueron, que tan funesto habia sido á las armas republicanas, cuando llegaron los comisionados. Ambas partes deseaban la capitulacion, y por tanto no fué difícil acordarla. Entre-

gar al presidente de Colombia todo el territorio en que mandaba el jefe de la segunda division española, inclusa la costa de Barbacóas; conceder una absoluta garantía de personas y propiedades á todos los individuos que existieran en dicho territorio, fueran cuales fuesen sus hechos anteriores; conservar á los jefes y oficiales sus espadas, equipajes y propiedades; trasportar á todos los militares que lo quisieran al primer puerto español que se hallára, á costa de Colombia, y sin que fuesen prisioneros de guerra; prometer una proteccion especial á la sagrada religion de Jesucristo, á sus ministros y á todos los habitantes del territorio que se entregaba: hé aquí la hermosa capitulacion concedida por el Libertador á la última division española que se rendia en el sur. Su comandante don Basilio García y los demas jefes, oficiales y tropa merecieron una distincion tan brillante por el valor, lealtad y constancia con que habian peleado en favor de la España. Los habitantes de Pasto debian obtener las mismas consideraciones, como hijos descarriados de Colombia á quienes esta abrazaba por la vez primera.

Apénas se habia firmado la capitulacion, cuando el Libertador marchó á Pasto, á la cabeza de una columna de cazadores sin aguardar que se ratificára; paso arriesgado en que Bolívar se confió en el prestigio de su nombre y en la buena fe de sus enemigos. El 8 de junio entró en Pasto, donde fué recibido con aclamaciones y solemnidad por los jefes y oficiales que se hallaban en aquella ciudad, así como por el obispo Jiménez, defensor tan entusiasta de la causa de España, á la que habia servido con tanto celo. Este envió al encuentro del Libertador á su provisor el doctor don José María Grueso y á su secretario don Félix de Liñan y Haro, con el objeto de rendirle sus respetos y obediencia. La capitulacion de Pasto y su territorio valia, en concepto de Bolívar, mas que diez victorias.

Ella se cumplió en todas sus partes. De dos mil combatientes los mas volvieron á sus casas, y pocos siguieron á España. El sur entero de Colombia quedó libre, terminándose gloriosamente una campaña que habia costado á la República multitud de víctimas y enormes sacrificios (1).

(1) Desde el mes de setiembre de 1821 hasta 22 de mayo de 1822 envió el gobierno de Colombia al Libertador ciento treinta oficiales y siete mil trescientos catorce hombres. Apénas existirian cosa de cuatro mil. De aquí

Bolívar organizó el territorio libertado creando la nueva provincia de los Pástos, compuesta de todo el país que se extiende desde el rio Carchi, cerca de Tulcan, hasta el Mayo. Debia corresponder esta al departamento del Cáuca; su primer gobernador fué el coronel Antonio Obando.

El obispo de Popayan don Salvador Jiménez pidió al Libertador inmediatamente despues de su arribo á Pasto, que le concediera su pasaporte para trasladarse á España ó á Roma, á terminar sus dias en el reposo y tranquilidad de un claustro. Bolívar le manifestó en contestacion cuánto apreciaba la firmeza de su carácter y la fidelidad á sus comprometimientos. Empero trató de persuadirle con razones poderosas que su primera obligacion era cuidar de los fieles cristianos que componian la grey de la Iglesia, que le estaba especialmente encargada. Indicóle que sobre él gravitaria una terrible responsabilidad por los males que pudieran seguirse de la falta de obispos en Colombia. Solo existian el de Mérida de Maracáibo, doctor don Rafael Lasso, y el de Popayan. El de Quito habia pedido su pasaporte para España despues de la capitulacion de Aymerich, y se le expidió.

En consecuencia de esta invitacion el obispo Jiménez regresó á Popayan, donde manifestára su obediencia y sumision á las leyes de Colombia, obrando activamente en favor de la consolidacion de la República. Por estos servicios y por los que habia hécho en Pasto, donde contribuyó eficazmente á la capitulacion de Berruécos, persuadiendo á los Pastusos á que se entregáran, el poder ejecutivo le permitió nuevamente el libre ejercicio de sus facultades episcopales en su diócesis de Popayan, del que se le habia privado por anteriores decretos. Posteriormente se aprobó esta resolucion por el primer congreso constitucional de Colombia.

Verificados tales arreglos y dictadas várias providencias administrativas y militares, Bolívar se puso en camino para Quito. Donde quiera fué recibido con el mayor entusiasmo por sus moradores, complacidos en extremo por su reciente libertad. La entrada del presidente de Colombia en la capital (junio 16) fué un verdadero triunfo, sin duda mas glorioso que el de los con-

se puede inferir cuánto consumiria esta campaña, y cuán grandes eran los sacrificios que costaba.

quistadores. Los habitantes de Quito, sin excepcion de edad, sexo ni condicion, se esmeraron á porfía en manifestar el alto aprecio que hacian de su Libertador, y el profundo reconocimiento que sentian por el inmenso beneficio que les habia hecho de libertarlos del yugo español.

Ya las autoridades, corporaciones, empleados y personas notables de Quito habian celebrado un acta uniendo aquel territorio á la República de Colombia: en ella daban gracias á sus libertadores y les concedian algunas distinciones; mandaban erigir monumentos en su honor, semejantes á los que decretára Bogotá á los vencedores en Boyacá; en fin, acordaban que se promulgase y jurára el 13 de junio la constitucion de la República. Todos estos actos fueron muy satisfactorios á Bolívar.

Las provincias de Quito, Cuenca y Loja compusieron el vasto y populoso departamento nombrado del Ecuador. Sucre, ascendido ya á general de division, fué escogido para gobernarlo. El coronel don Andres Santa Cruz recibió el ascenso á general de brigada en Colombia, y la division peruana obtuvo títulos honoríficos y una medalla de distincion como pruebas de la gratitud nacional á sus importantes servicios.

Miéntras ocurrian en Colombia tan importantes acontecimientos, veámos cuáles habian sido los principales sucesos en el Perú conexos con nuestra República.

En los primeros dias de mayo arribó al Callao el señor Joaquin Mosquera, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia cerca del gobierno del Perú, quien fué reconocido el 5. Desde los primeros pasos que diera en Lima halló que existia una fuerte division entre los oficiales del batallon colombiano de Numancia y las autoridades peruanas. Era el motivo principal hallarse aquellos altamente resentidos porque supieron la resolucion que ántes adoptára San Martin, de declarar la guerra á Colombia para impedir la incorporacion de Guayaquil á nuestra República. Por este resentimiento estaba decidido el batallon á embarcarse para Colombia. El gobierno peruano de ningun modo podia permitirlo, porque era el mejor cuerpo del ejército independiente, y por tanto absolutamente necesario, sobre todo despues que habia sido sorprendida en Ica por los realistas la division que mandaba el general peruano Tristan.

Este fué el primer negocio delicado que trató Mosquera con

la mayor prudencia y cordura. Él tenia instrucciones del general Sucre para exigir la devolucion de Numancia, y que entónces enviaria á Lima la division peruana que mandaba Santa Cruz. Aunque á este se le habia aprobado la resolucion que tomára de continuar haciendo la guerra en Colombia, Sucre temia la renovacion de la órden para retirarse, é insistia por eso en que se le enviára á Numancia.

Tenidas várias conferencias, convino al fin Mosquera en que este batallon continuaria sus servicios en el Perú; con tal de que se diera la órden para que la division auxiliar, que mandaba el coronel Santa Cruz — « quedase exclusivamente á disposicion del general Sucre, hasta que se concluyera la campaña de Quito; á ménos que el Libertador de Colombia juzgára necesario que continuase por mas tiempo en dicho territorio, y que el batallon de Numancia continuára al servicio del Estado del Perú. »

Al consentir el ministro Mosquera en este acuerdo ya habia tenido algunas conferencias con Monteagudo, secretario de Estado de San Martin y negociador de parte de este. Conocia, pues, Mosquera que su mision era bien recibida, y que se habian abandonado los proyectos hostiles contra Colombia. El 9 de mayo principiaron las conferencias sobre el proyecto de un tratado de union, liga y confederacion perpétua entre los dos Estados; proyecto que presentó Mosquera, y que habia sido redactado por Gual, ministro de relaciones exteriores de Colombia, para negociarlo con las Repúblicas del Perú, Chile y Buenos Aires. Ninguna dificultad ofreció el proyecto en la mayor parte de sus disposiciones. Monteagudo objetó solamente un artículo por el cual se reconocia la integridad del territorio de Colombia, comprendiendo con él la provincia de Guayaquil. Decia que su gobierno habia reconocido á la junta de Guayaquil, y que ahora sería una contradiccion el consentir que su territorio se agregase á Colombia. Propuso que se dejára á Guayaquil la libertad de unirse á esta República ó al Perú. En ninguno de estos partidos convino Mosquera, cuyas instrucciones eran terminantes en favor de la incorporacion á nuestra República : esta no podia exponerse á perder aquel puerto sobre el Pacífico, única salida de mas de quinientos mil habitantes de los departamentos meridionales. Guayaquil correspondia indudablemente á la presidencia de Quito, parte integrante del territorio de la Nueva Granada.

Despues de largas conferencias sobre tan espinosa cuestion, no cediendo de su propósito ninguno de los negociadores, se convino en que se dejára indeciso el arreglo de límites entre Colombia y el Perú, reservándolo para un convenio particular, que se ajustaria en mejores circunstancias, terminándose las diferencias que pudieran ocurrir en esta materia por medios conciliadores y pacíficos. Como una prueba de tales sentimientos, el gobierno peruano, á solicitud de Mosquera, dió órden para que los habitantes de Quíjos y Máinas, que residian á la izquierda del Marañon, no fueran convocados para las elecciones de representantes en el congreso del Perú. Por consiguiente se reconoció el derecho que tenia Colombia á aquel territorio. Él correspondia á la presidencia de Quito; pero habiéndose hecho independiente cuando los Españoles dominaban este país, sus habitantes solicitaron auxilios para defenderse, los que se les concedieron por San Martin. De aquí provino el que se unieran provisionalmente al Perú.

Zanjadas estas dificultades, ya no hubo embarazo alguno para concluir los tratados que se discutian entre los plenipotenciarios de Colombia y del Perú. Era el primero de union, liga y confederacion perpétua entre las dos Repúblicas hermanas y amigas : esta union de ninguna manera debia perjudicar á la soberanía de cada una de ellas. Al mismo tiempo se concedian á los respectivos ciudadanos várias ventajas y preeminencias que gozarian en el territorio de la otra República. Por el segundo tratado se comprometieron Colombia y el Perú á promover por todos los medios que estuvieran á su alcance que se reuniera en el istmo de Panamá, ó en cualquiera otro lugar que se designára de comun acuerdo, una asamblea de plenipotenciarios de los Estados americanos. Debia tener por objeto discutir y acordar lo mas conveniente para sostener los grandes intereses de la América : idea y proyecto favoritos del Libertador. Estipulóse tambien la prestacion de mutuos auxilios para terminar la guerra con la España y defenderse de los ataques de cualquiera otra potencia.

Conforme al tenor de dichos tratados, el Libertador presidente de Colombia tenia completa libertad para obrar segun le pareciera, respecto de la cuestion pendiente aun sobre la incorporacion de Guayaquil.

Faltaban esta ciudad y provincia para completar en el sur la

integridad de Colombia. Allí existian siempre y cada dia mas acalorados los partidos colombiano, peruano é independiente. La junta de gobierno era del todo contraria á la incorporacion á Colombia; no recordaba con gratitud los grandes sacrificios que habia hecho esta República para que Guayaquil no fuera sojuzgada nuevamente por los Españoles, despues de su transformacion política.

El presidente de Colombia no podia permitir que Guayaquil continuára por mas tiempo en aquel estado anómalo. Para concluirlo, determinó ir personalmente á dicha ciudad : hizo ántes marchar tres batallones y que siguiera la misma ruta la division peruana que se restituía á su patria.

El Libertador fué recibido como en triunfo por todos los habitantes del tránsito, lo mismo que por los de Guayaquil, adonde arribára el 11 de julio. Ya se habian convocado para el 28 los representantes de los pueblos, á fin de que decidieran la cuestion pendiente sobre su incorporacion á Colombia. En consecuencia Bolívar manifestó á la junta que aguardaria la determinacion de los diputados de la provincia.

Empero bien pronto comenzaron á formarse reuniones del pueblo, y multitud de padres respetables de familia y empleados públicos dirigieron al ayuntamiento una representacion enérgica, pidiendo la incorporacion á Colombia, como el voto unánime de la ciudad de Guayaquil. Otra numerosa reunion del pueblo exigió á gritos lo mismo. El movimiento iba degenerando en furor, y se temia por la suerte de los que eran de opinion contraria. Rogado entónces el Libertador por la generalidad de los habitantes de la capital para que recibiese á Guayaquil bajo la proteccion de Colombia, encargándose del gobierno político y militar de la provincia, accedió á tal solicitud (julio 13). Declaró, sin embargo, que esta proteccion de ningun modo coartaria la libertad de los representantes de los pueblos, para expresar francamente sus opiniones en la asamblea que estaba próxima. En consecuencia la junta de gobierno mandó reconocer al Libertador como jefe político y militar, declarando terminadas las funciones de la misma junta, que se disolvió en el acto. Disgustados sus miembros Olmedo, Roca y Jimena, no quisieron permanecer en Guayaquil á pesar de las instancias que les hizo Bolívar; á poco tiempo se fueron al Perú.

Reunióse en seguida la representacion de la provincia, con-

forme á la convocatoria anterior. Despues de várias sesiones, acordó por aclamacion el 30 de julio reunirse á la República de Colombia. El Libertador acogió con mucho placer este pronunciamiento, que completaba la integridad de la República por el mediodía, extinguiendo un foco de partidos y disgustos. La provincia de Guayaquil fué erigida en departamento, y el coronel Bartolomé Salon nombrado su primer intendente para gobernarla. Bolívar, en virtud de las facultades extraordinarias que le habia concedido el congreso de Cúcuta en los países recien libertados ó donde hiciera la guerra, expidió algunos otros decretos para mejorar la administracion pública y promover la prosperidad de este nuevo é importante departamento colombiano.

Aunque se publicaron desde entónces en los departamentos del sur la constitucion y leyes de Colombia, la primera no se ejecutó en su mayor parte, y muchas de las segundas quedaron suspensas por largo tiempo. Emanó esta providencia de las facultades extraordinarias que ejercia el presidente en campaña sobre los países que fueran el teatro de la guerra y recien libertados. De aquí provino que los departamentos meridionales continuáran regidos en su mayor parte por un gobierno militar, y por consiguiente opresivo. Tamaña anomalía no cesó enteramente hasta algun tiempo despues.

Á la propia sazon que ocurrian en Guayaquil los sucesos que ántes referimos, hubo otro de grande trascendencia. Tal fué el arribo inesperado del Protector del Perú, general San Martin, el 26 de julio. El Libertador y los habitantes de Guayaquil le recibieron con todas las demostraciones de la consideracion debida al jefe supremo de un pueblo hermano y amigo y á tan ilustre guerrero.

Las conferencias entre Bolívar y San Martin fueron largas y muy frecuentes en tres dias que apénas se detuvo el último en Guayaquil : tambien fueron secretas, pues ningun tercero asistió á ellas; por consiguiente solo podemos referir lo que se dijo entónces por las personas mas allegadas, sobre lo que se hubiera tratado entre los dos ilustres jefes, y cuáles fueron los resultados. Acordáronse allí los auxilios que Colombia daria al Perú á fin de arrojar á los Españoles. Discutiéronse igualmente los grandes intereses de la América del Sur, que se hallaban fincados en la expulsion de las huestes de Castilla, que dominaban todavía las mas populosas y ricas provincias del antiguo imperio de los Incas.

Túvose en aquel tiempo como cierto que el principal motivo que trajera el Protector á Guayaquil, habia sido activar su incorporacion al Perú. Existia un plan de realizarla por medio de la division peruana que se retiraba de Quito, y de la escuadra de San Martin que vendria á recibirla. Empero el Libertador, que tuvo noticia bien segura del proyecto, lo frustró haciendo marchar sus batallones y trasladándose él mismo á Guayaquil, para conseguir su mas pronta incorporacion á Colombia. Era este un hecho consumado cuando arribára el Protector. No pudiendo ya oponerse á él sin una guerra abierta que hubiera sido en extremo funesta á la causa de la Independencia americana, y que no se hallaba en estado de emprender, hizo de la necesidad virtud; y á pesar de cuantos pasos habia dado anteriormente para frustrarla, convino en la union de Guayaquil á Colombia.

Afirmóse entónces que ni el Protector habia quedado contento de Bolívar, ni este de aquel. Parece que San Martin indicó al Libertador, que al Perú le convenia el establecimiento de una Monarquía moderada constitucional, á la que le llamaban sus riquezas, sus ilustres familias y sus antiguas habitudes, harto difíciles de cambiarse en otras republicanas. Díjole Bolívar que tal proyecto sería peligroso y de mal ejemplo en la América. No hallando San Martin acogida en el Libertador para las ideas monárquicas que él y sus ministros se esforzaban en propagar, limitó sus gestiones á los auxilios de tropas y de armamento que desde ántes se le habian ofrecido por el presidente.

Los batallones Vencedor en Boyacá, Yaguachi y Pichincha fueron destinados con un armamento considerable para que siguieran inmediatamente al Callao. Estos, unidos al batallon antiguo de Numancia, al que Bolívar habia dado el nombre de *Voltíjeros de la guardia*, debian componer la division colombiana auxiliar del Perú. La mandaba el general Manuel Valdes, que tenia bajo de sus órdenes á los jefes de brigada coroneles Jacinto Lara y José María Córdoba. Al mismo tiempo siguió á Lima la division peruana que habia combatido en Pichincha. No dejó buen nombre en las provincias del Ecuador por la inmoralidad y excesos de algunos de sus cuerpos y oficiales.

El Protector en su entrevista con Bolívar solo habia manifestado graves dificultades para continuar la guerra contra los Españoles en el Perú, mas no temor alguno de que triunfáran estos; el Libertador sí lo temia. Así fué que desde Cuenca,

adonde habia ido á visitar las provincias meridionales de Colombia, escribió una larga nota al gobierno peruano, indicándole sus temores y proponiendo nuevos planes para continuar activamente la guerra. Ofrecia cuatro mil hombres mas de tropas colombianas, é instaba á los gobiernos de Chile y de Buenos Aires que franqueáran iguales socorros para arrojar á los Españoles. Estaba íntimamente persuadido el Libertador que miéntras los jefes realistas mantuvieran en los Ándes del Perú el brillante pié de fuerza que habian formado, regido por hábiles y atrevidos generales, peligraba la Independencia de los países limítrofes. Exacto pensamiento que por algun tiempo dirigió la política de Bolívar, y que finalmente le condujo á las playas del Perú á ceñir su frente con nuevos laureles.

La suerte de las armas no habia sido feliz á los patriotas en el antiguo imperio de los Incas. Una expedicion mandada por el general don Domingo Tristan, dirigida á ocupar los valles importantes de Pisco é Ica, fué derrotada por los Españoles. El general don Juan Canterac se hallaba situado en Jáuja, donde supo con anticipacion el destino de aquella columna. Pasando rápidamente la cordillera con una division inferior á la de los independientes, los sorprende y ataca en las cercanías de Ica cuando hacian una marcha nocturna. Tres mil hombres fueron completamente derrotados á la média noche del 6 de abril, tomándoles Canterac mil prisioneros, cerca de tres mil fusiles y casi todo cuanto pertenecia á la division de Tristan. Aqueste golpe funesto detuvo por algunos meses las operaciones militares de los independientes, y llenó de orgullo á los realistas. Al mismo tiempo consiguieron estos otras muchas ventajas menores; parecia que diariamente afirmaban su dominacion.

Entre tanto la parte independiente del Perú sufria fuertes sacudimientos. El gobierno del Protector y el de su delegado el marques de Torre Tagle habian emprendido romper y cambiar en poco tiempo las antiguas habitudes, especialmente de la capital de Lima, á fin de conseguir su absoluta separacion de la metrópoli. El ministro de Estado, de guerra y marina don Bernardo Monteagudo era quien dictaba la mayor parte de las violentas medidas que el gobierno protectoral habia juzgado necesarias para llegar al fin que se propusiera (1). La persecucion y

(1) Véase la nota 15ª.

expulsion de los Españoles europeos avecindados en Lima fué una de las principales. Segun confesára despues el mismo Monteagudo, diez mil Españoles habia en Lima cuando arribó al Perú el ejército de San Martin; en este año apénas se contaban ya seiscientos, pues todos se habian visto compelidos á emigrar ó á sufrir destierros. « Esto era, decia Monteagudo, hacer revolucion y asegurar el país contra el ejército realista. »

Semejantes medidas hicieron al ministro peruano otros tantos mortales enemigos de los deudos y amigos de los Españoles. Añadíase á esto que los republicanos del Perú de ningun modo estaban satisfechos con la marcha del gobierno protectoral. Habia este creado la órden del Sol con privilegios hereditarios, y otras várias instituciones que manifestaban una tendencia monárquica.

Ocurrió por entónces el viaje de San Martin á verse con Bolívar en Guayaquil. Inmediatamente se observaron en Lima síntomas de un trastorno. Valiéndose los enemigos de Monteagudo de varios pretextos, se agolpan en la noche del 25 de julio al palacio del gobierno, y por medio de un tumulto exigen del supremo delegado que exonere á Monteagudo del ministerio. Concedida la peticion, Monteagudo fué embarcado con direccion á Panamá, de donde se trasladára á Quito.

Con la caida de Monteagudo no hubo ya en Lima quien promoviera las instituciones monárquicas que él se habia empeñado en fundar. La opinion pública las condenó por una gran mayoría. El ejemplo de Colombia, que se habia dado una constitucion republicana, la que impresa fué esparcida en el Perú libre por nuestro ministro plenipotenciario señor Joaquin Mosquera, y los puros principios democráticos que este profesaba así pública como privadamente, contribuyeron sobre manera á derribar el mal cimentado edificio del Protector y de su ministro.

Al regreso de San Martin á Lima ya habian ocurrido estos acontecimientos; aunque fuera bien recibido por el pueblo, quedó en extremo desagradado por el giro que habian tomado los negocios. Urgido, sin embargo, por el delegado Torre Tagle para que asumiera nuevamente el gobierno, convino en salir de su retiro de la casa de campo de la Magdalena, llamada entónces Pueblo Libre. El 21 de agosto volvió el Protector á las tareas gubernativas, sin dar muestras de enojo por los movimientos revolucionarios que ántes habian tenido lugar contra su mi-

nistro, quien fué reemplazado por don Francisco Valdivieso.

Solo habia transcurrido un mes cuando se reunió el congreso peruano convocado por el mismo Protector. En el breve discurso que San Martin pronunciára al instalarlo, hizo dimision del mando supremo, la que reiteró el mismo dia en términos muy decisivos. Admitió el congreso la renuncia, declarándose en ejercicio de la soberanía nacional. Retuvo el poder ejecutivo para ejercerlo por medio de una comision de tres individuos escogidos de su seno. Fueron estos el general don José Lamar, don Felipe Antonio Alvarado y el conde de Vista Florida, á quienes dió el título de *Junta gubernativa*. Los Peruanos, entregados á sí mismos, principiaron como todos los pueblos de la América española por la defectuosa creacion de juntas. Ensayo peligroso al frente del ejército español, mandado por un solo jefe y que triunfaba por donde quiera.

El mismo dia de su instalacion, el congreso nombró á San Martin generalísimo de las armas del Perú, enviándole el decreto por medio de una comision de diputados. San Martin admitió el título solamente, y no el ejercicio del alto puesto que se le conferia, anunciando su resolucion de ausentarse. « Mi presencia, decia, en el Perú con las relaciones del poder que he dejado y las de la fuerza es inconsistente con la moral del cuerpo soberano y con mi opinion propia, porque ninguna presidencia personal por mi parte alejaria los tiros de la maledicencia y de la calumnia. »

Publicada esta solemne declaracion, San Martin dió á los Peruanos una hermosa proclama de despedida (1), y embarcándose para Chile, se alejó perpétuamente de las riberas del Perú. La conducta del general San Martin en estas circunstancias es honrosa y elevada. Él dió un ejemplo que ha tenido pocos imitadores en los campeones de la Independencia americana; dejar el mando supremo y retirarse á la vida privada sin tener aspiraciones á que le llamasen de nuevo á ejercerlo. Acaso ningun otro ha dado este paso con decision y sinceridad. San Martin, despues de haber adquirido una celebridad tan justa, se fué á Europa, donde permaneció largo tiempo, sin que volviera á tomar parte en la guerra de la Independencia ó en las querellas de las nuevas Repúblicas de la América del Sur.

(1) Véase la nota 16ª.

CAPÍTULO V.

Gobierno del vicepresidente. — Da á Venezuela un jefe civil y militar. — Se publica la Constitucion. — Protesta del cabildo de Carácas. — Estado lamentable de la hacienda pública. — Intereses de la deuda extranjera satisfechos : aumento del crédito exterior. — Zea contrata un empréstito de dos millones de libras esterlinas : sus condiciones ; motivos de censura en dicho préstamo. — Poderes que usa Zea. — No tenia autorizacion para contratarlo. — Circular que dirige á los diferentes gobiernos ; es improbada por el suyo : tambien el empréstito. — Nombramiento de Revenga para sucederle ; este no llega oportunamente á Lóndres. — Comisionados que los contratistas envian á Bogotá. — Crecidos gastos de Zea. — Contrata de López Méndez con Mackintosh improbada. — Arribo de algunos efectos de los contratados. — Pasos del gobierno de los Estados Unidos para reconocer nuestra Independencia. — El Congreso americano acuerda el reconocimiento. — Reclamacion del ministro español. — Nuestros buques son admitidos en los puertos de la Gran Bretaña. — Consecuencias del reconocimiento por los Estados Unidos. — Discusiones en las Córtes de España sobre reconocer nuestra Independencia. — Acuerdo de las Córtes para enviar comisionados á las Américas ; se nombran por el gobierno español. — Ningun resultado tienen estas comisiones. — Progresos constitucionales de Colombia ; en hacienda poco adelanta. — Escasez de sus rentas y apuros del gobierno por esta causa. — Temores de Bolívar sobre la suerte del Perú. — Ventajas obtenidas en Coro. — Se retira del mando el general Latorre : Moráles ocupa su lugar en Venezuela. — Operaciones en el asedio de Puerto-cabello. — Es socorrida la plaza y se levanta el sitio por temores que no se realizan. — Moráles marcha sobre Valencia. — Combate al pié de la Cumbre. — Arriba la division Soublette ; nuevos planes del jefe español ; guerrillas en el Alto-Llano. — Expedicion marítima de Moráles : desembarca en la Goajira y ocupa á Sinamáica. — Pasa el rio Socuy rechazando á los Colombianos. — Los derrota en Salina-Rica. — Abandono de Maracáibo. — El general Clemente hace una mala retirada. — Pérdida lamentable del castillo de San Cárlos, de la escuadrilla y de otros elementos militares. — Sublevaciones de los pueblos. — Auxilios tardíos que se envian á Maracáibo. — Nuevos guerrilleros realistas destruidos ;

mas no Císnéros. — Preparativos del gobierno á fin de recuperar á Maracáibo. — Moráles se alista igualmente para la defensa. — Sus decretos contra los extranjeros : declara insubsistente el tratado que regularizó la guerra. — Reclamaciones contra tales decretos. — Ejército que se forma en Riohacha. — Sigue á Sinamáica la division de vanguardia. — Es atacada y destruida por los realistas. — Arriban á Colombia algunos valores y efectos enviados por Zea. — Su muerte y carácter. — Moráles ocupa á Coro y arroja á los republicanos. — Invade á Trujillo; su segundo Calzada se retira á Maracáibo. — Rebelion del Español Bóves en Pasto : ocupa toda la provincia. — El general Sucre le ataca y es rechazado en Tain dala. — Regresa con mas fuerzas ; bate á los facciosos y se apodera de la ciudad de Pasto, que halla desierta. — Arribo del Libertador á Pasto. — Publica un indulto, y dicta severas providencias contra los rebeldes obstinados. — Pide á Quito nuevos curas patriotas. — Arroja de las provincias meridionales á los Españoles europeos, y á los Colombianos enemigos de la Independencia. — Buena conducta de los Patianos. — Situacion del Perú. — La division colombiana auxiliar regresa de Lima. — Comisionados franceses á las nuevas Repúblicas de la América española ; otros de Suecia y de los Estados Unidos.

Año de 1822. — En tanto que la causa de la Independencia prosperaba rápidamente hácia el sur de Colombia, apoyada en el genio militar de Bolívar y sostenida por el de otros caudillos ilustres, la organizacion política de la República marchaba con paso firme. Teníala á su cargo el vicepresidente general Santander. Sus distinguidos talentos y su práctica en la administracion pública presagiaban el mas feliz resultado en una empresa que verdaderamente era harto difícil.

Uno de los primeros pasos del vicepresidente, luego que el gobierno general se trasladára desde Cúcuta á Bogotá, fué dar un magistrado á Venezuela. Habia dispuesto el congreso de Colombia por un decreto de 6 de octubre, que el poder ejecutivo pudiese nombrar un jefe de su confianza, que extendiera su autoridad civil y militar sobre los departamentos de Venezuela, Orinoco y Zúlia, sin perjuicio de que tuviera cada uno para su administracion inmediata el intendente y los gobernadores prescritos por la constitucion y leyes de la República. En cumplimiento de este decreto, el vicepresidente nombró jefe civil y militar de los mencionados departamentos al general de division Cárlos Soublette. Al mismo tiempo debia continuar ejerciendo las funciones de intendente del departamento de Venezuèla. Esta reunion de mandos disgustó á muchos celosos

republicanos, que la consideraban como un principio de opresion; tampoco agradó á Páez, comandante general del mismo departamento, porque se le sujetaba á un jefe militar de ménos graduacion. Hé aquí un principio de disputas que podia atrasar el servicio público.

Á la sazon, mandóse publicar y jurar en los tres departamentos creados en la antigua capitanía general de Venezuela la constitucion de Colombia. Reunido con este objeto el cabildo de la ciudad de Carácas, acordó una protesta en que decia: « que no habiendo tenido la provincia de Carácas representantes en el congreso de Cúcuta; que hallando en la constitucion algunas disposiciones que no eran adaptables á Venezuela; finalmente, que no habiéndose sometido dicha constitucion á la sancion de los pueblos, de ningun modo perjudicára el juramento que iba á prestar á sus futuros representantes (1). » El general Soublette no permitió que semejante protesta se insertára en la *Gaceta*, y el cabildo la hizo imprimir separadamente. Páez tambien improbó tal paso, que no tuvo entónces resultado alguno.

Varios próceres de Carácas miraban con ceño la nueva constitucion, que reducia la capital de Venezuela á una ciudad de segundo órden, y que apartaba el centro del gobierno á larga distancia. Era de temerse que tales sentimientos se avivarian con el tiempo, hasta el punto de causar acerbos disgustos.

La constitucion, sin embargo, se juró en Carácas el 1° de enero con bastante pompa y solemnidad. Ejecutóse el mismo acto de igual manera en las demas provincias de Venezuela, así como en todos los lugares subalternos.

Tanto en las provincias del norte, como en las del centro y sur de Colombia, era muy triste la situacion de la hacienda pública. La devastacion de propiedades causada por la guerra, el desórden en que todavía se hallaba la administracion de los diferentes ramos de rentas nacionales, la supresion de algunas por el congreso de Cúcuta; en fin, los muchos gastos que habia

(1) La provincia de Carácas estaba dominada por los Españoles cuando se hicieron las elecciones para el congreso constituyente de Colombia; pero conforme al reglamento que diera el de Angostura, se juntaron los ciudadanos naturales de dicha provincia que existian en el país libre, y nombraron sus representantes.

exigido y aun exigia la guerra de la Independencia, mantenian al erario nacional en un lamentable estado de postracion, del que en mucho tiempo no podria convalecer. Por tan poderosos motivos no habia podido el gobierno de la República enviar á Lóndres las sumas necesarias para satisfacer los intereses de la deuda colombiana, reconocida en agosto del año anterior por el ministro Zea.

Convencido este de la importancia que daria á Colombia, tanto bajo de un aspecto político, como para fundar su crédito exterior, que se pagáran los intereses del primer semestre vencido en febrero del año corriente, determinó hacer el pago á cualquiera costa. Negoció, pues, con los señores Herring, Graham y Powles ciento cuarenta mil libras esterlinas de obligaciones colombianas, iguales en todo á las que se hallaban en circulacion. Vendiólas al sesenta y cinco y medio por ciento; así fué que produjeron noventa y un mil setecientas doce libras esterlinas que se necesitaban para satisfacer los intereses vencidos.

Este principio de órden, de regularidad y de exacto cumplimiento en las promesas que se habian hecho á los acreedores extranjeros, unido á la seguridad que tenia ya la Independencia de Colombia, ilustrada por sus victorias y por la bien conocida nombradía de sus jefes, aumentó su crédito exterior. Las obligaciones ó *Deventures* subieron de precio, y Zea concibió esperanzas de conseguir un empréstito, segun lo deseaba hacía mucho tiempo.

Desde que se trasladára á Europa, llevó Zea el encargo especial de negociar un préstamo para subvenir á las necesidades y á los muchos gastos de la República. En dos años le habia sido imposible realizarlo, y durante este tiempo los negocios habian tenido variaciones sustanciales. Dióse Colombia una constitucion, por la cual estaba reservado al congreso contraer deudas sobre el crédito de la República. Nuevos funcionarios se eligieron para todos los ramos de la administracion, y se habian revocado los poderes conferidos á Zea por medio de una nota dirigida por el secretario de relaciones exteriores Pedro Gual, su fecha 15 de octubre de 1821. Si no la habia recibido, sabía á lo ménos que sus poderes, autorizados por el gobierno establecido en Angostura en 1819, se le habian limitado posteriormente. — Esto lo confesó el mismo Zea en documentos oficiales que hemos tenido á la vista.

Á pesar de estas circunstancias, que debian hacerle meditar muy detenidamente sobre la validez actual de sus poderes, el ministro Zea determinó en Paris contratar un empréstito de dos millones de libras esterlinas con los negociantes ingleses Cárlos Herring, Guillermo Graham y Juan Diston Powles.

El carácter de Zea era el ménos á propósito para esta clase de operaciones. Literato por inclinacion y por las habitudes de su vida anterior, jamas se habia ocupado de negocios comerciales, era un poco despilfarrado y nada suspicaz para conocer las arterías de los hombres de negocios en fondos y empréstitos; afectando ademas una extremada y ruinosa generosidad con los caudales de la República, sus contratos debian ser sobre manera gravosos á Colombia.

El de empréstito se firmó en Paris el 13 de marzo de este año. Fueron sus principales condiciones: que el empréstito ascenderia á dos millones de libras esterlinas, de las cuales debian pagar los prestamistas ochenta libras por cada cien de obligaciones colombianas: el objeto principal del préstamo sería amortizar las obligaciones ó *Deventures* emitidas ántes, cuyo capital é intereses deberian ser pagados á la par. El interes de las nuevas obligaciones se fijó á un seis por ciento, pagadero en Lóndres por semestres vencidos. Zea concedió á los contratistas un dos por ciento de comision sobre toda la monta del empréstito; un dos y medio por ciento por que satisfacieran los intereses, y uno por ciento por la amortizacion de la vigésima parte del capital, que debia hacerse cada año y completarse en 1849, principiando en 1830. Hipotecáronse como garantía del préstamo los derechos de importacion y exportacion establecidos por el congreso de Cúcuta, así como las rentas que provenian de las minas de oro, plata y salinas; tambien las que producia el monopolio de la venta del tabaco miéntras subsistiera.

Las obligaciones colombianas emitidas por Zea para levantar dicho empréstito, se vendieron en el mercado de ochenta y dos á ochenta y cinco por ciento. Aqueste precio, alto en aquellas circunstancias, por sí solo manifestaria haber mejorado el crédito de Colombia; pero es necesario tener presente que se debian amortizar con el empréstito las *Deventures* ú obligaciones anteriores, que ascendian á 890,128 libras esterlinas y un chelin. Por esta condicion, aunque los acreedores que las entregaban perdian interes, el que se redujo de un doce á un seis por

ciento, ganaban el descuento y las hipotecas afectas á la nueva especie de deuda colombiana que se fundaba entónces.

Los prestamistas obtuvieron tambien el encargo de enviar á Colombia fornituras y toda clase de artículos militares para el servicio de la República. Con estas remisiones podian cubrir el resto del préstamo, sujetándose á las demandas que se les hicieran. Ellos ofrecieron realizar este envío en los términos mas ventajosos para el gobierno. Haciendo tales remisiones ganaban otra comision, de modo que el empréstito les era ventajoso bajo de cualquier aspecto que se le mirase.

Las operaciones del ministro Zea no podian ser mas ruinosas á la prosperidad futura de Colombia. Segun la liquidacion que formára el mismo Zea en 1° de agosto de 1820, y haciendo á los acreedores con la mayor prodigalidad todas las concesiones que quisieron para compensar los daños y perjuicios que figuraban, ascendió la deuda extranjera á quinientas cuarenta y siete mil setecientas ochenta y tres libras esterlinas y diez chelines. Despues añadieron por nuevas liquidaciones ciento ochenta y tres mil novecientas setenta y ocho libras y once chelines. Para un viaje inútil á España obtuvo un préstamo de veinte mil libras esterlinas, dando en obligaciones la suma de sesenta y seis mil seiscientas sesenta y seis libras (1). Ademas, para satisfacer los intereses vencidos en febrero de este año, negoció ciento cuarenta mil libras de obligaciones colombianas al sesenta y cinco y medio por ciento, que produjeron, segun se ha dicho, noventa y un mil setecientas libras. Ahora por el nuevo empréstito ascendia el monto de la deuda extranjera de Colombia á dos millones de libras esterlinas ó á diez millones de pesos. En año y medio se habia duplicado con muy fuerte exceso, sin que en poder de los prestamistas quedára mas que un saldo de ochocientas mil libras. Crecimiento rápido en extremo, del que habia reportado Colombia pocas ventajas para el sostenimiento de la guerra ó para alivio de sus habitadores, que por muchos años iban á sentir el peso de aquella deuda.

(1) Para recibir cien mil pesos, dió Zea en obligaciones con interes trescientos treinta y tres mil trescientos treinta pesos. Estas *Deventures* sí merecian el nombre que se les daba de *Desventuras de Colombia*. Conforme á la cuenta arriba expresada, la deuda de Colombia, cuando se contrató el empréstito, ascendia en Lóndres á 938,428 libras esterlinas y 1 chelin.

Gloriábase el ministro Zea de que sus operaciones en la Gran Bretaña habian elevado el crédito de la República á un grado que se aproximaba al que tenian naciones antiguas y poderosas. Esto es cierto; pero habia sido por medio de combinaciones tan costosas y poco sólidas, que habria sido mejor que, despues de formada la liquidacion de 1° de agosto, hubiese esperado á que la República se hallára en aptitud de satisfacer sus empeños, ántes que tomar dinero haciendo tamaños sacrificios. Por medio de unas medidas tan ruinosas, preparábase á Colombia una bancarota inevitable y funesta.

El poder usado por Zea para negociar este empréstito, fué uno de cuatro firmados en blanco por Bolívar en 24 de diciembre de 1819, y refrendados por su secretario Revenga. Segun oimos á este repetidas veces, tales poderes se le entregaron con el destino de que Zea los llenára, segun las circunstancias, á fin de poder tratar con las naciones europeas los negocios políticos que se ofrecieran. Uno fué llenado por Zea, autorizándole plenamente para la transaccion de 1° de agosto de 1820 con los acreedores de Colombia, y para la emision de las *Deventures;* otro para conseguir el préstamo de las veinte mil libras esterlinas, dando en obligaciones la suma arriba expresada; y el otro para el empréstito de dos millones de libras esterlinas. Decíase en este, segun lo extendió Zea, que se le autorizaba plenamente para contratar un empréstito que no excediera de cinco millones de libras esterlinas; para estipular los términos y condiciones que mejor le parecieran; para destinar al pago de los intereses y amortizacion del capital los ramos mas productivos de las rentas públicas; en fin, para hipotecar, siempre que fuera necesario, tierras, minas y otras propiedades del Estado. Expresábase ademas, que acercándose felizmente la conclusion de la guerra de la Independencia, exigia el honor nacional pagar las deudas contraidas para sostenerla. Indicaba tambien que era conveniente el empréstito, á fin de reanimar la agricultura, la minería y las demas fuentes de riqueza pública. Para atender á objetos tan importantes, le hacía decir al Libertador en el mencionado poder, que habia determinado se contrajera un nuevo empréstito en Europa, usando de la autorizacion y facultades concedidas al efecto por el congreso de Angostura.

Zea concluyó tan importantes operaciones de hacienda, no solo sin conocimiento y aprobacion del gobierno de Colombia,

sino contra su voluntad expresa. Desde 15 de octubre de 1821, el secretario de relaciones exteriores, por órden del Libertador presidente, habia dirigido y aun triplicado una nota oficial á Zea, avisándole que desde aquella fecha quedaban revocados los poderes que se le habian conferido para representar al gobierno colombiano; y que el jefe de la República deseaba que se restituyera lo mas pronto á su patria. Pero Zea no quiso darse por notificado de esta revocacion, y ni siquiera acusó el recibo de la nota en que se le comunicaba. Los señores Echeverría y López Méndez le manifestaron de palabra en Paris que ya no tenia poderes, refiriéndose á cartas de Gual, secretario de relaciones exteriores; empero ni aun así quiso bajar del rango de ministro de Colombia, con que se habia presentado en Paris: tampoco regresó á su patria, segun lo deseaba el gobierno, y se lo previno expresamente. Hizo aun mas; atrevióse á contratar un préstamo de dos millones de libras esterlinas, llenando poderes que se le habian confiado en blanco para otros objetos, y que ya no podian tener validez alguna.

Pocos dias habian trascurrido despues de haberse firmado el contrato de empréstito, cuando Zea dió otro paso en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República, cuya utilidad debia ser muy contestada. Tal fué la célebre circular de 8 de abril de este año, dirigida á los principales gabinetes de la Europa. Despues de hacer una reseña del estado que tenia la contienda de la España con sus colonias de América, las que por todas partes triunfaban de los ejércitos de su metrópoli, añadia: «La República de Colombia está constituida y su gobierno se halla en plena actividad. La España no posee ya nada sobre su territorio. Un ejército de cincuenta mil hombres, sostenido por una reserva de la misma fuerza, asegura la existencia de Colombia. La República tiene todo lo que caracteriza los gobiernos reconocidos sobre la tierra. Á ninguno de ellos pregunta por qué derechos han llegado á ser lo que son: ellos existen, y esto es lo que le importa saber. Colombia respeta todo lo que existe, y tiene derecho á la reciprocidad: ella la pide, y esta demanda no es dictada ni por el interes ni por el temor: uno y otro motivos son indignos de una nacion generosa y libre.» Continuaba despues manifestando las intenciones benévolas que animaban á Colombia respecto de los demas pueblos de la tierra, con quienes deseaba establecer relacio-

nes comerciales para explotar las riquezas de su metalífero y fecundo suelo. « Cordialidad, libertad, reciprocidad, hé aquí, decia, las bases primordiales de aquellas relaciones. »

Concluido este exordio, demasiado pomposo y exagerado en algunos hechos, notificó Zea á los gobiernos europeos y al de los Estados Unidos los puntos siguientes: « Primero, que el gobierno de Colombia reconoce todos los gobiernos existentes, cualesquiera que sean su orígen y su forma. Segundo, que no comunicára con los gobiernos que por su parte no reconocieren al gobierno de Colombia. Tercero, que todo comercio, acceso y mansion en los puertos y sobre el territorio de Colombia están abiertos y asegurados con plena libertad, garantía, tolerancia y reciprocidad á todos los pueblos cuyos gobiernos reconocieren al de Colombia. Cuarto, que estos mismos puertos y territorios están y quedan cerrados á los súbditos de los Estados que no reconocieren al de Colombia. Quinto, que se establecerán plazos para la admision en los puertos y sobre el territorio de Colombia, proporcionados á la tardanza que hubiere experimentado el reconocimiento propuesto. Sexto, en fin, que se tomarán medidas por el gobierno de Colombia para prohibir toda mercadería procedente de los países cuyos gobiernos rehusaren ó retardaren en reconocerlo. »

Zea terminaba su nota circular exigiendo una pronta respuesta, que Colombia esperaba sería favorable, así por la confianza que le inspiraban las luces del gobierno á quien se dirigia, como por *sus propias fuerzas*.

Esta circular, enviada por Zea sin expresa autorizacion de su gobierno y contra los usos establecidos en las naciones, pareció al poder ejecutivo de la República lo que era en efecto: una declaratoria quijotesca, fundada en hechos falsos, como lo del ejército de cincuenta mil hombres apoyado en una reserva de igual número, y en otros harto exagerados. Creyóse que en vez de atraerse Colombia la benevolencia de las grandes potencias europeas, se irritarian estas con las amenazas de aquella extravagante circular; amenazas que no se podian llevar á cabo. Se improbó, pues, la conducta de Zea.

El gobierno de Colombia, por medio de los periódicos franceses é ingleses y por cartas particulares, supo la negociacion del empréstito concluida por Zea, porque este no la comunicó de oficio. Expidió, pues, en 1° de junio un decreto que publi-

cára en la *Gaceta oficial*. Decia en él, haber llegado á su noticia que algunas personas denominándose agentes de la República en Europa contraían empeños y obligaciones á nombre de ella, comprometiendo de esta manera é indebidamente la fe pública del Estado; en consecuencia, para evitar en lo venidero actos semejantes, declaraba: «que ninguna persona, ciudadano de Colombia ó extranjero, se hallaba autorizado en Europa para celebrar contratos, contraer empeños, ni obligar de manera alguna al gobierno de la República al cumplimiento de ningun pacto, convenio ú obligacion, cualquiera que fuese; así que, ningun contrato, convenio ú obligacion que hicieran ó hubiesen hecho, sería obligatorio á Colombia, sin que precediera ó hubiese precedido su autorizacion expresa al efecto.»

Despues de dar este decreto, se hizo publicar en los periódicos extranjeros. Igualmente, luego que el ejecutivo colombiano tuvo noticias mas detalladas del malhadado empréstito de Zea, lo improbó expresa y decididamente; el negociador no habia tenido facultades algunas para contraer empeños tan crecidos como ruinosos. El mismo Zea lo habia confesado á López Méndez en un oficio de 11 de noviembre anterior.

Nombró en seguida al señor José Rafael Revenga, que habia regresado á Bogotá de su comision á España, para que siguiese á Inglaterra como agente de la República. Era su principal encargo concentrar en sus manos todos los negocios fiscales de Colombia en aquel país, arreglarlos en lo posible y presidir á su manejo. Siendo Revenga hombre puro, económico y metódico, y conociendo al mismo tiempo el idioma y las costumbres inglesas, se tenian fundadas esperanzas del buen resultado de su mision. Mas desgraciadamente sufrió un naufragio en via para la Gran Bretaña, perdió sus papeles y tuvo que regresar á Bogotá.

Este contratiempo perjudicó sobre manera, por la demora que hubo en notificar á los prestamistas y tenedores de las obligaciones emitidas por Zea que eran nulas. Este aun no habia dado á su gobierno parte alguno en el mes de setiembre del año corriente de sus ruinosas operaciones, que solamente se conocian por canales indirectos. Un silencio tan dilatado era ya inexplicable. Por este motivo el secretario de relaciones exteriores hizo á Zea los mas fuertes cargos en una larga nota que le dirigió (setiembre 20). Le recapitulaba todas sus faltas,

concluía diciéndole : « que responderia á la nacion por su conducta, la que el gobierno expondria á los ojos de todos para cubrir su responsabilidad y salvar su reputacion. »

Ademas, el gobierno mandó extender una exposicion al secretario de relaciones exteriores, la que al fin no se publicára : manifestábase en ella con evidencia la falta de poderes de Zea para contratar empréstitos y los desmanes que habia cometido en el manejo de los intereses fiscales de Colombia. Se dejaba para el próximo congreso la resolucion definitiva sobre este arduo negocio. Sin embargo, entre tanto se desconoció decididamente, segun dijimos, un préstamo contraido sin autorizacion del congreso, y sin conocimiento ni aprobacion del poder ejecutivo.

Al publicarse en la Gran Bretaña estos pasos del gobierno colombiano, produjeron una grande inquietud á los tenedores de las obligaciones ó vales del empréstito, que bajaron del alto precio á que se vendian en el mercado. Los contratistas enviaron entónces al Frances Juan Bautista d'Esmenard y al Ingles W.-C. Jones de comisionados, para negociar el reconocimiento y aprobacion del contrato de 13 de marzo, en que se hallaban tan interesados.

Este empréstito duplicaba aun con exceso la deuda anterior, sin que por algunos meses se enviára á Colombia un peso fuerte, ni efecto alguno de utilidad, á tiempo que la República no habia tenido que hacer gastos en Europa : solamente los de Zea, que fueron considerables. Habíase querido dar en Lóndres y despues en Paris el tono de un distinguido diplomático, y vivia de una manera correspondiente.

Era su secretario privado y consejero el Español don Manuel Cortés Campománes, el mismo que sirviera en las tropas de la Nueva Granada en los años de 1813 á 1815. Atribuyéronse en gran parte los desaciertos de Zea á malos consejos de Campománes, por lo cual se previno al primero que le separase de su lado.

Á la vez que se discutia en Colombia si era ó no válido el empréstito de Zea, se examinaba la contrata de López Méndez con Jáime Mackinstosh, de que hablamos en el capítulo segundo. Eran tan claros los fundamentos que habia para una absoluta improbacion de dicha contrata, que la dió muy terminantemente el gobierno colombiano.

Ántes de saberse en la Gran Bretaña tal improbacion, comenzaron á llegar á Cartagena los efectos contratados. Habiéndolos reconocido, vióse que sus precios eran tan altos, segun su calidad, que se juzgó no debian recibirse. Mas por una condescendencia indebida, los efectos se mandaron depositar en los almacenes públicos, valuándolos previamente para satisfacerlos por su justo precio. Este paso imprudente dió márgen á interminables contestaciones, que debian durar largos años. Fundáronse en él los interesados para exigir el cumplimiento del contrato, cuya aprobacion no pudieron obtener ni del ejecutivo, ni del congreso de Colombia (1).

Miéntras ocurrian discusiones tan desagradables, se tuvo noticia de una ocurrencia que presagiaba á Colombia que su Independencia no estaba léjos de ser reconocida por las naciones. Súpose que el presidente de los Estados Unidos habia dirigido en 8 de marzo un largo y bien razonado mensaje á la cámara de representantes, excitándola á que se acordára un acto legislativo por el cual se autorizára al gobierno de la Union para reconocer como naciones independientes á Colombia y á otras de las nuevas Repúblicas de la América ántes española.

En consecuencia de este mensaje, pasó el negocio á una comision de la misma cámara, que diera un informe favorable. En él manifestaba los progresos que habia hecho la revolucion en Méjico, Colombia, Buenos Aires, Chile y el Perú, que de hecho se gobernaban como Estados soberanos é independientes, pues la España en cerca de tres años no habia podido enviar contra ellos ni un soldado. Examinaba despues la comision el derecho que tenian los Estados Unidos de reconocer la Independencia de aquellas naciones, y la conveniencia de hacerlo inmediatamente. Demostraba que esto no podia traer una desavenencia con la España, ni con alguna otra potencia europea, conforme á los principios del derecho de gentes. Concluía proponiendo la siguiente resolucion: «La cámara de representantes conviene en la opinion expresada por el presidente en su mensaje de 8 de marzo de 1822, de que las provincias americanas ántes españolas, que han declarado su Independencia y permanecen gozando de ella, deben ser reconocidas por los

(1) En 1848 aun están pendientes las reclamaciones sobre este malhadado contrato.

Estados Unidos como naciones independientes. » Por una segunda resolucion se destinaban cien mil pesos para que el presidente llevase á efecto la medida propuesta.

Fué muy solemne la discusion de materia tan importante. Reducidas á votacion ambas proposiciones, resultó aprobada la primera por ciento cincuenta y nueve votos; solo estuvo por la negativa Mr Garnett : este presentó despues un papel vindicando su voto y fundándose en consideraciones políticas.

La segunda proposicion fué aprobada unánimemente. Despues el senado convino en ambas resoluciones, que mandó ejecutar el presidente de la Union.

Luego que se publicó el mensaje dirigido por este á la cámara de representantes, el ministro de España en Washington, don Joaquin Anduaga, envió una fuerte protesta contra el reconocimiento de la Independencia de los nuevos Estados americanos. El secretario de relaciones exteriores Mr Adams difirió el contestarle hasta que pasaron en el congreso las mencionadas resoluciones. Hízolo entónces (abril 6), manifestando al ministro español que los Estados Unidos deseaban cultivar relaciones amigables con la España; que el reconocimiento de los nuevos Estados en nada perjudicaba á los derechos que tuviera, y á las empresas que meditára la metrópoli para reunir nuevamente á sus antiguas colonias; que los Estados Unidos solo habian decidido sobre el hecho — « de que las nuevas Repúblicas habian sostenido y sostenian su Independencia, gobernándose en todo como naciones independientes; » que en este caso era una obligacion moral entre naciones civilizadas y cristianas establecer relaciones políticas y comerciales con los nuevos Estados; que el gobierno de la Union deseaba que su ejemplo fuese voluntariamente seguido en breve por las demas potencias. « Los Estados Unidos, añadia por fin, cuentan con bastante confianza, con que ha llegado ya el tiempo en que todos los gobiernos europeos amigos de la España, no solo concurran con nosotros al reconocimiento de la Independencia de las naciones americanas, sino tambien en el convencimiento de que nada contribuirá mas eficazmente al bien y felicidad de la España que la concurrencia universal en dicho reconocimiento. »

La noticia de este paso del gobierno de los Estados Unidos causó en Colombia una alegría general. Veíase justamente como precursor del reconocimiento por otras potencias, especialmente

por la Gran Bretaña. Su gobierno, á solicitud de los comerciantes, dió en breve la declaratoria, «de que todos los buques de los Estados independientes de la América ántes española fuesen admitidos en los puertos del reino unido de la Gran Bretaña.» Tal declaratoria y los deseos que manifestó el secretario de relaciones exteriores de S. M. Británica lord Londonderry de que hubiera en Lóndres un agente de Colombia, indicaban que existian ya algunas disposiciones para reconocer nuestra Independencia.

El presidente de los Estados Unidos envió á Colombia al coronel Cárlos Todd en clase de comisionado para anunciar el reconocimiento de nuestra Independencia. El encargado de negocios de la República en Washington, Manuel Tórres, fué tambien recibido en audiencia el 19 de junio con su carácter público. Obtuvo este honor ántes que ningun otro agente de los nuevos Estados independientes de la América española.

En las Córtes de España y entre los hombres de Estado de la madre patria, se discutia desde el año anterior la célebre cuestion del reconocimiento de nuestra Independencia. Inicióla una *Memoria* escrita por don Miguel Cabrera de Neváres, Español liberal, que huyendo de la tiranía de Fernando sétimo, se refugió en Buenos Aires, donde viviera algunos años. Esta *Memoria* fué escrita y publicada por órden expresa del ministro de Ultramar don Ramon López Pelegrin, quien dió á su autor las gracias por el celo que mostraba á favor de la metrópoli. Neváres, despues de difamar á los Americanos del Sur, pintándolos con los mas negros colores, probó hasta la evidencia que la madre patria se hallaba en absoluta incapacidad de sojuzgar nuevamente á sus antiguas colonias. Proponia, pues, que se debia reconocer prontamente la Independencia de la España americana, procurando sacar el mejor partido posible en favor de la España europea. Indicaba que estas ventajas podrian ser: la retencion de algunas plazas y puntos importantes, privilegios comerciales, estipulacion de subsidios y otros semejantes.

Dicha *Memoria* se presentó á las Córtes por el ministro de Ultramar. Un negocio de tanta importancia se tomó en consideracion, despues de haberse pedido al rey varios documentos y exigídose la opinion de su gobierno. Pasóse entónces á una comision especial, que dió su informe en los primeros dias de este

año (1). Discutióse el negocio en 23 y 31 de enero, aprobándose al fin el dictámen de la comision. Reducíase este á que se dijera al gobierno del rey: « que sin perder momento se ocupe en el nombramiento de sugetos que por sus talentos, por su instruccion, por la opinion de que gocen, y por las circunstancias que los distingan, sean á propósito para presentarse á los diferentes gobiernos que se hallan establecidos en las dos Américas españolas, oir y recibir todas las proposiciones que estos hicieren, y trasmitirlas al gobierno de la metrópoli, quien las pasará inmediatamente á las Córtes para que resuelvan lo conveniente. Los comisionados permanecerán allí hasta que llegue la respuesta, sin perjuicio de que el gobierno pueda desde ahora tomar las providencias que estén en sus atribuciones, oir las proposiciones que le hicieren personas caracterizadas por aquellos gobiernos y pasarlas á las Córtes. » Añadióse al informe de la comision: « que esto se entendiera dirigido únicamente á la pacificacion de tales países. » Adicion puesta, sin duda, para que jamas se lisonjeáran los Españoles americanos de que la metrópoli quisiera en aquellas circunstancias hacer justicia á sus pretensiones.

Por el mismo tiempo y con igual espíritu improbaron las Córtes el tratado que celebrára en Méjico el virey don Juan Odonojú con Itúrbide. El nombre del primero se cubrió de execracion en las Córtes y en casi toda la Península. — Los Colombianos miramos esta improbacion del tratado de Córdoba como un fausto acontecimiento que libraba á las demas Repúblicas americanas del pésimo ejemplo de que un Borbon pasára los mares para venir á reinar sobre tan vasto y rico país como Méjico. Trasplantada la Monarquía mas acá del Atlántico, su establecimiento hubiera sido una amenaza contínua á la democracia americana; esta se debatia por do quiera con las propensiones monárquicas de la nobleza, y de las demas clases privilegiadas que habíamos heredado de la España.

El gobierno de S. M. C., en cumplimiento del mencionado decreto de las Córtes, nombró los comisionados que destinaba para tratar con los gobiernos de los nuevos Estados ultramarinos. El brigadier don José Sartorio y el capitan de la real ar-

(1) Componíase la comision de los diputados Espiga, Cuesta, Navarrete, Conde Toreno, Paúl, Álvarez Guerra, Murci, Oliver y Morcoso.

mada don Juan Barrí fueron designados para Colombia : ellos vinieron á Puertocabello, pero no llegó el caso de que iniciáran tratos con el gobierno de la República. Acaso lo impedirian los sucesos de la Península : allá unas revoluciones se sucedian á otras, y los partidos liberal y servil se combatian en todos los ángulos de la desgraciada España. Una situacion tan crítica, que empeoraba cada dia, detuvo el curso de las negociaciones entabladas con los gobiernos de sus antiguas colonias. La Regencia de Seu de Urjel, el cordon sanitario de cerca de cien mil hombres, y por último, la invasion francesa que sufriera la Península, echaron por tierra la constitucion y las Córtes, y pusieron término á este negocio. El despotismo se entronizó de nuevo, y Fernando VII alimentó vanas esperanzas de subyugar otra vez sus colonias de Ultramar.

Entre estas descollaba Colombia por sus triunfos contra las armas españolas, por la nombradía de sus caudillos y por las instituciones republicanas. Su constitucion, que se resentia mucho de las circunstancias en que se habia acordado, se afirmaba con la práctica. Debíanse hacer en este año las elecciones primarias para el primer congreso constitucional (1). En efecto, por todas partes se reunieron las asambleas parroquiales y las de provincia en el mayor órden y tranquilidad. Solamente se notó respecto de las primeras una falta capital que llenára á los verdaderos patriotas republicanos de tristes presentimientos para lo futuro. Los sufragantes parroquiales descuidaban el concurrir á votar, teniendo por molesto y de poca valía un derecho tan precioso. De aquí se originaba que las elecciones primarias ó de electores se decidian por muy pocos votos. Descuido tan notable provenia de la falta de costumbre de nuestros pueblos en la práctica del gobierno representativo, y no de que los Colombianos desamáran sus formas. Harto habian probado lo contrario regando con su sangre los patíbulos y los campos de batalla.

En aquellos dias el vicepresidente de la República, encargado del poder ejecutivo por la ausencia en el sur del Libertador presidente, ejercia el gobierno con talento, tino y firmeza, auxi-

(1) Como la Constitucion no se publicó hasta diciembre y enero de 1821, no podia haber congreso en 1822, pues las elecciones primarias debian comenzar el último domingo de julio.

liado eficazmente por los secretarios de Estado que componian su consejo. Ejecutábanse las leyes, y se habian establecido los tribunales y corporaciones que ellas prescribian.

Sin embargo de que los diferentes ramos de la administracion se organizaban satisfactoriamente, prometiendo á los pueblos un porvenir mas dichoso, habia uno acerca del cual no se concebian las mismas esperanzas. La hacienda pública, hé aquí el grave mal que afligia la existencia de Colombia. La supresion de las alcabalas, qúe decretára imprudentemente el congreso de Cúcuta, de la sisa, de algunos derechos de exportacion, de los tributos de Indios y de otros impuestos menores, dejó un gran vacío. Se quiso llenarlo estableciendo la contribucion directa del diez por ciento de la renta neta de cada uno de los Colombianos, y de várias cuotas exigidas de los sueldos de los empleados. Hiciéronse cálculos demasiado alegres sobre los futuros rendimientos de tal contribucion, cálculos que salieron fallidos desde el fin del primer semestre.

Frustradas estas esperanzas y teniendo que hacer frente á la campaña del sur, que tanto costaba á la República, vióse en apuros harto difíciles de remediar. Los préstamos forzosos y otras contribuciones que se anticipaban, la rebaja temporal de la tercera parte de los sueldos que gozaban los empleados públicos y el patriotismo de los Colombianos, que se prestaban á toda clase de exacciones forzadas, ponian al ejecutivo de Colombia en aptitud de ir adelante y de proveer á sus empeños. Esta situacion difícil y angustiada hacía que se deseára la negociacion de un empréstito en Europa. Debia, sin embargo, ser efectivo y no como el de Zea. Esperábase que con este arbitrio se cubririan todos los gastos mas urgentes, y que terminada la guerra se disminuirian las atenciones, respirarian los pueblos, y abriéndose las fuentes de prosperidad en nuestro fecundo suelo, se aumentaria la riqueza pública, y por consiguiente crecerian las rentas del Estado. Así hubiera sucedido, si otras causas que no se traían á cuenta en cálculos tan halagüeños no hubiesen producido resultados muy diversos.

Una de aquellas causas y sobre manera eficaz fué la continuacion de la guerra en el Perú. Nos habíamos lisonjeado los Colombianos que, libertadas las provincias meridionales hasta sus límites en los rios Túmbes y Macará, serian menores las grandes erogaciones que exigia el ejército. Empero resultaron falli-

das nuestras esperanzas. El Leon de España no habia sido domeñado en el Perú, y amenazaba levantarse aun mas terrible de su momentáneo abatimiento. El ejército español, situado en las provincias centrales del antiguo imperio de los Incas, era superior al independiente, que desde Lima ocupaba el norte del Perú. Los jefes españoles no cedian en valor ni en conocimientos militares á los caudillos de los patriotas, capitaneados ántes por el protector San Martin.

Así fué que el general Bolívar, luego que libertára á Quito y Guayaquil, vió claramente el riesgo que corrian, tanto las provincias del sur como el resto de Colombia, miéntras que los Españoles fueran dueños de la mayor y mas rica porcion del Perú; desde allí hacian una amenaza contínua á nuestra Independencia. Por eso fué que, llamado con instancia por el vicepresidente Santander á fin de que volviera pronto á encargarse del poder ejecutivo, se denegó á esto. Contestóle en el mes de agosto, que jamas lo haria si no se despejaba el horizonte por el sur, á no ser que un riesgo inminente le llamára hácia el norte de la República; en cuyo caso vendria por el istmo de Panamá con dos mil veteranos á combatir al nuevo campeon de los Españoles, el brigadier Moráles.

Dejamos á este navegando de Coro hácia Puertocabello en los últimos dias de julio, conduciendo embarcados setecientos hombres, despues de enviar por tierra cuatrocientos del batallon Barínas, con direccion á la misma plaza. Con esta retirada, el general Soublette se halló de repente sin enemigos qué combatir en la provincia de Coro, y expuesta la de Carácas á ser invadida, bien por la embocadura del rio Tocuyo con direccion á Barquisimeto, bien atacando directamente á Valencia. Queria retrogradar sin tardanza, á fin de oponerse á los planes que Moráles acaso meditaria; pero la distancia era muy grande y la division carecia de subsistencias, pues no tenia víveres para dos dias. Sin embargo de tamañas dificultades, Soublette no perdió un momento. Despues de proveer á la defensa de Maracáibo, adonde envió los batallones Carácas, Orinoco y Occidente, se puso en marcha con Tiradores, Boyacá y Apure, dejando en Coro el batallon Carabobo para embarcarse en el puerto de la Vela y seguir al de la Guáira. Tambien nombró gobernador de Coro al coronel Torréllas, cuya capacidad y decision por la Independencia de su patria eran bien conocidas. El coronel Carrera

Colina, Venancio Silva, Francisco Rodríguez, Flóres y otros partidarios españoles se habian retirado á los bosques, esperando mejor ocasion para presentarse de nuevo en la lid; así era que la provincia de Coro parecia tranquila.

El general Soublette marchó á Carora por el camino del Pedregal. Detúvose pocos dias en el Tocuyo y Barquisimeto, dando sus disposiciones para la defensa y seguridad del occidente. Siguió despues á Valencia con la division que le acompañaba. Hácia Aroa y San Felipe hubo un corto alarma, causado por el teniente coronel Sicilia, quien ocupó la última ciudad con el batallon Barínas, que por tierra conducia desde Coro. Mas no tuvo resultado, porque en seguida Sicilia se metió en Puertocabello.

Fué el principal motivo de haber regresado Moráles á esta plaza, el hacerse cargo del mando civil y militar de Venezuela. El mariscal de campo don Miguel de Latorre habia sido nombrado por la corte de Madrid capitan general de la isla de Puerto-Rico, é iba á trasladarse á su destino. El brigadier don Sebastian Calzada obtuvo el nombramiento de segundo jefe del ejército español de Costa-Firme : él habia llegado ó estaba para arribar de España. Era el mismo Calzada que hizo tan triste papel en Quito por sus escasos talentos y conocimientos militares, de donde se le enviára á la Península con un proceso.

Latorre entregó el baston en 4 de agosto y siguió á Puerto-Rico. Humano, generoso, valiente y buen militar, iba á desempeñar un gobierno pacífico, apartándose de la escena de la guerra de Independencia de Colombia. Él hizo en la Nueva Granada y en Venezuela servicios importantes á su nacion, cogió laureles que no se marchitarán, y dejó un nombre sin mancha. Latorre ninguna parte tuvo en las crueldades de Morillo, ni en los asesinatos de los patriotas.

Deseando el nuevo capitan general ilustrar su entrada en el mando con algun hecho de armas que atrajera sobre sí la atencion de Venezuela, quiso probar inmediatamente la fortuna. Conveníale para realizar un proyecto que meditaba atraer hácia Valencia todas las tropas colombianas, y si le era posible, dar allí un golpe de mano. Determinó, pues, marchar sobre aquella ciudad con todas sus fuerzas disponibles. Esta operacion le era tambien necesaria, á fin de auxiliar la entrada en la plaza del coronel Sicilia, que se hallaba en San Felipe con su columna,

y en gran peligro de ser envuelto por las fuerzas superiores del general Páez. Habíase este situado con dos batallones de tropa reglada, un cuerpo de milicias de Valencia y un escuadron de dragones desde las trincheras de Aguacaliente hasta el Palito, á fin de cortar á Sicilia, en cualquiera direccion que pretendiera moverse para entrar en la plaza de Puertocabello.

Veámos ahora cuáles habian sido los progresos de los Colombianos en el asedio de este baluarte del poder español en Venezuela, volviendo un poco atras para formar un cuadro mas exacto de los acontecimientos.

Prolongándose la defensa de Puertocabello, habia siempre un foco de alarma y de inquietud en Venezuela, tanto para los pueblos, como para el gobierno de la República. Persuadidos de esta verdad, el jefe superior y el general Páez habian hecho desde el mes de febrero de este año grandes esfuerzos para rendirla. El primero declaró la plaza en estado de riguroso bloqueo, y el segundo en calidad de comandante general arremetió la difícil empresa de reducirla por la fuerza y por el hambre. El enemigo, empeñado en sostener aquella fortaleza, no perdonaba medio alguno para su defensa. En 26 de febrero envió doscientos soldados sobre las alturas de Vijirima, los que fueron batidos en lugar de unírseles las guerrillas de que suponia estar plagados los valles de Aragua. Otros cincuenta hombres tuvieron igual suerte en Patanemo.

El general Páez marchó en seguida sobre la línea de Puertocabello con los batallones Granaderos de la guardia, Anzoátegui y un escuadron de dragones bien montados. Habiéndola ocupado el 15 de abril, se apoderó sucesivamente del valle de Borburata, del fuerte del Trincheron, del pueblo Exterior y de otros puntos importantes. Llamóse de Cumaná á la Guáira, y poco despues hizo rumbo hácia Puertocabello, el capitan de navío Sebastian Boguier, que tanto se habia distinguido en el sitio de aquella plaza. Trajo consigo siete corsarios y tres flecheras, que habia contratado por cuenta del gobierno para estrechar el bloqueo de Puertocabello. Siguió al mismo punto el capitan Danells con dos bergantines y una goleta. Todos estos buques se pusieron bajo las órdenes del comandante Beluche, oficial de inteligencia y valor.

Á la sazon que la escuadrilla principiaba con actividad las hostilidades, el general Páez, por medio de operaciones atrevi-

das y de una grande constancia, pudo estrechar á tal extremo el inexpunable fuerte de la Vigía, que su comandante se vió en la necesidad de capitular. Hízolo con todos los honores de la guerra y bajo la condicion de que su destacamento fuera conducido á Puerto-Rico á costa de la República.

Obtenida esta y otras ventajas, ya la guarnicion de la plaza tenia víveres solamente para seis dias. La fragata *Lijera* y el bergantin *Hércules* habian salido á buscarlos en Curazao y debian regresar pronto. Páez instó á los jefes y oficiales de la escuadrilla que atacáran á dichos buques. Habiéndoselo prometido, se presentaron á la vista del puerto la *Lijera* y el *Hércules* el 30 de mayo. Á pesar de todas las promesas y ofrecimientos, solamente Beluche, que mandaba el bergantin *Vencedor*, tuvo arrojo bastante para acercarse á la fragata en términos de sufrir alguna avería. Los demas capitanes de buques permanecieron léjos del combate, y no quisieron obedecer las órdenes que les comunicára Beluche.

Con este contratiempo desaparecieron las esperanzas que Páez habia concebido de que nuestra escuadrilla pudiera estrechar el asedio por mar. Los buques españoles de mayor porte se paseaban libremente por aquellas aguas. Volvió entónces todas sus miras hácia la tierra. Habiendo colocado dos piezas de á veinte y cuatro en el fuerte de la Vigía-Baja, comenzó á batir el pueblo interior, causando muchos daños á los sitiados. Sin embargo, estos de ningun modo cedieron, y por una y otra parte se combatia con el mayor empeño y teson.

La plaza era inexpugnable sin un cerco formal por mar y tierra, el que no podia establecerse porque la República no tenia medios ni elementos para esta empresa. Así, el general Páez, despues de haber hecho grandes sacrificios en municiones de guerra, y perdido por los combates, las calenturas y el vómito negro una gran parte de los dos mil hombres con que mantenia el bloqueo, vióse en la triste necesidad de levantarlo (julio 30). La escasez de vituallas contribuyó tambien á que diera este paso, y principalmente las noticias exageradas que se recibieron, de que vendria muy pronto una expedicion española de mil quinientos hombres para reforzar la guarnicion de Puertocabello. Hallándose empleadas en la guerra de Coro la mayor parte de las tropas de Venezuela, é ignorando Páez su próximo regreso, se alarmó con tales noticias. En consecuencia

publicó un bando, por el cual disponia un alistamiento general en virtud de facultades extraordinarias, que dijo le habia concedido el gobierno supremo de la República. Por el mismo bando autorizaba á los jueces locales, á fin de que pudieran exigir de los ciudadanos cuanto se necesitase para el servicio militar, ya fueran cualesquiera bienes, útiles ó efectos, ya las mismas personas, sin excepcion de fuero ni privilegio alguno.

Este bando de un jefe militar que no contaba con la autoridad civil, alarmó al intendente interino del departamento de Venezuela, doctor Andres Narvarte. Opúsose abiertamente á que se publicára, estimándolo, como era en efecto, del todo opuesto á la constitucion. Consultado el gobierno supremo, autorizó al jefe superior Soublette para que decidiera si las circunstancias eran tan peligrosas y críticas que demandáran el uso de facultades extraordinarias. Eran aquellas del todo diferentes cuando Soublette llegó á Valencia despues de su expedicion á Coro. Solo habian recibido en Puertocabello el miserable auxilio de Calzada con algunos oficiales. Por tanto Soublette disculpó al general Páez, atribuyendo sus providencias al celo que le animaba por el servicio público y por la seguridad del departamento de Venezuela, que se le habia confiado en lo militar. Empero el bando no fué aprobado.

Los sucesos, sin embargo, justificaron en gran parte los recelos y la prevision de Páez á fin de oponerse á los realistas. Cuando la disputa ya mencionada con la autoridad civil del departamento, supo el general que el enemigo, en número de mil ochocientos hombres, habia aparecido en el cerro llamado la Cumbre de Valencia. El coronel Woodberry salió de esta ciudad á la cabeza de quinientos hombres, casi todos reclutas de un depósito, y alguna caballería de milicias á oponérsele. Páez contramarchó tambien desde el Palito situandóse al pié del Cerro.

Al amanecer del 11 de agosto la division realista, gobernada en persona por el brigadier Moráles, bajó del cerro precipitadamente, desplegando sus guerrillas por derecha é izquierda. Solo reservó en la primera altura una pequeña columna con dos piezas lijeras que no cesaban de tirar. Por el centro cayó Moráles con la mayor parte de su fuerza sobre la gran guardia formada por una de las compañías del depósito. A las siete de

la mañana se rompió el fuego por todas partes, dirigiendo los Españoles sus principales esfuerzos por nuestra derecha, contra la cual destacó una columna de cuatrocientos cazadores escogidos en todos los cuerpos. El valiente coronel Rondon á la cabeza de dos compañías, la una de granaderos y la otra del depósito, y de un piquete de dragones, sostuvo el combate valerosamente por la izquierda. Cargando á los enemigos con vigor, envolvió sus guerrillas, miéntras el coronel Manrique con otras dos compañías de los mismos cuerpos rechazaba por el centro á los realistas. Esta embestida, uniforme y combinada, los obligó á retroceder, apostándose en las mismas alturas de donde habian descendido. El teniente coronel Mina, á quien se destinára con un piquete de caballería y otras dos compañías de peones á batir la columna de cazadores que atacaba por nuestra derecha, viendo que se retiraba el principal cuerpo del enemigo, trató de cortarla y destruirla, dándola repetidas y vigorosas cargas; pero los realistas, formando una masa compacta é impenetrable, consiguieron establecerse en las alturas que yacian á su izquierda. Nuestra infantería los persiguió vivamente, y pudo cortar alguna parte de la columna de cazadores, que se disolvió. Quedaron en nuestro poder cuatro oficiales y mas de cincuenta hombres de tropa, presentándose despues del combate bastantes dispersos. Tambien se hallaron en el campo algunos muertos.

El enemigo se retiró á las alturas que ocupaba el dia anterior. Siendo estas posiciones sobre manera fuertes, el general Páez mandó cesar la pelea que habria sido muy desigual en aquellas estancias. La accion duró cuatro horas; y aunque Moráles empeñára todas sus fuerzas, del lado de los patriotas solo combatieron una parte del depósito, el batallon Granaderos y cincuenta dragones. Perdimos setenta y cuatro hombres entre muertos y heridos. El bravo coronel Rondon recibió una herida en un tobillo, leve en apariencia; sobrevínole empero un tétano mortal que le llevó al sepulcro. Habia hecho grandes servicios á su patria en la guerra de la Independencia, y sobre todo en el pantano de Várgas, combatiendo siempre como uno de sus mas valientes guerreros. Su nombre debe ser inmortal, y la patria llora sobre su tumba.

Escarmentados los realistas por la vigorosa resistencia de aquel dia, se mantuvieron en sus fuertes posiciones sin querer

empeñar nuevo combate. En vano fué provocado Moráles repetidas veces en los dias siguientes, molestándole con guerrillas y por el fuego de dos piezas de artillería, que le obligaron á abandonar algunos de sus puestos y á guarecerse en las quebradas que cortan el camino. Al amanecer del 14 se incorporó á las fuerzas de Páez la division que Soublette habia conducido del occidente, la que se procuró mantener oculta y en reserva. Páez usó de varios ardides para ver si conseguia que Moráles bajase á la llanura ; mas no pudo atraerle, ya sea porque no se creyera con bastante fuerza para internarse, ya porque meditára un nuevo plan de campaña.

Este era el pensamiento de Moráles. Hallándose el 14 sobre la sabána de Naguanagua, columbró el arribo de la division que condujo Soublette. Dijo entónces : « Aquellas son las tropas que estaban en occidente. Vamos á Maracáibo, donde solo habrán quedado doscientos reclutas para defenderla. » En efecto, Moráles se retiró á Puertocabello (agosto 18), dejando en su campo algunos efectos miltares, varios enfermos, estropeados y desertores.

La conducta del general Páez en las delicadas circunstancias en que se hallára á principios de este mes fué brillante, sus disposiciones las mas acertadas, y el resultado correspondió á su grande reputacion militar. Él conservó la integridad del territorio colombiano, salvando á Venezuela de una invasion devastadora en el único momento en que los enemigos podian haberla intentado con alguna esperanza de suceso.

Parece que Moráles hizo la referida tentativa sobre la cumbre de Valencia, movido por diferentes causas. Creía, en primer lugar, que con la expedicion de Soublette á Coro habria quedado indefensa la provincia de Carácas. Esperaba ademas por las inteligencias que tenia en el país, y por el estado en que sus espías le aseguraban hallarse la opinion de los pueblos, que amenazando á Valencia, sus partidarios se levantarian por todas partes en favor de la moribunda causa de la España, y que podria acaso reconquistar á Venezuela. Mas se engañó en sus mal fundadas esperanzas. Ningun pueblo se insurreccionó, ni cuando esta aparicion de Moráles, ni en algunos otros momentos críticos que hubo en el occidente, como ántes de la accion desgraciada de Dabajuro, y luego que Soublette se retiró á consecuencia de haber sufrido aquel descalabro inesperado. Man-

túvose en lo general la tranquilidad pública, y los pueblos de Venezuela manifestaron componerse la mayoría de sus habitantes de patriotas verdaderos.

Solamente en los Llanos de Carácas habia desde ántes algunas reuniones de malvados que asesinaban y robaban á nombre del rey de España. La faccion de los Güires era la que tenia mas nombre, y se habia hecho temible. Perseguida por el coronel José María Zamora, comandante de una columna de operaciones, consiguió derrotar la parte que mandaba Raimundo Márquez hácia Orituco; pereció este en la refriega que tuviera con el teniente Mauricio Zamora. El general Sarasa, comandante de los cantones de Chaguarámas, San Sebastian y Calabozo, pertenecientes á los Llanos de Carácas, hizo perseguir, por medio de los coroneles Zamora y Mujica, á las partidas de facciosos realistas que habian aparecido hácia los montes de la Guadarrama. Despues de muchas fatigas logró destruir estas guerrillas de malhechores; restablecióse, pues, la tranquilidad de los Llanos de Carácas, tan importante para conservar la de Venezuela.

Disipada, sin embargo, la tempestad en el centro y en el oriente de la Costa-Firme, comenzaba á tronar sobre otra porcion muy importante del territorio colombiano. El general Moráles queria señalar el principio de su mando con alguna empresa ruidosa que atrajera sobre sí la atencion pública, y que, si era posible, como lo juzgaba, restableciera la causa de su amo el rey en Venezuela, sacándola de la postracion en que yacia. Con tales designios hizo preparar en Puertocabello con el mayor secreto los buques necesarios para una expedicion marítima. Seguro ya de que habia llamado sobre Valencia y sus alrededores las fuerzas que ántes defendian el occidente, se embarcó (agosto 24) en una flotilla de catorce velas: tocó en Curazao, donde solo estuvo veinte y cuatro horas, y los Españoles europeos que allí habia le prestaron algunos auxilios: despues dirigió su rumbo hácia el lago de Maracáibo. Llevaba mil doscientos hombres de desembarco y víveres escasamente para seis dias.

Conocida por los generales Soublette y Páez la nueva expedicion de Moráles, no dudaron que se dirigia contra Maracáibo, ciudad de que tanto habia deseado apoderarse; y que el punto de desembarco sería la Goajira. Así lo comunicaron al gobierno

de Colombia; y Soublette, lleno de inquietud sobre el resultado, tomó en el momento algunas providencias para concurrir á la defensa del importante departamento del Zúlia. Una de ellas fué mandar que saliera la escuadrilla á las órdenes de Beluche, con el fin de que batiera los buques enemigos donde los hallase. Dispuso tambien que los batallones Anzoátegui y Boyacá, á las órdenes del coronel Manuel Manrique, marcháran inmediatamente á situarse en la ciudad de Trujillo. Desde allí podian socorrer con prontitud á Maracáibo y frustrar, si aun era tiempo, los proyectos de Moráles.

Este desembarcó (agosto 30) en los arenales de Cojoro, en el puerto llamado la Teta, correspondiente á la Goajira, á sotavento de Maracáibo. Inmediatamente despidió los trasportes y los buques de guerra que le habian conducido, previniéndoles que cruzáran sobre la boca de la laguna de Maracáibo amenazando con un desembarco. Verificáronlo así, y el general Lino Clemente, que mandaba en el Zúlia, llegó á temer que iba á ser forzada la barra defendida por el castillo de San Cárlos, y á sufrir un combinado ataque por mar y tierra: esto aumentó sus atenciones, y le hizo reforzar la guarnicion del castillo con cien hombres, cuatro buques mayores y ocho menores.

Súpose inmediatamente en Maracáibo el desembarco de Moráles (setiembre 12). Clemente envió al teniente coronel Francisco María Fárias á defender la línea fortificada de Sinamáica. Fárias solo halló setenta y cinco hombres y treinta Indios goajiros que se le reunieron. Por casualidad tomó prisionero al teniente coronel español don Francisco Javier Alvarez y á ocho soldados que se extraviaron aquella noche. Por ellos supo que Moráles, despues de haber marchado tres dias por ardientes arenales con pocas vituallas, se aproximaba ya, y que se le habian reunido sobre cien Indios, con los cuales ascendian ya sus fuerzas á mil trescientos hombres.

Poco tiempo le diera Moráles para dictar providencias defensivas. Fárias vió en breve que los realistas comenzaban á enseñorearse de las débiles fortificaciones, que consistian en estacadas, y tuvo que retirarse sin empeñar el combate. Clavó ántes un cañon de á cuatro que allí existia, y que el enemigo desclavára. Vencido este lijero obstáculo, Moráles continuó su marcha con celeridad, persuadido de que en esta consistia principalmente el buen éxito de su atrevida empresa.

Tres batallones de infantería tenia á sus órdenes el general Clemente para la defensa del departamento, llamados Maracáibo, Occidente y Carácas. Hallábase este en Coro y los demas cubrian varios puntos, especialmente el castillo de San Cárlos. Reunidos los destacamentos, solo se pudieron juntar el 3 de setiembre setecientos hombres, la mayor parte reclutas, cuando Moráles traía mil doscientos de tropas excelentes, compuestas de los batallones Valencey, Barínas, parte de Búrgos y Cazadores de Coro. Con quinientos hombres de aquella fuerza envió Clemente al teniente coronel Cárlos Castelli hácia el rio Socuy. Dispuso al mismo tiempo que cuatro piraguas armadas en guerra ocupáran el punto llamado *Paso Guerrero,* único camino que por tierra le quedaba á Moráles para marchar sobre Maracáibo. Situada en el puerto del Mono la columna de Castelli, supo este que los Españoles se habian apoderado de várias embarcaciones que les presentaron algunos Indios traidores de la Goajira, y que en ellas estaban pasando el caudaloso Socuy, auxiliados por los mismos Indios y protegidos por la artillería. Á medida que pasaban se iban situando en el punto llamado Zuleta.

Con estas noticias determinó Castelli marchar hácia aquel paso á las seis y média de la tarde. Era su objeto batir las fuerzas realistas que hubieran pasado el rio, que calculaba no podrian exceder de trescientos cincuenta hombres. Á las once de la noche llegó al puerto de Zuleta, donde se hallaba el enemigo, á quien no pudo sorprender como lo esperaba. Hallóle formado en una pequeña playa, apoyada su derecha en un bosque impenetrable de mangles, y su izquierda en el rio. En esta posicion le atacó la columna colombiana á las doce de la noche. Pero los Españoles defendieron su puesto valerosamente por dos horas que duró el fuego. Viendo Castelli que no podia forzar á los enemigos á que abandonáran el paso del rio, y teniendo pocas municiones, determinó retirarse: tuvo veinte hombres muertos y trece heridos. La pérdida de los realistas tampoco fué grande; pero muy sensible por la muerte del segundo jefe, coronel don Tomas García, valiente y distinguido comandante de Valencey. Castelli siguió retirándose el 5 hácia Maracáibo. Terminado el paso difícil del Socuy, prosiguió su marcha por el camino que llevaban los patriotas. En aquel mismo dia llegaron á Maracáibo ciento veinte hombres del batallon Carácas,

muy estropeados por las dilatadas marchas desde Coro, á quienes guiaba el intrépido coronel Andára. El general Clemente, poniéndose á su cabeza, engrosó aquella tropa con algunos artilleros, con varios milicianos de la maestranza, y con treinta vecinos montados que acababan de llegar de Perijá y la Cañada. Marchó así hasta el hato del Mamon, á mas de seis leguas de la capital; pero no hallando un punto militar, se replegó con toda la columna al que llaman Salinarica, que parecia el mejor en todo aquel camino.

Los realistas que venian persiguiendo á los Colombianos con todas sus fuerzas, aumentadas por algunos Indios goajiros que se les habian unido atraidos por el cebo de algunas ropas que les dieron, formaron su línea á las doce del dia. Aunque el general Clemente era inferior en el número y en la calidad de las tropas, creyó comprometido su honor y el de las armas de Colombia, si no combatia con denuedo hasta donde le fuera posible. Empeñóse, pues, el combate, que se mantuvo en todos los puntos con bastante vigor por mas de dos horas; pero atacados los Colombianos por cuatro columnas superiores de los realistas, fueron derrotados completamente el 6 de setiembre. Entre muertos, heridos y prisioneros, se perdieron cosa de quinientos hombres, y cuanto existia en el campo de Salinarica, pues solamente se salvaron unos trescientos hombres.

Clemente habia dado sus disposiciones para el caso de una desgracia, las que fueron ejecutadas por el coronel Francisco Delgado, que mandaba en la ciudad de Maracáibo. Hallábanse todas las embarcaciones recogidas á una legua de distancia á sotavento de la plaza. Clemente se dirigió á la Cañada con los restos de sus fuerzas que habian escapado del campo de batalla. Salvóse el parque, el armamento y otros efectos militares; la artillería se clavó arrojándose en seguida al lago. La emigracion, especialmente de las principales familias, fué muy grande, y se la protegió en lo posible. El bajo pueblo era en gran parte amigo de los Españoles. Clemente mandó que los buques siguieran al puerto de Moporo, al sudeste de la laguna, adonde se dirigió él mismo con todo lo que habia podido salvar.

Moráles permaneció en el campo de batalla hasta el 7, en que supo haber sido abandonada la capital. Ocupóla aquel mismo dia sin cometer los asesinatos y tropelías que tanto le placian, y que por do quiera habian señalado su carrera sangrienta.

Hé aquí las circunstancias ocurridas en la pérdida funesta de Maracáibo. El general Clemente no habia practicado la guerra en la de Independencia. Así, aunque tenia y manifestó valor personal, carecia de experiencia y de la energía revolucionaria que se necesitaba para mandar y vencer en tiempos difíciles, lidiando con un enemigo tan activo y pertinaz como el general Moráles. Empeñóse Clemente en dar á los realistas una batalla por temores de mancillar su honor y el de las armas colombianas. Si en vez de este designio, honroso por cierto, pero nocivo á la causa pública, resuelve, como se lo aconsejaban personas sensatas, abandonar por algunos dias á Maracáibo, y se retira á la isla inmediata de Tóas con los buques de guerra y demas que hubiera útiles, quemando los restantes y llevándose tambien la tropa, armas y demas elementos militares, nada hubiera adelantado el enemigo despues de tomar la capital. Sin buques, sin vituallas, y encerrado por consiguiente en la parte occidental del lago, ántes de un mes habria sido destrozado por fuerzas muy superiores, ó vístose obligado á rendirse, pues no tenia retirada alguna. Por consiguiente es claro que el haber combatido en Salinarica fué causa de grandes males á la República.

Bien poco habria adelantado Moráles con la ocupacion de Maracáibo, si el general Clemente hubiera podido conservar el dominio del lago, cortar los víveres y asediarlo en la plaza. Habria conseguido tan importantes objetos, si en vez de dirigirse con todo lo que salvára á Moporo y Gibraltar, puntos los mas remotos en la parte meridional del lago, se traslada con alguna fuerza á los puertos de Altagracia, dejando bien guarnecida la isla de Tóas. Desde allí habria supervigilado la defensa del castillo de San Cárlos, que domina la entrada de la barra y que es la llave de Maracáibo. Lo mandaba el sarjento mayor de artillería Natividad Villamil, quien tenia trescientos hombres de guarnicion y á mas treinta y siete artilleros, cuatro buques mayores de guerra, ocho menores y provisiones para dos meses. Conociendo Moráles la suma importancia de ocupar á San Cárlos, al siguiente dia (setiembre 8) de su entrada en Maracáibo se embarcó él mismo con el batallon Barínas en piraguas desarmadas, y fué á intimar la rendicion. Villamil entró en conferencias con los emisarios de Moráles; y aunque desde el dia anterior se habia acordado en una junta de oficiales no rendir el fuerte, el comandante determinó por sí solo entregarlo por

medio de capitulacion. Mas la base de esta fué vender la fortaleza, los buques de guerra, el armamento y cuanto existia en el castillo. Súpose desde entónces, y lo dijo Moráles de oficio al general Montilla, que Villamil habia recibido cinco mil pesos, que se llevaron inmediatamente de Maracáibo para entregarse al vendedor infame (1). Villamil se embarcó para Santamarta con los pocos soldados y oficiales que le quisieron seguir.

Este suceso inesperado dió á Moráles grandes ventajas. No solamente se hizo dueño de nuestros buques de guerra que defendian la entrada de la barra, sino que introdujo luego al punto los suyos que rodaban por aquellas costas muy estropeados por un recio temporal, y dominó completamente el lago. En seguida se hizo dueño de todos los buques colombianos que se hallaban en los puertos de Moporo y Gibraltar, adonde fué Moráles en persona. Clemente se retiró á Betijoque con trescientos cincuenta hombres que habia podido recoger en Gibraltar, donde hubo una verdadera dispersion. Arrojáronse al agua mas de cuatrocientos fusiles que sacó el enemigo; tambien la pólvora que no se pudo internar por falta de caballerías.

Despues de la partida de Clemente arribó á Gibraltar el coronel don Jáime Moreno, enviado por Moráles para intimarle que se rindiera. Clemente recibió tal intimacion con el desprecio que merecia, contestándola dignamente. En seguida Moráles se apoderó de toda la costa oriental del lago, uniéndosele voluntariamente los Indios, que en lo general eran adictos á los Españoles. Tal es la fuerza de los hábitos. Lo mismo sucedió en el rio Zúlia. Retirábanse por allí el coronel Francisco Delgado, un hermano suyo y el tesorero de Maracáibo, Echeverría, que iban á Cúcuta. Habiéndose amotinado los Indios y otros vecinos de la villa de San Cárlos, proclamaron al rey y los asesinaron en obsequio de Fernando Sétimo; los sublevados creían, como en efecto sucedió, hacer un acto agradable á Moráles.

La pérdida de Maracáibo resonó inmediatamente en Carácas. Desde ántes habia dispuesto el jefe superior Soublette que el

(1) Villamil fué juzgado despues por un consejo de guerra: no se le pudo probar judicialmente la venta, por lo cual se le absolviera. Dijeron algunos, que Moráles le habia querido calumniar anunciando la compra que hizo del castillo.

general Páez marchára al occidente con los batallones Anzoátegui, Carabobo y Granaderos, que tenian la fuerza de mil quinientos hombres. Tambien habia ordenado que el capitan de navío Renato Beluche siguiera con una expedicion marítima hácia el Saco de Maracáibo. Encargóle que llevára á Coro trescientos hombres de desembarco, y que siguiera despues á Maracáibo con el fin de auxiliar á Clemente. Acercándose Beluche á la barra de Maracáibo el 19 de setiembre, observó que no venian prácticos á su bordo: en consecuencia envió al dia siguiente al castillo de San Cárlos á un oficial acompañado por cuatro hombres. No habiendo regresado, vió claramente que los realistas se habian apoderado de aquella fortaleza. Resolvió, pues, volver hácia la Guáira, porque su permanencia en parajes donde el mar es tan bravo, no tenia ya objeto y podia perjudicar sobre manera á sus embarcaciones. La marcha de Páez tampoco produjo el resultado feliz que se esperaba. Luego que este supo la ocupacion de Maracáibo, redobló la celeridad de sus jornadas, y el 28 de setiembre llegó á Trujillo. Empero allí tuvo noticia de que era ya tarde, y que Moráles se habia hecho dueño absoluto del lago. No habiendo embarcaciones en que atravesarlo, eran los realistas inatacables desde el occidente de Venezuela. Por tanto nada se pudo emprender de aquel lado, y en un momento quedaron inútiles grandes sacrificios. Si el castillo de San Cárlos se hubiera defendido unos pocos dias, no hay duda alguna que Moráles habria sido destruido en breve por la valiente division de Páez y por la escuadrilla colombiana. Esta consideracion hizo aun mas sensible la infame entrega de aquel fuerte y de las embarcaciones que lo protegian.

Viendo Páez que nada podia adelantar contra Maracáibo, y que el comandante general del Zúlia tenia fuerzas bastantes para defender los pueblos situados en la parte oriental del lago, determinó regresar á Valencia, segun lo verificó.

Cuando el general Moráles ponia en peligro al occidente de Venezuela, que se hallaba en aptitud de invadir por lugares muy distantes, el oriente de la provincia de Carácas sufria insurrecciones y guerrillas de los realistas. En los pueblos de Tiznádos y Guardatinájas, especialmente en el último, hubo una reaccion promovida por Pedro Valiente. Uniósele despues el teniente coronel Manuel Martínez, oficial que habia estado al servicio de los Españoles: esta partida degolló un destaca-

mento colombiano que mandaba el subteniente Manuel Pérez. Mas dentro de pocos dias los amotinados fueron perseguidos activamente por órdenes del general Sarasa. Valiente pereció en la Mata de Saguara con los principales facciosos que le seguian á manos de los capitanes Vilera y López.

Con este golpe se tranquilizaron un poco los Llanos de Calabozo. Allí existia un partido en favor de los Españoles que por tanto tiempo los habian dominado. Esta era la causa de que estuviera siempre inquieto el gobierno de la República, que desconfiaba en gran parte de aquellos valientes llaneros. Esperaba sin embargo que el tiempo y el buen trato les haria amar las instituciones republicanas.

La guerrilla del feroz Cisnéros, apostada en las cercanías de Carácas, hacía igualmente muchos males á los pueblos y distraía la atencion de fuerzas considerables. Nunca se la pudo haber á las manos, y burló por años la persecucion de comandantes activos. Su jefe alimentaba siempre la esperanza de una invasion española que produjera nuevos trastornos en el país, que desolaba con sus crueldades y latrocinios.

La pérdida de Maracáibo causó una fuerte impresion en la capital de la República, así en el ánimo del gobierno supremo, como en el de todos los ciudadanos. Se veía claramente ser aquella ciudad una posicion muy importante y ventajosa para obrar los realistas contra las provincias de Pamplona, Mérida, Trujillo y Coro, lo mismo que por la Goajira contra Riohacha y Santamarta. Creíase que Moráles sacaria de allí todos los recursos que existieran, sin reparar en los medios, y que haria á Colombia una guerra vigorosa. Por estos motivos el gobierno vió desde el principio aquel suceso con la mayor seriedad. Inmediatamente dió órdenes al departamento de Boyacá para levantar tres mil hombres y dos mil en el Magdalena, fuera de los que allí existian. De la capital salieron mil para Tunja, y se pidieron algunas tropas que habia en Popayan. Cuando ocurrió la desgracia de Maracáibo, no existian seiscientos hombres entre Cúcuta y Bogotá.

Hallándose las arcas vacías y en mal estado las rentas públicas, se decretó un empréstito forzoso de trescientos mil pesos, y todos los empleados se pusieron á un tercio de sueldo. — Ademas, el vicepresidente de la República con acuerdo de su consejo declaró : que se hallaba en el caso del artículo 128 de

la constitucion. Concedia este al ejecutivo en los casos de conmocion interior á mano armada, que amenazára la seguridad de la República, ó en los de una invasion exterior y repentina, facultades extraordinarias para dictar todas aquellas medidas que no estuvieran comprendidas en la esfera natural de sus atribuciones. Esta autorizacion debia ser limitada únicamente á los lugares y tiempo del todo necesarios. Por medio de tales facultades el gobierno de Colombia podia desplegar en los momentos de peligro una grande energía, y adquirir recursos capaces de conjurar cualquiera tempestad que amenazára la seguridad pública.

El general Rafael Urdaneta fué nombrado para mandar en jefe las tropas destinadas á guarnecer la frontera de Cúcuta; era su segundo el coronel Pedro Fortoul. De Cartagena y Santamarta se mandaron salir para Riohacha todas las fuerzas disponibles que existian en el departamento del Magdalena. El general Montilla se puso á la cabeza del ejército que habia de juntarse en Riohacha, que debia ser numeroso. Fincábase en él principalmente la esperanza de la pronta libertad de Maracáibo y de la expulsion de Moráles. Cualquiera expedicion podia marchar por tierra desde Riohacha hasta Maracáibo, sin mas obstáculo grave que el paso difícil del rio Socuy.

Moráles de ningun modo se descuidó en prepararse para la lucha desde el momento en que fué dueño de Maracáibo. Incorporó en sus filas á los prisioneros de Salinarica; reclutó con la mayor actividad á todos los hombres útiles existentes en el territorio que dominaba; en fin, los vistió y disciplinó. Así fué que en dos meses puso una fuerza doble de la que trajera á la campaña. Tenia buenos cuadros veteranos, y de Puertocabello le llevó Calzada mas de sesenta oficiales y algunos sarjentos y cabos. Con tales elementos pensaba el jefe español formar un ejército capaz de vencer en campaña á las tropas colombianas de Venezuela. Nada ménos se proponia que la reconquista del territorio de su capitanía general.

Uno de los primeros pasos de Moráles como jefe militar de Maracáibo, fué expedir un decreto contra los extranjeros que tomára prisioneros, ó que hallára en los países ocupados ántes por los insurgentes. En diferentes casos los condenaba, á unos á muerte ó presidio confiscándoles sus bienes, y á otros por un efecto de su generosidad los arrojaba del país con prohibicion

de volver á él, bajo pena de la vida. Este decreto de 15 de setiembre era un ataque directo contra el célebre tratado de la regularizacion de la guerra, que tanto habia honrado á Bolívar y á Morillo. Por otro decreto que expidiera Moráles en 22 de octubre, declaró insubsistente aquel tratado, en cuanto no fuera conforme al mencionado decreto de 15 de setiembre. Alegaba los fundamentos de que no lo habia sancionado el gobierno español, y que tampoco lo observaban los enemigos de Costa-Firme. Creemos falso el primer fundamento, pues lo contrario deshonraria eternamente al gobierno de la metrópoli; y el segundo es una calumnia atroz. El gobierno de Colombia y todos sus agentes habian observado religiosamente el convenio que regularizó la guerra. Moráles y algunos subalternos, especialmente el coronel don Manuel Carrera Colina, lo violaron repetidas veces en la provincia de Coro, matando y asesinando á sangre fria á varios que juzgaban patriotas. Mas nunca las autoridades colombianas quisieron usar de represalias que volvieran á ensangrentar la guerra. En aquellas mismas circunstancias Páez dió órden á las tropas de su mando que cumplieran exactamente el tratado, á pesar de que se violára por los realistas.

Estos decretos manifestaban claramente que Moráles no habia mejorado su carácter feroz y sanguinario. El gobierno de Colombia por medio del secretario de guerra y marina los reclamó con razones victoriosas. Ántes habia pedido tambien explicaciones sobre estos excesos de Moráles que habian llegado á su noticia; pero ninguno de sus oficios mereció contestacion de parte del jefe español. Varios gobernadores de las Antillas y el comandante de las fuerzas navales de los Estados Unidos le dirigieron igualmente reclamaciones enérgicas contra lo que habia dispuesto respecto de los extranjeros. Estas notas y las circunstancias posteriores detendrian á Moráles para no ejecutar severamente sus decretos, como lo habia ofrecido.

El ejército de Riohacha inquietaba al general Moráles. Debíase componer por lo ménos de dos mil hombres al mando del general Montilla, quien al promediar octubre se trasladó á aquella ciudad. Trabajando allí activamente, pudo reunir bien pronto cosa de mil quinientos hombres. Habiendo entre ellos muchos reclutas, se empeñó en disciplinarlos con prontitud, á fin de emprender algunas operaciones contra Maracáibo.

Tambien se ocupaba en formar una escuadrilla. Para aumentarla, llamó á los corsarios que aun se amparaban en la isla de Vieja-Providencia regidos por Courtois y Fraiguere, los que tenian tres bergantines y una goleta de guerra. Á estos buques de regular fuerza reunió una corbeta, cuatro bergantines, ocho goletas y otros barcos menores. Gobernábalos el coronel José Padilla, y bajo de sus órdenes se hallaban algunos oficiales extranjeros, valientes y experimentados en la marina. Esta escuadrilla tenia el destino de conducir desde Cartagena y Santamarta tropas y toda clase de equipo que se enviáran al ejército de Riohacha.

Hallándose preparada y en estado de marchar la primera division, que se componia de mil y cien infantes, de ciento cincuenta húsares y de un piquete de artillería, Montilla determinó que se adelantára hasta Simanáica. Esta villa dista de la ciudad de Maracáibo siete leguas, y cuarenta de Riohacha, donde quedaba el resto del ejército. El objeto de la marcha era llamar por aquella parte la atencion del enemigo; batirle si se presentaba con fuerzas inferiores; reconocer y aun apoderarse de los pasos de los rios Socuy y Limon, fortificándolos con baterías; proteger, en fin, un desembarco de tropas colombianas de Venezuela y de Riohacha, que se pensaba hacer por el puerto de Cojoro inmediato á Sinamáica.

Aquestos designios eran de mucha importancia para libertar á Maracáibo. Pero este plan ofrecia graves inconvenientes. Se avanzaba un cuerpo de tropas á mas de cuarenta leguas del ejército, dejando en medio el desierto de la Goajira. Por consiguiente la division de vanguardia no podia ser socorrida desde Riohacha si la atacaban los realistas. Esto era muy probable, pues Sinamáica dista poco de Maracáibo; empero no se tenian noticias exactas de las fuerzas de Moráles, que se juzgaba por informes equivocados ser pocas, y en su mayor parte reclutas.

La division colombiana mandada por el gobernador de Riohacha, coronel José Sardá, marchó de esta ciudad el 21 de octubre. Iba de segundo jefe el coronel frances Garsin. Los mil doscientos noventa hombres de que se componia eran las mejores tropas del ejército. Ella atravesó la Goajira sin obstáculo alguno, llegando hasta Sinamáica (noviembre 3). Dos compañías españolas guarnecian la villa y las líneas fortificadas de Garabulla; pero al aproximarse los patriotas se retiraron hácia el rio Socuy,

dando avisos á Maracáibo de que habian aparecido los insurgentes. Sinamáica estaba desierta, y los Colombianos no hallaron mas que dos viejos octogenarios que no habian podido emigrar. Encontróse la artillería clavada y los realistas se habian llevado cuanto podia servir á los republicanos. Así fué que tuvieron estos casas en que abrigarse, pero ningunos víveres.

Acampada la division en el punto de las Guardias, que pareció mejor situado y mas saludable, hiciéronse varios reconocimientos hácia el Socuy. El Paso Guerrero se halló fortificado y con lanchas armadas que defendian el rio : lo mismo sucedió con el Limon, que ademas habia salido de madre y anegado un grande espacio. Envióse tambien á Cojoro una compañía del batallon Cartagena, para estar en observacion y en aptitud de comunicar noticias acerca de cualesquiera buques nuestros que arribáran conforme á la combinacion anterior.

Bien pronto la intemperie del clima y la desercion principiaron á causar bajas, y el hambre á desalentar la tropa. Solamente se daba al soldado la racion de média libra de carne de cabra, sin sal ni mas condimento. La division en diez dias no volvió á recibir noticias ni convoy alguno de provisiones de Riohacha. Sardá la tuvo en contínuo movimiento, para ver si podia ocultar su número á Moráles. En todos sus reconocimientos jamas hallaron enemigos los Colombianos; pero tampoco ningun habitante que les diera la menor noticia de los Españoles.

Tal era la situacion crítica de los patriotas, miéntras que Moráles se preparaba con su actividad acostumbrada para irlos á atacar. En efecto, marcha el 12 de noviembre con mil ochocientos infantes y ciento veinte jinetes, y atraviesa el Socuy; el 13 por la mañana se presentaron delante de Sinamáica solo trescientos infantes y un piquete de caballería. El coronel Garsin, que mandaba los destacamentos avanzados, comunicó esta noticia, y entónces dió Sardá las órdenes para reunir los diferentes cuerpos de su division; en seguida marchó en retirada hácia las Guardias por el espacio de dos leguas. Confiado en su caballería, que juzgaba superior á la enemiga, escogió combatir en la llanura. Apénas habia formado su línea, aparecieron los Españoles con poco mas de trescientos hombres. Empero, luego que se rompió el fuego de las guerrillas, Moráles presentó á la vista su fuerza entera muy superior á la colombiana. Ya no era

tiempo de esquivar el combate, que se trabó con mucho valor por una y otra parte. Sardá dispuso una carga á la bayoneta, que fué harto costosa á los realistas; pero los veteranos del ejército expedicionario la resistieron con firmeza, y desplegándose todas las fuerzas españolas envolvieron á la division colombiana. Una parte murió defendiéndose valerosamente, y otra cayó prisionera. Los patriotas perdieron en aquella funesta jornada cerca de cuatrocientos muertos y de quinientos á seiscientos prisioneros con todo el equipo de la division. Únicamente se salvaron trescientos hombres, que llegaron moribundos á Riohacha por el hambre y la miseria. Del batallon Antióquia, que tenia doscientos veinte y ocho soldados, solamente escaparon nueve, incluso su comandante el capitan José Manuel Montoya. El batallon Cartagena de cuatrocientos ochenta y dos hombres perdió trescientos noventa y tres, y así los demas cuerpos.

De parte de los Españoles murieron doscientos treinta y ocho soldados. Entre ellos fué muy sentida la muerte del jefe de estado mayor, coronel don Leon Iturbe, jóven natural de Venezuela, distinguido por su brillante valor y por sus talentos militares.

Terminada la accion, Moráles incorporó á sus filas todos los prisioneros, exceptuando á unos pocos soldados y á los oficiales que no quisieron faltar á los juramentos que habian hecho á su patria. Por esta medida el jefe español repuso las bajas que habia tenido en el combate de Garabulla, y aumentó su ejército con soldados aguerridos.

Dos dias ántes de la refriega, se habia retirado de Cojoro el destacamento que allí existia en atalaya. Por este motivo, aunque arribára á dicho puerto un convoy de la Guáira que traía quinientos hombres del batallon Tiradores y cincuenta jinetes llaneros, no encontrando noticia alguna, siguió á desembarcar en Riohacha.

El dia en que se recibiera en esta ciudad la noticia de la pérdida casi total de la division de vanguardia, el general Montilla estaba ausente. Habia ido á Cartagena y Santamarta con el fin de activar la salida de la escuadra que regía Padilla. Consiguiólo en efecto (noviembre 24), llevando á su bordo ochocientos hombres de desembarco; otros quinientos estaban prontos en Santamarta, é igual número se dirigia por tierra hácia Riobacha, fuera de las tropas que iban del interior. Por todas partes se

trabajaba con la mayor actividad, á fin de impedir, tan pronto como fuera posible, los rápidos progresos que hacía Moráles en la organizacion y armamento de su ejército. Con dichos auxilios el de Riohacha se puso en estado de no temer á las fuerzas realistas, si acaso intentaban la invasion de las provincias litorales de la Nueva Granada.

Al tiempo en que por todas partes se hacian preparativos para atacar y destruir al ejército expedicionario que dominaba á Maracáibo, comenzaron á recibirse (noviembre) algunos valores enviados de Inglaterra por el ministro Zea como productos de su funesto empréstito del 13 de marzo. Arribó á la Guáira la corbeta *Záfiro* de veinte y ocho cañones para el servicio de la República, trayendo ciento cincuenta mil pesos en oro. Poco tiempo despues llegó el bergantin *Mosquito* de veinte cañones, enviado tambien por Zea. Los buques se mandaron recibir por inventario y valúo, á fin de satisfacer oportunamente su verdadero valor. Se dispuso que el dinero se depositára en la tesorería para devolverse á sus dueños, luego que oficialmente se supiera á quiénes correspondia aquella cantidad, y los términos en que hubiera sido negociada. Es increible que todavía al fin de este año Zea no hubiese dado cuenta del empréstito que negociára, y de las sumas que debió producir (1).

Mas la Providencia dispuso que jamas se recibieran estas noticias; por el contrario, llegó la de que habia muerto Zea en Bath, ciudad de la Gran Bretaña, de una hidropesía que puso término á su vida el 28 de noviembre. Su muerte, ocurrida ántes de haber llegado á Lóndres el sucesor, dejó mas embrollados que nunca los negocios fiscales de la República en Europa. Los acreedores extranjeros sabian haberse improbado por el gobierno colombiano las operaciones del empréstito y otras emprendidas por Zea. Esto los llenaba de desconfianzas; mas teniendo seguras noticias de que tocaba al congreso resolver definitivamente sobre tan grave negocio, reposaban algun tanto en la justicia y equidad de los representantes del pueblo. Así fué que las obligaciones colombianas no bajaron en la bolsa de Lóndres tanto como se creyera al principio.

Era Zea un escritor puro y elocuente. Él acompañó á Bolívar en la célebre expedicion de los Cáyos. Uniósele despues en

(1) Véase la nota 17ª.

la Angostura, donde hizo servicios importantes hasta que se fundó la República de Colombia, en cuyo acto grandioso tuvo una gran parte. Trasladóse posteriormente á Europa en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario; se han visto ya sus operaciones fiscales, que tan ruinosas fueron á Colombia. Zea tenia un carácter flojo y descuidado hasta tocar en el abandono, y era confiado en extremo; esto, unido á su falta de método, le hacian incapaz de dar cima á los grandes negocios y de aplicarse á ellos con la debida asiduidad.

Si hubieran podido destinarse inmediatamente al servicio público los auxilios enviados por Zea como producto del empréstito, habrian llegado á muy buen tiempo. La guerra tomaba diariamente un carácter mas serio y alarmante, por las ventajas que obtenian los realistas en las provincias occidentales de Venezuela. Moráles, viéndose libre de los cuidados que le causára la division colombiana de vanguardia que habia destruido, determinó enseñorearse de la provincia de Coro, donde tantos partidarios le seguian ántes. Hallábase gobernada por el coronel Andres Torréllas: este con su buen manejo y acertadas providencias habia conseguido ganarse la voluntad de los Corianos, que permanecieron tranquilos, sin embargo de la proximidad de las fuerzas españolas de Maracáibo. No duró mucho esta quietud, pues tomando Moráles algo mas de mil hombres desembarcó en el Ancon (noviembre 26), miéntras que con mas tropas ocupaba el puerto de la Seibita y costas de Trujillo, aparentando invadir esta provincia. Mas era un ardid para llamar la atencion, porque las últimas fuerzas regresaron á Maracáibo, marchando Moráles por Sasárida hácia la capital de Coro. Desprendió ántes el batallon Barínas, á fin de que se apostára en el Pedregral para observar las avenidas de Carora. El 3 de diciembre entró Moráles en Coro, de donde se habia retirado el gobernador Torréllas con los quinientos hombres que solo tenia, dirigiéndose á la Sierra de San Luis. Allí ocupó una fuerte posicion llamada Cusimagua ó Sabánaredonda. Á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, Torréllas esperó tranquilo á Moráles, quien corrió á atacarle el 5 de diciembre. Fortificadas y artilladas como se hallaban las alturas que defendian los patriotas, pudieron estos resistir gloriosamente los repetidos ataques que por diferentes puntos les dió el enemigo. Cansado Moráles de guerrear todo el dia sin conseguir su objeto, puso

término al combate á las cinco de la tarde. Por la noche supo Torréllas la desgracia ocurrida á la division de Sardá, y que en vano esperaba socorros de Carora. Emprendió, pues, su retirada en aquella misma noche, que era horrible y tempestuosa. El enemigo no le persiguió, y Torréllas pudo salvar con gloria casi toda su columna. Solamente perdió la artillería, las municiones y algunos otros elementos militares que le era imposible conducir por lo intransitable de los caminos.

Concluida la ocupacion y reconquista de Coro, Moráles, despues de organizar el país á su modo, volvió á Maracáibo con la mayor parte de sus tropas. Halló la novedad de que entre tanto el comandante Leon habia obtenido algunas ventajas sobre un cuerpo de realistas que dejára Moráles en Gibraltar. Batióle en Bobare, y en seguida se incorporó el jefe colombiano al general Clemente en Betijoque. Sabiendo estas novedades, el infatigable jefe español reunió sus tropas en Maracáibo. Meditaba nuevas y atrevidas empresas contra Colombia. Podíalas realizar, pues ocupaba una base de operaciones aislada como la ciudad de Maracáibo, y muy difícil de invadir, aunque dejára una corta guarnicion.

Componíase la division expedicionaria de Moráles de dos excelentes batallones de infantería, que eran Valencey y Cazadores, parte de Búrgos y treinta jinetes : el todo ascendia á mil cuatrocientos hombres. Acompañábale su segundo el brigadier Calzada. La expedicion se hizo á la vela hácia Gibraltar y desembarcó en aquel puerto (diciembre 24) : las partidas que tenia allí el general Clemente se retiraron al bosque.

Hallábase este en Betijoque, desde cuyas alturas vió arribar la escuadrilla de Moráles. Tenia consigo solamente doscientos cuarenta infantes y diez y siete caballos. Era imposible la defensa con tan débiles fuerzas; por tanto, luego que supo al siguiente dia la aproximacion del enemigo, emprendió Clemente su retirada á Trujillo. Guarnecia esta ciudad el coronel Cruz Carrillo con alguna tropa, á quien dió órden para que á marchas forzadas se le reuniera. Verificólo en Motataco con ciento sesenta peones y sesenta jinetes : reunidos se acamparon en Sabánalarga. Empero cayendo sobre ellos la division de Moráles, continuaron retirándose y batiéndose en cuantas posiciones ofrecian alguna ventaja, como el cerro de Mocoi y otros. Los realistas ocuparon á Trujillo al anochecer del 28 de diciem-

bre, apoderándose allí del archivo del departamento del Zúlia, que por falta de caballería dejó Clemente escondido en la iglesia. La division republicana llegó el 29 á Carache : aquí y en Santa Ana se habian levantado algunas partidas á favor de los Españoles, las que se dispersaron con el arribo de las tropas colombianas.

En Trujillo supo Moráles que el general Urdaneta se avanzaba con tropas del ejército de Cúcuta para auxiliar á Clemente; determinó, pues, ir á encontrarle emprendiendo una larga marcha. Sepárase en Mendoza de Calzada, á quien deja la mayor parte de la fuerza y él sigue con cuatrocientos ó quinientos hombres hácia Mérida.

No tardó Clemente en saber tal movimiento, y que en Trujillo solo habia dejado el jefe español un destacamento de veinte y seis hombres. Envió, pues, al coronel Carrillo á que los sorprendiera, segun lo verificó el 4 de enero, tomando prisioneros á los soldados y á un oficial. Súpose por estos la verdadera fuerza de Moráles y las operaciones que iba á emprender.

Reunido Clemente con la columna del coronel Torréllas, compuesta de seiscientos infantes y cien caballos, pudo tomar la ofensiva. Marchó, pues, de Carache siguiendo las huellas del enemigo, que habia desolado el país que atravesaba; por esto en ningun pueblo se hallaban moradores, porque todos habian huido á los bosques. Tal era el espanto que infundia por do quiera el nombre de Moráles, execrable por su larga carrera de asesinatos y de crímenes.

Calzada no se atrevió á esperar á Clemente, y con todas sus fuerzas siguió desde Escuque á embarcarse en Gibraltar con direccion á Maracáibo. Clemente dejó el mando para trasladarse á Carácas, donde iba á ser juzgado en consejo de guerra por la pérdida de Maracáibo; fué absuelto. El coronel Manuel Manrique le sucedió en el mando militar y en la intendencia del Zúlia. En tanto que llegaba, Carrillo continuó gobernando la division y siguiendo las marchas de Moráles.

Miéntras que la República se veía compelida á ocupar en las provincias del norte la mayor parte de sus fuerzas, para hacer frente á los realistas, el sur no se hallaba tranquilo. El teniente coronel español don Benito Bóves, uno de los capitulados en Quito, se habia escapado del depósito de prisioneros. Reuniendo en el territorio de Pasto algunos soldados españoles de los que

se dispersaron, formó una guerrilla. Presentóse con esta en la capital, que se hallaba sin tropas colombianas, pues se habia querido dejar á los Pastusos entregados á sí mismos. Al grito de *Viva el rey*, se conmueve la ciudad el 28 de octubre, y toda la poblacion de Pasto con pocas excepciones proclama á Fernando VII. Bóves organiza un gobierno en que don Estanislao Marchancano figura como teniente gobernador, y en que un doctor Medina era asesor de la provincia. Gran número de Pastusos corren á las armas y siguen á Bóves, que marcha sobre el Guáitara con el fin de apoderarse de los Pástos. El coronel Antonio Obando, gobernador de la provincia, ocupaba el lado meridional de aquel rio con cuarenta soldados y trescientos milicianos. Embestido por setecientos Pastusos, fué derrotado completamente, perdiendo trescientos fusiles, las municiones y demas que tenia consigo. Á consecuencia de esta ventaja los facciosos se apoderaron del resto de la provincia hasta Tulcan, adonde se retiró Obando. En el distrito de los Pástos hizo Bóves que se alistáran todos los hombres útiles, y recogió cuantas armas pudo conseguir. La devastacion de aquellos fértiles valles fué completa; sacaron los facciosos mas de tres mil reses de ganado vacuno, dos mil quinientas caballerías y otros varios efectos de valor que pasaron al lado setentrional del Guáitara.

Por fortuna, cuando ocurrian estos sucesos desgraciados, se hallaba el Libertador en Quito. En el momento dió las providencias mas activas para sufocar la insurreccion. El batallon Rífles y los escuadrones de Guias, Cazadores montados y Dragones de la Guardia, que eran los cuerpos mas veteranos del ejército del Sur, recibieron órdenes para marchar con celeridad sobre la infiel ciudad de Pasto. El general Sucre obtuvo el mando de estas fuerzas.

Bóves, que tenia ya mil quinientos hombres, los setecientos de fusil, ocupó las fuertes alturas que dominan las márgenes del Guáitara. Sin embargo, Sucre forzó el paso á la vista del enemigo; empero, atrincherado Bóves en tres excelentes posiciones de la Cuchilla de Taindala, esperó con impavidez á los Colombianos. Rífles le arrojó de la primera; pero tuvo cuarenta hombres fuera de combate: habria sido necesario perder trescientos para enseñorearse de las dos alturas restantes. Como aun habia otros puntos fuertes que defenderian los Pastusos, Sucre, despues de meditarlo detenidamente, juzgó que la pru-

dencia demandaba no sacrificar inútilmente á sus valientes soldados. Retiróse, pues, hasta Túquerres, á una jornada del Guáitara, á esperar nuevos refuerzos de tropas. Quedaron los Pastusos muy ufanos por haber rechazado á un general de tanta nombradía y á soldados tan veteranos.

Aumentada la division hasta dos mil hombres con los batallones Bogotá y Várgas, y otro de las milicias de Quito, se movió de Túquerres el 22 de diciembre. Sucre hizo varios reconocimientos y ataques falsos. Queria por este medio llamar la atencion del enemigo á diferentes puntos de la formidable línea del Guáitara. Su verdadero ataque se dirigia hácia el paso principal del rio. En consecuencia salió de Túquerres á las once del dia, y por una marcha forzada llegó al Guáitara á las diez de la noche. Era esta oscura y tempestuosa, lo que impidió echar el puente y que pasára Rífles ántes de amanecer, segun lo pensaba el jefe. Descubierta la empresa por la luz del dia, no era ya tiempo de retroceder, sino de continuarla á todo trance. Así el puente fué restablecido bajo de los fuegos enemigos. Tomáronse tambien á viva fuerza por las compañías primera y quinta de Rífles las fortificaciones erigidas sobre las escarpadas rocas del Guáitara, que ofrecian á los facciosos una segunda victoria. Afortunadamente, confiados estos en la clase de guerra que siempre habian practicado en aquella provincia, tenian solo cuarenta hombres para defender los parapetos, pues su jefe esperaba que los podria guarnecer oportunamente. El rápido movimiento de Sucre dejó burlados los cálculos de los rebeldes.

La Cuchilla inaccesible de Taindala, que un mes ántes detuvo la marcha de las tropas colombianas, quedaba por vencer y ofrecia otra gran dificultad, frustrada como habia sido la sorpresa. El bizarro coronel Sándes pidió para Rífles el honor de vencer donde habian sido rechazadas tres de sus compañías: fuéle concedido, y las intrépidas primera y quinta marcharon á vanguardia. El movimiento continuó con rapidez, y vencida ya la mitad de la gran cuesta, llegó toda la fuerza del enemigo á defenderla; empero, aturdido con la velocidad de la marcha, y desconcertado en sus planes, fué envuelto por todas partes, y quedó en nuestro poder aquella altura (diciembre 23), que se temia costára trescientos hombres. Solamente hubo unos pocos heridos.

Era casi imposible perseguir activamente á los facciosos por

la gran fatiga que habia sufrido Rífles al trepar aquella desmesurada altura. Fué, pues, necesario que descansára y comiera la tropa despues de veinte y cuatro horas de un trabajo contínuo. Debieron los rebeldes á estas circunstancias el poderse rehacer en la quebrada de Yacuanquer.

Miéntras se reunian los cuerpos, fué reconocida la posicion de los Pastusos, y se halló que podia ser flanqueada. El batallon Bogotá, á las órdenes del bravo coronel José María Córdoba, se destinó á ocupar los puestos que guarnecian los enemigos á nuestra izquierda, y á embestirlos por la espalda; entre tanto Rífles atacaria por el frente. Córdoba ejecutó el movimiento con tanta exactitud, intrepidez y velocidad, que miéntras los rebeldes trataban de atender á su ataque, Rífles los cargó á la vez dispersándolos en un momento; pero sobrevino la noche, y favorecidos por el espeso bosque vecino, se pudieron salvar sin mucha pérdida. La division retrocedió á dormir en el pueblo de Yacuanquer, para descansar de tan repetidos combates y largas fatigas.

Al amanecer del 24 envió Sucre una intimacion al gobernador y cabildo de Pasto, la que fué desatendida y preso el conductor; tal era la obstinacion de los rebeldes. Los cuerpos desfilaron sin detenerse por la fragosa montaña que separa á Yacuanquer de Pasto. Tardaron mucho en atravesarla, y hasta las doce del dia no avistaron á los facciosos apostados en las alturas y quebradas que rodean la ciudad por la parte del sur. Á la una de la tarde fueron destinadas la primera y quinta de Rífles á tomar las alturas que ocupaban los rebeldes á nuestra izquierda : el resto del batallon con su coronel y el general Barreto se dirigieron contra la principal estancia del enemigo. Hallábase esta sobre la iglesia de Santiago, circuida de un terreno excesivamente cortado, y donde los Pastusos se creían invencibles con el auxilio de aquel santo apóstol, patron de la Espana. Comprometida la pelea, llegaron oportunamente una compañía de Bogotá y un trozo de caballería de los diferentes cuerpos dirigidos por el coronel Carbajal y el comandante Jiménez. Estos cargaron sobre la izquierda mandados por el general Salon. El trozo de caballería dio una brillante carga, y estrechados los rebeldes no pudieron resistir al valor y denuedo de las tropas colombianas. Despues de hora y média de combate los facciosos fueron derrotados completamente en todos los puntos.

Los dispersos huyeron, unos con Bóves hácia las montañas de Sebondoy, camino del Amazónas, y otros al Juanambú, á fin de ampararse en el desierto del Castigo.

En el acto fué ocupada la ciudad de Pasto, en la que solo se hallaron las monjas y unas pocas mujeres acogidas al convento. Los hombres habian huido todos y llevádose sus armas. Desgraciadamente la ciudad fué saqueada por las tropas vencedoras, irritadas sobre manera por la obstinada resistencia que habian hecho sus habitantes.

Las Pastusos tuvieron cerca de trescientos muertos en los diferentes combates, y se les tomaron muy pocos prisioneros á causa de la vigorosa terquedad con que se defendian. Por una rara fortuna el general Sucre perdió solo ocho muertos y treinta y dos heridos, tomando al enemigo una pieza de artillería y una bandera.

Los facciosos presentaron dos mil hombres en los combates del 23 y 24. Habiendo huido casi todos con sus armas, sin que en ocho dias se presentára ninguno al llamamiento del vencedor, debia temerse que prosiguiera la guerra. Era evidente la desafeccion de los Pastusos al gobierno de la República. Nada habia influido en su ánimo la generosidad con que ántes los trató el Libertador, á quien detestaban sin embargo, como al primer insurgente y al mas enemigo de la España y de su rey Fernando VII.

Bolívar, que daba la mayor importancia á la guerra de Pasto, llegó á esta ciudad en los primeros dias de enero. Publicó un indulto para todos los que se presentáran dentro de un breve término; impuso á los pueblos rebeldes del canton una contribucion forzada de treinta mil pesos para la subsistencia de las tropas; hizo extraer de las haciendas tres mil reses de ganado vacuno y dos mil quinientas caballerías que habian robado los Pastusos del canton de Túquerres, cuando el cabecilla Bóves ocupó á los Pástos. Dispuso igualmente que se reclutáran todos los hombres útiles para las armas, y que á los mas inquietos se les llevára en calidad de presos; todos los cuales debian ser conducidos á las provincias meridionales de Quito. Mandó confiscar los bienes de los que hubiesen tomado parte en la insurreccion, de cualquier modo que lo hubieran ejecutado, ó que no se presentaron á Sucre en los seis dias que asignó para hacerlo, despues de ocupada la ciudad. Asimismo dispuso confiscar los bie-

nes de aquellos Pastusos que los tenian en el canton de Túquerres y que permanecieron en Pasto despues de la rebelion. Con tales decretos casi todas las propiedades de los Pastusos vinieron á ser confiscables, y se mandaron repartir á los militares de la República en pago de sus haberes. La infiel Pasto quedó desierta en su mayor parte, y su castigo resonó en todos los ángulos de Colombia.

Para ver si conseguia cambiar la opinion de aquel pueblo idólatra de Fernando VII, el Libertador pidió á Quito que le enviáran veinte y cinco eclesiásticos patriotas, á fin de remover á los curas de los pueblos que eran enemigos de la Independencia. Á muchos de estos los arrojó del territorio de la República, lo mismo que á los principales desafectos. El castigo de los habitadores de Pasto fué ejemplar y merecido; empero dejó en sus corazones el resentimiento mas profundo y duradero.

Igual providencia habia tenido que dictar el Libertador en Quito contra varios enemigos de Colombia, usando de las facultades extraordinarias que le diera el congreso de Cúcuta. Con motivo de la insurreccion de Pasto, recibió avisos repetidos de que muchos desafectos en Quito habian auxiliado la fuga de Bóves y favorecian á los rebeldes. Para cortar un mal tan grave, que podia traer funestas consecuencias, mandó salir no solo de Quito y Guayaquil sino de Colombia á todos los Españoles europeos, y á los Colombianos, enemigos de la Independencia ó sospechosos, que hubiera en las provincias meridionales sujetas á su mando inmediato. La rebelion de Pasto y una larga experiencia le habian enseñado que á los partidarios de la España no se les ganaba con beneficios, y que era necesario ponerlos en estado de que no pudieran dañar. Esta persuasion demandaba providencias fuertes y dolorosas, pero inevitables, para asegurar la tranquilidad pública.

Durante la rebelion de Pasto, los guerrilleros antiguos de Patía permanecieron quietos, manifestando su adhesion al gobierno republicano y que se hallaban contentos. Bóves y sus partidarios hicieron grandes esfuerzos para conmover á los habitantes de aquel valle, lo que no pudieron conseguir. Solamente Jerónimo Toro levantó una guerrilla que no hizo progresos. En Popayan no habia tropas por haberse dirigido hácia el norte con motivo de la pérdida de Maracáibo; de tal suerte que si Patía se conmueve, hubieran sido mayores los cuidados

del gobierno de Colombia, distraida fuertemente su atencion por el sur y por el norte.

La insurreccion de Pasto habia atraido hácia esta provincia gran parte de las fuerzas colombianas que existian en los departamentos meridionales de la República. Hemos visto que el mismo Libertador se viera precisado á trasladarse á dicha ciudad, con el designio de ver si podia extinguir aquel foco de insurreccion: él meditaba empresas mayores, y siempre tenia fija su penetrante vista sobre el Perú.

La situacion política de aquel país y la prepotencia que habian adquirido los Españoles por medio de sus victorias, debidas en gran parte á su disciplina y organizacion militar, daban mucho cuidado á Bolívar. Creía muy aventurada la existencia de la República peruana, si no era auxiliada eficazmente por Chile y Colombia. Mas la junta gubernativa del Perú, compuesta de tres individuos, y el mismo congreso, no habian querido aceptar el auxilio de cuatro mil Colombianos que les ofreció el Libertador, de cuyas buenas intenciones dudaron algunos diputados peruanos. No solamente dejó de admitirse el auxilio, sino que el gobierno del Perú mantenia en un estado de mucho abandono la division colombiana estacionada en Lima desde algunos meses ántes. Componíase de los batallones Boyacá, Pichincha, Yaguachi y Numancia ó Voltíjeros de la Guardia. La mandaba el general de brigada Juan Paz del Castillo.

Este pidió, conforme á las instrucciones terminantes que le habia comunicado el Libertador, que las bajas de los cuerpos se llenáran con Peruanos, y que se les asistiera puntualmente con las pagas y raciones que se les debian; asimismo, que se arregláran otros puntos por un convenio escrito, ó en caso de negativa que se aprestáran los buques necesarios para regresar á Colombia. No habiéndose accedido á estas demandas, contestó el gobierno peruano que estaban prontas las embarcaciones junto con los demas auxilios que se necesitaban para trasportar la division á Guayaquil. Embarcóse en efecto, y arribó á dicho puerto en los primeros dias del año próximo.

Aquesta resolucion del gobierno peruano disgustó sobre manera á los verdaderos patriotas de aquella República. Ella emanaba de rivalidad que habia ya en el Perú respecto de Colombia y de las demas tropas auxiliares, promovida contra la primera por el general Lamar y algunos otros individuos que emigraron

de Guayaquil, irritados porque se agregára á Colombia; emanaba igualmente de que los miembros de la junta de gobierno, ó fingian desconocer el peligro en que se hallaba la reciente Independencia de su patria, ó no tenian los talentos bastantes para calcular lo que pudiera sucederles en lo futuro.

Al terminar el año de veinte y dos hubo varios acontecimientos políticos que deben mencionarse, aunque sea rápidamente.

El reconocimiento hecho por los Estados Unidos de la Independencia de Colombia era un paso que habia llamado la atencion de las potencias europeas hácia los nuevos Estados. La Francia fué una de las que se resolvieron á tomar informes sobre la situacion en que se halláran las recien formadas Repúblicas. Con esta mira llegó á Cartagena en el mes de noviembre la fragata de guerra francesa *Tarn*, que traía varios comisionados para Colombia, Perú y Méjico. Se creyó que su objeto principal era observar la situacion política de los Estados de la América ántes española, á fin de reconocer ó no su Independencia. Entónces vino á Bogotá y recorrió várias provincias de la Nueva Granada el caballero Gaspar Mollien, que debia informar á su gobierno sobre todo lo que observára. El viaje y la conducta de Mollien fueron mas bien de una espía que del agente de un gobierno poderoso.

En compañía de Mollien vino el caballero Severino Lorich, cónsul general de Suecia en los Estados Unidos. Traía encargo de su gobierno para establecer relaciones comerciales en Colombia, tratándola como nacion independiente.

Ántes que dichos comisionados, habia llegado á Bogotá el coronel Cárlos Todd, que traía de parte del gobierno de los Estados Unidos la comision de anunciar el reconocimiento de nuestra Independencia. Estas diferentes misiones causaron mucho placer, tanto al gobierno como á los ciudadanos de Colombia. Veían que iban realizándose sus esperanzas de ser reconocidos como nacion independiente, obteniendo así el premio de tantos sacrificios hechos en el altar de la patria, y de tan duras como penosas fatigas.



CAPÍTULO VI.

Demora en reunirse el Congreso. — Se promueve el sistema federativo, al que se opone el Libertador. — Graves negocios que aguardan una resolucion del congreso. — Mision de Revenga á Lóndres ; situacion embarazosa de este. — Es reducido á prision por una supuesta deuda. — Dificultades del gobierno de la República. — Revolucion de los realistas en San Juan de la Ciénaga. — Se apoderan de Santamarta ; desórdenes consiguientes. — El general Montilla ocurre desde Riohacha. Preparativos que hace contra los facciosos : los ataca y derrota. — Libertad de Santamarta. — Los rebeldes perseguidos ; otros son derrotados en el valle Dupar. — Providencias de Montilla contra los Españoles europeos y los Colombianos desafectos. — Publíca un indulto. — Excursion de Moráles sobre la provincia de Mérida. — Regresa á Maracáibo : pérdidas que sufre, y daños que causa á los pueblos. — Alarma que excita su aproximacion á la Nueva Granada. — Guerrillas en las provincias de Venezuela. — Viaje de Páez al Apure y arreglos que hace. — Movimientos de las castas reprimidos en Cumaná. — Moráles envia dos columnas de tropas contra Riohacha. — Prepárase Montilla á batirlas. — Don Narciso López se ocupa en arreglos civiles. — Es rechazado y se retira. — Castigo de sus partidarios. — Situacion del sur de la República. — Regreso de la division auxiliar al Perú. — Los patriotas son derrotados por los realistas en Toratá y Mocuchua. — Aprestos militares de Bolívar contra los Españoles. — Alarma de los republicanos en Lima. — Riva Agüero es nombrado presidente del Perú ; envia un comisionado á Colombia. — Ansiedad del Libertador y causas que la motivan. — Determina socorrer al gobierno del Perú. — Motivos que le deciden. — Arribo á Guayaquil del comisionado peruano : convenio de auxilios que celebra. — Siguen á Lima tres mil soldados colombianos. — Bolívar aguarda licencia del congreso ; entre tanto prepara nuevas tropas. — Gobierno militar que hay en los tres departamentos meridionales. — Sucre es enviado al Perú en clase de ministro plenipotenciario ; instrucciones que recibe. — Nuevos comisionados peruanos ; solicitan con ahinco que vaya el Libertador. — Dificultades para la primera reunion ordinaria del congreso colombiano ; este abre sus sesiones. — Puntos capitales que contiene el mensaje del vicepresidente. — Exposiciones que presentan al congreso los secretarios de Estado. — Composicion del congreso. — Sucesos mili-

tares en el Zúlía. — Miseria de las provincias de Coro, Trujillo y Mérida. —La escuadrilla colombiana cruza en el Saco de Maracáibo. — Estado del ejército de Riohacha ; enfermedad de Montilla. — Le reemplaza el general Gómez. — Situacion crítica de nuestra escuadrilla. — Invasion de los Españoles á Coro ; son batidos y se retiran. — Socorro que les envia Moráles. — Pérdida de dos corbetas colombianas. — Puertocabello es socorrido por Laborde. — Páez levanta el asedio. — La escuadrilla colombiana fuerza la barra del lago de Maracáibo : dificultades que supera en el Tablazo. — Refriegas que tiene con los realistas, aunque sin resultados. — Padilla se pone en comunicacion con las tropas que manda el coronel Manrique. — Ocupan sucesivamente los puertos de la Corona y Alta-Gracia. — Escasez de vituallas que sufren los patriotas y los realistas. — Marcha del ejército de Riohacha hácia Maracáibo. — Graves obstáculos que encuentra. — Retírase á sus primeros acantonamientos. — Moráles marcha á oponérsele y ocupa militarmente los caminos. — Situacion peligrosa de la ciudad de Maracáibo. — La toman los Colombianos con muchas ventajas. — Regresa Moráles, y la abandonan. — Los realistas asediados por hambre ; súfrenla tambien los republicanos. — Estos aumentan su escuadrilla y sus tropas de tierra. — Combate entre las fuerzas sutiles. — Posicion crítica de los Colombianos. — Arribo de Laborde á Maracáibo. — Moráles se decide por dar una accion naval. — Prepáranse ambos partidos. — El 24 de julio se traba el combate : los realistas son derrotados completamente. — Conferencias de paz rotas. — Proyectos de Moráles. — Nuevas conferencias que terminan en una capitulacion honrosa de las tropas españolas. — Estado de las operaciones del ejército de Riohacha. — Arribo del general Bermúdez, quien recibe noticia de la capitulacion de Moráles. — Dificultades que hay para su fiel ejecucion. — Cúmplese al fin en todas sus partes. — Comportamiento de Moráles en Maracáibo. — Premios concedidos á los vencedores en el lago. — El departamento del Zúlia desolado por los realistas. — El congreso permite al Libertador que se traslade al Perú. — Reformas que hace el cuerpo legislativo en hacienda. — Imprueba las operaciones fiscales de Zea. — Faculta al ejecutivo para contratar dos empréstitos. — Imprueba el contrato celebrado por López Méndez con Mackintosh. — Concede privilegios exclusivos, y aprueba algunos tratados públicos. — Termina sus sesiones. — Los Franceses invaden la España. — Declaracion consiguiente de la Gran Bretaña sobre la Independencia de las nuevas Repúblicas. — Temores disipados de una expedicion francesa contra las costas de Colombia. — Preparativos para rendir á Puertocabello : operaciones várias contra la plaza. — Asalto que se le da por la noche ; toma de la ciudad. — El castillo de San Felipe capitula. — Libertad absoluta del territorio colombiano. — Lisonjeras esperanzas del reconocimiento de su Independencia.

Año de 1823. — Con arreglo á la constitucion de Cúcuta, el congreso de Colombia debia principiar sus sesiones el 2 de

enero. Mas la rebelion de Pasto habia impedido que los senadores y representantes de los departamentos del sur llegáran oportunamente á la capital de la República. Tambien faltaban algunos de Venezuela. Así era que solo existian en Bogotá diez senadores y veinte y cinco representantes, en lugar de veinte y uno de los primeros y cuarenta y siete de los segundos, que componian la mayoría precisa para abrir las sesiones. Fué, pues, necesario aguardar mas tiempo para conseguir la reunion de los representantes del pueblo colombiano.

Algunas cabezas amigas de novedades habian creido muy erradamente que el primer congreso constitucional podia ser constituyente sin haber recibido esta mision de los pueblos. En consecuencia procuraron difundir la idea funesta de que la constitucion debia variarse, adoptándose la forma federativa en lugar de la unitaria, escogida por el congreso de Cúcuta. Los periódicos titulados *El Anglo-Colombiano* en Carácas, y *El Insurgente* en Bogotá, habian sido los promovedores de este proyecto desorganizador. Creíase fundadamente que el general Nariño, acérrimo enemigo de la federacion en 1812, era quien la promovia ahora en la capital de la República. Esta versatilidad, que se juzgaba interesada, hacía desmerecer su carácter político.

Tales proyectos se frustraron en todas sus partes. Conocidos por el Libertador, escribió fuertemente contra ellos, tanto de oficio como en sus cartas particulares. Despues de hacer un grande elogio de la constitucion colombiana añadia : « que para destruirla tenian los innovadores que ganar tantas victorias como el ejército libertador. » Un tono tan decidido, expresado desde el mes de noviembre anterior, hizo desaparecer las ideas de federacion. En consecuencia afirmó por algun tiempo la constitucion de Colombia, que no debia alterarse en diez años, segun sus mismas disposiciones. La generalidad de la opinion pública era tambien favorable á su conservacion.

Habia mucha necesidad de que prontamente se instalára el primer congreso constitucional; estaban pendientes de su resolucion negocios de la mayor importancia. Entre estos descollaban el empréstito contratado por Zea y la contrata de López Méndez con Mackintosh, cuya decision era urgente por los grandes intereses que envolvia, y por los perjuicios que causaba la demora.

El poder ejecutivo de la República habia querido precaver algunos de estos perjuicios enviando á Europa al señor José Rafael Revenga, quien iba destinado á reemplazar á Zea y á encargarse de todos los negocios de Colombia. Cuando arribó á Lóndres (enero 1°), ya Zea habia muerto, lo que sobre manera embrolló el curso de aquellos negocios. Hallóse Revenga desde los primeros dias rodeado, interrogado y molestado de mil maneras diferentes, así por los prestamistas como por los tenedores de las obligaciones colombianas. Concurrieron tambien á multiplicar las interrogaciones y molestias el sillero Mackintosh y López Méndez; todos pretendieron que Revenga les diera seguridades ó explicaciones sobre sus respectivos contratos, que habian sido improbados por el gobierno de Colombia, y que debia examinar el próximo congreso. Revenga ignoraba cuál sería el resultado de estas complicadas cuestiones; por consiguiente procuró evadir el dar respuestas que pudieran comprometer, bien á su gobierno, bien á su representacion. Aunque en todas ocasiones hablaba de la buena fe del ejecutivo colombiano, que no podria ménos de obrar en justicia y equidad, no fué capaz de calmar la agitacion de los acreedores. La desconfianza se habia apoderado justamente de ellos, pues se veían en riesgo de perder las sumas considerables que habian franqueado á los agentes acreditados de la República. Mas á pesar de tantos motivos de duda y de incertidumbre, el precio de las obligaciones colombianas se mantuvo en los primeros meses del año desde cincuenta á cuarenta y cinco por ciento.

Los interesados en el préstamo de Zea molestaron continuamente al comisionado Revenga; empero su conducta no le fué hostil abiertamente como la del sillero Mackintosh, y lo que es aun mas extraño, como la de López Méndez. Empeñado este en que se aprobára su ruinoso contrato con Mackintosh, disgustóse con Revenga porque no apoyaba sus pretensiones. Obrando López Méndez contra su patria y de acuerdo con Mackintosh, segun opinaba Revenga, llegó el negocio á un extremo escandaloso. Mackintosh, por vengarse del ministro colombiano, juró ante uno de los magistrados ingleses que Revenga le era personalmente deudor de mas de noventa mil libras esterlinas, provenientes de efectos que le habia entregado. En virtud de este juramento falso, pues Mackintosh se referia á los artículos

contratados con López Méndez, Revenga tenia, segun las leyes inglesas, que dar una fianza por la suma, ó ir á la cárcel. Aunque algunos comerciantes respetables le ofrecieron salir por fiadores, Revenga no quiso prestar la fianza, y el 20 de marzo fué puesto en la cárcel de King's-Bench, ó Banco del Rey. Tres meses estuvo en ella, hasta que arrepentido Mackintosh del paso que habia dado, y viendo que de ningun modo podria acreditar la asercion contenida en su juramento, propuso á Revenga que saliera bajo de fianza. Este, para evitar los perjuicios que aun podrian seguirse á la República de que se prolongára su prision, prestó al fin la fianza y fué puesto en libertad el 14 de junio. Pero el juicio debia continuar; Revenga queria que los jueces le administráran justicia y condenáran á Mackintosh, que habia pretendido ajar al gobierno de Colombia en la persona de su representante, porque este no le daba explicaciones satisfactorias sobre un negocio cuya terminacion dependia del congreso.

En el curso del juicio, Mackintosh prolongó el lítis cuanto pudo. Al fin, para evitar su condenacion, se sometió á pagar las costas, y que no se terminára su injusta demanda. Habíala hecho montar á ciento cincuenta mil libras, cuando presentó la cuenta por menor de los efectos á que se referia. La conducta de López Méndez en esta cuestion le puso en guerra abierta con el gobierno de su patria, y manchó enteramente la hoja de sus antiguos servicios.

Poco ántes de tan desagradable acontecimiento ocurrieron otros en Colombia, que complicaban la situacion de los negocios de la administracion pública, tanto civil como militar. De una parte, la falta del congreso, cuya reunion era tan necesaria para decidir los graves asuntos pendientes; y de otra, la poca opinion que habia en la masa ignorante de los pueblos, oponian graves obstáculos á la marcha del gobierno colombiano. Tales dificultades eran mayores con respecto á la guerra. Apagábase esta en algunos puntos, y los partidarios de la España la hacian renacer en otros con mas furor. Era en extremo difícil á los agentes del poder ejecutivo reclutar los hombres necesarios para la continuacion de la guerra, por medio de alistamientos forzados, método que se usára en todo el curso de la lucha, para conseguir la Independencia. En los momentos de peligro, los hombres útiles huían á los montes, y los que eran aprehen-

didos se desertaban de los ejércitos de Cúcuta, Riohacha, Cartagena y Quito. Todo el mundo clamaba por la paz, y la paz estaba aun muy distante.

En efecto, desde los últimos dias del año anterior se recibieron noticias alarmantes de diferentes puntos. Ya hemos visto la rebelion de Pasto y la sangre que costára. Súpose tambien que en Santamarta habia un fermento revolucionario en favor de la metrópoli, y que entre los Indios valientes y aguerridos del pueblo de San Juan de la Ciénaga existian partidas de desertores armados. Arrestáronse igualmente en el valle Dupar cinco ó seis individuos que pretendieron hacer una revolucion. Remitidos á Cartagena se les siguió allí el proceso.

Empero el foco principal de una revolucion á favor de la madre patria estaba en la ciudad de Santamarta. Dirigíanla los Españoles europeos don Vicente Puyáles y don Juan Fejidó, junto con don Francisco Lezama, don Francisco Antonio Linero, y otros decididos por el restablecimiento del gobierno real. Secretamente habian pedido armas y municiones al general Moráles, así como á las autoridades de Santiago de Cuba. Tenian igualmente ocultas relaciones con la faccion de los Colorados de Ocaña, y con algunos descontentos de las Sabánas del Corozal en la provincia de Cartagena. Pero situado en Riohacha el general Montilla, les habia obstruido los medios de comunicarse por tierra con Moráles.

Era aquesta la situacion de los negocios el 24 de diciembre. En este dia salió el teniente Manuel Vergara, destinado á perseguir cuatro desertores que existian hácia los retiros de Riofrio y Sevilla. Cuando ménos pensaba, dió con una partida de veinte y nueve hombres que le hicieron fuego y le mataron, hiriendo tambien á dos soldados.

Súpose despues que estas partidas eran fomentadas activamente por don Francisco Labarces, antiguo capitan de los Españoles, que residia en la Ciénaga. Gozaba este de la confianza del gobernador de Santamarta, coronel Luis Rieux, y tuvo la osadía de persuadirle que enviára un destacamento á la Ciénaga, á fin de que aprehendiera á los desertores, siguiendo las instrucciones que daria el mismo Labarces. En efecto, salió la partida, é iba en ella como oficial Agapito Labarces, hijo del traidor, aunque la mandaba el capitan José Simeon Martínez.

Luego que Labarces el padre hubo preparado todo para que

estallára la rebelion, huyó de la Ciénaga á pretexto de que el capitan Zúñiga, su enemigo personal, queria prenderle. Á pesar de esta fuga, contentóse el capitan Martínez con enviar al hijo á buscarle, y no tomó providencias para redoblar su vigilancia. Francisco Labarces, juntando los desertores y otros malvados que tenia á sus órdenes, y asociándose con Jacinto Bustamante, Indio del pueblo de la Ciénaga, y uno de los cabecillas realistas, sorprendió el 31 de diciembre, á las once de la noche, el cuartel de San Juan, donde habia poco mas de cien hombres, desarmando el destacamento de tropas del gobierno republicano, del que mataron algunos hombres.

Consumada esta sorpresa, uniéronse á Bustamante y á Labarces todos los antiguos facciosos de San Juan de la Ciénaga, Puebloviejo y Gáira, que suspiraban por el gobierno del rey. Juntando de cuatrocientos á quinientos hombres de infantería y caballería mal armados, se pusieron en camino el 2 de enero para Santamarta.

Si el coronel Rieux hubiera tenido vigor de ánimo, habria reunido las tropas de que disponia y marchado contra los facciosos, segun se lo aconsejaban el coronel Carmona y el capitan Rodríguez; pero diseminándolas en diferentes puntos, procedió con flojedad. El pequeño fuerte del Dulcino fué abandonado, y desde la mañana del 3 de enero Rieux permitió que emigráran algunos jefes que debian defender la plaza. Alentáronse los rebeldes sabiendo este desórden : cayeron sobre el pueblo de Gáira, donde no se hizo resistencia alguna, y siguieron contra la ciudad capital. Entraron á las diez de la mañana, y se dijo que ni aun se tocó la generala ; tal era el desaliento del que mandaba.

El gobernador con alguna tropa, Carmona, el capitan Tátis con su artillería y varios oficiales veteranos se retiraron al fuerte de Santa Bárbara. Sostuviéronse aquí todo el dia sin que el enemigo hubiese podido tomarlo, porque, apénas avanzaba, lo rechazaban cincuenta jinetes mandados por Carmona, que manifestó aquel dia el mas brillante valor. Mas habiendo los facciosos asestado contra Santa Bárbara una culebrina de á diez y ocho, fué abandonado por la noche, amparándose sus defensores en el fuerte de Betin. En seguida se abandonó este aquella misma noche, y casi todos sus defensores se retiraron al pueblo de Taganga : allí fueron hechos prisioneros por los Indios sublevados, inclusos Rieux y Carmona.

El Morro era el único fuerte que no se habia rendido, el que tenia víveres para un mes y la suficiente guarnicion; pero esta, seducida por el sarjento Francisco González, se amotinó, obligando á capitular al comandante Ramon Elías. El 4 de enero flameó la bandera española en aquel fuerte.

Siguiéronse á la toma de Santamarta el mas espantoso desórden y una completa anarquía. Labarces y Bustamante eran los dos jefes de los negros, Indios y mulatos sublevados, que no teniendo quien los reprimiera, se entregaron á los mayores excesos. El Indio Bustamante respiraba solo venganza y persecucion contra los insurgentes; Labarces abrigaba sentimientos mas generosos y humanos. Todos los realistas de Santamarta buscaban un hombre de prestigio á quien poner al frente del gobierno, y al fin se decidieron por el Español don Vicente Puyalc. Habiendo este aceptado, puso órden y restableció un poco la tranquilidad en Santamarta y sus alrededores. Los prisioneros fueron respetados, y aun Rieux obtuvo pasaporte para Jamáica. Á Carmona se le mantuvo preso.

Desde que el gobernador Rieux supo la sorpresa del pueblo de San Juan, envió por la posta á Riohacha al capitan Pedro Rodríguez, secretario del general Montilla. Este mensajero llegó el 4 de enero á las seis de la tarde. En el momento dispuso Montilla embarcarse con trescientos cincuenta hombres, lo que verificára á las doce de la noche. Al amanecer del 6 estaba sobre el Morro de Santamarta y forzando de vela hácia el puerto. Entónces se le hizo un tiro de cañon de la costa de Barlovento; era la barca colombiana *General Bermúdez*, que le llamó al habla. Como ningun movimiento se habia hecho en el fuerte, Montilla se fué hácia la barca. Por ella supo la toma de la plaza y las vergonzosas circunstancias con que habia sucedido.

Previendo entónces todas las funestas consecuencias que pudiera tener aquella rebelion, determinó seguir á Barranquilla y Soledad para defender el rio Magdalena, sacar recursos y ocupar de nuevo á Santamarta. Entre várias disposiciones, dió la de llamar al coronel Padilla con la corbeta *Constitucion* y los bergantines *Hércules* y *Manuel*, que debia conducir á su bordo el resto del batallon Tiradores, dos compañías de Cartagena, ochenta jinetes desmontados y veinte artilleros. Cuando se dirigió al puerto de Sabanilla, dejó bloqueado el de Santamarta

por el queche de guerra *El Terror*, á fin de que no pudiera entrar ni salir buque alguno mercante.

Situado en la villa de Soledad, el general Montilla trabaja noche y dia por aprestar una fuerte expedicion con que someter y castigar á los facciosos. Los habitantes de Barranquilla, Soledad, Malambo y demas pueblos de la provincia de Cartagena cercanos á los ya mencionados, le proporcionan cuantos recursos son necesarios con un patriotismo y desinteres muy laudables. Doscientos cincuenta caballos, ocho bongos armados y tripulados con mas de cincuenta bogas están prontos en cuatro dias. Con estos auxilios y la actividad de Montilla, una columna de cuatrocientos infantes y ciento ochenta caballos, dirigida por el comandante de Tiradores Reimboldt, marchó desde el 12 de enero hácia Riofrio para atacar á los Indios de la Ciénaga por aquella parte. El 16 siguieron quinientos hombres regidos por el teniente coronel Aldercreutz, conducidos por la escuadrilla, los que atacarian por la batería del Cármen, sobre cuyo punto debian desembarcarlos y protegerlos dichos buques. El 18 salieron al rio Magdalena siete bongos de guerra, que llevaban cien hombres de desembarco á las órdenes del teniente coronel Arismendi, los que se destinaron á acometer por la barra.

Combínose el ataque general para el 20; empero solamente la columna de vanguardia despues de repetidos y tenaces combates con los facciosos (enero 20), y la del centro que desembarcó en la barra de la Laguna, fueron suficientes para batir á los rebeldes, que estaban reunidos en San Juan de la Ciénaga y en Puebloviejo. Una gran parte de la fuerza de estos rebeldes fué destruida, y el resto huyó á los bosques desorganizada; conducíala principalmente su activo jefe Jacinto Bustamante. En la Ciénaga hicieron alto las tropas de la República, esperando la columna de reserva que aun no habia desembarcado. Nuestra pérdida solo fué de nueve muertos y cuarenta y siete heridos; la del enemigo mucho mayor en las diversas refriegas que sostuviera.

Inmediatamente despues que se supo en Santamarta la derrota de los facciosos en la Ciénaga, los realistas que habia en la capital vieron que no tenian medios de defensa. Al mismo tiempo los patriotas que permanecian ocultos en la ciudad principiaron á salir, uniéndose con algunos soldados colombianos, y dando despues libertad á los prisioneros, comenzaron una escena de

desórdenes que amenazaba muy seriamente la vida y las propiedades de los realistas.

El gobernador Puyals y el Español Tejido, que habian hecho un gran papel en aquella rebelion, viéndose perdidos, pusieron en libertad al coronel Carmona, pidiéndole que se hiciera cargo del mando y restableciera la tranquilidad. Hízolo así el 20 de enero, é inmediatamente dió parte á Montilla de este acontecimiento, exigiéndole fuerza veterana. El 22 entró el general con toda su division, y aun tuvo que combatir á los Indios obstinados de Mamatoco y Bonda, que pretendian ocupar la ciudad con ciento setenta hombres; mas fueron batidos y castigados severamente. Sin embargo no cedieron de su fanatismo realista; huyendo á los bosques, sostuvieron por mucho tiempo la guerra de partidas. Fué necesario matar á unos y coger á otros para conducirlos á Panamá y al Perú, obra lenta del tiempo y de muchas fatigas.

Al dia siguiente de su entrada en Santamarta destinó Montilla al coronel Carmona al pueblo de San Juan con cuatrocientos hombres de infantería y caballería. Era su objeto perseguir á los rebeldes en los retiros y guaridas adonde se habian refugiado, mandados principalmente por Bustamante. Conservaba aun trescientos hombres armados de los aguerridos Indios de la Ciénaga. Carmona desempeñó muy bien su comision; pero en mucho tiempo no pudo acabar con los rebeldes: sostuviéronse estos haciendo la guerra de partidas, que es tan difícil extinguir, sobre todo cuando hay bosques y desiertos como en la provincia de Santamarta.

En lo interior de esta hubo tambien conmociones casi al mismo tiempo que en la capital. El oficial español Fiallo, que permanecia oculto, levantó una partida de mas de doscientos hombres, con la que tomára la ciudad del valle Dupar. Inmediatamente fué expelido de ella por los comandantes Camilo Mendoza y Eustaquio Valle: este consiguió atrapar á los dos Labarces, á Estévan González, á un hijo de Fiallo y á otros cabecillas. El coronel Sardá aprehendió igualmente á Rafael Rodríguez, caudillo de la faccion de Moreno; por las noticias que le dió estuvo á punto de coger al traidor Indio goajiro Miguel Gómez, quien tanto habia dado que hacer. Pudo, sin embargo, escapar arrojándose por un precipicio.

Si el general Montilla no hubiera obrado con tanta actividad

y energía, la provincia entera de Santamarta se habria sublevado, y puesto al gobierno de Colombia en un conflicto. Casi todos los pueblos estaban minados y seducidos sus moradores, que por lo general eran realistas y enemigos de la Independencia. Montilla hizo, pues, á la República un servicio muy distinguido en aquellas difíciles circunstancias.

Á fin de purgar á Santamarta de los realistas, mandó prender á todos los Españoles y Americanos desafectos que habian tenido parte en la rebelion, y seguirles sus correspondientes procesos. Unos pocos fueron condenados á muerte; otros á presidio en Chágres y Panamá; envió á los demas al ejército del Perú.

Ya desde el 10 de enero habia decretado Montilla en Soledad la expulsion general de los Españoles europeos que existian en el departamento del Magdalena, y la de los Colombianos mas desafectos. Habíaseles tratado muy bien, especialmente en Santamarta, donde se les permitió residir y continuar en el pleno goce de sus bienes y garantías individuales. En vez de agradecer estos beneficios conspiraron, hicieron sublevar á los pueblos, y provocaron una guerra de muerte y latrocinios. En lo general, tal era el carácter de los Españoles europeos en la guerra de Independencia. Arrastrábanse muchos de ellos ante los patriotas cuando se veían vencidos; mas era para clavarles el puñal con mayor seguridad en la primera ocasion que se les presentára. Persuadido Montilla por experiencia de esta verdad, hizo cumplir la expulsion; era ciertamente una medida de rigor, pero necesaria para evitar que en otros lugares se repitieran las escenas de Santamarta, la Ciénaga y Pasto.

Sabiendo Montilla que muchos de los individuos que se hallaban ocultos en los montes no se rendian por temores, publicó un indulto de la pena de muerte, en que comprendia á todos los que se presentáran dentro de ocho dias con sus armas y municiones. Esta medida produjo algun efecto, aunque no todo el que se deseaba: los realistas ocultos esperaban siempre ser auxiliados de Maracáibo por el general Moráles.

Mas la situacion de Riohacha, ocupada por las tropas de la República, era feliz: desde allí se habian impedido absolutamente las comunicaciones de los rebeldes con Moráles, quien no pudo saber con oportunidad la revolucion de Santamarta. De lo contrario habria puesto en conflictos á los republicanos.

Ademas, se hallaba ocupado por el mismo tiempo en la provincia de Mérida, hácia donde se dirigió desde Trujillo en busca de la division colombiana regida por Urdaneta; parecióle que esta podria atacar su espalda.

Moráles ocupó sin oposicion el 8 de enero la capital de Mérida, desde donde se retirára el gobernador Parédes con la pequeña fuerza que tenia. Despues marchó hasta Bailadóres en busca del general Urdaneta, que ignoraba la fuerza del jefe realista. Creyéndola de mas de mil soldados veteranos, y teniendo de esta solamente dos compañías de infantes y un escuadron, pues los demas eran reclutas, se retiró hácia Táriba. Semejante movimiento tenia por objeto cubrir los valles de Cúcuta y atraer á Moráles alejándole de sus demas tropas.

El general español llegó con su columna hasta la Grita, de donde retrocediera á Bailadóres. Por el camino de Onia siguió á San Cárlos del Zúlia con direccion á Maracáibo. Un destacamento de cien hombres que habia dejado en el puente del rio Chama á las órdenes del teniente coronel don Juan José Cáula fué desalojado y perseguido por la columna del coronel Carrillo, que seguia las huellas de Moráles. Posteriormente le atacó en las cercanías de Bailadóres, cuando ya estaba unido con algunos partidarios realistas en número de cerca de cuatrocientos hombres. Fué, sin embargo, batido Cáula, perdiendo algunos muertos y prisioneros; entre los últimos cayó gravemente herido el teniente coronel Genaro Montero. Despues de esta accion los realistas siguieron al puerto de San Cárlos de Zúlia, y en 24 de enero quedó enteramente libre la provincia de Mérida de la rápida excursion de Moráles.

Perdió en ella el jefe español mas de doscientos hombres por la desercion y las enfermedades, originadas del clima y de tan largas como penosas marchas. Casi en todas partes halló Moráles abandonados y yermos los pueblos, cuyos habitantes huían de la ferocidad del caudillo español y de sus tropas. Por donde quiera que estas pasaban, saquearon las casas, los sembrados y los animales domésticos; todo era víctima de su rapacidad.

No se puede hallar motivo que racionalmente explique esta vandálica excursion de Moráles, y las Memorias españolas no indican el objeto que se proponia. Muy al principio devolvió con su segundo Calzada la mayor parte de la fuerza, siguiendo él con una columna insignificante. Es probable que marchára

sobre las provincias de Trujillo y Mérida, creyendo que sería recibido como libertador, y que se le unirian la multitud de partidarios que suponia tener.

Moráles, viendo que en todas partes se le miraba como á un exterminador, y que los pueblos enteros huían de sus hogares por no recibir de su mano la libertad española, que falazmente les ofrecia, debió desengañarse de su errado concepto y por esto se veria en la necesidad de tornar á Maracáibo.

El general Páez estuvo situado en San Cárlos con una fuerte division, esperando descubrir cuál sería el punto verdadero de ataque del jefe español. Aun llegó hasta Araure de Barínas, creyendo que se dirigia á esta provincia siguiendo el camino de los Callejónes de Mérida. Por consiguiente, rodeado como estaba Moráles por varios cuerpos de tropas colombianas, poco ó nada podria haber adelantado aun cuando lo hubiera pretendido seriamente. Sin embargo, su marcha hácia los valles de Cúcuta causó grande alarma en los departamentos de Boyacá y Cundinamarca. Creyóse que venía Moráles á invadirlos, y en verdad que no habia fuerzas suficientes que oponer á sus veteranos. Formáronse varios depósitos de reclutas para hacer una vigorosa defensa en las montañas. Estos depósitos debian elevarse hasta el número de seis mil hombres. Tan séria parecia la invasion de Moráles, y tan peligrosa su permanencia en Maracáibo.

Apénas se habia retirado Moráles del occidente de Venezuela, cuando en los Llanos de Apure, en los de Calabozo y en otros puntos comenzaron á levantarse partidas de guerrilla, formadas por malhechores que amenazaban turbar la tranquilidad pública. En Guanarito, en Cazorla, frente á Orichuna, en los Güires, en el Hato de Canjaro y hasta en el Consejo cerca de la Victoria, habia reuniones de cincuenta, de cien y hasta de doscientos hombres. La que diera mas cuidado fué la del pueblo del Mantecal en el Bajo-Apure. Allí unos oficiales nombrados Párras levantaron el grito contra los blancos, é iban á principiar una guerra de colores. Felizmente fueron aprehendidos, y se les condujo á Barínas para ser juzgados, á fin de que sufrieran la pena de su horrendo crímen. Con la aprehension de los jefes y la actividad que desplegaron en perseguir á los facciosos los coroneles José Cornelio Muñoz, Guillermo Iribárren, Rosario Obregon y otros valientes llaneros, se pudo cortar el mal.

Díjose entónces que casi todo el Alto y Bajo-Apure estaba minado por tan diabólico proyecto : este principió á estallar en los últimos dias de enero, y acaso era promovido por algunos agentes españoles de Costa-Firme.

El general Páez, aunque se hallaba ocupado en bloquear de nuevo á Puertocabello, conociendo cuánto importaba extinguir las semillas de discordia y rebelion que germinaban en los Llanos, partió aceleradamente al Apure. Allí visitó los pueblos mas propensos á la insurreccion, y con su influjo calmó los ánimos. Al mismo tiempo, siguiendo las órdenes del gobierno colombiano, adoptó providencias que pudieran cortar el mal de raíz : él juntó aquellos hombres mas inquietos ó que no tenian ocupacion : formando con ellos cuerpos de caballería, los envió fuera de su país natal; algunos de estos se cubrieron de gloria en el Perú. Él dirigió á Cartagena y aun á Bogotá oficiales pardos de quienes mas se temia : él, en fin, organizó cuerpos volantes de caballería que recorrieran los pueblos, y persiguieran á los malvados que intentáran formar guerrillas. Con medidas tan acertadas se cortó el mal, y los Llanos de Venezuela conservaron su tranquilidad, que era muy importante á la República.

Cuando se apagaba tan felizmente el fuego revolucionario en el Apure, ocurria otra rebelion semejante en la provincia de Cumaná. Los pueblos de Guanaguana y Santa Cruz se insurreccionaron en los últimos dias del mes de abril juntando bastantes hombres armados. En Santa Cruz ascendian á doscientos, y los facciosos mataron á tres hombres blancos y á dos niños. Empero habiendo ocurrido con celeridad las autoridades, dispersaron á los amotinados y aprehendieron á todos los cabecillas. Resultó del proceso que el principal habia sido José Domingo Gelve, Indio natural de Barínas. Confesó este que hallándose en Puertocabello al servicio de los Españoles, el jefe de aquella plaza, por recomendacion del general Moráles, le envió en el mes de enero anterior, instruyéndole que se introdujera en la provincia de Cumaná, á fin de conmover á los indígenas, á los negros y mulatos para asesinar á los blancos; que, conseguido su objeto, dejára que los sublevados se entregáran á la anarquía y se destruyeran unos á otros. Esta declaracion en que Gelve no se ratificó, pudo ser inventada para sincerar su conducta; pero se halla conforme con el carácter sanguinario y feroz de Moráles. Ya que

no podia dominar el país, poco le importaba esparcir por todas partes la desolacion y la muerte, y sacrificar á los mismos que seguian sus pérfidos consejos.

El asesino Gelve y catorce de los principales cabecillas fueron condenados á muerte y ejecutados en diferentes puntos: desterráronse mas de veinte á la isla de Margarita, y otros fueron aplicados al servicio de las armas. El comandante general Bermúdez obró con mucha actividad y energía para extinguir tan peligroso incendio, que podia devorar y cubrir de ruinas el suelo hermoso de Venezuela.

Sin embargo, poco mejoraba su suerte, pues la guerra que hacía el infatigable Moráles extendia por todas partes sus devastaciones. Á su arribo á Maracáibo, despues de su rápida excursion á Trujillo y Mérida, supo la conmocion de los realistas en Santamarta. La ocasion era importante y no quiso perderla. En el momento determina enviar dos columnas de tropas auxiliares: una por el camino de Perijá de seiscientos hombres al mando del coronel venezolano don Narciso López, la que salió inmediatamente (febrero 10); la otra, en número de cuatrocientos, regida por el teniente coronel don Antonio López de Mendoza, tomó la ruta de la Goajira.

En Perijá se presentó á López un habitante del Molino, primer pueblo de la provincia de Riohacha por aquella parte, con treinta compañeros, instándole para que acelerára sus movimientos, porque habria muchos realistas que se le unieran. Emprendió, pues, una marcha en extremo difícil por caminos intransitables de montañas, que era preciso ir abriendo con una compañía de trabajadores. El 1° de marzo salieron los realistas á la poblacion del Molino, donde sorprendieron un destacamento colombiano que estaba en observacion.

No habiendo fuerzas que se les opusieran, las tropas reales se apoderaron en tres dias de las parroquias del Tablazo, Villanueva, Uramita y San Juan. En todos estos pueblos habia desafectos á la causa de la Independencia, y cerca de trescientos de sus moradores corrieron á unirse con los Españoles y á combatir en favor del rey.

El general Montilla supo inmediatamente en Santamarta (marzo 4), donde todavía se hallaba, la salida de los enemigos al Molino. Conoció por la direccion que tomaban los realistas para ocupar á Barráncas y ponerse en contacto con la Goajira,

que por esta parte vendria otra columna española. En el momento envió sus órdenes al valle Dupar, á Ocaña y á otros puntos, para que marcháran tropas hácia Riohacha, con el fin de envolver al enemigo y hacerle pagar bien cara su temeridad. De Santamarta embarcó para Chágres con destino al istmo á mas de doscientos de los comprendidos en la rebelion de aquella plaza. Hizo igualmente salir buques de guerra que reforzáran el bloqueo de Maracáibo, que presidia el capitan de navío Beluche.

Á pesar de que Montilla se hallaba enfermo y de que arrojaba sangre por la boca, siguió para Riohacha, y el 10 de marzo arribó á dicho puerto. Á su llegada, ya el coronel Sardá habia sido reforzado, y con un fuerte cuerpo se oponia á los Españoles que habian tomado á Fonseca. Montilla supo entónces haber aparecido por la Goajira otra columna realista en las cercanías de Arroyo-Cardon. Destacó, pues, al coronel Carmona con cerca de setecientos hombres, á fin de que la cortára y envolviera. Por desgracia el enemigo tuvo noticia de la marcha de nuestras fuerzas hácia el camino de Caleriana, donde se habia internado, y luego al punto emprendió despavorido una fuga precipitada y en el mayor desórden. La perspicacia y los grandes conocimientos locales del Indio Miguel Gómez salvaron á los realistas. Fueron, sin embargo, perseguidos vivamente por nuestra caballería hasta mas allá de Pozónes, causándoles alguna pérdida de muertos, prisioneros y dispersos.

Un destacamento, que el coronel López envió á la ciudad del valle Dupar, tuvo que abandonarla el mismo dia de su entrada. El comandante Eustaquio Valle obligó á los realistas á retirarse, haciéndoles algun daño.

Hallábase entre tanto el coronel don Narciso López ocupado en el Molino en grandes tareas políticas y administrativas. Nada ménos que en reorganizar el vasto departamento del Magdalena, á cuyos habitadores decia : « Vengo plenamente autorizado por el general en jefe *para volveros Españoles*, y para restablecer la paz y dulce calma que gozásteis miéntras lo fuísteis, y que hipócritas mal intencionados y excesivamente ambiciosos hicieron desaparecer de este país. » Todo el bando expedido en 12 de marzo, y que tenia veinte y seis artículos, estaba escrito en el mismo estilo, y lleno de disposiciones harto curiosas; por ellos se restablecia el gobierno español de un

modo arbitrario, y se abolian todas las leyes de la República. Fué lástima que su Ínsula Barataria no durase á López mas que doce dias.

Viendo el general Montilla la circunspeccion con que obraba López, que no habia querido alejarse del Molino, de donde le era fácil emprender su retirada, dispuso ir á atacarle en sus posiciones. Desde San Juan ordena (marzo 21) la marcha de los cuerpos y encarga la vanguardia al coronel Sardá. Despues de un breve tiroteo que sostuvieron las guerrillas enemigas, López abandonó el Molino restableciendo sus estancias en el Voladorcito, cima elevada é inexpugnable de la cordillera que se levanta al oriente de aquel pueblo. Montilla hizo reconocer la posicion por hombres muy prácticos del país, á fin de ver si podia flanquearla; pero fué en vano, pues se halló que no habia senda alguna ni medio de ejecutarlo.

Determinó entónces atacarla de frente. Puestos en marcha los cuerpos desde las seis de la mañana, á la una de la tarde ya los Colombianos eran dueños del Voladorcito, que el enemigo abandonó cobardemente el 24 de marzo á los pocos tiros, siendo así que podia haber hecho una defensa obstinada. Persiguióle el coronel Sardá hasta el puerto llamado Agua del Monte. López y sus tropas, llenas de terror, emprendieron atravesar aquellas ásperas y montañosas serranías, sin pan y sin sal, llevando solamente como cincuenta reses para comer. Mas de sesenta desertores de la division realista se presentaron á Montilla, especialmente de los prisioneros hechos en la accion de Garabulla. Nuestras guerrillas, que se destinaron á Cañaverá-les, Fárias, Tablazo y Pondoré, cortaron á los Indios goajiros que capitaneaba Gabriel Gómez, los que separados de la columna de López regresaban á sus guaridas. Se les tomaron doscientos prisioneros, los cien armados. Así terminó en ménos de un mes la expedicion de Moráles sobre Riohacha, con la que el jefe español se habia lisonjeado reconquistar el departamento del Magdalena. Su éxito fué ruinoso á la causa del rey, y volvieron á Maracáibo harto disminuidas las dos columnas que empleára en dicha expedicion.

Los partidarios realistas del Molino, Tablazo, Urumita y Villanueva, que auxiliaron á López, recibieron un severo castigo. Despues de seguírseles sus correspondientes procesos, quince fueron pasados por las armas, y se condenó á veinte al presi-

dio de Cartagena. Distribuyóse á otros muchos en los diferentes cuerpos del ejército de Riohacha.

Miéntras el azote formidable de la guerra desolaba algunas provincias de Venezuela, sufria igualmente la Nueva Granada, de donde se sacaban recursos para el ejército y numerosos reclutas con que llenar sus bajas. Veámos ahora cuál era por el mismo tiempo la situacion de las provincias meridionales de Colombia.

Anteriormente hemos referido, que despues de la rebelion de Pasto vino el Libertador á esta ciudad, con el objeto de pacificar la provincia. Consiguió en efecto que algunos de los facciosos se presentáran con sus armas; otros fueron aprehendidos por las partidas de tropa que recorrian los campos, y pagaron sus delitos en un patíbulo. El país tomó un aspecto de tranquilidad que solo era aparente y producido por la fuerza. La severidad del gobierno militar que allí regía y el fanatismo político de los Pastusos por Fernando VII, unido al religioso, habian engendrado en el ánimo de los habitadores de Pasto hondos é inveterados resentimientos, que mas de una vez debian turbar el órden público.

Llamado el Libertador hácia Quito por graves atenciones, tardó poco tiempo en trasladarse á aquella ciudad. Apénas habia llegado (enero 22), cuando supo el arribo á la isla de Puná de la division colombiana, despedida por la junta que con tan poco acierto gobernaba al Perú independiente. En consecuencia dió Bolívar sus disposiciones para el acantonamiento de las tropas. Aun mandó licenciar algunos soldados naturales de los departamentos del sur, y que no se levantáran mas cuerpos, que por entónces no juzgaba necesarios. Sin embargo, fijas su atencion y sus miradas en el Perú, siguió el 30 de enero para Guayaquil, á fin de recibir noticias mas prontas y seguras sobre los acontecimientos que hubiera en aquella República.

Despues que regresára á su país la division colombiana, quedó Lima con la guarnicion de dos mil soldados, reclutas en su mayor parte. Las tropas veteranas, resto del ejército que de Chile condujera el general San Martin, habian partido dirigidas contra las fuerzas españolas que guarnecian la parte meridional del Perú. Desembarcando en Arica el general Alvarado, que las mandaba, tuvo la mayor indecision para atacar á don Jerónimo Valdes, cuya division era muy inferior á los republicanos; así

perdió el tiempo miserablemente, dando lugar á que el general Canterac marchára desde Huancayo en auxilio de Valdes. Atacado este por Alvarado el 19 de enero en las alturas de Toratá, hizo una defensa brillante, y las divisiones ya reunidas de Canterac y Valdes rechazaron todos los esfuerzos de los independientes. Retirándose Alvarado sobre Moquehua, los jefes realistas le atacaron el 21 y le destrozaron completamente. Allí fueron destruidos los regimientos chilenos y argentinos, cuyo valor habia sido tan célebre, lo mismo que los mejores cuerpos del Perú. Escaparon Alvarado, Martínez, Correa y Pinto con ochocientos hombres, refugiándose al puerto de Illo, donde suponian existir ó que debian llegar los transportes. Entre muertos, prisioneros y dispersos perdió Alvarado cerca de tres mil hombres y casi todo el equipo y armamento de aquella lucida division, que se esperaba daria independencia al Perú entero.

Tan funesto resultado se habia previsto por el Libertador, que desde ántes lo anunciaba al gobierno de Colombia en sus comunicaciones oficiales. Fundábase en que los realistas eran superiores en número y disciplina, y en que dominaban las provincias mas pobladas, mas ricas y erizadas por donde quiera de excelentes posiciones militares. Bajo de esta persuasion, Bolívar se habia preparado de antemano, reuniendo en los departamentos del sur cuantas tropas y elementos de guerra le fuera posible. Pensaba defender por lo ménos á Colombia de las victoriosas huestes españolas que arrojáran á los patriotas del Perú.

Impuesto el Libertador de las derrotas de Toratá y Moquehua, dió las órdenes mas urgentes para completar los cuerpos que tenia cerca de sí, y mandó levantar otros. Pidió tambien al gobierno de la República que enviára al sur pólvora, plomo y tres mil hombres que consideraba del todo necesarios para la defensa del territorio colombiano. Ocupada la atencion del vicepresidente Santander en la campaña contra Maracáibo, era imposible que pudiera destinar al Ecuador un número tan considerable de tropas. Envió, sí, elementos de guerra.

La catástrofe de Toratá y Moquehua causó la mas fuerte impresion en el ánimo de los patriotas del Perú. Parecíales que muy pronto verian tremolar en Lima los pendones de Castilla, y que dos mil reclutas eran incapaces de defender la capital. Ocurrieron entónces para salvarse y salvar la independencia de

su patria á medidas extraordinarias. Censurábase á los miembros de la junta gubernativa, Lamar, Alvarado y Salazar, que cuidaban poco de los aprestos militares, y de que no proveían á las necesidades de las tropas : igualmente de que no tenian la energía y actividad que solas pueden salvar la existencia de los Estados en las grandes crísis. Determinan, pues, los oficiales del ejército de observacion que mandaba Arenáles, solicitar del congreso que remueva del mando á los miembros de dicha junta. El congreso no accedió á la primera peticion. Entónces los jefes y oficiales de las tropas formaron el ejército en el Balconcillo, fuera de Lima, teniendo á su cabeza al general don Andres Santa Cruz; pidieron la reforma de una manera tan decidida, que los legisladores se vieron obligados á acordarla. El coronel don José de Riva-Agüero fué nombrado presidente de la República, y Santa Cruz general en jefe, por renuncia de Arenáles que salió para Chile.

Riva-Agüero y Santacruz desplegaron mucha actividad y energía para sostener la moribunda causa de la independencia de su patria. La providencia mas eficaz del primero fué enviar un comisionado con plenos poderes adonde el Libertador. El objeto de esta mision extraordinaria era pedirle los cuantiosos auxilios que habia ofrecido desde setiembre del año anterior, y estipular las condiciones bajo de las cuales debian franquearse.

Entre tanto Bolívar se mantenia en Guayaquil lleno de ansiedad sobre la suerte del Perú, que juzgaba estar en el mayor peligro. Hubo momentos en que vino á ser mas penosa la situacion del Libertador : tal fué cuando el vicepresidente de Colombia le participó, que el general español Moráles marchaba desde Mérida hácia Cúcuta con una division de tropas que se juzgaba numerosa. Como el centro de la República estaba desguarnecido, temió Bolívar que el jefe realista pretendiera hacer un acometimiento serio ; en consecuencia, y á pesar de lo que llamaban su atencion los negocios del Perú, determinó volar á Bogotá. Púsose en camino, y en el punto de la Sabaneta, todavía en el valle de Guayaquil, recibió nuevos partes que le tranquilizaron algun tanto, pues se le informaba que no era temible la expedicion de Moráles. Regresando entónces á Guayaquil, prosiguió con infatigable actividad los aprestos militares. Dirigíanse estos, bien á poner á cubierto los departamentos meridionales de la República, si las circunstancias exigian que

permaneciera á la defensiva, bien á seguir al Perú contra los Españoles, si podia hacerlo con probabilidad de buen suceso.

Hallábase el Libertador absolutamente convencido de que era preferible el sistema de ir á guerrear con los realistas en el Perú. Así, viendo que despues de la derrota de Moquehua nada le decia la junta de gobierno, envió á Lima al coronel Luis Urdaneta, con el encargo especial de ofrecer á dicha junta el auxilio de dos mil hombres que podian seguir inmediatamente, y cuatro mil que enviaria despues. Este oficial llevaba igualmente la comision de examinar el estado de la opinion pública de los Peruanos, tanto respecto de Colombia, como acerca de los Españoles. Debia regresar pronto, y al efecto siguió en un buque muy lijero.

Noticias mas circunstanciadas del estado del Perú y de las fuerzas con que podia contar su gobierno, decidieron al Libertador (marzo 13) á tomar la resolucion definitiva de enviar á Lima sin tardanza el socorro de tres mil hombres que tenia listos, que serian convoyados por la corbeta de guerra *Bomboná* y el bergantin *Chimborazo*. Inmediatamente despues debia partir igual número con Bolívar á su cabeza.

Este habia tomado semejante resolucion fundándose en razones muy poderosas. Creía que si los Españoles ocupaban á Lima y al Callao, se apoderarian de los grandes recursos que brindan siempre una capital antigua y opulenta, y una plaza fuerte; que se decidiria entónces á su favor la opinion de los pueblos, y podrian establecer en el Pacífico una marina abrigada por el Callao, con la cual les sería muy fácil atacar las fronteras de Colombia, y hacer á las provincias del Ecuador el teatro de la guerra. Trasladándose las fuerzas colombianas al Perú y defendidas Lima y las fortalezas del Callao por el mismo Libertador, juzgaba este que los Españoles no podian tomarlas. Se aprovecharian entónces, y se convertirian contra el enemigo, los medios que en el primer caso habrian empleado los realistas contra nosotros : se conseguia alejar la guerra de nuestras fronteras haciéndola sin gravámen y en ajeno territorio; asegurábase, en fin, la opinion de los pueblos en el sur, y probablemente se podria batir y destruir el ejército español que existia en la América meridional.

Habiendo adoptado esta resolucion, Bolívar invitó á los gobiernos de Chile y Buenos Aires á una cooperacion simultánea

para destruir á los Españoles que dominaban el Perú. Estos eran los enemigos comunes, y se lisonjeaba el Libertador de que viéndole dichos gobiernos á la cabeza de las operaciones militares en el antiguo imperio de los Incas, tomarian un interes mas vivo por la destruccion de las únicas fuerzas que mantenian la dominacion de la metrópoli en la América del Sur.

Á tiempo que Bolívar se hallaba ocupado en tan importantes disposiciones, arribó á Guayaquil la goleta de guerra *Macedonia,* que conducia al general don Mariano Portocarrero, ministro plenipotenciario del gobierno del Perú cerca del Libertador presidente. La mision de aquel se dirigia á manifestar el estado crítico en que se hallaba la Independencia del Perú, y á pedir prontos y eficaces auxilios. Estos se hallaban preparados; y como nada deseaba tanto Bolívar como ir á combatir los últimos restos del poder español, que desde las altas cimas de los Andes peruanos amenazaban llevar hasta el Atlántico la ruina y destruccion de las nuevas Repúblicas, convino al momento en prestar los socorros pedidos. « Colombia, dijo el Libertador, hará su deber en el Perú : llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán á sus hogares con la sola recompensa de haber contribuido á destruir los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano de terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en conservar la libertad para sí, y en dejar independencia á sus hermanos. » El Libertador obró conforme á tan generosos principios. Celebróse un convenio entre el general Juan Paz del Castillo por parte de la República de Colombia, y el general don Mariano Portocarrero por la del Perú, en el que se convino acerca del envío de las tropas auxiliares, su pago, equipo y permanencia en el territorio peruano. Colombia debia franquear seis mil hombres y las demas fuerzas que tuviera disponibles, segun las circunstancias. Obligábase el gobierno del Perú á satisfacer todos los costos del trasporte tanto á la ida como á su regreso, y á pagar los sueldos asignados en el Perú á las demas tropas. El equipo y municiones del ejército colombiano debian ser por cuenta del gobierno del Perú, así como la reposicion de las armas, su composicion y reparos. Debian igualmente darse al mismo ejército los bagajes de ordenanza y reemplazar numericamente las bajas, fuera cual fuese la causa de donde provinieran. Estipulóse, por último, que los buques de guerra de la

marina de Colombia serian tratados en el Perú como los buques de guerra de aquella República, siempre que estuvieran á su servicio.

Este convenio se firmó el 18 de marzo, y en el mismo dia se hicieron á la vela tres mil soldados colombianos en los transportes que enviára con este objeto el gobierno de aquella República.

El ministro Portocarrero instó encarecidamente á Bolívar á nombre de su gobierno, que fuese personalmente á dirigir la guerra. « Este auxilio, decia, es el principal, el mayor y el único que puede salvar á la patria de los Incas. » El Libertador contestó, que estaba pronto á marchar con sus queridos compañeros de armas á los confines de la tierra que fuera oprimida por tiranos, y que el Perú sería el primer país adonde iria, cuando necesitára de sus servicios. Pero que aguardaba la resolucion del congreso de su patria para trasladarse á Lima sin tardanza. El presidente habia meditado mas detenidamente la disposicion constitucional, y visto que no podia salir del territorio colombiano sin permiso del congreso. Tuvo, pues, que diferir la marcha que tanto deseaba para guerrear con los Españoles.

Dedicóse entre tanto á preparar la segunda expedicion auxiliar de tres mil hombres para el completo de los seis mil que habia prometido enviar al Perú. Fueron muy grandes los sacrificios que la República tuvo que hacer para los aprestos de tan hermosa expedicion. Armas, municiones, vestuario, víveres, transportes, todo fué necesario alistarlo con una prontitud extraordinaria y con un erario exhausto. Empero los talentos y la actividad de Bolívar sacaban recursos de donde parecia no haberlos. Él sabía inspirar á los pueblos su mismo entusiasmo cuando se trataba de atrevidas empresas para dar la independencia á la América del Sur, venciendo á los Españoles en su último albergue. Así fué que los departamentos del Ecuador, Asuay y Guayaquil, hicieron en aquellas circunstancias grandes y dolorosos sacrificios, y parecia que nada les costaban. El mas rico por su comercio y producciones agrícolas, el de Guayaquil, proporcionó al Libertador un empréstito de cien mil pesos para hacer frente á los gastos; los otros dos contribuyeron con igual suma, fuera de los víveres y vestuarios que dieran. Estos sacrificios, que aseguraron para siempre su Independencia, no deben olvidarse por la patria agradecida.

Un grave mal aquejaba á los pueblos del sur, mal sin remedio en aquellas circunstancias. Tal era el gobierno puramente militar á que se hallaban sujetos. La constitucion y las leyes que aseguraban las garantías de los ciudadanos, no se habian mandado ejecutar allí en todas sus partes. El Libertador presidente usaba de las facultades extraordinarias que le habia conferido el congreso de Cúcuta en las provincias donde hiciera la guerra, ó que fueran lugares de asamblea para atacar á los enemigos. Empero este gobierno militar se dulcificaba algun tanto por el prestigio y grande influjo de Bolívar, por su espíritu de órden y economía, así como por el profundo respeto que le profesaban las autoridades subalternas.

Bajo las órdenes del Libertador habia en Quito un jefe superior civil y militar, cuya autoridad se extendia sobre los tres departamentos. Fuélo primero el general Sucre, cuyos talentos para el gobierno y administracion de los pueblos se comenzaron á distinguir desde aquella época. Llamado por el presidente á Guayaquil, le sucedió el general Bartolomé Salom, bien conocido en el ejército colombiano por el espíritu de órden que presidia á sus operaciones, y por la honrosa probidad que le distinguia. El jefe superior del sur tenia una grande influencia en la defensa del país y en los preparativos militares para la guerra del Perú.

Esta llamaba toda la atencion del Libertador. Él residia en Guayaquil, pero su espíritu no se apartaba de las playas peruanas. Miéntras que concluía el envío de los seis mil hombres ofrecidos á aquel gobierno, de los que partian frecuentes convoyes hácia el Callao, determinó que fuera á Lima el general Sucre. Dióle el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del gobierno del Perú. Era su principal objeto acordar el plan de operaciones mas conveniente, y fijar el curso, el modo y las circunstancias en que debia comprometerse á obrar la division de tropas colombianas. Sucre llevaba tambien instrucciones para reclamar del gobierno peruano la restitucion de Jaen y Máinas; provincia que se agregára provisionalmente al Perú cuando San Martin libertó á Lima y otras provincias, la que correspondia al vireinato de la Nueva Granada.

Las instrucciones que se dieron á Sucre, y las que habia recibido ántes el general Manuel Valdes, jefe de la expedicion

auxiliar, las que tenemos á la vista (abril 13), eran muy liberales y amistosas respecto del Perú. Bolívar no queria un solo palmo de tierra de aquel país. Solamente anhelaba con el mayor ahinco por destruir á los Españoles, y dando independencia al Perú asegurar el sur de Colombia.

El plan de Bolívar para la próxima campaña, que Sucre debia promover, era atacar á los Españoles por Arica ú otro puerto meridional, y despues de atraer sus fuerzas á tanta lejanía, acometerles por Jáuja ó por alguna otra via mas conveniente. Empero tales movimientos debian rodar sobre la base de « no comprometer ninguna accion decisiva, sin una absoluta probabilidad de buen suceso. » Miéntras que no la hubiera, debia trabajarse con la mayor constancia en aumentar y disciplinar el ejército. Otro capítulo en que insistió mucho el Libertador, fué defender á todo trance las fortalezas del Callao, á fin de que no cayeran en poder de los Españoles, y que fueran la base de sus operaciones futuras. Era tanta la decision de Bolívar sobre este artículo, que previno á sus agentes que se enseñoreasen temporalmente del Callao, en caso de que temieran se entregase á los Españoles por alguna faccion peruana.

Poco despues que Bolívar habia dado este paso importante, arribaron el 26 de abril don Francisco Mendoza y el marques de Villafuerte, comisionados por el presidente Riva-Agüero para solicitar encarecidamente del Libertador que se trasladára al Perú á dirigir la guerra. Decian los comisionados que sin la presencia del vencedor en Boyacá y Carabobo, creían inútiles cuantos esfuerzos hicieran los Estados del sur para destruir el ejército español. Los mensajeros peruanos condujeron la ratificacion oficial dada por Riva-Agüero del convenio de 13 de marzo, hecho con el general Portocarrero, sobre prestacion de auxilios y pago de todos los gastos que en ellos impendiera Colombia. Trajeron igualmente cartas las mas expresivas de Riva-Agüero, Santa Cruz, Gamarra, Salazar, Herrera, Portocarrero y otros patriotas distinguidos que figuraban en los altos empleos del Perú; todos rogaban á Bolívar que fuera á mandar el ejército unido, pues de otra suerte sería muy incierto el éxito final de la guerra.

La contestacion del Libertador presidente fué siempre la misma : « Que deseaba con ansia ir al suelo de los Incas á combatir á los Españoles; pero que no podia ausentarse de Colom-

bia sin permiso del congreso; que obteniéndolo volaria á Lima ó adonde le llamáran los sucesos. » Empero el congreso colombiano tardó mucho en reunirse, y por consiguiente no se habia concedido la licencia al Libertador para salir de su territorio. Los comisionados regresaron por tanto á su país llevando solo esperanzas.

Su realizacion no estaba ya distante. Habian desaparecido las graves dificultades que por tres meses impidieron que el congreso abriera sus sesiones. Una parte provino de la insurreccion de Pasto, acaecida en diciembre anterior; obstruyendo las comunicaciones con los departamentos meridionales, impidió el viaje que debian hacer á la capital los senadores y representantes que les correspondian : por otra parte, la distancia de las provincias de Venezuela y el que algunos militares ocupados en la guerra eran senadores ó representantes, no habian permitido que se trasladáran á la capital de la República á cumplir con sus altos deberes en el cuerpo legislativo.

Suscitóse despues una cuestion importante. El congreso de Cúcuta eligió senadores por los siete departamentos en que por entónces habia dividido á Colombia. Existian, pues, veinte y ocho senadores ya calificados. Dudábase si la mayoría constitucional debia ser de los veinte y ocho ó de los cuarenta que correspondian á los diez departamentos. En dos reuniones que hubo para allanar esta dificultad, se dividieron las opiniones. Triunfó en la primera la de que se atendiera al número de los cuarenta; en la segunda, una considerable mayoría decidió, apoyada en razones de mucho peso, que solo se necesitaban quince miembros para que la cámara del senado pudiera abrir sus sesiones constitucionales.

En consecuencia de tal resolucion, el 9 de abril comenzaron las sesiones del primer congreso constitucional con quince senadores y cuarenta y seis representantes. El vicepresidente de Colombia encargado del poder ejecutivo le dió cuenta por medio de un mensaje solemne del estado de la República en los diferentes ramos de su administracion. Dijo que nada se habia adelantado con la España sobre el reconocimiento de la Independencia; pero que respecto de las demas naciones nuestra causa adquiria diariamente popularidad; que el territorio de Colombia estaba libre en su mayor parte, y que la generalidad de los ciudadanos respetaba la constitucion y las leyes. Expresó los

mas ardientes deseos de que el congreso mejorase la suerte de los Colombianos, perfeccionando la educacion pública, y fomentando al mismo tiempo el comercio, la agricultura y la minería, principales fuentes de nuestra riqueza y prosperidad.

Pidió con encarecimiento que se atendiera especialmente á la hacienda nacional, cuyo estado pintó con rasgos melancólicos. En efecto, habia una gran diferencia entre los gastos y las entradas de las rentas públicas, porque la lista militar absorbia la mayor parte de sus productos, sin que la guerra permitiera organizar debidamente los diferentes ramos del sistema tributario. El monopolio del tabaco y las aduanas exigian mejoras especiales. La contribucion directa habia rendido muy poco y burlado los alegres cálculos que el secretario de hacienda y algunos otros formaban sobre esta renta.

En seguida manifestó el estado de nuestro ejército y marina; mencionó los combates que habia dado el primero y los triunfos obtenidos en varios puntos. Concluyó protestando al congreso su decidida consagracion al servicio público y al exacto cumplimiento de la constitucion y de las leyes.

Ambas cámaras contestaron honrosamente á dicho mensaje. Lo mismo hicieron respecto de una comunicacion dirigida por el Libertador desde Tulcan, felicitando al congreso por la apertura que suponia haberse hecho de las sesiones, y manifestándole su firme propósito de sostener ilesa la constitucion por los diez años que debia durar sin alterarla. Provenia aquella protesta, de que algunos escritores habian sugerido el plan de que este congreso diera otra constitucion á Colombia adoptando la forma federativa. Bolívar aborrecia de muerte este sistema, que de ningun modo era popular. Aun se tenian muy presentes las discordias sangrientas, los excesos y la debilidad funesta de la federacion, tanto en Venezuela como en la Nueva Granada.

Los secretarios del interior, de relaciones exteriores, de hacienda y de guerra y marina presentaron al congreso Exposiciones ó Memorias sobre cada uno de sus ramos respectivos. Estos documentos de Estado, los primeros de su especie que se publicaron en Colombia, sirvieron mucho para dar una idea ventajosa del órden y regularidad con que marchaba la administracion del vicepresidente Santander.

En el senado, lo mismo que en la cámara de representantes, habia hombres de luces y verdaderos patriotas, que ansiaban

por hacer el bien de la República. Por consiguiente ambas cámaras trabajaron con asiduidad y constancia en decretar las leyes que el poder ejecutivo les indicó ser mas urgentes, procediendo en armonía con el primer magistrado.

Dejemos que el cuerpo legislativo discuta en la calma y quietud de la capital los grandes intereses nacionales, y veámos el curso que habian tomado la guerra y los acontecimientos militares en las provincias litorales de Venezuela y de la Nueva Granada.

Dijimos que el coronel Manuel Manrique habia sucedido al general Clemente en los importantes destinos de comandante general del Zúlia y jefe de operaciones sobre Maracáibo. Manrique tenia sus estancias en Betijoque, donde trabajaba con la mayor actividad. Él aumentó y disciplinó su division, que estaba harto deteriorada. No hallando una activa cooperacion en el coronel Juan Antonio Parédes, gobernador de Mérida, vióse en la necesidad de removerle de su destino, y le reemplazó con el activo coronel Castelli, quien prestára servicios muy importantes en aquella época.

Manrique desde Betijoque hostilizaba en todo cuanto podia á los enemigos de Maracáibo. Para conseguirlo, se habia apoderado del puerto de Gibraltar sobre el lago. No pudo Moráles ver con indiferencia este paso, y que sus enemigos comenzáran á adquirir algunos buques. Envió una fuerte columna á desalojarle de allí apoyada en las fuerzas sutiles. Aunque los realistas verificaron el desembarco, los patriotas los derrotaron completamente (abril 17), pudiendo solo escapar algunos pocos, que se vieron compelidos á reembarcarse, perdiendo los elementos de guerra que habian llevado á tierra.

En seguida envió Manrique una expedicion contra Coro, regida por el coronel Réyes González. Obtuvo algunas ventajas; empero la falta de subsistencias para sus tropas le obligó á retirarse, y los enemigos que le perseguian llegaron hasta amenazar á Carora. Mas habiendo reforzado Réyes González su columna, que pasaba de seiscientos hombres, volvió á tomar la ofensiva, y dispersando las guerrillas de los realistas se avanzó hasta la capital de Coro, que ocupára y defendiera. Sin embargo, era tanta la desolacion de aquella desgraciada provincia, devastada en donde quiera por guerrillas de los Españoles y de los patriotas, que ambos partidos sufrieron mucho por el ham-

bre y la miseria. Ni la poblacion del país, ni el soldado tenian con qué vivir: agotadas las cabras y los demas ganados, con frecuencia los soldados infelices comian solamente carne de burro; otras veces era su alimento vainas ó fruto del árbol llamado *Cují,* que les causaban enfermedades horribles.

Poco menor era la escasez que sufria la division de Manrique en Betijoque y demas lugares de su acantonamiento. El paseo militar de Mérida habia producido su ruina. Las tropas reales destruyeron lo que no robaron. Tales eran los beneficios que hacía á los pueblos de Colombia este célebre *Pacificador.*

Volvamos ahora á seguir sus pasos, y á manifestar cuál era el estado que tenia la proyectada invasion de los independientes sobre Maracáibo.

Cuando el general Montilla emprendió sus operaciones contra la division realista, que mandaba don Narciso López en el Molino, siguió para el Saco de Maracáibo el coronel José Padilla, que iba á tomar el mando y á reforzar la escuadra bloqueadora. Componíase esta de la corbeta *Constitucion*, de los bergantines *Bolívar, Marte* é *Independiente*, de las goletas *Espartana, Atrevida* y *Terror*, así como de tres flecheras. Su punto de recalada y donde hacian aguada los buques, era en los Táques, puerto de la provincia de Coro: de allí salian á sus diferentes cruceros, con los que perjudicaban sobre manera á Maracáibo, apresando casi todos los auxilios que se enviaban al general Moráles de las Antillas.

Hostilizado este por mar, no lo podia ser igualmente por tierra. Las tropas acantonadas en Riohacha habian sufrido bajas considerables por la desercion y enfermedades de las campañas sobre Santamarta y el Molino. En consecuencia existia un hospital numeroso, pues los reclutas de las provincias internas, de donde eran naturales la mayor parte de los enviados para formar aquel ejército, se enferman y mueren bajando á los climas ardientes é insalubres de nuestras costas. De Cartagena muy pocos reclutas se habian podido conseguir. Pero de la Guáira llegó el batallon Carabobo y el escuadron Dragones de Venezuela: dos excelentes cuerpos que aumentaron el ejército con setecientos nueve soldados.

Aun despues de recibir estos refuerzos, el ejército de Riohacha todavía no era superior al español. Componíase aquel de cuatro mil infantes y trescientos jinetes, de los que solo habia

disponibles tres mil hombres. El de Moráles contaba tres mil soldados efectivos en un dia de batalla. Casi todos eran veteranos aguerridos, y en el de Colombia mas de la mitad reclutas.

Á esta desigualdad se añadió la desgracia de que Montilla, que era el alma de aquel ejército por su actividad y conocimientos militares, enfermó gravemente en Riohacha despues que regresára del Molino. Vióse por tanto en la necesidad de confiar el mando en jefe (abril 20) á su segundo el general Francisco Gómez, valiente defensor de Margarita contra Morillo. Sus talentos militares no correspondian á su valor; así, no podia dirigir con suceso un ejército contra Moráles, que tenia á su lado excelentes jefes y oficiales. Persuadido de esto el gobierno de Colombia, nombró general en jefe á José Francisco Bermúdez. Hallábase en Guayana ó Cumaná, y aunque se le dirigieron postas urgentes, tardó mas de dos meses en trasladarse al cuartel general de Riohacha.

Al encargarse el general Gómez del mando del ejército, se hallaba muy adelantado su equipo, organizacion y disciplina para emprender operaciones activas. Dependian estas de los sucesos militares que ocurrian en otros puntos, cuyas noticias esperaba con ansia el general Gómez.

Las principales operaciones estaban pendientes de la escuadra bloqueadora de Maracáibo. El coronel Padilla tenia órdenes del gobierno general para forzar la entrada del lago de Maracáibo y ocuparlo con sus buques; mas habia dirigido á la Guáira al comandante Beluche en solicitud de fuerzas sutiles, dinero y algunos otros auxilios que necesitaba. Estos no habian sido remitidos hasta fin de abril, y era muy triste la pintura que Padilla hizo en aquellos dias al jefe del ejército de Riohacha (abril 29). Decíale, que no tenia vituallas ni dinero; que los buques se hallaban en mal estado, por lo mucho que padecian en su velámen y aparejos, en una mar tan brava como la del golfo de Maracáibo. Pedia socorros prontos y cuantiosos, que no podian enviarle ni el general Montilla, ni Gómez, que le sucedió. Terminaba Padilla su comunicacion indicando, que sin tales auxilios no solamente sería incapaz de forzar la entrada de la laguna, sino que se veria obligado á levantar el bloqueo.

Añadíase á esta crítica situacion, que el general Moráles habia dirigido una columna de tropas con el fin de recuperar la

provincia de Coro, compuesta del batallon Búrgos y de otras partidas. Regíala el teniente coronel don Antonio Gómez: temíase que si conseguia su intento, privaba á nuestros buques de la única aguada que poseían en los Táques. Parecia que Gómez iba á realizar los fundados temores de los patriotas, porque penetró sin oposicion hasta la ciudad de Coro (mayo 1°). Atacó allí con seiscientos hombres y una pieza de artillería en sus mismos cuarteles á los Colombianos, á quienes regía el coronel Réyes González. Defendióse este del acometimiento, rechazando á los Españoles que se apostaron en el Tanque. Llega entre tanto nuestra caballería, mandada por el comandante Rudesindo Oberto, que flanquea al enemigo, miéntras que la infantería le ataca de frente. Ambos cuerpos dan un vigoroso y denodado arremetimiento: no lo pueden resistir los Españoles, que emprenden su retirada por el camino de la Sierra. Mas tanto la infantería como la caballería se precipitan sobre los realistas, les quitan el cañon y los derrotan completamente. Perdieron mas de doscientos muertos, setenta y cinco prisioneros, muchos fusiles y los bagajes. Contóse entre los muertos al gobernador español de la provincia Venancio Silva. Nuestra pérdida fué muy pequeña. En esta brillante jornada se distinguieron el coronel Réyes González, que la mandaba (1), el teniente coronel Rudesindo Oberto, quien decidió la victoria con su caballería, y el capitan Casildo Pérez de la misma arma; de la infantería los capitanes José Dolóres Hernández, Segundo Riera y otros.

Los restos de Búrgos huyeron despavoridos por los caminos de la Sierra y de Mitare. Fué tal su espanto, que yendo hácia Coro el coronel Torréllas con solo una escolta de seis hombres de caballería, halló á ciento cincuenta de los fugitivos. Acometiólos por la espalda, cerca de Pecaya; dispersáronse abandonando varios efectos militares y parte del equipaje del comandante de Búrgos, teniente coronel Gómez.

(1) Este valiente oficial mandó matar ántes de su campaña á Coro al coronel Réyes Várgas, tan célebre en el occidente de Venezuela. Por entónces aparentó González que habia sido la muerte en su defensa. Algunos años despues se averiguó lo contrario. El Libertador mandó seguir el proceso contra Réyes González, enviándole aprisionado desde la capital de la República. Le pasaron por las armas en el mismo lugar donde habia cometido el delito, sin que le valieran sus grandes servicios.

El general Moráles, luego que tuvo noticia por algunos fugitivos de la derrota de este batallon, y que los partidarios realistas existentes en Coro sufrian mucho por el hambre y la miseria, determinó enviar tropas en su auxilio, encargándoles que recogieran aquellas partidas. El coronel don Manuel Lorenzo fué á desempeñar esta comision á la cabeza del batallon Valencey, que contaba mas de seiscientas plazas. Lorenzo penetró hasta Coro, de donde se retiraron los Colombianos que mandaba Réyes González. Empero esta ocupacion fué transitoria, y Lorenzo estuvo casi perdido por los sucesos que vamos á referir.

La derrota de Búrgos en Coro el 1° de mayo fué compensada con usura por otra que sufrió nuestra escuadra al frente de Puertocabello. El general Páez tenia estrechada por tierra esta plaza: él consiguió rendir por capitulacion el fuerte llamado la Vigía ó Mirador de Solano. Con tales ventajas habia concebido las mas lisonjeras esperanzas de que, agotados los víveres, la guarnicion tendria que rendirse por hambre. Hácia el mar estrechaban el bloqueo dos corbetas nombradas *La Carabobo* de veinte y cuatro cañones, *La María Francisca* de veinte y dos, y el bergantin *Independiente* de diez y ocho: el bergantin *Gran Bolívar* y *El Vencedor* andaban haciendo un crucero.

En estas circunstancias se presentaron con pabellon ingles una fragata española de cuarenta y cuatro, llamada entónces *La Constitucion* y ántes *La Sabina*, la corbeta *Céres* de treinta y dos, y dos goletas. Reconocidas finalmente por enemigas, se trabó el combate á las tres de la tarde del 1° de mayo. *El Independiente*, despues de haberse batido algun tiempo con *La Céres*, se retiró y pudo salvarse. Las dos corbetas pelearon mas de dos horas con la mayor bizarría, llegando hasta el abordaje; cerca de la noche, ya desarboladas, tuvieron que rendirse á fuerzas tan superiores que mandaba don Ángel Laborde. Este socorrió la plaza al dia siguiente con vituallas, municiones y dinero, que enviaban los capitanes generales de Cuba y Puerto-Rico.

Á consecuencia de este desgraciado suceso, el general Páez se vió en la necesidad de levantar el sitio de Puertocabello, perdiendo todas las ventajas que habia adquirido. Quiso minar y volar el Mirador de Solano; pero no lo consiguió por falta de minadores y zapadores. Tampoco pudo conducir á Valencia la artillería de grueso calibre que habia extraido de la corbeta

María Francisca, para batir la plaza; dejó enterrados tres cañones, que el enemigo sacó despues y los llevó á Puertocabello.

La noticia de la pérdida de los dos mejores buques de la marina colombiana se recibió en los Táques el 3 de mayo, comunicada por Beluche, quien mandaba el bergantin *Independiente.* El coronel Padilla convocó en el momento una junta de guerra que se tuvo el mismo dia. Acordóse en ella por unanimidad, que debia forzarse la barra del lago de Maracáibo é introducir en este la escuadra, á fin de que no fuera destruida por la española. En el mismo dia Padilla dictó sus órdenes para reunir las embarcaciones que se hallaban cruzando: tambien se comenzó á trabajar en la habilitacion de los buques presentes, y en trasladar á su bordo cuanto habia útil en la corbeta *Constitucion,* dejándola solamente con cincuenta hombres. Debíanla conducir á Riohacha, porque calando mucho, no podia entrar por la barra, que tiene poca profundidad.

En los dias 4 y 5 se incorporaron á la escuadra un bergantin americano, llamado *La Fama*, que venía de la isla de Cuba, fletado por el gobierno español para conducir oficiales al ejército de Moráles, el que habia sido apresado por la goleta *Espartana :* incorporóse tambien una goleta de la misma nacion llamada *Peacot,* cargada de víveres, cuyo capitan Stornes consintió en acompañar á nuestra escuadrilla en el atrevido proyecto de forzar la barra. Con estos buques se hizo á la vela (mayo 5) Padilla con destino á Cojoro, á fin de unirse al bergantin nombrado *Gran Bolívar* y á la goleta *Atrevida.* Habiendo conseguido la union del *Bolívar,* aunque faltando las goletas *Atrevida* y *Terror,* determinó poner en ejecucion la empresa acordada. Á las cinco y média de la tarde del 7 de mayo fondeó la escuadra al frente del castillo San Cárlos, guarnecido con tropas de Moráles.

Al amanecer del 8 mandó Padilla que los prácticos sondeasen y pusieran valizas en la barra, lo mejor que fuera posible; operacion que se hizo á la vista del enemigo. Á las dos y média de la tarde la escuadra se puso á la vela, formada en línea de combate: de este modo se dirigió á entrar en el paso de la barra. Á las cuatro habian ya tocado algunos buques y aun barádose, hallándose completamente dominados por los fuegos del castillo. Afortunadamente flotaron de nuevo y continuaron su operacion sin disparar un tiro. Tres cuartos de hora despues se

bararon los bergantines *Independencia* y *Gran Bolívar,* cuando todavía se hallaban dominados por los fuegos de San Cárlos. *El Independiente* flotó al momento; pero *El Bolívar* tuvo la desgracia de que le fuese encima el bergantin americano *Fama* á tiempo que iba ya saliendo, lo que le hizo encallar de nuevo. Mas de trescientos tiros disparó el enemigo contra los buques colombianos, y solamente en *La Espartana* asestó uno que matára á su segundo comandante José Ramon Acosta. Barado completamente *El Bolívar,* recibió en poco tiempo quince balas, por cuyas aberturas se llenó de agua; así, fué preciso quemarlo, despues de haber salvado la tripulacion y casi todo su armamento. Baróse tambien debajo de los fuegos enemigos una balandra, que fué abandonada, y que los realistas sacaron al dia siguiente. Cuando llegó la noche, ya la escuadra estaba libre de los fuegos del castillo y dentro del lago.

Empero faltaba todavía por vencer el peligroso y extenso bajo fondo, llamado *El Tablazo ó Cascajal.* Para conseguirlo (mayo 9), fué necesario alijar los dos bergantines *Marte* é *Independiente*, á fin de que pudieran atravesar el Tablazo, que tiene ménos agua que la barra. Hecho esto, la escuadra se hizo á la vela y tuvo que andar á las cuatro y média de la tarde, porque vió apostados al concluirse el Tablazo y en frente de la punta de Palma, del lado de Maracáibo, dos bergantines-goletas, siete goletas, y dos grandes flecheras enemigas. Los realistas quitaron todas las valizas del Tablazo, las que señalando el canal y hondura de las aguas facilitaban el pasaje.

Superadas tamañas dificultades, la escuadrilla colombiana emprendió nuevamente atravesar el Tablazo (mayo 10), creyendo que podria navegar por él sin que barasen los buques. Á poco, *El Independiente* quedó barado, y fué necesario echar afuera su artillería, lastre, provisiones y demas, hasta dejarlo casi á plan barrido y en grave peligro de que se tumbára; á fin de evitarlo, se le apuntaló á las once de la noche. Trabajóse todo el dia siguiente en ponerlo flotante, así como *El Marte,* barado tambien. Sin embargo de que los prácticos habian asegurado que dichos buques podian ya navegar hácia Maracáibo sin embarazo alguno, se engañaron. Encalláronse de nuevo y costó inmenso trabajo armarlos y desarmarlos en los tres dias siguientes. Cuatro dias se gastaron en pasar el difícil bajo fondo del Tablazo. Solamente la constancia colombiana y el no haber otro

medio de salud pudo superar tamañas dificultades. Si los Españoles hubieran tenido atrevimiento y atacado con sus fuerzas sutiles á nuestros buques, miéntras que algunos estaban desarmados en el Tablazo, los habrian destruido; pero dejaron escapar la mas bella ocasion, que no se les presentó despues. Acaso aun no estaba preparada su escuadrilla para un combate.

La colombiana se reunió el 14 de mayo. Componíase de dos bergantines, cinco goletas, tres flecheras, una lancha y un bote, armados en guerra, dos bergantines y dos goletas desarmadas. Con esta escuadrilla se dirigieron hácia Punta de Palma. El coronel Padilla y sus dignos compañeros de armas, Beluche, Yoly y Chitty, habian puesto cima á una empresa de las mas audaces que presenta la guerra de la Independencia. Ornó esta la frente de Colombia con nuevos laureles y con dias brillantes de gloria.

De Punta de Palma pasó la escuadrilla á situarse al frente de Maracáibo, provocando siempre á la enemiga, que esquivó el combate. Padilla, despues de algunos dias, tornó á su primer fondeadero (mayo 20) por ser un punto mas militar. Allí fué atacado por los realistas con once buques mayores y catorce de las fuerzas sutiles. Trabóse un reñido combate, en que los enemigos se empeñaron en abordar *El Independiente*, y en que se distinguió su capitan Beluche: al fin tuvieron que retirarse, perdiendo la goleta *Margarita* y los capitanes de navío don Francisco de Sáles Echeverría, oficial muy acreditado, y don Manuel Machao. Padilla recibió tambien una contusion en la cabeza.

Este hizo en los dias siguientes muchos esfuerzos, á fin de ponerse en comunicacion con las tropas que suponia cercanas del ejército de Riohacha; sin embargo, no lo pudo conseguir, porque Moráles tenia apostados en el caño Mojan, que conduce al rio Socuy, fuerzas sutiles harto superiores á las republicanas. Viéronse estas en la necesidad de retirarse.

Padilla fué mas feliz en sus comunicaciones con otros puntos. El gobernador de Coro, Réyes González, supo inmediatamente su entrada en el lago; no pudo, sin embargo, auxiliarle con soldados, á causa de que tenia diseminada su columna, que se ocupaba en perseguir las guerrillas enemigas. Tambien le daba cuidado la expedicion que el coronel Lorenzo condujo hasta la capital de Coro.

El comandante general del Zúlia, Manrique, estuvo algun tiempo incomunicado con Padilla; situado en Betijoque, esperaba con ansia que este se acercára á alguno de los puertos de la Céiba, Ceibita ó Moporo, que estaban ocupados por los patriotas.

Padilla con su escuadra dió á los enemigos dos ataques gloriosos. El uno sobre el Mojan á las fuerzas sutiles realistas, que consiguió maltratar, pero no destruir; otro en las cercanías de Maracáibo, en que la escuadra española se acogió al puerto, huyendo de la nuestra.

Moráles, á quien los sucesos desgraciados habian hecho desconfiado en extremo, quitó el mando de su escuadrilla á los oficiales bien acreditados Lameson y Cárdenas. Diólo á don Tomas Lizardo, quien no merecia la confianza de las tripulaciones, ni tenia los conocimientos de los oficiales depuestos.

Por el mismo tiempo Moráles envió á mucha distancia una columna para defender los pueblos de San Cárlos del Zúlia y otros situados en aquel rio. Eran sus moradores partidarios acérrimos del rey, y se hallaban amenazados por las tropas colombianas de Cúcuta. Convenia sobre manera á Moráles asegurar aquel flanco. Puso esta columna á las órdenes de don Antonio Leon, y él permaneció en Maracáibo con el grueso del ejército español de Costa-Firme.

Viendo el coronel Padilla que nada podia adelantar, ni contra este, ni contra su escuadra, que evitaba el combate, aunque superior en número, determinó seguir á los puertos de Ceibita y Moporo. Desde las alturas de Betijoque vió el coronel Manrique pasar nuestra escuadrilla, cuyos buques fondearon en la Ceibita (mayo 30). En el mismo dia se embarcó el batallon Zúlia; temíase que los realistas dieran un ataque á la escuadra, cuando aun no tenia á su bordo infantería. Al dia siguiente se avistaron Padilla y Manrique en el puerto de Moporo: dispusieron que el batallon Orinoco, dos compañías de Carácas y un escuadron de dragones bajáran á Gibraltar, á fin de que, apoderándose del puerto, lo pacificáran. Mandaba allí por los realistas el teniente coronel Rosario Tales, que se retiró á los bosques dividiendo sus tropas en guerrillas. No pudo, por consiguiente, pacificarse del todo aquel distrito, en que obraba á favor de la República, igualmente en guerrillas, el coronel Asuncion Montezuma.

La posesion de este puerto, así como de Moporo, Céiba y Ceibita, era de la mayor importancia. La escuadra carecia de vituallas, y tampoco las tenia la division del Zúlia. Necesitábase, pues, sacar las provisiones de la arruinada provincia de Trujillo y de las costas del lago, que solamente producen maíz, arroz, plátanos y otros frutos semejantes, que no podian sufragar víveres suficientes para la escuadra y la division ya reunidas. Esta falta de subsistencias era una de las mayores dificultades que debia superar el coronel Manrique como intendente del Zúlia. Para conseguirlo, dejó guarnecidos los puertos de Moporo, Céiba y Ceibita; armó tambien seis piraguas, cuyo destino era cruzar por allí, privando al enemigo de las provisiones que podian llevarle de esta parte del lago.

Embarcada en Gibraltar la division del Zúlia (junio 6), se hizo á la vela con direccion al puerto de la Corona, en la parte occidental del lago. Desembarcando cien hombres, batió un destacamento enemigo que allí existia, protegido por tres flecheras de guerra. Se le dispersó, y se consiguieron algunas reses para la escuadra. Despues se dirigió esta en 14 de junio á los puertos de Altagracia, á fin de ponerse en comunicacion con la columna del coronel Torréllas, que estaba en Coro, á quien Manrique habia llamado con instancia. Mas aquella se demoró algun tiempo, á causa de las guerrillas y tropas enemigas que aun existian en la desolada provincia de Coro, teatro de una guerra tan destructora.

Miéntras ocurrian tales sucesos, llamaban la atencion del general Moráles serios y muy urgentes cuidados. Á consecuencia del bloqueo y de hallarse ocupada por la escuadra de Padilla una gran parte de la laguna, los víveres comenzaban á escasear, tanto para sus tropas como para la ciudad de Maracáibo. Habia entre tanto sabido la rendicion de nuestras dos corbetas frente á Puertocabello, y Laborde le ofrecia que pronto iria á socorrerle. Estas plausibles noticias causaron mucho júbilo á los realistas, que anhelaban por ver destruida la escuadra colombiana.

Acibaróse la alegría de los realistas con el embarque de la division del Zúlia, y mucho mas con las seguras noticias que tuvo Moráles de que se aproximaba por la Goajira el ejército de Riohacha, fuerte de tres mil combatientes. Dividida su atencion, tenia, fuera de esto, la desventaja de que en su pecho se

habian introducido la desconfianza y los celos respecto de Calzada y de otros oficiales. Moráles temia que sus mismos jefes le quitáran el mando del ejército y que lo dieran al brigadier Calzada.

Sin embargo de aquestas disensiones, Moráles obraba con la mayor actividad y energía para superar los peligros que le rodeaban. Como urgia mas el de la Goajira, reuniendo dos mil soldados de infantería y caballería, salió de Maracáibo en los primeros dias de junio. Al mismo tiempo envió un fuerte destacamento á Perijá, destinado á defender aquel territorio de las guerrillas de los patriotas que allí se multiplicaban. Habia mandado la primitiva Calixto Rodríguez, quien fué el distinguido patriota que las acaudilló despues, y que hizo muchos daños á los realistas.

Las nuevas recibidas por estos en Maracáibo, de que se aproximaba el ejército de Riohacha, eran exactas. El coronel Padilla, luego que determinó forzar la entrada de la barra, tuvo cuidado de avisarlo al general Montilla. Para el buen éxito de su empresa exigia la cooperacion y auxilio de las tropas acantonadas en Riohacha.

Con tales noticias, que se recibieron en esta ciudad el 12 de mayo, todo se puso en movimiento y actividad para la pronta marcha sobre Maracáibo. Los caminos se hallaban anegados por las copiosas lluvias, los rios habian salido de madre, y los campos estaban cubiertos de agua. Por estos motivos tardaron mucho en reunirse los cuerpos del ejército. Las caballerías, tanto de guerra como las destinadas para conducir bagajes, estaban flacas por falta de pastos, y era evidente que sus servicios no podian ser duraderos.

El 16 de mayo se comenzaron á mover las tropas y á reunirse en los Pozónes. Los movimientos eran lentos por falta de mulas. Se necesitaba un gran número para la artillería y el parque, así como para trasportar víveres, que era preciso llevar desde Riohacha, adonde se conducian los ganados del valle Dupar. El presbítero coronel José Félix Blanco, situado en este canton, habia hecho servicios muy distinguidos, colectando ganados y otras vituallas para el ejército; él cuidaba tambien de conservar la tranquilidad de aquellos pueblos.

En 24 de mayo se halló reunido todo el ejército en Güincua, punto de la Goajira. Aquí fué organizado en tres divisiones.

Constaba la primera de dos batallones, un escuadron y dos piezas de montaña, regida por el coronel Francisco Carmona. La segunda, bajo la direccion del coronel Juan Salvador Narváez, se componia de dos batallones y un escuadron. La tercera servia de reserva, y se formó de un batallon, un escuadron y cuatro piezas de artillería volante á las órdenes del coronel José Sardá.

Todo el terreno bajo y llano de la Goajira estaba anegado, por cuyo motivo el ejército llegó (mayo 31) con mucho trabajo al Salado. Instruido el general por los guias y prácticos que iban adelante, que el camino hácia Cojoro se hallaba en regular estado para transitarlo, siguió aquella ruta, aunque era mas dilatada. El 1° de julio acamparon en la sabána de Caburo la primera y segunda divisiones. La tercera, que iba custodiando la artillería, el parque, la comisaría y los equipajes, se quedó atras, porque el terreno se hizo intransitable á causa de las abundantes lluvias. Dos escuadrones á pié, que se enviaron en su auxilio al siguiente dia, consiguieron sacar á hombros la artillería y las cargas que se habian atascado en los barrizales.

Nueve dias estuvieron las tropas acampadas en aquella sabána, único punto que en sus alrededores no se hallaba tan inundado. El general Gómez envió entre tanto al comandante de la vanguardia Carmona y á otros oficiales á reconocer el camino. Estos dieron la opinion de que en tiempo tan lluvioso era imposible avanzar, y que no habiendo terreno que estuviera seco, tendrian los soldados, oficiales y jefes que vivir dentro del agua y el fango. Solo Carmona dijo que habiendo pasado cuatro dias sin llover, se podrian continuar las marchas hácia Cojoro, siguiendo un camino que estaba ya algo transitable.

Añadióse á tamañas dificultades la de que los Indios salvajes de la parcialidad de Atarajo, los de Móntes de Oca y del Salado hacian contínuas hostilidades, porque la guardia de prevencion quitó la vida á un Indio, defendiendo unas cargas que pretendia robarle una partida de Goajiros; estos, por consiguiente, mataban á los soldados que se apartaban de sus cuerpos, y robaban las cargas, caballos y reses que podian. Así era que los correos y los convoyes de víveres que se enviaban del Hacha, debian conducirse escoltados, lo que sin duda iba á disminuir las fuerzas.

Deseoso el general Gómez de superar las graves dificultades

que la penosa estacion de lluvias oponia á las marchas de las tropas de su mando, destinó (junio 8) al comandante de la vanguardia con dos escuadrones y un batallon, para que, registrando el camino y dándole frecuentes partes, llegasen hasta la villa de Sinamáica y reconocieran el Paso-Guerrero sobre el rio Socuy. Movióse al dia siguiente el ejército, que se vió en la necesidad de acampar en el derramadero de Cojoro, porque se hallaba el camino intransitable. En seguida envió el general otros dos oficiales, á fin de que hicieran iguales reconocimientos. Estos le dieron noticia de que se hallaban intransitables los caminos, y que los pasos del Socuy, nombrados del Eneal, de Cabállos y de Guerrero, no podian vadearse; que ademas estaban guardados por flecheras enemigas. Aun no satisfecho el general Gómez con tales informes, siguió en persona, acompañado del jefe de estado mayor, á reconocer los mencionados pasos. El único resultado que obtuvo fué persuadirse hasta la evidencia de la imposibilidad que habia de continuar las marchas. Sinamáica, Garabulla y todos los hatos se encontraron desiertos; sus dueños habian retirado los ganados y cuanto podia servir á los independientes. No hubo una sola persona que diera noticia del general Padilla ni de su escuadra. El Paso-Guerrero, fuera de tener una legua anegada, se hallaba bien defendido por cinco buques enemigos. Esta era una prueba convincente de que la escuadra de Padilla, aunque hubiese entrado en el lago, todavía no lo dominaba. Tambien se hallaban invadeables y anegadas las márgenes del caño Paijana, segun noticias de oficiales experimentados.

Adquiridos tan tristes conocimientos, el general Gómez vuelve á sus estancias de Cojoro (junio 15). Despues de celebrar una junta de los principales jefes, determina contramarchar con su ejército á Riohacha. Este, en efecto, no podia seguir adelante sin comprometer su existencia. Hallábase la caballería inutilizada, las mulas de los bagajes estaban cansadas ó habian muerto, se carecia de vituallas, y para conducir cada convoy se necesitaban cien hombres que los defendieran de las hostilidades de los Indios goajiros. Ademas, el ejército habia sufrido bajas considerables por la desercion, y existia un hospital de cerca de cuatrocientos enfermos: este número debia aumentarse por las fatigas, la humedad y los malos alimentos; por lo comun, solo eran carnes sin sal.

De regreso en Güincua asumió de nuevo el mando del ejército el general Montilla, que, mejorado ya de sus enfermedades, iba á continuar la campaña. Convencido de la imposibilidad de obtener en aquella época un buen suceso, no dudó un instante ordenar el àcantonamiento de las tropas en el Molino, Tablazo, Villanueva y Urumita. Por entónces se disiparon las fundadas esperanzas que se alimentaban de que este ejército destruyera al de Moráles, á quien suponian combatiendo en otros puntos.

Esta era una equivocacion. El retiro de los ganados, la soledad de los campos, la falta de habitantes en Sinamáica y otros puntos, todo era obra del activo Moráles. Situado en el Mojan, á poca distancia del Paso-Guerrero, tenia cubiertos á este y á los demas del Socuy con fuertes lanchas cañoneras, que absolutamente impedian el que se pudiera atravesar aquel hondo y extendido rio. Guardados así todos los caminos, el general Gómez nada pudo saber, ni del enemigo, ni de Manrique, ni de Padilla, sin embargo de que estos le enviaron multitud de postas y de espías; tampoco pudo comunicarles su arribo hasta las sabánas de Cojoro.

La ciudad de Maracáibo quedó bien poco guarnecida despues que saliera Moráles á situarse en las márgenes de la embocadura del Mojan. Calzada permanecia en Maracáibo, recomendado por el general en jefe de cumplir várias órdenes importantes. Era una de ellas remitir al castillo de San Cárlos á todos los enfermos y los enseres de los hospitales. Esta órden se debia cumplir de noche. Mas habiéndose hecho el envío por la mañana, las embarcaciones realistas fueron avistadas desde los puertos de Altagracia, donde se hallaba anclada nuestra escuadrilla. En el momento salieron en su persecucion las fuerzas sutiles y algunas goletas. Muy pocos individuos pudieron escapar arrojándose al agua, y fueron tomadas once embarcaciones que conducian á los enemigos.

En aquel mismo dia siguió Calzada al castillo de San Cárlos por el camino de la Vigía. Despues le envió Moráles á Puertocabello para alejarle del ejército, pues le causaba celos.

Súpose por los prisioneros tomados en aquellas embarcaciones, que en Maracáibo solo habia una pequeña guarnicion que no llegaba á doscientos cincuenta hombres, mandados por el gobernador coronel don Jáime Moreno, quien repetidas veces habia dicho á Moráles el débil estado en que se hallaba la plaza.

Con tal noticia, Manrique y Padilla determinan el 16 de junio dar un golpe de mano, y se dirigen á la ciudad. La escuadra fué la que principió á batir un fuerte de tierra, metiéndose los buques hasta debajo de las baterías á tiro de metralla. Se les dispararon mas de quinientos tiros, sin causarles daño de consideracion. Cuando se reunieron las embarcaciones que conducian tropa, desembarcaron á alguna distancia doscientos hombres del batallon Orinoco y treinta dragones desmontados. Despues de una legua de marcha llegó el coronel Manrique con su tropa (junio 16), y al momento destacó al mayor Pedro Muguerza y al capitan José María Urdaneta á proteger una partida que se habia adelantado hasta el puente. Desde aquella hora, que eran las cinco de la tarde, se trabó un reñido combate en las calles, que fué necesario ir ganando una en pos de otra. Á las siete de la noche, los Colombianos eran dueños de média ciudad, lo que sabido por el comandante Padilla, desembarcó en el muelle el resto de la division, que habia llegado tarde por falta de botes. Continuando la pelea con mas encarnizamiento, los realistas fueron auxiliados tambien á las ocho de la noche, y con tal refuerzo trataron de cortar á nuestros soldados. Defendiéronse estos y renovaron sus ataques con el mayor denuedo hasta cerca de las diez de la noche; entónces los enemigos fueron derrotados y se ocupó el fuerte. Sin embargo de ser ya tarde, se les persiguió todo lo posible por el camino de la Vigía. Quedaron muertos como ochenta de los realistas y ciento cincuenta heridos. Hiciéronse prisioneros á varios soldados y oficiales, entre ellos al gobernador de la ciudad, Moreno, al teniente coronel Guerrero y á otros. Se presentaron voluntariamente al servicio de la República algunos de los que ántes eran enemigos; tales fueron el comandante Núñez, de Gibraltar, y el capitan Benito Urdaneta. Los Colombianos perdimos cincuenta y dos muertos y ciento treinta heridos, entre estos el coronel Manrique levemente. Distinguióse en la accion, fuera de otros muchos recomendados por su brillante valor, el subteniente Pedro Carujo, que despues se adquirió tan funesta celebridad.

Perdió Moráles en Maracáibo su artillería, municiones, parque, vestuarios, ganados y demas efectos, así militares como de boca allí existentes; pérdida muy sensible para aquel orgulloso general. Fuera de estos artículos, se apoderaron los patrio-

tas de una hermosa flechera botada al agua en el mismo dia, de otras embarcaciones menores y de alguna artillería de grueso calibre para armarlas; tambien de varios otros efectos navales, que despues fueron de grande utilidad.

En tanto que se hallaban nuestra escuadra y division de tropas ocupadas en Maracáibo, el coronel Lorenzo, apoderándose de algunas piraguas que no estaban custodiadas en las cercanías de Altagracia, pasó el lago por aquella parte: salvó de este modo la columna que traía de Coro; hallándose cortada hubiera sido destruida sin esta feliz casualidad.

Á un mismo tiempo supo Moráles la ocupacion de Maracáibo por los republicanos y la retirada del ejército de Riohacha. Esta, que lo sacaba de un grande apuro, compensó en mucha parte la pena de la primera noticia. Libre de cuidados por el occidente, se dirige á Maracáibo. El 19 de junio fué evacuada esta ciudad por la division de Manrique, la que se embarcára en la escuadra, á fin de permanecer bloqueando el puerto. El coronel Manrique se llevó los cañones, cureñas, armamento, municiones, y cuanto pudiera servir al enemigo, inclusa una imprenta. Por consiguiente cesó *El Posta español*, periódico que hacía publicar Moráles, el que estaba plagado de mentiras y calumnias contra los patriotas.

El jefe español regresó á Maracáibo con mas de dos mil y quinientos hombres, por habérsele incorporado la columna de Lorenzo; el resto de su ejército se hallaba diseminado en varios lugares. Á pesar de sus fuerzas, era crítica la situacion de los realistas. Ya no tenian el dominio exclusivo del lago para sacar de sus riberas la subsistencia de las tropas. Los patriotas habian inundado de guerrillas la costa de la Corona y Cañada, de donde ántes recogian mucha parte de los víveres necesarios. Así fué que hubo dias en que no pudo Moráles racionar sus cuerpos sino muy escasamente. Sin embargo, aquellos veteranos sufrian con paciencia tamañas privaciones. La ciudad oprimida padecia en silencio, y la mayor parte de sus moradores adictos á Fernando VII le ofrecian sus penas como un holocausto de su fidelidad.

Muchos oficiales del ejército español opinaban que este, abandonando á Maracáibo, donde iba á perecer de hambre, se dirigiese, bien á las provincias del departamento del Magdalena, bien á lo interior de la Nueva Granada, que se hallaba

desguarnecida por la marcha de las tropas colombianas al Perú. Esta medida habria puesto en duros conflictos al gobierno de la República. Otros pretendian que se embarcára el ejército real en la escuadra de Laborde, y que llevase la guerra al corazon de Venezuela; consejo mas atrevido que perjudicial á Colombia. Allí mandaba Páez un ejército, acaso mas numeroso y aguerrido que el español de Costa-Firme.

Moráles no convino en ninguno de estos planes de campaña. El suyo era conservar á Maracáibo como base de operaciones, y destruir tanto la escuadra de Padilla como la division de Manrique.

La situacion de estos jefes republicanos era acaso mas difícil y desventajosa que la del ejército español. Hallábanse faltos de subsistencias para la division y para la escuadra, sin poderlas introducir de las colonias extranjeras, ni conseguirlas de las provincias de Trujillo y Coro, casi destruidas. La escuadra habia sufrido en frente de Maracáibo un temporal tan violento, que dos goletas rompieron sus cables y encallaron cerca de la costa: mas de veinte y cuatro horas estuvieron baradas bajo los fuegos de los enemigos. Consiguióse, finalmente, sacarlas, aunque con alguna pérdida y averías. Entónces la escuadra se dirigió á la isla de Búrros, con el fin de reparar las embarcaciones y armar fuerzas sutiles. En cinco dias Padilla, trabajando con la mayor actividad y auxiliado por varios carpinteros de ribera que extrajo de Maracáibo, consiguió armar cinco buques; era uno de estos la gran flechera de tres palos tomada en Maracáibo, á la que diera el nombre de *Emprendedora.* Para dichos buques sirvieron los cañones y cureñas tomados en la ciudad; presa que fué de mucho valor y de suma importancia en aquellos momentos. En los dias siguientes armó otras cuatro embarcaciones para las fuerzas sutiles, que entónces elevára á un número muy respetable. La actividad de Padilla en aquellas circunstancias y el acierto de sus medidas fueron tan útiles á Colombia como gloriosos á su autor. Este dió el mando de las fuerzas sutiles al capitan inglés Gualterio Chitty.

Hallándose muy debilitada la division de Manrique por las enfermedades y pérdidas que sufrió en el combate de Maracáibo, fué de la mayor importancia el arribo á los puertos de Altagracia de la division de Coro (junio 25). Componíase de los batallones Boyacá, Cazadores de occidente, y de un escuadron

de ciento veinte jinetes : su fuerza total ascendia á novecientos hombres, regidos por el coronel Andres Torréllas.

Despues de haber recibido un socorro tan oportuno, que era absolutamente necesario para embarcar fusileros en cualquiera refriega que se trabára, el general Padilla (1) determina ir en persona á destruir las fuerzas sutiles de Moráles, que se hallaban apostadas en el Mojan. Dirigiéndose hácia aquel punto, no halló en él la flotilla enemiga, que se componia de diez y seis buques armados, entre ellos dos grandes flecheras y dos goletas. Habiendo estas embarcaciones divisado á nuestra escuadrilla el 29 de junio desde muy temprano, se retiraron á la embocadura del rio Garabuya : para conseguirlo, tuvieron que botar el lastre y cuanto pudieron, á fin de alijar las embarcaciones; sin embargo de esto las pasaron casi arrastrando. Era muy difícil atacar á la escuadrilla española en tan ventajosa posicion. Intentólo, sin embargo, Padilla con los buques menores, rompiendo un vivo fuego; empero nuestras embarcaciones se bararon, y aunque las del enemigo estaban en situacion igual, nada se pudo adelantar. Despues de un largo tiroteo, Padilla se retiró con poca pérdida, causando á los realistas algunos daños. De regreso á Altagracia, observó el jefe de nuestra escuadrilla, que Moráles tenia catorce buques mayores anclados bajo de los fuegos del castillo de San Cárlos, donde se mantenian desde ántes de la ocupacion momentánea de Maracáibo por Manrique y Padilla. Asegurados allí, aumentaba su número, armando unos, é introduciendo otros de las islas extranjeras.

En dicha excursion tomó Padilla los estados de las fuerzas de Moráles en Maracáibo, que no bajaban de dos mil quinientos hombres. Con tal conocimiento se tuvo en Altagracia el 1° de julio una junta de jefes y oficiales. Acordóse en ella, que las tropas de tierra no eran suficientes para recuperar á Maracáibo, pues no excedian de mil y quinientos hombres disponibles, de los cuales una gran parte eran reclutas. Demandáronse con la mayor urgencia dos buenos batallones á los generales Soublette y Páez, y tambien se pidieron á Curazao varios elementos militares y de marina, así como algunas vituallas.

(1) Habia obtenido recientemente un ascenso por su atrevida entrada en el lago.

Estas escaseaban sobre manera á bordo de la escuadra y en las tropas colombianas. La mayor parte de los recursos de boca debian conducirse de los puertos de Gibraltar y Moporo. Mas los Indios rebeldes de Cabímas y Laguníllas interceptaron un convoy de siete piraguas, en que asesinaron á veinte y siete personas que en ellas iban. Felizmente, cuando las conducian adonde Moráles, fueron represadas. Cogiéronse los jefes de los rebeldes y los asesinos, que pagaron sus crímenes en un patíbulo.

No pudiendo sostenerse en Altagracia la division de Coro, el coronel Manrique la situó en Casigua, lo que tambien se habia acordado en la junta de guerra; pero se adelantó bien poco. Carne de burro fué por muchos dias el único alimento de las tropas de tierra, y tambien de la escuadra, aunque esta era preferida por el coronel Manrique, repartiéndole las mejores y mas abundantes provisiones que podia conseguir. Á consecuencia de la mala calidad de los alimentos, se plagaron, especialmente las tropas, de enfermedades que hinchaban los cuerpos de los soldados, los que se ponian monstruosos : setecientos yacian en los hospitales. Habia muy pocas esperanzas de que mejorase nuestra situacion, por la distancia de los recursos, y porque el general Padilla no se atrevia á dar convoy á las piraguas cargadas de víveres, por no debilitar sus fuerzas.

Á pesar de un estado tan crítico, y de que la escuadra tenia escasez de municiones, no se desmintió un solo dia el amor patrio de las tripulaciones de los buques y de las tropas. Tampoco se oyeron quejas, ni el menor asomo de insubordinacion. Los jefes y oficiales, los marineros y soldados, todos confiaban en la victoria, ansiando por que llegase la hora de batirse. ¡Bello ejemplo del mas puro y denodado patriotismo!

No se hallaba lejano el dia del combate, para el cual se preparaba asiduamente el general Padilla, que no perdia un momento en armar y tripular embarcaciones que aumentáran sus fuerzas sutiles. Sabíase haber llegado al puerto de los Táques el capitan de navío español don Ángel Laborde, trayendo la fragata *Constitucion*, la corbeta *Céres*, el bergantin *Hércules* y tres goletas mas. Dejando en los Táques los tres primeros barcos, que no podian entrar en el lago, llegó el 16 de julio al castillo de San Cárlos con las tres goletas de guerra y dos mercantes, para armarlas en aquel punto. Con este objeto condujo

noventa hombres entre oficiales y marineros, así como algunos elementos navales.

Conocidos por Laborde el estado y la fuerza de la escuadrilla real, procuró persuadir á Moráles que no debia librar la suerte de tantos fieles servidores del rey á la suerte de un combate, que podia ser funesto por la inferioridad del porte de sus buques, de los oficiales y tripulaciones. Sin embargo dióle Moráles la órden terminante de que aprestára inmediatamente la escuadra, haciéndole, en caso contrario, responsable de las consecuencias. Decia el jefe español, que pondria á bordo de las embarcaciones un número tan considerable de tropas, que haria ilusorias, con esta medida y con la superioridad numérica de sus goletas, las ventajas que le llevaban los patriotas por la mayor altura y capacidad de sus bergantines y con su mejor artillería.

En el intermedio que Laborde activaba los últimos preparativos de la escuadra, envió un parlamentario á los republicanos. Conducia una intimacion en que el jefe español exigia de Padilla, que le rindiera sus buques y todo lo que en ellos existia, ofreciendo conservar los equipajes de los oficiales y conducirlos á un puerto de Colombia. Tan insultante proposicion fué contestada con todo el vigor y altivez que merecia por los valientes que mandaban las fuerzas colombianas del lago.

Túvose noticia poco despues que el enemigo se aprestaba para el combate, y que la escuadra real se veía anclada en Zapara, frente á San Cárlos. El general Padilla dió entónces las disposiciones consiguientes, y tuvo la fortuna de que arribára de Gibraltar un gran convoy de víveres. Las tropas de la division terrestre recibieron igualmente en Casigua un cargamento de provisiones; importante servicio que hizo el señor Saúl Pardo, vecino de Oruba, y digno de que la historia no deje olvidar su nombre.

El plan acordado por Padilla fué situarse en la Punta de Pálmas, de donde podia observar al enemigo cuando pasára el Tablazo, y aun atacarle en este bajo fondo, si se presentaba ocasion favorable. De lo contrario tomarle siempre el barlovento, acoderando á tierra sus buques mayores y las fuerzas sutiles. En tal posicion aguardó la venida de Laborde, despues de embarcar setecientos setenta y un infantes de los mejores soldados. Sabíase que el enemigo habia puesto á bordo un número todavía mayor de veteranos.

La escuadra realista se componia de catorce buques mayores y quince menores; la colombiana constaba de tres bergantines, siete goletas y doce buques de fuerzas sutiles.

El 23 de julio amaneció la escuadra española al norte de Punta de Pálmas, formada en línea, y en aquel dia se esperaba la accion: así, el general Padilla visitó personalmente á cada uno de sus bajeles, exhortando á los jefes, oficiales y tripulaciones á que cumplieran su deber y las órdenes que les comunicaria; órdenes que se recibieron con entusiasmo y alegría. Á las siete de la mañana (julio 23) levaron anclas los Españoles, y lo mismo hizo nuestra escuadra, manteniéndose cuanto le fué posible sobre la costa. Los enemigos pasaron hácia el sur, y entónces dispuso Padilla que se les persiguiera. Mas no todas nuestras embarcaciones siguieron el movimiento en el debido órden, quedándose algunas atras. Esto impidió que se trabára el combate aquel dia, en que solamente se dispararon algunos cañonazos de una y otra parte sin ningun resultado. La escuadra realista ancló frente á la Punta de Capitan-Chico, al norte de la ciudad de Maracáibo, y la colombiana regresó á Altagracia, avanzándose las fuerzas sutiles hácia Punta de Piédras.

Al dia siguiente (24 de julio), el viento no era favorable hasta cerca de las dos de la tarde, y por tanto ambas escuadras ocupaban sus mismas posiciones. Á esta hora se dispuso que siguieran contra los Españoles todas nuestras fuerzas sutiles regidas por el capitan Chitty; á poco levó anclas la escuadra colombiana. Ocupaban la derecha de su línea los bergantines *Independiente* y *Confianza*, y la izquierda *El Marte*, cuyos bajeles sostenian á las goletas situadas en el centro. Cerca de las cuatro el enemigo rompió el fuego. La última señal que se habia hecho á nuestros barcos era la de abordaje: por tanto, ninguno disparó un cañonazo hasta que ya estaban tocándose los penoles.

Comenzó entónces un fuego horroroso de artillería y fusilería, é inmediatamente se principiaron á ver los estragos. El bergantin *Independiente*, donde iba el general Padilla, atacó y rindió al *San Cárlos;* el *Confianza* abordó á una goleta. *La Emprendedora* tomó al bergantin-goleta *Esperanza*, que incendiándose voló, dejando á la goleta, al *Marte* y á otros buques cubiertos de humo. *El Marte* se apoderó de algunas embarcaciones enemigas (julio 24), y nuestros demas bajeles llenaron completamente su deber.

En breve se vieron las aguas del lago donde se combatia llenas de sangre, de cadáveres de hombres muertos y de vivos que luchaban con la muerte. Abordados los buques enemigos por nuestros soldados, que tenian machetes, bayonetas y otras armas blancas, las tripulaciones de los realistas se arrojaban al agua creyendo salvar sus vidas. Solamente la goleta colombiana *Antonia Manuela* tuvo la desgracia de ser abordada por los enemigos, que ya habian degollado á cuantos la tripulaban, ántes que la recuperáran *La Leona* y un bote armado del *Independiente.*

Los realistas habian tenido la desgracia de ser embestidos por los patriotas, cuando todavía se hallaban fondeados; desventaja funesta que les costó muy cara. En medio del fuego y perdida ya la esperanza de triunfar, picaron los cables y trataron de ponerse á la vela; pero en lo general no lo consiguieron. Once buques fueron apresados; un falucho de sus fuerzas sutiles y un bergantin-goleta se volaron. Solamente escaparon tres goletas, junto con las dos grandes flecheras y el resto de las fuerzas sutiles. Estas embarcaciones se abrigaron en el puerto de Maracáibo, aunque perseguidas vivamente hasta el anochecer. Nuestras fuerzas sutiles causaron mucho daño á los enemigos, é hicieron grandes servicios en aquella memorable jornada, marinando las embarcaciones cogidas y contribuyendo á la rendicion de otras. El capitan de fragata Chitty manifestó en aquel dia mucha bravura, intrepidez é inteligencia.

En esta gloriosa jornada perdimos ocho oficiales y treinta y seis hombres muertos; catorce oficiales heridos, y ciento cinco de las tripulaciones y tropa. Tomáronse al enemigo sesenta y ocho oficiales prisioneros y trescientos sesenta y nueve hombres. Entre muertos y heridos hubo cuatrocientos setenta y tres, pues los Españoles tuvieron la pérdida de novecientos hombres que se les pusieron fuera de combate.

El valor, el arrojo y las acertadas providencias del general Padilla en aquel dia fueron admirables, y le dan un lugar distinguido en las brillantes páginas de la *Historia de la guerra de nuestra Indcpendencia.* Los capitanes de navío Beluche, Tono y Yoly merecieron tambien grandes elogios, contribuyendo eficazmente con su espada y sus consejos á que se obtuviera tan completa victoria. Distinguiéronse igualmente los oficiales de marina Pilot, Castell, Uribarri, Mincis, Villanueva, Francisco Padilla y otros.

Al dia siguiente del combate se retiró la escuadra á Altagracia, conduciendo los buques apresados y los prisioneros. Debíanse curar allí los heridos y reparar en lo posible las averías que habian sufrido los buques. Los restos que se habian salvado de la escuadra enemiga quedaron estrechamente bloqueados en el puerto de Maracáibo, por una fuerte division de barcos mayores regida por Yoli, y por otra de fuerzas sutiles que dirigia Chitty. Las demas embarcaciones menores siguieron al mando de Francisco Padilla á enseñorearse del rio Socuy para dejar franco el Paso-Guerrero. Quedó así cortada la comunicacion de Moráles con el castillo de San Cárlos, y los patriotas dueños exclusivos de todo el lago y de sus riberas. La misma noche del combate siguió Laborde para el castillo de San Cárlos á embarcarse en la fragata *Constitucion*, dejando á Moráles abandonado; huyó así del lago, donde se habian agostado sus laureles.

La situacion del general Moráles no podia ser mas crítica: sin víveres para su ejército, bloqueadas estrechamente las embarcaciones que se habian salvado de la derrota, y pereciendo de hambre los desgraciados habitadores de Maracáibo, que en lo general se mostraron tan adictos á la causa del rey, y que hicieron tantos sacrificios por ella, no sabía qué partido tomar.

Los jefes colombianos Manrique y Padilla, inmediatamente despues de la gloriosa accion del 24 de julio, excitaron al jefe español á una capitulacion que fuera honrosa á ambas partes, y que pusiera término á los horrores de la guerra. En efecto, habiendo precedido algunas contestaciones, se juntaron los comisionados en la isla de Búrros cerca de la ciudad. Empero las exigencias de Moráles de que sus tropas fueran conducidas á Cuba sin juramentar, eran tan exageradas, que Manrique, para facilitar un poco mas los progresos de la negociacion, determinó trasladar á Maracáibo las conferencias. Entre tanto Padilla intimó la rendicion á las reliquias de la escuadra: irritóse Moráles con este paso inconsiderado; no quiso admitir á los comisionados, y por consiguiente cesó la negociacion.

El coronel venezolano don Narciso López, que era segundo jefe del ejército español por la ausencia de Calzada, estaba decidido por la cesacion de la guerra y afligido con los males que esta causaba á su patria. Así, despues de haber aplacado

un poco el ánimo de Moráles, instó al coronel Manrique á fin de que invitára de nuevo al jefe español á que pusiera término á los males que sufrian, tanto el ejército real como la infeliz ciudad de Maracáibo.

Las circunstancias de Manrique eran igualmente críticas. Su division padecia sobre manera por el hambre y las enfermedades: las calenturas devoraban al batallon Carácas, apostado en Gibraltar al mando de Castelli. Lo mismo sucedia á una columna que á las órdenes del teniente coronel Francisco María Fárias habia bajado de los valles de Cúcuta, apoderándose de la villa de San Cárlos del Zúlia y de otros pueblos en aquel rio. Bajas tan considerables impedian al coronel Manrique el juntar una division capaz de batir al ejército español, que aun era superior al nuestro. Ignorábase entre tanto dónde se hallaban las tropas de Riohacha, y cuál era el verdadero estado de su fuerza, que se juzgaba muy disminuida en su retirada desde las cercanías de Sinamáica. Bajo de tales datos Manrique tenia razones para temer que se realizase un proyecto en que sabía pensaba Moráles. Tal era, quemar sus barcos, unir á su ejército cuantos hombres útiles pudiera, atravesar la Goajira y caer sobre Riohacha, para llevar la guerra á las provincias del Magdalena.

Con este objeto invitó á Domingo Luengo, jefe político de Sinamáica, para que le pasára con su ejército y quinientas reses mas allá del rio Limon, conduciéndole por caminos seguros que aquel solo conocia. Pero luego se denegó, tomando partido inmediatamente con los independientes, cuyos jefes le dieron garantías por los grandes servicios que desde su entrada habia prestado al general Moráles.

Motivos tan poderosos impelieron al jefe colombiano á proponer segunda vez á Moráles (agosto 2) que tratáran de un avenimiento. Siendo esta indicacion apoyada por don Narciso López y otros jefes del ejército realista, fué ya bien acogida por Moráles. Contestó nombrando comisionados al coronel don José Ignacio Cásas y al teniente coronel don Lino López Quintana. Unidos estos al teniente coronel José María Delgado y al capitan José María Urdaneta enviados por Manrique, debian acordar en Maracáibo los artículos de la capitulacion.

En efecto, despues de dos dias de sesiones harto acaloradas, en que el orgullo del general Moráles, que tanto habia despreciado á los patriotas, no queria confesarse vencido, se ajustó y

ratificó la capitulacion por ambas partes, incluso el general Padilla, por lo relativo á la escuadra. Estipulóse en ella (agosto 3): primero, la entrega de la plaza de Maracáibo, del castillo de San Cárlos y de la escuadrilla en el estado que tuvieran en la actualidad; segundo, que los individuos americanos que servian en el ejército español tendrian libertad para seguir las banderas de Colombia, las españolas, ó irse licenciados; tercero, que los Americanos que permanecieran fieles al gobierno de la madre patria, serian considerados como prisioneros de guerra y juramentados, así como los oficiales y soldados europeos, imponiéndose la pena de muerte á cualquier jefe, oficial ó soldado de tropa española que en lo sucesivo se cogiera con las armas en la mano en la presente guerra; cuarto, que los jefes, oficiales y empleados civiles del ejército real conservarian sus equipajes y propiedades. Los jefes de guerrillas quedaron comprendidos en los artículos de esta capitulacion. Acordóse que las tropas serian conducidas á un puerto de la isla de Cuba á costa de Colombia, con la debida seguridad y garantías, así como todas las personas y habitantes de Maracáibo que quisieran seguir al ejército real con sus propiedades trasportables; los demas que se quedáran debian ser bien tratados, cualesquiera que hubieran sido sus opiniones políticas. Extendióse tambien esta capitulacion á la tropa y oficiales europeos que fueron hechos prisioneros en el combate naval del 24 de julio. Añadiéronse algunas otras estipulaciones acerca del lugar en que debia embarcarse el ejército español; sobre víveres, pues solo tenia raciones para tres dias; sobre rehenes y las embarcaciones de trasporte que debian dar los jefes colombianos. Por un convenio particular estipuló el general Moráles que se le franqueára la goleta *Especuladora*, para seguir á Cuba, acompañándole el teniente coronel republicano José María Delgado; por su ausencia quedaria mandando las tropas el coronel don Narciso López.

Ínterin se preparan los buques, las vituallas y todo lo demas necesario para el trasporte á Cuba de los restos del ejército español, veamos las operaciones del colombiano de Riohacha.

El general Montilla, aunque bastante enfermo, habia continuado mandándole, y el último de julio permanecian los cuerpos en sus acantonamientos. Entre tanto en la provincia de Santamarta se perseguia con la mayor actividad á los obstinados Indios facciosos de Bonda, Mamatoco y Masinga, lo mismo que

á los de San Juan de la Ciénaga que se habian retirado hácia Pibijai, la Fundacion y otros puntos solitarios que les servian de guaridas. Distinguiéronse en esta guerra, tan difícil como laboriosa, el coronel José Félix Blanco, el capitan comandante del batallon Antióquia, José Manuel Montoya, y otros oficiales. Los rebeldes en el curso de este año se defendieron con tenacidad; pero casi todos ellos fueron aprehendidos y llevados á Panamá y al Perú. Otros murieron peleando, y se indultaron los últimos restos, que depusieron al fin las armas.

Hé aquí el estado de los negocios en las provincias de Santamarta y Riohacha. En esta el general Montilla trabajaba asiduamente en aprestar las fuerzas que debian cooperar á la libertad de Maracáibo. Iban ya corridos casi tres meses desde que nuestra escuadra entró en el lago, y todavía Montilla no habia recibido una sola comunicacion de Padilla ni de Manrique. Ignoraba por consiguiente si debia ó no mover el ejército, repuesto ya de sus penosas marchas por la Goajira en junio último. Miéntras no supiera que nuestras lanchas de guerra dominaban el Socuy y el Paso-Guerrero, era muy arriesgada la marcha de las tropas, que no podrian ir mas allá de Sinamáica. Aun pensó que el ejército siguiera por el fragoso camino de Sierra á salir á Perija, por cuya ruta se evitaba el difícil paso del Socuy.

Cuando Montilla se hallaba en esta perplejidad, llegó á Riohacha el 31 de julio el general Bermúdez, á quien el gobierno general habia nombrado para mandar aquel ejército. Componíase de cinco batallones, tres escuadrones y una brigada de artillería: su fuerza disponible ascendia á tres mil quinientos hombres, los ciento cincuenta de caballería. Las bajas eran numerosas, porque se hallaban en los hospitales mil trescientos cincuenta enfermos. Estaba completamente equipado.

Apénas se habia encargado Bermúdez del mando, cuando recibió comunicaciones de Padilla y Manrique, dándole parte de la accion gloriosa del 24 de julio, y del estado que tenia el enemigo. En el momento hizo marchar la caballería para la Goajira (agosto 6), mandada por el general Gómez; dió tambien órdenes para que los batallones se reunieran sin tardanza en Güincua, y siguieran el movimiento de los jinetes. Supo entónces la capitulacion del 4 de agosto, y por esto mandó dete-

ner el batallon Tiradores, para que sirviera de guarnicion en Santamarta.

En seguida, poniéndose á la cabeza de cuarenta dragones, atraviesa en un solo dia la Goajira y llega á Sinamáica. Allí recibe un parte del general Manrique, diciéndole en 9 de agosto, que estaban rotas las capitulaciones, porque en Maracáibo los realistas habian asesinado á varios patriotas, entre ellos al oficial de marina Zenon Iribárren. En consecuencia instaba Manrique á Bermúdez por que volára con sus tropas al Paso-Guerrero, donde le aguardaba una division de fuerzas sutiles para embarcarlas inmediatamente, á fin de que principiáran á obrar contra el enemigo, que se hallaba en un estado muy crítico, sin víveres, sin buques y sin recursos. Luego que Bermúdez recibe estas noticias, marcha al Socuy, donde halla una flechera apostada para recibirle, la que le conduce en seguridad á Altagracia: allí se ve con Manrique y Padilla, á fin de acordar las operaciones ulteriores que debian emprenderse.

Ajustada la capitulacion del 3 de agosto, cuando ya estaba juramentada la parte del ejército español que seguia á Cuba, y formadas listas de los individuos de tropa que deseaban volver á sus domicilios, así como de los que habian de continuar sirviendo á Colombia, se suscitaron várias dificultades para el cumplimiento de los artículos acordados. La principal fué el asesinato en Maracáibo de un oficial de marina y de dos individuos de tropa, que por la noche se habian introducido en la ciudad, á quienes mataron personas desconocidas. El jefe español en satisfaccion hizo ver las diligencias practicadas para averiguar y castigar el crímen, que dijo serle muy sensible. Las armas de los soldados que se licenciaron fué otra de las cuestiones; al fin se dejaron á Moráles, por una generosidad imprudente y mal entendida de Padilla. En tercer lugar se vió, que en ocho buques destinados para transportes no cabian cerca de dos mil personas que debian ser conducidas á Cuba; mas de mil eran habitantes de Maracáibo, que por su desafeccion á la causa de la Independencia no querian sujetarse al gobierno de la República. Estos insistieron con Moráles en que no se les dejára, y Padilla se denegó á dar mas de ocho trasportes, por capricho, ó porque verdaderamente no tenia embarcaciones capaces de navegar en alta mar. Convínose, al fin, en que se dejáran cuatrocientos cincuenta soldados y oficiales, que ha-

rian su viaje á Cuba luego que arribáran los barcos pedidos á Curazao.

Con estas y otras cuestiones estaba difiriendo Moráles el cumplimiento de la capitulacion. Tal era su conducta, cuando supo que el general Bermúdez se hallaba en Altagracia. Lleno entónces de cuidados, sin duda creyendo que estaria para llegar el ejército de Riohacha, y conociendo ademas el carácter firme y guerrero del general colombiano, se apresuró á cumplir la capitulacion (agosto 14). No pasaron dos horas sin que enviára los oficiales españoles que debian servir de rehenes. Inmediatamente se trasladó al castillo de San Cárlos, con el objeto de activar la partida del convoy. Lo mismo hizo el coronel Manrique. Arreglado todo, salieron para Cuba el 20 de agosto los restos del ejército español de Costa-Firme. Exceptuando la guarnicion de Puertocabello, este habia quedado reducido á novecientos treinta y un hombres, los cuatrocientos cincuenta jefes y oficiales, la mayor parte europeos que siguieron las banderas de su patria, juramentados de no servir miéntras no se les canjeára. Con los licenciados y los que tomaron servicio en Colombia, que fueron pocos, el ejército de Moráles, aun despues de tantas pérdidas y descalabros, y despues tambien de una desercion muy numerosa que sufriera luego que se supo la capitulacion del 3 de agosto, se componia de dos mil ciento cincuenta y seis hombres. Este resultado justifica la capitulacion. El coronel Manrique no podia batir aquellas fuerzas, é ignoraba del todo las operaciones del ejército de Riohacha. Bermúdez cumplió la capitulacion, aunque la improbaba juzgándola festinada y sin motivo suficiente.

De mas de diez mil hombres que trajo Morillo en 1815, y de tres mil por lo ménos que recibiera despues como refuerzos, apénas salieron con Moráles setecientos Españoles europeos, sin contar los jefes y oficiales que se habian ido ántes con Morillo. En ocho años los demas fueron víctimas de los combates, del clima y de las enfermedades.

La conducta de Moráles en cerca de un año que dominó á Maracáibo, tuvo rasgos que no desmintieron su carácter sanguinario. El decreto de 15 de setiembre condenando á muerte á los extranjeros que se halláran en Venezuela, ocupados en el servicio militar de Colombia, y como impresores y periodistas; el de 22 de octubre declarando insubsistente el tratado de regu-

larizacion de la guerra, obra de la humanidad y filantropía de dos ilustres guerreros arrepentidos de haber derramado tanta sangre de sus semejantes; en fin, multiplicados asesinatos que arbitrariamente mandó cometer, empapando alguna vez sus mismas manos con la sangre de víctimas infelices, y degradando así hasta el polvo el alto rango que ocupaba, serán un borron eterno é indeleble sobre este soldado de fortuna. Parecia un tigre domesticado, que cuando ménos se piensa recuerda sus habitudes carniceras. Moráles no olvidaba que habia sido el compañero é imitador de Bóves, y el asesino feroz de los Venezolanos y Granadinos.

La victoria del lago de Maracáibo y la capitulacion del ejército español que fué consiguiente, produjeron en Colombia un júbilo universal, tanto al gobierno como á los pueblos. Veíase tan importante suceso como el precursor de la terminacion de la guerra de la Independencia, que tantas lágrimas y sangre habia costado á los Colombianos. Celebróse, pues, en todas las provincias con fiestas y regocijos públicos, como uno de los mas faustos acontecimientos.

El gobierno premió brillantemente á la division marítima que forzó la barra de Maracáibo, y que ganára la victoria del 24 de julio : declaróla benemérita de la patria; concedió escudos de honor á los jefes, oficiales y tropa; ascensos á muchos, incluso Padilla, quien, segun dijimos ántes, fué hecho general, fuera de una medalla de oro que se le diera y tres mil pesos de pension vitalicia sobre su sueldo. Tampoco se olvidó el mérito contraido por la division terrestre del coronel Manrique. Los soldados y oficiales que combatieron el 24 de julio á bordo de la escuadra, obtuvieron tambien escudos de honor y ascensos. Manrique fué ascendido á general de brigada : premio bien merecido por la actividad, valor é inteligencia con que apoyára las operaciones de la escuadrilla en el lago. Este jóven, que daba las mayores esperanzas de que prestaria á su patria servicios muy importantes, solamente pudo continuar haciéndolos por tres meses mas, en los que trabajó sobre manera, mandando cerca de tres mil hombres que se reunieron en Maracáibo. Al cabo de dicho tiempo una violenta calentura le llevó al sepulcro, y fué generalmente sentido.

Al evacuar el ejército español á Maracáibo, quedaron asoladas esta provincia, las de Coro, Trujillo y Mérida; destruida

su agricultura, sus ganados, sus muebles y gran parte de su poblacion. En mucho tiempo de paz no podian convalecer, especialmente las dos primeras, de tamaños padecimientos, que el gobierno de la República se dedicó á curar radicalmente. Sangre, muerte y desolacion, hé aquí los bienes que habia traido á aquellos pueblos el ejército pacificador.

La unidad histórica ha exigido que hasta ahora nos hayamos ocupado seguidamente en referir las operaciones militares ocurridas en el lago de Maracáibo y en las provincias adyacentes. Mas habiéndose finalizado en aquella parte los acontecimientos con la capitulacion de Moráles y de su ejército, es ya tiempo que variemos tan enojosa tarea, ocupándonos en narrar las operaciones pacíficas del primer congreso constitucional de Colombia. Le dejamos reunido en Bogotá, tratando con acendrado patriotismo y la mejor buena fe de organizar los diferentes ramos de la administracion del gobierno, miéntras que los defensores de la patria extendian el territorio de la República, y ornaban con nuevos laureles la frente juvenil de Colombia.

Uno de los primeros actos legislativos que diera el congreso, fué conceder licencia al Libertador para que, si lo juzgaba conveniente, pudiera irse al Perú á dirigir personalmente la guerra contra los Españoles en aquel país : acto solemne acordado en 5 de junio. Tambien concedió á Bolívar una pension de treinta mil pesos anuales, en premio de los eminentes servicios que habia hecho á la patria. Munificencia honrosa á los representantes de los pueblos.

El estado de la hacienda nacional llamó desde el principio la atencion del congreso. Dió, pues, un acto legislativo suprimiendo la contribucion directa que habia establecido el congreso de Cúcuta, y mandando que en su lugar se cobrára en toda la República por una sola vez un subsidio cuyas bases fijó, para que se hiciera el repartimiento.

Tomó luego en consideracion las operaciones fiscales del exministro Zea, y el empréstito del 13 de marzo de 1822 por dos millones de libras esterlinas. Despues de largas discusiones y meditaciones muy detenidas, se improbaron en 7 de julio dichas operaciones fiscales de Zea, porque este habia carecido de facultades para celebrar aquellos contratos. Sin embargo se autorizó al poder ejecutivo para que reconociera y pagára todas las cantidades que efectivamente hubiese recibido el gobierno,

haciéndolas liquidar previamente, y para que emitiese nuevas obligaciones á nombre de la República de Colombia. En caso de una disputa, podria nombrar árbitros que la dirimiesen.

Por una ley del mismo dia se facultó al gobierno para contratar un empréstito de treinta millones de pesos en Europa. Comprometíanse la fe y el honor nacional á aprobar todo lo que hiciera el poder ejecutivo en virtud de esta plena autorizacion.

Facultóse al mismo por un decreto posterior para contratar inmediatamente otro préstamo de quinientos mil pesos destinado á cubrir los gastos mas urgentes de la República. Dichos empréstitos debian invertirse en los objetos precisos que señaló el congreso en dos decretos que expidiera al efecto.

Este improbó igualmente el contrato que López Méndez habia celebrado en 1821 con el fabricante de sillas Mackintosh, de diez mil vestidos por ciento cincuenta mil libras esterlinas. El motivo de la improbacion fué tambien que López Méndez carecia de poderes. Debió influir ademas en el ánimo de los legisladores la conducta del acreedor con nuestro ministro Revenga. Se ha visto que le habia hecho poner en la cárcel por medio de un juramento falso, vejando así al representante de Colombia, y haciéndose indigno de que se le tratára con equidad; solo merecia justicia rigorosa.

Quiso el congreso promover la prosperidad interior del territorio colombiano, concediendo privilegios exclusivos para la navegacion del rio Magdalena y del Orinoco, y para la pesca de perlas en nuestras costas del Atlántico y del Pacífico. Acordó leyes sobre la naturalizacion de extranjeros á fin de facilitarla, y confirió al poder ejecutivo la facultad de que pudiera disponer de dos millones de fanegadas de tierras baldías, para que dándolas gratuitamente á los extranjeros, promoviera así la inmigracion y establecimiento en el territorio de Colombia. Al mismo tiempo creó un museo y escuela de matemáticas y de minas en la capital de la República. Servian las cátedras jóvenes profesores extranjeros de buenos talentos y de conocimientos, enviados por el difunto ministro Zea. Todas estas eran disposiciones importantes que se esperaba fundadamente que producirian muchos bienes; frustráronse, sin embargo, por mil causas que impidieron su realizacion.

Los tratados convenidos con las Repúblicas de Chile y del Perú recibieron la aprobacion del congreso y la consiguiente

ratificacion del ejecutivo nacional. En dichos tratados quiso el gobierno de Colombia, siguiendo los planes del Libertador, poner los fundamentos de una vasta y sólida Confederacion de todas las nuevas Repúblicas de la América del Sur, Méjico y Guatemala. Por consiguiente se estipulaba : primero, una liga y confederacion perpétua, en paz y en guerra, para sostener su Independencia y asegurar su mutua prosperidad; segundo, que los habitantes de un Estado serian considerados en el otro como naturales y ciudadanos; tercero, que todos los buques y producciones no pagarian mas derechos que aquellos que satisfacieran los buques y producciones de los ciudadanos del Estado en que se introdujeran; cuarto, que las partes contratantes nombrarian cada una dos plenipotenciarios para formar una grande asamblea americana en el lugar que se creyera mas conveniente, cuyo objeto sería hacer un estrecho pacto de union, liga y confederacion perpétua; quinto, las partes contratantes se obligaron expresa é irrevocablemente á no acceder á las demandas de tributos ó exacciones que la España ó alguna otra potencia quisiera entablar por la pérdida de su antigua supremacía sobre estos países, y á no entrar en tratados con la España ni con alguna otra nacion en perjuicio y menoscabo de la Independencia, sosteniendo en todas ocasiones y lugares sus intereses recíprocos; sexto, en fin, Colombia y el Perú se comprometieron á auxiliarse con cuatro mil hombres y con su marina nacional, cualquiera que fuese, para llevar á cabo los objetos indicados en los artículos anteriores (1).

Despues de una sesion activa de cuatro meses, trabajando en calma sobre todos los negocios arriba expresados; despues de dar otras leyes importantes, que eran necesarias para que las fundamentales recibieran su completa ejecucion; despues, en fin, de expedir varios decretos y leyes para mejorar la administracion de justicia y la de hacienda, así como para asegurar la tranquilidad interior, el primer congreso constitucional de Colombia terminó sus sesiones el 8 de agosto, dejando agradables recuerdos de sus trabajos legislativos. Solamente los Españoles europeos y los Americanos desafectos á la justa causa de la Independencia tuvieron motivos para quejarse de sus disposiciones. Por un decreto de 4 de julio, autorizó al poder eje-

(1) Véase la nota 18ª.

cutivo para que pudiese expeler del territorio de Colombia á todos aquellos cuya permanencia en él fuera peligrosa por su desafeccion al sistema de Independencia. Pero se les dejaba el uso de todos sus bienes muebles; los raíces debian quedar en rehenes de su buena conducta. Estas medidas severas se originaban de las frecuentes rebeliones ocurridas en diversos lugares, las que promovian los Españoles europeos y los desafectos.

Estando aun reunido el congreso, el poder ejecutivo nombró al senador Manuel José Hurtado para enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia en la Gran Bretaña. El señor Revenga debia regresar á su patria.

Miéntras que Colombia hacía progresos en su administracion interior, en el restablecimiento del órden, y en la práctica del gobierno representativo, sucesos ocurridos mas allá de los mares aceleraban el reconocimiento de su Independencia. Las facciones y desórdenes entre los liberales de la España, regida por la constitucion de 1812, habian llamado la atencion de las grandes potencias que formaban la santa alianza. Reunidas en el congreso de Verona, encargaron á la Francia que volcára la expresada constitucion, restituyendo á Fernando VII la plenitud de su poder absoluto. En efecto, cien mil Franceses, mandados por excelentes jefes y oficiales, todos á las órdenes del generalísimo duque de Angulema, comenzaron á pasar el Bidasoa, que divide la España de la Francia, desde el 7 de abril de este año.

El gobierno británico, cuyo ministerio presidia el célebre Jorge Canning, hizo muchos esfuerzos, tanto con la España como con la Francia, para impedir esta guerra, que podia ser funesta á la paz general de la Europa. No habiéndolo podido conseguir, declaró solemnemente, primero al embajador ingles en Paris, sir Cárlos Stuart, en una nota de 31 de marzo, lo siguiente: « Con respecto á las provincias de América que se han sustraido de la obediencia de la corona de España, el tiempo y el curso de los acontecimientos parece haber decidido sustancialmente su separacion de la madre patria; aunque el reconocimiento formal de aquellas provincias por parte de Su Majestad Británica, como Estados independientes, se apresure ó se retarde por várias circunstancias externas, y por los progresos mas ó ménos satisfactorios de cada Estado hácia una forma de gobierno regular y estable. Ha tiempo que se informó á la España de las opiniones de S. M. sobre este negocio; declarando

de la manera mas solemne, que S. M. no tiene intencion alguna de apropiarse la mas pequeña porcion de las antiguas posesiones españolas en América, y que está satisfecho de que la Francia no hará esfuerzos para sujetar á su dominacion ninguna de aquellas posesiones, bien sea por via de conquista ó por cesion de la España. »

Acerca de materia tan interesante para Colombia y para los demas nuevos Estados de la América española, aun fué mas explícito el ministro Canning en la sesion de la cámara de los comunes del 14 de abril. Discurriendo sobre la guerra que la Francia intentaba contra la España, dijo : « Con respecto al otro punto, las provincias españolas de América, que es probable nos saque fuera del camino de la neutralidad, en el estado presente de las cosas no habia eleccion. Miéntras la paz continuó y la España no tenia enemigos en Europa, estaba en nuestro arbitrio el decidir hasta dónde intervendríamos entre ella y sus colonias. Al presente, sin embargo, el caso ha variado enteramente. Como España tiene ahora un enemigo activo y poderoso en Europa, es necesario que la Inglaterra declare bajo de qué aspecto mira las provincias de la América del Sur que combaten por su Independencia : porque como la España aun mantiene el dominio *de derecho* sobre ellas, aunque haya perdido el dominio *de hecho ;* como la Francia puede enviar sus escuadras y sus ejércitos á fin de apoderarse de ellas y conquistarlas; y como á la terminacion de la guerra se pueden hacer arreglos entre las dos naciones acerca de la conquista y cesion de aquellas provincias, el gobierno británico se ha visto obligado á declarar, « que él considera que la separacion de las colonias de España se ha efectuado ya en tal grado, que él no tolerará por un instante ninguna cesion que la España pueda hacer de colonias en las cuales no ejerce una influencia directa y positiva. El gobierno británico, repito, se ha visto obligado á hacer tal declaracion. »

Esta fué recibida en Colombia con la mayor alegría, y como un seguro presagio del próximo reconocimiento de nuestra Independencia por la Gran Bretaña. Tambien nos ponia á cubierto de los temores que podia inspirarnos el poder de la Francia, sus conexiones con la familia de los Borbones españoles, y la guerra en que se hallaba empeñada contra el gobierno constitucional establecido en la Península.

Algunos meses despues corrió por cierta la noticia de que en la isla francesa de Martinica se reunian tropas y una escuadra contra la Costa-Firme. Tales nuevas alarmaron al general Soublette, jefe superior de los departamentos del norte. Envió, pues, á saber la verdad al coronel Francisco Carabaño, y escribió francamente al conde Doncelot, teniente general y gobernador de Martinica, quien repetidas veces le habia hecho protestas de amistad y buena inteligencia. En efecto, fué bien recibido, se saludó á la corbeta *Bolívar,* en que iba, por la artillería del fuerte y por la fragata francesa *Vestal,* y el conde Doncelot respondió satisfactoriamente á Soublette. Decíale, que eran del todo falsos cualesquiera rumores de que se preparára un armamento en Martinica; que tenia órdenes de su gobierno para guardar la mas estricta neutralidad en la guerra de la España con sus colonias; que así lo habia hecho hasta entónces, y que continuaria observando la misma conducta, manteniendo con Venezuela buenas relaciones de amistad, comercio y vecindad; que le era muy agradable manifestarlo, á fin de que se disipáran los temores é inquietud que pudieran existir respecto de las miras del gobierno frances en aquellas circunstancias.

Las declaraciones del gobierno de S. M. Británica y del comandante de Martinica parecia que daban amplias seguridades á Colombia, de que nada tendria que temer de parte de las potencias europeas. Las glorias de sus guerreros y la fuerza de sus armas habian dado tambien á la República una completa seguridad en las costas del Atlántico. Del célebre ejército expedicionario de Costa-Firme, que justamente fué el orgullo de sus jefes Morillo y Latorre, solo existian las miserables reliquias encerradas en la plaza de Puertocabello. Miéntras que Moráles se hallaba en Maracáibo, el general Páez se habia mantenido á la defensiva, teniendo su cuartel general en Valencia; empero, luego que abandonó aquel para siempre las playas de Colombia, preparó todo para sitiar y rendir el último asilo del poder español en la Costa-Firme.

Su primer cuidado fué ver si podia enviar fuerzas marítimas suficientes para tener bloqueado el puerto. Solamente pudo conseguir los bergantines *Urica* y *Pichincha*, que debian cruzar delante de Puertocabello, é impedir la entrada de víveres. El hambre era la mas poderosa arma contra una plaza tan fuerte,

considerados los medios de ataque de que disponia el general Páez, que por desgracia eran escasos.

Páez dirigió tambien repetidas intimaciones al brigadier Calzada; fueron contestadas con firmeza y noble orgullo, aunque sin la insolencia que acostumbraban los Españoles. Parecian estos decididos á sepultarse bajo las ruinas de la plaza.

Viendo Páez que nada podia adelantar por medio del temor, consiguió establecer inteligencias dentro de Puertocabello por medio de un partido con quien estaba de acuerdo y se comunicaba secretamente. Sin embargo, bien poco adelantó, á pesar de que habia comprometido á algunos Españoles europeos, que nada pudieron hacer, probablemente por la vigilancia de los jefes que mandaban en la plaza. No restaba, pues, otro medio que el de la fuerza.

Páez comenzó á arrojar algunas bombas sobre la poblacion de Puertocabello desde principios de octubre; tambien hizo que se acercáran los batallones Anzoátegui y Granaderos, así como alguna caballería, para estrechar la línea enemiga. Plantó igualmente un cañon de veinte y cuatro en la orilla del Mangle, con el objeto de proteger sus trabajos contra los tiros de las fuerzas sutiles de los realistas.

Por mar solo continuaba el bloqueo el bergantin *Urica*. Para aumentar las fuerzas navales, el mismo Páez se trasladó á la Guáira, y en cuatro dias hizo preparar y condujo la corbeta *Boyacá*, el bergantin *Pichincha* y cuatro flecheras que acababan de arribar de Cumaná. Llevó ademas algunos cañones de grueso calibre y un obus; piezas que sirvieron para levantar baterías en la línea situada sobre la plaza de la Constitucion, desde los Cócos hasta el Rebote, las que tenian cinco piezas de buen calibre, un mortero y un obus. Estas baterías apénas distaban doscientas varas de las enemigas, y habian sido construidas en el silencio y oscuridad de la noche. El soldado colombiano sufria el fuego incesante de los realistas, casi á pecho desnudo, sin que en momento alguno se desmintiera su valor é intrepidez.

Una casa fuerte y un reducto bien construido formaban la línea exterior de la plaza, y era por medio de esta que se conservaba el agua para los sitiados. Los independientes hicieron grandes esfuerzos para destruir dicha casa, y en efecto lo consiguieron; pero siempre quedaron algunos escombros donde se abrigaba la infantería enemiga, protegida por el reducto que

defendia la boca del rio. Mas, dominada tambien esta por la metralla y fusilería colombiana, era casi contínuo el combate y la destruccion en aquel punto. Los soldados y moradores de Puertocabello, aquejados por la sed, se precipitaban á la boca del rio con el objeto de extinguirla: solo hallaban la muerte en vez de conseguir algun alivio á sus prolongados sufrimientos.

Para quitar Páez á los sitiados el agua que aun podian coger con tantos riesgos, determina extraviar el curso del rio. Bajo los fuegos del castillo trabaja con sus tropas muy activamente, y en pocos dias consigue su objeto de impedir á los sitiados el que tuvieran agua.

Combatíase delante de Puertocabello, tanto de noche como de dia, y difícilmente se podia decidir cuál era mayor, si la intrepidez é infatigable actividad de los patriotas, ó la constancia y valor de los realistas. Reducidos estos á un corto número, escasos de agua y de vituallas, todo lo sufrian con paciencia, ántes que rendir la plaza confiada á su lealtad.

Los Colombianos se animaron aun mas con la presencia del general Bermúdez; este llegó al sitio en clase de voluntario, deseoso de contribuir en algo á la rendicion de plaza tan importante.

La Vigía se rindió el 28 de octubre por capitulacion de los veinte y cinco hombres y de un capitan que mandaba el fuerte. Su pérdida, por la cual los enemigos quedaban privados de los avisos telegráficos que de allí recibian, fué muy funesta á los sitiados; desde aquel dia los sitiadores dominaban todas las posiciones. Libres de este cuidado, pudieron adelantar sus atrincheramientos, y Puertocabello comenzaba á sentir mayores daños.

Á este período habia llegado el sitio, y en la plaza habia escasez de víveres, pues solo tenia, segun los desertores, para cuarenta dias. Supo entónces el general Páez que en la Habana se preparaba una escuadra, compuesta del navío *Asia*, la fragata *Constitucion* de cuarenta y cuatro, tres corbetas y un bergantin, con el designio de socorrer á Puertocabello y destruir la nuestra. Hallábase esta desarmada en su mayor parte y en nuestros puertos, por falta de marineros y de recursos. En la Guáira estaba el navío *Esperanza*, *La Bolívar* y *La Venezuela;* en Cartagena teníamos otros buques casi en el mismo estado (1).

(1) Colombia tenia en aquella época el navío *Esperanza* ó *Libertador*, que

Alarmado Páez con la noticia de la próxima aparicion de dicha escuadra, temió justamente que se le frustráran las halagüeñas esperanzas que habia concebido de rendir á Puertocabello, y que se perdieran tantos y tan costosos sacrificios como habia hecho el ejército de Venezuela en aquel sitio. Determinó, pues, dar un golpe de mano y apoderarse por este medio del último baluarte de la dominacion española en nuestro país.

Era el punto de la Laguna el único practicable; mas careciendo de un número suficiente de botes, debia atravesarse á pié por dentro del agua. Para este efecto se necesitaban muy buenos prácticos, porque el agua presentaba unos lugares fangosos y otros bastante profundos, que no permitian vadearse. Felizmente en los primeros dias de noviembre se pasó á los republicanos el Español don Jacinto Iztueta, vecino antiguo de Puertocabello, quien tenia un esclavo llamado Julian Iztueta, muy práctico de la Laguna ó Mangle de la plaza. Encargóse á dicho esclavo de guiar á nuestros soldados.

El 7 de noviembre, á las diez de la noche, fueron el dia y hora asignados para una empresa tan atrevida como arriesgada. Ya desde el 5 por la noche se habia hecho reconocer, bajo la direccion del práctico, toda la laguna situada á la derecha de los Colombianos: hallóse que daba paso á las tropas, aunque con muchas dificultades; todo su fondo se componia de lodo, y era un hondo atascadero situado bajo los fuegos enemigos.

Tamaños obstáculos no arredran al jefe republicano. Escoge cuatrocientos hombres del bravo batallon Anzoátegui, y cien lanceros de su guardia de honor. Los pone á las órdenes del mayor del mismo cuerpo Manuel Cala, llevando de segundo al teniente coronel José Andres Elorza. Puestos en movimiento debian pasar la laguna en mucho silencio para no ser sentidos de las baterías Princesa y Constitucion, cuyos fuegos podian destruir nuestra columna á medio tiro de pistola. Tenian necesidad de ocultarse tambien nuestros valientes de la corbeta de guerra *Bailen*, y de algunas lanchas españolas que se hallaban apostadas en la misma laguna: obstáculos harto difí-

era un mal buque cargado de cañones, negociado por los prestamistas de Zea, la fragata *Venezuela*, las corbetas *Bolívar*, *Constitucion*, y *Boyacá*, y los bergantines *Urica*, *Pichincha*, *Independiente*, y *Tarántula*, fuera de otros barcos menores.

ciles de vencer. Sin embargo, el arrojo y constancia de aquellos bravos, decididos á morir ó dar á Colombia un nuevo dia de gloria, todo lo supera.

Á las dos y média de la mañana, y al cabo de cuatro horas y média que nuestros soldados estaban sumidos en el agua y el fango, llegó á tierra la vanguardia de la columna, entre las baterías Constitucion y baluarte de la Princesa. En el acto fué sentida por los realistas, lo que obligó al mayor Cala á ejecutar la operacion con la tropa que habia reunido. Cada seccion de compañía marcha al punto que desde ántes se le ha señalado. Rómpese el fuego; y casi á un mismo tiempo se ve este en el un extremo de la línea, llamado la Princesa, y en el otro del Príncipe, y se hace un grande estrago en el enemigo descuidado. El resto de la columna colombiana arriba inmediatamente despues, y el todo es distribuido de la manera que sigue. Dos compañías, regidas por el teniente coronel Francisco Farfan, se dirigen á enseñorearse de las baterías Princesa y Príncipe; otra al muelle; otra á Corito, y otra á la batería Constitucion. En la de la Princesa permaneció el mayor Cala en reserva con la compañía de cazadores.

Cada una de aquellas secciones vuela á su puesto y ataca denodadamente á los realistas. Al mismo tiempo se llama la atencion de los Españoles con el fuego bien sostenido de las fuerzas sutiles y de una compañía del batallon Granaderos, que intenta forzar la brecha abierta desde el dia anterior en la casa fuerte. Con semejantes operaciones se consigue dividir las fuerzas de los Españoles, á fin de asegurar el buen éxito en el verdadero punto de ataque.

Los realistas opusieron la mas vigorosa resistencia, combatiendo valerosamente soldados, oficiales y jefes; empero nada pudo resistir al arrojado valor de los Colombianos, que hicieron prodigios en aquella noche tan gloriosa para nuestras armas. En breve ocuparon todos los puestos fortificados de la plaza, llevando el terror y la muerte adonde quiera. Al fin se rindieron los enemigos que aun existian, y fueron tratados con generosidad por nuestros intrépidos soldados, que se preciaban de humanos. Ciento cincuenta y seis realistas murieron en aquella noche, entre ellos dos tenientes coroneles; cincuenta y seis fueron heridos y doscientos cincuenta quedaron prisioneros, junto con el brigadier Calzada, que peleó hasta lo último,

dejando bien puesta su reputacion de valiente. Sostúvose en el Príncipe con su estado mayor, hasta que, muertos ó heridos casi todos los que defendian esta batería, tuvo que rendirse.

Nuestra pérdida en tan atrevida empresa fué insignificante, diez muertos y treinta y cinco heridos. Todos nuestros oficiales y soldados se distinguieron en aquella noche, y sobre los demas el mayor Cala, los tenientes coroneles Francisco Farfan y José Lima, así como los capitanes Sebastian Taborda, Marcelo Gómez y otros subalternos. Fué muy brillante y heróico el valor y comportamiento de los quinientos hombres que acometieron y tomaron la plaza; todos merecieron honrosos elogios y el reconocimiento de la patria.

Al amanecer, el castillo de San Felipe comenzó á tirar sobre la ciudad. Mas habiéndose dirigido un parlamentario al coronel don Manuel Carrera y Colina que lo mandaba, ofreciéndole una honrosa capitulacion, hubo suspension de hostilidades. En seguida se ajustaron las condiciones de la entrega. Debia salir la guarnicion con todos los honores de la guerra y con dos piezas, cada una con veinte y cinco tiros, sin prestar juramento alguno de no servir durante la guerra actual; permitíase á los jefes, soldados y oficiales llevar sus armas, y disponer de sus bienes, que fueron garantidos á los habitantes de Puertocabello. Á costa de la República se les trasladaria á Cuba, llevándose los archivos y papeles correspondientes á los diferentes servicios. Casi nada de lo que pidieron los comisionados se les negó, y fueron comprendidos igualmente en la capitulacion los jefes, oficiales y soldados que se habian tomado prisioneros. Ostentóse Páez generoso en extremo con aquellos últimos y valerosos restos del ejército español de Costa-Firme, cuya constancia y valor merecian ciertamente que fueran considerados por los vencedores.

Esta capitulacion, concluida el 10, se llevó á efecto el 15 de noviembre, en que se embarcaron para Cuba las reliquias de la guarnicion. Tomáronse en Puertocabello mas de sesenta piezas de artillería de todos calibres, seiscientos veinte fusiles, algunas municiones y multitud de útiles militares y de marina que allí existian; ademas seis lanchas cañoneras. La corbeta *Bailen* fué incendiada por los realistas la noche del asalto. Los prisioneros españoles y los americanos que quisieron seguir la

suerte de aquellos, fueron bien tratados, y se les condujo á la colonia española de Cuba.

El mérito bien conocido ya del general Páez recibió un nuevo lustre con la toma de Puertocabello. Durante el sitio, sus medidas fueron muy acertadas, activas y decididas. El último asalto que él proyectó y puso en ejecucion, adornó sus sienes con un laurel inmarcesible.

La rendicion de Puertocabello, y la expulsion de las últimas reliquias del ejército expedicionario que condujo Morillo á nuestras playas en 1815, dejó enteramente libre el territorio de Colombia. Solamente existian en varios puntos algunos guerrilleros realistas, que todavía causaban males á su patria á nombre de Fernando VII; pero que de ningun modo hacian dudoso el éxito feliz de la guerra de la Independencia. Derrocado el poder español en Colombia, y ocupada la España en una guerra contra la Francia, empeñada en destruir las instituciones liberales que regian en la Península, no habia duda alguna de que seríamos independientes.

Sin embargo de tamañas ventajas obtenidas en los departamentos setentrionales de la República, aun habia enemigos en el Perú, los que, llenos de fuerza, de vigor y valentía, amenazaban aun la tranquilidad de Colombia. Por tanto era urgente ir á combatirlos en el antiguo imperio de los Incas.

CAPÍTULO VII.

Decretos expedidos por el congreso del Perú instando al Libertador para que se traslade á Lima, y dándole las gracias por sus servicios. — Expedicion peruana enviada á Intermédios. — Bolívar no puede ausentarse de Colombia sin permiso del congreso. — Los Españoles ocupan á Lima. — Los patriotas se retiran al Callao, mandados por Sucre. — Disensiones entre el congreso y el gobierno del Perú: se trasladan á Trujillo. — Expedicion auxiliar que envia Sucre. — Los realistas abandonan á Lima y regresan á la Sierra. — Medidas de Sucre, que sigue al ejército. — Sublevacion de unos reclutas colombianos. — Nuevos disturbios en Pasto. — Agualongo, jefe de los rebeldes. — Estos derrotan completamente á Flórez. — Merchancano gobernador de Pasto. — Los facciosos se apoderan de los Pástos, y marchan contra Ibarra. — El Libertador viene desde Guayaquil á oponérseles. — Los derrota y destruye en Ibarra. — El general Salon los persigue como ejecutor de severas providencias. — El Libertador dicta otras medidas semejantes en Quito contra los desafectos. — Arriba á Guayaquil una diputacion peruana : Bolívar ofrece de nuevo ir al Perú. — Disposiciones previas que dicta. — Se embarca el 6 de agosto. — Ocupacion de Pasto por Salon. — Combates obstinados con los rebeldes; le sitian en la ciudad. — Se retira á Túquerres. — Obstinacion de los Pastusos. — Buena conducta de los Patianos. — Refuerzo enviado de Popayan á cargo de Córdoba; este se retira con mucha dificultad. — Progresos de la Independencia de Colombia. — Comisionados españoles para tratar sobre ella. — Muerte de Nariño. — Expedicion colombiana en auxilio del Perú. — Embarazos fiscales de la República. — El fanatismo religioso levanta la cabeza. — Daños que causan los facciosos de Pasto. — Arribo del Libertador á Lima. — Violentos partidos que dividen á los patriotas peruanos. — El congreso disuelto por Riva-Agüero en Trujillo ; se junta en Lima. — Autorizacion que confiere á Bolívar. — Estado fatal en que este halla los negocios públicos. — Sus planes de pacificacion y ataque. — Operaciones del general Santa Cruz hácia el Desagüadero. — Dispersion de su ejército por las maniobras de los Españoles. — Sucre salva su division con poca pérdida : se traslada á Barráncas. — Riva-Agüero no cede, y trata con los Españoles. — Sucre se deniega á tomar parte en las discordias civiles. —

Marcha de las tropas del Libertador ; las de Riva-Agüero se desorganizan, y sus jefes huyen. — Riva-Agüero preso en Trujillo y expatriado. — El Libertador reorganiza los cuerpos del ejército peruano. — Escuadrilla española que aparece en el Pacífico. — Operaciones de los facciosos de Pasto. — El general Míres ocupa esta ciudad : publíca un indulto con poco efecto : operaciones vários para someter á los rebeldes. — Embarazos del Libertador en el Perú. — Una expedicion auxiliar de Chile se vuelve á su país. — Cuantiosos auxilios que Bolívar pide á Colombia. — Grave enfermedad que sufre en Pativilca. — Su conversacion con Mosquera. — Disgustos varios que tiene. — Renuncia la presidencia de Colombia. — Negociaciones que entabla con los Españoles. — Intrigas criminales del ministro Berindoaga. — Sublevacion en el Callao y pérdida de esta plaza. — Situacion crítica del Libertador : pide nuevos socorros al gobierno de Colombia. — Fuerzas de los realistas. — El congreso del Perú nombra dictador á Bolívar, que acepta. — Várias de sus providencias. — Defecciones de los primeros magistrados y de otros muchos Peruanos. — Los realistas ocupan á Lima. — Liga que forman contra el Libertador y los Colombianos. — Bolívar marcha á Trujillo. — Proclama que dirige á los Peruanos contestando á muchas calumnias. — Trabaja activamente en reunir un ejército al norte del Perú. — Dificultades legales que hay en Colombia para enviar auxilios al Libertador. — El congreso los decreta con generosidad y abundancia. — Divisiones entre los jefes realistas. — El general Olañeta se levanta en el Alto-Perú. — No consigue el virey transar las desavenencias : principia la guerra civil entre los Españoles. — El Libertador forma un ejército respetable. — Organizacion que le da. — Su marcha hácia el cerro de Pasco. — Fuerzas que pueden oponerle los realistas. — Continuacion de la guerra en la provincia de Pasto. — Los facciosos atacan y son rechazados en Barbacóas. — Aprehension de los cabecillas en el Castigo : muerte que sufren. — Pacificacion de Pasto ; queda el país arruinado.

Año de 1823. — Dejamos en el capítulo precedente al Libertador en Guayaquil, despues de haber despedido á los comisionados del gobierno del Perú, coronel Mendoza y marques de Villafuerte, que vinieron á solicitar su pronto viaje á Lima, porque la Independencia peruana se hallaba en sumo peligro. Antes de que dichos comisionados regresáran á su patria, el congreso constituyente del Perú acordó un decreto el 4 de mayo, invitando al Libertador para su traslacion á aquel país, encargándole que manifestára al congreso de Colombia la urgente invitacion que se le dirigia. El presidente Riva-Agüero comunicó á Bolívar este decreto por medio de una nota bien expresiva, instándole encarecidamente por su pronto viaje, pues todo lo esperaba de su proteccion. Al mismo tiempo el congreso pe-

ruano acordó por unanimidad otro decreto, por cuyo medio tributaba al Libertador las gracias por los eminentes servicios que habia prestado á la Independencia americana y á la del Perú.

Entre tanto Riva-Agüero, Santa Cruz y el ministro de la guerra Herrera trabajan con la mayor actividad y consiguen aprestar una brillante expedicion de cinco mil y cien hombres de desembarco. Esta, segun el plan de campaña que parecia muy bien meditado, se hizo á la vela del puerto del Callao del 14 al 25 de mayo, con direccion á los puertos meridionales llamados de Intermédios. La division colombiana, junto con los auxiliares de Chile y Buenos Aires, permanecieron en Lima para defender la capital, y sobre todo la plaza del Callao. Esta defensa y el no arriesgar la division colombiana, si no era con una grande probabilidad del triunfo, fueron los dos puntos primordiales contenidos en las instrucciones que Bolívar diera á Sucre como su ministro en Lima.

El Libertador contestó á las repetidas invitaciones que le dirigió el congreso peruano, dándole las mas expresivas gracias por su bondad y por la honra que le hacía. « El Perú, dijo, me ha juzgado capaz de servir á su libertad; y yo no puedo pagar esta confianza, si no empleo todos mis esfuerzos en llenar tan lisonjeras esperanzas para mí. Ya habria volado á sacar mi espada por muchos aliados y compañeros de armas, si un religioso respeto á la letra de nuestras instituciones no me hubiera retenido en la inaccion que me atormenta, miéntras mis hermanos están luchando con gloria por la justa causa de la libertad. Protesto á V. E. que una inmortal impaciencia me fatiga dia y noche, al saber que el Perú está en peligro ó combate por su existencia, y que yo no le ayudo como soldado. »

Aquestos eran los nobles y generosos sentimientos que el Libertador alimentaba en su pecho respecto del Perú. Los riesgos de los patriotas en aquel país crecian por momentos, pues faltaba una cabeza que los dirigiera, y tenian que habérselas con jefes españoles hábiles y valientes militares. Estos habian hecho últimamente una invasion contra la capital. Los generales Canterac y Valdes, habiendo reunido en Jáuja mas de ocho mil hombres de tropas excelentes, bajaron orgullosos de la cordillera para tomar, segun pensaban, á Lima y al Callao. Al acercarse á la capital celebróse en ella una junta solemne de guerra. Era

su objeto, decidir si convenia dar una batalla ó abandonar á Lima. No pudiendo los independientes oponer á los Españoles mas que cinco mil hombres, se determinó desocupar la capital, trasladando al Callao las tropas y cuanto pudiera ser útil para la continuacion de la guerra.

El general Sucre, que ántes habia rehusado el mando en jefe del ejército unido, lo aceptó. Hízose la retirada de las tropas y el abandono de Lima bajo de sus órdenes y con mucha regularidad, salvando cuanto podia servir para la guerra. El ejército realista ocupó la capital del Perú el 18 de junio.

Llenas la plaza y fortalezas del Callao de los diputados del congreso, de los altos empleados y de multitud de familias emigradas, todo era confusion y desórden. Bien poco podia adelantar el general en jefe en medio de los partidos que agitaban al presidente Riva-Agüero, al congreso y á casi todos los primeros funcionarios. Aquel fué depuesto por el congreso, que nombró en su lugar á don Francisco Valdivieso; mas Riva-Agüero no obedeció el decreto, continuando en el ejercicio del mando supremo. En tales circunstancias el congreso, por decretos de 19 y 21 de junio, invistió al general Sucre con facultades extraordinarias para hacer la guerra en todo el territorio libre, y salvarlo de los Españoles. Usando Sucre de estas facultades, envió al congreso, á Riva-Agüero y á los demas empleados á Trujillo, donde fueron á continuar sus escandalosas disensiones.

Libre ya Sucre en el ejercicio de sus altas facultades, dedicóse con la mayor actividad y acierto á poner al Callao en estado de defensa, á reorganizar las tropas, y á preparar una expedicion para Intermédios. Debia constar de tres mil cuatrocientos hombres; los dos mil Colombianos, y el resto Chilenos y Peruanos. Mandábala el general colombiano Lara, quien tenia á sus órdenes á los generales Alvarado, Pinto y Miller. Principió á salir en los primeros dias de junio, designándose para el desembarco el puerto de Chala.

Luego que los generales realistas ocuparon á Lima, supieron con exactitud las fuerzas que Santa Cruz habia llevado hácia Arica. Desengañados de que no eran unos pocos reclutas, como pensaban ántes, salió Valdes el 30 de junio con tres batallones, dos escuadrones y dos piezas de campaña á oponerse á Santa Cruz. Debia caminar trescientas ochenta y cinco leguas, que

anduvo en cincuenta y cinco dias, haciendo una de las marchas mas célebres de la guerra de la Independencia.

No pudiendo Canterac adelantar nada contra las fortalezas del Callao, y temiendo los progresos que pudiera hacer la expedicion enviada por Sucre, cuyo verdadero punto de ataque le era desconocido, determinó evacuar de nuevo la capital. Hízolo el 17 de julio, despues de causar en Lima los mayores daños á sus moradores, exigiéndoles quinientos mil pesos de empréstito forzoso, sacando la plata labrada de los templos, y apoderándose de cuanto era útil para el ejército real, inclusas várias máquinas de la casa de moneda. Multitud de familias realistas salieron emigradas de Lima y siguieron á Canterac, que tomó la direccion de Huancavelica.

Libertada de nuevo la capital del Perú (julio 17), el general Sucre delegó las facultades que le habia conferido el congreso en el gran mariscal don José Bernardo Tagle. Declaró en seguida, como general en jefe del ejército unido del Perú, que todos los departamentos del norte, incluso el de la capital, eran provincias de asamblea. Fundábase esta medida en la necesidad imperiosa en que se hallaba de proporcionar recursos de movilidad y todos los demas que eran urgentes para el ejército del Centro, que iba á comenzar sus operaciones combinadas con las que habia emprendido el del Sur, mandado por el general Santa Cruz. En seguida, dejando bien asegurada la plaza del Callao, se embarcó Sucre para Chala, el 19 de julio, á dirigir en jefe la expedicion. De ningun modo queria Sucre mezclarse en los enconados partidos que dividian á los patriotas del Perú, de los que temia las mas funestas consecuencias. El general Manuel Valdes quedó mandando en el Callao la division de tropas llamada del Centro, que podia reunir cosa de cinco mil hombres, Argentinos, Chilenos, Colombianos y Peruanos, tropas heterogéneas, entre las cuales, á excepcion de las colombianas, se habia introducido la mayor insubordinacion é inmoralidad. Esta division debia obrar inmediatamente sobre la Sierra, segun la combinacion general, pasando el Apurimac, si era posible, y apoderándose de las posiciones que el enemigo abandonára.

En el intermedio el Libertador residia en Guayaquil, y no le faltaban de tiempo en tiempo algunos cuidados. Uno de ellos fué la sublevacion de doscientos reclutas que iban para el Callao

en el bergantin ingles *Romeo*. Á los tres dias de navegacion se alzaron, matando é hiriendo algunos oficiales. Como los reclutas eran en su mayor parte de las costas de Esmeráldas, Barbacóas y Chocó, obligaron al capitan del buque á dirigir el rumbo al puerto de Atacámes. Allí estaba anclada la fragata inglesa ballenera *Spring-Grove*. Pudieron los oficiales prisioneros indicar su situacion al capitan de ésta. Dióles auxilio, y atacados los rebeldes en el acto de desembarcar, fueron hechos prisioneros ciento seis, pues ya se hallaban en tierra como setenta, y murieron ó se ahogaron los demas. Estos setenta fueron aprehendidos en Tumaco y otros puntos, y castigados severamente. Era el proyecto de aquellos reclutas sublevar las cuadrillas de esclavos de la costa del Pacífico, penetrar en Patía por el Castigo, á fin de unirse con los facciosos de este valle y con los de Pasto, donde no se extinguia el fuego de la rebelion.

Despues del severo castigo que tanto el general Sucre como el Libertador infligieron á sus moradores en el mes de enero de este año; despues de haber perseguido á los facciosos con la mayor actividad, cogiendo y castigando en un patíbulo á varios cabecillas; despues de haber extraido de Pasto cerca de mil trescientos reclutas, que se enviaron al Perú á combatir por la Independencia que ellos detestaban, aun existian en los bosques algunas guerrillas. Joaquin Enríquez habia formado una en Ziquitan. El coronel Juan José Flórez, que mandaba en Pasto y que á fuerza de actividad habia conseguido acrecer su guarnicion, marchó inmediatamente á dispersar á los facciosos. Consiguiólo en efecto, y para aterrarlos, adopta medidas de severidad. Incendia las casas donde se abrigan, lo mismo que las inmediatas, y habiendo cogido á veinte y tres en diferentes partidas, los condena á muerte y los hace ejecutar inmediatamente. Providencias funestas que, exasperando á los rebeldes, aumentaron su número.

Reuniéronse de nuevo en las cercanías de Fúnes, con el proyecto de cortar el puente del Guáitara é impedir el arribo de cincuenta guias de á caballo que venian de Quito á las órdenes del comandante Jiménez, y de igual número de hombres que traía del Castigo el oficial Obando. Flórez, estableciéndose primero en Yacuanquer y despues en el Cebadal, se lo impidió, consiguiendo reunir sus partidas y engrosar la columna que regía.

Quiso entónces tocar medios suaves y pacíficos para ver si conseguia desarmar á los facciosos. Por medio de cuatro respetables sacerdotes les ofreció cuantas garantías pudieran apetecer, con tal que entregáran las armas y tornáran á vivir tranquilos en sus casas. Daban los rebeldes por motivo de su levantamiento los malos tratos que habian recibido de algunos oficiales colombianos; sin embargo ofrecieron que, pasados tres dias, entregarian las armas y municiones que poseían.

Este era un ardid para ganar tiempo. Flórez supo entre tanto por sus espías, que Manuel Pérez, comandante de los facciosos, proyectaba sorprender la ciudad de Pasto por un camino extraviado. Entónces marchó sin tardanza á la ciudad, y cuando los enemigos descendian por un lado al valle en que está situada, los republicanos bajaban por el otro. Empero los rebeldes esquivan el combate y emprenden nuevas marchas que fatigan las tropas republicanas. Agustin Agualongo (1), proclamado entónces jefe de los facciosos, quiere señalar el principio de su mando enseñoreándose de una partida de reclutas que iba de Popayan; marcha, pues, al Juanambú á la cabeza de cuatrocientos hombres. El coronel Flórez vuela al mismo punto, y se lo impide. De allí emprende Agualongo ir al sur de Pasto por la difícil senda de Matituy. En Tambopintado se le unen trescientos hombres, y reforzado con ellos medita nuevas operaciones. Flórez vuelve á Pasto el 11 de junio por la tarde.

Los habitantes de esta ciudad, ganados por el buen trato que les daba el coronel Flórez, tenian el mejor espíritu á favor de la República: ciento cincuenta habian tomado servicio, y su comportamiento era excelente. Los mandaba Nicolas Cháves y Tomas Miguel Santa Cruz, oficiales pastusos.

Apénas las tropas republicanas habian ocupado la capital, cuando aparecieron (junio 12) Agualongo y sus gavillas, que bajaban por el camino de Yacuanquer, tomando sus estancias en Catambuco. Flórez no dudó un momento en atacarlos, aunque eran superiores en número, pues llegaban á ochocientos hombres, la mayor parte Indios; mas solo tenian doscientos

(1) Este era un Indio ignorante, natural de la provincia de Pasto, á quien por sus servicios hicieron coronel de milicias los Españoles. Sus talentos, valor y actividad eran nada comunes. — Estanislao Merchancano, su compañero, pertenecia á los blancos de Pasto.

fusiles : el resto iba armado con sables, machetes, lanzas y fuertes garrotes. Flórez tenia seiscientos hombres bien armados y municionados, casi todos reclutas.

Trabóse el combate en un terreno donde podia obrar la infantería, aunque no bien la caballería. Esta cargó con el mayor denuedo, y lo mismo hizo el comandante José María Obando, quien rechazó á los facciosos, cuya retaguardia estaba ya rota por el comandante Jiménez. Parecia el triunfo seguro, cuando el teniente de Guias, Matute, mandó volver caras á estos, sin saberlo su comandante. Los caballos se mezclaron con la infantería, y se introdujo el desórden. Los facciosos cargan entónces con su acostumbrado valor é impetuosidad, y con las armas blancas aterran á nuestros soldados. Flórez y los demas jefes hicieron grandes esfuerzos para restablecer la pelea en el callejon ó colina de Santiago; empero no lo consiguieron. La derrota fué completa y vergonzosa por haberla causado Indios, armados con garrotes, machetes y lanzas. Tuvimos ciento cincuenta muertos y quedaron trescientos prisioneros, perdiéndose mas de quinientos fusiles y cuanto la República tenia en Pasto. Flórez, Obando, Luque, Jiménez y otros oficiales pudieron escapar á Popayan.

Los facciosos ocuparon á Pasto entregándose á los desórdenes que son consiguientes para hombres sin disciplina. Estanislao Merchancano fué declarado gobernador, y Agualongo comandante general á nombre del rey de España, cuya dominacion pretendian restablecer. Para entusiasmar á sus ignorantes partidarios, les contaban grandes triunfos de los realistas contra los patriotas; todos los creían sin discernimiento, y los mas entendidos que sabian la verdad aparentaban creer aquellas victorias.

Siguiendo Merchancano y Agualongo el impulso de su odio al gobierno colombiano, enviaron una expedicion á que se apoderase del territorio de los Pástos, al sur del Guáitara : allí tenian muchos partidarios en Zapúyes y otros pueblos, regidos por el cabecilla Benavídes. Consiguieron su objeto sin obstáculo, porque no habia quien defendiera aquella parte de la provincia. En sus pueblos y en los de Pasto engrosaron sus filas hasta el número de mil doscientos hombres de infantería, armados con ochocientos fusiles, y se agregaron algunos jinetes. Sabedores de que habian seguido al Perú casi todas las tropas del sur,

determinaron marchar á Ibarra, y aun hasta Quito, si les era posible. Estimulábalos principalmente á dejar sus guaridas el rico botin que podian hacer por el robo y el saqueo.

En el momento que supo el Libertador, en los últimos dias de junio, la insurreccion de los Pastusos y la derrota del coronel Flórez, se persuadió de la grande importancia de aquel suceso. Partió, pues, inmediatamente de Guayaquil hácia Quito, trayendo de aquella ciudad cuatrocientos soldados veteranos de infantería y caballería, y mil setecientos fusiles para armar las milicias. Trabajó en Quito con la mayor actividad, porque consideraba estar en peligro aquella capital. Conocia la obstinacion y valentía de los Pastusos; y como en su mayor parte solamente era capaz de oponerles milicias, por la marcha al Perú de las tropas de línea, era necesario no perder un momento. Felizmente halló la mas eficaz cooperacion de parte de los habitantes de Quito.

El general Salon tenia en el pueblo del Puntal, al norte de Ibarra, una columna de quinientos hombres : comunicóle órdenes para observar á los facciosos, y retirarse en caso necesario sin comprometer accion. Era el plan de Bolívar atraer á los rebeldes fuera de su territorio, á fin de que salieran á las llanuras, donde la caballería pudiera destrozarlos. Componíase esta de pocos pero excelentes soldados.

Habiendo los facciosos aumentado sus fuerzas á mil y quinientos hombres de toda arma, se movieron sobre la villa de Ibarra. Salon se retiró delante de ellos (julio 12); y cuando ocuparon esta villa, se adelantó con su columna hasta Guayabamba, cubriendo así el camino de Quito.

El Libertador salió de esta capital con mil quinientos hombres de infantería, caballería y artillería, la mayor parte de milicias. Ocupados los rebeldes en pillar las riquezas del valle de Ibarra, esperaba destruirlos en sus llanuras, confiado principalmente en su caballería.

El 18 de julio, á las dos de la tarde, arribó el Libertador á las cercanías de Ibarra. Entretenidos los facciosos en robar y en remitir á su retaguardia el fruto de sus latrocinios, no habian puesto avanzadas, é ignoraban absolutamente los movimientos de Bolívar. Una partida que se halló la primera, fué lanceada por otra nuestra. El Libertador mismo con sus ayudantes y ocho guias iban en la descubierta. Viendo que los enemigos

se habian alarmado, dispuso que la infantería y caballería tomáran la villa avanzando simultáneamente. Luego que los rebeldes ven que se les ataca, emprenden retirarse situándose al otro lado del rio de Ibarra; posicion defensable por lo escarpado y estrecho del pasaje. Mas fueron cargados con tanto denuedo y velocidad, que, sin embargo de su tenaz resistencia y valor, se les derrota completamente. Á pesar de esto, tres veces pudieron reunirse de nuevo y defenderse hasta el alto de Alaburo; pero otras tantas los acuchillaron los granaderos á caballo y los guias, cuyo comportamiento fué muy distinguido. Los rebeldes pelearon obstinadamente, y no desmintieron en aquella funesta jornada la nombradía de su antiguo valor. Ochocientos cadáveres de Pastusos quedaron tendidos en el camino hasta Chota, pues no se les dió cuartel. Perseguidos vivamente por los jinetes al mando del general Barreto, así como por los pueblos del tránsito, muy pocos pudieron escapar á sus montañas repasando el Guáitara. El armamento y cuanto habian robado cayó todo en nuestro poder. Solamente perdimos trece muertos y ocho heridos en esta accion, que salvó al departamento del Ecuador de que fuera devastado por aquella chusma de bandidos.

Salon marchó á ocupar á Pasto y á concluir su pacificacion. Las instrucciones que recibiera fueron las mas duras y severas. La muerte ó la expulsion debian sufrirse por todos los rebeldes, y sus familias ser enviadas á Quito y Guayaquil. Las propiedades de los mismos se aplicarian, unas al erario y otras al ejército, ofreciéndose el territorio vacante de Pasto á los patriotas que quisieran ir á poblarlo de nuevo. Esta misma suerte habian de correr los pueblos de los Pastos y de Patía que hubieran seguido la insurreccion. Ningun metal, aunque estuviera en útiles propios para el servicio doméstico, debia permitirse en Pasto.—Desde entónces podia preverse que órdenes y providencias tan duras como difíciles de ejecutarse á la letra producirian grandes excesos, y que exasperando á los rebeldes, colocándolos entre la muerte ó el destierro, opondrian estos la mas obstinada resistencia, y que venderian sus vidas á muy caro precio.

Desde Chota regresó Bolívar sin tardanza á Quito (julio 31). Allí dispuso reunir una junta ó asamblea general, compuesta de las personas mas notables de la capital, y de todas las corporaciones que tuvieran representacion é influjo en el pueblo. Esta junta debia escoger dos comisiones de su mismo seno. Era

el objeto de la primera designar con patriotismo, desprendimiento y rigorosa justicia á los individuos que hasta entónces hubieran sido calificados de adictos al gobierno español. Estos debian ser expulsados del territorio de Colombia durante la guerra, dejándoles sí el pleno goce de sus bienes. El ejemplo funesto de Pasto y la terquedad de los Españoles y desafectos produjeron tal medida, á fin de libertar al país en cualquiera momento de peligro de espiones y agitadores.

La segunda comision tenia el encargo de repartir en todo el departamento del Ecuador una nueva contribucion de veinte y cinco mil pesos mensuales para mantener dos mil hombres que defendieran su territorio. Emanaba esta disposicion de que no alcanzaban las rentas comunes para sostener las guarniciones necesarias. No era justo ni conveniente dejarlas expuestas á que se disolvieran por el hambre y la miseria, miéntras duraba la ausencia del Libertador. Hechos tales arreglos, marchó este para Guayaquil.

Á su arribo halló una diputacion que de su mismo seno le enviaba el congreso del Perú. Á su frente venía don José Joaquin Olmedo, quien presidiera ántes la junta soberana de Guayaquil. Tenia por objeto aquella mision extraordinaria excitar á Bolivar á que fuese á encargarse del mando del ejército unido del Perú, y á libertar á este hermoso país del yugo de sus opresores. La diputacion manifestó enérgicamente los sentimientos de gratitud y consideracion que animaban al pueblo y congreso peruanos respecto de la persona del Libertador, por los auxilios ya recibidos, los que esperaban colmaria con su presencia. « Todos los elementos de ataque y defensa acumulados en el Perú solo esperan, decia Olmedo, una voz que los una, una mano que los dirija y un genio que los lleve á la victoria. »

El Libertador contestó que desde mucho ántes su corazon le impelia hácia el Perú, adonde le llamaban los mas valientes guerreros de la América meridional; pero que la voz del deber le detenia en las playas de Colombia. « He implorado, añadió, el permiso del congreso general para que fuese permitido emplear mi espada en servicio de mis hermanos del sur : esta gracia no me ha venido aun. Yo me desespero en esta inaccion, cuando las tropas de Colombia están entre los peligros y la gloria, y yo léjos de ellas.

» Señor diputado, yo ansío por el momento de ir al Perú; mi

buena suerte me promete, que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto, de no reposar hasta que el Nuevo Mundo no haya arrojado á los mares todos sus opresores. »

Cumpliendo tan solemnes ofrecimientos, dedicóse Bolívar á prepararlo todo para su partida. Las revueltas de Pasto habian detenido el recibo de la licencia concedida por el congreso de Colombia para trasladarse al Perú; empero al fin llega á sus manos, y fija definitivamente su viaje para el 6 de agosto. Delega ántes al general Salon las facultades extraordinarias que el congreso general de Cúcuta le habia concedido en los lugares que fueran el teatro de sus operaciones. Estas facultades debia ejercerlas solamente en los departamentos del Ecuador y Asuay, de que era jefe superior, limitándose á los negocios militares, á los casos de insurreccion y á los ramos de hacienda. Dispuso igualmente el Libertador, que siendo los departamentos del sur la base de las operaciones militares sobre el Perú, el mismo Bolívar se entenderia directamente con las autoridades que dejaba establecidas en ellos, en todo lo que tuviera relacion con la guerra y la hacienda; declaró tambien, que en estos ramos quedaba su autoridad vigente para dirigir las órdenes correspondientes. Por último ordenó, que en las materias civiles rigiesen las leyes comunes, y que las respectivas autoridades continuáran entendiéndose con el gobierno de Colombia.

Estas disposiciones, prescritas en virtud de las facultades concedidas por el decreto que expidiera el congreso de Cúcuta en 9 de octubre de 1821, presentaban una irregularidad completa. El Libertador ejercia facultades extraordinarias en los departamentos del sur desde un país extranjero; al mismo tiempo las habia delegado á uno de sus lugartenientes, sin que el gobierno de la República tuviera la menor intervencion en actos de tamaña importancia.

Hechos tales arreglos, el Libertador se embarcó (agosto 6) de Guayaquil para el Callao en el bergantin de guerra *Chimborazo.*

El general Salon, á quien habia delegado tantas facultades, se hallaba en Pasto. Despues de la accion de Ibarra obtuvo la difícil comision de pacificar á esta provincia con una fuerza de poco mas de mil hombres. Él ocupó la capital sin dificultad alguna : muchos de los mas atrevidos facciosos habian perecido ó se hallaban aterrados y ocultos en los bosques. Hízolos perse-

guir con la mayor actividad, y castigó con el rigor que se le habia prevenido á cuantos pudo atrapar. Empero, conociendo los Pastusos que si caían en manos de los patriotas iban á sufrir la muerte ó el destierro, así como la pérdida de sus bienes, se irritan en sumo grado y detestan á los Colombianos como á sus crueles opresores. Aun no habian corrido quince dias despues de la entrada de Salon, cuando ya comenzaron á aparecer por diferentes puntos fuertes guerrillas de rebeldes, mandadas siempre por Agualongo y Merchancano. Fué inútil que Salon les ofreciera un indulto si deponian y entregaban las armas. Burláronse atrevidamente de la propuesta : con celeridad y silencio reunen mil y quinientos hombres, y se presentan con audacia en las alturas de Anganoi, á un cuarto de legua al sur de Pasto (agosto 19). Allí establecieron su campo, cortando las comunicaciones y auxilios que podian venir de Quito.

Salon entretuvo á los facciosos en los cuatro dias siguientes con varios ataques simulados, dirigidos á conocer sus intenciones. Atraidos insensiblemente fuera de sus estancias, los comprometió á un crudo choque en las mismas calles de la ciudad. Fué admirable la violencia y obstinacion con que los rebeldes arremetieron á los diferentes edificios en que se hallaban acuarteladas las tropas del gobierno. En todos fueron rechazados al fin, despues de un largo y reñido combate. Los facciosos consumieron casi todas sus municiones, y ciento once quedaron muertos en las calles de Pasto, llevándose á muchos heridos. Se les persiguió hasta su campo, donde pudieron rehacerse. Nuestra pérdida apénas fué de cuatro muertos y veinte y seis heridos.

Infligido este golpe, Salon ofreció á los rebeldes un indulto general. En vez de admitirlo Agualongo y Merchancano, le intimaron que se rindiera con todas sus fuerzas. Tan insolente propuesta se recibió por nuestra parte con el desprecio que merecia, y continuaron las operaciones militares.

Viendo Salon que los facciosos habian reunido mas de mil quinientos hombres, que sin embargo de estar mal armados combatian como leones furiosos, no quiso comprometer otra accion, atacándoles en sus posiciones, que eran excelentes. Creyéndose los enemigos superiores, formalizaron el asedio de las tropas del gobierno. Encerrado Salon en Pasto con su division, dedicóse á disciplinarla completamente. Veinte y seis dias

estuvo sitiado y combatiendo con los rebeldes dentro de la misma ciudad donde se habian parapetado. Cuando ya faltaban las vituallas, determinó hacer un movimiento que escarmentára á los facciosos. Siendo muy fuertes sus estancias principales de Anganoi, contra las que nada se podia emprender sin el sacrificio de muchas vidas, y estando los rebeldes resguardados por la espalda con un espeso bosque, donde se podian salvar fácilmente sus grupos, Salon hizo el 13 de setiembre un movimiento de flanco. Cerca del pueblo de Catambuco se trabó el combate, en un terreno que era regularmente llano. El batallon Yaguachi, el escuadron de Guias y una compañía de Quito, que cubrian la retaguardia, bastaron para derrotar á los Pastusos, á quienes se les mataron ciento setenta, con poca pérdida de nuestra parte. Fueron perseguidos hácia diferentes direcciones, y el mismo dia tornó Salon á situarse en Pasto. Distinguiéronse en estos choques el comandante de Yaguachi, Farfan, el mayor de Guias Pedro Herran, el comandante Palláres, los coroneles Flórez y Urbina, y el teniente coronel Obando.

Terminada esta refriega, el brigadier Salon dispuso que el teniente coronel Obando, á la cabeza de trescientos infantes y cuarenta caballos, abriese la comunicacion con Quito, á fin de que se pudiesen recibir los socorros que se dirigian desde aquella capital, que la division necesitaba ya con la mayor urgencia. No habiendo regresado Obando el dia convenido, y sabiendo el general Salon que los facciosos habian cortado nuevamente el puente de Guáitara restablecido por aquel, determinó marchar en su auxilio. Poniéndose á la cabeza del batallon Yaguachi y de cuarenta jinetes, se incorporó con Obando, y siguieron juntos la vuelta de Yacuanquer.

Bien léjos de estarse quietos los facciosos reunidos de nuevo en Tambopintado, con el mismo número de mil quinientos hombres marchan rápidamente sobre la ciudad de Pasto. El coronel Flórez, que manda su guarnicion, no pudo resistir; empero, haciendo una retirada oportuna, salvó la tropa y los elementos de guerra que allí existian, reuniéndose en Yacuanquer á las fuerzas de Salon.

Considerando este que su division necesitaba recibir del Ecuador auxilios de toda clase; que el soldado habia sufrido grandes fatigas y privaciones, de las que era preciso darle descanso; en fin, que para conducir los socorros debian emplearse gruesas

partidas que los custodiáran, pues de lo contrario podian ser tomados por los facciosos, como ya habia sucedido con sesenta fusiles, determinó celebrar una junta de guerra. Acordóse en ella por unanimidad, que toda la division se trasladase á la provincia de los Pástos, á fin de reforzarla con mas gente y armas; así como para que se pagára, vistiera y descansára de las fatigas de una campaña tan laboriosa como difícil. Inmediatamente se ejecutó este acuerdo, cortándose en la retirada el puente del Guáitara. Aunque el enemigo tenia ya quinientos veinte y cinco fusiles, carecia de municiones, y por consiguiente no podria impedir despues que se forzára el pasaje del rio. Situóse la division en Túquerres (setiembre 20), al mando del coronel Flórez; Salon marchó á Quito, donde era muy necesaria su presencia para dar impulso y movimiento á los diferentes ramos que se le habian encargado.

Segun los partes de este general, la insurreccion de los habitadores de Pasto habia tomado un carácter muy serio y decidido. Ya se ha visto la obstinada prontitud con que se reunian, y el valor con que peleaban. Óigase ahora lo que Salon decia al Libertador sobre Pasto (setiembre 25) : « Ya propuse á V. E. los dos únicos medios que me parecen adaptables para terminar la guerra de Pasto, que eran, ó un indulto general y absoluto concedido á los facciosos, ó la destruccion total del país: en el dia estoy por este último exclusivamente. Hasta ahora no he tenido la honra de recibir contestacion de S. E. sobre este particular. — No es posible dar una idea de la obstinada tenacidad y despecho con que obran los Pastusos: si ántes era la mayoría de la poblacion la que se habia declarado nuestra enemiga, ahora es la masa total de los pueblos la que nos hace la guerra, con un furor que no se puede expresar. Hemos cogido prisioneros muchachos de nueve á diez años. Este exceso de obcecacion ha nacido de que saben ya el modo con que los tratamos en Ibarra; sorprendieron una contestacion del señor comandante Aguirre sobre la remision de esposas que yo le pedia para mandar asegurados á los que se me presentáran, segun las instrucciones de S. E., y sacaron del Guáitara los cadáveres de dos Pastusos, que con ocho mas entregué al comandante Parédes, con órden verbal de que los matára secretamente. De aquí es que han despreciado insolentemente las ventajosas proposiciones que les he hecho, y no me han valido todos los medios de

suavidad é indulgencia que he puesto en práctica para reducirlos. Están persuadidos que les hacemos la guerra á muerte, y nada nos creen. »

La perfidia de los Pastusos y su ingratitud á la generosidad con que se les tratára despues de la capitulacion de Berruécos, excitaron contra ellos el enojo del Libertador y de sus tenientes. Adoptóse un sistema de severidad, que exasperando las masas produjo excesos como los que describia Salon, que fueron muy vituperables. Esto prueba que en las revueltas civiles, es en extremo difícil hallar y seguir un justo medio entre la débil indulgencia que todo lo perdona, y el excesivo rigor que todo lo castiga.

Los habitantes del valle de Patía fueron en estas circunstancias mas fieles á sus juramentos al gobierno de Colombia que los de Pasto. Solamente Jerónimo Toro levantó una guerrilla, estacionada primero en las cercanías de Sombreríllos y en la hacienda de Mazamórras, la que despues se aproximára á Popayan. El antiguo comandante de los Españoles Miguel Puente y los capitanes Manuel María Córdoba y Juan Gregorio Sarria se mantuvieron tranquilos. Habiéndolos empleado y confirmádoles sus grados en las milicias, prestaron servicios importantes á la República.

Ocupadas las fuerzas de esta, unas en el Perú, otras en Riohacha y otras en Maracáibo, el gobierno de Bogotá no se halló en aptitud de formar un campo regular de tropas, que desde Popayan cooperase á la pacificacion de Pasto. Solamente pudieron reunirse trescientos hombres, que se enviaron á fin de julio al mando del coronel Flórez hácia los límites del país sublevado. Aquel, unido al teniente coronel José María Obando, se apostó en el pueblo de la Cruz : hallóle en este punto una columna enviada por el general Salon, para dispersar las guerrillas que obstruían las comunicaciones con Popayan. Unidas aquellas tropas siguieron á Pasto, de cuya provincia habia sido Flórez nombrado gobernador.

Despues que marchó hácia Pasto el destacamento de Flórez, el coronel José Concha fué destinado á la misma línea. Como su fuerza era pequeña y no podia ser aumentada desde Popayan, solamente se ocupó en batir algunas partidas que los facciosos de Pasto enviaban hasta la venta de Berruécos y á otros puntos inmediatos. Allí supo cuánto habia crecido la in-

surreccion, y los reñidos combates que libraban los rebeldes á las tropas regidas por Salon.

Estas noticias, sin embargo, aun eran vagas, y no de toda confianza, por cuyo motivo el comandante general del Cáuca, coronel José María Ortega, quiso disipar la incertidumbre. Hallándose en Popayan el general de brigada José María Córdoba, que debia seguir al Perú, dióle el mando de ciento cincuenta hombres, y ordenó que se le reuniera igual número que tenia en San Pablo el coronel Concha. El objeto de Córdoba debia ser, abrir las comunicaciones con Pasto, batiendo las partidas que las habian obstruido, averiguar el estado en que se hallaba la division de Salon, y auxiliarla en caso necesario.

Córdoba penetra sin resistencia hasta la hacienda de Ortega, al sur del Juanambú. No hallando quien le dé noticia del estado en que se hallaba Pasto, envia desde allí un parlamentario á los enemigos, el que conducia una intimacion. Miéntras regresaba, continuó su marcha hasta el punto de Cebóllas, donde fué atacado por los Pastusos; una compañía bastó para dispersarlos. En seguida envia cien hombres que trepan á la altura de Tacínes. Observando, empero, que los facciosos abandonan sin resistencia aquellas formidables posiciones, donde muchas veces han hecho morder el polvo á tantos valientes patriotas, conoce que le arman una celada para envolverle mas adelante. Detiénese, pues, hasta el regreso del parlamentario. Trájole este una intimacion firmada por Merchancano y Agualongo, fechada en Chacapamba (octubre 11), exigiendo que rinda las armas, ofreciendo perdonarle la vida. Por su contenido y por los informes que le diera el parlamentario, conoció Córdoba la superioridad de los rebeldes, y que dominaban enteramente á Pasto. Era así en efecto, por la retirada que habian hecho las tropas colombianas á Túquerres, á fin de reforzarse y tener algun descanso. Para salvarse, emprende Córdoba su retirada por la noche. Mas los enemigos, que vigilaban sus movimientos, le alcanzaron en la mañana siguiente.

Ántes que pasára el formidable punto del Boqueron, ya los facciosos tenian coronadas de guerrillas todas las alturas que dominan el camino para caer al Juanambú, las que hacian un fuego contínuo sobre la pequeña columna de patriotas. Sin embargo Córdoba, segundado por sus valientes compañeros, penetra por medio de ellas con su serenidad y valor acostum-

brados, sin temor alguno de las balas enemigas y de las piedras que echaban á rodar; armas favoritas de los Pastusos en aquellos escarpados peñascos. En el paso del rio tuvo que resistir el fuego de una trinchera que le flanqueaba, y ocupar del lado del norte una altura defendida por guerrillas. A pesar de tamañas dificultades y de la incesante persecucion de los rebeldes por dos dias en la montaña de Berruécos desde Olaya hasta la Venta, Córdoba salvó la mayor parte de su columna. Perdió un oficial muerto, algunos soldados y bastantes heridos; contóse entre estos al capitan Manuel María Córdoba, cuyo comportamiento fué muy distinguido. Los enemigos nos tomaron unos pocos prisioneros y algunos fusiles en aquella difícil retirada. Esta puede llamarse heróica, pues se ejecutó con doscientos sesenta soldados; fuerza débil en extremo para lidiar con los numerosos y valientes Pastusos. Situóse el general Córdoba en el campo de Buenavista del Mayo, á fin de cubrir el valle de Patía, que en lo general se hallaba tranquilo, y aguardar los refuerzos que pidió á Popayan.

Desocupada la atencion del vicepresidente de la República de los peligros que la amenazáran por el norte con la capitulacion de Moráles, pudo enviar algunas fuerzas, aunque pequeñas, que destinó á la defensa del valle de Patía. Córdoba vino á Popayan con el objeto de encargarse de su mando, y disciplinarlas para obrar contra los facciosos de Pasto.

Al terminarse el año hubo algunos sucesos importantes en la capital de la República, los que no debemos olvidar, y que anunciaban á Colombia gloria é independencia. Entre estos ha de contarse la noticia de la toma de la fuerte plaza de Puertocabello, acontecimiento que en la realidad terminaba la guerra de nuestra Independencia, y que fué celebrado con regocijos públicos. El vicepresidente la anunció á los pueblos de Colombia por medio de una proclama, como uno de los sucesos mas importantes ocurridos en la época de su administracion.

Presentóse poco despues en Bogotá el señor Ricardo C. Anderson, primer ministro de los Estados Unidos cerca del gobierno de Colombia. Destinado á estrechar los vínculos de amistad y union entre las dos Repúblicas hermanas, el arribo del señor Anderson causó un verdadero placer á los Colombianos; efectivamente era un progreso real en su carrera política.

Fué tambien recibida con mucho entusiasmo la noticia de

que el gobierno de la Gran Bretaña, presidido aun por Mr Canning, llevando adelante su determinacion de reconocer la Independencia de algunos de los nuevos Estados de la América ántes española, habia escogido comisionados y cónsules para Colombia. Al dar este paso el gabinete de San Jámes, protestó al de Madrid y á los demas gobiernos europeos, que guardaria la mas estricta neutralidad respecto de la guerra de España con sus antiguas colonias. Aceleróse esta resolucion de la Inglaterra por el triunfo completo que al cabo de solos seis meses obtuvieron los Franceses en la Península sobre los Españoles constitucionales. En setiembre ocuparon los invasores á Cádiz, pusieron en libertad á Fernando VII, y le restituyeron la plenitud de su poder absoluto. La historia de España dirá cuántas fueron las venganzas que el rey ejerciera contra los liberales que habian pretendido afianzar en su patria la libertad constitucional.

Con la caida del gobierno de las Córtes se disiparon las esperanzas que muchos habian concebido, de que España reconociera la Independencia de los nuevos Estados. Algunos de los comisionados españoles, los de Buenos Aires por ejemplo, hicieron tratados que indicaban el ánimo de reconocer á las nuevas Repúblicas como naciones independientes. Á Colombia no vinieron los escogidos para tratar con su gobierno. Ella tampoco temia el entronizamiento de Fernando con todo su poder absoluto. Habiendo arrojado al ejército español de sus playas, y arrancádole la única plaza fuerte que restaba á la España en Colombia, fácilmente podia defenderse de cualquiera invasion; ademas estaba rodeada de ilustres guerreros que sostuvieran su Independencia, obtenida con tantas fatigas y triunfos tan gloriosos.

Hubo en aquellos dias la pérdida sensible de un antiguo y distinguido patriota. El general Antonio Nariño murió el 13 de diciembre en la villa de Léiva, adonde se habia retirado por sus enfermedades.

El desenlace funesto á la causa de la libertad de los negocios de España hacía mas imperiosa la necesidad de arrojar á los Españoles del Perú, donde aun tenian fuerzas respetables. Libre, pues, el vicepresidente de Colombia de los cuidados que le habian distraido por el norte, dispuso que saliera de Maracáibo una fuerte expedicion para el istmo de Panamá. Con los

refuerzos que debia recibir en el departamento del Magdalena, se compondria de tres mil hombres de infantería y caballería. El Libertador los habia pedido mucho tiempo ántes sin que se le hubieran podido enviar hasta entónces, porque todas las fuerzas estacionadas en el norte de Colombia se hallaban empleadas contra Moráles.

Á esta expedicion se agregaron varios oficiales sueltos de los valientes llaneros de Venezuela. El general Páez conocia su genio inquieto, y que eran peligrosos, tanto á causa de no tener destino, como porque siendo algunos de la clase de pardos, tenian aspiraciones que podian turbar el sosiego público. Quiso, pues, llamarlos á la carrera de la gloria, á unos en el Perú, y á otros en el sur de Colombia. Con esta política sagaz y previsiva aseguró completamente la tranquilidad de Venezuela, y envió al Libertador guerreros valientes; sus lanzas hicieron temblar mas de una vez á los Españoles en el suelo de los Incas.

En medio de la prosperidad con que marchaban casi todos los negocios públicos de Colombia, la aquejaban algunos males. Uno de los que mas la afligian, era la falta de rentas que bastáran para sufragar á todos los gastos militares y administrativos. Habíase disuelto el congreso sin haber hallado fondos con que proveer á las necesidades mas urgentes, sobre todo del ejército, que sufria mucha penuria y miserias. Sin embargo, era tal su fidelidad y subordinacion, que por ninguna parte se oían quejas. Solamente el batallon Tiradores dió en Santamarta el escándalo de sublevarse por falta de pagas; mas, sin cometer desmanes, se arrepintió dentro de pocos dias tornando á su deber. Esperábase el remedio de estos males en la negociacion de un empréstito extranjero, cuyo buen éxito no se creía distante.

Causaba tambien disgusto el que principiáran á revivir las ideas federales, que parecian olvidadas. Suscitólas *El Venezolano*, periódico que se publicaba en Carácas, el que proponia que se sustituyera el sistema de la federacion al central. Felizmente aquesta innovacion no tuvo prosélitos en aquella época, y fué abandonada.

Otro de los inconvenientes que entónces se experimentaban, era el fanatismo religioso, que pretendia levantar su cabeza orgullosa y erigirse en árbitro de los destinos de Colombia.

Algunos sacerdotes declamaban por todas partes, y especialmente en la ciudad de Bogotá, contra la impiedad y falta de religion de los republicanos, cuya predicacion era tambien harto comun en el Ecuador. Las logias masónicas, que algunos imprudentes y fanáticos de otra especie habian introducido en várias provincias para extender su propio influjo, ó creyéndolas equivocadamente útiles en aquellas circunstancias, eran el objeto de las mas fuertes declamaciones. Llegóse á temer que el bajo pueblo, instigado por los predicadores, empleára el puñal asesino contra los masones, pintados como los seres mas execrables y enemigos de la Divinidad. Estas ideas eran una prueba clara que tenian nuestros hombres de Estado y los caudillos de la revolucion de las inmensas dificultades que se oponian á la empresa acometida trece años ántes. Hacer Repúblicas enteramente democráticas de colonos de la España, era un experimento cuyo feliz resultado no podia predecirse, aunque estaba en las ideas de casi todos los campeones de la Independencia americana.

Este fanatismo, que se pretendia tomára en Bogotá y en otros puntos, ya el puñal, ya las teas incendiarias, era el agente principal que mantenia en Pasto la guerra civil. Eclesiásticos de influjo sobre las masas de pueblos ignorantes les habian predicado y no cesaban de predicarles, que los patriotas eran impíos é irreligiosos; así que los verdaderos creyentes debian morir defendiendo la religion y el trono de Fernando VII, su rey y señor por derecho divino. Tales principios inculcados con frecuencia desde la cátedra del Espíritu Santo, el odio que ellos engendraban contra Colombia, y los agravios que los Pastusos habian recibido de los jefes y oficiales patriotas, encargados de hacerles la guerra hasta vencer su obstinada resistencia, soplaban de contínuo el fuego de la discordia civil en aquel desgraciado país. Aunque en las provincias limítrofes nada temiesen de Agualongo, Merchancano, Enríquez, Segovia y Benavídes, ni de sus guerrillas, porque la sangrienta leccion de Ibarra los habia retraido de expediciones lejanas, con todo eran muchos los males que causaban á la República. Colocada la provincia de Pasto en la garganta de la gran cordillera de los Ándes, por donde pasa el solo camino que hay de Quito á Popayan, los facciosos tenian cortadas las comunicaciones de los tres departamentos meridionales con el resto de Colombia. Podian hacerse

únicamente por mar, arribando al puerto de Buenaventura y con rodeos bastante dilatados.

Semejante obstáculo para las francas y frecuentes comunicaciones de las autoridades que mandaban en los departamentos meridionales de la República, era mas sensible cuando Colombia se hallaba empeñada en una lucha difícil y obstinada para arrojar de la América del Sur á sus antiguos opresores. Como la historia de la guerra de Independencia del Perú se halla íntimamente ligada con la de Colombia en el período que escribimos, permítasenos describir rápidamente los sucesos mas importantes ocurridos en dicha guerra, desde que el Libertador dejó las playas colombianas.

El 1° de setiembre llegó al Callao, y en el mismo dia hizo su entrada pública en Lima: fué esta un verdadero triunfo por el contento y entusiasmo que manifestaron todas las clases de aquella antigua capital. Parecia á casi todos los Peruanos que el nombre y la presencia de Bolívar bastarian para destruir el poder español, que se hallaba tan afirmado en el suelo de su patria. Vaticinaban igualmente que desaparecerian los partidos que entre ellos se disputaban el poder con tanto encarnizamiento y pasiones tan violentas.

Estos partidos eran el de Riva-Agüero y el del congreso. Referimos ántes las ruidosas desavenencias que estallaron desde el Callao y la deposicion de Riva-Agüero, á quien el congreso mandó salir del territorio de la República. En Trujillo continuó la discordia, agitando los ánimos con mayor violencia. El presidente, por un decreto de 19 de julio, habia disuelto el congreso, diciendo que era perjudicial en aquellas circunstancias, en que debia pensarse, no en dar leyes inútiles, sino en hacer la guerra á un enemigo poderoso que pronto destruiria la Independencia del Perú. Despues de una medida tan irregular como arbitraria, Riva-Agüero, de propia autoridad, creó un senado de diez miembros, al que señaló sus atribuciones, que eran en parte legislativas y en parte administrativas.

Cuando sucedió tan ruidoso acontecimiento, ya el ejército español mandado por Canterac habia abandonado á Lima retirándose á la cordillera. Los diputados expulsos de Trujillo y reunidos en la capital hallan que tienen el número legal para continuar sus sesiones. Se declaran, pues, formados en congreso; nombran presidente interino de la República á don José

Bernardo Tagle, y deponen á Riva-Agüero. Apoyado este en una division de tropas que tiene á sus órdenes, no obedece la resolucion del congreso.

Tal era el estado de los negocios cuando Bolívar llegó á Lima. Al dia siguiente el congreso expidió un decreto autorizando plenamente al Libertador, para que terminase las desavenencias con Riva-Agüero, por los medios y personas que tuviera por conveniente. Emprendiólo inmediatamente, valiéndose de negociadores de su confianza, y con esperanzas lisonjeras de restablecer la concordia en el Perú.

El mismo congreso, por otro decreto acordado en 10 de setiembre, confirió al Libertador la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República, con las facultades ordinarias y extraordinarias que exigia la actual situacion del país. Confirióle igualmente la autoridad política directorial, como que se hallaba íntimamente ligada con la de guerra para solicitar recursos y auxilios, así en el territorio peruano como en los países extranjeros.

El congreso tambien le admitió en su seno, dándole una solemne audiencia, en la que, despues de los discursos de estilo, dijo el Libertador: « Señor, yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido y en la buena fe del congreso, poder ejecutivo y pueblo peruano; así el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la Providencia Divina le señale. »

Estaba erizada de graves dificultades la empresa arremetida por Bolívar, de asegurar la Independencia del Perú. Tenia que obrar sobre un pueblo cuyos recursos estaban agotados, despedazado por los partidos que se disputaban el poder sin reparar en los medios, desmoralizado, cansado de la guerra, y donde los Españoles conservaban el influjo adquirido por tres siglos de su dominacion y por recientes victorias.

Uno de los primeros pasos que diera el Libertador en su nuevo mando, fué enviar un ministro á Chile, á pedir y activar la remision de tres mil hombres de auxilio que se habian ofrecido repetidas veces, y que se aguardaban muy pronto. Solo habia encontrado en Lima dos batallones de infantería de Buenos Aires y un regimiento de Granaderos montados de la misma República, dos cuadros de infantería del Perú y un escuadron de la guardia peruana. El resto del ejército obraba con el gene-

ral Sucre sobre la cordillera, ó estaba á las órdenes de Riva-Agüero en guerra abierta con el gobierno del Perú.

Era de la mas alta importancia pacificar el norte, dominado por Riva-Agüero, y adquirir para la República aquellos cuerpos insurrectos. Dirigió, pues, Bolívar sin tardanza algunos comisionados á Riva-Agüero, dándole cuantas seguridades pudiera apetecer, á fin de que reconociera al gobierno. Nada pudo conseguir, y aquel jefe continuó tenazmente en su disidencia; este contratiempo embarazaba sobre manera el plan de operaciones que Bolívar meditaba.

Reducíase á invadir y apoderarse del fértil valle de Jáuja con el ejército que llamaban del Centro, compuesto de las tropas estacionadas en Lima y de las que existian hácia el norte á las órdenes de Riva-Agüero. Tal operacion se debia ejecutar á la mayor brevedad, para que tuviese buen suceso, y miéntras que los Españoles se hallaban ocupados con sus principales fuerzas hácia el Desaguadero y el Alto-Perú.

Aquellas tropas se habian dirigido á combatir cerca de siete mil hombres que el general Andres Santa Cruz habia conseguido reunir sobre la Paz y Oruro, y tres mil cuatrocientos que mandaba el general Sucre, situado en Arequipa. Engreido Santa Cruz de su fuerza, y meditando ejecutar grandes empresas por sí solo, esquivó la union con Sucre, á quien tocaba en este caso mandar en jefe, y quiso que obráran separadamente. Empero sus operaciones fueron tan lentas y poco acertadas, que dejó pasar el Desaguadero al virey Laserna, unido ya con la division que desde Lima condujo el general Valdes. Estos entretuvieron á Santa Cruz con hábiles maniobras, hasta conseguir unirse en Sarasora al general realista Olañeta, que conducia tres mil hombres desde el Potosí.

Entónces ya escribió Santa Cruz á Sucre desde Oruro (setiembre 12) que volase á unírsele en el Desaguadero, porque emprendia su retirada, no atreviéndose á comprometer una batalla con el ejército español, fuerte de mas de seis mil hombres. En seguida hicieron los realistas desde Oruro en dos dias largas marchas hasta las inmediaciones de Sicasica, en persecucion de los patriotas que se habian adelantado. Aterrado el ejército de Santa Cruz, principió á disolverse rápidamente, á dejar equipajes, municiones, cansados, desertores y dispersos. Despues de pasar el pueblo de Ayoayo fué completa la desmoralizacion.

El 22 de setiembre atravesaron el Desaguadero los restos del ejército peruano, sin hallar á Sucre, quien apénas pudo moverse el 18 sobre Puno, por lo tardío de los avisos que le dirigiera Santa Cruz. En Santa-Rosa dispersó aquellos restos el brigadier español La Hera, y el general peruano se retiró sobre Moquehua, llevando solamente seiscientos hombres de los cinco mil quinientos que sacára del Callao; despues se le reunieron otros seiscientos de los dispersos. Perdió la artillería, el armamento, los pertrechos y todo el material de aquel ejército. Esta dispersion fué obra solamente de las rápidas marchas de los generales españoles y de sus diestras maniobras.

Sucre tuvo la fortuna de saber en Apo la dispersion del ejército peruano, cuando tenia un escuadron y la infantería avanzada sobre Puno. La mandó retirar, y situó su division en Cangallo. Desde allí fué solo á Moquehua, á concertar con Santa Cruz las medidas ulteriores. Pero halló con asombro que solo existian de mil doscientos á mil trescientos hombres sin moral, sin disciplina y sin prenda alguna de soldados: halló tambien á su jefe decidido partidario de la insurreccion de Riva-Agüero. Viendo que nada se podia hacer con aquellas miserables reliquias, Sucre vuelve á Arequipa, hace marchar su infantería sobre el puerto de Quilca, y con doscientos caballos quiere proteger la retirada el 8 de octubre. Mandaba á estos el general Miller, quien perdiendo la ocasion de batir á un trozo avanzado de la caballería enemiga que no llegaba á cien jinetes, fué derrotado con pérdida considerable. Debióse este descalabro á la mala calidad de nuestra caballería.

El general Sucre salvó en Quilca los tres mil hombres de su infantería, de los cuales dos mil eran Colombianos. Poco despues se trasladó á Pizco, y en seguida dispuso el Libertador que marchando la caballería por tierra hácia Lima á las órdenes de Miller, se embarcase la infantería con direccion á la costa del norte á desembarcar en el puerto de Barráncas, donde debia unirse al resto de las tropas colombianas que se hallaban en marcha; operacion que se verificó en todas sus partes. Entónces pidió Bolívar con mucha instancia al gobierno de Colombia tres mil hombres mas de buenos soldados, los que juzgaba de absoluta necesidad para hacer frente á los Españoles.

Los movimientos de tropas que disponia el Libertador se originaban de que hácia el norte del Perú aun existia la disiden-

cia de Riva-Agüero, que prolongaba su sometimiento mas de lo que permitia el estado crítico del país. Cerca de setenta dias habian corrido en negociaciones y parlamentarios enviados de una y otra parte, sin que el ex-presidente se conformára con ninguno de los partidos que le proponia el Libertador. Conociendo este que Riva-Agüero obraba de mala fe, y que abrigaba algun proyecto desconocido, tuvo la fortuna de descubrirlo. Interceptáronse cartas que dirigia á sus agentes, especialmente al coronel don Remigio Silva, que mandaba sus fuerzas, por las que se manifestaba que Riva-Agüero y su ministro de guerra don Ramon Herrera negociaban con los realistas para establecer, si podian, un rey ó emperador en el Perú, que fuera de la familia de Borbon, y que rigiese la constitucion española. El conducto de esta negociacion era el general don Juan Loriga, que desde Huancayo dirigia los pliegos al virey Laserna. Ambos desconfiaban de Riva-Agüero, y no se prestaron mucho á la negociacion.

Adquiridas por Bolívar unas pruebas tan claras del doblez y mala conducta de Riva-Agüero y de sus agentes inmediatos, que pretendian entregar la patria á sus opresores y destruir las tropas de Colombia venidas en su auxilio, determina obrar con su actividad acostumbrada. En noviembre se pone en marcha con la mayor parte de las tropas de Colombia; solamente dos cuerpos peruanos, mandado el uno por el coronel Otero, se unieron á esta expedicion. Reunióse el ejército en Patibilca, donde se hicieron todos los preparativos necesarios para montar la cordillera. Desde allí intimó Bolívar al jefe disidente, previniéndole que reconociera al gobierno legítimo del Perú, junto con las tropas de su mando, en cuyo caso le reiteraba sus anteriores ofrecimientos de amistad y proteccion.

El general Sucre no quiso tomar parte alguna en esta campaña : decia que de ningun modo era conveniente que las tropas colombianas intervinieran en aquella cuestion peruana. Riva-Agüero le habia calumniado desde los sucesos del Callao, porque le suponia autor de los decretos que dictára el congreso contra él, atribuyéndole tambien ser un agente de la ambicion del Libertador á fin de enseñorearse del Perú. Púdose apénas recabar que siguiera como un simple espectador; por tanto Bolívar fué quien tomó el mando del ejército unido.

Hechos los preparativos convenientes, marchó este á pasar

la cordillera; operacion que realizó superando el grave obstáculo de que los soldados no debian tomar agua ni mojarse, para evitar el contagio de una enfermedad llamada *Berruga*, que ataca aun á los animales que pasan la Sierra.

La mayor parte de las tropas que obedecian á Riva-Agüero estaban en la provincia de Huaras, que yace en las vertientes al Marañon. Gobernábalas el coronel don Remigio Silva, quien emprendió su retirada hácia Cajamarca, cuando supo el movimiento de las fuerzas del Libertador. Este no queria destruir aquellas tropas, sino reunirlas por medios pacíficos á las que sostenian la Independencia del Perú. Envió, pues, aceleradamente al ayudante del estado mayor colombiano Manuel Antonio López en comision cerca de los jefes que las mandaban, á fin de persuadirles de la rectitud de sus intenciones é inspirarles confianza en las promesas que les hacía. López halló alguna caballería en Cajabamba en el mayor desórden y en completa disolucion, pues los oficiales y soldados se habian repartido el dinero existente en la comisaría. Los coroneles Silva, Novoa y Mancebo, que mandaban aquella division, se ocultaron en Huamachuco con ánimo de internarse en el Marañon, segun lo hicieron; pero los dos jefes de batallon que con otros tantos cuerpos marchaban hácia Cajamarca, oyeron las insinuaciones y promesas de Bolívar y se sometieron á su autoridad.

El Libertador habia conseguido enteramente el designio que se propusiera en su marcha sobre Huaras. Era obligar á los facciosos á entrar en su deber, é interponer un respetable cuerpo de ejército entre las provincias sometidas á la autoridad de Riva-Agüero y las que dominaban los Españoles. Queria impedir con este movimiento que, poniéndose en contacto, pudieran unirse y formar una fuerte division, que habria aumentado los peligros que amenazaban á la causa de la Independencia peruana.

Continuaba el Libertador su movimiento, cuando supo en Atunhuáilas que habia estallado en Trujillo una revolucion favorable á sus designios. El orígen de esta fué el coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente. Impuesto de los pérfidos proyectos de Riva-Agüero, tanto por la proposicion que le hizo de que se sujetáran á los Españoles mas bien que unirse con desaire á los auxiliares colombianos, como porque llegaron á sus manos várias cartas que patentizaban la traicion, determinó impedirla.

Puesto á la cabeza del regimiento de Coraceros que mandaba, y que era uno de los mejores cuerpos de las tropas insurrectas, entra en la ciudad de Trujillo en la mañana del 25 de noviembre; apodérase de las entradas principales, mandando en seguida prender á Riva-Agüero y á sus amigos. Consiguiólo sin resistencia, y luego convoca á los habitantes de Trujillo á un cabildo abierto. En él fué aprobada la conducta de la Fuente, á quien encargaron el mando del departamento, miéntras determinaba otra cosa el gobierno general. La Fuente envió sin demora á Riva-Agüero y á Herrera presos á Guayaquil. El Libertador mandó poco tiempo despues al intendente y comandante general de esta provincia que los pusiera en libertad, para que se trasladáran al país extranjero que mejor les acomodase. Riva-Agüero siguió, en efecto, á Europa, donde permaneciera algunos años.

De la correspondencia interceptada á Riva-Agüero constaba que su plan era escaparse del Perú con Herrera y otros, si no tenia buen éxito su negociacion con los Españoles. Habian preparado buques al efecto, y prevalidos de la autoridad que aun ejercian, juntaban dinero por cuantos medios les era posible, á fin de no salir pobres. Segun sus expresiones, su patria no merecia que trabajáran por ella. Hé aquí el patriotismo de hombres á quienes los pueblos habian colmado de honores y distinciones.

Verificada la prision de Riva-Agüero y demas cómplices en la rebelion, el general Sucre se hizo nuevamente cargo del mando del ejército unido, que se acantonó en la provincia de Andahuáilas. Bolívar siguió hasta Cajamarca en el estado mayor general. Á su arribo (diciembre 15) se le presentaron los jefes, oficiales y tropas de los dos batallones que ántes mandaba Silva. En Cajamarca dió el Libertador cuantas disposiciones eran necesarias para reorganizar los cuerpos que pertenecieron á la insurreccion, principiando así la formacion del ejército peruano.

En Cajamarca recibió la desagradable noticia de que el navío *Asia*, el bergantin *Aquíles* y una corbeta, todos buques españoles, acababan de entrar en el Pacífico. Este era un contratiempo demasiado sensible en aquellas circunstancias. Aguardaba un refuerzo de tres mil Colombianos, que por el istmo de Panamá se dirigia al Perú. Como debian hacer la traversía en buques

mercantes, envió inmediatamente la noticia á Guayaquil y á Panamá, á fin de que estando advertidos navegáran con precaucion, y las embarcaciones de trasporte se convoyáran por algunos buques de guerra.

Despues de esto Bolívar se trasladó á Trujillo, donde permaneciera algun tiempo; ocupóse en dar sus disposiciones para acantonar el ejército, para aumentarle y disciplinarle, proveyéndole al mismo tiempo de todo cuanto necesitaba. Las provincias independientes al norte de Lima eran la única y sólida base de sus operaciones futuras. Formaban estas los tres departamentos de Lima, Huáilas y Trujillo, desde Cañete por la costa hasta Páita, y en la cordillera desde el célebre y rico mineral de Pazco hasta Huancabamba y Polanda hácia el norte.

Miéntras ocurrian estos sucesos en el territorio peruano, en los que tanta parte cabia á las tropas colombianas, tampoco se hallaban tranquilas enteramente las provincias del sur de Colombia. Todavía Pasto era la piedra de escándalo donde flameaba la bandera española, y los ecos de sus montañas repetian el grito de *Viva Fernando VII.*

Retirada que fué de Pasto, segun dijimos ántes, la division colombiana que mandaba Salon, quisieron los rebeldes aprovecharse del respiro que se les daba, enseñoreándose de un territorio importante. Era este el canton de Barbacóas sobre el Pacífico, donde habia riquezas producidas por las minas de oro de que pretendian apoderarse: querian ademas un puerto donde pudieran comprar armas y municiones que les eran tan necesarias. Pero en su marcha hácia Barbacóas con un destacamento de regular número fueron rechazados por las tropas del gobierno, y tuvieron que volver á sus guaridas.

Hacía algun tiempo que se preparaba en Túquerres, cabecera del canton de los Pástos, llamado impropiamente provincia, una fuerte division destinada á la pacificacion de Pasto. Era la misma que se habia retirado de esta ciudad, aumentada ya, vestida y organizada de nuevo. El general José Míres obtuvo el mando, y debia ser auxiliado por el comandante de caballería Barreto y por otros buenos jefes y oficiales. Componíase de dos mil quinientos hombres de toda arma. El 12 de diciembre se puso en marcha sobre las posiciones que los rebeldes habian fortificado en el rio Guáitara. Despues de observar Míres los diferentes pasos de aquel torrente, que se precipita por entre

escarpadas rocas, se decidió á bajar con la division por Cerrogordo y pasar el rio por el frente de la Cuchilla de Taindala. De este modo flanqueaba las trincheras de Tausaya, en que los facciosos fincaban su principal esperanza. Para conseguirlo, envió algunas tropas por el camino real del Bramadero, á fin de llamar la atencion del enemigo hácia diferentes puntos.

Aunque la escabrosidad del camino impidió que los rebeldes fueran sorprendidos ántes del dia, á su vista y bajo de sus fuegos se echa un puente en el Guáitara, pasan las tropas, los dispersan y persiguen hasta el pueblo de Yacuanquer. El coronel Flórez, que manda la vanguardia, los desaloja igualmente del punto del Cebadal, donde pretendieron hacer alguna resistencia. Desamparan tambien la ciudad de Pasto, poco ántes del arribo de las tropas colombianas, que la ocupan á la média noche del 14 de diciembre. Los facciosos se retiran en la direccion de Tambopintado.

Míres publicó un indulto general (diciembre 15) para todos los que se presentáran al gobernador de la provincia en el término, demasiado corto, de tres dias; los que no se presentáran y fuesen aprehendidos, serian en el acto pasados por las armas.

Año de 1824. — Posteriormente, en 2 de enero, publicó otro indulto amplísimo para todos los rebeldes que se presentáran en cualquier tiempo á los curas ó alcaldes de sus parroquias. Ofrecia cinco pesos de gratificacion al que trajera un fusil, cuatro por una carabina, y en proporcion por las demas armas. Estas providencias de lenidad produjeron algun efecto en aquel pueblo obcecado; pero en su mayor parte continuó la guerra, no dejando al gobierno y á los jefes militares otro arbitrio que destruir á los facciosos, aprehendiendo y castigando de muerte á los cabecillas.

Con este designio Míres salió en su persecucion encaminándose al Chorrillo, donde se habian fortificado cuatrocientos hombres. Al acercarse nuestros soldados abandonaron la posicion. Dirigiéronse á sorprenderlos en su campo de Chaguarbamba, y sucedió lo mismo. Tampoco aguardaron en Tambopintado ni en Taguaná. Sospechó entónces Míres que se habrian dirigido á Pasto, á fin de sorprender allí á trescientos infantes y dos piezas de artillería, que habia dejado al mando del coronel Arévalo en una casa fortificada sobre Aranda. En efecto así

habia sucedido; empero los facciosos se engañaron en sus cálculos: fueron batidos y rechazados con pérdida, viéndose compelidos á dirigirse hácia otros puntos.

Dividiéronse entónces los cabecillas rebeldes; Agualongo marchó á Tambopintado, Enríquez á Fúnez y Segovia á Pueblonegro. Hízose necesario dividir tambien las fuerzas que los perseguian. Agualongo fué batido por el coronel Calderon, y Segovia por Flórez, que dispersó igualmente las guerrillas que se habian acogido á Fúnez.

Muchos de los rebeldes cambiaron su base de operaciones, trasladándose á los Pástos, donde se unieron con los de Sapúyes, á quienes dirigia el cabecilla Benavídes. Míres marchó allá con quinientos infantes y cien jinetes. Reunido con otra columna que mandaba en Ipiáles el general Barreto, dispersaron á los facciosos de Sapúyes. Lo mismo sucedió en el pueblo de Gualmatan; aunque hubo en seguida la desgracia de que ciento cincuenta soldados nuestros fueran derrotados por los rebeldes. La constancia, el valor y la pertinacia con que ellos hacian la guerra, indicaban claramente que esta sería larga y sangrienta. Míres se retiró pronto hácia Quito de las fatigas de aquella campaña, y el coronel Juan José Flórez quedó mandando la division.

Recibió esta en aquellos dias un refuerzo de Popayan, que ascendia á doscientos hombres. Conducíalos el general José María Córdoba, que marchó en seguida al Perú, donde tanta gloria le estaba preparada.

Dejamos ántes al Libertador dando sus disposiciones en Trujillo para reorganizar el ejército peruano, á fin de que obrára en consorcio de las tropas auxiliares. Bolívar meditaba continuamente sobre los medios mas adecuados para sostener y consumar la Independencia del Perú. Empero, calculando todas las probabilidades, veía que solamente podia reunir ocho mil hombres, de los cuales tres mil debian ocuparse en la defensa del Callao. Los Españoles eran capaces de oponerle doce mil, por lo ménos, de tropas excelentes dirigidas por hábiles jefes.

Á estas consideraciones se unieron nuevos obstáculos, que hacian desaparecer la confianza y complicaban el curso de los negocios. La escuadra peruana, que habia conducido á los puertos de Intermédios al ejército de Santa Cruz, despues de la vergonzosa derrota de este, regresó al norte ocupando el puerto

de Huanchaco con trescientos hombres de desembarco. Desde allí, á las órdenes del general Santa Cruz, hostilizaba al partido del gobierno peruano, decidido como se hallaba por el de Riva-Agüero. En consecuencia la fragata *Protector* se apoderó de algunos buques y puso en libertad á varias personas que se enviaban presas á Lima como partidarias de la rebelion.

Añadióse á estos embarazos otro muy grave. La expedicion de dos mil y quinientos hombres de buenas tropas que el gobierno de Chile habia dirigido en auxilio de los patriotas del Perú, arribó al puerto de Arica, y no hallando al ejército de Santa Cruz, que se disipára como el humo, hizo rumbo hácia el norte; pero en el mar la encontraron los generales Alvarado y Pinto, que la hicieron volver al sur. En consecuencia regresó á Coquimbo, dejando á los Colombianos sin aquellos auxilios, y al Libertador la difícil empresa de salvar la Independencia del Perú, atacada violentamente por muchos de sus hijos. Entónces fué que llegaron al puerto de Arica trescientos hermosos caballos chilenos, para remontar el regimiento de Granaderos á caballo. El comandante del *Laútaro* don Toribio Hidalgo los hizo degollar y arrojar al mar, para que no cayeran en poder de los Españoles, pues á bordo carecia de forraje para alimentarlos.

Con tan grave pérdida que hacía la causa de la Independencia peruana, hallóse el Libertador en la mas grande perplejidad. No esperaba que regresára el auxilio de tropas ofrecido tantas veces por el gobierno de Chile, y solamente arribaron al puerto de Santa trescientos hombres con el coronel Aldunate, destinados á engrosar el batallon número cuarto : los batallones colombianos habian sufrido una baja de cerca de tres mil hombres entre muertos y desertores; restaban cuatro mil, que sin duda eran los mejores soldados : temia igualmente que bien pronto le desampararán los soldados argentinos; segura prevision que se realizó causando á la Independencia el mas formidable daño por medio de la traicion.

Movido de tales consideraciones, se resolvió el Libertador á dirigir á Colombia á su edecan Diego Ibarra, conduciendo un oficio al secretario de guerra y marina, escrito en Trujillo el 22 de diciembre. Despues de exponer la anterior situacion, decia que los Españoles se habian apoderado ya de Ica, Pizco y Cañete sobre la costa del Perú, y que por tanto se hallaban á

veinte leguas de Lima, amenazando así á todo el Bajo-Perú, despues que dominaban completamente la cordillera. Seguia pintando lo difícil de la situacion en que se hallaba, y manifestaba con la precision y claridad que le eran características los riesgos que corria Colombia, si los Españoles no eran batidos en el Perú. Demostraba que nuestras fuerzas tendrian que retirarse hasta la cordillera de Guanácas, viniendo á ser Néiva y Bogotá el teatro de una guerra desastrosa. Las ventajas de hacerla en el Perú eran, en concepto de Bolívar, palpables y muy grandes. Con ocho mil hombres apoyados en la fuerte plaza del Callao, decia que podria hacerse mas en el territorio peruano, que con doce mil en Colombia para resistir á los realistas; pues se añadian los desiertos de la costa y los riscos de la cordillera, que presentaban obstáculos muy difíciles de vencer. — « Su Excelencia el Libertador, continuaba el secretario, que en trece años de la mas cruda guerra ha hecho los mas grandes sacrificios por la salud de la República de Colombia, cree necesario hacer otro nuevo y el mayor, — el de su reputacion en el Perú, por alejar la guerra en el sur de Colombia y economizar la sangre y los sacrificios de una nacion á quien dió el ser. »

En consecuencia recomendaba al poder ejecutivo que sometiera á la contemplacion del congreso colombiano todas las reflexiones que acababa de hacer, á fin de que accediera á la remision de doce mil hombres en esta forma: tres mil que estaban ya navegando, tres mil que habia pedido luego que supo la dispersion del ejército de Santa Cruz, y seis mil mas que juzgaba del todo necesarios para llevar al cabo la guerra. Recomendaba que fuesen veteranos, y que mil correspondieran á esos valientes llaneros que formaban tan buena caballería; arma que no podia aprestarse en el Perú por falta de jinetes. Pedia igualmente el Libertador armas, municiones, algunos oficiales de marina y aun socorros pecuniarios, porque pintaba al Perú como un país exhausto y destruido por la guerra. Los fundamentos en que se apoyaba para hacer tales demandas al congreso y al gobierno de su patria eran muy poderosos; mas debemos confesar que en el estado en que se hallaban las rentas públicas y los pueblos, extenuados por tan dilatada guerra, y tamaños sacrificios como los que habian hecho en el altar de la patria, era muy difícil, por no decir imposible, el enviar tan

pronto como lo exigian las circunstancias aquellos auxilios, que sin duda eran cuantiosos.

Concluidas tan importantes disposiciones, Bolívar marchó hácia Lima, á fin de situarse en un punto intermedio entre la capital y el ejército. Trasladóse en consecuencia á Pativilca, pequeño puerto situado treinta leguas al norte de Lima. Una legua ántes de llegar admiró un antiguo monumento de los Incas, llamado *La Fortaleza*, construido sobre una colina. El Libertador subió á inspeccionarlo, y quedó penetrado de un profundo sentimiento de admiracion, que le inspirára la vista de aquel antiguo resto de la grandeza de los Incas.

Empero desgraciadamente las fatigas del viaje por aquellos ardientes arenales le causaron una fuerte enfermedad de irritacion en el estómago y de violenta fiebre, que le tuviera postrado en cama y delirando, desde el 1° de enero hasta el 8. Entónces principió á ceder la enfermedad, aunque por algun tiempo se mantuvo débil en extremo, y su ánimo se turbó luego que se disminuyeron las fuerzas físicas. Veía el horizonte político negro por do quiera, y llegó á persuadirse que estaba comprometida fuertemente su reputacion en el Perú, y que sería muy difícil salir con lucimiento.

Por fortuna arribó á Pativilca el señor Joaquin Mosquera, amigo íntimo del Libertador, quien habiendo tenido noticia en Supe de su enfermedad, fué inmediatamente á acompañarle en aquel peligro de su vida. Hallóle convaleciente, flaco y extenuado. « Estaba, dice Mosquera en una carta, sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco y sus pantalones de guin, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil, y su semblante cadavérico. » Tal aspecto debia causar á Mosquera un profundo sentimiento y cuidado por la vida de Bolívar.

Aquella terrible enfermedad no podia acaecer en época mas peligrosa. El ejército de seis mil hombres que el general Santa Cruz condujo al Alto-Perú, se habia disipado sin pelear, y huyendo de los Españoles desde Oruro hasta el Desaguadero. El de Chile habia regresado á su país, abandonando la causa de la Independencia del Perú. Solo quedaban, pues, para sostenerla cuatro mil Colombianos situados de Cajamarca á Santa, mandados por el general Sucre, y como tres mil Peruanos que

se organizaban y disciplinaban en el departamento de Trujillo. Tan débiles fuerzas debian oponerse á veinte y dos mil hombres, bien disciplinados y valientes, de que se componia el ejército español en el Alto y Bajo-Perú. Para completar este negro cuadro, añadirémos que los Peruanos estaban divididos en bandos y partidos políticos que contrariaban la unidad y el vigor de accion.

En tan críticas circunstancias pregunta Mosquera á Bolívar: « ¿Y qué piensa U. hacer ahora? — *Triunfar,* » fué la contestacion del Libertador. Tan inesperada y heróica respuesta manifestó que si el cuerpo de Bolívar estaba débil y casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevacion que le hacian tan superior á sí mismo en los grandes peligros.

Continuando Mosquera tan notable é interesante conversacion, le preguntó en seguida: « ¿Qué hace U. para triunfar? » Entónces con un tono sereno y de confianza le dijo: « Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio militar todos los caballos buenos del país; y he embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas, me iré á Trujillo. Si los Españoles bajan de la cordillera á buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería. Si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar: subiré la cordillera, y derrotaré á los Españoles que están en Jáuja. »

En Pativilca se halló el Libertador en una de las situaciones mas críticas de su agitada vida. Como su sensibilidad era extremada, tuvo sucesivamente noticias de acontecimientos que laceraron su corazon, causándole disgustos indecibles, y poniendo á prueba toda su fuerza de alma.

Una de ellas fué el haber llegado á sus manos un oficio que los diputados de Quito, en el congreso de Colombia, dirigieron al ayuntamiento de aquella ciudad; excitábanle á que les enviase documentos para acusar á las autoridades que cometian excesos, y que no dejaban que el pueblo quiteño gozára de su libertad constitucional. « En el cuerpo legislativo, decian, tiene Quito diputados capaces de acusar aun al mismo presidente de la República cuando delinca. » Los miembros del cabildo hicieron fijar este oficio en los lugares públicos, invitando á los ciudada-

nos á que le presentáran documentos con que satisfacer los deseos de sus representantes.

Como las facultades extraordinarias y el gobierno militar que existia en los departamentos del sur emanaban del Libertador, creyó este ser contra él la acusacion que se promovia. Dirigió, pues (enero 9), amargas quejas al gobierno de Colombia, y una representacion al congreso, renunciando la presidencia de la República, porque su mala salud no le permitia continuar por mas tiempo en el servicio público. « Ademas, añadia, miéntras que el reconocimiento de los pueblos me ha recompensado exuberantemente mi consagracion al servicio militar, he podido soportar la carga de tan enorme peso; mas ahora que los frutos de la paz empiezan á embriagar á estos mismos pueblos, tambien es tiempo de alejarme del horrible peligro de las disensiones civiles y de poner á salvo mi único tesoro, mi reputacion. Yo, pues, renuncio por la última vez la presidencia de Colombia : jamas la he ejercido; así, pues, no puedo hacer la menor falta. Si la patria necesitase de un soldado, siempre me tendrá pronto para defender su causa. No podré encarecer á V. E. el vehemente anhelo que me anima para obtener esta gracia del congreso; y debo añadir que no ha mucho tiempo que el Protector del Perú me ha dado un terrible ejemplo, y sería grande mi dolor si tuviese que imitarle. » — Al mismo tiempo renunció Bolívar la pension de treinta mil pesos anuales que le habia señalado el congreso, diciendo que no la necesitaba para vivir, y que el tesoro público estaba agotado. El congreso consideró esta renuncia un año despues, sin que la admitiera.

La guerra de Pasto y la pujanza que diariamente iban adquiriendo las armas españolas, causaban los mas serios cuidados al Libertador. Sobre la primera hizo indicaciones á los jefes colombianos del sur, así como al poder ejecutivo, encareciéndole la necesidad de mirarla con el mayor cuidado, y aun dando reglas para terminarla. Con tal objeto dispuso que el reverendo obispo de Popayan se trasladára á Pasto á ofrecer un indulto general y completo á los facciosos; paso que ningun efecto produjo, porque el obispo no pudo ir. Ademas, los Pastusos se hallaban á tal punto obcecados en su rebelion, que no admitieron jamas un medio pacífico para reconciliarse con el gobierno de la República.

Tambien quiso Bolívar probar de nuevo si con las negocia-

ciones podia contener los progresos de las armas españolas. Excitó, pues, al presidente interino del Perú, Torre-Tagle, á que solicitára pasaportes para ir hasta Jáuja el ministro de la guerra don Juan Berindoaga, enviado cerca de los generales Laserna y Canterac. Dirigíase tal mision á negociar un armisticio, tratando al mismo tiempo los demas puntos que los comisionados españoles cerca del gobierno de Buenos Aires habian estipulado á nombre del constitucional de España (1). Berindoaga penetró con dificultad hasta Jáuja, y tuvo algunas conferencias con el brigadier Loriga, autorizado por el virey Laserna. Empero ningun resultado se obtuvo. Los jefes realistas se excusaron con su falta de autoridad para esta clase de negociaciones, y las notas de Berindoaga se dirigieron al virey. Es, sin embargo, un hecho averiguado del que dieron testimonio los mismos Españoles, que miéntras aquel pérfido ministro negociaba ostensiblemente, siguiendo las indicaciones de Bolívar, manejaba otra negociacion secreta á su nombre y al de Torre-Tagle, para destruir con la traicion mas negra la Independencia de su patria.

El general Canterac era quien manejaba el hilo de tal negociacion, que se adelantaba secretamente. Torre-Tagle ofrecia á los Españoles restablecer en Lima la autoridad real, entregar la plaza del Callao, y prestar á su amo el rey cuantos servicios le fuera posible para remachar las cadenas del Perú, contribuyendo á la destruccion de los auxiliares Colombianos, Argentinos y Chilenos, que derramaban su sangre por dar independencia y libertad á aquel país.

Al tiempo que el presidente del Perú y su ministro adelantaban intrigas tan criminales, hubo en el Callao un suceso deplorable. El batallon Várgas, correspondiente á la guardia colombiana que guarnecia dicha plaza, recibió órdenes comunicadas por el Libertador para que marchase á Cajatambo. El mismo Bolívar previno al general Pinto, comandante de la division del Centro, estacionada en Lima, que mandára relevar á dicho batallon con tropas de su division. En efecto, los batallones número undécimo y Rio de la Plata ocuparon las fortalezas del Callao, regidos por el general Alvarado. ¡Cuántas penas y sacrificios debia costar este cambio de los defensores de aquella plaza!

(1) Véase la nota 19ª.

En tales circunstancias las tropas del Perú sufrian la escasez y miseria; pasábanse dos ó tres dias sin que se les repartiera racion alguna, y hacía mas de seis meses que no recibian pagas. Prevalidos de esta falta algunos sarjentos y cabos á quienes capitaneaba el sarjento Dámaso Moyano, se sublevan en el Callao, movidos probablemente por los Españoles ó por los Peruanos traidores, de que por desgracia abundaba Lima en aquella época fatal. El 5 de febrero los sublevados ponen preso al gobernador de la plaza general Alvarado, al comandante de marina Vivero y á todos los oficiales. Tomaron por pretexto que no se les pagaba puntualmente, que no se les daban raciones ni transportes para ser conducidos á Chile y Buenos Aires, y que sus oficiales los maltrataban. Ántes de veinte y cuatro horas enarbolaron en las fortalezas del Callao el pabellon español, y dieron libertad á los prisioneros realistas que habia en la plaza. Entre ellos se encontraba el coronel Casariego, que fué asociado en el mando á Moyano. Aquel dió cuenta inmediatamente á los jefes realistas de un suceso de tamaña importancia, que se supo en Jáuja á los diez dias.

El general argentino don Enrique Martínez fué comisionado por Torre-Tagle para recuperar el Callao por medio de negociaciones. En efecto envió parlamentarios, hizo promesas, y usó de cuantos arbitrios le sugiriera su prudencia y penetracion. Mas todo fué en vano. Cien mil pesos pidió Moyano por entregar la plaza; suma que, ó no quiso dar el gobierno, ó no pudo conseguirla como debiera, haciendo los mayores sacrificios. Luego que no se les envió á los sublevados, sus jefes no quisieron admitir mas parlamentarios, y se perdió la esperanza de recuperar fortalezas tan importantes. De nada sirvió, para que los amotinados variasen de opinion, que el vicealmirante Guise atacára con su acostumbrada intrepidez los buques existentes en el puerto. Consiguió quemar la fragata *Venganza*, desmantelada ya, y un bergantin de guerra; pero los facciosos continuaron firmes en su propósito.

El primer oficial realista que entró en el Callao, enviado por el brigadier Rodil que mandaba en Ica una division, fué el teniente coronel don Isidro Aláix. Traía diez mil pesos para repartir entre los rebeldes, y animarlos á sostenerse miéntras llegaban tropas españolas. Los amotinados eran en su mayor parte negros y mulatos, que, roto el freno de la disciplina mi-

litar, se entregaron á los mayores excesos, robando, saqueando y destruyendo cuantas preciosidades y riquezas habia en el Callao. Tales depredaciones no cesaron hasta la ocupacion de los Españoles. Verificóse esta por el brigadier Monet, que bajó de Jáuja con tropas, y por Rodil, los que juntáran en el pueblo de Lurin mas de tres mil hombres. Con esta fuerza ocuparon el Callao en 29 de febrero. El virey ascendió al sarjento Moyano á coronel efectivo, en premio del distinguido servicio que habia hecho á la causa del rey.

Ántes del 9 de febrero recibió el Libertador en Pativilca la funesta noticia de la rebelion de las tropas argentinas que guarnecian el Callao. Hizo en su ánimo la mas profunda sensacion, y la creyó obra de una mano diestra, conducida hábilmente por los Españoles. Él dió las órdenes mas urgentes para ver si podia recuperarse aquella plaza por una contrarevolucion, que mandó promover por cuantos medios fuera posible. Mas poca esperanza tenia de un éxito feliz, pues desde que recibiera tal noticia, aseguró al gobierno de Colombia que infaliblemente se perderian el Callao y la capital de Lima, donde solo habia setecientos hombres de malas tropas. Creía, por consiguiente, que eran perdidos para la causa de la Independencia los almacenes de armas, municiones, y demas elementos militares que encerraba el Callao, así como los buques anclados en el puerto y los recursos de la capital; todo lo cual aumentaria la fuerza y el prestigio de las armas españolas.

Agitada el alma del Libertador por los mas tristes presentimientos, y considerando su posicion y la del sur de Colombia como en extremo arriesgadas, pidió con el mayor encarecimiento prontos y cuantiosos auxilios al gobierno de Bogotá. Catorce ó diez y seis mil soldados veteranos, entre ellos mil llaneros de Venezuela; dos millones de pesos; buenos oficiales de marina; jarcia, lona, hierro y otros aparejos para los buques del Pacífico; crecido número de fusiles, vestuario, equipo, y cuantos elementos de guerra fuera posible: hé aquí las inmensas demandas que desde Pativilca hizo al vicepresidente, como absolutamente indispensables para alejar del territorio de Colombia el formidable azote de la guerra. Aconsejaba tambien que se alarmáran todos los departamentos del sur, disciplinando en ellos un ejército numeroso que pudiera, siempre que

fuese necesario, apoyar las reliquias del ejército colombiano que se retiráran del Perú, en caso de una desgracia, las que serian bien poco numerosas, porque tendrian que atravesar horribles é inmensos desiertos de arenales. Decia, que se viese con el mayor cuidado y atencion la guerra de Pasto, pues tenia las mas alta idea del valor, de la constancia y de la fanática obstinacion de los Pastusos. Juzgaba que, para vencerlos, era preciso que una division de tres mil hombres de los que habia pedido marchára sobre Pasto, á fin de que, unida á la que allí existia, superáran la resistencia que opondrian sin duda sus habitadores en las formidables posiciones que á cada paso les presentan sus montañas.

Los tristes presentimientos del Libertador se fundaban en que los realistas del Perú eran muy superiores á las fuerzas republicanas : tenian aquellos de doce á catorce mil hombres, orgullosos con su disciplina, con dos años de victorias en las excelentes posiciones militares que les brindaba la cordillera, y con el rico y extenso país que dominaban. Bolívar contaba solo cuatro mil Colombianos buenos soldados, y con tres mil Peruanos que se disciplinaban y organizaban en el norte del Perú, pero que no merecian su confianza, por la inmoralidad que entre ellos habian difundido las últimas discordias civiles. Ademas, el territorio independiente yacia postrado en la miseria, arruinados los propietarios y exasperados los pueblos por las contínuas exacciones y el despilfarro de los diferentes gobiernos que se habian sucedido rápidamente.

Cerca de tres mil Colombianos debian llegar por el istmo de Panamá; pero Bolívar no estaba contento con la clase de tropa de que se componia este auxilio, ni con su equipo. Habia muchos reclutas, segun decia, é iban los cuerpos mal vestidos á causa de la pobreza de Colombia.

Hé aquí el estado de los negocios cuando Bolívar recibió un decreto del congreso del Perú, en que le nombraba dictador, con todas las facultades necesarias para salvar la patria, y hasta que él mismo juzgára debia cesar, convocando un congreso constitucional. Dióse este acto el 10 de febrero, y en seguida se disolvió el congreso constituyente, entregando al Libertador la moribunda Independencia de su país.

Bolívar, con una extraordinaría energía de alma, acepta en 13 de febrero la tremenda magistratura que se le encarga, y lo

anuncia á los Peruanos por medio de una proclama, excitando su confianza con los auxilios que les ofrece de las Repúblicas hermanas que volarán á su socorro. « ¡ Peruanos ! les decia, las circunstancias son horribles para nuestra patria : vosotros lo sabeis; pero no desespereis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aun. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos ademas diez mil bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia. ¿ Quereis mas esperanzas ? ¡ Peruanos ! en cinco meses hemos experimentado cinco traiciones y defecciones; pero os quedan contra millon y medio de enemigos catorce millones de Americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas. La justicia tambien os favorece, y cuando se combate por ella, el Cielo no deja de conceder la victoria. »

Una de las primeras providencias del Libertador fué enviar á Lima al general argentino don Mariano Necochea, suficientemente autorizado para que salvase cuanto le fuera posible de aquella capital. Habia dado ántes esta misma comision al general Pinto, quien se excusó á pretexto de enfermedad; y añadió que habiendo perdido los mejores cuerpos de su division por una insurreccion vergonzosa, estaba resuelto á irse á Chile, su patria. Necochea halló á Lima en la mayor confusion y desórden. Los primeros magistrados se habian unido al enemigo; los empleados habian desamparado sus destinos, y los oficiales del ejército sus filas. Torre-Tagle consumó su traicion y la de su pérfido ministro de guerra Berindoaga, antiguo marques de San Donas, llamando á los Españoles para que ocupasen á Lima. Ántes dió una proclama en que trataba al Libertador de tirano y de monstruo, enemigo de todo hombre de bien y de cuantos se oponian á sus miras ambiciosas; concluía excitando á los Peruanos á que se unieran á los Españoles imitando su ejemplo.

En efecto, entraron en la ciudad de Lima el 27 de febrero. El general Necochea se retiró, salvando poco mas de cuatrocientos hombres. Las defecciones en aquellos momentos críticos fueron numerosas. Torre-Tagle y casi todos los miembros de su corrompida administracion, entre ellos el general Portocarrero, se pasaron á los Españoles. Dieron así el segundo ejemplo en el Perú de un presidente traidor: ejemplo funesto, que por fortuna ha carecido de imitadores en las nuevas Repúblicas de

la América ántes española (1). Un regimiento de Granaderos montados de Buenos Aires, que observaba los movimientos de Rodil, se insurreccionó en frente del Callao, y á ejemplo de sus compatriotas se encerró en la plaza, aumentando las fuerzas españolas; unos pocos jefes y oficiales se unieron á Necochea. De mas de cien oficiales sueltos que existian en Lima, se presentaron á Rodil ciento cinco; siendo por consiguiente muy pocos los que animados por los sentimientos de honor y patriotismo marcharon á unirse con el ejército libertador.

Imitando la criminal conducta de los primeros magistrados del Perú, los comandantes Navájas y Ezeta se sublevan con los escuadrones estacionados en Supe y se vuelven á Lima. Lleváronse prisioneros al coronel Ortega y á otros oficiales patriotas, para presentarlos á los Españoles como una recomendacion de su perfidia contra la patria.

Estos sucesos colmaron la medida de las penas que sufria el Libertador, é hicieron su posicion política y militar crítica en extremo. Ligáronse los traidores y los Españoles en una causa comun, para hacer creer al pueblo ignorante que habia cesado la guerra en el Perú, y que en su territorio solo quedaban los únicos enemigos de su felicidad, que eran los Colombianos, en cuya destruccion debian trabajar de consuno todos los hijos del país : idea funesta que podia enajenar contra Bolívar y los Colombianos el ánimo de los pueblos sometidos á su mando. Por fortuna, muchos patriotas Peruanos de influencia se dedicaron á combatir las seducciones de los traidores y de los Españoles, consiguiendo restablecer así la opinion de los pueblos, que aun permanecian fieles á la santa causa de la Independencia americana.

Bolívar, despues de trabajar muy activamente en Pativilca para reorganizar las tropas y los pocos elementos que se habian salvado de la catástrofe de Lima, y para rechazar á los Españoles en caso de que pretendieran avanzar hácia el norte, dispuso acercarse á los acantonamientos de su ejército : se dirigió, pues, á Trujillo en los primeros dias de marzo. Allí recibió la proclama ya menciona de Torre-Tagle en que tanto le calumniaba. Contestóla con otra (marzo 11) dirigida á los pueblos del Perú, manifestándoles que los intereses de Colombia, íntima-

(1) Véase la nota 20ª.

mente ligados á los del Perú, le habian compelido á admitir la odiosa autoridad de dictador. « Yo hubiera preferido no haber venido jamas al Perú, y prefiriera tambien vuestra pérdida misma al espantoso título de *Dictador*. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar.

» ¡Peruanos! vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado á Colombia, á sus bravos y á mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra Independencia. Yo os declaro á nombre de Colombia, y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos á la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa, sereis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados.

» ¡Peruanos! el campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar de la mano la palma de la dictadura; y de allí me volveré á Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú, dejándoos la libertad. »

Escogió Bolívar á Trujillo como centro de sus operaciones, y donde podia recibir con mas facilidad los auxilios pedidos. Supo allí que, á excepcion de los tres mil hombres enviados hasta entónces, el gobierno de Colombia no podia remitir otros sin permiso del congreso, á quien debia pedirlos al punto que se reuniera. Semejante noticia fué para el Libertador un nuevo golpe, acaso tan acerbo como los anteriores. Veía que se hallaba en la necesidad de hacer frente con poco mas de siete mil hombres á catorce mil que podia reunir en Jáuja el general Canterac. Asegurábanle sus espías que este comenzaba á juntar sus fuerzas para marchar sobre los acantonamientos del ejército unido del Perú y Colombia, que eran las provincias de Huanuco, Huamalíes, y Huamachuco. El punto culminante de la gran cordillera, desde el cerro argentífero de Pasco hácia el norte, era el país que mandaba el Libertador. Los realistas ocupaban los valles y provincias situados al sur de aquel alto nudo de la cordillera, de donde nacen el Marañon y el Orolla, afluente del Apurimac.

Siendo tan superiores las fuerzas españolas, y no faltándoles

nada para su equipo, Bolívar juzgaba infalible un ataque. En esta hipótesis era casi seguro perder una batalla, y no podia retirarse sobre el territorio de Colombia, porque mediaban desiertos dilatados en que el ejército debia perecer indudablemente. Era uno de ellos el de Sechura, cubierto de arenales por el espacio de treinta y dos leguas, sin hallarse una gota de agua. Instó, pues, de nuevo y con el mayor encarecimiento en 22 y 31 de marzo al gobierno de Colombia, sobre que se le enviáran con prontitud los socorros pedidos, inclusos mil llaneros de Venezuela para la caballería, de cuya arma solo tenia cuatrocientos. « Si V. E., concluía el secretario general del Libertador, no estuviera tan penetrado de la verdad de que perdido el Perú se pierde el sur de Colombia, y de la imposibilidad de salvar nuestro ejército retirándonos, ya lo habria hecho; pero es imposible que no sea lo primero, y es imposible ejecutar lo segundo. La suerte, pues, de S. E. y del ejército de su mando es invariable : *morir ó triunfar en el Perú* (1). »

Bien hubieran querido el vicepresidente de Colombia y su consejo satisfacer las demandas del Libertador, aunque fueran excesivas, porque veían que las provincias del sur debian defenderse en el Perú, y porque se hallaban altamente comprometidos en sacar al presidente Bolívar de la crítica situacion en que estaba empeñado. Pero, despues del envío de tres mil hombres, el vicepresidente no se creyó autorizado para disponer de trece mil veteranos mas, de seis mil fusiles y de otros elementos militares, de aprestos navales y de dos millones de pesos. En aquellas circunstancias el erario se hallaba exhausto, porque aun se ignoraba si se conseguiria en Europa el préstamo de treinta millones decretado por el congreso de 1823. Tampoco dictaba la prudencia desprenderse de todas las fuerzas de que pudiera disponer el poder ejecutivo, dejando el territorio de Colombia sin defensores. Apoyado en tales fundamentos, la respuesta del vicepresidente fué : « que gobernando constitucionalmente, no podia enviar los auxilios pedidos sin una autorizacion expresa del congreso, del que ya la habia solicitado, y tambien los fondos necesarios para hacer tan crecidos gastos; que tenia el mayor interes en poderlo realizar tan pronto como fuera posible, así por lo que ganaria la causa general de la

(1) Véanse los documentos en la nota 21ª.

libertad é independencia americana, como porque en el Perú se hallaban comprometidas la tranquilidad y defensa de los departamentos meridionales de la República y el nombre del Libertador. »

Santander cumplió sus ofrecimientos promoviendo ante el congreso de Colombia: primero, una leva de cincuenta mil hombres, segundo, la concesion á Bolívar de todos los auxilios que habia pedido de hombres, municiones y demas elementos militares; y tercero, que se le autorizase para hacer de las rentas públicas y de cualesquiera fondos pertenecientes al Estado los gastos necesarios para el completo equipo. Despues de conseguir estos decretos, expedidos en los primeros dias del mes de mayo, comenzaron á hacerse con actividad los preparativos, á fin de enviar á Bolívar socorros prontos y eficaces de tropas y de todo lo demas que habia pedido.

Estas operaciones exigian tiempo, y las del Perú demandaban la mayor prontitud, porque los Españoles estaban listos para abrir la campaña. Mas la fortuna de Bolívar no le abandonó en aquellas circunstancias, que eran tan difíciles. Habíase decretado que la América del Sur fuera independiente, y el Libertador era el instrumento escogido por la Divina Providencia para llevar á cabo empresa tan grandiosa. Salieron, pues, fallidos los cálculos que él mismo habia formado, de que los realistas le atacarian por lo ménos con doce mil hombres en los primeros meses del año, cuando aun no habria podido reorganizar, aumentar y disciplinar su ejército. Esta falta de los jefes españoles salvó la Independencia del Perú del inminente riesgo que la amenazaba, y á Colombia de nuevos combates en sus desolados campos.

La causa principal de la apatía y poca decision que manifestaron los jefes realistas en los meses de abril, mayo y junio, fué la ruidosa desavenencia ocurrida entre el virey Laserna y el general don Pedro Antonio Olañeta, que mandaba en el Alto-Perú. Hallábase exasperado por varios desaires que le habian hecho Laserna, Canterac y otros jefes españoles de los que vinieron últimamente á las playas del Perú; despreciaban estos á los que habian hecho la guerra ántes de su arribo, porque no sabian la táctica moderna, aun cuando hubieran prestado servicios muy distinguidos á la causa de la madre patria. Respecto de Olañeta habia otra razon; era la de que este fué comerciante,

profesion que continuára despues que abrazó la carrera militar como guerrillero realista. Habíanselo permitido las diferentes autoridades que rigieron al país, considerando que así Olañeta como sus numerosos agentes en el Alto-Perú hacian grandes servicios, comunicando noticias y proveyendo á la subsistencia de las tropas reales. Sin embargo el virey Laserna puso coto y algunas trabas á las operaciones comerciales del general Olañeta, y esto acabó de enajenar su ánimo.

En los últimos dias del año anterior principió Olañeta á ejecutar por sí solo operaciones que no eran de un vasallo sumiso, batiendo al general La Hera, gobernador del Potosí, y al brigadier Maroto, que mandaba en la provincia de Chárcas; ambos tuvieron que abandonar sus gobiernos, y habiendo seguido el partido de Olañeta el coronel don Francisco Valdes, apellidado el Barbarucho, y el gobernador de la provincia de Santa Cruz de la Sierra don Francisco Aguilera, quedó dueño de todo el Alto-Perú desde el Desaguadero.

Para colorir su atrevida empresa, decia Olañeta que el virey era un intruso que tenia el proyecto de establecer un imperio independiente que se extenderia desde Túmbez hasta Túpiza; plan que tambien se habia atribuido por los exaltados realistas á Abascal y al general Goyeneche. Añadia Olañeta que siendo decididos sostenedores de la constitucion española los jefes Laserna y sus tenientes, no reconocerian al rey Fernando en la plenitud de su poder luego que la recuperase. En efecto, supo este acontecimiento por la via de Buenos Aires, y con grande solemnidad proclamó en 21 de febrero en la ciudad de Chárcas ó Chuquisaca á Fernando VII como rey absoluto.

El virey habia destacado contra Olañeta al general don Jerónimo Valdes á la cabeza de una brillante division, compuesta de cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos piezas de montaña. En su marcha al Alto-Perú supo Valdes el pronunciamiento de Olañeta por el rey absoluto; creyendo ganarle hizo lo mismo el 29 de febrero: disposicion que aprobára el virey. Empero de nada sirvió tal paso, ni una entrevista que tuvo con Olañeta. Mantúvose este firme en que él solo debia mandar política y militarmente en las provincias del Alto-Perú. Decia que Laserna y todos sus lugartenientes habian cesado en sus destinos por el decreto de Fernando VII, dado en el puerto de Santa María en 1º de octubre, declarando abolido é insubsistente

todo cuanto se hubiera hecho en el tiempo que rigió la constitucion de 1812. Por una condescendencia ofrecia Olañeta reconocer á Laserna como virey de Lima, siempre que este reconociera tambien su autoridad en el Alto-Perú, que ántes correspondia al vireinato de Buenos Aires. No se conformó el virey con estas condiciones, y dió á Valdes órdenes terminantes para abrir la campaña, si Olañeta no se sujetaba á « presentarse en el Cuzco con sus principales partidarios, á fin de que fueran juzgados, con arreglo á las leyes, los que hubieran sido causa de tan escandalosas desavenencias. »

Principióse en consecuencia la guerra el 20 de junio, para la cual tenia ya Olañeta preparados en varios cuerpos cerca de cuatro mil hombres, mandados por valientes jefes que opusieron á la actividad y pericia militar de Valdes la mas vigorosa resistencia. Distraido el ejército real por la discordia civil, no pudo marchar hácia el norte á destruir al denodado y activo caudillo de la Independencia.

Persuadido el Libertador de que tardarian mucho en arribar al Perú los socorros de toda especie que habia pedido á Colombia, y estando aun incierto de que se le enviáran, se decidió á obrar con la mayor prontitud y decision, sacando del país que mandaba todos los recursos que pudiera. Usando, pues, de la plenitud de facultades anexa á la dictadura que ejercia, y desplegando la actividad y los resortes de su poderoso genio, hizo prodigios en poco tiempo. Auxiliado por los generales Sucre, Lamar, Santa Cruz (1), Necochea, Miller, Lara, Córdoba y otros varios jefes y oficiales, consigue restablecer en dos meses la moral del ejército unido : le aumenta desde siete á nueve mil quinientos hombres de toda arma, le disciplina é infunde á sus cuerpos el noble orgullo de los Colombianos, que tantos laureles habian segado en los campos de batalla. Este mismo espíritu patriótico y de una confianza ilimitada en los talentos y en la fortuna del Libertador, se comunica á los pueblos del norte del Perú. No hubo linaje de sacrificio que no hicieran en aquella época gloriosa para romper las cadenas que los ataban á la

(1) Despues que Santa Cruz habia cometido tantos desaciertos, entre los cuales se contó el de haber hostilizado al Libertador, declarándose partidario de Riva-Agüero, se retiró avergonzado á Piura. Bolívar, siempre generoso, le llamó á su lado, y le hizo jefe del estado mayor general.

España. El ejército del Perú y Colombia fué vestido, pagado en parte y alimentado competentemente por dichos pueblos, que dieron tambien caballos para los jinetes, y todas las caballerías necesarias para que tuviera una completa movilidad.

Satisfecho Bolívar de la brillante actitud de su ejército, y del excelente espíritu de que le veía animado, é impuesto ademas de las ruidosas disensiones que existian entre el virey Laserna y el general Olañeta, contra el cual habia marchado una parte considerable del ejército real, determina buscar al enemigo y presentarle batalla. Dicta, pues, las órdenes convenientes para que los diferentes cuerpos se pongan en movimiento, el que principia en mayo. Doscientas leguas tenian que marchar algunos batallones situados en Cajamarca, y todos debian atravesar las heladas y escarpadas cimas de la gran cordillera ántes de llegar al cerro de Pasco, punto designado para la reunion general de las fuerzas independientes.

El general Lamar regía en jefe las tropas del Perú. La primera division de Colombia estaba á las órdenes del general Lara, y la segunda á las de Córdoba. Gobernaba toda la caballería el general Necochea. Miller dirigia particularmente la del Perú, y Carbajal la colombiana. Don Andres Santa Cruz era jefe del estado mayor general libertador, y Sucre general en jefe del ejército unido bajo las órdenes de Bolívar. Tenia este á su lado, para todos los negocios civiles y políticos en clase de ministro general, á don José Sánchez Carrion.

Componíase el ejército de once batallones de infantería, los siete colombianos (1) y cuatro del Perú, de dos regimientos y cinco escuadrones de caballería, con seis piezas de artillería volante. De los nueve mil quinientos hombres, los mil doscientos eran jinetes y ocho mil trescientos infantes, fuera de mil quinientos de guerrillas llamadas en el Perú *Montoneros*, que iban á la retaguardia á las órdenes del general Correa. En un dia de batalla el ejército podia presentar de siete mil quinientos á ocho mil soldados efectivos.

En todo el mes de junio pasaron los cuerpos los horribles desfiladeros que presentan las altas cimas de los Ándes. Al fin

(1) Eran sus nombres: Carácas, Pichincha, Voltíjeros, Bogotá, Rífles, Vencedor y Várgas; un regimiento de Granaderos y tres escuadrones de caballería.

llegó el Libertador á Huanuco (junio). Los cuerpos siguieron sus marchas por escalones, ocupando la vanguardia la division Córdoba, el centro Lamar, y Lara la retaguardia. Entre tanto la actividad del general en jefe Sucre preparaba todo por donde quiera para proveer al ejército unido de cuanto podia necesitar hasta Pasco, sin embargo de que debia recorrer un país tan frio como desierto, empobrecido por la guerra y las contínuas exacciones.

Canterac mandaba en Jáuja el ejército que debia oponerse á Bolívar. Constaba de ocho batallones y nueve escuadrones, con una fuerza que excedia de siete mil hombres. Habíase disminuido por las guarniciones de Lima y del Callao. Era, es cierto, inferior en número á las tropas independientes; empero se componia en su mayor parte de soldados antiguos, mandados por excelentes jefes, orgullosos con la serie no interrumpida de sus triunfos. Así el choque de estos adversarios debia ser violento, é inmensas las consecuencias en favor del que obtuviera la victoria.

El Libertador tenia ya las esperanzas mas lisonjeras de triunfar de los Españoles. Á pesar de esto, proporcionó sus marchas de tal suerte, que se abriera la campaña en los primeros dias de agosto. Con este designio dispuso que los diferentes cuerpos se reunieran en el cerro de Pasco en los últimos dias de julio; él llegó á esta villa el 29.

Aunque Bolívar se hallaba ocupado casi exclusivamente en la importante campaña del Perú, no perdia de vista todos los acontecimientos que podrian afectar la suerte de Colombia. La guerra de Pasto era lo que llamaba principalmente su atencion. Ya hemos referido las indicaciones que hizo al poder ejecutivo para llevarla á una feliz terminacion. Esta aun no se habia conseguido, y una division de dos mil Colombianos estaba ocupada sin descanso en perseguir á los facciosos que se defendian con su acostumbrado valor y tenacidad. Diéronse á los rebeldes mas de doce combates casi generales, fuera de multitud de pequeñas acciones, en que se vertió mucha sangre así de los Pastusos como de los soldados colombianos. Distinguiéronse en aquella guerra el coronel Farfan, comandante del batallon Yaguachi, Palláres del de Quito, Calderon, Jiménez y Herran, con otros varios jefes y oficiales.

Flórez, usando á veces de lenidad y en otras de rigor, consi-

guió atraer y que se acogieran al indulto los capitanes de los rebeldes, Guerreros, Delgados, Espejo, Ordoñez, Tórres, Erazo, Vélez, Puente y Díaz, con otros subalternos. Algunos se unieron á las tropas de la República, y prestaron servicios importantes. Doscientos soldados pastusos sirvieron en nuestras filas, y acreditaron su fidelidad.

Por una activa persecucion, Flórez y los diferentes destacamentos que mandaba aprehendieron á casi todos los demas cabecillas, que pagaron sus delitos en un patíbulo. Á los fabricantes de armas, pólvora y otros artículos de guerra se les arrojó fuera del país y á provincias distantes donde no fomentáran la rebelion con su industria.

Viéndose perdidos Agualongo y otros facciosos principales, se dirigen á la costa del Pacífico por el camino del Castigo. Era su objeto sorprender la ciudad de Barbacóas, para hacerse á armas, municiones y caudales; revolucionar las cuadrillas de esclavos que pueblan las minas del Chocó; ponerse en comunicacion con algunos cabecillas que aun existian sobre las armas en la provincia de los Pástos; y tener, por último, un puerto para escaparse. En efecto consiguen penetrar el 1° de junio con cien hombres hasta aquella ciudad. El comandante de la provincia, teniente coronel Tomas Cipriano Mosquera, aunque solo tenia cuarenta hombres, hizo una brillante defensa, en que recibe una peligrosa herida que le despedaza la quijada inferior. Sin embargo de esto rechaza á los facciosos, que en el combate incendian algunas casas. Hallándose todas cubiertas con paja, en breve las devora el fuego. Allí murió Jerónimo Toro, que tantos males habia hecho en el valle de Patía como guerrillero.

Batidos Agualongo y sus compañeros, tomaron hácia Pasto por el mismo camino. Con la noticia de su contramarcha, ya el comandante de la línea del Mayo, José María Obando, habia dirigido á su encuentro cien hombres, mandados por el capitan Manuel María Córdoba. Debia este colocarse en el punto del Castigo, paso que era indispensable porque no habia otro; uniósele el mismo Obando. Desde allí observaron que Agualongo venía por Nechao con ochenta y siete hombres. En el momento dió Obando sus disposiciones para atacarlos: viendo esto los facciosos, se dispersaron en el bosque. Persiguióseles, y al siguiente dia, 24 de junio, se consiguió la aprehension del titulado general Agualongo,

del coronel Joaquin Enríquez, y de los capitanes Francisco Teran y Manuel Insaurte con doce hombres mas. El resto de los facciosos pudo escaparse junto con el malvado capitan negro Francisco Angulo, designado por Agualongo para gobernador de Barbacóas. Mas de cuarenta de aquella gavilla, ó fueron muertos ó perecieron de hambre; los demas cayeron prisioneros. Distinguiéronse en esta ocasion el capitan Córdoba, el de igual clase Romualdo López y el teniente Domingo Tórres.

Á Agualongo, Enríquez, Teran é Insaurte se les juzgó en Popayan breve y sumariamente: fueron pasados por las armas en castigo de sus crímenes y de tanta sangre como habian hecho derramar en aquella larga y desastrosa insurreccion. El cabecilla Benavídes en la provincia de los Pástos y Francisco Angulo en los valles de Taminango sostuvieron la rebeldía algun tiempo mas.

La suerte del otro cabecilla principal, don Estanislao Merchancano, fué igualmente funesta. Presentóse á uno de nuestros comandantes en el pueblo de la Cruz, que le remitió á Pasto. Quitóle allí la vida un sarjento en una riña que promoviera adrede para matarle, segun se dijo, por órdenes de Flórez, y como uno de los jefes principales de la faccion.

Con la muerte de estos dos célebres revoltosos y de otros muchos que habian perecido en un suplicio, quedó enteramente pacífico el canton de Pasto; pero destruidos sus ganados, su agricultura y las pequeñas manufacturas de lana, que ántes se alimentaban con los vellones de las ovejas que desaparecieron. Multitud de vidas y la destruccion casi absoluta de los bienes muebles fueron los grandes males que atrajeron á aquellos pueblos el fanatismo religioso, el político por la Monarquía y su funesta ignorancia. El departamento del Ecuador, que llevára casi solo el peso de tan dilatada guerra, padeció sobre manera en las propiedades de sus moradores y por los reclutas que diera.

CAPÍTULO VIII.

Temores sobre la conducta de Francia respecto de las nuevas Repúblicas. — Conferencia entre Mr Canning y el príncipe de Polignac. — Declaracion del gobierno de los Estados Unidos acerca de los nuevos Estados. — Anuncios repetidos de una expedicion española y francesa. — Seguridades que da el gobernador general de las Antillas francesas ; se desconfia del mensajero Mr Chasseriau. — Circular del gabinete de Madrid para reunir una conferencia en Paris. — Contestacion del gobierno de la Gran Bretaña. — No se junta la conferencia. — Decreto del rey Fernando sobre el comercio con sus colonias ; ningun efecto produce. — Comisionados británicos en Bogotá. — Parte con los informes el coronel Campbell. — Títulos defectuosos de los cónsules ingleses. — Tienen igual defecto los de los Países-Bajos. — El gobierno español envia una escuadrilla al Pacífico. — Pierde la corbeta *Céres.* — Se arregla el negocio del empréstito de Zea. — Contrátase otro préstamo de veinte millones de pesos ; condiciones ventajosas á que se obtiene. — Reunion del segundo congreso constitucional de Colombia. — Mensaje que pasó el vicepresidente de la República. — Várias leyes importantes que dicta. — Reforma el decreto legislativo sobre facultades extraordinarias conferidas al Libertador presidente en campaña. — Partidos que se forman en el Congreso. — Termina *El Venezolano,* periódico que aboga por el sistema federativo. — Providencias que se dictan para restablecer la tranquilidad alterada en los Llanos de Venezuela. — Males que causan varios guerrilleros realistas. — Sublevaciones en Guayana, Barcelona y Margarita. — Alarma que produce un ataque contra Petare. — Apuros fiscales del gobierno colombiano. — Se reciben los primeros productos del empréstito extranjero. — Expedicion auxiliar al Perú ; su arribo á Guayaquil. — Escuadra española en el Pacífico : combate indeciso que traba con la republicana ; esta viene á repararse en Guayaquil. — Dificultades y gastos que causa. — El Libertador pasa revista á su ejercito cerca de Pazco ; entusiasmo de las tropas. — Se mueve el general Canterac. — Accion de Junin ventajosa á los independientes. — El ejército español se retira al sur del Apurimac ; pérdidas que sufre. — Bolívar marcha á la costa de Lima en busca de auxilios. — Recibe con disgusto la derogacion de sus facultades extraordinarias. — Sucre es nombrado general en jefe del

ejército colombiano auxiliar del Perú. — Combates entre los generales españoles Valdes y Olañeta. — El primero regresa al Cuzco. — El virey Laserna marcha contra los republicanos; estos se retiran. — Los realistas les cortan la retirada ocupando á Huamanga. — Derrota en Lima del coronel Luis Urdaneta. — Operaciones del Libertador en la costa y en Lima. — Circular sobre el congreso americano. — Maniobras del virey para envolver al ejército unido. — El general Sucre pasa el rio Pámpas, burlando á los Españoles. — Descalabro que sufre en Corpahuáico. — Deserciones en el ejército real. — Bajas numerosas en el independiente. — Los jefes de ambos ejércitos se deciden á dar una accion general. — Batalla de Ayacucho; la pierden los realistas. — Capitulacion honrosa que les concede Sucre. — Se entrega todo el Perú al norte del Desaguadero. — Recuerdos sobre la conquista española. — Tambien se entregan los buques de guerra. — El brigadier Rodil se obstina en defender el Callao. — El Libertador pide una parte de la expedicion auxiliar que se halla en via. — Desmanes del vicealmirante Guise en Guayaquil. — Se le envia preso al Perú; acto que resulta conforme á las órdenes de Bolívar. — Inconsecuencia de este respecto de la expedicion auxiliar. — Grandes pérdidas que sufren las tropas en Guayaquil. — Asesinato de Mônteagudo en Lima. — Reunion del congreso peruano. — Bolívar renuncia la dictadura. — Acéptala de nuevo. — Honores y recompensas que decreta el mismo congreso. — Comision que envia á Colombia. — El Libertador no admite para sí un millon de pesos; otro se manda repartir al ejército unido. — Sucesos militares en el Alto-Perú. — Muerte del general Olañeta y entera libertad del país. — Bolívar marcha de Lima á visitar las provincias de la Sierra hasta el Alto-Perú.

Año de 1824. — El encadenamiento de los sucesos militares ocurridos en Colombia y el Perú hasta la mitad de este año, nos ha impedido el ocuparnos en referir varios acaecimientos importantes sucedidos del otro lado de los mares, y que tienen íntima relacion con nuestro propósito. Emprenderémos ahora narrarlos volviendo un poco atras.

Dijimos ántes que Fernando VII habia sido restablecido por un ejército frances al ejercicio de su poder absoluto. Despues de este acontecimiento existian en aquella época dudas fundadas sobre la conducta que observaria la Francia respecto de las antiguas colonias de la España. Era probable que el gobierno de S. M. Cristianísima quisiera auxiliar al rey Fernando para someter de nuevo á su dominio, por lo ménos algunas de sus vastas posesiones de Ultramar. Parece que el gabinete frances no se resolvió al fin á dar este paso, al que le llamaban sus relaciones de familia y sus simpatías con la casa reinante de

España, y que temió las consecuencias que probablemente podian seguirse. Manifestóse esto con claridad por la minuta de una conferencia tenida el 9 de octubre anterior entre Mr Canning y el príncipe de Polignac, embajador de Francia en Lóndres. Despues de indicarle el primero las miras de la Inglaterra sobre el reconocimiento que se veria obligada á hacer no muy tarde de los nuevos Estados de la América ántes española, declaró el segundo que su gobierno juzgaba que no habia esperanza de reducir por las armas á las antiguas colonias de la España, y que la Francia en ningun caso pensaba obrar por la fuerza contra dichas colonias, ni apropiarse ninguna parte de ellas. Las declaraciones claras y terminantes hechas anteriormente por el gobierno de S. M. Británica sin duda impusieron respeto al frances. Uniéronse á estas y las robustecieron las que diera el gobierno de los Estados Unidos.

El presidente de dicha República dijo en su mensaje presentado al congreso de la Union en 2 de diciembre de 1823 aquestas notables palabras. « En las guerras de las potencias europeas sobre puntos que se refieren á ellas mismas, nosotros jamas hemos tomado la menor parte, ni conviene á nuestra política el hacerlo. Es solo cuando nuestros derechos son invadidos y sériamente amenazados, que sentimos las injurias y hacemos preparativos para la defensa. Con los movimientos de nuestro hemisferio estamos por necesidad mas inmediatamente conexos por causas que son claras á cualquier observador ilustrado é imparcial. El sistema político de las potencias aliadas de Europa bajo de este respecto es esencialmente diverso del de América. La diferencia procede de la que ya existe en sus respectivos gobiernos. Toda nuestra nacion se sacrificará en defensa de su gobierno, que se estableció con la pérdida de tanta sangre y de tantos tesoros, y que se ha madurado por la sabiduría de nuestros ciudadanos mas ilustrados y bajo del cual hemos gozado de una felicidad sin ejemplo. Debemos por tanto á la franqueza y á las relaciones amigables ya existentes entre los Estados Unidos y las potencias aliadas el declarar : — que nosotros considerarémos cualquier intento de su parte para extender su sistema á cualquiera porcion de este hemisferio, como peligroso á nuestra paz y á nuestra seguridad. Nosotros de ningun modo hemos intervenido ni intervendrémos en los negocios de las colonias existentes ó dependencias de cualquiera potencia euro-

pea; pero con los gobiernos que han mantenido y declarado su Independencia, la que hemos reconocido por grandes consideraciones y justos principios, no podrémos mirar cualquiera intervencion de alguna potencia europea con el designio de oprimirlos ó de violentar de cualquiera otro modo sus destinos, bajo de otro respeto que como una manifestacion de disposiciones enemigas hácia los Estados Unidos. En la guerra entre los nuevos gobiernos y la España, declaramos nuestra neutralidad al tiempo de reconocer su Independencia; nos hemos adherido á este principio y continuarémos del mismo modo, con tal que no ocurra alguna mudanza que á juicio de las competentes autoridades de este gobierno exija hacer alguna variacion de parte de los Estados Unidos, como indispensable para su seguridad.

» Nuestra política con respecto á Europa, la que adoptamos desde el principio de las guerras que por tan largo tiempo han agitado aquella parte del globo, permanece sin embargo la misma, y es: — « no intervenir en los intereses domésticos de ninguna de las potencias; considerar al gobierno de hecho como legítimo gobierno para nosotros; cultivar relaciones amigables con él, y conservar estas relaciones por medio de una política franca, firme y varonil, oyendo en todo caso las justas pretensiones de cualquiera potencia, pero no sometiéndonos á los agravios de ninguna. » Mas por lo que toca á estos continentes, las circunstancias son eminente y manifiestamente diversas. Es imposible que las potencias aliadas extiendan su sistema político á cualquiera porcion de la América del Sur ó del Norte, sin poner en peligro nuestra paz y nuestra felicidad; y ninguno puede creer que nuestros hermanos del Sur, si se les deja usar de su propia voluntad, quieran adoptar voluntariamente aquel sistema. Es, por tanto, igualmente imposible que nosotros miremos con indiferencia tal intervencion bajo de cualquiera forma que se haga. Si observamos las fuerzas comparativas y los recursos de la España y de los nuevos gobiernos, así como la distancia que los separa, es claro que la primera jamas puede sujetar á los últimos. Por tanto, la verdadera política de los Estados Unidos es dejar solas á las partes contendoras, con tal que las demas potencias sigan la misma línea de conducta. »

La enérgica y firme declaracion de la política que observarian los Estados Unidos en las grandes cuestiones que se ventilaban,

digna del jefe de un gran pueblo que tenia mucho interes en que se consolidára la Independencia de las colonias españolas, y de que los principios republicanos se extendieran por toda América, hizo en Colombia la mas agradable sensacion; fué tenida, por tanto, en grande estima y como una garantía de que la Francia no intentaria subyugarnos, como se temió entónces.

Á pesar de tales motivos de seguridad que no se conocian generalmente, mas de una vez hubo en este año fuertes alarmas en los departamentos y provincias litorales, ocasionados por noticias esparcidas de que en Francia y en España se aprestaban escuadras y soldados, con el fin de sujetar alguno de los nuevos Estados de la América del Sur. Llegóse á decir el número de hombres embarcados, que se hacía subir á muchos miles, y los buques de guerra que los convoyaban; que el general Moráles se preparaba en la isla de Cuba para embarcar tropas que aumentáran la expedicion, cuyo destino se aseguraba ser Colombia. Fueron aquellas noticias perjudiciales en extremo: ellas causaron gastos crecidos, y mas de una provincia fué declarada de asamblea ó se publicó la ley marcial, á fin de oponerse á la invasion que se juzgaba próxima y peligrosa.

Sabiendo estos motivos de alarma el conde de Doncelot, gobernador general de las Antillas francesas, envió un buque de guerra con oficios dirigidos á los jefes de Cumaná, la Guáira, Carácas, Cartagena y otros puntos marítimos de Colombia. Asegurábales en estas cartas que el sistema de su gobierno era observar una estricta neutralidad en la guerra que los nuevos Estados de la América ántes española sostenian contra su metrópoli, deseando siempre que se terminára por una paz durable y conforme á los intereses de las partes beligerantes; que el gobierno de S. M. Cristianísima anhelaba por nuestra felicidad y prosperidad, y por ver establecidas relaciones de amistad y comercio con los nuevos gobiernos. Decia, finalmente, que las fuerzas marítimas y terrestres arribadas á la Martinica solo tenian por objeto mantener la tranquilidad de las colonias francesas, protegiendo su comercio y el de las otras naciones contra las depredaciones de los corsarios.

Sin embargo de las mencionadas protestas, no se confiaba mucho en la sinceridad de la Francia. Contribuyó á esto que el comisionado para conducir los pliegos era M. Chasseriau, bien

conocido en Venezuela y en la Nueva Granada. Creyóse que un hombre tan astuto se habia escogido de intento como un espía. Donde quiera se desconfió de él, y los papeles públicos denunciaron su visita como sospechosa. Si traía proyectos, nada pudo conseguir, porque se observaron cuidadosamente sus pasos. Despues de esto hubo todavía momentos en que se daba como infalible una expedicion francesa y española; pero al fin desaparecieron los temores y se restableció en Colombia la tranquilidad respecto de la Francia.

Poco despues que el gabinete de Madrid fué organizado por Fernando VII, dirigió una circular á los embajadores que tenia en las cortes de Francia, Austria y Rusia, á fin de que la pasáran á los respectivos ministros de Estado. Invitábase por ella á dichos soberanos, como aliados íntimos de la España, á reunir en Paris una conferencia con el objeto de que sus ministros, asociados con los del rey católico, pudieran ayudar á la España á arreglar los negocios de sus colonias rebeldes de América. Se indicaba que al examinar la España dicha cuestion en consorcio con sus poderosos aliados, meditaria sobre las alteraciones que los acontecimientos habian producido en las provincias de América, y las relaciones que durante los desórdenes habian formado estas con las naciones comerciantes, á fin de adoptar por su medio y con buena fe las medidas mas propias para conciliar los derechos y justos intereses de la corona de España y su soberanía, con aquellas circunstancias que pudieran haber sobrevenido respecto de otras naciones. « S. M., terminaba la nota, confiando en los sentimientos de sus aliados, espera que le ayudarán á conseguir el digno objeto de sostener los principios de órden y legitimidad, cuyo trastorno, principiado una vez en América, se comunicará inmediatamente á la Europa, y que ellos le ayudarán al mismo tiempo á restablecer la paz entre esta parte del globo y sus colonias. »

Dicha circular se pasó tambien al ministro de la Gran Bretaña en Madrid, quien la envió sin tardanza á su gobierno. El secretario de relaciones exteriores Mr Canning contestó en 30 de enero una larga nota, en que se denegaba á concurrir á la conferencia propuesta, y recapitulaba todos los buenos oficios que en distintas épocas habia prestado el gobierno ingles á la España, para transigir las diferencias con sus antiguas colonias, sin que el gabinete de Madrid hubiera jamas fijado una base de aveni-

miento, ni ofrecido variar por su parte el sistema colonial, que era ya absolutamente inaplicable á las nuevas relaciones que se habian establecido entre las provincias americanas y otros países; que la Gran Bretaña estaba íntimamente persuadida que toda mediacion respecto de las colonias españolas que no estuviese fundada en la base de Independencia, sería inútil; que en tales circunstancias, y habiendo formado los súbditos británicos extensas relaciones con las colonias que tenian gobiernos *de hecho*, el de S. M. debia proteger aquellas relaciones, nombrando cónsules para diferentes puertos y lugares, medida que se habia diferido por delicadeza y consideracion hácia la España, la que se le comunicaria oportunamente en caso de tomarse; que el reconocimiento de los *gobiernos de hecho* establecidos en las colonias que se habian separado de la madre patria, pendia de várias circunstancias, pero que no se podia diferir por mucho tiempo; que la Inglaterra celebraria que la España, aprovechándose de las circunstancias, emprendiera una negociacion, la que apoyaria la Gran Bretaña, en que concediendo la base de la Independencia, la madre patria consiguiera para sí de sus antiguas colonias ventajas comerciales superiores á las que se concedieran á las demas naciones. Añadia la expresada nota que la Inglaterra no pretendia obtener ventajas ni privilegios exclusivos de comercio, sino libertad igual con las otras naciones. Mas que si la España se adheria á su antiguo sistema prohibitivo, ó queria emplear auxilios extranjeros para restablecer su dominio sobre estos países por la fuerza de las armas, debia tener entendido que la Gran Bretaña tomaria inmediatamente su determinacion, reconociendo la Independencia de aquellos nuevos Estados que hubieran hecho mas progresos en el establecimiento de un gobierno regular, lo que oportunamente se avisaria á la España.

Tan importante comunicacion se dirigió en copia á los respectivos ministros de las potencias europeas y á los Estados Unidos de América. El ministro Canning queria que todos sus pasos en una cuestion de tamaña importancia fuesen conocidos de los gobiernos á quienes podian interesar. Acaso esta conducta y la firmeza del lenguaje usado por el gobierno británico impidieron que se juntára la conferencia de Paris, que no se realizó, ó cuyo resultado no viera la luz pública.

El rey Fernando VII, queriendo acaso detener el curso que

habia indicado la Inglaterra, que seguiria en su conducta sobre el reconocimiento de las provincias de América, como se las llamaba entónces, expidió un decreto el 9 de febrero. Disponíase en él que los dominios españoles de Ultramar pudieran comerciar directamente con los vasallos y dominios de aquellos soberanos extranjeros que fueran aliados ó amigos de la España, y que los buques mercantes de estas potencias serian admitidos en los puertos de América lo mismo que en los de Europa. Añadíase que se daria un decreto con fuerza de ley arreglando este comercio y estableciendo las ventajas que se concederian al comercio, navegacion, agricultura é industria de la madre patria. « Los Españoles americanos, decia el rey Fernando, verán en esta resolucion una nueva prueba de mis ardientes deseos de aumentar su prosperidad, los Españoles europeos mi firme resolucion de asegurarles las franquicias y privilegios á que tienen derecho; los traficantes de buena fe de todos los países la intencion de conservar y favorecer las relaciones mercantiles existentes y el empleo ventajoso de sus capitales; y últimamente, los soberanos y Estados amigos y aliados un testimonio público de lo que aprecio la conservacion de la armonía y buena inteligencia que nos une (1). »

Ningun provecho sacó Fernando VII de este decreto, arrancado tarde por la fuerza de las circunstancias, y con el cual pretendia impedir que las naciones comerciantes reconocieran la Independencia de las antiguas colonias de España. Los nuevos Estados que la habian declarado ya, no hacian caso alguno de las tardías concesiones de comercio libre que les brindaba el déspota español, por cuyas órdenes se habian sacrificado tantas ilustres víctimas en Venezuela y en la Nueva Granada. La Inglaterra se aprovechó de aquel decreto en las islas de Cuba y Puerto-Rico. En todo el vasto continente ya no mandaba Fernando VII; el valor y la constancia de sus moradores habian roto para siempre los vínculos que por tres siglos los mantuvieran unidos á la madre patria. La Gran Bretaña continuó, pues, sus tratos con los países insurreccionados, decidida como lo estaba á reconocer la Independencia de algunos de estos.

Con tal designio fué que habia escogido comisionados y cón-

(1) Este retazo se ha traducido del ingles por no haberlo conseguido en su original.

sules para Colombia. Los primeros eran el coronel Pedro Hamilton y el teniente coronel Patricio Campbell; luego arribó á Bogotá el cónsul general Jámes Henderson, tercer miembro de la comision británica. El 8 de marzo fueron presentados los dos primeros al vicepresidente de la República como agentes confidenciales del gobierno de Su Majestad Británica. El comisionado Hamilton llevó la palabra y dijo: que era su mas ardiente deseo que la comision enviada por el rey de Inglaterra cerca de la República de Colombia produjera los medios de establecer entre los dos países una *alianza* sólida y firme, y que no veía obstáculo para que este objeto se pudiera conseguir. Despues de manifestar la admiracion que tenia el pueblo británico por los grandes sacrificios que habia hecho Colombia á fin de conquistar su Independencia, y el interes que tomaba por el bienestar y la prosperidad de la República, añadió: « Se dice, Señor, que la Francia desea auxiliar á la España para la reconquista de estos países. Que el pueblo de Colombia no tenga cuidado de semejante invasion, porque en la Gran Bretaña encontrará un amigo firme y constante. »

El reconocimiento de la Independencia estaba pendiente de los informes que enviára la comision. Sus miembros fueron obsequiados por todas las autoridades principales de la capital, y se les dieron cuantos medios necesitaron á fin de que pudieran trasmitir á su gobierno informes exactos sobre el estado del país, y acerca de la regularidad con que marchaba el gobierno establecido. Reunidos los documentos, el comisionado Campbell siguió para Inglaterra conduciendo los informes. Los señores Hamilton y Henderson permanecieron en Bogotá.

El título de Henderson para cónsul general no obtuvo el *Ejecútese* del gobierno, porque no estaba en forma; pues decia — « ser nombrado cónsul general para la provincia de Colombia y sus dependencias; concluía rogando á las personas que tuvieran autoridad en el país que le reconocieran por tal cónsul general. » Ni una sola vez nombró el ministro británico, por quien solamente se hallaba firmado, á la República de Colombia. Los títulos que traían los cónsules ingleses para Cartagena y Panamá iban dirigidos á las autoridades locales sin contar con el poder ejecutivo de la República; irregularidad que aun era mayor. El vicepresidente negó el pase á dichos títulos expedidos de esta manera, ora porque se juzgára que en nuestra Repú-

blica no se conocian las fórmulas diplomáticas, ora porque el gabinete británico no quisiera aun reconocer á Colombia. El gobierno, sin embargo, para dar pruebas de que deseaba estrechar sus relaciones con el de la Gran Bretaña, permitió que los cónsules ingleses pudieran hacer sus reclamaciones oficiales y proteger los intereses británicos. Este partido agradó á los comisionados.

La misma conducta siguió poco despues el vicepresidente de Colombia con el caballero de Quartell, comisionado por el gobernador y almirante de Curazao en virtud de órdenes expresas del rey de Holanda. El comisionado manifestó los buenos sentimientos de aquel monarca para con la República de Colombia, y sus deseos de establecer y cultivar relaciones de amistad y comercio que fuesen benéficas á ambos Estados. El vicepresidente aceptó con gratitud la manifestacion de tales sentimientos, protestando la reciprocidad. Mas habiendo exigido el comisionado que se pusiera el *Ejecútese* á los títulos de cónsules que habia expedido el mismo gobernador de Curazao, se le negó esta solicitud como opuesta á la práctica de las naciones. Se le permitió, sí, establecer agentes de comercio, que cuidáran los intereses de los súbditos del rey de Holanda.

Los rápidos progresos de la causa de Independencia no desalentaban enteramente á la España, que hacía aun algunos esfuerzos para mantener su predominio en la América del Sur. Envió en los primeros meses de este año el navío *Asia* y el bergantin *Aquíles* al Pacífico, en auxilio del gobierno real del Perú. Bien poco podia adelantar con este pequeño refuerzo; pero siempre nos causaba daños, porque los independientes carecian de un navío que pudiera batirse con el *Asia*, y era débil la marina que recorria aquellos mares con la bandera tricolor.

Aunque las operaciones militares habian cesado en las costas del Atlántico, hubo sin embargo un combate naval que fué ventajoso á las armas de Colombia; hablamos del que sostuvo la corbeta española *Céres* con la *Bogotá* y *Bolívar*, mandadas por el capitan de navío Beluche. Trabóse la refriega á tres leguas del Morro de la Habana, el 4 de abril, á las siete de la noche. Tenia la *Céres* veinte y siete piezas de artillería y doscientos ochenta y seis hombres de tripulacion, de los que perdió treinta muertos y sesenta heridos, quedando bastante mal-

tratada en su aparejo y arboladura á pesar de la poca duracion del combate. Beluche fué herido en una pierna y tuvo que dirigirse á Pansacola en las Florídas, á fin de reparar las averías de la presa y las que sufrieron sus buques. Ántes de un año, la marina colombiana se desquitó en la *Céres* del golpe que esta y la *Constitucion* habian dado en 1° de mayo anterior á las corbetas *Carabobo* y *María Francisca*, que perdimos frente á Puertocabello.

Las necesidades que sufria Colombia en aquella época eran harto graves; tenia, sin embargo, esperanzas de remediarlas dentro de poco tiempo. Sus negocios fiscales presentaban mejor aspecto para completar la grande obra de su Independencia. El señor Manuel José Hurtado, ministro de la República en Lóndres, y agente de su gobierno para arreglar el complicado negocio del empréstito de Zea, que tantos sinsabores habia causado, consiguió terminarlo. Autorizado plenamente por el ejecutivo en virtud del decreto legislativo de 1° de junio de 1823, y viendo que sin hacer pronta justicia á los acreedores británicos no se podria negociar el nuevo préstamo de veinte millones, que era tan necesario á Colombia, celebró en 1° de abril un contrato con los prestamistas. Contenia este la aprobacion del empréstito al ochenta por ciento, con el seis por ciento de interes anual que se habia estipulado. Comprometióse Hurtado á entregar cincuenta y cuatro mil quinientas cincuenta libras esterlinas en vales ó pagarés firmados de su mano; por igual suma que Zea habia dejado de firmas. Obligáronse los prestamistas á satisfacer ciento sesenta y cinco mil libras esterlinas como saldo que confesaron deber á Colombia, ofreciendo pagar lo demas que resultára contra ella, segun el exámen de las cuentas que debian presentar. Tal fué el término de esta larga cuestion, en que el gobierno colombiano tuvo que ceder por consideraciones de equidad, y por otra del mas grave interes para la República.

Era esta la negociacion de un préstamo de veinte millones de pesos (1). Hallábase encargada á los comerciantes Francisco Montoya y Manuel Antonio Arrúblas. Ellos debian obrar bajo de la inspeccion y direccion del ministro Hurtado, y podian contratar el empréstito al ochenta por ciento, estipulando un seis por

(1) Cuatro millones setecientas cincuenta mil libras esterlinas.

ciento de interes anual. Mas fueron tan ventajosas las circunstancias y tan alta la idea que se tenia entónces en la Inglaterra del poder y recursos de Colombia, que nuestros comisionados consiguieron negociar el préstamo á un precio que no se esperaba. Fué el ochenta y cinco por ciento, con el seis por ciento de interes, é hipotecando especialmente para la satisfaccion de este los productos del tabaco, sin perjuicio de quedar obligadas tambien las demas rentas del Estado. Celebróse el contrato con los señores B. A. Goldschmidt y compañía, de Lóndres, el 22 de abril. Las obligaciones se firmaron una en Calais y en Hamburgo otra, á causa de que las leyes inglesas prohibian estipular un interes mayor que el cinco por ciento.

En aquellas circunstancias se juzgó muy ventajosa la negociacion del empréstito al ochenta y cinco por ciento. Éralo, en efecto, y el crédito de la jóven República de Colombia aparecia igualándose con el de Francia y de otras naciones antiguas y poderosas de la Europa. Los comisionados Montoya y Arrúblas supieron aprovechar momentos felices en que la gloria de la República estaba en su pináculo, y en que no habia peligro alguno que amenazára su existencia política. Todos los Colombianos se complacieron entónces del préstamo ventajoso que se habia negociado, alabándose la habilidad de los comisionados.

En los mismos dias en que se arreglaban en Lóndres los negocios de los empréstitos colombianos, se reunia en Bogotá (abril 5) el segundo congreso constitucional. En este año como en el anterior hubo dificultades graves para completar el número de senadores. Los de Venezuela llegaron tarde á la capital, y obstruido todavía el camino al Ecuador por la insurreccion de Pasto, que aun no se habia terminado del todo, los representantes y senadores de las provincias meridionales tampoco arribaron oportunamente. Eran grandes las distancias que tenian que recorrer; este motivo y las rutas fragosas de los escarpados Ándes oponian graves obstáculos á la marcha constitucional de Colombia.

El mensaje que presentó al congreso el vicepresidente de la República fué harto satisfactorio. Libres enteramente sus provincias de los enemigos que las oprimian, sus tratados públicos con los nuevos Estados se extendian ya al Perú, Chile, Buenos Aires y Méjico, é iban completando una Confederacion americana; paso que entónces se creía gigantesco para la seguridad

comun. Anunció que no estaba léjos de celebrarse una convencion con los Estados Unidos del Norte, y que la Gran Bretaña reconociera nuestra Independencia. Instó de nuevo al congreso para que se arregláran por una ley los negocios eclesiásticos, á fin de entablar relaciones con la Silla Apostólica; que se meditára muy detenidamente sobre el estado crítico de la hacienda nacional, y que se organizára su administracion. Pidió tambien que se mejorase la administracion de justicia, ramo tan importante para la felicidad de los pueblos. En cuanto al ejército colombiano, despues de hacer el mas brillante elogio de su lealtad, disciplina y comportamiento, pidió leyes — « que lo preserváran de la arbitrariedad y de las vejaciones; que le aseguráran una subsistencia decente; que le abrieran las puertas al honor y al descanso; que favorecieran, finalmente, su justicia en la distribucion de las recompensas, y que no olvidáran á sus familias despues de su muerte (1). »

Las sesiones de este congreso fueron muy activas y provechosas, pues se habian reunido ciudadanos de luces, distinguidos por su patriotismo y amor al bien público. Los primeros decretos legislativos se dirigieron, como era debido, á la conservacion de la Independencia. La España, puesta recientemente bajo del poder absoluto de Fernando VII, nos causaba temores de nuevas expediciones. Inspirábalos tambien la Santa Alianza, ligada en principios con el tirano de la Península. Era, pues, necesario preservarnos contra los proyectos que podian meditar para destruir nuestra Independencia. Por tan poderosas consideraciones, el congreso decretó una leva de cincuenta mil hombres, fuera de las tropas existentes en Colombia; mandó auxiliar al Libertador con todo lo que habia pedido, y dispuso de dónde se debian sacar los recursos pecuniarios para hacer todos gastos; aprobó los tratados de union, liga y confederacion con Méjico y Buenos Aires (2); explicó varios artículos de la constitucion; extinguió los mayorazgos y vinculaciones perpétuas; dividió el territorio de la República en departamentos, provincias y can-

(1) En este año, solamente los secretarios del interior y de la guerra presentaron al congreso Memorias ó Exposiciones anuales sobre los negocios de sus respectivos departamentos. Faltaron las de relaciones exteriores y de hacienda.

(2) Véase la nota 22ª.

tones; estableció el modo con que el gobierno debia ejercer el precioso derecho del patronato eclesiástico, y fijó los aranceles de derechos judiciales. Dió tambien una ley orgánica de la hacienda nacional; declaró la inviolabilidad de la correspondencia epistolar; dictó reglas para el allanamiento de las casas de los ciudadanos; creó una alta corte marcial para juzgar á los militares en último recurso; acordó, en fin, otras várias leyes y decretos sobre diferentes ramos de la administracion pública, los que, mejorando su organizacion, se dirigian á perfeccionarla en lo posible.

Una de las leyes importantes que diera este congreso fué el decreto de 28 de julio derogando el de 9 de octubre de 1821, por el cual se habian concedido al Libertador presidente facultades extraordinarias en las provincias que sirvieran inmediatamente de teatro para la guerra, ó recien libertadas. El congreso derogó tal autorizacion, declarando que dichas facultades debian corresponder al encargado del poder ejecutivo de Colombia, quien podria delegarlas en todo ó en parte con las restricciones que juzgára convenientes.

El congreso trabajó con asiduidad, constancia y patriotismo. En la cámara de representantes hubo algunas disputas acaloradas, porque se formaron dos partidos llamados de la *Montaña* y del *Valle*. El primero propendia á oponerse al gobierno existente, y en lo general sus opiniones no eran liberales; en el segundo estaban los diputados mas distinguidos por la liberalidad de sus principios, los que apoyaban las medidas y proyectos del ejecutivo colombiano. Cuatro meses duraron las sesiones, y los dos primeros se pasaron en la cámara de representantes en una contienda de partidos. Las opiniones extravagantes del virtuoso obispo de Mérida, doctor Rafael Lasso, aunque tuvieron poco séquito en el senado, no dejaron de causar embarazos: Lasso las publicaba por la imprenta, y esto fomentó al partido fanático que siempre existia en Bogotá. Aun se declamaba fuertemente contra las logias de los masones; era este el tema favorito de algunos predicadores, sobre todo del doctor Francisco Margallo, jefe conocido de los que se habian quedado atras de su siglo, aunque venerado y célebre por sus virtudes y religiosidad.

Miéntras duraban las sesiones del congreso, terminó su existencia el periódico llamado *El Venezolano*, que se publicaba

en Carácas (1). Este era defensor acérrimo del sistema federativo, y abogó constantemente por que se adoptára en Colombia. Algunos dias causó temores de que extraviára la opinion pública, que otros periódicos sostuvieron en favor de la union central. Creíase que esta era, y con razon, el áncora de la seguridad, de la independencia, del órden y de la tranquilidad de la República. Por desgracia en todos los Estados que se han erigido en la América ántes española, quien proclama federacion dice anarquía. Esta regla no ha tenido excepcion alguna conforme á la experiencia de muchos años.

Varios departamentos de Colombia, especialmente los del norte, abundaban en materiales de anarquía, sin que ó la federacion ó los excesos de la imprenta libre concurrieran á aumentarlos. Estos elementos se habian acumulado en las llanuras de Venezuela. Por una parte las habitaban multitud de soldados, oficiales y jefes pertenecientes á cerca de cuatro mil hombres del ejército español que se fueron á sus casas despues de la derrota de Carabobo y de los sucesos posteriores. Muchos de estos miraban con decidida aversion el triunfo de la Independencia, y espiaban el momento de vengarse de los patriotas vencedores.

No era mas amiga de la paz y del órden la situacion de estos. Acostumbrados desde muchos años atras á vivir en los campamentos en medio del ruido de las armas y bajo de una disciplina que no habia podido ser de modo alguno severa, hallábanse habituados, sobre todo en las llanuras que riegan el Apure y sus tributarios, á que los bienes fuesen comunes miéntras duró la guerra; es decir, el ganado vacuno y los caballos que pueblan aquellas dilatadas sabánas. Concluida la guerra, fueron licenciados un gran número de llaneros, los que regresando á sus antiguos domicilios se encontraron sin hogar ni ocupacion. No se podian persuadir ser prohibido coger las vacas y novillos que pacian en aquellas praderas, y querian continuar su antiguo sistema de vida. Sabiendo que los cueros y el sebo de los ganados tenian compradores en todas partes, se formaron, especialmente los Apureños, en partidas de ladrones que mataban las reses esparcidas en las sabánas, sin mas objeto que aprovecharse de los cueros y del sebo, para venderlos á

(1) Véase la nota 23ª.

los logreros que por su codicia los excitaban á tamaños excesos. Con tales incentivos los rios navegables se infestaron de embarcaciones montadas por ladrones de ganados que llevaban el fruto de sus latrocinios para venderlo en las poblaciones. Las sabánas se veían cubiertas por todas partes de esqueletos de reses, y tanta destruccion amenazaba con un próximo exterminio de los ganados del Apure, única riqueza de aquellas extensas llanuras.

Este grave mal, que podia convertirse en otros mayores contra la seguridad pública, llamó la atencion de las autoridades, y sobre todo del general Páez. Á fin de remediarlo, hizo un viaje al Apure, donde residió cinco meses. Con su grande influjo sobre sus antiguos compañeros de armas, con sus consejos y exhortaciones, y con las eficaces providencias que dictó en virtud de sus facultades de comandante general del Apure y Venezuela, pudo atajar el mal. Una de las que mejores efectos produjo, fué la formacion de campos volantes, que mandados por oficiales amigos del órden y bajo la comandancia del teniente coronel Facundo Mirabal, recorrieran las llanuras persiguiendo y aprehendiendo á los ladrones. El gobernador de la provincia de Apure, coronel José Cornelio Muñoz, tambien contribuyó con su firmeza y actividad á extinguir aquellos desmanes, preñados de las mas sérias consecuencias para la seguridad pública.

No fué ménos importante para consolidar la tranquilidad de los Llanos de Oriente la providencia que dictó el gobierno de la República, y que el general Páez continuaba ejecutando con suavidad y política, de enviar al Perú á los hombres mas peligrosos. Abriáseles allí un teatro de gloria, y se les daba una honrosa ocupacion análoga á su genio belicoso y á sus antiguas habitudes.

Sin embargo, en el canton de Guadualito, provincia de Barínas, se descubrió poco despues una conspiracion de cuatro desalmados que pretendian apoderarse de esta villa, de Caparo y San Antonio, para hacer una guerra de castas. Felizmente fueron cogidos y enviados á Carácas, á fin de que se les castigára. Á pesar de esto, en la ciudad de Pedraza se dejaron ver de nuevo algunas partidas de malhechores, que eran de aquella misma faccion. Persiguióseles vivamente, y se dispersaron. No pudieron volver á reunirse, porque en el departamento de

Apure, recientemente creado, se establecieron rondas montadas de policía; regidas por oficiales valientes y de confianza, recorrian los campos y los despoblados. Persiguiendo á los facciosos y criminales, se logró consolidar el órden público.

De ménos gravedad, pero mas difícil de extinguir era la guerra de partidos que hacía al gobierno republicano Cisnéros, ese hombre infatigable y astuto, á quien ni entónces ni en algunos años despues se pudo destruir ni someter del todo. Apoyado en otros partidarios capitaneados por Doroteo Herrera y Juan Celestino Centeno en la fragosa montaña de los Güires, acechaban desde allí su presa, y caían sobre los pueblos que se hallaban mas descuidados. De esta manera esparcian el terror y el espanto, sobre todo Cisnéros, hasta en las puertas mismas de Carácas, de donde recibia auxilios y avisos que le daban los partidarios de la España, de la que se decia fiel servidor. Avanzóse en este año hasta Baruta, en cuyas cercanías sorprendió una partida, quitándole ocho fusiles y matando á cuatro hombres. Perseguido se retiró á sus guaridas, para salir despues de algun tiempo á robar y asesinar á los pacíficos y laboriosos habitantes de los valles del Tuy.

En las provincias de Guayana y Barcelona hubo tambien malvados, que en los meses de agosto y setiembre pretendieron trastornar el órden público. En la primera, dos facinerosos llamados Baldonado y Figuera, que se hallaban en la cárcel, habian seducido á varios reclutas encerrados en el mismo lugar, para que desarmáran á la guardia que los custodiaba; que en seguida se apoderasen del parque y del cuartel de infantería y domináran la capital. Si lo conseguian, pensaban degollar á las autoridades y hacer la guerra á muerte á los blancos. Tan diabólico plan fué oportunamente descubierto, y sus autores ejecutados en la plaza de Angostura.

La faccion de Barcelona principió en el lugar llamado Sabaneta, jurisdiccion de Píritu. Apoderóse despues del pueblo de San Francisco, donde asesinó á cinco blancos. Mas perseguida inmediatamente por tropas que envió de Barcelona el comandante de armas de esta provincia, y que puso á las órdenes del general Monágas, fué destruida la faccion y muertos en el campo sus principales autores, que eran Indios y negros. De esta manera la vigilancia, la actividad y la energía de los jefes colombianos en los departamentos venezolanos mantenian el

órden público, atacado por tantos elementos de anarquía y de facciones, que se hallaban acumulados en ellos.

Los habitantes de Margarita, que tan heróicamente se habian comportado en la guerra de Independencia, mancharon en este año las brillantes páginas de su historia, presentándose como facciosos muchos de sus valientes guerreros. Fué el motivo una órden que dió el general Bermúdez, de que se presentáran en Cumaná varios oficiales, y que se le remitieran cien reclutas que debian incorporarse á un batallon que se formaba en aquella ciudad para seguir al Perú. El coronel comandante de la isla José Joaquin Manéiro enviaba treinta y cuatro hombres el 31 de julio de este año. Desde el momento en que se alejáron de la Asuncion, se vieron grupos de gente armada. Creció el tumulto en Pampatar, donde por la fuerza pusieron en libertad á los reclutas, diciendo que ningun Margariteño saldria de la isla ni del seno de sus familias. Mas de seiscientos hombres armados se llegaron á reunir para sostener su rebelion. El coronel Manéiro, viéndose desobedecido, hizo renuncia del mando; mas, instado por las municipalidades congregadas en la Asuncion con el objeto de impedir los males de la anarquía, se hizo cargo del gobierno, miéntras que otra cosa disponia el general Bermúdez, intendente del departamento de Orinoco. Este improbó, como era debido, el motin, enviando al coronel Ramon Machado para que se encargára del mando, que por nueva renuncia de Manéiro habia recaido en el coronel de caballería Policarpo Mata. Los Margariteños prometieron obedecer en todo á este; pero movidos calladamente por un general y por los mismos oficiales llamados para enviarlos á la guerra del Perú, continuaron la sedicion. Tomando por pretexto haber arribado de Cumaná setenta soldados veteranos para guarnecer á Pampatar, se juntaron de nuevo el 11 y 12 de setiembre como seiscientos hombres armados. Desde las cercanías de la Villa del Norte pasaron á los alrededores de la capital, y exigieron que se reunieran las municipalidades. Habiéndolo conseguido, pidieron que se hiciera una representacion al congreso de Colombia, la que debia contener las peticiones siguientes : primera, comercio libre para la isla; segunda, poder introducir en ella las presas de los corsarios pertenecientes á propietarios de Margarita; tercera, que no se sacáran reclutas de la provincia; cuarta, que para la guarnicion no se enviáran

tropas de otros lugares; quinta, en fin, que separándose la isla del departamento del Orinoco se agregára al de Venezuela.

Esta representacion fué adoptada por las municipalidades y firmada por casi todos los padres de familia, jefes y oficiales, con pocas excepciones. Bastantes militares y ciudadanos improbaban aquellos actos; empero temiendo los excesos de la multitud, viéronse compelidos á plegar á sus miras. Eran los cabecillas aparentes de la sedicion el subteniente Eduardo Flex, el sarjento Pablo Moráles, Bernardino González y Juan Manuel Tineo; pero bajo de mano habia hombres de mayor importancia que atizaban el fuego, los que no mencionarémos.

Los sublevados tenian el empeño de arrojar de la isla á los setenta veteranos que el general Bermúdez habia destacado de Cumaná; pero el comandante Mata les manifestó la enormidad de aquel atentado. Al fin consiguió por medio de sus exhortaciones que no lo llevároan á cima, y que se fueran á sus casas, despues de ofrecer que en todo le obedecerian. Temeroso el mismo comandante de que se repitiera igual pretension, manifestó á Bermúdez la conveniencia de llamar á Cumaná á los setenta hombres, para quitar este pretexto á los revoltosos: temian sus jefes que con aquella tropa se les prendiera y enviára fuera de la isla, donde serian castigados.

Despues de estos sucesos, el coronel Machado se hizo cargo del mando de las armas de la provincia. No hubo asonadas, pero la isla permaneció en un estado ambiguo de aparente obediencia al gobierno, del que no salió á pesar de haberla visitado Bermúdez en el mes de noviembre. Sus moradores aguardaban el éxito de su representacion dirigida al congreso, que Eduardo Flex condujo á Bogotá. Empero el cuerpo legislativo no tuvo por conveniente dictar resolucion alguna, y Margarita continuó en tranquilidad. Tampoco el poder ejecutivo juzgó político irritar á sus habitantes infligiendo castigos á los autores de aquella momentánea rebelion. En ella no se cometieron excesos de insultos, robos ni asesinatos, lo que manifiesta las virtudes caprichosas de los Margariteños.

Otro acontecimiento causó muy serios cuidados en el departamento de Venezuela. Tal fué, que á la madrugada del 9 de diciembre una pandilla de mas de doscientos negros esclavos, acompañados de personas libres, armados todos de machetes, atacaron el cuartel de Petare con el ánimo de apoderarse de las

armas y pertrechos que allí existian. Su grito era : *Viva el rey, y mueran los blancos*. Felizmente vigilaba el comandante, que les opuso una vigorosa resistencia con solos catorce veteranos que tenia, y los obligó á dispersarse, matándoles algunos y haciéndoles prisioneros á otros. Al siguiente dia los persiguió muy vivamente, consiguiendo que la mayor parte de los esclavos, que eran de las haciendas del Cedrito y Maríches, volvieran adonde sus amos; otros siguieron á engrosar las filas del faccioso Cisnéros. Diez y siete fueron aprehendidos, y despues de seguírseles sus procesos, un par de los mas culpables sufrieron la pena de muerte.

Los primeros síntomas de esta faccion se presentaron tan alarmantes que el general Páez declaró en asamblea los departamentos de Venezuela y Apure. Mas bien pronto se disipó el alarma, pues la causa de este movimiento no fué un plan concertado con otros lugares, segun se temiera al principio.

Añadíanse á estos alarmas internos otros exteriores. En todo el curso del año los hubo, causados por noticias de expediciones francesas y españolas que se suponia estarse preparando contra Colombia; tales rumores se difundieron como ciertos en los últimos dos meses del año, y por fortuna salieron falsos. Mas aunque hubiera cesado en su mayor parte la guerra con la España, otros males harto graves aquejaban á Colombia. Era muy grande la miseria de sus provincias, devastadas por una guerra desoladora que habia durado tantos años. Las rentas públicas no alcanzaban para los crecidos gastos que por necesidad debian hacerse en el sostenimiento de los empleados civiles, y de un ejército demasiado numeroso para el estado del país. De todas partes recibia el ejecutivo, residente en Bogotá, lamentos y peticiones de dinero para remediar tantas necesidades, que de ningun modo le era dado satisfacer; los departamentos del centro, aunque no tan destruidos como los litorales, no podian sufragar lo necesario para tan multiplicadas demandas. El del Zúlia era el que se hallaba en una situacion mas lamentable, gracias á los pacificadores Españoles : sus ganados, su agricultura, su comercio, todo habia desaparecido, especialmente en las provincias de Coro y Maracáibo. Por tanto, el soldado perecia allí de miseria, y los empleados civiles no recibian sueldo alguno.

La esperanza de remediar tamaños males estaba fincada en el empréstito contratado en Lóndres por cuenta de la República,

cuyos primeros envíos no se consideraban distantes. En efecto, comenzaron á recibirse en Cartagena y otros lugares fondos y libranzas de los productos de dicho préstamo, lo que sucedió á fin de julio y en los primeros dias de agosto. Por consiguiente cesaron los embarazos y angustias que sufria el gobierno de Colombia á causa del mal estado de sus rentas.

Con estos fondos se puso en aptitud de aprestar con la mayor celeridad una expedicion de cuatro mil hombres de auxilio al Libertador, quien los habia pedido con tanta urgencia por las angustias en que se viera. La mayor parte de esta expedicion, compuesta de infantería y caballería, se preparaba en Venezuela bajo las órdenes inmediatas del general Páez, que trabajó en sus aprestos con un celo, actividad y acierto que le hicieron mucho honor. La primera division, que debia constar de mil seiscientos, salió al mando del general español Antonio Valero (agosto 20). Á poco se embarcó la segunda en Puertocabello, en número de dos mil setecientos, los trescientos cuarenta y cuatro de caballería del Llano. Despues de tocar ambas expediciones en Cartagena, siguieron al istmo de Panamá, que atravesaron con poca pérdida, originada de la desercion y de algunas enfermedades.

El comandante general del departamento del istmo, coronel José María Carreño, puso el mayor empeño en que la expedicion y multitud de elementos militares que esta conducia, siguieran á Guayaquil lo mas pronto posible. Habíase puesto de acuerdo con el jefe superior del sur, general Juan Paz del Castillo, quien envió de antemano los buques de guerra y los trasportes necesarios para trasladar la expedicion. Embarcada en Panamá el 20 de octubre, arribó la mayor parte á los puertos de la provincia de Guayaquil el 7 de noviembre, despues de sufrir algunas bajas.

A la sazon se hallaba en Guayaquil la escuadra combinada del Perú y Colombia, con el objeto de carenar los buques mandados entónces por el vicealmirante Guise; estos habian sufrido bastante en un combate con la escuadra española del Pacífico. Componíase del navío *Asia* de setenta y cuatro y del bergantin *Aquíles*, que arribaron de España al Callao en 12 de setiembre, mandados por el capitan de navío don Roque Gruzeta. Allí se les agregaron una corbeta y tres bergantines mas, que el infatigable Rodil, gobernador del Callao, habia armado en aquel

puerto. Con estos buques era indudable que los realistas podian dominar completamente el Pacífico. La escuadra republicana, aunque compuesta de bajeles de menor fuerza, no cedió el campo sin disputarlo con valentía. Trabóse una accion á la vista del Callao el 8 de octubre. De parte de los realistas peleaban el navío *Asia*, la corbeta *Ica* y los bergantines *Pezuela* y *Constante*, á cuyo bordo se habian embarcado doscientos hombres de tropa escogida; del lado de los patriotas se hallaban la fragata *Protector*, la corbeta *Pichincha*, el bergantin *Chimborazo* y dos goletas. Despues de un largo combate, que no produjo resultado alguno decisivo, aunque ambas escuadras cantáran la victoria, una y otra tornaron á sus fondeaderos: la española al puerto del Callao, y la combinada al frente de la isla inmediata de San Lorenzo. Fué una mengua para los Españoles que un navío tan fuerte respectivamente como el *Asia*, apoyado por otros buques, no destruyera á una fragata de cuarenta y á cuatro embarcaciones menores. Guise no abandonó su fondeadero, desde donde bloqueaba al puerto del Callao. Sin embargo, el *Asia* y las demas naves de guerra españolas se hicieron á la vela el 20 de octubre para los puertos del sur llamados de Intermédios. El vicealmirante Guise los persiguió dos dias y una noche, y no pudo conseguir que le atacáran. La escuadra independiente vino entónces á Guayaquil á reparar sus averías.

Dominando entre tanto el Pacífico la escuadra real, el jefe superior del sur no podia enviar al Perú la expedicion auxiliar que pedia el Libertador con tanto encarecimiento. No debia seguir sin un fuerte convoy, y para esto era necesario aguardar la carena de los buques republicanos, que no podia concluirse hasta fin del año. Guise ofreció que entónces conduciria las tropas con toda seguridad.

Grandes fueron los apuros y embarazos en que se halló el jefe superior del sur para hacer frente á tamaños gastos. De una parte debia poner los fondos para carenar los buques colombianos, y suplir muchos para los del Perú, miéntras se le remitian las sumas necesarias que se le habian ofrecido; de otra era de su cargo proporcionar medios para la subsistencia de cerca de cuatro mil hombres, completarles su vestuario y sostener los numerosos enfermos que hubo muy pronto en hospitales. Sin embargo, á todo proveyó la enérgica prevision del general Castillo, auxiliada por los recursos y generoso patriotismo de los

habitantes de los departamentos de Guayaquil, Ecuador y Asuaí. Siempre les serán muy honrosos tan distinguidos servicios, y grato al historiador el recordarlos.

Ínterin que los auxilios de Colombia se acercaban al Perú al traves de tantas dificultades y demoras, en este país ocurrian sucesos de la mayor importancia.

Hemos dejado ántes al Libertador acampado con su ejército en el cerro de Pazco, próximo á abrir una campaña difícil que le prometia las mas lisonjeras esperanzas. El 2 de agosto Bolívar pasó una revista general de su ejército en la pampa ó llanura del Sacramento, que se extiende entre los pueblos de Ráncas y Pazco. Allí hizo leer á las tropas una enérgica proclama que las llenó del mas vivo entusiasmo. — « Soldados, les decia, vais á completar la obra mas grande que el Cielo ha encargado á los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

» Soldados, los enemigos que debeis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

» Soldados, el Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? ¡No! ¡no! ¡no! Vosotros sois invencibles. »

Montando despues á caballo, el Libertador recorrió las filas y dijo á sus tropas: « Soldados, la esperanza de las naciones está pendiente de vosotros. En este mismo mes vosotros habeis triunfado en Carácas y en Boyacá : dad un nuevo dia de gloria á vuestra patria. » — Todos los cuerpos manifestaron el mas vivo entusiasmo á la presencia de su caudillo. La hermosura y romántica belleza de un lugar tan elevado sobre el nivel del mar, circuido de altas cordilleras, y sobre el lago de Réyes, orígen principal del caudaloso Amazónas, realzaban la solemnidad del espectáculo y la alegría de todo el ejército.

Canterac, que mandaba una fuerte division de cerca de nueve mil hombres de infantería y caballería, creyendo sorprender separadamente los cuerpos del ejército libertador, reunió sus tropas en Jáuja. Desde allí se puso en movimiento el 1º de agosto con direccion al cerro de Pazco y por el camino principal de Tarma. El 4 por la noche arribó al pueblo de Réyes, siguiendo la izquierda del caudaloso rio Oroya ó Jáuja; situóse al si-

guiente dia en Carhuamayo, y su caballería llegó hasta la villa de Pazco.

Movióse Bolívar el 3 por la derecha del Jáuja y en direccion paralela á la que traía el ejército español. Sabiendo el Libertador la marcha de Canterac, pasó el rio por Conacancha, con el objeto de tomar la espalda y cortar á los realistas. Para realizar este designio, hizo una forzada y larga marcha sobre Réyes, adonde los enemigos debian tocar en su retirada (agosto 5).

Impuesto Canterac de que tenia tan próximo á todo el ejército republicano, emprendió aquella misma noche su retirada desde Carhuamayo. Entre tanto dió el Libertador sus disposiciones para atacar al enemigo al dia siguiente. Empero el ejército se hallaba aun distante de Réyes como ocho leguas: por este motivo desde las cuatro de la mañana se rompió la marcha; la division Córdoba en la vanguardia; el general Lamar á la cabeza del ejército peruano en el centro, y la division Lara á retaguardia. A las diez de la mañana supo Bolívar que el general Canterac se retiraba aceleradamente desde Pazco por el mismo camino que ántes siguiera. Aceleróse en consecuencia cuanto fué posible la marcha del ejército libertador; pero hallándose la infantería muy atrasada, dispuso Bolívar que el general Necochea se pusiera á la vanguardia con siete escuadrones de caballería en número de novecientos jinetes, y que la infantería prosiguiera su marcha con la mayor celeridad posible. El mismo Bolívar con los generales Sucre, Lamar y Santa Cruz siguieron el movimiento de la caballería. Así fué que al asomar los patriotas á las dos de la tarde á una altura que domina la llanura de Junin, vieron sus jefes por la primera vez al enemigo que seguia rápidamente hácia Tarma, cuando nuestra infantería se hallaba atrasada. Deseoso el Libertador de contener la marcha de los realistas, mandó avanzar los siete escuadrones de caballería, dejando atras dos escuadrones y toda la infantería á una legua de distancia.

El general español, que confiaba mucho en el valor, disciplina y superioridad de mil doscientos caballos que tenia consigo, se alegra de que se le presente ocasion tan favorable de empeñar un combate de solo caballería. Manda, pues, continuar la marcha de sus infantes, y formando tres cuerpos determina atacar á un mismo tiempo nuestra derecha, centro é izquierda. La carga que dió la caballería española, dirigida por

Canterac en persona, fué maestra y terrible. Los patriotas se habian avanzado imprudentemente, y empeñádose en la estrechura que formaban una laguna á la izquierda y algunas colinas á la derecha. Un solo escuadron que iba adelante pudo desplegar en la pampa; los demas fueron atacados á galope en aquella desventajosa posicion, y aunque los independientes sostuvieron el choque con mucho valor, no pudieron resistir: fueron desordenados y acuchillados horriblemente. Allí cayó prisionero y con siete heridas el general Necochea, y solo unos pocos granaderos á caballo de Colombia á las órdenes del mayor Braun pudieron conservar su formacion y abrirse paso por entre los enemigos. Tambien quedó formado é íntegro un escuadron peruano, que estaba un poco á retaguardia cuando se trabó el primer choque.

Este escuadron, guiado por el teniente coronel Suárez, avanzó sin oposicion, miéntras que los realistas perseguian en desórden á los patriotas y se colocó á la espalda de aquellos. Cárgalos entónces con vigor, y lo mismo hace Braun á la cabeza de los Granaderos á caballo. Á la sombra de estos dos valientes cuerpos, los coroneles Silva, Carbajal, Bruix y el general Miller restablecen bastante la formacion de sus escuadrones desordenados. En su mayor parte vuelven á la carga con su acostumbrada osadía y valor. Los realistas, atacados de nuevo cuando no conservaban su formacion, no pueden resistir una embestida tan violenta como inesperada: huyen por todas partes, sin embargo de que varios de sus jefes y oficiales hacen prodigios de valor para que los patriotas no les arranquen la palma de la victoria. Fueron perseguidos hasta sobre las filas de la infantería, que continuó su retirada por la noche. Perdieron los Españoles en los tres cuartos de hora que duró aquel terrible choque diez y nueve oficiales, trescientos cuarenta y cinco soldados muertos y ochenta prisioneros, cuatrocientos caballos ensillados y algunas armas. La pérdida de los republicanos consistió solamente en cuarenta y cinco muertos y noventa y nueve heridos. Durante la refriega, el general Necochea fué libertado de los enemigos, que le conducian prisionero. Miéntras se curaba de sus heridas, el mando de la caballería recayó en el general Miller.

En tan recio combate no se disparó un solo tiro, y solamente se peleaba con la lanza y el sable, que tantos destrozos hacen

manejados por valientes y denodados jinetes. Segun los partes del mismo general Canterac, era su caballería mas numerosa y estaba mejor montada que la de los independientes. Los caballos de estos habian hecho marchas muy dilatadas por entre las rocas y horrendos precipicios de los Andes, miéntras que los realistas mantenian descansados los suyos en los abundantes y ricos pastos del valle de Jánja.

El Libertador con los generales arriba expresados se halló en el primer choque de la refriega, en que corriera bastante peligro junto con los que le acompañaban. Alejóse despues la caballería, y Bolívar se colocó en una altura que dominaba el campo de batalla, desde la cual continuó dirigiendo el combate y dando sus órdenes para que la infantería acelerase su marcha y se le fuera reuniendo, como en efecto se verificó.

La noche puso fin á la persecucion del enemigo, y el coronel Carbajal fué el primero que anunció al Libertador la derrota de la caballería española, y que se retiraba aceleradamente por el camino principal de Tarma. Hizo entónces montar algunas compañías de tiradores á las ancas de los jinetes que tenian mejores caballos, á fin de que persiguieran á los Españoles. El ejército pasó la noche en aquellas estancias.

El resultado de la accion de Junin tuvo el mayor influjo en el éxito de la campaña. Batida la caballería española formada en tantos años de triunfos y por tan excelentes jefes, se perdió enteramente su moral. Desde aquel dia el ejército real ya no se consideró invencible como hasta entónces; introdújose en él la desconfianza, y miró como terrible al ejército independiente. Tales sentimientos y las divisiones de los jefes enemigos eran un presagio casi seguro de la victoria final que obtendrian los patriotas.

Desde la accion de Junin el ejército español emprendió una retirada larga y difícil por los fragosos valles y elevadas cimas de los Andes del Perú; esta equivalió á una verdadera derrota. La division de Canterac en ningun punto volvió á hacer frente en la dilatada extension que hay desde el lago de Réyes hasta pasar el caudaloso Apurimac. Mas de dos mil hombres, setecientos fusiles, municiones, ganados y otros muchos artículos fueron las pérdidas sufridas por los realistas, y las ventajas que obtuvieron los republicanos. Ademas, ocuparon estos un extenso territorio, poblado, rico y abundante de recursos; fué

todo el que yace al norte del Apurimac. Al retirarse cortaron ó volaron los realistas los puentes de este rio, ménos el de Ocopa.

El ejército unido atravesó el territorio recien libertado en un verdadero triunfo por el entusiasmo patriótico con que le recibian los pueblos. Distinguióse Huamanga, en cuya ciudad y en sus alrededores se detuvo un mes entero descansando de tantas fatigas y de tan dilatadas marchas. Con los soldados que se pasaron del enemigo, con los destacamentos y dispersos que recogió, y con los demas auxilios suministrados generosamente por los pueblos, el ejército republicano se halló de nuevo en el mismo brillante estado que tenia cuando emprendió su marcha desde las provincias del norte del Perú.

Várias columnas del ejército unido continuaron la persecucion del enemigo hasta situarse en las cercanías del Apurimac. Bolívar en persona visitó en los primeros dias de octubre las márgenes de este rio; barrera difícil de franquearse, que le habian opuesto los jefes realistas. Protegidos por ella esperaban hacer cambiar la mudable fortuna, fijándola en su bando por la actividad, la energía y el valor.

Siendo adversa para la campaña la estacion de las lluvias, que duran los meses de octubre y noviembre, determina Bolívar suspender las operaciones militares, y que las tropas ocupen los acantonamientos que juzga mas ventajosos en las cercanías del Apurimac. Sabiendo que de Colombia se le enviaban auxilios considerables, y que los Españoles dominaban el Pacífico por medio de su escuadra, teme algun descalabro en las costas. Para impedirlo y acelerar el envío al Perú de las tropas colombianas, determina marchar hácia Lima en la primera semana de octubre. Quedó el general Sucre encargado del mando en jefe del ejército libertador, y el general Gamarra desempeñaba el destino de jefe del estado mayor general, porque el general Santa Cruz siguió á Huamanga con Bolívar.

En el camino recibió el Libertador la ley del congreso colombiano expedida en 28 de julio de este año, por la cual se derogaba la de 9 de octubre del año undécimo, que concedia facultades extraordinarias al presidente de la República cuando estuviera en campaña, sobre los países que inmediatamente sirvieran de teatro de la guerra, ó recien libertados. Por la nueva ley debia ejercer estas facultades el que estuviera encar-

gado del poder ejecutivo, quien podia delegarlas, y en efecto la habia delegado en los departamentos meridionales de Colombia, al jefe superior. En virtud de estas disposiciones, el Libertador ya no podia mandar en dichos departamentos desde un país extranjero, como lo habia ejecutado hasta entónces, ni ejercer en ellos facultades absolutas. Debia pedir los auxilios que necesitára.

Bolívar sintió profundamente estas disposiciones, que le parecian dirigidas contra su persona por influjo del vicepresidente Santander. Habiéndosele privado tambien por el artículo final de la mencionada ley del mando del ejército colombiano, dió las disposiciones necesarias para que se le subrogára. Escribió, pues, al general Sucre desde Huancayo, imponiéndole del contenido de la mencionada ley, y del nombramiento que el vicepresidente Santander habia hecho en él para mandar el ejército. Le declaraba, en consecuencia, general en jefe de las tropas de Colombia auxiliares en el Perú; añadia, que respecto de este ejército no tendria en lo sucesivo mas intervencion que la absolutamente indispensable para la direccion general de las operaciones militares, que le correspondia como á jefe de la República peruana. Bolívar cumplió esta determinacion importante.

Veamos ahora cuáles eran entre tanto las operaciones de los jefes realistas. Ocupado el general Valdes con cerca de cuatro mil hombres en destruir ó domeñar las tropas disidentes que mandaba don Antonio Olañeta en el Alto-Perú, no habia podido conseguir su objeto. Hábiles maniobras, largas y rápidas marchas, medios conciliatorios y combates sangrientos; tales fueron los medios que empleó Valdes para vencer la obstinacion de Olañeta, su actividad y el vasto influjo que ejercia en las provincias situadas al sur del Desaguadero. Empero todo fué en vano. Olañeta, segundado hábilmente por el brigadier Aguilera, el coronel Marquegui y el comandante don Francisco Valdes (álias el Barbarucho), sostuvo su resolucion con grande maestría y con indómito valor. La sangre de los realistas volvió á regar los campos del Perú, derramada abundantemente en las contiendas de unos contra otros, así como en los tiempos de los Pizarros y Almagros.

Tal era el estado de los negocios cuando el virey Laserna, que se hallaba en el Cuzco, donde tenia muy pocas fuerzas,

supo el combate desgraciado de Junin y la retirada de Canterac. En el momento dió las órdenes mas urgentes á Valdes para que á marchas forzadas viniera á socorrerle con todas las tropas que pudiera reunir. Valdes obedeció al momento, y con su infatigable y célebre actividad se puso en camino para el Cuzco, desde Chuquisaca, donde se hallaba. Quedó, pues, Olañeta dueño de las ricas provincias del Alto-Perú.

Habiendo llegado al Cuzco (octubre 11) las tropas de Valdes, el virey organizó su ejército en tres divisiones de infantería, una de caballería y veinte y cuatro piezas de artillería. Componíase la primera de cuatro batallones, mandada por el brigadier Monet; la segunda de cinco, que dirigia Villalóbos; regía la tercera Valdes, que debia ocupar la vanguardia con cuatro batallones. El brigadier Ferraz comandaba mil y quinientos jinetes, y Cacho tenia á su cargo la artillería. El virey se puso á la cabeza de este ejército, que no bajaba de once mil hombres, y que algunas Memorias contemporáneas hacen subir á trece mil.

Ardia Laserna en deseos de vengar el desastre de Junin; así, á pesar de lo crudo de la estacion de las lluvias, que son tan frecuentes como abundantes en la cordillera de los Ándes en los meses de octubre y noviembre, determina abrir la campaña inmediatamente. Queria castigar á los insurgentes y no concederles tiempo de que recibieran auxilios.

Partiendo, pues, del Cuzco al terminar octubre, dió con sus tropas un rodeo de catorce leguas hácia el sur, aproximándose al orígen del Apurimac, y pasó este rio por Agcha ó sus cercanías. Despues de franquear aquella línea, el ejército español podia seguir el camino principal, que se dirige á Huamanga, ó uno de travesía, oblicuando la marcha á la izquierda ó hácia el poniente. El virey prefirió esta via, que juzgaba mas abundante de recursos, destruidos en el camino principal por las recientes marchas de las tropas de Canterac y de los insurgentes. Pensaba ademas desconcertar á estos y acaso destruirlos sin combatir, amenazando siempre cortar su línea por uno de los flancos. Como en el año anterior le habian salido tan bien sus maniobras contra la division que guiára don Andres Santa Cruz, esperaba que se repetirian las mismas escenas en el que dirigia Sucre.

El centro de las operaciones de este se hallaba en Lambrana

sobre el rio Abancay, y tenia cuerpos volantes por la derecha, centro é izquierda de su línea, los que se extendian casi hasta el Apurimac. El general Miller y el coronel Althaus se hallaban apostados con algunas tropas hasta Velille, Santo Tomas, Llagua y otros puntos en la misma direccion. Fueron estas avanzadas las primeras que avistaron á los Españoles y dieron el alarma en toda nuestra línea, que era muy dilatada.

Los realistas, conforme al plan de campaña que habian trazádo, se dirigieron por Jáquira y Llagua al pueblo de Márnara, llegando cerca de Challuanca en los últimos dias de octubre. Estableciendo un puente sobre el Abancay, lo pasaron trasladándose á su orilla izquierda. Desde allí siguieron por los pueblos de Pampachire y Lurcay, siempre corriéndose á poniente á cortar el rio Pámpas por las cercanías del pueblo de Guançaray arriba de Vílcas-Huaman.

El ejército independiente atravesó el Abancay en frente de Lambrama, situándose en Casinchigua, Pichizgua y Challuaní. Las alturas del valle estrecho y profundo de Casinchigua que ocuparon los patriotas presentaban posiciones las mas fuertes; acaso el virey temió atacarlos en ellas, y tal motivo pudo contribuir tambien á que se cargára tanto sobre su izquierda.

Al mismo tiempo que el general Sucre se replegaba hácia Andahuáilas por el camino que conduce á Huamanga, el ejército real se adelantó ocupando aquella ciudad (noviembre 16). Apoderóse Laserna con esta operacion del destacamento republicano que la guarnecia, de los almacenes y de multitud de elementos militares que allí existian. Tambien cortó las comunicaciones de los independientes con las provincias del norte y con las de la costa, esparciendo un grande alarma por todas partes.

Referimos ántes la marcha del Libertador hácia la costa del Perú, con el objeto de recibir los auxilios que iban de Colombia. A su arribo se halló con un descalabro. Cuando el ejército unido marchaba con direccion al cerro de Pazco, previno desde Huaras al coronel Luis Urdaneta que reuniera los hombres que fueran saliendo curados de los hospitales. Luego que tuviera mas de mil infantes y cien jinetes bien montados, debia marchar sobre Lima, y ocupando esta capital encerrar á los Españoles en las fortalezas del Callao. Urdaneta cumplió la órden, y los enemigos abandonando á Lima concentraron sus fuerzas

en la plaza: los republicanos se situaron principalmente en Bellavista.

Empero no se ocultó por muchos dias al general enemigo Rodil, que las tropas de Urdaneta eran harto inferiores á las suyas. Aprovechándose de esta noticia hace una vigorosa salida, las ataca y bate completamente. Por fortuna á la misma sazon arriba el Libertador de la Sierra. Situándose en Chancay, puerto que yace al norte del Callao y á doce leguas de Lima, se ocupó en reunir á los dispersos y en reorganizar las tropas que mandaba Urdaneta. Al mismo tiempo daba sus disposiciones para la pronta remision desde Guayaquil de los cuatro mil hombres que se le enviaban de Colombia, los que Bolívar pedia se eleváran á seis mil, número que consideraba necesario para concluir prontamente la guerra. Mas en Guayaquil no se terminaban los reparos de los buques de la escuadra combinada, especialmente de la fragata *Protector*, que se juzgaba estaria lista á fin de diciembre. En consecuencia eran harto débiles las fuerzas que el Libertador podia juntar en la costa para oponerse á cualquiera tentativa que pudiera hacer la guarnicion del Callao, ó á un desembarco sostenido por la escuadra española. Felizmente no habia regresado esta de los puertos de Intermédios.

En estas circunstancias, el Libertador supo la ocupacion de Huamanga por los realistas, cortando la línea de comunicaciones del ejército independiente. Bolívar entró en mil dudas y en cálculos varios sobre cuál sería el motivo de aquella atrevida maniobra del virey. A veces juzgaba que este marcharia á las costas á recibir nuevos y poderosos auxilios, que en sus proclamas decia Laserna esperaba de España y que podian venir forzando el istmo de Panamá. Inmediatamente avisó á Colombia esta sospecha, que no dejó de inspirar temores á las autoridades de aquel departamento, cuya guarnicion era débil.

Cuando ocurrian estos sucesos, el Libertador se aproximó á Lima, abandonada por los realistas encerrados ya en las fortalezas del Callao. Tenia por objeto su visita á la capital organizar su administracion y meditar lo que sería posible emprender contra la plaza, pensando regresar sin tardanza á Chancay. Bolívar no pudo realizar su proyecto. Los habitantes de Lima le rogaron con el mayor encarecimiento que no los abandonára, entregándolos de nuevo á los desórdenes y venganzas

de los Españoles, que tan cruelmente los habian tiranizado. Fué tanto el gozo y el entusiasmo de los moradores de Lima con la presencia del Libertador, que todos se atropaban á su derredor y le llevaban en peso de un lugar á otro: hubo momentos en que Bolívar corrió peligro de ser ahogado por el tumulto. Su habitacion estuvo rodeada toda la tarde y la noche del 7 de diciembre por un numeroso pueblo que victoreaba á la patria y á su Libertador; este era el alborozo de la libertad. Los patriotas se veían ya con esperanzas de escapar de la cuchilla española, y de los atentados que habian cometido los realistas en aquella capital, miéntras que la dominaron y devastaron sin piedad.

Ocupado siempre Bolívar en meditar y adelantar grandes proyectos que aseguráran la independencia y la futura prosperidad de los nuevos Estados de la América ántes española, dirigió en aquel dia tan agitado una célebre circular á los diferentes gobiernos, firmada por su ministro general don José Sánchez Carrion. Tratábase en ella del establecimiento de una gran Confederacion americana, cuya asamblea de plenipotenciarios residiera en Panamá; asamblea — « que debia servir de consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete en los tratados públicos; y de conciliadora, en fin, de nuestras diferencias. » El Libertador promovió siempre la realizacion de tan importante proyecto, y puso los medios que estuvieron á su alcance para que produjese todos los bienes que en su concepto debian emanar de aquella augusta asamblea.

El Libertador ofreció á los moradores de Lima que permaneceria allí entre tanto que se lo permitieran las operaciones militares. Las mas importantes en que Bolivar y todos los patriotas del Perú tenian fijas sus miradas, eran las de la Sierra, cuya interesante narracion nos proponemos continuar.

Dejamos en Andahuáilas al ejército independiente : detúvose allí hasta el 19 de noviembre, en que supo el general Sucre haberse dirigido los Españoles sobre Huamanga, cortándole su línea de retirada. Entónces determina seguir sus marchas por el camino ordinario que le conducia á dicha ciudad, buscar al virey y darle batalla cuando se le presentára ocasion favorable. Dirigióse con este designio á Uripa.

De Huamanga retrocedió el virey por el camino principal que

le guiaba á encontrarse con Sucre. Esperaba aterrar á los independientes, cuya retirada habia cortado, y deshacerlos con facilidad, una vez que hubiera conseguido inspirarles desconfianza y ponerlos en situacion crítica. Con tal designio ocupó la izquierda del rio Pámpas, que corre al oriente por el profundo é insalubre valle de Pamacóchas; el rio es de bastante caudal y muy rápido, cuyo puente cortaron los Españoles. Pusieron estos sus estancias en Concepcion, y los patriotas en Uripa, hallándose á la vista (noviembre 20). Solo estaban separados los dos ejércitos por el hondo y escabroso valle de Pamacóchas; por elevacion, apénas distaban dos tercios de legua, y por el camino se median mas de tres leguas. Habiendo levantado su campo los enemigos en marcha hácia Vílcas-Huaman en la parte superior del rio, Sucre fué á colocarse el 24 de noviembre en las alturas de Bombon, donde permaneció algunos dias.

Siendo las posiciones que ocupaban los dos adversarios con el Pámpas de por medio inatacables por cualquiera de ellos, el virey determina tender un lazo á los republicanos, para ver si consigue destruirlos. Era esto, excitarles á que pasáran el rio y acometerles de repente cuando estuvieran empeñados en aquel áspero y desigual terreno. Para conseguir tal designio, debia engañar al general Sucre y hacerle creer, que los realistas habian atravesado el Pámpas y colocádose de nuevo á su retaguardia. En consecuencia Laserna desapareció de la Concepcion, y dispuso que la vanguardia regida por Valdes pasára el rio hácia Vílcas-Huaman. Así lo hizo este jefe, quien, para completar el engaño, avanzó cuatro marchas al sur, figurando siempre que llevaba todo el ejército. El grueso de este permaneció á la izquierda del Pámpas ocultándose de los patriotas.

Sucre se persuadió, en efecto, que tenia libre el paso del rio, que emprendió el 30 de noviembre. Aunque estaba roto el puente y era grande la rapidez de la corriente, el general habia dado providencias muy activas y acertadas para formar un puente de bejucos á la usanza del país, y de esta manera consiguió restablecerlo. Por allí atravesaron las tropas y solamente se ahogaron dos soldados. Tuvo el ejército que pasar aquella noche bajo de los árboles corpulentos que cubren las márgenes del Pámpas. Sucre aguardaba á que se le reunieran los bagajes, que llegaron al romper el dia. Sin embargo de estar excesivamente fatigadas las tropas á causa del trabajo y de la nube de

mosquitos en que se hallaban envueltas, emprendieron la marcha al momento, dejando atras la division Lara, que formaba la retaguardia. Dos leguas y média de una subida muy difícil tuvieron que vencer los independientes, al cabo de las cuales llegaron por Ocros á la meseta que domina al Pámpas. Desde allí bajaron al pueblo de Matará, donde se acamparon el 1° de diciembre. La division Lara tuvo que dormir en la mitad de la cuesta, y al dia siguiente se reunió al grueso del ejército á las nueve de la mañana.

La fortuna de la República salvó á Sucre de un desastre en aquella marcha atrevida, que hizo con mucha celeridad. Las mismas precauciones que Valdes y Laserna habian tomado para ocultar su plan, se convirtieron en daño propio. Avanzóse tanto el primero hácia el sur, que cuando sus partidas le avisaron el 1° de diciembre que solo existian cincuenta hombres en las alturas de Bombon, ya no era tiempo ni podia atacar á Sucre. El virey se habia retirado del rio cinco leguas, para encubrir á los patriotas la celada que les armaba. No habiendo sabido oportunamente la marcha de estos, que no pensaba fuese tan pronta, aunque se movió sin tardanza, no pudo llegar á la meseta de Ocros hasta el 2 por la mañana. Frustróse, pues, un plan bien combinado por los jefes realistas. Valdes con la vanguardia hizo una marcha de once leguas (diciembre 2), y aun le faltaban cinco para reunirse á Laserna: quedó en consecuencia muy estropeada la division, lo que perjudicó á las futuras operaciones del ejército real.

No tardó este en aparecer á la vista de los independientes; Sucre tomó entónces posicion en las cercanías de Matará, teniendo por su frente un arroyo; pero los realistas, aunque provocados, no aceptaron la batalla que se les ofrecia, sin embargo de que su posicion era ventajosa, apostados como se hallaban sobre una loma. De esta manera se pasó todo el dia, y las tropas republicanas manifestaron el mayor entusiasmo, deseando venir á las manos con los Españoles. Laserna se corrió al dia siguiente un poco hácia la izquierda á la distancia suficiente para ocultarse de sus adversarios. El movimiento del virey indicaba el plan de ponerse á la retaguardia del ejército independiente. Percibiendo Sucre aquel intento y siendo harto desventajosa la posicion de Matará, rompió su marcha hácia Tambo-Cangallo (diciembre 3). Debia pasar el valle y profunda

quebrada de Corpahuáico. Previendo Laserna este movimiento, habia ordenado á Valdes que con cinco batallones y cuatro escuadrones marchára desde las cuatro de la mañana á fin de emboscarse en el paso de la quebrada. Sin embargo, para lograr mejor su objeto, los realistas dejaron pasar tranquilamente la vanguardia. Cayeron despues sobre la division Lara, compuesta de los batallones Várgas, Vencedor y Rífles, que cubrian la retaguardia; los dos primeros pudieron cargarse un poco á la derecha y abrirse paso á la bayoneta, aun con alguna pérdida. Rífles, sin embargo de su inferioridad numérica, resistió largo tiempo tan desigual combate: aunque vencido y disperso, conservó su antigua y bien merecida nombradía. La caballería pasó por el valle de Chonta protegida por los fuegos de Várgas. Reunidas las tropas en la cresta de la quebrada de Corpahuáico, les fué ya muy fácil rechazar los esfuerzos de un batallon enemigo que pretendia montarla.

Este descalabro costó al ejército unido trescientos hombres, todo su parque de reserva, una de las dos piezas que tenian, los equipajes, las madrinas de mulas y caballos, que fueron tomados por los realistas al entrar en el desfiladero de la bajada, y otros varios artículos militares. Los Españoles solo perdieron treinta hombres. Distinguiéronse mucho en esta accion el brigadier don Antonio Tur, los coroneles don Diego Pacheco y don Manuel Sánchez, así como don Antonio Aspiroz del ejército real.

El general Sucre deseaba combatir, y para ver si lo conseguia, abandonó la excelente posicion de Corpahuáico, situándose en medio de la llanura de Tambo-Cangallo. Mas los Españoles se dirigieron rápidamente á las alturas de la derecha, tomando en ellas una fuerte posicion. Este sistema de maniobras era el que podia ser mas funesto al ejército libertador. Los soldados realistas y sus jefes se hallaban avezados á largas y contínuas marchas; costumbre que no tenia el denodado valor de los independientes.

El grave mal del ejército español era la desercion, que sus jefes no podian impedir, aun con las precauciones mas severas que tomaban de contínuo. Temiendo las deserciones, el virey no enviaba partidas en busca de víveres. De aquí se originó que algunos dias tuvieron los realistas que alimentarse hasta con carne de burro. Fueron inmensos los sufrimientos de ambos ejércitos en aquellas heladas y escabrosas cimas, cortadas en

todos sentidos por valles y profundos barrancos, donde á una bajada de algunas leguas se seguia otra subida aun mayor por desiertos y páramos inhospitables.

Conociendo Sucre el sistema adoptado por los enemigos, determina obrar en consecuencia. Dejando, pues, el camino que conduce á Huamanga, cambia su direccion oblicuándose á la derecha. Á média noche (diciembre 5) emprende su marcha, atraviesa la profunda quebrada de Acocro y se dirige por Acosvínchos al pueblo de Quinua. Los realistas siguen una marcha casi paralela á dos leguas de distancia.

En el Tambillo habia determinado el virey ocupar á Quinua, y previno al general Valdes que lo ejecutára. Sin embargo de la rapidez con que marchó, ya se le habia anticipado Sucre. Hallándose este en una fuerte posicion, los realistas no creyeron prudente el atacarle. Colocáronse, pues, á la espalda de los patriotas en las formidables alturas de Pacaicasa, de donde siguieron á Huamanguilla, doblando así de nuevo la línea de sus adversarios. Para impedirles absolutamente la retirada, el virey envió destacamentos á los desfiladeros de Murca, de Mayo y á otros puntos, con el fin de inutilizar los caminos y cortar los puentes.

La situacion de los independientes era crítica en extremo. No habia provisiones para cinco dias, ni se podian conseguir en un país destruido en gran parte por la guerra. En los últimos quince dias habia tenido el ejército libertador mas de mil doscientas bajas, de modo que apénas podia contar seis mil hombres escasos, con la desventaja de que habiendo perdido los jinetes sus mulas en Corpahuáico, tenian que marchar á pié llevando sus caballos del diestro. Añadíase á esto que los Indios de Huanta, Huancabelica, Chinchéros, Huando y otros pueblos inmediatos se habian levantado contra los patriotas, á quienes hacian muchos daños, matando á los dispersos y atacando á las partidas pequeñas. En Huanta se habian apoderado los realistas, cuando cortaron la retirada á los patriotas, de un hospital ambulante y de los equipajes del ejército, que distribuyeron entre sí. Sucre, irritado con este acontecimiento, dispuso que el sarjento mayor Rafael Cuervo marchase por un flanco del enemigo con dos compañías y cincuenta jinetes, á fin de rescatar el hospital y los equipajes, castigando al mismo tiempo á los sublevados. Ejecutóse esta operacion con felicidad; empero

solo pudieron recuperarse algunos pocos enseres y caballerías; mas fueron castigados los vecinos de Huanta que se habian sublevado, y Cuervo condujo algunas reses para el ejército. Sin embargo, todo presentaba un aspecto melancólico y un porvenir funesto.

En aquella situacion Sucre recibió comunicaciones del Libertador, en que le avisaba desde la costa, que no esperára nuevos socorros de tropas, porque ningunos habian llegado de Colombia por la multitud de obstáculos que ántes mencionamos. Preveníale en consecuencia que diera una batalla al enemigo, cualesquiera que fuesen las posiciones respectivas, pues no habia esperanza alguna de refuerzos. Sucre, desde aquel momento, determinó cumplir la órden terminante de Bolívar.

Aunque el ejército real contaba un tercio mas de fuerza, tampoco era feliz su situacion. Las deserciones, la falta de vituallas, las dilatadas marchas y el movimiento contínuo por aquellos helados páramos, tenian ya cansados á los jefes, oficiales y soldados. En los últimos dias habian aparecido pasquines en las tiendas de los generales, increpándoles el sistema que seguian y anhelando por una batalla. Esta se hizo, pues, necesaria por los motivos expuestos, y porque el virey creía que si el general Sucre continuaba su retirada hácia el norte y cruzaba el rio Huarpa, distante apénas cinco leguas, podia recibir otros refuerzos de tropas enviadas de la costa, adquiriendo así mayor fuerza y acaso la superioridad numérica. Aunque se equivocára en dichos cálculos, estas razones influyeron poderosamente para que ambos ejércitos deseáran terminar con una batalla campal aquella contienda, de que pendian tantos y tan vitales intereses.

El virey examinó cuidadosamente con su estado mayor la posicion ocupada por los independientes. Todos fueron de opinion que no se podia atacar por el frente del norte sin muy graves dificultades, á causa del barranco y profunda cañada que separaban á ambos ejércitos. Dispuso entónces que trepando el ejército real á las alturas descabezára aquella cañada (diciembre 8), situándose al oriente en el declive del cerro de Cundurcunca (1), que presentaba un descenso bastante cómodo sobre la llanura de Ayacucho.

(1) Otros escriben Condorcanqui.

Tiene esta mil doscientas varas de largo y mil de ancho: está flanqueada á derecha é izquierda por dos profundos y escabrosos barrancos. Á poniente se encuentra el pueblo de Quinua, desde el cual hay una bajada suave de dos leguas hasta el camino de Huamanga, ciudad que dista como tres leguas. Al oriente del llano de Ayacucho se eleva majestuosamente la alta cima de Cundurcunca, que corriendo de norte á sur domina aquel célebre campo, hasta el cual hay una bajada de buen declive. La llanura se halla partida oblicuamente por una quebrada practicable por la infantería, dejando libre para que pase la caballería una extension unida como de trescientas varas á la parte setentrional.

Por la noche se hallaban los dos ejércitos tan inmediatos que las avanzadas conversaban unas con otras. Á las nueve el general Córdoba, con permiso de Sucre, dió un alarma al ejército real, al que hizo creer que iba á ser atacado; pero en breve se restableció la tranquilidad.

Amaneció el dia 9, y desde luego los rayos vivificantes de un sol hermoso, que tan dulcemente se hacen sentir en las altas y frias cimas de los Ándes, restituyen el vigor y la energía á los miembros entorpecidos de los combatientes. El ejército republicano solo contaba cerca de seis mil hombres de infantería y caballería con una pieza de artillería. Tenian los realistas nueve mil trescientos veinte hombres disponibles de todas armas, y once piezas de campaña. Hallábanse estos orgullosos con sus conocimientos estratégicos de la moderna táctica militar, con su disciplina y con catorce años de victorias ganadas en el Perú por las tropas reales. No eran ménos fuertes los motivos de orgullo y de entusiasmo que tenian los patriotas. Los Colombianos habian conducido triunfante la bandera tricolor desde las riberas del Atlántico y selvas del Orinoco hasta el Apurimac. Los Argentinos desde el Rio de la Plata á Chile y al país de los Incas, y los Peruanos habian contribuido eficazmente al glorioso triunfo de Junin: en fin, todo el ejército libertador acababa de marchar ochenta leguas en retirada, burlando por primera vez los esfuerzos y hábiles maniobras de los jefes realistas, que se lisonjearon en vano de envolverlos y destruirlos con sus rápidas y bien calculadas marchas.

Sucre ordenó su ejército en tres divisiones: la derecha, compuesta de cuatro batallones, era mandada por el general Cór-

doba; la izquierda constaba de igual número, y la dirigia el general Lamar; ocupaba el centro toda la caballería al mando de Miller; y la division Lara, formada por los batallones Rífles, Vencedor y Várgas, componia la reserva. Desde la víspera, algunas compañías de la division peruana de Lamar habian ocupado una casa situada á la orilla del barranco que oblicuamente cruzaba la llanura.

Los realistas se formaron en tres columnas casi paralelas. La vanguardia, guiada por Valdes, ocupó la derecha con cuatro batallones, dos escuadrones y una batería de seis piezas; la primera division, mandada por Monet, se colocó en el centro con cinco batallones; y la segunda, dirigida por Villálobos, fué situada á la izquierda con otros cinco batallones. La caballería, conducida por el brigadier Ferraz, seguia á retaguardia y en los intervalos. Cinco piezas debian ser colocadas á la izquierda para cubrir el flanco de la division Villálobos. Los batallones de Gerona y de Fernando VII quedaron en la reserva dirigidos por Canterac, conforme á una órden expresa del virey.

El general Sucre recorria sus filas á las diez de la mañana, diciendo á sus diferentes cuerpos unas pocas y enérgicas palabras, cuando vió que la division española de Valdes, que por un largo rodeo emprendido desde temprano habia pasado los barrancos y quebradas de la izquierda, atacaba muy vigorosamente á las tropas peruanas regidas por Lamar, cuyos cuerpos principiaban á ceder. Observa tambien que las masas enemigas del centro y derecha no estaban completamente formadas, y que reinaba todavía en algunos batallones el desórden de la bajada. Manda, pues, al general Córdoba que las cargue rápidamente con sus columnas y protegido por la caballería de Miller. Al mismo tiempo saca de la reserva á los batallones Vencedor y Várgas, reforzando con ellos la division Lamar; operacion que algunos le han criticado severamente.

Al romper la marcha de ataque fué que Córdoba, poniéndose á la cabeza de sus tropas, les dijo: « Soldados, paso de vencedores. » No fué esta una fanfarronada sino la realidad. Caer sobre dos batallones de la division Villálobos y sobre ocho escuadrones, destruir á dos de aquellos y destrozar á estos, auxiliado vigorosamente por la caballería, fué obra de muy poco tiempo. La infantería continuó su carga, y nada pudo resistirle.

Entre tanto la division Monet se hallaba al borde del barranco que oblicuamente cruzaba la llanura de Ayacucho, á fin de atravesarlo. Arrastrado este general por el deseo de reparar los daños que habia sufrido la division Villálobos, se arroja á pasar dicho barranco. Este movimiento lo hizo ántes que la vanguardia completára el suyo, ántes que la caballería hubiese acabado de bajar para formarse en el llano, y ántes que las cinco piezas destinadas al flanco de la izquierda se descargáran de las mulas que las conducian para situarlas en los puntos convenientes. Así, apénas habia conseguido Monet que dos batallones se ordenáran en columna despues de atravesar el barranco, y aun estaban empeñados los otros en pasarlo, cuando la division victoriosa de Córdoba cae sobre él, apoyada por los ocho escuadrones de caballería. Nada pudo resistir á esta fuerza. En pocos instantes Monet es herido, perecen varios de sus jefes, y los dos batallones son destrozados. Los otros dos volvieron atras y quisieron formarse al borde opuesto del barranco; empero Córdoba no les dió tiempo : fueron igualmente batidos y dispersos.

Casi á un mismo tiempo avanzaban por órdenes premurosas del virey la caballería de Ferraz y la reserva que mandaba en persona Canterac. Cuatro escuadrones pudo formar el primero, pues los otros no habian descendido todavía el llano. Mas teniendo al frente á los ocho escuadrones victoriosos de los patriotas, nada pudieron hacer los realistas : atacarlos y destruirlos nuestra soberbia caballería, fué obra de pocos instantes, segundada en este choque por los fuegos mortíferos de la infantería de Córdoba.

Canterac se habia arrojado al llano con la reserva, queriendo restablecer el órden en las filas y apoyar con su fuerza la reunion de los cuerpos. Al mismo tiempo trabajaban Carratalá y Villálobos en hacer igual operacion. Mas nada pudieron conseguir : la reserva fué batida y puesta en fuga inmediatamente por los patriotas vencedores.

Al principio el combate no habia sido feliz para estos en su izquierda. Los batallones de la division Lamar fueron rechazados : parte de la vanguardia enemiga, amenazando á la derecha de Lamar, se interponia ya entre este y el general Córdoba. El batallon Várgas principiaba tambien á ceder, cuando llegó el Vencedor. Con el auxilio de estas fuerzas y con el rápido avance

del regimiento de húsares de Junin, que se hallaba en reserva y á cuya cabeza se puso el general Miller, se restableció la pelea. La embestida simultánea de todos los mencionados cuerpos sobre los realistas fué terrible. Á pesar de la valentía con que se defendieron y del fuego horroroso de las seis piezas de artillería, que tantos daños hicieron en aquel dia memorable, la division de vanguardia comenzó á plegar. La resistencia que opuso detras de los barrancos fué muy tenaz; pero reunidas todas nuestras fuerzas de la izquierda, los Españoles no pudieron sostenerse por mas tiempo. La derrota se hace general. Lamar con su division persigue á los vencidos, atravesando las profundas y escabrosas cañadas de su flanco izquierdo. Córdoba trepa con sus batallones las ásperas faldas del Cundurcunca y hace prisionero al virey; este anciano respetable se portó en aquel dia con el mayor valor, haciendo cuanto le fué posible para fijar en su bando á la fortuna. Lara marcha por el centro y continúa la persecucion en lugar de la division Córdoba, cuyos batallones se mandan retirar porque se hallan muy fatigados.

En breve los realistas quedan cortados en todas direcciones. Apénas Canterac y otros jefes se habian podido reunir en las alturas de Cundurcunca con doscientos jinetes y cosa de cien infantes. No les quedaba mas arbitrio que morir gloriosamente combatiendo por su rey, ó entregarse prisioneros. Cuando deliberaban sobre el partido que debieran seguir, vieron llegar á un ayudante de Lamar, quien les ofreció una honrosa capitulacion. Aunque el orgulloso pundonor de los jefes españoles, que tantas veces habian triunfado en aquel mismo país, les hacía en extremo doloroso el sujetarse á tal humillacion, era tan triste y lamentable su situacion despues de haberlo perdido todo en aquel aciago dia, que no tuvieron mas recurso que aceptar el partido. Era este una verdadera y humana generosidad de parte de los generales independientes, y los Españoles no pudieron ménos de reconocerlo.

Habiendo ántes celebrado una junta consultiva de los principales jefes, pasaron Canterac y Carratalá al campo de Sucre : allí ajustaron las capitulaciones, que, transmitidas á los demas jefes realistas, se acordaron y firmaron definitivamente al siguiente dia. Tal fué la terminacion de la célebre batalla de Ayacucho, que dió la Independencia al Perú y aniquiló entera-

mente el poder español en la América meridional. Decidióse en poco mas de una hora, perdiendo los Españoles mil ochocientos muertos, setecientos heridos, mas de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, once piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles y cuantos pertrechos y artículos de toda clase poseía aquel ejército. Tuvieron los independientes trescientos setenta muertos y seiscientos nueve heridos, inclusos algunos oficiales. El comportamiento de todas las tropas del ejército unido fué muy brillante en aquel glorioso dia; empero nada igualó al ardimiento y valor de la division Córdoba y al de los ocho escuadrones de caballería que obraron con ella, y que destrozaron á la mayor parte del ejército español. Córdoba fué ascendido á general de division en el mismo campo de batalla, cuando apénas tenia la edad de veinte y cinco años. Distinguiéronse tambien los generales Lamar, Gamarra y Miller del Perú, y Lara de Colombia; los coroneles Silva, Carbajal, Plaza, Suárez, Moran, Luque Leon, Blanco y Leal, junto con los comandantes Guas, Galindo, González, Benavídes y otros muchos de inferior graduacion. La gloria del general en jefe llegó á su colmo; pero no fué menor el brillo de su humanidad, moderacion y atenciones con los vencidos.

Concedióles por la capitulacion firmada en el mismo campo de batalla : 1° que serian trasportados á costa de la República todos los individuos del ejército español que quisieran regresar á su patria, socorriéndoles entre tanto con média paga, y que se admitiria en el del Perú en su mismo empleo á los que prefiriesen continuar sirviendo en este país; 2° que ninguna persona sería incomodada por sus opiniones y servicios prestados á la causa del rey, y que se permitiria salir del Perú y disponer dentro de tres años de sus propiedades á todas las personas que quisieran ejecutarlo ; 3° que los generales, jefes y oficiales prisioneros en la batalla y en la campaña anterior quedarian en libertad, conservando todos los capitulados el uso de sus espadas y uniformes, y la mas completa seguridad para reunir sus intereses y familias, trasladándose al efecto á los lugares que escogieran; mas no podrian volver á tomar las armas contra la América en la guerra de Independencia, ni trasladarse á punto alguno ocupado por las armas de la metrópoli.

Canterac, como general en jefe por la prision del virey, fué quien firmó la capitulacion. Estipuló ademas que se entrega-

rian al ejército unido libertador los restos del español y todo el territorio que dominaban las tropas reales hasta el Desaguadero, junto con las guarniciones, parques, maestranzas, almacenes militares y los demas objetos correspondientes al gobierno de la Península. Debia comprenderse la plaza del Callao que se entregaria al Libertador, permitiéndose á los buques españoles de guerra y á los mercantes hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses, y aprestarse para su largo viaje, á cuyo efecto se les franquearian los correspondientes pasaportes para salir con seguridad del Pacífico y seguir á los puertos de Europa.

Esta parte de la capitulacion fué despues objeto de muchas críticas y aun de cargos contra los jefes realistas, cuya fidelidad se llegó á sospechar en la Península, aunque injustamente. Parece que se defendieron manifestando, que despues de perdida una batalla tan decisiva y de haber hecho tantos y tan prolongados esfuerzos en el Perú, á fin de sostener la dominacion y los intereses de la madre patria, era imposible restablecer los negocios sin nuevos y poderosos auxilios de la España. Que no sabiendo se les enviáran, habrian sacrificado inútilmente sus vidas y la sustancia de los pueblos del Perú, continuando una guerra imposible ya de prolongarse contra el ejército independiente, aumentado con todos los prisioneros y pasados, y engreido con sus triunfos. Estas razones eran de mucha fuerza, y al fin la capitulacion de Ayacucho no mancilló la bien merecida reputacion de fidelidad y valor de los jefes y oficiales españoles del Perú (1).

En consecuencia de la batalla y del convenio mencionado, quedaron prisioneros de guerra los generales Laserna, Canterac, Valdes, Carratalá, Monet, Villálobos, Ferraz, Bedoya, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, García Camba, Pardo, Vigil y Tur, con diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, y mas de dos mil individuos de tropa que se aumentaron sucesivamente.

Despues de tan gloriosa victoria, Sucre obra con la mayor celeridad y marcha hácia el Cuzco. Las autoridades españolas de esta capital, reunidas en junta general, nombraron para

(1) Véase la nota 24ª.

virey al mariscal de campo don Pio Tristan, residente en Arequipa, quien aceptó y comenzó á dar activas y enérgicas disposiciones para sostener la moribunda causa de la España. Lo mismo hizo en el Cuzco, aun con mayor celo, el mariscal de campo don Antonio María Alvarez, presidente de la real audiencia de aquella capital; pero sus esfuerzos, así como los de otros jefes y oficiales del partido real, fueron vanos. El ejército unido era irresistible, y en lo general los pueblos estaban cansados de la dominacion española; las ideas de independencia, libertad é igualdad se les presentaban muy halagüeñas, y nada pudo contener su poderoso influjo. Todos los cuerpos que aun restaban á los Españoles se disolvieron ó amotinaron al aproximarse los patriotas. En consecuencia el virey Tristan, el general Alvarez, el coronel Maroto y otros muchos jefes realistas, aunque mal de su grado, tuvieron que someterse á la capitulacion. Por tanto, las armas libertadoras sin dificultad extendieron su imperio hasta el Desaguadero. Aun faltaba Olañeta, que dominaba el Alto-Perú con sus cuatro mil hombres. Esperábase que cederia sin recurrir á las armas; empero esta obra era del tiempo, de las negociaciones ó de largas marchas (1).

Cuando se difundieron las noticias de la derrota de Ayacucho, se hallaba la escuadra española cruzando en los puertos de Intermédios. El capitan Guruzeta, que la mandaba, se llenó de espanto; al momento despacha algunos de sus buques con direccion á Chiloé y España. El navío *Asia* con los bergantines *Constante* y *Aquíles* se dirigen al puerto de Manila en las Filipínas. En las islas Marianas alzáronse las tripulaciones con el navío y con el bergantin *Constante*. Dirigiéndose á Acapulco los amotinados, sometieron estos buques al gobierno de Méjico. Por otro motin semejante el *Aquíles* fué entregado á la República de Chile.

Solo faltaban siete años para cumplirse tres siglos en que los Españoles habian dominado el Perú, los que contamos desde el 16 de noviembre de 1532. En este dia don Francisco Pizarro consumó en Cajamarca la mas negra de las traiciones, atacando fementidamente al Inca Atahualpa cuando iba á hacerle una visita de paz, degollando Pizarro seis mil Indios de los mas fieles servidores del Inca. Perdióse entónces el Perú y cayó

(1) Véase la nota 25ª.

bajo de una dominacion extranjera, por la funesta division de sus Incas Huascar y Atahualpa, sin la cual Pizarro no hubiera podido ocupar entónces ni destruir aquel imperio. Divisiones semejantes y la guerra civil entre el virey Laserna y el general Olañeta disminuyeron sobre manera la fuerza moral, las tropas y los recursos de los realistas en el Perú; así proporcionaron á Bolívar y al ejército republicano los triunfos de Junin y Ayacucho (1), que consumaron la Independencia de la América del Sur, destruyendo la dominacion española.

El Libertador recibió en Lima la capitulacion de Ayacucho. Envióla sin tardanza á Rodil, con las órdenes de Canterac para la entrega del Callao. Mas sabiendo ya el primero los desastres del ejército español, se negó absolutamente á recibir los parlamentarios que se le dirigieron. Al fin por medio del navío inglés *Cambridge*, que fondeó en la bahía, se introdujo en la plaza el comandante Gaston, enviado por Canterac para imponer á Rodil de la destruccion del ejército real. Denegóse, sin embargo, á someterse, y tomó las medidas mas enérgicas y activas para defender el Callao á todo trance. Tenia víveres para un año y la suficiente guarnicion.

Obtenido el triunfo de Ayacucho, dispuso el Libertador que no se enviára á Lima toda la expedicion colombiana que aun se hallaba en Guayaquil con destino al Perú. Exigió que se le dirigieran solamente un batallon de infantería con mil plazas, compuesto de soldados veteranos, y dos escuadrones de caballería al mando del general Valero.

Año de 1825. — Estando ya embarcados estos cuerpos en número de mil y cien infantes y cuatrocientos jinetes, ordenó (enero 13) que se le enviáran otros mil hombres de los mas veteranos. El general Paz del Castillo cumplió con exactitud estas órdenes, y de los cuatro mil auxiliares que estaban prontos á zarpar de Guayaquil con destino al Perú, siguieron los dos mil

(1) En lengua peruana significa *campo de sangre fétido*, segun nos han dicho. Acaso allí mismo ó en las cercanías está la llanura de Chúpas, donde el jóven Almagro combatió valerosamente contra el gobernador real Vaca de Castro, y fué vencido el 16 de setiembre de 1542. Este hijo del viejo Almagro corrió la misma suerte desgraciada de su anciano padre, y fué ejecutado como traidor en la Plaza Mayor del Cuzco. Así perecieron de muertes violentas casi todos los primeros conquistadores del Perú.

quinientos diez y ocho que se han expresado. Castillo envió igualmente los cuatro mil vestidos completos que tenia ya preparados para las tropas.

Posteriormente recibió el general Castillo cañones, morteros y otros elementos militares para el sitio del Callao, que se le remitieron por la via de Panamá, y fueron los últimos auxilios que de Colombia se enviaron al Perú. Prestáronse todos estos con la mayor abundancia y generosidad, porque Colombia nada negaba á su Libertador, y este era capaz de sacrificarlo todo por conseguir y asegurar la Independencia de la América (1).

Miéntras que el general Paz del Castillo se ocupaba en satisfacer los pedimentos de Bolívar sobre envío de tropas y de otros elementos militares, tenia igualmente á su cargo la empresa de carenar la escuadra peruana, surta en el puerto de Guayaquil. Hallábase esta al mando del vicealmirante Guise, quien no se sujetaba á órden alguna y disipaba ó permitia se disipáran muchos de los suministros que el jefe superior del sur daba para la escuadra. Cuando la fragata *Protector* estuvo ya en franquía, Guise envió á exigir por medio del intendente de marina del Perú don Salvador Soyer, que el jefe superior del sur le remitiera treinta mil pesos, y que de lo contrario hostilizaria la ciudad. Viendo el general Paz del Castillo tamaña insolencia, y recordando que Guise le habia dicho algunas veces que de Guayaquil se podia sacar una fuerte contribucion, no dudó que pretendiera saquear la capital si conocia que el gobierno era débil. Bajo de esta inteligencia adopta inmediatamente una resolucion enérgica, á fin de sostener la dignidad del gobierno de Colombia, á quien pretendia ajar un extranjero audaz. Deteniendo, pues, al coronel Soyer, que habia hecho la intimacion, manda al coronel Leon Fébres Cordero con cincuenta hombres á que lleve preso á Guise. Cordero ejecuta la órden, y conducido el vicealmirante á la presencia del jefe superior, confesó el hecho, pero dijo que no era su ánimo llevar á cabo la amenaza. No siendo este solo el exceso de Guise, quien poco ántes habia puesto de propia autoridad un par de grillos á un Colombiano á bordo de uno de sus buques, el jefe superior, para cortar el mal de raíz, le remitió por la via de Cuenca

(1) Véase la nota 26ª.

preso al Perú. Con todos los documentos dió cuenta á Bolívar, como á dictador de aquella República, de los poderosos motivos que justificaban su procedimiento.

Verificada la prision de Guise, el general Castillo confirió el mando de la escuadra peruana al coronel Illingrot. Trabajó este con tanta actividad é inteligencia que muy pronto se alistaron los buques y pudieron seguir al Perú, donde eran tan necesarios para estrechar el bloqueo del Callao (enero 30).

Por el mismo tiempo y ántes de saber el Libertador la prision de Guise, dió una órden al jefe superior en que le decia : « que no conviniendo á la causa pública que el vicealmirante continuase por mas tiempo mandando la escuadra del Perú, le quitára el mando aun por la fuerza, y que tambien depusiera á todos los oficiales adictos á Guise, sustituyendo en su lugar á otros de toda confianza. » Preveníale ademas, que tanto al vicealmirante como á los oficiales depuestos los mantuviera arrestados hasta nueva órden. Esta disposicion calmó la inquietud del jefe superior del sur acerca de las consecuencias que pudieran seguirse, respecto del gobierno peruano, por la prision de Guise.

Terminado este negocio por el general Castillo, supo que el Libertador, por una inconsecuencia indisculpable en un hombre de su prevision, habia dispuesto que regresáran desde el puerto de Santa al norte de Lima todas las tropas de infantería y caballería enviadas últimamente de Colombia, en cumplimiento de urgentes órdenes suyas; solo mandaba retener y que se dirigieran á su cuartel general quinientos infantes escogidos. Esta providencia, que dejaba perdidas para Colombia las crecidas erogaciones que habia hecho en equipar y trasportar aquella expedicion auxiliar, puso en nuevos apuros al jefe superior del sur. Las tropas se le devolvieron sin el vestuario sobrante que llevaron, y con los auxilios dados al Perú se hallaban exhaustas las cajas públicas y los demas recursos del departamento de Guayaquil (1). Á pesar de esto, el general Castillo hizo frente á todos los gastos y embarazos que le causaba la acumulacion de tropas en Guayaquil.

Como esta ciudad y departamento era el punto de escala y el depósito de todos los socorros que se dirigian al Perú, allí exis-

(1) Véase la nota 27ª.

tian los restos de la última division auxiliar, y los cuerpos que se devolvieron desde Santa. Hubo la desgracia para aquellos valientes y antiguos soldados que tanto habian contribuido á las gloriosas campañas de Colombia, que arribaron á Guayaquil en la época de las lluvias ó del invierno. Entónces las calenturas y otras enfermedades atacan principalmente á los forasteros, y sobre todo á las tropas mal asistidas y escasas de comodidades, como eran las colombianas. Por tales motivos perecieron mas de seiscientos hombres, lo que unido á las bajas que produjera la desercion, disminuyó mucho su número ántes de que pudieran trasladarse á los climas benignos de la cordillera. Durante el invierno los caminos que desde Guayaquil siguen á las ciudades de Quito y Cuenca son intransitables; así fué necesario esperar á que pasáran algunos meses, á fin de que los cuerpos subieran á la Sierra con ménos fatigas y con alguna comodidad. El Libertador habia recomendado al jefe superior de los departamentos meridionales de Colombia, que por algun tiempo permanecieran en ellos las tropas, con el objeto de que apoyáran con su proximidad cualquiera movimiento que se necesitára hacer en el Perú para consolidar la Independencia de aquella República. Aun existian algunos temores sobre la resistencia que el tenaz Olañeta pudiera oponer en las provincias del Alto-Perú.

En el intermedio ocurria en Lima un suceso que no dejaba de tener relaciones con la política de la época. El célebre don Bernardo Monteagudo, natural de Salta en Buenos Aires, ministro que fuera del Protector San Martin, sin embargo de haber sido arrojado de Lima por una conmocion popular, regresó á aquella capital creyéndose protegido por el influjo del Libertador. Á pesar del odio que se le tenia, especialmente por su violenta persecucion contra los Españoles europeos, vivió algun tiempo en seguridad. Mas bajo de mano se preparaba su ruina, y el 28 de enero, á las ocho de la noche, fué asesinado cerca de San Juan de Dios, dándole de puñaladas. Á los dos dias se descubrieron los asesinos, que eran un esclavo del Español Mornia y otro mulato. No pudo averiguarse bien si Mornia habia sido el que mandára cometer el asesinato por odio hácia Monteagudo, ó si era una trama política, de lo que hubo algunos indicios, así como de que tambien se maquinaba contra la vida de Bolívar. Algunos años despues se ha dicho que un Peruano

célebre en aquella época fué quien mandó asesinar á Monteagudo.

Luego que el Libertador vió asegurada la existencia de la República con el espléndido triunfo obtenido por el ejército libertador en los campos de Ayacucho, se apresuró á convocar á los representantes de los pueblos para que se reunieran en congreso. Hizo la convocatoria para el 10 de febrero, dia del aniversario en que el mismo congreso le habia conferido un año ántes el poder tremendo de la dictadura, que para siempre aseguró la Independencia del Perú. Los diputados del pueblo ocurrieron prontamente al llamamiento, y el congreso peruano se instaló de nuevo orlado por el esplendor y la gloria de triunfos los mas brillantes.

El mismo Libertador se presentó en el salon de las sesiones rodeado por todas partes de un pueblo numeroso y entusiasta por el jefe que habia asegurado su Independencia. Pronunciáronse de una y otra parte arengas hermosas que respiraban el mas puro regocijo. El Libertador dió cuenta al congreso, por medio de un mensaje corto y enérgico, del uso que habia hecho de la dictadura y de sus principales providencias en el año que la habia ejercido. « Legisladores, decia, al restituir al congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de mas terrible en el mundo, *de la guerra* con la victoria de Ayacucho, y *del despotismo* con mi resignacion. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad, ¡ esta autoridad que fué el sepulcro de Roma! Fué laudable sin duda que el congreso para flanquear abismos horrorosos y arrostrar furiosas tempestades clavase sus leyes en las bayonetas del ejército libertador; pero ya que la nacion ha obtenido la paz doméstica y la libertad política, no debe permitir que manden sino las leyes.

» Señores, el congreso queda instalado. Mi destino de soldado auxiliar me llama á contribuir á la libertad del Alto-Perú y á la rendicion del Callao, último baluarte del poder español en la América meridional. Despues volveré á mi patria á dar cuenta á los representantes del pueblo colombiano de mi mision en el Perú, de vuestra libertad y de la gloria del ejército libertador. »

Presentada que fué esta solemne renuncia, el congreso instó

al Libertador por medio de diputaciones á que continuase ejerciendo el poder supremo. Bolívar se resiste (febrero 10), y en el mismo dia el congreso peruano expide un decreto, por el cual, bajo del título de *Libertador*, le confiere de nuevo el mando político y militar de la República hasta la inmediata reunion constitucional del congreso, que debia ser en el año próximo. Este mando fué sin limitacion alguna; pues aun podia suspender artículos de la constitucion y delegar á una ó mas personas las facultades que se le conferian. Entónces Bolívar aceptó aquel inmenso poder, y dió cuenta al gobierno de Colombia de los motivos que le habian decidido. Dijo que no era por conviccion sino por complacencia. « Yo no he podido resistir á un pueblo que me cree necesario para su conservacion, aunque su existencia ya está asegurada por sus victorias y por sus leyes. Un terror pánico á la anarquía domina todavía el ánimo de los Peruanos. Para calmar este doloroso sentimiento, me he creido obligado á ofrecer mi permanencia aquí hasta la reunion del próximo congreso en el año de 26, siempre que los representantes de la soberanía nacional de Colombia me permitan esta ausencia, y el ejercicio de una autoridad que reconozco monstruosa en sí misma y demasiado impropia en mí. » En consecuencia, Bolívar con los documentos correspondientes pedia al congreso colombiano el permiso para residir un año mas en Lima, y para trasladarse al territorio de Buenos Aires, á fin de terminar allí la guerra de la Independencia de la América del Sur.

El congreso peruano expidió el mismo dia otros decretos concediendo honores al Libertador, á quien dió el título de *Padre y Salvador del Perú*, de monumentos que debian erigirse para perpetuar la memoria de sus heróicos hechos, monumentos que en su mayor parte nunca tuvieron efecto, y de recompensas pecuniarias. Un millon de pesos se asignó al Libertador mismo, y otro para que le distribuyera á discrecion entre los generales, jefes, oficiales y tropa del ejército unido. Tambien decretó el hermoso título de *gran mariscal de Ayacucho* para el general Sucre, y una recompensa extraordinaria de doscientos mil pesos, la que se le pagó, dándole en toda propiedad la hacienda de Huaca en el valle de Chancay.

En seguida el congreso por decretos separados votó acciones de gracias á la República de Colombia, por los servicios que habia

hecho á su amiga y confederada; al senado y cámara de representantes de Colombia, por el permiso que dieron al Libertador para que pudiese ir al Perú, y por los auxilios que decretaron en favor de esta República; en fin, al ejército unido libertador. Nombró ademas una comision de su mismo seno, compuesta de don Manuel Ferréiros y don Jerónimo Agüero, para que viniese á Colombia á expresar al congreso, al gobierno y al pueblo colombiano los profundos sentimientos de gratitud que animaban á la República del Perú.

Posteriormente, habiendo fuertes indicios de que la Francia unida á la España pretendian invadir á Colombia, el congreso peruano acordó otro decreto previniendo al Libertador, que auxiliára á nuestra República con las tropas, buques, armamento y con todos los demas artículos que Colombia necesitase para su defensa. Como la invasion no se realizó, tampoco tuvieron efecto los socorros que se decretaron entónces con entusiasmo y buena voluntad. Estaban muy recientes los beneficios, y no habia llegado aun el tiempo de olvidarlos con la ingratitud mas negra.

Bolívar se excusó noblemente de aceptar el millon de pesos que le decretára el congreso: dijo que estaba recompensado ampliamente con la confianza depositada en él, y con la gloria que se le habia conferido librando en sus manos los destinos de la patria; que aceptando dádivas excesivas quedaria confundido y humillado, así como cubiertos con demasía sus servicios por la liberalidad, en tanto que su mas viva ansia era dejar al Perú deudor de los miserables desvelos que habia podido consagrarle. « Jamas he querido aceptar de mi patria misma ninguna recompensa de este género. Así, sería una inconsecuencia monstruosa, si ahora yo recibiese del Perú lo mismo que habia rehusado de mi patria. »

Á pesar de tan decidida renuncia, insistió el congreso en que Bolívar aceptára el millon de pesos, que lo renunció de nuevo hasta por tercera vez. Entónces resolvió el congreso dejar dicha cantidad á disposicion del Libertador, para que la empleára en obras de beneficencia del lugar donde habia nacido y de los demas de Colombia que tuviera por conveniente (1).

El Libertador aceptó con reconocimiento el millon de pesos

(1) Véase la nota 28ª.

que decretára el congreso peruano, como una recompensa extraordinaria que debia distribuirse entre todos los individuos que habian compuesto el ejército libertador. Este rasgo de munificencia hizo mucho honor á los representantes de los pueblos del Perú (1).

En tanto que ocurrian estos sucesos, acaecian otros bien importantes sobre los Ándes y en el Alto-Perú. El ejército libertador se avanzó sin oposicion alguna, segun dijimos ántes, hasta el Desaguadero, que separaba los vireinatos del Perú y de Buenos Aires. Como desde allí empezaba á extenderse hácia el sur el territorio dominado por Olañeta, el general Sucre hizo alguna pausa á fin de que descansáran sus tropas de las grandes fatigas que habian sufrido. Esperaba que la contienda con Olañeta no sería larga ni difícil, porque los pueblos se hallaban decididos en favor de la Independencia de su patria.

Olañeta, á quien los jefes republicanos habian procurado ganar de mil maneras diferentes, no cedia un punto de su adhesion al gobierno de la madre patria; buenas palabras y promesas indefinidas fué todo lo que pudieron conseguir de aquel realista decidido. Luego que supo la catástrofe de Ayacucho, que le comunicaron el presidente del Cuzco y el virey Tristan desde Arequipa, dió las mas activas disposiciones para defender las provincias del Alto-Perú. Envió tropas hácia el Puno á las órdenes del coronel mayor don Ángel Hévia y del coronel don Francisco Valdes, que tanto se habia distinguido en la guerra civil contra el virey. Empero nada pudieron adelantar contra las huestes libertadoras, que eran tan superiores bajo todos aspectos. En consecuencia tuvieron que evacuar el país hasta la Paz, importante ciudad, que fué ocupada el 28 de enero por las guerrillas del coronel Lanza. Sucre arribó con algunas tropas el 8 de febrero, y fué recibido en la Paz con el mayor entusiasmo.

Allí supo que por todas partes se desmoronaba la usurpada autoridad de Olañeta. En Cochabamba el comandante de Dragones americanos Araya levantó el estandarte tricolor; lo mismo sucedió en Valle-Grande, donde pusieron preso al brigadier Aguilera; la guarnicion de Santa Cruz de la Sierra proclamó la Independencia, así como un escuadron de Dragones de Chárcas

(1) Véase la nota 29ª.

que guarnecia la ciudad de Chuquisaca: sucesos todos ocurridos en el mes de febrero.

Replegáronse Olañeta y su teniente Valdes al Potosí, donde pudieron reunir cerca de dos mil hombres. Despues de una junta de guerra determinaron retirarse á la provincia de Chíchas, á fin de prolongar allí la guerra de partidas, pues se decidió que no debia capitularse con los disidentes. Empero en aquellas circunstancias supo Olañeta que el general argentino Arenáles marchaba á atacarle en Chíchas, y que el coronel Urdininca habia ocupado ya á Tupiza con un escuadron de las tropas de Salta. Envió, pues, á su primer ayudante Hévia á la cabeza de un batallon y de un escuadron, previniéndole que obrára en combinacion con el coronel Medinaceli, que regía en Copaguita un batallon y dos escuadrones. Empero habia sonado la hora de las defecciones. Medinaceli proclamó la Independencia, por cuyo motivo don Ángel Hévia se decidió á permanecer en Tumusla á fin de observar los movimientos del enemigo, miéntras le llegaban nuevas órdenes de su general. Olañeta se reunió en Vitiche con Hévia, y desde allí se dirigió apresuradamente á batir á Medinaceli.

Realizada esta marcha se trabó una reñida accion en Tumusla, donde las últimas tropas reales abandonaron á su jefe (abril 1°). Allí pereció Olañeta, segun algunos por un tiro de fusil que le disparára alguno de sus mismos soldados, cayendo en poder de los independientes todos los intereses y elementos militares que habia reunido para sostener la causa de la metrópoli.

Decididos los pueblos del Alto-Perú, la marcha de Sucre hasta el Potosí fué un paseo militar, recibiendo por todas partes los obsequios de los habitantes entusiasmados por su reciente libertad é independencia. El 3 de abril flameaba ya sobre la cima del Potosí la bandera colombiana, y en breve quedó pacificado todo el territorio del Alto-Perú. Las tropas reales y sus jefes admitieron la capitulacion de Ayacucho, y justamente se puede decir haber terminado entónces la guerra de la Independencia de la América del Sur (1).

Los historiadores españoles atribuyen á los jefes independientes el haber faltado á la capitulacion de Ayacucho, porque castigaron severamente á uno ó dos jefes realistas que hallaron

(1) Véase la nota 30ª.

combatiendo por la causa de la España, despues de haber ofrecido solemnemente que no militarian contra las armas de la América en la contienda sobre la Independencia. Es falso que hubiera semejante falta, y la capitulacion de Ayacucho fué cumplida por Bolívar, Sucre y los demas subalternos con la mayor exactitud, buena fe y humanidad.

Aun no sabía el Libertador los sucesos ocurridos en el Alto-Perú, cuando se disolvió el congreso por haber terminado sus sesiones ordinarias. Se dispuso entónces Bolívar para hacer un viaje al Cuzco, la Paz y el Potosí, hácia donde le llamaban grandes intereses, pues temia que la tenacidad de Olañeta prolongára la guerra. Organizó, pues, un gobierno provisional en Lima, y el 11 de abril se puso en camino por la costa hácia Arequipa. En Ica supo la muerte de Olañeta y la sumision casi entera del país. Continuó, sin embargo, su dilatado viaje, en el que por ahora no le seguirémos.

CAPÍTULO IX.

El congreso reunido el dia asignado. — Puntos que trata el mensaje del ejecutivo. — Premios que decreta el congreso á los vencedores en Junin y Ayacucho. — No se admite la tercera renuncia del Libertador. — Anuncios del reconocimiento de la Independencia por la Gran Bretaña.— El gobierno frances manifiesta mala voluntad hácia Colombia.— Alarmas en Venezuela. — Reconocimiento de nuestra Independencia por el gobierno británico. — Se ratifica un tratado con los Estados Unidos del Norte. — Otro con el Centro-América y otro con la Gran Bretaña. — Análisis y juicio sobre este. — El ministro colombiano Hurtado es reconocido en Lóndres. — Diputados electos para el congreso de Panamá. — Estados que concurren. — Acusacion del doctor Peña. — Leyes que acuerda el congreso. — Cuestiones sobre el empréstito de 1824. — Nuevos disturbios en Pasto. — Progresos que hacen los facciosos. — El coronel Flórez los combate y vence. — Providencias que dicta para conseguir la pacificacion de la provincia.— Guerrillas en Venezuela.— Marcha próspera de Colombia. — El gobierno frances ofrece la neutralidad. — Proyectos de monarquías en América. — El ministro colombiano expelido de Roma. — Alarmas que suscita el partido fanático. — Enseñanza por las obras de Bentham. — Elecciones de presidente y vicepresidente de Colombia. — Perspectiva lisonjera de la República al fin del año. — Viaje de Bolívar desde Lima al Cuzco : guirnalda que regala á Sucre. — Negocios que despacha. — Sigue á Bolivia. — Envia á Colombia una parte del ejército auxiliar. — Su arribo al Potosí. — Recibe á los enviados de Buenos Aires; temores que se tienen del emperador del Brasil. — Mansion de Bolívar en Chuquisaca. — De repente emprende su viaje á Lima. — Se embarca en Arica y es recibido con entusiasmo en la capital del Perú. — Defensa prolongada, calamidades de los sitiados y capitulacion del Callao. — El Libertador llega al apogeo de su gloria. — Su error capital en no regresar á Colombia con el ejército auxiliar. — Se reune el cuarto congreso colombiano. — Mensaje del vicepresidente. — Los comisionados peruanos solicitan que el Libertador aun permanezca en el Perú. — Resolucion del congreso permitiéndolo. — Hace otra concesion igual respecto del general Sucre. — Autoriza la permanencia de dos mil Colombianos en Bolivia. — El Libertador resulta electo presi-

dente de Colombia, y Santander vicepresidente. — Renuncia este : no se le admite la dimision. — Motivos de la acusacion de Páez. — Quejas del intendente Escalona y de la municipalidad de Carácas contra él. — Calor apasionado que excitan en el ánimo de varios diputados. — Santander procura calmarlos. — La cámara de representantes acuerda la acusacion ante el senado ; este la admite. — Segunda acusacion admitida contra Peña. — El congreso no examina ni acuerda el presupuesto de gastos. — Decreta várias leyes en los diferentes ramos de la administracion. — Objetos de una sesion extraordinaria ; se funda en ella el crédito público. — El gobierno frances envia un cónsul general. — Proyectos hostiles de la España. — Combinacion marítima promovida entre Colombia y Méjico. — Su objeto es libertar á Cuba y Puerto-Rico. — Obstáculos que frustran el proyecto. — Una escuadra española viene sobre las costas de la Nueva Granada ; no causa daños. — Intervencion diplomática del gobierno de los Estados Unidos con la Rusia sobre Cuba y Puerto-Rico. — El de Colombia desiste de la empresa contra dichas islas. — Los Estados Unidos dicen estar satisfechos con que permanezcan siendo colonias. — Opinion del gobierno británico sobre la misma cuestion. — Negociacion iniciada por Colombia á fin de conseguir de la España una tregua de diez á veinte años. — Pasos que se dan para obtener los buenos oficios de la Francia, de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos. — Opinion y poca esperanza que manifiesta Mr Canning. — El ministro americano en Madrid hace la proposicion directa é inoportunamente. — Dura respuesta del ministro español. — El gobierno peruano aprueba el proyecto de tregua ; pero el de Méjico lo imprueba con severidad. — Sin embargo, el Libertador no desiste de promover la paz con España.

Año de 1825. — Por la primera vez el congreso de Colombia abrió sus sesiones en este año el dia 1° de enero prescrito por la constitucion, y se compuso de senadores y representantes de todos los departamentos y provincias. Esta circunstancia y otras manifestaban que hacíamos progresos en el órden constitucional, é inspiraban á muchos ideas halagüeñas sobre la estabilidad futura de Colombia.

El mensaje que el encargado del poder ejecutivo presentó al congreso fué muy satisfactorio. La República se hallaba tranquila en su interior, organizaba todos los ramos de su administracion, y adelantaba en el camino de la prosperidad y del órden. En lo exterior habia hecho un tratado de amistad, comercio y navegacion con el gobierno de los Estados Unidos; esperaba el reconocimiento de su Independencia por la Gran Bretaña; extendia sus relaciones á Méjico, Centro-América y á otros puntos de la América ántes española; habia, en fin, auxiliado tan efi-

cazmente al Perú, que esta República tenia asegurada para siempre su Independencia de la madre patria. Este cuadro de la situacion actual de Colombia, trazado hábilmente, era sin duda muy lisonjero y consolador para todos los verdaderos patriotas, que tanto habian trabajado por dar independencia y libertad á su patria (1).

La noticia de la victoria de Ayacucho, que se recibió poco despues, vino á aumentar el contento de los pueblos de Colombia. Inmediatamente se ocupó el congreso en conceder á los vencedores en el Perú recompensas y premios extraordinarios. Los honores del triunfo al Libertador y al ejército que venció en Junin y Ayacucho; una medalla de platina á Bolívar con motes muy honrosos (2); una espada de oro al general Sucre, la que se le presentaria á nombre del congreso de Colombia; escudos de honor á los oficiales y soldados colombianos que habian hecho la campaña del Perú; finalmente, fiestas y regocijos públicos en todas las provincias para celebrar tan espléndidas victorias : tales fueron las recompensas nacionales que el congreso de Colombia decretó á los vencedores en el Perú.

Otro suceso excitó en la capital de la República el mas vivo interes. Fué este la tercera renuncia que envió el Libertador de la presidencia de Colombia, dirigida al congreso por medio de su edecan Julian Santamaría. Fundábase en que su permanencia en Colombia ya no era necesaria; en que estaba cansado de las calumnias que le prodigaban los serviles de Europa y los liberales de la América; decia, en fin, que la gloria de la República sufria con su permanencia en el territorio colombiano,

(1) Ninguno de los secretarios de Estado presentó al congreso de este año memoria ó exposicion sobre los negocios de su departamento. Así lo dispuso el jefe del ejecutivo, porque no habia ley que lo previniera.

(2) La medalla tenia en el anverso á la Victoria, coronando al genio de la libertad con una corona de laurel : este genio debia llevar en la mano izquierda las faces colombianas y en rededor este emblema : « Junin y Ayacucho, 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824. » En el reverso una guirnalda, formada por una rama de oliva y otra de laurel y en el centro la siguiente inscripcion : « Á Simon Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, el congreso de Colombia; año de 1825. » Esta medalla y la espada concedida al general Sucre se realizaron ; pero los honores del triunfo se quedaron sobre el papel, por el modo en que regresára el ejército libertador del Perú.

porque se la suponia siempre amenazada por un tirano. Los senadores y representantes se reunieron (febrero 8) á considerar esta renuncia, y despues de su lectura reinó en la sala el mas profundo silencio. Corridos quince minutos sin que ninguno le rompiera, el presidente del senado Luis A. Baralt llamó á votacion, y por absoluta unanimidad de veinte y un senadores y cincuenta y dos diputados fué negada la admision de la renuncia. Vivas repetidos al congreso y al Libertador interrumpieron el silencio majestuoso que hasta entónces habia reinado en tan solemne sesion. Se pensó en aquella época que la suspension de las facultades extraordinarias que ántes ejercia Bolívar en Colombia desde el Perú, habia influido en su renuncia, y que extendia su resentimiento al general Santander á causa de que promoviera la ley ante el congreso. Parece que el Libertador á su regreso del Perú meditaba irse desde Guayaquil á los Estados Unidos y despues á Europa. Los Colombianos amantes de las glorias de su patria no podian sufrir este abandono: creían que aun necesitaba la República, para consolidar sus instituciones y establecer sólidamente la paz y la tranquilidad interior, del influjo, de las luces y del genio de Bolívar. Empeñáronse por tanto de consuno con los senadores y representantes en prestarle el brillante testimonio que entónces se le diera con la inadmision de su renuncia. Pero ¡cuán funesta fué á la gloria del Libertador que no se le hubiera permitido realizar su bien meditado plan de ausentarse de las riberas de su patria! Su gloria, que habia llegado entónces á su apogeo, no se habria menoscabado con los sucesos posteriores, ni se le hubiera visto morir como desterrado en un lugar oscuro de Colombia, siendo el objeto del odio, de las calumnias y de la mas violenta persecucion promovida por los exaltados liberales.

Los prósperos acontecimientos se sucedian rápidamente en los primeros meses de este año. La noticia de que la Gran Bretaña habia resuelto en 2 de enero reconocer la Independencia de Colombia, Méjico y Buenos Aires, vino á colmar el entusiasmo, tanto del gobierno como de los pueblos. Habia el primero conseguido con su política este grande acto que daba estabilidad á la República, y los pueblos veían en él la cesacion de la guerra; pues juzgaban que, desalentada la España, cederia acaso á la imperiosa ley de la necesidad y reconoceria tambien la Independencia de los nuevos Estados. Tan feliz resul-

tado se tenia apénas como probable; mas era cierto que el monarca español solamente habia podido enviar á la Habana dos mil hombres, que se creían destinados á una expedicion contra Colombia.

Por este mismo tiempo se renovaron los anuncios en varios periódicos extranjeros de que la Francia pretendia auxiliar á la España en la reconquista de sus antiguas colonias. Una escuadra francesa de bastante fuerza estuvo cruzando delante de Puertocabello. Su comandante el capitan de navío Dupotet pasó comunicaciones harto duras é insultantes á las autoridades locales, exigiéndoles satisfaccion por agravios que suponia haber recibido la bandera francesa de buques colombianos. Era el primero que los corsarios Centella y Polli-Hampton habian extraido de la *Uránia*, buque de comercio frances, unos fardos de mercancías que eran de propiedad española; reclamacion infundada, pues todo el mundo sabe que la bandera neutral no cubre las propiedades de los beligerantes. El segundo era sobre la violencia que decia haber irrogado el comandante de la fragata *Venezuela* al capitan de la goleta francesa *La Gazelle*, obligándole á pasar á bordo del buque colombiano. Despues de várias contestaciones, el comandante Dupotet convino en que dichas cuestiones se discutirian entre los gobiernos de Francia y de Colombia. Retiróse entónces de las aguas de Puertocabello, dejando franca la entrada al puerto, y libres las costas de Venezuela de las hostilidades con que las amenazaba aquella escuadra. Creyóse entónces que el reconocimiento hecho por la Inglaterra de la Independencia de Colombia tuviera influjo en la conducta mas racional del jefe de escuadra frances.

Tanto por el combinado ataque de la Francia y de la España que se habia temido en Venezuela, como por algunos movimientos que se dejaron percibir en Baruta y Tucupido, en el Sombrero y en otros puntos de aquella parte de la República, se temió que podia turbarse la tranquilidad. El comandante general Páez fué autorizado, en consecuencia, con facultades extraordinarias por el ejecutivo nacional desde los primeros dias de este año; autorizacion que despues se amplió el 17 de marzo con acuerdo y consentimiento del congreso. Creíase, no sin fundamentos sólidos, que una parte considerable del territorio de Colombia distante del centro, que ocupaba una posicion tan avanzada y que contenia tantos elementos de discor-

dia, no podria mantenerse tranquila sin que hubiese un poder fuerte é inmediato que velára en la conservacion del órden. Empero la declaracion frecuente de facultades extraordinarias, y el que dichos departamentos se convirtieran en provincias de asamblea, incomodaba á los Venezolanos amantes de la libertad, sin embargo del buen uso que hiciera el general Páez del extenso poder que se le conferia. El decreto mencionado del 17 de marzo fué un motivo para excitar los clamores de la municipalidad de Carácas, que se dirigió á la cámara de representantes por via de queja contra el poder ejecutivo. Sin embargo de que este paso no produjera consecuencias, aumentaba el descontento contra el gobierno central cuando aun no poseía toda la fuerza necesaria, por ser nuevo y hallarse apénas reconocido.

El acto del reconocimiento de la Independencia de los nuevos Estados de América de parte del gobierno de S. M. B. presidido por Mr Canning, consistió en Europa en una circular dirigida á los ministros extranjeros, especialmente al de España, en que se anunciaba la resolucion de reconocer por entónces á Méjico, Colombia y Buenos Aires. Á estas Repúblicas se enviaron comisionados que celebráran tratados de amistad, comercio y navegacion, los que envolvian el reconocimiento de su Independencia.

Mencionamos ántes que los ministros plenipotenciarios de Colombia y de los Estados Unidos habian firmado un tratado que se presentó al congreso para su aprobacion. Obtenida esta, lo ratificó el poder ejecutivo de Colombia. Hallábase esta convencion de paz, amistad, navegacion y comercio fundada sobre bases muy liberales y de bastante igualdad. En ella se establecia, que ninguna de las partes contratantes concederia favores exclusivos á nacion alguna; que los ciudadanos de los Estados Unidos no pagarian en Colombia otros derechos que los que satisfacieran los súbditos de la nacion mas favorecida; que en ambos territorios tendrian los respectivos ciudadanos libertad absoluta de conciencia, y que sus buques y mercaderías no serian detenidos ni embargados para expediciones militares. Se estableció lo conveniente sobre las embarcaciones que se refugiáran en los puertos y rios de ambos Estados, sobre piraterías, naufragios, ventas y sucesion de bienes, juicios, seguridad de conciencia y entierro de cadáveres de los respectivos ciudada-

nos. Estipulóse ademas que la libertad se extenderia á todas las mercancías de lícito comercio, así como á las personas, consagrándose el principio de que — « los buques libres dieran tambien libertad en casos de guerra á todo lo que se hallára á bordo, » exceptuando solamente los artículos de contrabando de guerra que se especificaron. Esta disposicion, que se consideraba muy benéfica para los neutrales, comprendia únicamente á aquellas potencias que adoptáran el principio de que — « el pabellon cubre la propiedad; » mas no con aquellas que practicáran el contrario. Convínose tambien para el caso de guerra en que se concederian seis meses á los comerciantes que residieran en las costas, y un año á los que habitáran en el interior, para arreglar sus negocios y retirarse adonde quisieran, sin que los demas ciudadanos entregados á otras ocupaciones pudieran ser incomodados de modo alguno, ni en sus personas ni en sus propiedades. Se acordaron las preeminencias y exenciones que tendrian los ministros y cónsules de una y otra nacion, estableciéndose por fin, « que el presente tratado permaneceria en su fuerza y vigor por el término de doce años en todos los puntos concernientes á comercio y navegacion, y que sería perpétuo en los que se referian á paz y amistad. » En consecuencia el primer ministro plenipotenciario de Colombia en Washington fué el doctor José María Salazar.

Celebróse igualmente un tratado de union, liga y confederacion perpétua con la República de las Provincias Unidas del Centro de América, ántes Guatemala. Esta convencion, que firmó su ministro plenipotenciario don Pedro Molina con el secretario Gual, estaba calcada enteramente sobre los mismos principios de las que se habian ajustado en 1823 y 1824 con las Repúblicas del Perú, Chile y Méjico; principios que hemos indicado en sus respectivos lugares.

Á tiempo que el congreso colombiano se ocupaba de estos negocios, llegó á Bogotá el coronel Campbell con la noticia oficial del reconocimiento hecho por la Gran Bretaña de la Independencia de Colombia. Por donde quiera que habia pasado, los pueblos manifestaron la mayor alegría al verse reconocidos como nacion independiente por una de las primeras potencias de la Europa. Luego que llegó á la capital, se abrieron las negociaciones para la celebracion de un tratado. De parte de la

Gran Bretaña eran negociadores los coroneles Hamilton y Campbell, y de la de Colombia los ciudadanos Gual y Briceño Méndez; el primero secretario de relaciones exteriores, y el segundo que habia dejado poco ántes el mismo destino en la guerra y marina. Despues de vencerse algunas dificultades que se presentaron en el curso de la negociacion, se firmó en 18 de abril un tratado de amistad y comercio. Fué perpétuo, y tenia por base el principio de igualdad y reciprocidad absoluta. Conforme á sus disposiciones, se estipuló la libertad mutua de comercio; que en Colombia no se cobrarian á los buques y mercaderías inglesas mas altos derechos que los pagados por los colombianos, y que lo mismo sucederia á estos en la Gran Bretaña, siempre que fueran producciones naturales ó manufacturadas de cualquiera de los dos países. La libertad de comerciar libremente se extendió á todos los respectivos ciudadanos, declarándose tambien que gozarian de absoluta seguridad y de libertad de conciencia los Colombianos en los dominios de S. M. B., y que en Colombia los Ingleses disfrutarian de la misma seguridad sin que fueran turbados en sus ejercicios religiosos, siempre que los hicieran en casas privadas; pero que tendrian lugares públicos designados por acuerdo de las autoridades locales donde fueran enterrados sus cadáveres. Convínose últimamente en que ambos gobiernos cooperarian á la absoluta abolicion del tráfico de esclavos, y que este tratado se adicionaria en lo venidero á solicitud de cualquiera de las partes contratantes, en caso de que se suscitáran algunas dificultades.

Por un artículo adicional se acordó que durante los siete primeros años se considerarian como buques colombianos aquellos que fueran *bonâ fide* propiedad de los Colombianos, aunque no hubieran sido construidos en Colombia, siempre que su capitan y las tres cuartas partes de los marineros á lo ménos fueran tambien ciudadanos de la República. Era esta una excepcion de lo convenido en los artículos sexto y sétimo, en que se dispuso : — « que se entenderia por buque colombiano todo el que fuera construido en los territorios de Colombia, y cuyo capitan y tres cuartas partes de los marineros á lo ménos fueran ciudadanos colombianos. » Sin estas circunstancias, los buques de Colombia y sus cargamentos no podrian gozar en los puertos del Reino Unido la igualdad de derechos con los súbditos británicos.

Sometióse inmediatamente el tratado al congreso, cuya aprobacion recibió, ratificándolo en consecuencia el poder ejecutivo.

Casi todos los hombres influyentes de Colombia estuvieron en aquel tiempo á favor del tratado, á pesar de que veían la inmensa desigualdad que habia en el fondo, sin embargo de las voces repetidas de igualdad recíproca que contienen sus artículos (1). Por cien buques ingleses que llegan á los puertos de Colombia, no arriban cinco en el mismo término, cualquiera que sea, á los de la Gran Bretaña; por consiguiente, si para esta se rebajaron al año cien pesos de los derechos, Colombia apénas gozará en el mismo tiempo de la rebaja de cinco. ¿Qué proporcion habia ó hay entre la marina mercante y el comercio ingles en Colombia, y el de esta República con la Gran Bretaña?...

Sin embargo de tan inmensa desigualdad, de la perpetuidad del tratado, y de que puede decirse que los negociadores ingleses, ó mas bien su gobierno, lo impusieron como una necesidad á nuestra naciente República, pues lo trajeron redactado de Lóndres y sin facultad de variar una coma, estuvimos por él porque lo juzgamos necesario. Sin tratado no habia reconocimiento de la Gran Bretaña, y sin el reconocimiento creíamos expuesta la Independencia por parte de la Santa Alianza. Ahora se tienen como infundados aquellos temores; empero ellos existian, é inclinaron el ánimo del congreso y del ejecutivo colombianos para aprobar y ratificar un tratado, que en lo venidero debíamos considerar como en extremo gravoso á los pueblos y á la riqueza nacional.

El coronel Campbell permaneció en Bogotá como encargado de negocios de Su Majestad Británica, y M[r] Hamilton partió para Inglaterra conduciendo el tratado, á fin de obtener la ratificacion. Dióse esta por ambas partes, y en el curso del año se presentó á Su Majestad Británica el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia, Manuel José Hurtado. Este fué el primer ministro de los nuevos Estados de la América ántes española admitido en una corte europea con un carácter diplomático, siendo tambien el gobierno de la Gran Bretaña el que primero dió tan saludable ejemplo á las antiguas testas coronadas de la culta Europa.

(1) Véase la nota 31ª.

Arreglados tan graves negocios, se activó otro, considerado entónces como de una importancia vital. Habíase acordado en la convencion ajustada con la República del Centro-América la concurrencia de dos plenipotenciarios suyos á una asamblea general de los Estados americanos, para cimentar mas y mas la union de todos ellos; — « y que les sirviera de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias, » segun se explicaba el mismo tratado. El Libertador promovia con incansable actividad tan brillante proyecto, que era su hijo querido. Así fué el primero en elegir á los ministros plenipotenciarios del Perú don José María Pando y el doctor don Manuel de Vidaurre. El gobierno de Colombia nombró algun tiempo despues los suyos : fueron los señores Pedro Gual y general de brigada Pedro Briceño Méndez, secretarios que habian sido, el primero de relaciones exteriores, y el segundo de guerra y marina. El señor José Rafael Revenga reemplazó á Gual, y el general de division Cárlos Soublette aceptó la secretaría de guerra y marina, dejando la intendencia del Magdalena, que desempeñaba con aplauso y mucho acierto.

Á excepcion de Buenos Aires, cuyo gobierno desconfiaba de la política del Libertador (1), todas las demas nuevas Repúblicas adoptaron con entusiasmo el proyecto de la grande asamblea americana. El gobierno de Méjico envió á Bogotá al coronel Anastasio Torrens en clase de encargado de negocios, miéntras venía el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario Molínos del Campo, nombrado á fin de que promoviera dicha asamblea. Llegaron tambien don Manuel Ferréiros y don Jerónimo Agüero, comisionados por el congreso peruano, con el objeto de dar gracias al de Colombia por todos los esfuerzos que habia hecho para asegurar la Independencia de aquel país. Arribaron, empero, la víspera de cerrarse las sesiones legislativas, y tuvieron que permanecer en Bogotá hasta el año siguiente.

Durante las sesiones del congreso, se decidió una cuestion que tuvo muchas consecuencias en lo venidero. Tal fué la acusacion del doctor Miguel Peña, ministro de la alta corte de justicia. Este no quiso firmar la sentencia de muerte, acordada

(1) Véase la nota 32ª.

por el tribunal de que era miembro, contra el coronel venezolano Leonardo Infante, por un asesinato alevoso que se le atribuía haber cometido. No sujetándose Peña á la mayoría, violaba leyes terminantes y de grande importancia, dando un ejemplo muy funesto á la buena administracion de justicia. La cámara de representantes le acusó ante el senado, y este, despues de largas discusiones y de oir su defensa, le condenó á un año de suspension de su empleo. Peña, que era Venezolano y de un genio violento, se fué á su país, y juró vengarse de los que habian condenado sus caprichos infundados: juramento que desgraciadamente cumplió clavando el puñal en el seno de la patria.

Las sesiones del congreso fueron activas, y á pesar de que en la cámara de representantes habia un partido de oposicion contra el ejecutivo, se emplearon en acordar leyes importantes que promovia el gobierno. Abolióse el nefando comercio de esclavos, declarándolo un acto de piratería y castigándose con pena de muerte y confiscacion de los cargamentos. Se organizó el régimen político de los departamentos, provincias, cantones y parroquias de la República; se crearon juntas provinciales que atendieran á varios ramos de los intereses de sus respectivas provincias; concedióse á Carácas el establecimiento de un banco, el que jamas llegára á realizarse; se destinó un millon de pesos del empréstito para el fomento de la agricultura; mejoróse la contribucion directa; y se dieron las leyes orgánicas del poder judicial y del procedimiento en los juicios civiles. Tampoco se olvidó el congreso del Libertador, pues dispuso que se le pagáran inmediatamente de cualesquiera fondos, aunque fueran privilegiados, los sueldos que habia devengado hasta 1821, y el haber militar que le concedia la ley del congreso de Cúcuta. Este pago nunca se realizó por el desinteres de Bolívar, quien no cuidaba del dinero.

Entre las demas leyes acordadas por el congreso en las sesiones de este año, mencionarémos solamente la relativa al préstamo contratado en 1824 por Arrúblas y Montoya con la casa de B. A. Goldschmidt y Compañía. La conducta del ejecutivo en este importante negocio fué aprobada plena y satisfactoriamente por el cuerpo legislativo de la nacion. Ratificóse tambien el contrato del empréstito con modificaciones que no eran sustanciales.

Apénas ha habido en Colombia otro negocio que haya producido tantas declamaciones y calumnias, como el del préstamo de 1824. Cuando el congreso dió el acto mencionado, ya la prensa periódica se habia ocupado en atacarlo, sobre todo en Cartagena y en Venezuela. La conducta de los comisionados Arrúblas y Montoya fué sindicada, acusándoseles de que habian perjudicado á la República en muchos miles de pesos por la manera que adoptáran para contratar el empréstito; cargos á que dichos comisionados satisfacieron victoriosamente con documentos y escritos que vieron la luz pública. El vicepresidente Santander tuvo igualmente necesidad de vindicar su conducta vulnerada por la imprenta acerca del mismo negocio. Aun despues de la resolucion del congreso, todavía no pudo el general Santander acallar las invectivas de sus enemigos, que jamas dejaron el tema favorito del empréstito, para mancillar su conducta y denigrar su reputacion. Ya decian que habia disipado y malgastado treinta millones de pesos, y ya que se habia usurpado una gran parte de esta suma; calumnia atroz, sin fundamento alguno razonable. El tiempo y los sucesos la han desmentido; así, nunca debe tiznar el buen nombre y el concepto debido á la probidad y á la pureza con que el vicepresidente Santander manejó los caudales públicos por todo el tiempo de su larga administracion (1).

Ántes de terminarse las sesiones del congreso, comenzaron á aparecer nuevos síntomas de sedicion en la provincia de Pasto. El faccioso realista José Benavídes, clérigo que andaba prófugo por los bosques inmediatos al Juanambú, hizo fijar por la noche una proclama sediciosa en la puerta de la iglesia de la parroquia de San Pablo, excitando á los Patianos á que se levantáran contra Bolívar y sus secuaces. Decia que aquel habia sido destrozado por los Españoles en Guayaquil, escapando solamente unos pocos de sus compañeros, que era preciso destruir enteramente.

El arribo á Pasto de muchos oficiales de la expedicion auxiliar al Perú que no habian seguido á su destino, los que se restituían á sus casas mal vestidos, y algunos de ellos hasta sin espadas, dió márgen á que los realistas ignorantes de la provincia de Pasto creyeran semejantes patrañas. Muchos les die-

(1) Véase la nota 33ª.

ron asenso, y los cabecillas ocultos, llamándolos á las armas en el curso del mes de abril, tuvieron en pocos dias bandas numerosas. Benavídes juntó cerca de quinientos hombres en los pueblos de Imues, Iles, Pupiáles, Pútes y Zapúyes. Al norte del Guáitara hácia los puntos del Tambo, Bomboná y Chaguarbamba, Calvache pudo reunir igual número. Moncayo, Herazo, Angulo y otros rebeldes formaron guerrillas por el Castigo, Taminango, Berruécos y La Cruz.

Estos sorprendieron los primeros á dos destacamentos, apoderándose en la línea del Mayo de treinta fusiles y de bastantes municiones, donde mataron al oficial Muñoz y á varios soldados. En los Pástos, Benavídes sorprende tambien la compañía de milicias de Zequitan y la dispersa en Chimbatangua. Lo mismo hace en Guapuscoal con una compañía de ochenta hombres de línea que desde Pasto dirigia contra los rebeldes el capitan Vela: este y el teniente Sandoval con todos los soldados fueron asesinados ó prisioneros (abril 21). Á la sazon se hallaba ausente el coronel Farfan, comandante general de Pasto, quien habia ido á Taminango con el destino de perseguir las guerrillas de Moncayo. Entónces vuela á Pasto, donde tenia cerca de setecientos hombres, y consigue algunas ventajas sobre los facciosos. Las obtienen igualmente hácia el Juanambú y el Mayo los destacamentos que dependian del comandante general del Cáuca. En esta parte del territorio trabajaron con acierto los tenientes coroneles José María Obando y Manuel María Córdoba; ellos impidieron que la rebelion extendiera su funesto incendio al valle de Patía. Empero se necesitaba un militar de grande actividad, de energía y de talentos, que fuera capaz de matar la revolucion general que amenazaba en Pasto. El coronel Farfan, que mandaba en esta provincia, aunque era buen oficial, no podia llevar á cima aquella empresa. Mas no tardó en presentarse el jefe que demandaban las circunstancias. Apénas supo el coronel Juan José Flórez, comandante general del departamento del Ecuador, los peligros que en Pasto corrian las fuerzas colombianas, determinó ir á hacer la guerra á los facciosos. Auxiliado activamente por el intendente del Ecuador José Félix Valdivieso, marchó con trescientos hombres hácia Pasto. Aunque en el sur de Colombia habia muchas tropas, casi todas permanecian en Guayaquil, donde tambien existian las armas y los demas elementos militares. El invierno ó las llu-

vias habian impedido que los soldados y artículos de guerra pudieran enviarse de la costa á la cordillera. Por este motivo la guarnicion de Quito era muy poca.

Presentóse el coronel Flórez en Tulcan, frontera meridional de Pasto, el 10 de mayo. Supo allí que los partidarios de Benavídes se hallaban principalmente en los pueblos internos de los Pástos, situados al poniente del rápido Guáitara, en un país fragoso, cortado por valles y profundas quebradas. Sin embargo, la faccion de Benavídes se avanzó atrevidamente hasta los Llanos de Tatambud, hácia donde marchára Flórez con cuatrocientos hombres acampándose en Ipiáles. Los facciosos, desconfiando entónces de sus fuerzas, repasaron el Guáitara colocando sus estancias en Túnez. Ocuparon así un terreno cruzado en todas direcciones de rios y de montañas escarpadas, que presentaba donde quiera posiciones inatacables. Por consiguiente Flórez juzgó necesario obrar con mayores fuerzas, á fin de que el suceso correspondiera á sus esperanzas. Junta, pues, á su columna dos compañías de milicias del Ecuador y el escuadron Lanceros de Venezuela, que se le habian enviado de Quito: tambien levanta en los cantones de Ipiáles y Túquerres seis compañías de milicias, lo que ejecuta en breve tiempo, usando de su acostumbrada actividad y aprovechándose del influjo que ejercia en el país.

Á la cabeza ya de novecientos hombres, aunque la mayor parte reclutas, se prepara á embestir á los rebeldes en sus posiciones del rio Téllez, sin darles tiempo de que empleáran su sistema favorito, que era cansar á las tropas del gobierno con marchas y contramarchas. Obrando, pues, en combinacion con el gobernador Farfan, divide su columna en dos secciones, de las cuales una cubre por el camino de San Javier los pasos del Guáitara; atraviesa la otra las montañas de Puérres hasta Chapal (junio 12). El dia asignado Farfan estaba en Téllez y las dos columnas en sus respectivos puestos. Los facciosos quisieron volver hácia los Pástos y no pudieron; tampoco hallaron camino para retirarse á los riscos del Juanambú. Estrechados por todas partes, se apostaron en la cima elevada de Sucumbío, y se establecieron ventajosamente, obstruyendo para su defensa la quebrada de Angas-Mayo. Á pesar de este grande obstáculo que se vence con alguna pérdida, Flórez ataca por el frente y Farfan por un flanco. Tuvo el primero que desfilar á la vista y

bajo los fuegos de los rebeldes, á fin de pasar el rio Téllez, que es un torrente precipitado, para acometer al enemigo que se defendia en su inexpugnable posicion. Mas habiendo avanzado la segunda columna de reserva, mandada por el coronel Mina y por el comandante Klinger de artillería, los facciosos no pudieron resistir, y huyeron despavoridos por los bosques y cerros inmediatos. Tuvieron un número considerable de muertos, haciéndoseles unos pocos prisioneros. Distinguiéronse en aquella refriega el teniente coronel Manuel Guerrero, que mandaba la primera columna, á cuyo frente se hallaban los granaderos de Yaguachi, así como los comandantes Lozano, Jiménez y Farrera, con otros varios subalternos. Fué brillante el comportamiento de todos los cuerpos, y merecen especial mencion algunas compañías de milicias de Pasto, que combatieron valerosamente por restablecer la tranquilidad y el órden en su patria (1).

Miéntras las tropas que guarnecian á Pasto obraban en Téllez, los rebeldes mandados por Calvache y algunos otros, cuyo centro era Chaguarbamba, conmovieron todos los pueblos inmediatos y pusieron sitio á la capital; pero habiendo ocurrido con presteza la columna de Farfan, los batió causándoles bastante daño. Los restos pasaron al Juanambú por Guambuyaco, y se unieron á los que capitaneaba el negro Angulo. Persiguiólos Farfan por Taminango; se escaparon con todo, dividiéndose en pequeñas partidas.

Habiendo triunfado en la accion de Sucumbío, el coronel Flórez persiguió muy activamente á los rebeldes. Él recorrió los cantones de Pasto y de los Pástos, batiendo en todas partes á las guerrillas enemigas. En los pueblos que habian sido los focos de la insurreccion, como Illes, Pútes, Zapúyes, y Pupiáles, colocó fuertes destacamentos que no dejáran respirar á los facciosos. Con tal sistema pudo aprehender á trece cabecillas, que hizo ejecutar militarmente. De los soldados tomó prisioneros mas de trescientos; enviólos encadenados á Quito, y se destinaron á trabajar en la composicion y mejora del camino de Guayaquil. Respecto de las masas extraviadas y de aquellos hombres que no eran rebeldes consuetudinarios, usó de indulgencia. De esta manera Flórez con su valor, actividad y polí-

(1) Véase la nota 34ª.

tica consiguió por segunda vez la pacificacion de Pasto, y que terminára casi enteramente la guerra en el sur. Solo quedaban los cabecillas Benavídes, Angulo y otros pocos escondidos en los bosques del canton de Túquerres, los que no daban cuidado alguno.

Conseguida la pacificacion de Pasto, aun existian en Venezuela algunos restos miserables de realistas. El faccioso Cisnéros y sus compañeros de armas, desde sus escondites en las montañas de los Güires, acechaban su presa con la vista penetrante del águila, y cuando la veían descuidada caían de repente y la despedazaban. Con tal sistema desolaban las poblaciones indefensas, matando y robando cuanto podian. Ni la activa persecucion de los coroneles Parejo, Segarra y otros, ni premios ofrecidos á los que aprehendieran aquellos famosos guerrilleros, ni la mayor vigilancia habian podido ni pudieron en algunos años extinguir aquel foco de insurreccion y de alarma para los pueblos de la provincia de Carácas. Cisnéros, pues, tuvo el parricida honor de haber sido el último que depuso las armas combatiendo contra su patria por una dominacion extranjera.

Fuera de estos pequeños lunares, el vasto territorio de Colombia estuvo completamente tranquilo en este año y en los primeros seis meses del siguiente. La marcha de la República era majestuosa; sus ejércitos la habian colmado de gloria y dado la existencia á nuevos Estados. Bolívar, el héroe de la América del Sur, estaba á su cabeza, y el esplendor de su gloria reflejaba especialmente sobre Colombia. El vicepresidente general Santander administraba en la ausencia del primero el poder ejecutivo con vigor, tino y prudencia nada comunes. Así era que podia decirse con verdad, que nuestra República, aunque inferior á Méjico en poblacion y riquezas, se iba colocando al frente de los nuevos Estados americanos. Sus habitantes dedicados al trabajo comenzaban á mejorar sus propiedades, y á gozar de los frutos de la paz, bajo el imperio de la constitucion y de leyes protectoras. Todo anunciaba un porvenir halagüeño.

El gobierno frances, dándose al fin por satisfecho de los agravios que suponia haberse irrogado á su pabellon por los buques colombianos, declaró : « que observaria estrictamente la neutralidad en la guerra que sostenia la España con sus antiguas colonias. » Á pesar de esto, el gobierno de Fernando VII, que

aun continuaba tiranizando á la España, dijo oficialmente á las demas potencias: — « que él no cedia un punto de sus pretensiones de someter por la fuerza de las armas á sus antiguas colonias : » quimera irrealizable aun á la vista de los hombres ménos perspicaces ó mas apasionados.

Era igualmente quimérico en aquella época el proyecto que se agitó en este año, en Paris sobre todo, y entre los ministros de la Santa Alianza, de establecer gobiernos monárquicos en las diferentes secciones de la América ántes española. Tal idea hasta se llegó á indicar al gobierno de Colombia, que la rechazó con indignacion y dió cuenta de ella al congreso.

Probablemente los pasos de la misma Santa Alianza, ó acaso mas bien de la España, sujetaron á un vejámen del Santo Padre al señor Ignacio Tejada, ministro de Colombia en Roma. Tuvo este órden para salir de los Estados Pontificios, y se vió por tanto obligado á retirarse por algun tiempo á Florencia. El Papa no se atrevia á disgustar á Fernando VII tratando con los ministros de las nuevas Repúblicas americanas, y hasta se publicó en la *Gaceta de Madrid* una Encíclica del Sumo Pontífice, en que recomendaba á los habitantes de las colonias españolas la obediencia y sumision al gobierno de la metrópoli.

Divulgadas que fueron en Colombia estas noticias de Roma, causaron bastante alarma excitado por los fanáticos. Dijeron que el Papa desaprobaba la Independencia colombiana y el gobierno que se habian dado los pueblos; por consiguiente, que aquella y este eran opuestos á la santa Religion de Jesucristo. Varios predicadores se valieron de tales argumentos para desencadenarse contra los magistrados de la República, á quienes pintaban como herejes, masones é impíos. Daban ansa para esto las imprudencias de algunos altos empleados y personas notables, que desde 1819 habian promovido en la capital y en otras ciudades la multiplicacion de logias de francmasones. Preocupados acaso con la idea de que pudieran tener alguna utilidad las ridículas ceremonias de aquellas asambleas, nada mas habian conseguido que divertirse á costa de algunos cándidos neófitos; sin embargo dieron pábulo y un pretexto á las declamaciones interminables de los predicadores, sobre todo en Bogotá y Quito, ciudades que abrigaban mayor número de fanáticos. Llegóse á temer una conjuracion religiosa, pues ya se hablaba en los pueblos de restablecer la religion católica á su

primitiva pureza; es decir, con la espada y el cañon. Á fin de que pasára la borrasca, fué necesario que el gobierno obrase con vigor y energía; algunos predicadores fueron acusados, reducidos á prision y juzgados por sus discursos sediciosos. Esta conducta vigorosa reprimió su orgullo é intolerancia, y dejaron de inflamar á los pueblos con sermones incendiarios.

Un decreto del poder ejecutivo (noviembre 8), mandando enseñar en los colegios y universidades los principios de legislacion universal por las obras de Jeremías Bentham, alarmó tambien á muchos padres de familia de conciencias timoratas. La base primordial de las doctrinas de este autor es el principio de *utilidad*. Dedúcense de aquí por los jóvenes inexpertos consecuencias erróneas y harto perjudiciales á su moralidad; resultados funestos que descubrieron el tiempo y la experiencia, los que entónces aun no se preveían, pues la obra no era bien conocida.

Á semejantes motivos de inquietud de los ánimos se juntaron las elecciones de presidente y vicepresidente de Colombia, que debian hacerse por los pueblos en este año. Ellas excitaron el mas vivo interes; y aunque la opinion era uniforme en favor del Libertador para presidente, se dividió acerca del vicepresidente. La mayoría estuvo por el general Santander, que no pudo reunir el número constitucional de sufragios en los colegios electorales; tocaba, pues, al congreso perfeccionar dicha eleccion. Santander tuvo que sufrir mucho por la imprenta durante la cuestion eleccionaria. Algunos periódicos le atacaron con acrimonia, especialmente en Venezuela y en Cartagena (1). Contestó con dureza por medio de *La Gaceta oficial* del gobierno, sin escuchar las insinuaciones que en contrario le hacian sus secretarios y consejeros legales; imprudencia que le sucitára muchos enemigos que jamas perdieron ocasion de vengarse.

Este año terminó para los Colombianos presentándoles muy lisonjeras esperanzas. La multitud de contratas que habia celebrado el poder ejecutivo para promover la inmigracion de extranjeros concediéndoles gratuitamente tierras baldías; las compañías de colonizacion formadas en la Gran Bretaña; las de minas de oro y plata que se organizaban para trabajarlas cien-

(1) Véase la nota 35ª.

tíficamente; el entusiasmo que esto produjo á muchos empresarios, y los grandes capitales que se esperaba con fundamentos que estas especulaciones atraerian á nuestro suelo; el aumento y actividad que iban tomando la agricultura, el comercio y otros ramos de la industria nacional; las numerosas empresas útiles que se meditaban; en fin, las fuertes sumas de dinero que el empréstito de Goldschmidt habia introducido en la circulacion: todo anunciaba una era nueva de felicidad y riqueza para Colombia. Ya creían sus hijos que esta República iba á gozar de una prosperidad semejante á la de los Estados Unidos.

Hé aquí el estado de los negocios públicos en Colombia cuando el Libertador se hallaba en el Perú. Dejámosle en Ica despues de haber sabido la total destruccion del pertinaz Olañeta. De allí siguió á la ciudad de Arequipa, donde pasára los últimos dias de mayo, dirigiéndose despues á la antigua capital de los Incas; arribó el 25 de junio. Nada es comparable al entusiasmo de alegría que manifestaron los habitantes de la Sierra por el Libertador, y á porfía se esmeraban los blancos y los Indios en solemnizar su entrada triunfal en el Cuzco, y en obsequiarle de mil maneras diferentes (1). Presentáronle allí una guirnalda de oro guarnecida de brillantes y de perlas, que el pueblo del Cuzco ofreció á Bolivar en prueba de su profundo reconocimiento por haberle dado patria y libertad. En aquel acto solemne, el Libertador destinó este hermoso presente al general Sucre, diciendo

(1) Los siguientes eran los versos que se cantaban en las misas de accion de gracias tanto en Lima como en otras ciudades del Perú, en el tiempo que mediaba entre la Epístola y el Evangelio:

De ti viene todo
Lo bueno, Señor:
Nos diste á Bolívar,
Gloria á ti, gran Dios.

¿Qué hombre es este, Cielos,
Que con tal primor
De tan altos dones
Tu mano adornó?
Lo futuro anuncia
Con tal precision
Que parece el tiempo
Ceñido á su voz.

De ti viene todo, etc.

ser quien merecia la guirnalda : desprendimiento honroso á Bolívar por el brillante testimonio de aprecio y consideracion que daba á Sucre por su espléndida victoria de Ayacucho, pues la envidia jamas cupo en el noble corazon de Bolívar. Sucre, á su nombre y al del ejército colombiano libertador del Perú, consagró aquella dádiva al cuerpo legislativo de su patria, como prueba de su respeto á la representacion nacional. Admitióse la dedicacion, y por un decreto solemne del congreso se mandó colocar la guirnalda en el museo nacional de Bogotá, con expresiones muy honrosas al ejército colombiano y al general que lo habia mandado en jefe (1).

El Libertador, en todos los lugares del Perú que recorria, se ocupaba tambien como jefe supremo en reformar los abusos y en hacer á los pueblos todo el bien posible. Hasta Arequipa llevó de secretario general al coronel José Gabriel Pérez. Despues nombró al Peruano don Felipe Santiago Estenoz. La consagracion de Bolívar á mejorar la suerte de los pueblos le atraía mas y mas el afecto de estos.

Desde el Cuzco se dirigió el Libertador á Puno, y visitó despues la laguna de Titicaca, que se ha tenido por los Indios como la cuna de Manco-Capac, fundador y primer legislador del imperio de los Incas. Luego pasó Bolívar á la ciudad de la Paz, adonde llegára el 18 de setiembre. Allí se le presentaron dos diputados de la asamblea del Alto-Perú, reunida en Chuquisaca, Mendizabal y don Casimiro Olañeta. Ya los representantes de aquellas provincias habian erigido el país en una nueva República, que primero se llamó *Bolívar* y despues *Bolivia*. Los diputados la pusieron bajo la proteccion del Libertador, á quien felicitaron por la entrada en su territorio. Aumentóse en el Alto-Perú, si es que podia aumentarse, el entusiasmo de los pueblos por Bolívar y la solemnidad de su marcha triunfal.

En la Paz determinó enviar á Colombia cuatro mil hombres de las tropas auxiliares que se hallaban en el Perú. El primer cuerpo que debia emprender su viaje fué el batallon Junin, fuerte de mil cuatrocientas plazas y el cuarto escuadron del re-

(1) Sucre envió tambien para el museo el manto ó acso que habia sido de la reina mujer del Inca Atahualpa, como un monumento de antigüedad digno de conservarse. Así el manto como la guirnalda se custodian en el expresado museo.

gimiento de Granaderos á caballo de la guardia, compuesto de doscientos hombres. Estos cuerpos se embarcaron, la mayor parte en Arica y el resto en Quilca, en setiembre y octubre del corriente año, dirigiéndose á Panamá : el Libertador indicó al gobierno de Colombia que eran muy á propósito para las guarniciones de Venezuela.

Dispuso tambien que siguiera la misma ruta, luego que se rindiese el Callao, otro batallon de este nombre con mil doscientos soldados y una compañía de caballería. Sucesivamente debian embarcarse en Quilca y en otros puertos los diferentes cuerpos que formaban la division del general Lara hasta completar cuatro mil hombres, cuya operacion debia terminarse en los primeros meses del año próximo. El Libertador hasta llegó á anunciar desde Oruco al vicepresidente de Colombia, que en 1826 se embarcaria él mismo con siete ú ocho mil hombres de los cuerpos auxiliares, á fin de retirarse á su patria por la via de Panamá, si algun acontecimiento extraordinario no lo impedia.

Despues de haber permanecido pocos dias en la Paz, el Libertador continuó su viaje al Potosí, hermosa ciudad fabricada en la pendiente del cerro argentífero de este nombre, cuyas minas han producido tan inmensas riquezas. Realizóse entónces lo que se tuvo por sueño en las selvas del Orinoco, cuando decia Bolívar despues del suceso de Casacóima : « que llevaria sus armas triunfantes hasta las cimas del Potosí. » En aquellas circunstancias parecia esta proposicion el sueño de un delirante; pero estaba en los cálculos, en los grandes proyectos y en la fuerte voluntad de Bolívar el realizarla, asegurando la independencia y libertad de la América del Sur.

El 16 de octubre recibió el Libertador en audiencia solemne, como jefe supremo del Perú, á varios miembros del cuerpo diplomático y á una comision dirigida por el gobierno de Buenos Aires. Componíanla el general don Cárlos Alvear y el doctor don José María Díaz Vélez. Era su objeto felicitar á Bolívar por sus triunfos en el Perú y por los eminentes servicios que habia prestado á la causa de la libertad é independencia del Nuevo Mundo, las que dijeron haber afianzado irrevocablemente. En esta felicitacion honrosa y que parecia sincera entónces, contenida en el discurso pronunciado por Alvear, así como en la contestacion del Libertador, se trató de los insultos que el

emperador del Brasil habia irrogado á las Repúblicas Argentina y de Bolivia, expresándose los diputados y el Libertador con bastante acaloramiento. Se temia entónces que don Pedro, el nuevo emperador, quisiera hostilizar á las Repúblicas de la América del Sur. Fundábanse estas sospechas en algunas violencias que un oficial del emperador habia cometido sin provocacion alguna en la provincia de Moxos y Chiquítos perteneciente al Alto-Perú. Era el otro fundamento, que don Pedro primero queria apoderarse de la Banda Oriental del Rio de la Plata, parte integrante del territorio de la República de Buenos Aires. En caso de realizarse tales sospechas, y que la guerra presentára un carácter de hostilidad de parte del único gobierno monárquico que existia en el continente americano contra las Repúblicas, el Libertador queria hallarse en aptitud de socorrer á Buenos Aires. Fué con este objeto que pidió permiso al congreso de su patria para trasladarse al territorio argentino. Felizmente aquellos temores se disiparon por la conducta moderada que usó don Pedro con las nuevas Repúblicas, y por las seguridades que les diera de que respetaria á sus gobiernos. Bolívar aun habia mandado avanzar á Cochabamba una de las divisiones de su ejército, á fin de acercarla al teatro de operaciones.

Entre tanto que se despejaba el horizonte político para decidir el curso que debiera dar en lo venidero á sus combinaciones políticas y militares respecto de Buenos Aires y del Brasil, el Libertador continuó su peregrinacion en Bolivia. El 1° de noviembre partió del Potosí para Chuquisaca ó la Plata, residencia en tiempo del gobierno español de una real audiencia y del arzobispo de Chárcas, adonde llegó el 3. Allí estaba reunida la asamblea de los representantes de las provincias del Alto-Perú, y debia esta ciudad por su buen clima y posicion central ser el lugar donde residiera el gobierno supremo de la nueva República. Casi todos los pueblos y aun las ciudades del Alto-Perú, como Oruco, por donde pasó el Libertador, estaban arruinados y habian sufrido mucho por las guerras anteriores á su independencia. El paso de tropas todo lo habia destruido.

En Chuquisaca celebró el Libertador (diciembre 9) con mucha pompa y alegría el aniversario de la célebre victoria de Ayacucho. Viósele preconizar con la mayor sinceridad y sin el menor rastro de envidia la gloria del gran mariscal de Ayacu-

cho, quien era verdaderamente en aquella época el segundo capitan de la América del Sur.

Año de 1826. — En los primeros dias de enero el Libertador determinó repentinamente su viaje para Lima, sin que se supiera la verdadera causa, pues él no queria revelarla. Díjose, acaso con verdad, que era para asistir el 10 de febrero á la abertura del congreso peruano. Otros atribuían el inesperado regreso á que se decia estar amenazadas las costas colombianas del Atlántico por una expedicion francesa.

El 10 de enero dejó Bolívar á Chuquisaca, dirigiéndose con su secretario general Estenoz y su edecan Wilson á Cochabamba; otra parte de la comitiva siguió la ruta del Potosí. Reuniéndose á poco tiempo (enero 23), atravesaron el Desaguadero por las cercanías del pueblo de Joya, encaminándose á la villa de Tacna, adonde arribaron el 30 de enero. El 2 de febrero se embarcó el Libertador en Arica en el bergantin de guerra *Chimborazo*, el mismo que le habia conducido en 1823 desde Guayaquil al Callao. Despues de un viaje feliz desembarcó el 7 en el puerto de Chorríllos. El 10 hizo su entrada pública en Lima, donde fué recibido con el mayor entusiasmo por todas las corporaciones y por el pueblo. Entónces fué que habiéndose asegurado en una de las arangas, que él era el único jefe digno de ocupar la primera silla del Estado, contestó cogiendo por el brazo al general Lamar, y sentándolo en la silla que él ocupaba, dijo : « Este es, Señores, el hombre digno de mandar al Perú. » Tal respuesta causó una admiracion general; empero no pudo vencer los resentimientos de Lamar.

Cuando Bolívar entró en Lima, apénas habian corrido diez y ocho dias despues de la rendicion de la importante plaza del Callao. El general colombiano Bartolomé Salom, auxiliado eficazmente por las escuadras unidas del Perú y Colombia, que mandaba el general Illingrot, y por la de Chile regida por Blanco-Ciceron, tuvieron la gloria de rendir despues de un año de estrecho bloqueo á este último baluarte del poder español en la América del Sur. Por medio de ataques nocturnos bien dirigidos consiguieron los buques de guerra apoderarse de algunas lanchas armadas que defendian el puerto, y otras se pasaron á los sitiadores. Salom hizo levantar en Bellavista y en el punto donde estuvo la aduana una batería con cañones de á veinte y cuatro, la que podia batir de frente la plaza de armas, y por el

flanco la batería de Moyano y el fuerte de San Miguel. Erigió tambien otra batería de cinco piezas de grueso calibre junto á la casa llamada Monte-Blanco; desde estos puntos se principió el camino cubierto contra la plaza. Mas no fué esto solo: situáronse dos morteros para arrojar bombas y dos baterías fuera de las antedichas, una de las cuales se levantaba en el paraje llamado Mar-Brava y otra en la Huara de Barbosa mas inmediatas á la plaza; desde estos puntos hacian los sitiadores un fuego horrible y casi contínuo.

Los sitiados sufrieron un contratiempo respecto del fuerte de San Rafael, situado á la derecha del castillo, y fuera del alcance de los tiros de los sitiadores. No teniendo Rodil fuerzas con que guarnecerlo, le hizo minar para abandonarlo; empero la misma noche se pasó el capitan Riera á los independientes, dió el aviso, y pudo cortarse la mina apoderándose estos del fuerte, sano en todas sus partes.

Siendo contínuo el fuego de los sitiadores, y hallándose reducida la guarnicion á solo cuatrocientos hombres con víveres para cuatro dias y sin esperanza alguna de socorro, despues de haber perecido por el hambre y las enfermedades casi todos los desgraciados realistas que cometieron la insensatez de encerrarse en el Callao, el obstinado brigadier don José Ramon Rodil tuvo que conformarse con la idea de capitular. Á pesar de que Bolívar habia puesto á los defensores del Callao fuera de la ley por no haber querido reconocer ni sujetarse á la capitulacion de Ayacucho, el benigno Salom y el consejo de gobierno, que por ausencia del Libertador mandaba en Lima, determinaron oir las proposiciones del jefe español. Despues de algunas conferencias sometióse el Callao por capitulacion el 23 de enero, y fué honrosa la que se concedió á Rodil, haciendo honor á su constancia, á su fidelidad y valor. Rindióla despues de haber sacrificado de cuatro á cinco mil personas al hambre y á las enfermedades que son consiguientes. Multitud de familias tendrán siempre que llorar el deplorable alucinamiento de los partidarios del gobierno español, que se encerraron en el Callao á ser víctimas de la terquedad de Rodil. Este se embarcó para España en la fragata de guerra de S. M. B. *La Briton*, y los soldados y oficiales europeos que quisieron seguirle lo hicieron en un transporte inglés, siendo de cuenta del gobierno peruano la satisfaccion del pasaje y de todo lo necesario para su viaje

á Europa. Las concesiones hechas á Rodil fueron sustancialmente las mismas que contenia la capitulacion de Ayacucho; añadiéndose la de que pudiera llevarse á la Península las banderas de los cuerpos del *Infante* y *Arequipa,* é igualmente los papeles reservados y los protocolos de las presas hechas por los realistas durante el asedio.

Con la capitulacion del Callao se terminó del todo la grande obra que emprendió Bolívar en 1823, de dar independencia y libertad á los ricos países que habian formado el imperio de los Incas. Subió entónces el Libertador al pináculo de su gloria, pues habia asegurado sobre fundamentos indestructibles la Independencia de tres Repúblicas, y era el ídolo de los pueblos. ¡ Cuán feliz hubiera sido, y tambien Colombia, si en aquel momento hubiera dicho un adios eterno á las playas del Perú!......

Fué deplorable suceso para la gloria de Bolívar el no haber persistido en la resolucion anunciada desde Oruco y la Paz al gobierno colombiano, de que en febrero de este año se trasladaria á Colombia con los últimos restos del ejército auxiliar. Á un hombre tan previsivo no debia ocultársele que Colombia necesitaba de los brazos de sus valientes hijos; que la permanencia de las tropas colombianas en el Perú era una amenaza contínua á su libertad y verdadera independencia; que tambien era gravosa á sus rentas agotadas con tamaños gastos; que bien pronto los Colombianos y aun el mismo Libertador se harian odiosos á los Peruanos; en fin, que él mismo habia ofrecido repetidas veces y del modo mas solemne, — « que el último campo de batalla le veria arrojar la palma de la dictadura, y de allí se volveria á Colombia con sus hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándolo en libertad. »

Si Bolívar por una fatalidad deplorable no se hubiera olvidado de estas promesas y de todas aquellas consideraciones; si no se hubiera detenido tanto tiempo en la Sierra y en el Alto-Perú, organizando el país recientemente libertado, saboreando los obsequios de pueblos entusiastas por su Libertador y embriagado con las dulzuras del poder; finalmente, si no se hubiera dejado seducir por consejos halagüeños y acaso pérfidos que lisonjeaban su vanidad y amor propio, haciéndole creer que era el único hombre que miéntras viviera debia mandar en la

América del Sur, el resplandor de su gloria no se habria minorado en sus últimos años. Tampoco habria sufrido esas penas y amarguras que lacerando su sensible corazon le condujeron al sepulcro ántes de su vejez. Colombia igualmente no hubiera tenido que lamentar la inmoralidad é indisciplina de su ejército, que introducida en el Perú por medio de asonadas militares, le hicieron el azote de los pueblos y el asesino de la libertad.

Á la sazon que en el Perú se ponian los fundamentos para tan desgraciados sucesos, en Colombia ocurrian otros que debian coadyuvar á la ruina de la República, cuando todo presentaba el aspecto mas lisonjero.

El congreso de 1826 se reunió el 2 de enero conforme á la constitucion y bajo de muy felices auspicios. El vicepresidente manifestó en su mensaje, que la República continuaba gozando del inestimable bien de la tranquilidad interior; que con sus armas victoriosas habia dado la Independencia al Perú; que se hallaba reconocida por dos naciones poderosas y que esperaba lo sería en breve por otras. Mencionaba con elogio la actividad que iban tomando en Colombia el espíritu de colonizacion y de empresa. Recomendaba que se dieran leyes para mejorar la educacion pública y organizar completamente el ejército, la marina y la milicia nacional; en fin, que se acordáran otras para fundar el crédito público, aumentando al mismo tiempo y reorganizando las rentas nacionales.

Abiertas las sesiones del congreso, principió este cuerpo sus trabajos, oyendo la lectura de la nota que le dirigieron los comisionados del congreso peruano, dándole gracias por los auxilios poderosos que el mismo congreso y el gobierno de Colombia habian prestado tan generosamente al Perú. Ambas cámaras, por medio de sus respectivos secretarios, contestaron con expresivo decoro y dignidad á tan respetable mision.

Los comisionados peruanos solicitaron tambien que se permitiera al Libertador continuar por algun tiempo mas en el Perú, rigiendo los destinos de aquella naciente República, que necesitaba urgentemente de su presencia y direccion. Despues de enumerar algunos de los motivos en que fundaban aquella solicitud, añadian : — « Todo, pues, hace sentir la necesidad de que S. E. el Libertador permanezca todavía en el Perú. Reuniendo él toda la opinion de los pueblos y estando hácia él

convertido todo su afecto, á su sombra tomarán las nuevas instituciones un carácter de firmeza que, identificando el interes particular de cada ciudadano con el general del Estado, ensordece los pueblos á las insidiosas instigaciones de los protervos; y finalmente ellas se consolidarán sin que se experimenten aquellos peligrosos sacudimientos que de ordinario preceden al momento dichoso en que calmando las pasiones todos libran su felicidad en la paz, union y obediencia á las leyes. »

El congreso, despues de meditar muy detenidamente esta pretension, contestó : — « que no estaba revocado el decreto por el cual se concedió permiso al Libertador para que pudiera ir al Perú con el objeto de dirigir personalmente la guerra, y de permanecer allí el tiempo que fuera necesario. Mas que si sobrevinieran nuevas circunstancias que obligáran á variar aquella resolucion, el congreso acordaria entónces lo que tuviera por conveniente. »

La asamblea general de las provincias del Alto-Perú, reunida en Chuquisaca, pidió tambien permiso á nuestro congreso, para que el senador y general de Colombia Antonio José de Sucre permaneciera por algun tiempo en aquellas provincias al frente de su gobierno. El Libertador apoyaba esta solicitud como necesaria para conservar en la República Bolívar el órden y la tranquilidad. En consecuencia, el congreso dió el permiso que se pedia, acordando al efecto un decreto legislativo.

En otro expedido por iguales motivos, autorizó la permanencia en Bolívar de dos mil hombres del ejército auxiliar de Colombia, por el tiempo y bajo las condiciones que estipuláran los gobiernos de ambas Repúblicas. La de Bolívar premió con generosidad los servicios del ejército libertador, repartiéndole un millon de pesos. Bolívar, por un encargo especial, fué quien asignó las cuotas que debian repartirse á cada jefe, oficial ó individuo de aquel ejército.

En las sesiones ordinarias del congreso de este año debian perfeccionarse las elecciones de presidente y vicepresidente de Colombia; acto importante que aun no se habia podido realizar por la falta de algunos registros de elecciones que no llegaron oportunamente á la capital. Habiéndose recibido, el congreso se juntó el 15 de marzo en el espacioso templo de Santo Domingo, escogido por su capacidad. Abiertos los registros, resultó del escrutinio que el general Simon Bolívar obtuvo quinientos

ochenta y dos votos de seiscientos ocho que fueron los electores, y por consiguiente quedó elegido; los veinte y seis restantes se repartieron entre los generales Páez, Santander, Sucre y Urdaneta. Procedióse en sesion contínua al escrutinio de la eleccion para vicepresidente. El resultado fué que del mismo número de electores el general Santander reunió doscientos ochenta y seis, el general Briceño Méndez setenta y seis, y el doctor José María Castillo y Rada cincuenta y seis votos, dispersándose los demas en diferentes candidatos.

Segun la constitucion, el congreso debia nombrar vicepresidente á uno de los tres arriba mencionados. Procedióse en seguida á sufragar por boletas, y de noventa y ocho miembros de que se componia el congreso, setenta votaron por el general Santander en el primer escrutinio, repartiéndose los veinte y ocho restantes entre los señores Castillo y Briceño Méndez. En consecuencia Santander fué declarado vicepresidente para el segundo período constitucional de Colombia. La reeleccion de Bolívar, que se hallaba en el apogeo de su gloria, fué recibida con aplauso universal. Santander tenia en Colombia un partido que le apoyaba por los talentos que habia desplegado en el curso de su feliz administracion pública; empero no le faltaba oposicion, especialmente en los departamentos del Magdalena y de la antigua Venezuela. Era de presumirse que sería su reeleccion mal recibida en todas aquellas provincias, por los enemigos numerosos que en ellas habian atacado los actos gubernativos y el nombramiento del general Santander.

Por tales motivos y para satisfacer, segun dijo, á todos los Colombianos, de que no habia pretendido ni ambicionado tan alto puesto á que se le llamaba por segunda vez, hizo renuncia de la vicepresidencia. En el mensaje que con tal motivo dirigió al congreso, despues de manifestarle su profundo reconocimiento por el grande honor que le habia hecho, escogiéndole para ejercer el poder ejecutivo nacional en la ausencia del Libertador, y para ser el compañero de este, dimitia el destino: — « Yo ansío, decia, por que Colombia me vea separar de la vida pública y tornar voluntariamente á la vida privada. Mis enemigos, los de mi patria y el mundo entero se convencerán de que no he servido diez y seis años á la causa de la libertad é independencia por ambicion ni por ningun interes personal. Si el congreso hubiera elegido otra persona para la vicepresi-

dencia, la República habria visto que tengo bastante patriotismo para haber celebrado que mi patria tuviera hijos mas dignos que yo del mando supremo. » El congreso no aceptó la renuncia, exigiendo del general Santander, á nombre de los pueblos que representaba, la admision del destino á que le habian llamado los votos de aquellos y de la representacion nacional. Entónces Santander admitió la segunda magistratura, anunciándolo á los Colombianos en una proclama.

Al mismo tiempo que se hacian en la capital de la República las elecciones de presidente y vicepresidente, se recibió la plausible noticia de haberse rendido la importante plaza del Callao y de la feliz terminacion de la guerra de Independencia del Perú. Estas nuevas aumentaron el regocijo de los Colombianos, á quienes parecia quedar asegurada para siempre la existencia de Colombia, su independencia y libertad.

Otros dos negocios harto graves se presentaron al congreso colombiano en las sesiones de este año, que tuvieron grande influjo en la suerte futura de la República. Fué el primero la acusacion que la cámara de representantes hizo ante el senado contra el comandante general de Venezuela, José Antonio Páez. Expondrémos rápidamente los motivos en que se fundaba.

El vicepresidente de la República expidió en 31 de agosto de 1824 un decreto que prevenia el alistamiento general de todos los ciudadanos, desde diez y seis hasta cincuenta años, con muy pocas excepciones. Expresaba el decreto, que era en ejecucion de la ley de 25 de agosto de 1821 acordada por el congreso constituyente de Cúcuta, y en cumplimiento de los artículos 113 y 117 de la constitucion; tambien decia, que era á fin de poner á la República en estado de hacer una vigorosa defensa en circunstancias de que el rey de España pretendia renovar las hostilidades. Este decreto y el alistamiento general que en él se prevenia, fué mirado en Carácas con mucho disgusto, y atacado como ilegal en los papeles públicos. El comandante general Páez tuvo que dar una proclama, explicando su espíritu y las miras saludables que se proponia el ejecutivo de la República. Habiendo informado á este de lo ocurrido, el secretario de guerra y marina dirigió á Páez en 22 de diciembre de 1824 un largo oficio, contestando victoriosamente las objeciones que se habian hecho al mencionado decreto : manifestaba tambien su legali-

dad, utilidad y conveniencia. Concluía recomendando al general Páez que se esforzára en vencer cualquier obstáculo que se opusiera en los principios á su cumplimiento, pues naturalmente desaparecerian todos, luego que los pueblos vieran desmentidos prácticamente los temores que se habia procurado inspirarles.

El comandante general de Venezuela procedió en todo el año de 1825 con lenidad y prudencia respecto del alistamiento prevenido para la formacion de milicias. En diciembre del mismo le informó el comandante de armas de Carácas haberse descubierto en aquella ciudad indicios de una revolucion, de tal naturaleza y gravedad que las autoridades habian considerado indispensable averiguar judicialmente la verdad; por tanto, que habria presos numerosos que custodiar, en circunstancias en que la ciudad estaba indefensa y sin tropas disponibles para auxiliar á los demas pueblos que las necesitasen: en consecuencia pedia que le enviára algunas á fin de ocurrir al servicio indicado. Páez, segun expresó despues, tenia los cuerpos veteranos ocupados en otros puntos, y no le pareció conveniente aumentar la guarnicion de Carácas con alguno de ellos. Resolvió, pues, que se ejecutára el alistamiento general de milicias decretado ántes por el vicepresidente, y dió sus órdenes al comandante de armas de Carácas en este sentido.

Comunicada la resolucion al intendente de Venezuela general Juan Escalona, expuso que consideraba ser de mucha conveniencia y utilidad las medidas que habia adoptado la comandancia general para la formacion y arreglo de las milicias en la ciudad de Carácas, y que estaba pronto á cooperar en todo lo que fuera necesario para llevar á efecto dicha medida.

Dos veces fueron convocados los ciudadanos de Carácas para el alistamiento, sin que se presentáran mas que unos pocos. Hízose una convocatoria para el 6 de enero de este año, y habiendo pasado la hora asignada sin haber concurrido los que debian alistarse, el comandante general Páez, que justamente no queria dejar burlada su autoridad, mandó que salieran partidas de los batallones Anzoátegui y Apure, con órden de que condujeran al convento de San Francisco, lugar destinado para el alistamiento, á todos los hombres que encontráran. Informado el intendente de aquesta órden por el mismo comandante general, le contestó que mandase retirar las patrullas que ya

habian conducido algunos hombres, y que él quedaba encargado de hacer que los ciudadanos concurrieran al alistamiento prevenido. En consecuencia se dieron las contraórdenes exigidas, restituyéndose las patrullas á sus cuarteles.

Al dia siguiente puso Escalona un parte al ejecutivo sobre este suceso, que llamára escandaloso y contrario al espíritu de nuestras instituciones. Añadia, que, segun estaba informado, las patrullas de los cuerpos veteranos tenian órden de coger á todos los hombres que halláran por las calles, sin distincion de personas ni edades, de hacer fuego á los que huyeran, y de registrar las casas. « Todo esto, decia el intendente, tiene al pueblo en la mayor consternacion : él tiene fijas sus miradas en la intendencia, y esta nada puede hacer en su favor, porque sería inútil reclamar el cumplimiento de la constitucion y de las leyes, cuando carece de los medios indispensables para hacerse respetar de la autoridad militar. » Terminaba el intendente su oficio, salvando su responsabilidad de las consecuencias que pudieran tener aquellos sucesos, y repitiendo la renuncia del destino que habia hecho desde ántes.

La municipalidad de Carácas tambien dirigió sus quejas sobre estas ocurrencias directamente á la cámara de representantes. Pintábale lo sucedido el 6 de enero como un exceso de arbitrariedad : decia, que habian durado aquellas escenas desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, hora en que se diera permiso á los ciudadanos para retirarse á sus casas, despues del estrecho encierro en que los tuvo el comandante general en el convento de San Francisco, sin permitirles comer ni beber. Añadia, que convocados otra vez el 9 de enero por la autoridad civil, habian concurrido en gran número al alistamiento de milicias. La municipalidad pedia consuelos, justicia y una ley que organizára la milicia nacional, de modo que en lo venidero se evitáran semejantes abusos de autoridad, y que los ciudadanos se alistáran en una milicia que no fuese la del antiguo sistema español, sino conforme al espíritu de nuestras instituciones liberales.

Cuando esta exposicion se recibió en la cámara de representantes, junto con cartas y papeles que exageraban los acontecimientos del 6 de enero, se exaltaron varios diputados, especialmente los de Venezuela, y algunos de otras provincias. Hicieron entónces la proposicion de que se pidieran al poder ejecutivo

los informes y documentos que tuviera sobre los mencionados sucesos de Carácas. No habiéndolos remitido tan pronto como lo deseaban los representantes empeñados en este negocio, se le pasó un segundo oficio por el presidente de la cámara Cayetano Arbelo, que tambien era Venezolano. El vicepresidente de la República contestó manifestando, que al exigir la cámara tales informes vulneraba en parte la independencia del poder ejecutivo. Diólos, sin embargo, expresando su opinion de que los documentos recibidos hasta entónces no presentaban mérito bastante para proceder contra el comandante general de Venezuela. Dijo, que era necesario y de justicia oirle ántes, y esperar á que fundamentalmente desvaneciera los cargos que se le hacian de oidas y por informes verbales, ó que implícitamente se confesára culpable. Aconsejó, que se procediera con la mayor prudencia y circunspeccion, en circunstancias en que los Españoles podian invadirnos, lo que harian con mayores ventajas si sabian que el general Páez no estaba á la cabeza del ejército de Venezuela. Recordó el mérito del acusado, y que debíamos no sacrificar sin la evidencia correspondiente á un ciudadano que merecia la confianza y estimacion pública. Este informe imparcial y justamente favorable á Páez debe tenerse muy presente.

Tal fué la conducta del vicepresidente de Colombia y de su consejo de gobierno respecto de la intentada acusacion contra el general Páez; conducta comprobada por los documentos y acuerdos oficiales. Sin embargo, Páez y sus partidarios atribuyeron la acusacion al influjo de Santander y al gobierno de Colombia. Este es por lo ordinario el injusto modo de proceder de los partidos y personas apasionadas.

De nada sirvieron las prudentes indicaciones hechas por el gobierno, pues los diputados que se habian empeñado en acusar á Páez, bien fuera por un celo imprudente y exaltado de conservar ilesas las garantías de los ciudadanos holladas frecuentemente en Colombia por la autoridad militar, bien movidos por sus pasiones, ó por ambos motivos, no desistieron de su intento. La acusacion fué acordada en la cámara de representantes, sin embargo de la oposicion de algunos diputados que veían con mas claridad las consecuencias. Sin el empeño decidido que tomaron los representantes elegidos en la ciudad de Carácas, no hubiera tenido buen éxito semejante acusacion. Ella se admitió

en seguida por el senado de la República, firmándose el decreto el 30 de marzo.

Admitir esta acusacion contra un antiguo y valiente general de mucho influjo en Venezuela, y por hechos no bien comprobados, ni de tanta gravedad como los que se le atribuían, pareció á muchos en aquella época, y era en efecto, una imprudencia que rayaba en temeridad. Juzgaban otros, que en el estado en que se hallaba Colombia, habia llegado el tiempo de experimentar si Páez era superior á las leyes como algunos creían, ó si estas gozarian de bastante fuerza moral para que todos los Colombianos, tuvieran ó no el prestigio de altos hechos de armas, se plegáran á su imperio (1). Admitida la acusacion, Páez quedó suspenso de las funciones de comandante general, y se mandó que se presentára en Bogotá á sufrir el juicio del senado.

El otro grave negocio que dijimos haber ocurrido en estas mismas sesiones del cuerpo legislativo fué, que pocos dias despues admitió el senado una segunda acusacion contra el ministro de la alta corte de justicia doctor Miguel Peña. Habíansele entregado en Cartagena trescientos mil pesos para conducir á Carácas, los doscientos mil en onzas de oro á diez y seis pesos. Entregó la misma suma abonándosele las onzas ó doblones á diez y ocho pesos; por consiguiente la República fué defraudada por Peña en veinte y cinco mil pesos. Este hecho escandaloso no debia quedar impune, y la cámara de representantes se apresuró á pedir el castigo. Empero la nueva acusacion era un pábulo mas, añadido á los combustibles que se iban acumulando, sobre todo en Venezuela.

El congreso tampoco examinó en estas sesiones el presupuesto de gastos, que año por año le habia presentado el poder ejecutivo. Sin duda tal omision de los representantes de los pueblos contribuía á aumentar el desórden que habia en la administracion de la hacienda de Colombia, especialmente en los gastos militares. Hubiéranse alguna vez decretado por el congreso, y entónces se habrian hecho ahorros de mucha consideracion. Convenimos en que existian dificultades para acordar una ley de gastos; mas no eran insuperables, y el acometerlas hubiera sido un acto digno del congreso de Colombia, sobre

(1) Véase la nota 36a.

todo cuando sabía el alcance que resultaba contra el erario nacional (1).

Para remediar en parte un mal tan grave, el congreso trató de aumentar los productos ordinarios de las rentas públicas. Decretó, pues, várias leyes importantes; fueron estas las que organizaban los derechos de importacion y exportacion que debian cobrarse en las aduanas; la que señalaba puertos de depósito; las que arreglaban en todos sus pormenores las rentas del papel sellado, de anotacion de hipotecas y de registro de instrumentos públicos; la que establecia administraciones de la contribucion directa y de las contribuciones de patentes; en fin, la orgánica sobre la administracion general de la hacienda pública. La atencion particular que ponia el congreso en mejorar la percepcion y los rendimientos de los tributos nacionales de Colombia, era muy debida; esta República no podia sostenerse largo tiempo, si continuaba la enorme desproporcion que existia entre los productos ordinarios de las rentas y los gastos. Sin que por lo ménos se aproximáran á la igualdad, era fácil predecir desde entónces una catástrofe no muy remota.

Otro de los ramos que llamó de preferencia la atencion del congreso, fué la organizacion del ejército, de la marina y de las milicias. Acordó al efecto leyes orgánicas de estos ramos, y arregló la admision de oficiales extranjeros; el prest que debia pagarse á los marineros, y otros puntos relativos á la administracion y equipo de la escuadra colombiana.

No por estos arreglos, que podian considerarse como de preferencia, olvidó el congreso los demas ramos de la administracion del Estado. Designó los sellos que debian usar los altos poderes de la República; fijó el tipo de las monedas de oro y plata, y dispuso la supresion de la moneda llamada *macuquina;* determinó la edad de veinte y cinco años para que pudieran profesar los novicios de ambos sexos en los conventos y monasterios; suprimió nuevamente y con mas rigor los conventos que no tuvieran ocho religiosos sacerdotes (2); dió una ley promoviendo los matrimonios y declarando la edad en que podrian contraerlos sin licencia paterna los jóvenes de ambos sexos : edad que rebajó en los varones á veinte y un años y en

(1) Véase la nota 37ª.
(2) Véase la nota 38ª.

las hombras á diez y ocho. Mejoró tambien la ley orgánica judicial y la de procedimiento civil; añadió una harto severa, en que daba reglas de proceder en las causas contra ladrones; impuso por ella á los reos de hurto ó robo calificado la pena de muerte, y la de presidio á los que hubieran cometido tales delitos sin calificacion que los agravára. Esta ley fué de circunstancias, motivada por la audacia con que á la sazon se cometieron algunos robos. El congreso acordó, finalmente, una ley que ponia las bases de la instruccion pública bajo de principios liberales que con el tiempo y la tranquilidad pudieran dar ópimos frutos. Al mismo tiempo autorizó al poder ejecutivo para que definitivamente redactára y publicára el plan general de estudios que debiera observarse en las universidades, colegios y casas de educacion de la República.

La sesion ordinaria del congreso fué tranquila, muy activa y duró cuatro meses. Concluida, el poder ejecutivo lo convocó nuevamente en sesion extraordinaria con el objeto : primero, de acordar las leyes que debian fundar el crédito público de Colombia; y segundo, para que terminase el exámen del código penal. Reunióse en efecto (mayo 8), y trabajando con mucha asiduidad desempeñó sus funciones por veinte dias. El fruto principal de sus tareas fué la ley que fundaba el crédito público en Colombia, reconociendo sus diferentes clases de deudas. Prescribia al mismo tiempo el modo de pagar los intereses, y designaba los empleados que debian manejar las rentas y fondos asignados para sostener el crédito nacional. Separáronse enteramente de las demas rentas, y se prohibió al poder ejecutivo que pudiera disponer de las pertenecientes al crédito público para objetos que no fueran de su instituto (1). El congreso expidió tambien otros decretos en auxilio del crédito colombiano. Por uno de estos se establecia una contribucion, cuyos rendimientos se aplicaron al pago de intereses, y por otro se destinaron al mismo objeto várias deudas en favor de la República. Al cerrar sus sesiones el congreso, pasó al ejecutivo el proyecto importante de código penal, que era tan necesario para la recta administracion de justicia; él fué objetado.

Ántes de cerrar el congreso sus sesiones, se recibió la plau-

(1) Véase la nota 39ª.

sible noticia de haber arribado á Cartagena el señor Buchet de Martigny, comisionado frances. Súpose con certidumbre que la Francia estaba inclinada á reconocer la Independencia de Colombia, y que esta nada tenia ya que temer de parte de aquel gobierno. Sabíase que el mismo espíritu de paz y amistad hácia nosotros reinaba en otros gabinetes europeos.

Solamente la España continuaba sus proyectos hostiles contra los nuevos Estados de América. En Cuba y Puerto-Rico tenia á la sazon mas de doce mil hombres y una escuadra bastante numerosa. Se dijo que preparaba una expedicion contra Méjico y Colombia; aseguraban otros, que el único objeto de dichas fuerzas era defender aquella isla importante y la de Puerto-Rico de un ataque combinado por las escuadras de las dos Repúblicas ántes mencionadas.

Desde agosto del año anterior se habia celebrado en Bogotá un convenio con el encargado de negocios de Méjico don Anastasio Torrens, estipulando el auxilio que daria Colombia de su escuadra, para acelerar la rendicion del castillo de San Juan de Ulúa. En efecto, el gobierno de Colombia hizo los mayores esfuerzos á fin de aprestar la escuadra que iba á reunirse en Cartagena al mando del general Lino Clemente. Mas habiendo tardado en arribar á dicho puerto los buques mayores, que debian ser dos fragatas que se construían en los Estados Unidos, y una fragata y un navío de setenta y cuatro comprados en Suecia, no pudo verificarse tan pronto como se deseaba la combinacion de las escuadras colombiana y mejicana. Entre tanto se rindió el castillo de Ulúa por capitulacion, firmada en 18 de noviembre de 1825, y los Españoles perdieron este último asilo de su antiguo poder en Méjico.

Á pesar de que el navío y la fragata contratados en Suecia para Colombia no resultaron útiles, y que por tanto no se recibieron, el poder ejecutivo de ningun modo desistió del proyecto de atacar á los Españoles en las islas de Cuba y Puerto-Rico. Propuso entónces al de Méjico que reuniendo sus escuadras buscáran y destruyeran la española de Cuba (1). Pensaba nuestro gobierno dar posteriormente la independencia á esta isla y á la de Puerto-Rico, que eran el cuartel general de los Españoles, y desde donde amenazaban con expediciones á las Repúbli-

(1) Véase la nota 40ª.

cas de Colombia, Centro-América y Méjico. Habiendo el gobierno de esta República aceptado la propuesta, se ajustó el convenio con nuestro ministro el señor Miguel Santamaría. Empero la cámara de representantes de los Estados Unidos Mejicanos no lo aprobó, y así por este poderoso motivo, como por otros obstáculos que hubo en Colombia, no se pudo realizar la expedicion proyectada. Aunque entre tanto arribaron á Cartagena las hermosas fragatas *Colombia* y *Cundinamarca* de sesenta y dos, fabricadas en los Estados Unidos del Norte, habiendo faltado los buques suecos que jamas regresaron á nuestros puertos de los del Norte-América, adonde se les enviára á reparar sus defectos, nuestra escuadra era muy inferior á la española de Cuba (1). Teníamos ademas la grave falta de marineros con que tripular las naves de guerra; falta que nunca pudo remediarse en todo el curso de este año, por mas esfuerzos que hicieron el ejecutivo nacional y los jefes de la marina. El único arbitrio era enviar á los Estados Unidos á enganchar marineros, medio tardío y costoso que al fin no se adoptára. Por consiguiente nuestra escuadra permaneció en Cartagena casi todo este año, haciendo pequeños servicios que de ningun modo eran proporcionados á los crecidos gastos que en ella se impendian.

La española de Cuba, compuesta de un navío, cuatro fragatas y una goleta, mandada por don Ángel Laborde, hizo una visita á nuestras costas. Presentóse delante de Santamarta, excitando un grande alarma, pues se creyó que venía á invadir aquella provincia. Recorrió despues las costas de la provincia de Cartagena, y estuvo cuatro dias á la vista de esta plaza, sin hacer hostilidad alguna. Parece que su objeto sería reconocer las costas colombianas y buscar á nuestros buques de guerra. Mas habiéndolos hallado bien defendidos dentro de la bahía de Cartagena, Laborde regresó á Cuba con su escuadra (junio 16). Este reconocimiento fué el solo acto de hostilidad aparente que hicieron contra Colombia las fuerzas marítimas y terrestres que la España habia reunido en aquella isla. Hablóse mucho de expediciones españolas que debian salir de Cuba contra Colombia y Méjico, algunas de las cuales se hicieron subir á quince mil hombres al mando del insigne y conocido asesino Moráles; pero, á excepcion de los alarmas y preparativos que causaron

(1) Véase la nota 41ª.

gastos crecidos para la defensa de nuestras costas sobre el Atlántico, ningun otro efecto produjeron. Es probable que tales nuevas se fraguáran por espías de los Españoles, para retraer al gobierno de Colombia de la expedicion que se decia, desde algun tiempo ántes, que preparaba de acuerdo con Méjico, á fin de apoderarse de Cuba y Puerto-Rico. Estas noticias mantenian igualmente en alarma á las autoridades españolas de aquellos importantes establecimientos, únicos restos que conservaba la España de los inmensos y ricos países que pocos años ántes dominára en ambas Américas.

Bien fueran las simpatías que naturalmente inspira una grandeza decaida, ó bien miras políticas fundadas en razones poderosas, la España halló en aquellas circunstancias potencias que tomaron el mas vivo interes por que se conserváran bajo su dominacion las islas de Cuba y Puerto-Rico. Distinguiéronse entre las demas los Estados Unidos del Norte y la Gran Bretaña. El gobierno de los primeros habia dado pasos desde el año anterior, especialmente cerca del emperador de Rusia, á fin de que interpusiera sus buenos oficios con el gabinete de Madrid, para que haciendo cesar la guerra que devastaba á la América española, concediera la paz á los nuevos Estados sobre la base de su Independencia. Una larga nota de Mr Clay, secretario de relaciones exteriores en Washington, fecha 10 de mayo de 1825, dirigida á Mr Middleton, ministro plenipotenciario en San Petersburgo, desenvolvia los principios que guiaban la politíca de los Estados Unidos en una cuestion de tamaña importancia; él procuraba obtener la cooperacion del emperador, y por su medio la de sus aliados. Demostraba hasta la evidencia: primero, el horrible carácter de la guerra que se habian hecho la España y sus antiguas colonias, guerra que la misma humanidad exigia que cesára; segundo, que la España era incapaz de sujetar nuevamente por la fuerza á un continente tan vasto como el de América, cuyos habitantes estaban aguerridos por una lucha que habia durado ya diez y siete años, y que tampoco debia esperarse que el gobierno de la metrópoli fuese restablecido por revoluciones internas; tercero, en fin, que la España era la mas interesada en la paz, porque solamente con ella podria conservar las ricas é importantes islas de Cuba y Puerto-Rico.

Apoyado en estos documentos, y manifestando las esperanzas

que fundadamente alimentaba el presidente de los Estados Unidos, de que todas ó la mayor parte de las grandes potencias europeas unirian sus esfuerzos y sus buenos oficios á fin de persuadir á la España que restableciera la paz en sus antiguas colonias reconociendo su Independencia, el gobierno americano solicitó del de Colombia que suspendiese cualquiera expedicion contra Cuba y Puerto-Rico. « Esta moderacion, decia, influirá sobre manera en que produzcan buenos efectos los pasos que se están dando con la España para la consecucion de la paz. La demora será tambien muy útil, porque dará el tiempo suficiente para la meditacion, sin encender mas los ánimos, ya demasiado irritados con la duracion de la guerra. »

El ejecutivo de Colombia, despues de meditar una cuestion de tamaña importancia, en cuya decision no podia obrar aisladamente, contestó al de los Estados Unidos lo siguiente : « Queriendo dar pruebas de deferencia hasta en un negocio en que Colombia no puede decidir por sí sola, no acelerará sin grave motivo operacion ninguna de gran magnitud contra las Antillas españolas, hasta que sometida la proposicion al juicio del congreso americano del istmo, se resuelva sobre ella de consuno por los aliados en la presente guerra. »

De los documentos mencionados se deduce el vivo interes que tomaban los Estados Unidos en la cuestion de la Independencia de Cuba y Puerto-Rico. No la queria su gobierno, que preferia el que estas islas conserváran su carácter de colonias de la España. Díjolo bien claramente en la referida nota á Mr Middleton. « Ellos (los Estados Unidos) están satisfechos con el actual estado de aquellas islas, abiertas ahora al comercio y á las empresas de sus ciudadanos. Así no desean para sí mismos alteracion ninguna en su sistema político. Si Cuba y Puerto-Rico se declaráran independientes, el número y el carácter de su poblacion harian improbable que pudieran sostenerla. Esta prematura declaracion podria atraer la renovacion de las terribles escenas de que una isla vecina fué teatro lamentable. Tan triste resultado no se podria evitar sino con la garantía de una grande fuerza extranjera. Empero el arreglo de esta garantía y de las cuotas que deberian dar las diferentes potencias, suscitaria cuestiones bien difíciles de tranzarse. Nada de esto sucederá si la España continúa dominándolas. En caso de que alguna de las nuevas Repúblicas se apodére de las islas mencionadas, las

fuerzas marítimas de ninguna de ellas no serán capaces en mucho tiempo de aquietar los temores que se tendrian sobre la seguridad de dichas colonias. Créese, ademas, que los nuevos Estados no desean ni intentarán la adquisicion de Cuba y Puerto-Rico, si no se les obliga á esto para su propia defensa por la prolongacion de la guerra. »

El gobierno ingles, por medio de su ministro Mr Canning, manifestó igualmente al enviado de Colombia en Lóndres las miras de la Gran Bretaña acerca de Cuba y Puerto-Rico. Observó en una conferencia que era indisputable el derecho que tenian los nuevos Estados de invadirlas como posesiones de su enemigo; pero que si alguna de las nuevas Repúblicas por sí sola ó coligada con otra se apoderaba de Cuba, era de absoluta necesidad que se estableciese en esta isla un gobierno de suficiente fuerza moral y física para precaver desórdenes semejantes á los de una isla vecina, porque la menor apariencia de debilidad ó poca cordura en su gobierno, el menor indicio de insubordinacion en la esclavitud, daria pretexto á otras naciones para mezclarse en los negocios de Cuba, para mantener allí una fuerza armada, y tal vez para enseñorearse de tan interesante colonia.

Impuesto el ejecutivo colombiano de las miras que tenian algunas potencias respecto de Cuba y Puerto-Rico, y sabiendo que el emperador de Rusia, aunque hubiera contestado de una manera vaga á las indicaciones del presidente de los Estados Unidos, dejando al arbitrio de la España el decidir lo que tuviera por conveniente sobre la cuestion de la Independencia de sus antiguas colonias, daba sin embargo pasos para inclinar el ánimo de Fernando VII hácia la paz, resolvió ver si podia acelerar aquel hermoso dia, negociando primero una tregua. Propúsola, pues, por medio del gobierno de S. M. B. y del de los Estados Unidos; tambien solicitó al efecto los buenos oficios de la Francia para conseguirla. Debia tener por bases capitales : primero, la cesacion de hostilidades por diez á veinte años; segundo, que durante el armisticio, ni Colombia emplearia sus armas en favor de la emancipacion de las islas de Cuba, Puerto-Rico y Mariánas ó Filipínas, ni la España aumentaria el armamento ó fuerza de las mismas islas, aun cuando continuáran las hostilidades con las Repúblicas de Méjico y de la América Central. Los demas artículos del proyecto de armisticio

eran los consiguientes á tal estado entre los beligerantes. Disponíase por uno de ellos, se solicitára que la Gran Bretaña sirviera de garante del tratado, y que si esta potencia convenia, fuera obligatorio que se admitiera por ambas partes su garantía.

El ministro de Colombia señor Hurtado propuso á Mr Canning el proyecto de armisticio, á fin de que en la mejor oportunidad se indicára al gabinete de Madrid, no como una proposicion directa que hiciera nuestro gobierno, sino como un medio escogitado por el de S. M. B. para acercar el dia de la paz. Diéronse pasos bastante eficaces con el gobierno frances y con el de los Estados Unidos, á fin de que interpusieran sus buenos oficios para conseguir tan deseado objeto. Mr Canning manifestó desde el principio muy pocas esperanzas de un éxito feliz, tanto por la conocida tenacidad de la España, como por la disposicion del artículo segundo del proyecto que proponia nuestro gobierno. Sugirió, en consecuencia, que dicho artículo se variase, lo que de ningun modo estaba en los intereses de Colombia. Conservóse, pues, aquella disposicion.

El ministro de relaciones exteriores de S. M. B. así como el de Francia manejaron el asunto con la circunspeccion acostumbrada en tan delicadas negociaciones. Mas no fué igual la conducta de Mr Everett, ministro de los Estados Unidos en Madrid. Este pasó una nota (julio 26) al duque del Infantado, primer secretario de Estado de Fernando VII, diciéndole que habia recibido órdenes muy terminantes del presidente de los Estados Unidos para promover una negociacion de paz entre la madre patria y la República de Colombia. Extendióse á probar la inutilidad de cuantos esfuerzos hiciera la España para recuperar sus antiguas colonias, y la necesidad en que se hallaba de entrar en convenios que fueran útiles á la metrópoli, ó que al ménos compensáran en parte la pérdida de la dominacion primitiva.

La respuesta á la mencionada nota fué dura y cual se podia esperar de la terquedad española. Decia que S. M. C. deseaba poner un término á la guerra civil y á los males sin cuento que devastaban á sus colonias de las Indias, y sobre todo á la Costa-Firme, devorada por partidos que se destruían mutuamente; pero que siendo tan vagas las proposiciones que se hacian, se veía el ministro español obligado á pedir al de los Estados Unidos mas explicaciones acerca de la paz que proponia; que entre

tanto nada podia contestar categóricamente, hasta no saber las condiciones con que la titulada República de Colombia queria reunirse á la Monarquía española, y gozar de los beneficios anexos al gobierno paternal de S. M. C. —Semejante respuesta cortó del todo la negociacion en aquella época, que no era la mas á propósito para conseguir la paz, por várias circunstancias desfavorables que habian disminuido la respetabilidad y el buen nombre de Colombia.

El poder ejecutivo de esta República desde el principio de la mencionada negociacion habia invitado á los nuevos gobiernos sus aliados, á fin de que apoyáran el proyecto de tregua con la España. El del Perú aprobó con gusto la idea; pero el de Méjico la desaprobó altamente. « Era una mengua, decia, para Colombia, solicitar de su enemigo vencido una suspension de hostilidades, cuando habia poderosos motivos para creer que el mejor medio de arrancar la paz á la moribunda España, era darle nuevos golpes en los últimos restos de su poder en la América. » Sin embargo de esta oposicion de su mas poderoso aliado, el gobierno de Colombia, persuadido del influjo que podrian tener su moderacion y sus deseos de paz sobre las grandes potencias de la Europa, que parecia la deseaban sinceramente, no desistió de promoverla por cuantos medios estuvieron á su alcance. Empero ni entónces, ni mucho tiempo despues le fué posible adelantar la negociacion. Sucesos desgraciados vinieron á oscurecer el horizonte político de nuestra República, y á destruir las esperanzas lisonjeras que fundadamente habian concebido los verdaderos patriotas colombianos sobre la estabilidad y grandeza futuras de su querida patria.

CAPÍTULO X.

Estado próspero de Colombia. — Primera desgracia que sufre. — El congreso no puede sostener el crédito de la República. — Progresos de la acusacion de Páez. — Contestacion de este. — Su irritacion : auméntanla consejos pérfidos. — La municipalidad de Valencia delibera sobre lo que deba hacerse. — Movimientos del 30 de abril. — Páez repuesto por la municipalidad en la comandancia de armas : la acepta. — Sus desmanes. — Otras actas como la de Valencia ; es notable la de Carácas. — Comisionados de esta ciudad á Páez y á Mariño. — Nueva acta de Valencia, aun mas revolucionaria. — Admite Páez el encargo de jefe civil y militar ; hace jurar la obediencia. — Enviados comisionados al Libertador : lo que le escribe. — Orígen antiguo de la revolucion de Páez. — Proyecto de Monarquía en Carácas. — Otro comisionado que ántes enviára Páez al Libertador. — Persuaden á Páez que su vida está en peligro. — Partido militar que desdeña la sujecion á las leyes. — El general Bermúdez se opone á la rebelion de Páez. — Sensaciones dolorosas y esperanzas burladas de los buenos patriotas. — Providencias que dicta el ejecutivo colombiano ; su confianza en Bermúdez. — Consejo que reune, y puntos que se acuerdan. — Se envia un oficial á Bolívar ; lo que se le dice. — Dificultades, especialmente pecuniarias, que sufre el gobierno de Colombia. — Terremoto en Bogotá. — Decreto y proclama del vicepresidente sobre los sucesos de Venezuela. — Su manifiesto acerca de lo mismo. — Acuerdo de algunas municipalidades de Venezuela ; cargos que hacen al ejecutivo. — Contestacion del vicepresidente. — Ataques de los Venezolanos contra el gobierno ; ellos no producen efecto en los pueblos. — Irritacion de Santander, que resuelve dejar el mando : lo disuaden sus consejeros. — Abertura del congreso americano en Panamá. — Tratados que se ajustan. — Juicio acerca de estos. — Traslacion del congreso á Tacubaya en Méjico. — Conducta moderada del enviado británico : lo que dijo el de los Países-Bajos. — Los ministros de los Estados Unidos no llegan á tiempo. — Análisis de las instrucciones que les diera su gobierno. — Conatos de revolucion en el Perú contra el Libertador ; este dice que se halla encantado allí. — Pando ministro del interior. — Cuestiones con los miembros del congreso peruano. — Se irrita Bolívar, y dice que regresa á Colombia : alarma que produce esta noticia. — Peticion de cincuenta y dos diputados, para que se haga una

consulta á los pueblos y no se reuna el congreso. — El Libertador así lo decreta, y dispone que se consulte á los colegios electorales. — Se ofrece á la sancion de los mismos el proyecto de constitucion boliviana. — Fundamentos que hacen esperar dicha sancion y que Bolívar sea nombrado presidente vitalicio. — Ilegalidad de estos pasos. — Descontento que excitan en el Perú contra el Libertador y los Colombianos. — Conjuracion descubierta : duras providencias que se dictan. — Malos consejos dados á Bolívar. — Este envia á Colombia á su edecan O'Leary ; encargos importantes que le hace ; sigue adonde Páez. — Respuesta del Libertador á la carta en que se le comunicó haber sido nombrado presidente constitucional de Colombia. — O'Leary trae el proyecto de constitucion para Bolivia. — Su discurso preliminar es brillante. — Lijero análisis del proyecto. — Apóstrofe de Bolívar contra los proyectos de Monarquía ; fines á que se dirige. — Contestacion que dió á Páez sobre la propuesta de que se coronára ; sin embargo no restablece enteramente la opinion á su favor. — Bolívar ha llegado al zenit de su gloria y comienza á descender. — Manda publicar en Colombia su proyecto de constitucion. — Aspiraciones y pensamientos que este promueve. — Acta acordada en Guayaquil contra la constitucion de Colombia. — Imítanla en Quito y en Cuenca. — Motivos que influyeron en estos pronunciamientos. — Conducta del gobierno colombiano. — Motin del batallon Araure en Quito. — Ansiedad pública por saber la opinion del Libertador acerca de los sucesos de Venezuela. — Contestacion inesperada del secretario general sobre el acta de Guayaquil. — Sensacion desagradable que causa, é impugnaciones que sufre. — Misiones políticas y cartas que parten de Lima para hacer dictador á Bolívar y destruir la constitucion de Cúcuta. — Actas de Guayaquil, de Quito y de otras provincias del sur. — Las motivan las leyes colombianas, que chocan á los pueblos de aquellos departamentos. — Acta de Panamá confiriendo la dictadura ; otra de Cartagena y otra de Maracáibo. — El poder ejecutivo las imprueba. — El comisionado Guzman se dirige á Venezuela. — Estado de la insurreccion de Páez : su gobierno impide las comunicaciones por los correos : quejas que excita. — Viaje de Páez á los Llanos de Apure. — Allí recibe á O'Leary, quien nada consigue. — Pronunciamientos en Venezuela por el gobierno federativo. — Disgustos que causan. — El batallon Apure se pasa á Bermúdez. — Deliberaciones del gobierno de Colombia sobre si hará ó no la guerra á Venezuela ; fuerzas de que puede disponer. — Escasez que tiene de recursos pecuniarios. — Juzga prudente y justo no empeñar una guerra. — Pasos que dan las municipalidades de Venezuela para adoptar la federacion. — Nuevos disturbios en las provincias de Barcelona y Margarita. — Viaje de Bermúdez á Guayana. — Motin de las tropas en la ciudad de Angostura ; se dirigen hácia Cumaná. — Esta capital se levanta contra Bermúdez : combate que se traba y primera sangre derramada. — Bermúdez negocia, y nada consigue. — Retírase, y la provincia entera de Cumaná se pronuncia en favor de Páez. — Amenaza una guerra civil desastrosa ; para conjurarla, se aguarda con ansia el regreso del Libertador. — Leyes y decreto orgánicos de la enseñanza pública.

Año de 1826. — Numerosos habian sido los laureles segados por Colombia en los campos de batalla; la historia de esta naciente República ofrecia mas de una página brillante, hasta terminar de hecho la guerra de su Independencia. Eran tambien rápidos y felices sus progresos en la carrera política y civil. Al parecer todo le sonreía, y creíamos que estaba llamada á ocupar un rango elevado y muy altos destinos entre los Estados del Nuevo Mundo. Tan halagüeñas esperanzas nos lisonjeaban la víspera de comenzar una larga serie de calamidades. Aquella efímera y aparente prosperidad solo duró hasta los últimos dias del mes de abril de este año.

La primera desgracia de la República fué la quiebra de la casa de B. A. Goldschmidt, de Lóndres, que habia hecho el empréstito de 1824. Su fortuna de ningun modo pudo resistir el fuerte sacudimiento causado por la baja que sufrieron los fondos colombianos, que en los meses de enero y febrero llegaron á perder cuarenta y uno por ciento. El 15 de febrero de este año suspendió sus pagos, y en seguida se declaró en quiebra la casa, perdiendo á su jefe, que murió de pesar.

Cuando en Bogotá se recibió esta noticia el 22 de mayo, halábase el congreso reunido extraordinariamente para dar leyes que fundáran el crédito público : él expidió un decreto exigiendo un préstamo, con el objeto de ver si se podian pagar en julio próximo los intereses de la deuda extranjera. Pero la cantidad que produjo no fué bastante. Se contaba con una suma que el gobierno del Perú habia ofrecido pagar á cuenta de los gastos impendidos por Colombia en las expediciones auxiliares. Mas en Europa habia mucha escasez de dinero, y los comisionados peruanos de ningun modo pudieron negociar un empréstito, sin cuyo auxilio las rentas agotadas del Perú no podian satisfacerlo.

En la quiebra de la casa de B. A. Goldschmidt perdió Colombia algo mas de dos millones de pesos (1), que se habian dejado en poder del prestamista, con el destino de pagar los intereses y para otros objetos en que debia emplearse aquella suma.

Las dificultades que produjo esta bancarota y los graves embarazos en que puso á la República, dieron un golpe mortal á

(1) Segun las cuentas publicadas oficialmente por el ministro Hurtado, la pérdida fué de libras 402,099. 10. 3.

su vacilante crédito, del que jamas pudo convalecer. Son bien conocidos los funestos efectos que produce un descrédito, sobre todo en los Estados modernos. Desde aquella época los sufrió Colombia muy dolorosamente, y su falta de crédito interior y exterior fué uno de los graves males que hicieron harto penosa su existencia futura.

Esta fué minada por otra desgracia, cuyas funestas consecuencias se sintieron por largo tiempo. Tales fueron las desavenencias suscitadas con el general en jefe José Antonio Páez.

Hemos referido el orígen y los motivos que hubo para la acusacion de Páez. Ántes de su admision al poder ejecutivo le mandó informar sobre la fuerte queja que habia dirigido el intendente de Venezuela, Escalona. Páez contestó en 26 de marzo con enojo, y manifestando un profundo sentimiento por los cargos que se le hacian; á pesar de que, segun dijo, él era hombre de mérito muy elevado y uno de los fundadores de la República. Ofrecia, sin embargo, satisfacer los cargos con documentos auténticos que remitiria oportunamente.

En tanto Páez recibió copia del acuerdo del senado, admitiendo su acusacion y la órden del poder ejecutivo para que entregára el mando al general Escalona, nombrado en su lugar para comandante general interino. Páez obedeció aquella órden, é hizo reconocer á Escalona por las tropas que le estaban sometidas. Empero se aumentó su resentimiento por habérsele nombrado sucesor á Escalona, á quien tenia por su enemigo. En seguida avisó al secretario de la guerra haber prestado su obedecimiento, y añadió en carta particular al vicepresidente Santander, que se preparaba para venir á la capital á justificarse ante el senado.

Mas el corazon de Páez no se hallaba en el estado de calma que parecia indicaban sus comunicaciones al gobierno nacional. La noticia de haberse admitido su acusacion fué, segun decia él mismo, « un puñal que traspasó mi corazon, y que la rabia y el sentimiento en aquellos primeros instantes me inspiraron deseos de destruir á todos mis acusadores, y aun á mí mismo, si hubiera sido necesario. »

Consejeros pérfidos, entre los cuales la voz pública cuenta como uno de los mas activos al doctor Miguel Peña, quien residia en Valencia, donde á la sazon estaba Páez, y que habia jurado vengarse de los altos magistrados de Colombia, se aprove-

charon de aquella rabia y enojo. Uniéronseles Carabaño, jefe de estado mayor, y algunos otros oficiales de las tropas existentes en Valencia : entre todos irritaron mas al ofendido general, haciéndole creer que se trataba en Bogotá de que pereciera en un cadalso, olvidándose sus antiguos servicios y altos hechos de armas. Promovieron al mismo tiempo el desórden, disponiendo que por diferentes puntos de la ciudad de Valencia se presentáran por las noches partidas armadas que inspiráran temores á los ciudadanos pacíficos.

En seguida se reunió la municipalidad de Valencia (abril 27) por citacion del gobernador de la provincia de Carabobo, Fernando Peñalver, y dispuso convocar á varios ciudadanos, con el objeto de que hicieran una suscripcion voluntaria para auxiliar la caja militar que se hallaba exhausta. Despues de hecha la suscripcion, algunos de los concurrentes llamaron la atencion de la municipalidad y de los demas que se hallaban presentes sobre el estado de consternacion en que estaban la ciudad y las tropas que en ella existian, por haberse admitido la acusacion contra el general Páez, y por habérsele suspendido de la comandancia general. « Todos los habitantes, añadieron, están persuadidos que la seguridad del departamento depende de la presencia de Páez, que vale por un ejército, y tanto las tropas como los habitantes han depositado en él toda su confianza. » En consecuencia excitaron á la municipalidad para que si estaba en sus facultades tomar algunas medidas con el fin de suspender los efectos de la órden por la cual se habia separado á Páez de la comandancia general, se adoptáran por dicha corporacion. Llamó esta en seguida, y consultó con tres abogados, entre ellos con el doctor Peña, cuyo dictámen fué : « que, segun su opinion, no habia medida alguna legal que pudiera suspender la ejecucion de la mencionada órden, y que ni el poder ejecutivo podia hacerlo sin violar abiertamente la constitucion. » Impuesta la municipalidad de este dictámen, manifestó al general Páez el profundo sentimiento que tenian los habitantes de Valencia por haberse admitido la acusacion contra él, y le dió un testimonio muy honorífico sobre su conducta legal en el exacto cumplimiento de sus deberes : al mismo tiempo le expresó la pena que por su ausencia tenian los Valencianos, que se lisonjeaban de que pronto y fácilmente justificaria su inocencia.

Terminóse aquella reunion pacífica y legalmente; transcur-

rieron dos dias sin que hubiera una grave novedad. Mas el 30 de abril fué turbulento. En la noche anterior los promovedores de la rebelion que intentaban, esparcieron partidas armadas por diferentes puntos. Dos infelices fueron asesinados y sus cadáveres conducidos á la plaza de Valencia; otro fué herido gravemente : se robaron el estanco público de Mucuruparo, hubo conatos de otros robos y mucha agitacion. Aumentóse esta con el arribo á Valencia en aquella misma mañana del general Santiago Mariño y de algunos oficiales que le acompañaban, todos los cuales aprobaron y promovieron las ideas revolucionarias.

En consecuencia de la agitacion producida por tales desórdenes y por aquestos elementos, se reune la municipalidad de Valencia, y exige que concurra al salon de las sesiones el gobernador de la provincia. Se presenta en efecto, luego que se le manifiesta que el pueblo amotinado pide se reponga al general Páez en el ejercicio de la comandancia general y en todos los demas que sea necesario conferirle, como único remedio para evitar los males que amenazan al departamento. El gobernador Peñalver protesta su ciega obediencia á las leyes, y que semejante medida no está en la esfera de sus facultades. En este momento, reunidas mas de dos mil personas aclaman á Páez jefe militar del departamento : una partida numerosa va á su casa y le conduce á la sala municipal, donde se le insta á que reasuma nuevamente el mando. Despues de manifestar alguna perplejidad, Páez dijo : « que no pudiendo resistir al deseo general, aceptaba el mando que se le conferia, y que estaba dispuesto á usar de todos sus esfuerzos para desempeñarlo. » En el acto, la misma municipalidad dió órden al jefe de estado mayor coronel Francisco Carabaño, uno de los principales agitadores, para que mandase reconocer á Páez, lo que se verificó sin tardanza. Inmediatamente se presentaron las tropas estacionadas en Valencia, saludando á Páez como á su jefe y victoreando al pueblo que formaba el motin. El gobernador Peñalver, instado por la municipalidad, convino en continuar ejerciendo las funciones de su empleo, á fin de evitar mayores males.

La ilegalidad de dichos actos es tan clara y evidente que no necesita comento alguno. El general Páez, no escuchando mas que la voz de su profundo resentimiento y de sus impetuosas pasiones, marchitó los laureles de su gloria, y se presentó al

mundo que le observaba como un faccioso. Para aumentar la dolorosa sensacion que este acto debia producir en el ánimo de los verdaderos patriotas colombianos, el irritado general arrojó públicamente al suelo, y la voz comun aseguró haber pisado, los distintivos militares que le habia conferido el gobierno de Colombia, en premio de sus distinguidos servicios. Páez conoció en aquellos mismos desgraciados momentos la irregularidad de sus actos, y que eran injustificables sus acciones; mas habiendo pasado el Rubicon, nada pudo contenerle en su nueva carrera: carrera deshonrosa, que en lo venidero y en la calma de las pasiones « debia llenarle de amargura y de arrepentimiento, » conforme á sus mismas expresiones (1).

La municipalidad de Valencia circuló su funesta y malhadada acta á todas las autoridades de la provincia de Carabobo y á las demas municipalidades de la antigua Venezuela. El jefe de estado mayor Carabaño envió tambien sus órdenes con la mayor celeridad, á fin de que Páez fuese reconocido en calidad de comandante general.

La villa de Maracay fué la primera que imitó el pernicioso ejemplo de Valencia. Reunidos la municipalidad y vecinos mas notables, aclamaron en 4 de mayo á Páez comandante general. Al siguiente dia hizo lo mismo la municipalidad de Carácas, asociada con una gran parte de los vecinos de aquella capital. Esta asamblea restituyó al general Páez el ejercicio de la comandancia general, — « en todo el lleno de sus facultades, adhiriéndose la municipalidad y pueblo de Carácas á los principios y causas proclamados por la municipalidad y pueblo de Valencia. » El antiguo y respetable patriota doctor Cristóval de Mendoza, como intendente del departamento de Venezuela, se opuso con denuedo y laudable firmeza á tan ilegal resolucion, retirándose en consecuencia de la asamblea ántes de terminar esta su acuerdo. Nombráronse para llevar á Páez el testimonio de dicha acta « y los plenos poderes que en virtud de ella se le conferian, así como para tratar del arreglo y de todo cuanto conviniera al bien y felicidad de la patria, » á José Núñez Cáceres, un extranjero emigrado de la isla de Santo Domingo, y á Pedro Pablo Díaz. Nombróse tambien otra comision cerca del general Santiago Mariño para felicitarle, sin decirse por qué

(1) Véase la nota 42ª.

motivo se tenia con él tan distinguida atencion (1). La causa era, sin duda, el saberse que Mariño se habia pronunciado por la rebelion, y querian mantenerle en ella adulando su carácter vano, lijero y siempre revoltoso.

La mision á Valencia de Núnez Cáceres y Díaz produjo otra nueva acta de la municipalidad, la que fué acordada en 11 de mayo por consejo del doctor Miguel Peña y pór instigaciones de dichos comisionados. En esta acta, repetida y adicionada por la municipalidad de Carácas (mayo 16), se disponia: « primero, que se reunieran diputados de las municipalidades que fuesen de la misma opinion, y que extendieran otra acta expresando en ella los graves motivos que habian obligado á los pueblos á reponer en el mando militar á Páez; segundo, que se manifestára la resolucion que tenian los pueblos de acelerar la época prevenida por la constitucion para su reforma; tercero, que se enviára un diputado al Libertador rogándole que volviese al patrio suelo, donde sería recibido como un hijo ilustre de él, como el mejor amigo y el mas benemérito de los ciudadanos (2), á fin de que se sirviera usar de su influjo con los otros departamentos, para que se convocára inmediatamente la gran convencion que habia de reformar la constitucion actual; cuarto, que se invistiera al general Páez de toda la autoridad necesaria para mantener el órden y la tranquilidad pública, levantar ejércitos que defendieran el territorio, y para hacer continuar la marcha de la administracion, cuyas funciones ejerceria con la denominacion de *jefe civil y militar de Venezuela;* quinto, que la duracion de la autoridad conferida á Páez sería miéntras subsistieran las actuales circunstancias, que se esperaba cambiarian con la venida del Libertador, y que entónces, ó cuando se pudiera, serian convocados los pueblos para que deliberasen acerca de la forma de gobierno que mas les conviniera; sexto, que inmediatamente comenzára Páez á ejercer las funciones de jefe civil y militar de Venezuela; sétimo, en fin, que fuera este jefe reconocido formalmente por todas las autoridades. »

Páez aceptó con placer la nueva magistratura inconstitucional que le atribuían dos municipalidades de Venezuela, que

(1) Véase la nota 43ª.
(2) Véase la nota 44ª.

absolutamente carecian de facultades para investirlo de un poder sin límites, desconocido por las leyes fundamentales de la República. Habíase desdeñado de obedecer á los representantes y á los altos magistrados de la nacion, y ahora afectaba la mayor sumision y deferencia por los acuerdos de municipalidades que se arrogaban atribuciones que de ningun modo les correspondian, y por las que daban á Venezuela una magistratura desconocida. Sin embargo, Páez, reconocido profundamente á los que le conferian tan alto poder, la acepta para sostenerle, y dirige proclamas á los pueblos, anunciándoles la firme resolucion en que se hallaba de llevar á cabo los deseos de reformas que se habian manifestado en Venezuela.

Dado este paso, trasladóse Páez de Valencia á Carácas, donde hizo jurar el nuevo órden de cosas por todas las autoridades; así quedó establecida su magistratura de jefe civil y militar. Las actas de Valencia y de Carácas fueron imitadas sucesivamente por otras iguales de casi todas las municipalidades de las tres provincias de Carácas, Carabobo y Apure. Las demas de Venezuela se declararon por la constitucion y por el sostenimiento del gobierno de Colombia : eran siete en número, y pertenecian á los dos departamentos del Zúlia y Orinoco, llamado ántes Apure, y de Maturin.

Envió Páez de comisionados donde el Libertador al coronel Diego Ibarra y al licenciado Diego Bautista Urbaneja. Escribióle con ellos una nota oficial junto con una carta particular y amistosa. En la primera le daba á su modo cuenta parcial y apasionada de los sucesos de Valencia y demas ocurridos, cuyas causas atribuía á la política *parcial é insidiosa* del general Santander y de su gobierno. Decia que este habia obligado á los pueblos á tomar la resolucion de poner en sus manos la administracion civil y militar que él habia aceptado con repugnancia. Entraba despues á referir la historia del decreto sobre alistamiento de milicias y los sucesos del 6 de enero de este año en Carácas; decia de su acusacion, que habia sido promovida y atizada por el general Santander, juicio aventurado para disculparse de su rebelion; hablaba, en fin, de las actas de Valencia y Carácas, por las que le habian nombrado jefe civil y militar para sostener el órden. « El nombre de V. E., añadia, no fué olvidado en esta vez; ¡ tanto era el gobierno de Bogotá detestado, como V. E. querido! todos deseaban algunas reformas;

pero ellos quieren que V. E. las indique y que sea el árbitro de su suerte: todos le consideran aquí como su padre, y no quieren que un hijo ilustre que ha llenado de gloria la mayor parte de este continente, deje de ser el legislador de su propio suelo, despues de haberle puesto en posesion de su Independencia. » Todo este lenguaje era una refinada hipocresía, segun lo demuestran los sucesos posteriores.

En la carta particular tocaba nuevamente casi los mismos puntos: describia ademas el furor que se habia apoderado de su corazon, cuando supo haberse admitido la acusacion contra él, y los temores que le asistian de que su conducta en tales circunstancias no fuese aprobada por la posteridad imparcial. Estos documentos parecia que manifestaban una grande confianza de Páez en el Libertador. Su publicacion ofreció á los amigos del órden á lo ménos esta áncora poderosa contra los embates de la revolucion.

La direccion que se habia dado á la rebelion de Páez y que pareció al principio limitada á un tumulto militar del pueblo de Valencia, traía su orígen de una época anterior. Desde que se publicó la constitucion de Colombia acordada en Cúcuta, existia en Carácas un partido que pretendia separar de nuevo á Venezuela y hacer de la antigua capitanía general una República soberana. Se habia asegurado la Independencia, y Venezuela no necesitaba ya de la fuerza ni de los recursos de la Nueva Granada, que unidos á los suyos nos habian hecho triunfar tan gloriosamente de los Españoles. De aquí nació la protesta que hizo la municipalidad de Carácas al tiempo de jurar la constitucion de Colombia; de aquí el sistema federativo que hasta 1824 sostuvieron los editores del periódico titulado *El Venezolano;* como el mas conveniente para nuestros pueblos; de aquí esa oposicion constante y esa amarga censura que habia en Carácas contra la mayor parte de las providencias que dictaba el gobierno colombiano residente en Bogotá; de aquí, en fin, esa manía tan poco juiciosa de los socios de aquel partido ó club de ridiculizar á la Nueva Granada y á los Granadinos, figurándose en su vanidad superiores á estos. Querian excitar loca é imprudentemente el odio de una parte de la República contra la otra, para romper mas fácilmente su union.

Hubo alguna época en que este mismo partido, asociado con

los militares mas influyentes y con alguna parte del clero, se ocupára sériamente en variar del todo la forma de gobierno de la República. Aprovechándose del descontento que existia contra algunas leyes é instituciones colombianas, formó bastante la opinion en las clases mas distinguidas de Carácas y de otras ciudades principales de Venezuela, sobre la conveniencia de que se estableciera en Colombia una Monarquía constitucional. Pintábanla como el único gobierno adaptado á los hábitos, usos, costumbres y preocupaciones de los Colombianos, y solo capaz de hacer la felicidad de los pueblos. Á los sectarios de este plan les pareció tan favorable la opinion pública, que en diciembre del año anterior resolvieron enviar dos comisionados: el uno á Bogotá con el encargo de sondear el ánimo del general Santander, así como el de las personas influyentes de la capital sobre el mencionado proyecto; el otro comisionado iba al Perú, con el objeto de persuadir al Libertador que erigiese una Monarquía constitucional en Colombia. Se le ofrecia que el clero, el ejército, los propietarios y demas ciudadanos de influjo y valía en Venezuela le sostendrian en esta grave empresa.

Los comisionados se trasladaron á sus respectivos destinos, asociados con el general Pedro Briceño Méndez, que iba en comision al congreso de Panamá, el que estaba en el plan y lo favorecia. El comisionado que vino á Bogotá nada pudo adelantar, porque halló del todo contrarios al vicepresidente, á los miembros del gobierno y á la opinion pública de la capital. Así era que en el mes de mayo ignoraban todavía los corifeos amigos de la Monarquía y sus partidarios cuál sería la decision del Libertador sobre un negocio tan espinoso (1).

Los que formaban el mencionado club de separacion temian á Páez, y miéntras sostuviera la constitucion nada podian hacer en Venezuela. Aprovecháronse, pues, con el mayor ahinco de la oportunidad que les presentaba la acusacion para irritarle mas y mas contra el congreso y el ejecutivo de Colombia; aun le hicieron creer que peligraba su vida si venía á Bogotá. Peña, Carabaño y otros fueron en Valencia los mas activos promovedores de aquel proyecto antipatriótico, al que coadyuvaron despues Núñez de Cáceres, Díaz y otros varios habitantes de Carácas. Ellos consiguieron precipitar al general Páez en una

(1) Véase la nota 45ª.

carrera que marchitaba sus laureles, desgarrando á la vez el seno de la patria. Fueron tambien los creadores de esa magistratura denominada *jefe civil y militar*, con facultades extraordinarias, conferida al antiguo comandante general de Venezuela y Apure.

En obsequio de la verdad histórica, es necesario añadir tambien, como causa de los trastornos que referimos, esa aversion que una gran parte de los jefes y oficiales colombianos tenian al yugo de las leyes. Acostumbrados por largo tiempo á la independencia de los campos, donde mandaban sus jefes sin otra regla por lo comun que su voluntad, miraban con ceño la sujecion que les habia impuesto la constitucion y leyes de Colombia. Muchos de estos jefes que se creían los únicos libertadores de los pueblos, no podian sufrir estar sometidos al congreso y á las autoridades civiles. Decian que los abogados se habian enseñoreado de todo. La acusacion de Páez fué un experimento peligroso que hizo el poder civil, para ver si podia mas que el militar. Si aquel general se hubiera sometido, la libertad civil y la fuerza moral de las leyes se habrian afianzado en Colombia. Acaso entónces la suerte de esta hermosa República hubiera sido mas feliz. Es indudable que el general Páez habria salido de la acusacion ornado de mas sólida gloria que la militar. Como eran débiles los fundamentos en que estribaba la acusacion, pudo fácilmente disiparlos, manifestar su inculpabilidad y ser absuelto. Aqueste resultado era el que deseaban los miembros mas juiciosos del congreso, el vicepresidente de la República encargado del poder ejecutivo, y los secretarios del despacho sus consejeros; todos ellos, obrando de consuno, habrian hecho los mayores esfuerzos para conseguirlo. Mas, por una desgracia lamentable para siempre, el general Páez, mal aconsejado, escogió seguir una carrera ilegal, sembrada de disgustos y peligros.

La primera oposicion séria que se presentó á Páez y á los desorganizadores de Venezuela vino del general José Francisco Bermúdez. Este jefe, célebre por su valor y esclarecidos servicios en la guerra de Independencia, se habia distinguido desde que hubo en Venezuela un órden regular por su fidelidad y sumision al gobierno de su patria. Hallábase á la sazon de comandante general de las provincias de Cumaná, Barcelona, Margarita y Guayana. Era, pues, de mucha importancia para

los jefes y partidarios de la insurreccion ganarle, á fin de que apoyára sus planes de rebelion.

Empero les salieron fallidas sus esperanzas. En el momento que Bermúdez supo las actas revolucionarias de Valencia y de Carácas, se declaró abiertamente contra ellas. Trasladándose de Cumaná á Barcelona, fijó allí su residencia. Páez quiso atraerle con halagos, y lo mismo hicieron sus partidarios; Bermúdez, sin embargo, se mantuvo firme en el sostenimiento del gobierno, de la constitucion y leyes de Colombia. Su firmeza conservó por algun tiempo la tranquilidad de las provincias que estaban sujetas á su mando. El general Arismendi y otros jefes se distinguieron igualmente en aquellas delicadas circunstancias por su adhesion al ejecutivo nacional, y por la fidelidad con que sostuvieron sus comprometimientos en favor de las instituciones de su patria.

Las primeras noticias de la insurreccion de Páez, así como de las actas de Valencia y Carácas, fueron comunicadas al gobierno de Colombia con exageracion por el intendente del Zúlia, general Urdaneta, quien las obtuvo de Curazao. Recibiéronse en Bogotá el 1° de junio, é hicieron la mas profunda impresion en el ánimo, tanto de los altos magistrados como de todos los habitantes de la capital. Los antiguos patriotas, los fundadores de la Independencia, aquellos que habian pasado sus dias agitados al traves de diez y seis años de revolucion, y que se lisonjeaban de que moririan tranquilos dejando establecida sólidamente la hermosa República de Colombia, fueron sin duda alguna los que mas sintieron desgarrarse sus corazones por un acerbo dolor. Todas sus mas caras y fundadas esperanzas quedaron burladas en un momento, y una triste perspectiva de revoluciones se les presentaba por todas partes; revoluciones que desharian la obra que tanto les habia costado. Sin embargo, veían que era necesario obrar en aquellas delicadas circunstancias, y todo el mundo prestó al gobierno supremo la mas eficaz cooperacion.

Miéntras recibia este noticias mas positivas sobre el carácter y extension que tuviera la insurreccion de Páez, las que esperaba se le comunicarian pronto por el intendente de Venezuela, Mendoza, el gobernador de Carabobo, Peñalver, y otros magistrados, de cuya fidelidad no dudaba un momento, se propuso circunscribir la rebelion al menor espacio posible. Para conse-

guirlo, el secretario de la guerra escribió á todos los jefes influyentes del ejército y de las milicias de los departamentos de la antigua Venezuela, á fin de sostener su fidelidad al gobierno nacional y que no siguieran el movimiento de Páez. Como el general Soublette, que á la sazon desempeñaba la secretaría de la guerra, conocia individualmente á casi todos los jefes y oficiales que residian en Venezuela, le fué harto fácil dirigirles estas excitaciones, que produjeron el mejor efecto.

Uno de los jefes en quienes mas confiaba el poder ejecutivo era el general Bermúdez : por su valor, su antigua y bien merecida fama, y por su lealtad al gobierno de su patria se presentaba como el campeon que podia oponérsele á Páez. Ya desde el 30 de abril le habia prevenido el gobierno que pasára al departamento de Venezuela á encargarse de la comandancia general que Páez debia entregarle. Mas ahora se le dirigieron nuevas órdenes, para que se opusiera vivamente á la rebelion y por cuantos medios le fueran posibles, aunque sin romper hostilidades ni comprometer una guerra civil.

Para decidir el gobierno la línea de conducta que debiera seguir en aquella crísis peligrosa, reunió un consejo extraordinario (junio 9), compuesto de sus secretarios y un ministro de la alta corte, que eran los miembros ordinarios; y de los señores Jerónimo Tórres y Luis A. Baralt, presidente y vicepresidente del senado, del vicepresidente de la cámara de representantes Leandro Ejea, del presidente de la alta corte Vicente Azuero, y del de la corte superior de Cundinamarca Diego Fernando Gómez. Despues de manifestar por medio de los secretarios del interior y de la guerra el estado que tenia la insurreccion de Venezuela, y las providencias que se habian dictado hasta entónces para impedir que extendiera su funesto influjo á otras provincias, el vicepresidente de la República pidió que los concurrentes manifestáran su opinion sobre tan delicado negocio.

Tres de los vocales de aquella junta emitieron su opinion manifestando en sustancia: que era un hecho consumado por lo cual les parecia que el ejecutivo, sin empeñar una guerra civil, debia prepararse desde ahora para ella; de este modo podria aprovecharse de la primera ocasion oportuna que se le presentára de contener ó debelar la insurreccion de Venezuela; que entre tanto usára de la persuasion, á fin de que las provin-

cias extraviadas tornáran á la obediencia, y se afirmáran en ella las que aun permanecian fieles.

Entónces el vicepresidente presentó en un discurso el plan que se proponia seguir, y sobre el cual habia expedido todas las providencias acordadas en esta difícil coyuntura. « Se reduce, dijo, á circunscribir la insurreccion de Venezuela al menor círculo posible, por medio de las providencias mas eficaces para impedir el contagio en las tropas y en los pueblos de los departamentos del Zúlia, Maturin y Orinoco; tambien á hacer cuantos esfuerzos estén al alcance del gobierno para disminuir el partido de los insurrectos; á desaprobar los procedimientos de las municipalidades refractarias, procurando atraerlas al órden por la fuerza de la persuasion; á avisar inmediatamente lo sucedido al Libertador; á ordenar el movimiento de algunos cuerpos de tropas hácia el departamento de Boyacá; á emplear, finalmente, el influjo de los patriotas y amantes del órden para alentar á los pueblos. Si la opinion de toda la antigua Venezuela, añadió el vicepresidente, estuviese por la insurreccion de Valencia, no pienso que deba el ejecutivo ser hostil con una masa tan respetable de poblacion; y en este caso debe reunirse inmediatamente el congreso para que adopte un partido prudente que concilíe la voluntad de los cuatro departamentos de Venezuela con los principios políticos que arreglan la marcha y el gobierno de los pueblos. Entre tanto el ejecutivo debe limitarse á contener por medios suaves una explosion que comprometa la suerte del país, exponiéndole á una guerra civil. Si la opinion de la mayoría de la antigua capitanía general de Venezuela manifiesta aversion al tumulto de Valencia y desea conservar el sistema y el gobierno establecido, entónces el ejecutivo deberá proceder enérgicamente, apoyado en la constitucion y en la opinion nacional. »

Esta línea de conducta, que pensaba seguir el gobierno colombiano, fué aprobada por unanimidad. Acordóse tambien que se improbára en un decreto la conducta de Páez y de las municipalidades refractarias; que el ejecutivo se declarase investido de las facultades extraordinarias del artículo 128 de la constitucion, y que diese un manifiesto á los pueblos : en este documento debia esclarecer la legalidad de su conducta, y la injusta violencia con que se pretendia despedazar la constitucion y las leyes fundamentales de la República.

El mismo dia en que se acordaron tan importantes resoluciones hizo marchar el vicepresidente á un oficial en posta al Perú, avisando al Libertador presidente los desgraciados sucesos de Venezuela. El general Santander pintaba con vivos colores el orígen y progresos del mal: decia que estaba dada la señal funesta de la desunion de Colombia, que se veria despedazada por sus propios hijos, y lo que era mas doloroso, por los que le habian jurado ciega obediencia; por los que le habian prometido todo linaje de sacrificios; por los que se los habian ofrecido á trueque de establecer un régimen legal; en fin, por los que habian recibido mayores recompensas del gobierno. Despues de manifestar en seguida los males que podrian originarse de que una faccion militar continuára en Venezuela promoviendo tumultos, para destruir la constitucion que se habian dado los pueblos y para violar las leyes, terminaba su carta diciendo: « Lo expuesto basta para que V. E., como presidente de esta República, como su Libertador, como el padre de la patria, como el soldado de la libertad y como el primer súbdito de la constitucion, tome el partido que crea mas conveniente á nuestra salud y á la causa de la América. Colombia ha nacido porque V. E. lo concibió, se ha educado bajo la direccion de V. E., y debia robustecerse bajo del suave influjo de la constitucion y de V. E. mismo. Hoy está atacada en su infancia con grave peligro de perecer, y V. E. es el único que debe salvarla. Entre tanto V. E. puede descansar en que el gobierno sabrá aplicar los remedios que sean mas oportunos en crísis tan delicada, apoyado en la opinion pública, en la constitucion que ha prometido defender, y en el espíritu patriótico del pueblo colombiano. »

Eran grandes los embarazos en que se hallaba el gobierno de Colombia, así por la rebelion de Venezuela como por el agotamiento de las rentas públicas. En los departamentos del sur y en las costas del Atlántico se padecia la mas grande penuría de fondos, pues ya se habia consumido el empréstito de 1824. Pocas veces se reunia el consejo de gobierno sin que el secretario de la guerra por órden del vicepresidente presentára fuertes reclamaciones de los jefes militares, quejándose de que los soldados perecian de hambre y de miseria, y que no habia medios de proveer á su subsistencia. Las nuevas leyes de hacienda acordadas por el último congreso aun no habian comenzado á me-

jorar los productos de las rentas colombianas, porque eran recientes. Probablemente no aumentarian los recursos del gobierno á causa de que no podrian cumplirse por los desórdenes ocurridos en Venezuela. Este mal era muy grave, y ni el ejecutivo, ni sus consejeros podian remediarlo. Acordóse únicamente el encargar á todas las autoridades á quienes correspondiera, que activasen el cobro y exacta percepcion de las contribuciones. Opinaba el secretario de hacienda que la escasez de fondos nacionales que dolorosamente se hacía sentir en todos los ángulos de la República, tenia su orígen, no en las leyes, sino en los empleados que descuidaban su puntual ejecucion. En otros varios ramos de la administracion pública se notaba el mismo atraso y descuido. Acaso este vicio de no cumplirse las leyes, que aun subsiste en la Nueva Granada, nace de la forma de gobierno republicano, en el que un gran número de los ciudadanos concurre á su formacion, y por lo mismo no se veneran por ellos. Era muy diferente el respeto que profesábamos á la obediencia que se prestaba á las leyes cuando emanaban del gabinete de Madrid, sancionándose á dos mil leguas de distancia de nosotros, las que se ejecutaban con vigor y exactitud por los agentes del gobierno español.

En tan críticos momentos la naturaleza conmovida vino á aumentar las dificultades de que se hallaba rodeado el gobierno de Colombia y el profundo sentimiento que tenian los verdaderos patriotas al ver disociada la República. Un fuerte terremoto, acaecido el 17 de junio á las diez y cuarenta minutos de la noche, desplomó un gran número de casas, maltrató fuertemente los templos y puso á la poblacion entera de Bogotá en la mayor consternacion. La tierra continuó temblando por un mes, y hubo tres movimientos mas que dañaron muchas casas é iglesias, las que cayeron en parte sin que pereciera ninguna persona. Miéntras duró esta calamidad terrible, la poblacion casi entera de la capital habitó en chozas y barracas. Las provincias limítrofes de Tunja, Mariquita y Néiva sufrieron tambien por causa de los mismos terremotos.

Aun no habian cesado del todo, cuando el vicepresidente expidió el decreto acordado por el consejo de gobierno (julio 8). En su preámbulo enumeró todos los motivos que tenia el ejecutivo de la nacion para considerar como ilegítimos los procedimientos de las municipalidades de Valencia y Carácas, re-

poniendo á Páez en la comandancia general de Venezuela, y confiriéndole una magistratura desconocida por la constitucion y leyes de la República. Luego declaró: primero, que el departamento de Venezuela, oprimido por la fuerza, merecia las consideraciones del gobierno; segundo, que el tumulto de Valencia era una verdadera insurreccion á mano armada; tercero, que las municipalidades que habian prestado su aquiescencia á aquellos actos tumultuarios, eran excusables á los ojos del ejecutivo, si se comprobára que habian sido obligadas por la fuerza; cuarto, que era nulo cuanto se habia ejecutado y ejecutára en Venezuela por el general Páez y por las municipalidades en virtud del nuevo é ilegal órden de cosas allí establecido, pero que de ningun modo se interrumpirian las comunicaciones con las autoridades de Venezuela establecidas legítimamente.

La publicacion de este importante decreto fué precedida por una proclama que el vicepresidente dirigió á los pueblos de Colombia en 6 de julio. En ella daba cuenta á la nacion de que el régimen constitucional habia sido atacado en sus fundamentos por Páez y sus partidarios en Venezuela; pero que el ejecutivo estaba decidido á sostener á todo trance las instituciones, en la confianza de que sería apoyado por la opinion nacional. Añadia estas notables palabras: « Seré constante defensor de los principios republicanos contra las ideas monárquicas de los perturbadores, sea cual fuere en cualquier tiempo el número de sus partidarios; contra reformas de esta especie seré defensor de la constitucion, hasta que la libre voluntad de la nacion me indique otra conducta (1). »

Luego que se publicaron estos documentos, el encargado del ejecutivo colombiano dió á la nacion el manifiesto de 12 de julio. Desenvolvia en él la historia de la union de la Nueva Granada y Venezuela, promovida especialmente por hijos de esta República, apoyados en miras de una elevada política; enumeraba los grandiosos resultados que la union habia producido en tan cortos años, y el esmero con que el ejecutivo se habia dedicado á promover el bienestar y la felicidad de los pueblos de la antigua Venezuela; describia los esfuerzos con que un partido desorganizador habia desde el principio contrariado

(1) Véase la nota 46ª.

la union con hechos y escritos que no dejaban duda de las perversas intenciones abrigadas y difundidas por un club de Carácas, que constantemente procuraba hacer odioso al gobierno central, ridiculizar á los magistrados, y atizar bajas é indignas rivalidades entre Granadinos y Venezolanos; narraba las causas que habian motivado la acusacion de Páez, que el ejecutivo no pudo impedir, aunque la intentára, y tampoco suspender sus efectos; manifestaba, en fin, el enorme abuso de autoridad cometido por las municipalidades de Valencia, Carácas y demas, y los artículos de la constitucion violados por ellas; empero las excusaba considerándolas oprimidas por la fuerza armada, de la que á su arbitrio disponian el general Páez y sus coasociados en la rebelion. Concluía reclamando el apoyo de la nacion para sostener el código sagrado de sus libertades y sus mas preciosas garantías.

En el intermedio se habian juntado en Valencia los diputados de las municipalidades del departamento de Venezuela y de la provincia de Apure (1). Acordaron en 26 de junio una larga acta ó manifiesto dirigido : primero, contra la administracion del general Santander, á quien hicieron cargos futiles, basados en gran parte sobre principios erróneos; segundo, á justificar al general Páez de los motivos en que se apoyára su acusacion; y tercero, á censurar la constitucion colombiana, juzgándola incapaz de hacer la felicidad de los pueblos. De estos antecedentes inferian, que era menester aproximar la época designada para la convocatoria de la gran convencion, « la que por fruto de su experiencia y sabiduría les restituya sus garantías imprescriptibles y los derechos de que han estado privados : de ella espera la reconciliacion con las instituciones y los sólidos cimientos del edificio social : para solicitarla, se han reunido los pueblos, y para conseguirla, están dispuestos á derramar su sangre bajo la direccion del digno jefe que han elegido, cuyo nombramiento ratifican; y de la influencia del Libertador presidente que con sus talentos y experiencia nos comunicará lecciones de sabiduría que hagan duradera nuestra felicidad. » Tales eran las expresiones del acta.

El vicepresidente general Santander publicó en la *Gaceta de Colombia* una contestacion á este manifiesto justificativo de la

(1) Véase la nota 47ª.

insurreccion de Páez : en ella demostraba la futilidad de los cargos que se le hacian, y los errores en que habian incurrido los diputados que la suscribieran. Uno de ellos era el doctor Miguel Peña, agente y activo promovedor de aquella rebelion.

El objeto principal que desde el principio se propusieron los corifeos de la insurreccion de Carácas, fué desacreditar y aun ridiculizar, si les era posible, al gobierno central, publicando acusaciones infundadas y calumnias contra los miembros que componian el ejecutivo colombiano (1). Mas, sin embargo de sus diatribas, no pudieron conseguir que la mayoría de la nacion diera el escándalo que Venezuela y la provincia de Apure habian ofrecido al mundo civilizado. De los doce departamentos en que se dividia el vasto territorio de Colombia, solamente uno y parte de otro habian conculcado los juramentos que hicieran de observar fielmente la constitucion y las leyes. El resto de la República daba un testimonio brillante con su adhesion y obediencia al ejecutivo nacional de que este habia cumplido sus deberes, y de que eran injustas las acusaciones de partido que con tanta virulencia le hacian los sostenedores de la malhadada rebelion de Venezuela.

Herido contínuamente el general Santander en su reputacion, habia momentos en que, arrastrado por su genio ardiente é irascible, perdia la calma tan necesaria para un hombre de Estado. Contestaba, pues, con acrimonia en la *Gaceta oficial* y en otros papeles, sin escuchar los consejos que le daban sus secretarios, de que absolutamente no convenia tomarse el carácter de escritor, ejerciendo la primera magistratura de la República. Irritado otras veces, pretendia separarse del poder ejecutivo : al efecto presentó al consejo de gobierno en dos ocasiones un proyecto de decreto, disponiendo que el presidente del senado Jerónimo Tórres se hiciera cargo del poder ejecutivo con arreglo á la constitucion. Pero los consejeros se opusieron unánimemente á tal medida, que calificaron de ruinosa á la tranquilidad pública. El vicepresidente pretendia colorirla tambien, diciendo que sin rentas nacionales que no cubrian las atenciones y gastos mas precisos de la administracion, él no podia gobernar á Colombia. Al fin le persuadió el consejo que su reputacion estaba comprometida en arrostrar con firmeza la tempestad,

(1) Véase la nota 48a.

continuando en el puesto de honor y confianza donde la nacion le habia colocado.

En estas circunstancias verdaderamente aciagas para Colombia, vino á cumplirse un acontecimiento que se habia deseado con ahinco, porque se le creía de la mayor importancia para el triunfo completo de los nuevos Estados de la América ántes española y para la consolidacion de sus gobiernos. Tal fué la abertura de las sesiones de la asamblea americana de Panamá. Realizóse el 22 de junio, concurriendo los ministros plenipotenciarios de Colombia, Centro-América, Perú y Méjico; órden que les dió la suerte. Eran ministros de Colombia los señores Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez; de Centro-América los señores Pedro Molina y Antonio Larrazábal; del Perú los señores Manuel de Vidáurre (1) y Manuel Pérez de Tudela; y los de Méjico los señores José Mariano Michelena y José Domínguez (2).

Concurrieron tambien á Panamá, con el fin de residir allí durante las sesiones y por invitacion expresa, Mr E. Davokins por la Gran Bretaña, y el coronel Vanveer por el rey de los Países Bajos, aunque sin tomar parte en ninguna deliberacion.

Las conferencias de los plenipotenciarios fueron diarias, terminándose las sesiones de la asamblea el 15 de julio, en que se firmaron cuatro tratados. El primero de union, liga y confederacion entre las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos; el segundo, un convenio para la traslacion de la asamblea americana á la villa de Tacubaya en Méjico (3); el tercero, una convencion que detallaba los contingentes que habia de prestar cada una de las Repúblicas confederadas; el cuarto, en fin, un concierto reservado que arreglaba el órden con que debian enviarse y marchar los contingentes de la Confederacion.

El tratado de union, liga y confederacion contenia excelentes principios de política americana y grandes miras para lo venidero. Habria proporcionado á las nuevas Repúblicas un poder sólido que hubiera hecho respetables á sus gobiernos, así interior como exteriormente, y acelerado el reconocimiento de su

(1) Véase la nota 49ª.
(2) Véase la nota 50ª.
(3) Véase la nota 51ª.

Independencia por la madre patria. Empero desgraciados sucesos y revoluciones inesperadas en gran parte impidieron que dicho tratado, hijo predilecto de Bolívar, produjera los bienes y grandiosos resultados que justamente se esperaban. Solamente Colombia lo ratificó segun su constitucion. Enviado á Méjico para obtener el canje de las ratificaciones, jamas se pudieron conseguir de aquel gobierno.

Las principales estipulaciones de la convencion de contingentes y del concierto anexo á esta eran: primera, que las cuatro Repúblicas confederadas sostendrian en pié un ejército de sesenta mil hombres de infantería y caballería, siendo de esta arma la décima parte, y la de artillería la que prudencialmente quisieran poner los respectivos gobiernos; segunda, que este ejército se mantendria siempre armado, equipado y pronto para entrar en campaña, y obrar ofensiva ó defensivamente; tercera, en fin, que para formar y sostener una fuerza naval competente, que debia constar de tres navíos de setenta hasta ochenta cañones, de diez fragatas de cuarenta y cuatro hasta sesenta y cuatro, de ocho corbetas de veinte y cuatro hasta treinta y cuatro, de seis bergantines de veinte hasta veinte y cuatro, y de una goleta de diez cañones, todos los confederados se obligaban á hacer un fondo de siete millones setecientos veinte mil pesos, distribuidos proporcionalmente conforme á la base de la poblacion.

Por dichas estipulaciones tocaban á Colombia quince mil doscientos cincuenta hombres de infantería, artillería y caballería, un navío de setenta á ochenta cañones, dos fragatas de sesenta y cuatro, y dos de cuarenta y cuatro: estos buques debian costarle dos millones doscientos cinco mil ochocientos once pesos, fuera de los gastos indispensables para mantenerlos completamente armados, tripulados y provistos de todo lo necesario (1).

Admira ciertamente, que hombres prácticos en los negocios de gobierno, de los que habia algunos en la asamblea de Panamá, como lo eran los ministros colombianos Gual y Briceño, que por largo tiempo habian sido secretarios de Estado; admira, repetimos, que hubieran creido á Colombia capaz de hacer tamaños gastos. Carecia de hacienda pública, ese nervio

(1) Véase la nota 52ª.

principal de los Estados poderosos, y tenia contra sus rentas un fuerte alcance anual, que, segun hemos dicho ya, era el cáncer que la devoraba. Cuando no podia pagar sus empleados civiles y un ejército pequeño, comparado con el que debia levantar para la Confederacion americana, ¿cómo sería capaz de mantener quince mil doscientos cincuenta hombres y una escuadra tan costosa?....... Este mismo raciocinio se puede aplicar á los demas Estados que concurrieron á la asamblea de Panamá. De aquí se infiere que los ministros signatarios, dejándose arrastrar de su patriotismo, y por ideas exageradas de perfectibilidad, convinieron en estipulaciones impracticables, segun el estado en que se hallaban las Repúblicas confederadas (1).

Terminadas las sesiones de la asamblea americana, los ministros Briceño, Molina y Vidáurre siguieron con los tratados á dar cuenta á sus gobiernos de la conclusion de sus trabajos, y de las razones en que se apoyaban los respectivos acuerdos. Los señores Gual, Larrazábal, Pérez de Tudela y los ministros de Méjico debian ir á Tacubaya á continuar allí las sesiones de la asamblea. Partieron en efecto, ménos Pérez de Tudela, quien difirió su viaje, sin que despues lo realizára por motivos que ignoramos.

El comisionado británico Mr Dawkins regresó inmediatamente á Inglaterra. Su conducta durante las sesiones de la asamblea fué noble y franca. Limitóse á aconsejar á los plenipotenciarios de las nuevas Repúblicas, que manifestáran respeto y consideracion por las instituciones de los demas pueblos; que alejáran toda idea y disipáran las sospechas que pudieran tenerse en Europa, de que la América republicana pretendiera establecer un sistema de política en contraposicion al de la Europa. Insistió con mucha fuerza y teson en que la asamblea diera pruebas de su amor á la paz y de sus disposiciones para hacer algun sacrificio pecuniario á fin de conseguirla. Aseguró que la Gran Bretaña se encargaria de la mediacion con España, y que se podia esperar un éxito feliz, siempre que se diera como base de la negociacion el conceder una indemnizacion pecuniaria. Decia que sin esto la Francia no cooperaria, y faltando su auxilio, la Gran Bretaña nada podria adelantar, siendo

(1) Véase la nota 53a.

así que convenia sobre manera ganar tiempo y entablar prontamente la negociacion, ántes que la cuestion se complicára, como ya se sucedia, por la intervencion de la Rusia excitada por los Estados Unidos. Mr Dawkins recalcó tanto sobre este punto, que se conoció era el objeto principal de su mision; aunque siempre añadia que estas eran opiniones privadas y no las de su gobierno. Á pesar de tales protestas, cuando vió que la asamblea se disolvia sin haber dado paso alguno para conseguir la paz con la España, no pudo ocultar la pena que sentia. Sin embargo partió en la mejor buena armonía con las diferentes legaciones, distinguiendo siempre á la de Colombia, por la que tuvo atenciones muy particulares.

El coronel Van-Veer no llevó á Panamá carácter alguno público : su mision fué privada, y se limitó á expresar á los ministros plenipotenciarios los ardientes deseos que S. M. el rey de los Países Bajos tenia por la felicidad de las Repúblicas aliadas : él añadió excusas por no haber reconocido aun su Independencia, lo que provenia de los miramientos que debia guardar á las grandes potencias de Europa : empero añadió que su rey pensaba hacer muy pronto el expresado reconocimiento.

De los Estados Unidos no asistió á la asamblea de Panamá ningun ministro. Sin embargo habian sido nombrados los señores Ricardo C. Anderson y J. Sergeant. El primero partió de Bogotá, donde se hallaba de ministro plenipotenciario. Mas por desgracia murió en Cartagena cuando se dirigia al istmo. El segundo no llegó á tiempo, y despues se trasladó á Méjico para continuar en Tucubaya las sesiones de la asamblea americana.

Se conocen sin embargo sus instrucciones, que el gobierno de los Estados Unidos ó sus agentes publicaron en 1829. Conforme á ellas, los señores Anderson y Sergeant debian entrar en las conferencias, que serian diplomáticas enteramente y no legislativas, pues ninguno de los gobiernos quedaria obligado por el voto de la mayoría, sin que lo acordado hubiera sido ratificado conforme á la respectiva constitucion. Preveníase á los ministros que no contrajesen alianza alguna ofensiva ni defensiva, y que se adhiriesen tenazmente á la política observada siempre por los Estados Unidos de una estricta neutralidad entre la España y sus colonias. Hablaba largamente el ministro de Estado y relaciones exteriores sobre los esfuerzos que á la

sazon practicaba su gobierno por medio de la Rusia y de otras potencias europeas, á fin de que la España diera la paz á las nuevas Repúblicas de la América. Sus ministros debian aconsejar á estas que no concedieran privilegio alguno exclusivo á ninguna nacion.

En cuanto á las guerras marítimas, ordenaba á sus ministros que inculcasen el principio de que se aboliera la confiscacion de propiedades particulares, así como se practica en las guerras terrestres : tambien que se definiera bien lo que debia entenderse por bloqueo. Recalcaba sobre manera acerca de la libertad de comercio, tanto respecto de los efectos ó mercancías, como acerca de las naves que las importáran ó exportáran. Este era el punto capital que se encargaba á los ministros americanos obtener en la asamblea de las nuevas Repúblicas, aun modificándolo si no era posible conseguirlo íntegro. Verdaderamente convenia sobre manera al comercio de los Estados Unidos adquirir esta libertad : conseguida, ellos hubieran venido á ser los acarreadores generales, auxiliados por su numerosa marina mercante, que tantas ventajas hubiera proporcionado á sus transacciones mercantiles.

Al propio tiempo que ocurrian estos sucesos, se deseaba ardientemente en la capital y en el resto de la República el saber la opinion que formaria el Libertador sobre los escandalosos sucesos de Venezuela. Ántes dirémos cuál era la situacion de Bolívar en el Perú.

Anteriormente hemos referido el arribo del Libertador á Lima y el entusiasmo con que fué recibido. Sin embargo de esta popularidad, que parecia general, habia entre los hombres mas influyentes del Perú algunos que veían con sumo disgusto la permanencia de las tropas auxiliares. Así fué que en los últimos dias de febrero se descubrió una trama urdida por los generales Alvarado y Necochea, por el ministro de gobierno Salazar, el de justicia Álvarez y otros. Proponíanse expeler del país á Bolívar y á sus tropas, aunque se ignora por qué medios. Todos estos hombres habian recibido de Bolívar las mayores distinciones y beneficios, que de ningun modo le agradecian. Este descubrimiento debió persuadir al Libertador de la necesidad que tenia de regresar á Colombia con su ejército auxiliar. Empero desgraciadamente no lo hizo...

Bolívar se hallaba hechizado en el Perú, segun él mismo

decia, y no creemos que la expresion sea figurada, sino que la usamos en el sentido propio. Los elogios que se le tributaban, los obsequios de toda clase, la sumisa obediencia á su voluntad, las dulzuras del poder y las delicias de Lima en la hermosa quinta de la Magdalena, causaban aquel encanto. El ejército libertador y su ilustre caudillo hallaron á Cápua en la deliciosa capital del Perú.

Á pesar de esto, hacía algun tiempo que vastos proyectos se agitaban en los consejos del Libertador, sobre la futura organizacion política del Perú y de otras partes de la América del Sur. Era el alma de estos don José María Pando, antiguo diplómata español, adornado de grandes talentos y de experiencia en los negocios de Estado. Habíasele hecho regresar de la mision á la asamblea de Panamá ántes de su abertura, para encargarle el ministerio de lo interior y relaciones exteriores del consejo de gobierno del Perú.

Desde ántes del regreso de Pando dieron el Libertador y el mencionado consejo un paso en extremo delicado entre todas las naciones cuyos gobiernos sean representativos. Estaba convocado el congreso que debia haberse reunido en febrero, ante el cual se creía que Bolívar renunciaria la suprema autoridad de que se le habia revestido en tiempo de peligros. Habiendo llegado á Lima cerca de setenta diputados, se les suscitaron cuestiones indebidas sobre la calificacion de sus poderes, la que, segun los principios del derecho constitucional, debia corresponder á los mismos representantes, pero que el Libertador defirió á la suprema corte de justicia. Sin embargo, los diputados sostuvieron con firmeza sus derechos. Muchos de ellos tocaron al mismo tiempo una cuerda muy delicada. Tal era, que las tropas colombianas no debian permanecer por mas tiempo en el Perú; pues, terminada la guerra, era tiempo de cumplirse la solemne promesa que habia hecho el Libertador, de que regresaria con ellas á su país, sin llevarse un grano de arena del Perú.

Irritóse Bolívar cuando vió la resistencia de los representantes en la disputa sobre la calificacion de los poderes, que justamente reclamaban para sí mismos. Su enojo se aumentó luego que supo las indicaciones que hacian acerca de la conveniencia de que salieran del país las tropas colombianas. Amenazó entónces el 31 de marzo con que regresaria inmediatamente á

Colombia, trayéndose á sus compañeros de armas. Difundida esta noticia, causó un alarma bastante general, si hemos de juzgar por los hechos. La municipalidad de Lima, los tribunales, corporaciones y demas clases de la capital, todos van á la Magdalena y piden al Libertador que no los abandone dejándolos en la horfandad, expuestos á que la anarquía levante de nuevo su horrible cabeza. Entre várias peticiones que hubo para que no se instalára el congreso, fué muy notable la que firmaron el 11 de abril cincuenta y dos diputados.

Despues de un largo preámbulo en que analizaban las graves é insuperables dificultades que habia para la instalacion del congreso, pedian fuera de otros puntos ménos importantes: primero, que se suspendiera la convocacion del congreso hasta el año próximo; segundo, que se consultára á las provincias si debia reformarse la constitucion de la República, y si la reforma debia ser radical ó parcial; y tercero, sobre el individuo que la opinion pública designára como mas á propósito para ejercer la primera magistratura del Estado.

Las indicaciones contenidas en esta representacion, que probablemente se sugirieron por algunas personas iniciadas en los misterios del gabinete peruano, fueron aprobadas expresamente por el Libertador y el consejo de gobierno. Ambos dispusieron en el mes de abril que acerca de los puntos que tocaban los diputados, se consultára á los colegios electorales de las provincias, y que se convocaria el congreso luego que el pueblo hubiera expresado su opinion por el órgano de aquellos.

Á la sazon que se daba este primer paso, que fué la base de otros posteriores, aun no se habia publicado la constitucion que redactára el Libertador para la República de Bolivia por encargo especial de la asamblea de sus representantes. Mirábala el Libertador como su hija predilecta; por consiguiente se hallaba persuadido de que podia hacer la felicidad de los pueblos. Por este deseo, y proyectando acaso mandar en el Perú conforme á ella, deseaba que la adoptáran los pueblos de esta República. Los principales hombres de Estado que le rodeaban acogieron con entusiasmo tal idea, así como las autoridades y empleados. Se aprovecharon, pues, del decreto ya citado, expedido por el consejo de gobierno en 1° de mayo para que se convocáran los colegios electorales, y se les consultára sobre los puntos arriba mencionados. En consecuencia el ministro del

interior Pando expidió la célebre circular de 1° de junio. En este documento, despues de pintar con vivos colores el estado incierto en que se hallaban las instituciones del Perú, ofrecia el consejo de gobierno á la sancion de los colegios electorales de las provincias, que se decia representaban la voluntad nacional, el proyecto de constitucion que el Libertador habia trabajado para Bolivia, del que hacía grandes elogios analizándolo rápidamente. Asegurábase en dicha circular que el Libertador deseaba se adoptára tan importante resolucion.

Este era un paso muy atrevido; pero habia fundamentos harto plausibles para creer que Bolívar gozaba en el Perú de una sólida y extensa popularidad, á la que se agregaba su influjo, que era notorio. Éralo tambien la persuasion general de sus talentos esclarecidos y de que él solo podia mantener la tranquilidad del Perú, revistiéndole de un poder fuerte y duradero. Tales fundamentos inspiraban á los autores del proyecto la mayor confianza, no solamente de que fuera sancionada la constitucion boliviana, sino que el Libertador sería nombrado por los colegios electorales presidente vitalicio del Perú; punto sobre el cual se exigia tambien el dictámen de aquellas corporaciones.

Ni Bolívar, ni sus consejeros, ni sus ciegos adoradores se detuvieron bastante á meditar la ilegalidad de esta medida. Los colegios electorales habian sido nombrados únicamente para elegir los representantes y otros funcionarios de la República: carecian, pues, de autorizacion para acordar definitivamente sus leyes fundamentales. Ademas, una constitucion que exigia extensas luces y conocimientos para su exámen, no podia sancionarse por los colegios electorales de las provincias peruanas, compuestas en su mayor parte de agricultores, mineros y de otros hombres que carecian de conocimientos políticos. Desde entónces debian preverse los funestos resultados que tendria una constitucion que se apoyára en tan deleznables fundamentos.

Hacía algunos meses que un rumor sordo se dejaba oir como en secreto en el seno de las familias y de las reuniones privadas de muchos Peruanos. Repetíase en ellas con énfasis la promesa de Bolívar en su proclama de 11 de marzo de 1824, de que « arrojaria despues del triunfo la palma de la dictadura, y se volveria á Colombia con sus hermanos de armas, sin tomar un

grano de arena del Perú y dejándolo en libertad. » — « ¡ Qué mal se ha cumplido, decian, esta solemne promesa, cuando ahora se pretende darnos una carta y un presidente vitalicio, hallándonos oprimidos por la autoridad despótica de un caudillo extranjero y por las cuatro mil bayonetas colombianas, fuera de dos mil que guarnecen á Bolivia! Los auxiliares no parten como debieran, y el Perú consume todos sus recursos en sostenerlos. »

Es fácil concebir la profunda impresion que haria este lenguaje ú otro semejante sobre multitud de Peruanos. Unos deseaban gobernar á su patria libres de extranjeros; otros se creían humillados por estos y sin verdadera independencia nacional; y otros alimentaban ideas republicanas de libertad, incompatibles con un ejército de ocupacion y un jefe absoluto que indebidamente prolongaba su autoridad.

El proyecto de que la constitucion boliviana se sancionára por los colegios electorales, hirió á multitud de descontentos : aumentóse, pues, el odio que ya existia contra los Colombianos, cuyas maneras y costumbres no se acordaban con las peruanas, sin que valiera para calmarlo la exacta disciplina que observaban las tropas auxiliares. Disminuyóse tambien sobre manera la popularidad del Libertador, á pesar de su gobierno justo, fuerte y que daba garantías de órden.

Bien pronto se comenzaron á ver los efectos de aquel estado de cosas. Descubrióse una conspiracion, cuyo principal objeto era arrojar á los Colombianos del Perú y aun asesinar á Bolívar, segun se dijo entónces. Un tribunal especial juzgó á varios de los comprendidos en ella, y el teniente peruano Ariztizábal fué condenado á perder la vida, el que ántes de ser pasado por las armas afirma que muere por servir á su patria. Se escapan algunos de los cómplices y se les condena en contumacia, unos á presidio, otros á ser arrojados del país; otros, en fin, á diferentes penas menores. Esta conspiracion tenia extensas ramificaciones, y fueron comprendidos en ella algunos generales, coroneles y otros empleados. Á consecuencia de tales tramas, el consejo de gobierno mandó salir del Perú á todos los naturales de Buenos Aires y de Chile, á quienes se atribuyera que atizaban el fuego de la discordia, y que promovian el odio contra los Colombianos : providencia despótica, justamente censurada.

Sin embargo de síntomas tan alarmantes del descontento público, el consejo de gobierno, los ministros, los empleados y demas personas que deseaban dar mayor estabilidad á las instituciones del Perú, no cejaron un punto de su proyecto favorito. Todos persuadieron al Libertador que la opinion de la mayoría nacional estaba por que se adoptára la constitucion boliviana, y que él fuera el primer presidente vitalicio; que un corto número de demagogos sin fortuna y deseosos de medrar con los trastornos, eran los que se oponian al establecimiento de un gobierno fuerte y duradero. Entre estos consejeros habia muchos que obraron conforme á sus convicciones; otros eran pérfidos y bajos aduladores que arrastraban á Bolívar hácia un precipicio, separándole del camino de la gloria, sin tener otra mira que sus intereses privados. Llevóse, pues, adelante y de comun acuerdo la empresa arremetida en el Perú de dar á sus pueblos las nuevas instituciones.

Tales eran los importantes negocios que ocupaban al Libertador y á sus consejeros, cuando llegaron al Perú las primeras noticias de la acusacion intentada contra Páez y de los disturbios que amenazaban á Colombia. En el momento conoció el Libertador toda la trascendencia que pudieran tener estas novedades alarmantes, y determina enviar aceleradamente á Bogotá á su edecan el coronel Daniel F. O'Leary, que salió de Lima en los primeros dias de junio. Encomendóle varios documentos; empero el objeto principal de su viaje era que alarmado el Libertador con la acusacion de Páez, temió que este no obedeciera, y que empeñándose una cruda guerra civil, Colombia oscureciera sus glorias, disolviéndose acaso. Bolívar decia á Páez que obedeciera puntualmente los mandatos del congreso, porque de lo contrario se perdia. El 8 de julio arribó O'Leary á la capital de la República. Divulgada inmediatamente la noticia de las cartas y órdenes de que era portador, se calmó algun tanto la ansiedad pública, que deseaba conocer cuál sería la opinion de Bolívar sobre los sucesos de Venezuela. Al ménos se podia entónces inferir rectamente.

Aunque O'Leary llegaba tarde por haberse pronunciado la insurreccion de Páez, el vicepresidente de Colombia le hizo partir inmediatamente para Venezuela. Dióle cartas ó instrucciones, á fin de hacer mas probable el buen éxito que se esperaba produciria su comision, apoyada en el inmenso influjo del

Libertador, á quien Páez y sus partidarios habian invocado como árbitro y mediador.

Condujo O'Leary documentos de la mas alta importancia. Uno de ellos fué la contestacion de Bolívar al general Santander al parte que le diera sobre la reeleccion de ambos á la presidencia y vicepresidencia de Colombia. Tributaba los mas grandes elogios á la administracion del vicepresidente, y añadia en cuanto á sí mismo, « que su deber era someterse reverentemente á la soberanía nacional; mas que tambien era de su obligacion resistir á la voluntad de la nacion, cuando esta infringia los preceptos de su conciencia, y violaba sus propias leyes; que habia mandado catorce años y que no queria mandar mas tiempo; que su única mision era la de soldado, y que como tal habia llenado todos sus comprometimientos; en fin, que no habia nacido para magistrado ni podia serlo, porque estaba acostumbrado al rigor y á las pasiones crueles de la guerra. »

Otro de los documentos que trajo á Colombia el coronel O'Leary, fué el proyecto de constitucion que Bolívar habia trabajado para la nueva República de Bolivia, á cuyo congreso constituyente reunido en Chuquisaca lo dirigió el 25 de mayo. Acompañóle con un discurso brillante, en que desenvolvia los fundamentos sobre que estribaban las disposiciones capitales de la nueva constitucion. Este discurso contenia miras profundas, manifestando al mismo tiempo grande amor á la libertad, y un ardiente deseo de promover la felicidad de los pueblos que le habian escogido por su legislador.

El mencionado proyecto contenia disposiciones inusitadas en las Repúblicas de la América, y que podian combatirse victoriosamente por los celosos republicanos formados en ellas. Sin entrar en un prolijo exámen de todas las partes de aquella constitucion, era seguro que se objetaria el poder electoral, compuesto de la décima parte de los ciudadanos, que debian reunirse anualmente en las capitales de cada provincia; disposicion inadaptable á los desiertos y montañas de la América del Sur. El cuerpo legislativo estaba dividido contra la práctica universal en tres cámaras, de tribunos, senadores y censores, de cada una de las cuales debian emanar ciertas y determinadas leyes. En la composicion del poder ejecutivo se apartó igualmente Bolívar de los principios establecidos en la América del Norte

y en la del Sur. Un presidente vitalicio é irresponsable, con facultad de nombrar al vicepresidente, quien era jefe del ministerio y su inmediato sucesor, sin necesidad de nueva eleccion, parecieron instituciones monárquicas, aunque plantadas sin base alguna sobre el suelo movedizo de la democracia, é incapaces de resistir á los tumultos y tempestades de esta forma de gobierno.

Bolívar en su discurso preliminar explicó diestramente las ventajas que producirian un presidente vitalicio y un vicepresidente hereditario. Consideraba que no habiendo elecciones populares para tan altas magistraturas, desapareceria el mayor azote de las Repúblicas, la anarquía. Al mismo tiempo el Libertador, temiendo sin duda que se le tachára de monarquista, dirigió á los legisladores de Bolivia aquel fuerte y elocuente apóstrofe contra los ambiciosos que pretendieran erigir tronos en la América. « ¡ Legisladores! decia, la libertad de hoy mas será indestructible en la América. Véase la naturaleza salvaje de este continente, que expele por sí sola el órden monárquico; los desiertos convidan á la Independencia. Aquí no hay grandes nobles, grandes eclesiásticos : nuestras riquezas eran casi nulas, y en el dia lo son todavía mas. Aunque la Iglesia goza de influencia, está léjos de aspirar al dominio : está satisfecha en su conservacion. Sin estos apoyos, los tiranos no son permanentes; y si algunos ambiciosos se empeñan en levantar imperios, Dessalines, Cristóval, Itúrbide les dicen lo que deben esperar. No hay poder mas difícil de mantener que el de un príncipe nuevo. Bonaparte, vencedor de todos los ejércitos, no logró triunfar de esta regla, mas fuerte que los imperios. Y si el gran Napoleon no consiguió mantenerse contra la liga de los republicanos y de los aristócratas, ¿quién alcanzará en América á fundar monarquías en un suelo encendido con las brillantes llamas de la libertad, y que devora las tablas que se le ponen para elevar esos cadalsos regios? No, legisladores; no temais á los pretendientes á coronas : ellas serán para sus cabezas la espada pendiente sobre Dionisio. Los príncipes flamantes que se obcequen hasta construir tronos encima de los escombros de la libertad, erigirán túmulos á sus cenizas, que digan á los siglos futuros: ¡cómo prefirieron su fatua ambicion á la libertad y la gloria! »

Esta animada declamacion contra los usurpadores y los prín-

cipes de nuevo cuño la dirigió Bolívar con mucho estudio en aquellas circunstancias. Él sabía existir en el Perú un partido bastante numeroso y compuesto de hombres influyentes por su saber, su posicion social y sus riquezas, que habia concebido y adelantaba el proyecto de hacerle *emperador de los Ándes* ó de Bolivia, Perú y Colombia, poniéndose príncipes que bajo de su dependencia gobernáran el territorio de estas Repúblicas. Sabía promoverse en Venezuela sordamente y con recelo un proyecto análogo de Monarquía, á pesar de que las masas estuvieran muy léjos de adoptarlo. Sabía que muchos de sus allegados y amigos hablaban de la Monarquía, y daban á entender que no desagradaria al Libertador que se llevára á cima, aun causándole una aparente violencia. Sabía, en fin, que difundiéndose tales rumores en Bolivia, Perú y Colombia, cuando se publicára su proyecto de constitucion, serian creidos y se juzgarian probables por los muchos y celosos republicanos que existian en estos países, y que su reputacion perderia sobre manera. Se apresuró, pues, en la apóstrofe que hemos copiado á desmentir solemne y vigorosamente la voz de que el Libertador de tres Repúblicas pretendiera someterlas al régimen de las Monarquías.

Bolívar habia obrado desde ántes conforme á los principios que entónces emitia. Existe la contestacion que diera á Páez á la carta que este le escribió en 10 de diciembre de 1825, dirigida con Antonio Leocadio Guzman. Proponíale que, imitando á Bonaparte en su regreso de Egipto, viniera á Colombia á establecer una Monarquía. Denegóse Bolívar decididamente, y dijo á Páez que él no era Napoleon, ni queria serlo, ni tampoco queria imitar á César ni á Itúrbide. «Tales ejemplos, añadia, me parecen indignos de mi gloria. El título de *Libertador* me parece superior á todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto me es imposible degradarlo.» Continuaba despues Bolívar manifestando á Páez los graves inconvenientes de que adolecia aquel proyecto, que alarmaria á las demas Repúblicas y á la masa de la poblacion colombiana, porque desapareceria la igualdad, que tanto lisonjeaba á las castas. Caracterizaba al proyecto de poco sensato, obra de aturdidos ó partidarios de opiniones exageradas. Aconsejaba á Páez que lo abandonára, pues de ningun modo convenia ni al uno ni al otro, ni tampoco al país. Decia que en el período fijado por la consti-

tucion, podrian hacerse en esta variaciones importantes, — « en favor de los buenos principios conservadores, y sin violar una sola de las reglas mas republicanas. » Ofrecia enviar á Páez el proyecto de constitucion que habia formado para la República de Bolivia, en el que se encontrarian reunidas todas las garantías de permanencia y de libertad, de igualdad y órden; de cuyo proyecto se podrian tomar algunas disposiciones á su debido tiempo, para lo cual se debia formar la opinion pública en su favor por medio de la imprenta.

Esta contestacion, que aun no se habia publicado y que era conocida de pocos, prueba hasta la evidencia la aversion decidida del Libertador á reemplazar los principios democráticos que regian en Colombia por los de una Monarquía. Sin embargo de estos hechos innegables y de las repetidas y enérgicas expresiones que publicára Bolívar contra los partidarios del establecimiento de un trono en nuestra República, no consiguió disipar las desconfianzas que muchos celosos republicanos habian concebido acerca de sus intenciones; así lo comprueban los hechos que vamos á referir de ahora en adelante. Puede asegurarse que Bolívar llegó al zenit de su gloria y de su popularidad, y se mantuvo en él hasta cumplirse los dos primeros meses de este año. Diestros y acaso pérfidos aduladores le rodearon en el Perú, y conociéndole su flanco débil, manifestado en el nuevo proyecto de constitucion, le sugirieron planes de gobierno que en pocos años minaron su bien adquirida reputacion de desprendimiento y liberalidad en sus principios republicanos.

El Libertador envió á Bogotá su proyecto de constitucion, encargando á un amigo suyo que lo reimprimiera y circulára muy profusamente, segun se verificó. Decia tambien al vicepresidente que de tal proyecto pudieran tomarse muchas disposiciones para Colombia, — « cuando llegára el tiempo de reformar la constitucion. » Añadió, que no queria ser presidente en el período inmediato, á fin de que pudiera nombrársele en 1831, época de la verdadera crísis de Colombia, pues en aquel año debian reformarse sus instituciones.

Conocida la decision del Libertador por el mando y la presidencia vitalicia, muchos de sus amigos y aun personas indiferentes, que deseaban colocar las instituciones de su patria sobre fundamentos un poco mas sólidos que las elecciones periódicas

y puramente democráticas, comenzaron á obrar en aquel sentido, aun cometiendo irregularidades.

En el sur de Colombia los entusiastas adoradores del Libertador, arrastrados acaso por deseos puros del bien público ó por un amor mal entendido y en extremo perjudicial, principiaron á trabajar en favor de la constitucion boliviana. En tales circunstancias llegó la noticia de los progresos que hacía la insurreccion de Páez, y de sus pretensiones de que se reformára la constitucion de Colombia, las que fueron acogidas con ardor. El general intendente Paz del Castillo, el comandante de armas general Manuel Valdes y el de marina Illingrot, asociados á otros jefes militares y á varios empleados civiles, forman el proyecto de conmover al pueblo de Guayaquil, tomando por pretexto de tal asonada, que no debia recibirse al nuevo intendente que habia nombrado el gobierno, y que lo era el teniente coronel Tomas C. Mosquera. Despues de dar muchos pasos inútiles, al fin pueden conseguir que se junten como sesenta personas en la casa municipal, á las que intimidan amenazándolas con el desagrado del Libertador. Ántes el general Paz del Castillo, mal de su grado y contra sus esperanzas, tuvo que entregar el mando de la intendencia á Mosquera, quien presidió la asamblea. De aquí resultó el acta de 6 de julio, verdadero guirigay ininteligible para el que no estuviese iniciado en los antecedentes; pero que examinada á la luz de estas observaciones, manifiesta muy bien que se pretendia autorizar á Bolívar para que, destruyendo la constitucion que habian adoptado los pueblos de Colombia por medio de sus legítimos representantes, diera á sus conciudadanos una carta, cual la habia trazado á la República de Bolivia. El nuevo intendente consiguió que se borrára del proyecto el último artículo del acta, por el cual se negaba la obediencia y se cortaban las comunicaciones con el poder ejecutivo de la nacion; ejemplo funesto que habian dado Páez y sus partidarios.

Apénas llegó á Quito una copia del acta de Guayaquil, cuando el comandante general Juan José Flórez, el contador departamental José Félix Valdivieso y otros varios individuos principales, iniciados en los altos misterios de la política comunicada del Perú, se ponen de acuerdo, y pasan á la municipalidad el pliego que contiene la expresada acta, excitándola á que haga la convocatoria de un cabildo abierto ó público. Dicha corpora-

cion obedece á tan elevado influjo. Reunido el cabildo, el comandante general se excusa de dar opinion, diciendo que la fuerza armada no podia deliberar; empero ofreció que esta favoreceria y apoyaria las determinaciones del pueblo. El intendente Pedro Murguéitio, que estaba por el sostenimiento absoluto del órden legal, fué sorprendido para una reunion tan ilegítima; presidióla con repugnancia, é impidió que se atentára contra la unidad nacional, y que se adoptáran resoluciones alarmantes. Su resultado fué que el pueblo de Quito se adhirió en 14 de julio á lo mismo que se pedia en el acta de Guayaquil.

Un acta igual se hizo el 31 en la ciudad de Cuenca, capital del departamento de Asuay. Promoviéronla el comandante general Barreto, el Español Tamariz y otros militares y ciudadanos adictos á Bolívar.

La facilidad que hubo en los tres departamentos meridionales de Colombia para socavar las instituciones, nacia: primero, del entusiasmo que muchos de sus moradores tenian en favor del Libertador, y de su decision por el gobierno monárquico; segundo, del vasto influjo que los militares ejercian en el Ecuador, criaturas todos de Bolívar; y tercero, del cansancio que sentian los pueblos de los expresados departamentos, que bajo el sistema republicano de Colombia habian sufrido muchos males originados de la guerra, del despotismo militar y de leyes contrarias á sus hábitos, usos y costumbres; leyes que consideraban como un azote funesto para su bienestar y prosperidad (1). Juzgaban, pues, que poniéndose en manos de un hombre de los talentos del Libertador, este los sacaria del estado violento en que se hallaban, dándoles instituciones y leyes apropiadas á su estado social, capaces de hacerlos felices en lo venidero. Se equivocaban acaso en los medios; pero sus deseos eran razonables y justos, para no ser víctimas de teorías impracticables en su legislacion y contrarias á todos los hechos existentes en aquella y en otras sociedades colombianas.

Estas actas de los departamentos del sur, aunque no se repitieron en todas las capitales de sus provincias, y aunque la de Manabí las contradijo vigorosamente declarándose por el sostenimiento de la constitucion y de las leyes, vinieron á au-

(1) Véase la nota 54ª.

mentar los embarazos, ya bien numerosos, del ejecutivo nacional. De ningun modo esperaba este que el grito revolucionario hiciera eco al mediodía de la República. Empero el gobierno colombiano, fiel á los principios constitucionales, que eran los de órden y estabilidad, y constante en sostenerlos, improbó aquellas actas, ordenando á sus agentes que estrictamente se circunscribieran á las funciones y deberes prescritos por la constitucion y por las leyes.

Pocos dias despues de estos sucesos la ciudad de Quito se vió en peligro eminente de saqueo y desolacion por una soldadesca desenfrenada. Existia allí una parte del batallon Araure formado de soldados rendidos en el Callao, los que no inspiraban confianza alguna. Habíaseles destinado á la capital de la República; pero emprendian su marcha sin los auxilios necesarios, porque la tesorería del Ecuador no tenia un peso, á causa de haberse abolido las antiguas y cuantiosas rentas, para establecer otras que fueran conformes á los principios liberales y á las teorías económicas de Say. En consecuencia la columna se subleva (agosto 22) y vuelve sus armas contra Quito. Luego que lo sabe el comandante general Juan José Flórez, vuela á oponerse á los amotinados, acompañándole pocos hombres; con su intrepidez obliga á los de Araure á encaminarse á su cuartel, pero renuevan el motin al llegar á la Plaza Mayor de la ciudad. Entónces Flórez los ataca, auxiliado por algunos artilleros y por soldados del batallon Quito. Los rebeldes son vencidos y hechos prisioneros los principales cabecillas, que sufrieron el castigo de su delito. El intrépido coronel Flórez libertó en aquel dia á la capital del Ecuador de muchos males. En premio de este servicio, la municipalidad le tributó un testimonio bien expresivo y merecido del reconocimiento público.

Entre tanto esperaba el ejecutivo con la mayor ansiedad, lo mismo que todos los verdaderos patriotas colombianos, saber cuál sería la opinion del Libertador sobre los sucesos de Venezuela y acerca de las actas de Guayaquil, Quito y Cuenca. Respecto de los primeros habia recibido noticias enviadas por el intendente del Magdalena, y en 5 de julio dijo al poder ejecutivo que estaba preparado para regresar á Colombia, luego que recibiera mas detallados informes sobre los mencionados acontecimientos. Los tuvo efectivamente desde los primeros dias de

agosto por el capitan Patricio Armero, á quien envió el vicepresidente de la República como correo de gabinete.

En cuanto á las actas de los departamentos meridionales, recibióse primero en Lima la de Guayaquil, y no tardó la respuesta del secretario general, coronel José Gabriel Pérez, en el sentido que ya muchos sospechaban fundadamente. Decia este á la municipalidad de Guayaquil en 1° de agosto desde Lima: « que el Libertador habia recibido el acta popular del 6 de julio; que aun no sabía oficialmente los sucesos de Venezuela, aunque esperaba que no habrian causado rompimiento del pacto colombiano, porque el general Páez habia dicho, « que el nombre del Libertador estaba escrito en el fondo de su corazon, y que su aliento le llamaba en cada suspiro; » que eran graves y poderosas las razones que exponia Guayaquil para desear la reforma de la constitucion, las que serian consideradas por la representacion nacional; en fin, que el Libertador habia hecho su profesion de fe política en la constitucion presentada á Bolivia. »

Este oficio da la medida de los talentos del secretario general Pérez, y en sus cuatro primeros párrafos excitó la risa de los hombres pensadores y de los miembros del gobierno de Colombia, por su carencia de lógica y de razonamiento, así como por su alambicado y ridículo mal gusto. Empero no sucedió lo mismo con el anuncio de la profesion de fe política del Libertador: fué este un golpe de rayo que llenó de estupor á los que componian la administracion colombiana, lo mismo que á los defensores de las leyes é instituciones de la República. Apénas podian creer lo que veían sus ojos, y aun sospecharon que se hubiera abusado del nombre del Libertador. ¡ Tan ventajosa era la idea que se tenia de sus talentos y de su desprendimiento, repetido en cien actos y solemnes ocasiones! Mas bien pronto fué necesario creer que el primer genio guerrero de la América del Sur se habia extraviado en el laberinto de la política, y que, seducido por consejeros serviles y acaso pérfidos, habia resuelto ayudar con el prestigio de su nombre á destruir la constitucion de su patria. Tal persuasion era muy triste y llenó de amargura á los amigos sinceros del general Bolívar y á los sostenedores del órden, de la constitucion y de las leyes. Veían que era difícil resistir á tan poderosos embates; pero no desmayaron en su noble propósito.

Fuertes impugnaciones de aquel oficio se publican en la *Gaceta de Colombia* y en otros papeles contemporáneos. Desde esta época fué en aumento la oposicion á las miras del Libertador, y creció el número de los que atacaban sus aspiraciones futuras y su profesion de fe política. Sin embargo se le guardaron todavía con delicadeza los miramientos posibles.

Estos sentimientos de malevolencia hácia el Libertador se aumentaron con los sucesos posteriores. Súpose haber llegado á Guayaquil, viniendo de Lima, el general Salom, el coronel Demarguet y Antonio Leocadio Guzman. En el momento de su arribo comienzan las reuniones entre los jefes de la provincia, y se conoce que meditan algun proyecto sugerido del Perú. Se divulga inmediatamente que Guzman ha traido cartas de Bolívar para sus amigos mas influyentes, en que les dice lo que deben hacer en aquellas delicadas circunstancias, y todos aguardan con ansiedad cuál será el contenido de dichas cartas (1). Mas en breve se disipan las dudas, pues el intendente Tomas C. Mosquera convoca en 28 de agosto una junta popular. De esta resulta, que el pueblo de Guayaquil reviste ilegalmente y sin autoridad para dar semejante paso de facultades dictatorias al Libertador, por todo el tiempo que este las juzgára necesarias. Autorizábale ademas por dicha acta para convocar la gran convencion, cuando la República estuviera libre de peligros, y añadia, que desde ahora para entónces Guayaquil se pronunciaba por el código boliviano. Debemos inferir que el proyecto de hacer dictador á Bolívar era el que habia ocurrido á este, y el que sus amigos debian oir de boca de Guzman, pues no se confiaba á la pluma, acaso por temor del escándalo que causaria á los amigos del órden en Colombia y á los celosos republicanos.

Otros sucesos ocurridos elevan tales conjeturas á la evidencia. Apénas llega Demarguet á Quito, cuando en 6 de setiembre se convoca una asamblea popular, que hace otra acta concediendo al Libertador las mismas facultades que en Guayaquil. Imitáronse en breve tales pronunciamientos en las demas provincias del sur, inclusas las del departamento de Asuay. En ellas Bolívar es proclamado dictador; pero se ofrece por los jefes y magistrados respectivos que no se alterará el órden legal, miéntras

(1) Véase la nota 55ª.

el Libertador no regrese á Colombia y se revista del poder absoluto conferido por los pueblos. Esta promesa fué cumplida, y en consecuencia la constitucion y leyes continuaron rigiendo.

Como estos acontecimientos parecen tan extraordinarios, darémos una explicacion de sus causas. Ántes se ha indicado el odio que los pueblos del sur tenian á las leyes colombianas. Oponíanse estas á sus antiguas habitudes, usos, costumbres y preocupaciones, y en lo general eran inadaptables al país y á los pueblos que debian regir. Anunciar un nuevo congreso en Colombia, era lo mismo que predecir un terremoto ó un huracan que nada dejaba en su lugar. Componíanse entónces nuestros congresos, y por desgracia ha sucedido lo mismo despues aun con mayor exceso, de abogados y jóvenes, cuyas cabezas estaban llenas de las teorías de los Franceses y de los Norte-Americanos. Querian plantar sin mas exámen, y aclimatar entre los pueblos de Colombia, las doctrinas de Rousseau, Voltaire, Destutt de Tracy, Constant, Say, Bentham y Fritot. La consecuencia fué que por do quiera se suscitó el mas profundo descontento, elevándose un clamor general contra las leyes colombianas, que disgustaban á las clases influyentes de la sociedad. El clero y el ejército, que eran las mas poderosas, las rechazaban diciendo, que abogados inexpertos se habian apoderado del gobierno en todos los ramos; tampoco las amaban los agricultores y comerciantes, porque chocaban con sus intereses de mil maneras diferentes. En tales circunstancias creemos que si Bolívar se hubiera presentado con un carácter político bien firme y decidido, hubiera sido capaz de variar nuestra forma de gobierno á contentamiento de muchos; empero obró á médias, avanzando unas veces y retrocediendo otras: esta conducta versátil le perdió finalmente en la opinion pública, y nada estable dejó en pos de sí.

Hallándose los pueblos con tales disposiciones, es bien fácil adivinar los efectos que producirian las instrucciones que para los jefes colombianos traía de Lima Antonio L. Guzman, y las cartas que les escribia el Libertador. Las autoridades y vecindario de Panamá celebraron (setiembre 13) primero un acta en que no conferian la dictadura á Bolívar; pero un mes despues entregaron del todo su suerte en manos del mismo como dictador, autorizándole para que convocase la convencion nacional cuando lo juzgára conveniente. Llamóle tambien la ciudad de

Cartagena, capital del vasto é importante departamento del Magdalena, excitándole á que se revistiera de facultades extraordinarias. Allí fué el general Montilla el promovedor principal del acta. Imitó la misma conducta, avanzándose aun mas, la ciudad de Maracáibo, donde residia el intendente del Zúlia, y ejercia el mando de armas el general Urdaneta: aquel pueblo consignó su soberanía en el Libertador. Ninguna de estas poblaciones pudo resistir á la voluntad bien conocida de Bolívar ni á sus cartas é influjo. La mision de Guzman produjo, pues, hasta el Zúlia los efectos que pudiera desear el Libertador. Seis departamentos le reconocieron como dictador, consignando en él, segun la expresion de las actas, que parecian haberse formado por un mismo modelo, su soberanía nacional, para que rigiera sus destinos, y reorganizára á Colombia. Sin embargo, en todas partes protestaron que entre tanto se observarian la constitucion y leyes de la República, en las que no hubo alteracion alguna.

Todas estas actas fueron improbadas por el ejecutivo nacional, que rebatió enérgica y victoriosamente, conforme á las leyes y á la constitucion, los erróneos principios en que se apoyaban.

Aun todavía faltaban seis departamentos que no se habian pronunciado por la dictadura: tres de la antigua Venezuela y tres de la Nueva Granada. Dirigióse Guzman hácia los primeros, lleno de esperanzas lisonjeras de que el nombre mágico del Libertador y su grande influjo, invocado frecuentemente por Páez y sus partidarios, haria en Venezuela los mismos efectos de investirle con el gran poder dictatorio.

Halló que la rebelion de Páez y de las provincias que la seguian continuaba siempre su curso. Apoyábanla todos los papeles que se publicaban en aquel departamento, no porque la opinion fuera uniforme en su favor, sino porque se temia á Páez y á los de su partido, que no permitian se atacára la causa de las reformas, como ellos denominaban su alzamiento. El mismo sistema de intolerancia se extendia á los papeles publicados en Bogotá y en otras ciudades; estos se interceptaban en las estafetas de Venezuela, y aun se prohibieron por bando todos los impresos que combatieran la insurreccion: desgraciada suerte que tambien cabia á la correspondencia epistolar, cuyo sagrado se violaba descaradamente en Venezuela. Esta ilegal

conducta excitó las quejas y reclamaciones del cónsul inglés en Carácas, á las que Páez trató de satisfacer imputando al gobierno de Colombia la interceptacion de la correspondencia que giraba por los correos. Semejante acusacion era gratuita y sin fundamento. Jamas el gobierno colombiano, ni por sí, ni por medio de sus agentes, impidió en aquella época la correspondencia con Venezuela, ni de modo alguno la coartó. Las cartas, los papeles públicos y toda especie de documentos circulaban libremente por los correos de Venezuela, y estos seguian su curso ordinario, sin que se les pusiera el menor obstáculo ni restriccion (1).

En el mes de agosto hizo Páez un viaje á los Llanos de Apure, y permaneció mas de treinta dias en Achäguas. Esta excursion tuvo por objeto fortificar su partido entre los valientes llaneros, en quienes tenia fincadas sus principales esperanzas del triunfo, ó por lo ménos de la prolongacion indefinida de la guerra, si el gobierno supremo la empeñaba.

En Achäguas recibió al coronel O'Leary, enviado por el Libertador, segun ántes referimos; aquel nada pudo conseguir para el restablecimiento del órden legal. Temia Páez que el gobierno le hiciera fusilar en caso de someterse, y esperaba siempre al Libertador, en quien solamente confiaba. Refirióse, pues, á lo que habia dicho de oficio al presidente y vicepresidente de la República.

Por el mismo tiempo comenzó á tomar otro carácter la rebelion de Venezuela. Los habitantes de Puertocabello y su municipalidad proclamaron el sistema federativo : acta que fué acogida tambien el 8 de agosto por la municipalidad de Carácas, la que expresó « su decision por el sistema federal, bien que promovido y planteado por los medios ántes anunciados y extensivo á toda la República de Colombia, y no circunscripto á una seccion de ella, como parecia proclamado por la acta de Puertocabello. »

Esta novedad fué muy desagradable á los numerosos amigos que la constitucion y las leyes tenian en Venezuela. Muchos de ellos sabian por experiencia, que proclamar el sistema federativo era lo mismo que proclamar entre nosotros la anarquía. Co-

(1) El que esto escribe era entónces secretario de lo interior, y lo supo con certidumbre.

menzaron, pues, á excogitar los medios de impedir los males que se les aparejaban con el nuevo giro que iba tomando la revolucion. Prevalidos de la ausencia de Páez, tramaron un alzamiento del batallon Apure, á cuya cabeza estaba el comandante de armas de Carácas, Felipe Macero. Á las cuatro de la tarde del 28 de agosto se puso el expresado batallon sobre las armas : queria prender y llevarse al general Mariño, quien debia llegar á Carácas en aquella misma tarde; mas no habiendo arribado, salió por la noche el batallon, socorrido completamente por los amigos del gobierno nacional, y en número como de quinientas plazas, llevando preso á uno de los facciosos, el inquieto abogado Level de Goda. Siguió á unirse con el general Bermúdez en Barcelona, junto con su comandante Guillermo Smith, el segundo Zagarzazu, Flegel, Muguerza y otros oficiales que estaban decididos por el sostenimiento del órden constitucional.

No habiendo en Carácas otro cuerpo que oponer al de Apure, la marcha de este batallon fué tranquila hasta unirse con Bermúdez, quien siempre sostenia al gobierno de Colombia en las provincias de su mando.

La defeccion de Apure fué un golpe que aterró á los rebeldes : temian estos, y esperaban los amigos de la constitucion que el batallon Anzoátegui y otros cuerpos de los que mandaba Páez harian lo mismo; pero este regresó inmediatamente de los Llanos, y su influjo conservó la obediencia de las tropas. Quiso ganar al coronel Macero y á los demas oficiales que le habian seguido por medio de cartas amistosas y de una completa amnistía; mas no pudo conseguirlo, y aquel batallon se mantuvo fiel y sumiso á los jefes que sostenian la causa del gobierno nacional.

Cuando estas noticias se recibieron en Bogotá, el poder ejecutivo deliberó en dos consejos extraordinarios si debia enviar ó no tropas contra Venezuela, para someter por la fuerza aquel departamento. La mayoría de los consejeros fué de opinion, y se acordó que el gobierno debia prepararse para hacer la guerra, formando un ejército que acantonaria por escalones, á fin de imponer respeto á los facciosos y animar á los amigos del órden; pero que de ningun modo rompiese hostilidades, por dos razones muy poderosas : primera, porque Páez, en cualquier evento desgraciado para él, podia alargar indefinidamente la guerra,

retirándose á los Llanos de Apure, y ya se sabía por experiencia cuán temibles eran las irrupciones de los llaneros sobre las provincias de la cordillera; y segunda, porque habiéndose invocado al Libertador como árbitro y mediador, era conveniente aguardar su próximo regreso á Colombia, y no empeñar una guerra que pudiera tener tan funestas consecuencias. En efecto, ya se habia recibido la contestacion del Libertador al parte oficial que se le dió de los sucesos de Venezuela. Habíanle causado una profunda impresion, y anunciaba su pronta venida, indicando que no debia entre tanto emplearse ninguna providencia fuerte ó violenta. El poder ejecutivo no pudo conjeturar de este oficio cuál sería la opinion de Bolívar sobre la subsistencia ó caida de la constitucion colombiana.

Para la campaña de Venezuela, en caso de que el gobierno de Colombia se viese compelido á hacerla, contaba, fuera de otros cuerpos, con los batallones Junin, Várgas y Callao, junto con los escuadrones Granaderos y Húsares de la Guardia, que habian llegado del Perú. Pero todavía se presentaba una gran dificultad; era esta la falta de recursos pecuniarios, que paralizaba todos los proyectos. Los gastos que hacía Colombia eran muy superiores á sus rentas, y no se hallaban medios para cubrir el déficit. El vicepresidente encargó, pues, con encarecimiento al secretario de hacienda, que unido al de guerra escogitáran los medios de preparar recursos para la formacion y sosten del ejército que se habia acordado reunir. Y no solo se necesitaban con urgencia recursos para este, sino tambien para las tropas que á las órdenes del general Bermúdez defendian la constitucion y las leyes en el departamento de Maturin. Solamente se le habian podido enviar veinte mil pesos; auxilio muy pequeño que era necesario aumentar, á fin de que pudiera mantener la tranquilidad del territorio de su mando.

Tan poderosos fundamentos como los que acabamos de exponer, y las razones que desenvolvimos anteriormente para que el gobierno de Colombia no hiciera la guerra á Páez y á los demas que se habian rebelado en Venezuela, prueban victoriosamente, segun nos parece, que el vicepresidente y su consejo obraron con juicio, circunspeccion y prudencia, no precipitando á Colombia en una sangrienta guerra civil, cuyo éxito habria sido muy dudoso. Por consiguiente son injustas las críticas y amargas censuras que se han hecho al gobierno colom-

biano á causa de no haber domeñado por la fuerza la rebelion de Páez; aquestos detractores dan por supuesto con harta equivocacion, que era fácil aquella empresa, y que castigados los jefes se habrian evitado otra multitud de revoluciones posteriores.

Carácas y Valencia fueron en aquellos dias el foco de la insurreccion de Venezuela. De estas ciudades salian las chispas eléctricas que difundian el incendio revolucionario y que extendian su maléfico influjo. Así fué que en el mes de octubre dieron pasos muy adelantados para romper la unidad de Colombia, proclamando la federacion por el consabido y detestable sistema de actas populares hechas de inteligencia con Páez. Acordaron en dichas actas adoptar el sistema de gobierno de los Estados Unidos del Norte, á cuyo efecto debia reunirse en la capital de cada provincia una junta de diputados de las municipalidades que presidian á cada uno de los cantones para que extendieran y firmáran representaciones al congreso y al ejecutivo, pidiendo que se convocára tan pronto como fuera posible la gran convencion. Debia esta acordar las reformas pedidas, sin que se alterasen entre tanto la constitucion y leyes de la República, excepto en aquello que fuese absolutamente indispensable para llevar adelante la empresa iniciada.

En aquellos mismos dias la rebelion y el desórden extendian su malhadado imperio en otros lugares de la antigua Venezuela. Á pesar de los nobles esfuerzos de Bermúdez, no estaba tranquilo el departamento de Maturin. La villa de Aragua de Barcelona se habia pronunciado por la causa de las reformas. La ciudad de Barcelona pretendió hacer lo mismo estando ausente Bermúdez; empero regresa y lo impide con su presencia. En Carúpano hubo una insurreccion aclamando el mismo objeto. En la isla de Margarita, Bernardo Flex y sus hermanos, Pablo Moráles y otros revoltosos consuetudinarios se juntan el 3 de octubre en número de dos mil hombres: deponen tumultuariamente al comandante de armas Policarpo Mata; dan el mando de estas al gobernador de la provincia general Rafael Guevara; piden que se reuna la gran convencion nacional, y declaran segregada la isla del departamento de Maturin, uniéndola al de Venezuela: pronunciamiento que fué acogido con placer por el general Páez.

Para conservar el órden y la tranquilidad en la provincia de

Guayana, dependiente aun de la comandancia de armas del departamento de Maturin, y sosegar algunas inquietudes que se dejaban sentir en la ciudad de Angostura, Bermúdez se trasladó allá. Calmólas en efecto, dejando á aquellos pueblos sumisos y obedientes al gobierno general.

Mas á pocos dias unas compañías del batallon Cazadores de Orinoco, que estaban de guarnicion en Angostura, se sublevan (octubre 19) por la noche: desobedecen á sus jefes y oficiales, gritando: « Viva el general Páez, viva la federacion: queremos de jefe al coronel Olivares, si se federa. » Por mas esfuerzos que hizo este como gobernador de la provincia para reducir las tropas al órden y restablecer la disciplina, de ningun modo pudo conseguirlo. Insistian los soldados en que no dejarian la ciudad, miéntras el gobernador no jurase la federacion, ó les diera sus pagas, vestuario y raciones para irse á Cumaná, donde querian servir por estar federada. El comandante de armas coronel José Gregorio Monágas, luego que fué desconocido, en vez de calmar aquel motin, se encerró en su casa y no quiso auxiliar en nada al gobernador: daba la extravagante respuesta, de que no se contára con él, porque marchaba á la capital de la República á responder al gobierno sobre lo ocurrido desde la noche anterior; así que la municipalidad y padres de familia nombráran un comandante de armas. Obedeciendo estos á la imperiosa ley de la necesidad, eligieron unánimemente al coronel Olivares, á pesar de que estaba prohibida por las leyes la reunion de la magistratura civil que ejercia á la comandancia de armas. En seguida se dieron á los soldados del motin una paga, un vestido y raciones para veinte y cinco dias, los que aun permanecian formados en la plaza: hecho esto, los embarcaron á fin de pasarlos, como se verificó, á la izquierda del Orinoco, y que siguieran por tierra á Cumaná. Apaciguóse de esta manera aquella sublevacion, libertándose la capital de Angostura de los males con que la amenazaba.

Fué ménos feliz la de Cumaná. Habíanse dirigido á esta plaza las compañías de Cazadores de Orinoco amotinadas en Angostura. En su marcha difundieron el espíritu de insubordinacion, del que ya habia semillas abundantes. El general José Tadeo Monágas, que mandaba las armas, auxiliado por el intendente Diego Vallenilla y por el coronel Domingo Móntes, que estaban por el sostenimiento del órden, no lo pudieron conseguir: por

varios puntos asomaban indicios de motines. Habiéndolo participado al general Bermúdez, este se embarcó inmediatamente desde Barcelona, donde residia. Llevó solo doscientos cincuenta hombres, restos de tres batallones de infantería que estaban á sus órdenes, los que seducidos por los revoltosos se habian disuelto en su mayor parte, desertándose los soldados. El 5 de noviembre llegó á Cumaná.

Á su arribo halló la ciudad ocupada por cerca de seiscientos hombres que nominalmente mandaba el coronel Pablo Ruiz, segun el impulso que le daban Juan Sántos López y Bonifacio Coronado de la clase de pardos, el capitan Benito Míres y el teniente de fragata Pedro Mendoza. Estos habian compelido á la municipalidad y á los padres de familia á que hicieran un acta (noviembre 5), desconociendo la autoridad del comandante general Bermúdez y prohibiéndole la entrada en la plaza. En tales circunstancias, este se posesionó del fuerte de San Cárlos, que domina la embocadura del rio Manzanáres, y de la casa de la Marina, donde se puso á cubierto de todo insulto. Desde allí entabló negociaciones con los amotinados, de quienes exigia, como era debido, el reconocimiento de su autoridad legítima y su libre entrada en la ciudad. Empero no consiguió mas que insultos y amenazas en catorce dias que duraron aquellas pláticas. Por fin se rompieron desgraciadamente las hostilidades el 19 de noviembre; acto que ambos partidos atribuyeron á sus adversarios. Siete horas duró el fuego de cañon y de fusil, y al fin la noche puso término á la refriega. El general Bermúdez perdió treinta y cuatro hombres entre muertos y heridos: es probable que los acometedores que no temian la defensa de los parapetos hubieran sufrido una pérdida mayor. Tanto Bermúdez como el gobierno supremo deploraron esta sangre, la primera que se vertió en esta contienda, y que era de temerse continuára derramándose.

Para evitarlo, determinó Bermúdez retirarse aquella misma noche, á lo que le obligaban tambien lo exiguo de su fuerza, lo mal equipados que estaban sus buques, y el superior número de tropas de los sublevados. Embarcóse, pues, sin molestia con direccion á Barcelona, y sus enemigos cantaron el triunfo. El carácter duro y áspero de Bermúdez le habia concitado multitud de adversarios en la provincia de Cumaná, su patria; á lo que se agregaron las intrigas, las misiones secretas y la seduc-

cion de los revoltosos de Carácas, que tenian medios, personas de influjo, y arbitrios suficientes para hacer todo esto.

El movimiento de Cumaná fué al principio dirigido en apariencia contra la persona de Bermúdez, y entónces nada se trató en sus actas de reformas. Imitáronlo, segun costumbre, los demas cantones de la provincia, los que expresaron ademas, que uniformaban sus sentimientos con los de sus hermanos del departamento de Venezuela, á fin de que se reuniera la convencion nacional, y acordára las reformas políticas que en su sabiduría juzgase mas convenientes.

Con estos movimientos revolucionarios ocurridos en las provincias de Guayana y Cumaná, se extendió el incendio que habia principiado en Valencia y en Carácas. Lo peor era que por muchos puntos asomaba la anarquía su formidable cabeza. Roto una vez el freno de la ley, la masa del pueblo, sobre todo en Cumaná, se habia dado por jefes á sus iguales, y era de temerse una guerra de castas, que son numerosas en las provincias de la antigua Venezuela. Por consiguiente, la guerra civil amenazaba despedazar á Colombia, y teñir en sangre sus fértiles campos, derramada por las manos de sus mismos hijos.

En tan aflictivas circunstancias, el mas pronto y eficaz remedio que á todos se presentaba, era el regreso inmediato de Bolívar. Los disidentes le habian invocado como mediador, y su influjo, aun poderoso, era capaz todavía de resanar las profundas heridas de la República. Así, los ojos de todos los patriotas se volvieron hácia él, llamándole con ahinco.

En medio de tanta agitacion como reinaba en Colombia en aquellas difíciles circunstancias, el poder ejecutivo á cargo del general Santander no perdia de vista el adelantar todas las reformas que contribuyeran á mejorar el estado social y á cultivar la inteligencia de los pueblos. En virtud, pues, de la autorizacion que le habia conferido el último congreso por el acto legislativo de 18 de marzo de este año, para dar el plan general de estudios que prescribia la ley orgánica de la enseñanza pública de la misma fecha, expidió en 3 de octubre el decreto correspondiente. Este habia sido preparado por una comision de hombres escogidos, á quienes presidiera el secretario del interior: contenia el arreglo de las escuelas de primeras letras, de las casas de educacion donde los niños debian recibir la enseñanza secundaria, de los colegios provinciales y

de las Universidades de Colombia, reorganizándolos bajo de un plan nuevo, uniforme y nacional. Tal arreglo de la educacion pública la mejoró y extendió en toda la República.

Es cierto que el nuevo plan resultó con graves defectos; uno de ellos el haber designado los autores y libros que debian servir para la enseñanza : designacion que en gran parte impedia que se siguieran en la instruccion de la juventud los continuos progresos que hacen las ciencias y las artes. Mas se podian variar aquellas disposiciones y mejorarse tambien el plan entero. Hubo mucha oposicion para su establecimiento, porque atacaba los hábitos y costumbres antiguas; empero el gobierno pudo superarlos al fin, obrando con prudencia, firmeza y constancia, hasta que logró establecerlo enteramente, y que rigiese por algunos años con provecho de la educacion general de los Colombianos.

Por el indicado plan de la enseñanza pública, se mandaba establecer en la capital de Colombia una academia nacional, compuesta de veinte y un miembros. El poder ejecutivo los nombró inmediatamente, procediendo á la instalacion del cuerpo. Los escogidos fueron por cierto los hombres de letras que mas brillaban á la sazon en Bogotá y en sus alrededores. Eran, sin embargo, ciudadanos ocupados en destinos públicos, y que por tanto no tenian lugar para dedicarse á las materias propias de los estudios de la academia. Fué, pues, harto efímera la duracion de sus sesiones, que bien pronto cayeron en desuso; hiciéronlas olvidar enteramente por entónces las revoluciones políticas que se sucedieron unas en pos de otras, sin que resultára utilidad alguna del establecimiento de la academia nacional que habia sido precoz.



CAPÍTULO XI.

Se desea el regreso del Libertador llamado oportunamente. — Alarma en Lima por el anuncio de su próxima partida ; ofrece diferirla. — Sancion del proyecto de constitucion boliviana por el colegio electoral de Lima. — Discurso del Libertador. — Juicio sobre este y acerca de la popularidad de Bolívar en el Perú. — Composicion del consejo que allí gobierna ; sus opiniones. — El Libertador parte para Colombia. — Su primera proclama en Guayaquil. — No admite la dictadura ; pero obra con facultades extraordinarias. — Censura de este procedimiento. — Establece en el sur juntas de beneficencia ; su objeto. — Sigue hácia la capital. — Operaciones del coronel Obando, quien pacifica á Pasto. — Estado en que Bolívar halla la opinion pública ; periódicos que la sostienen. — Cuál era la del Perú. — Célebre carta que el Libertador escribe al general Santa-Cruz sobre sus miras futuras. — Esta vindica á Bolívar de varios cargos. — Concurre á lo mismo el manifiesto de Pando. — Temores en la capital cuando se acerca el Libertador. — El vicepresidente Santander y dos secretarios salen á encontrarle. — Disgusto causado por una arenga del intendente de Cundinamarca. — Recibimiento hecho al Libertador y discursos pronunciados. — Se sostiene la constitucion ; opiniones de Bolívar acerca de esta. — Luego que se conocen, no se le presenta una exposicion : análisis de esta. — Reformas que se acuerdan en todos los ramos de la administracion pública. — No admite la renuncia de los secretarios de Estado. — Asume el poder ejecutivo, y se reviste de facultades extraordinarias. — Su proclama á los Colombianos. — Decretos é importantes reformas que dicta. — Plan de una vasta confederacion, dividiendo á Colombia. — Impugnaciones que sufre. — El Libertador sigue á Venezuela. — Manifiesta desagrado con algunos sostenedores de la constitucion. — Desde Tunja sugiere otras reformas de hacienda. — Su secretario general expone con dureza el estado de la administracion y gobierno de los pueblos. — Disgusto que causa al vicepresidente, el que termina en un rompimiento con el Libertador. — Estado de los negocios en Venezuela. — Progresos de la mision de Guzman. — Análisis de la carta que Bolívar escribió á Páez y de otras ; ellas causan mal efecto. — Acta de Carácas para erigirse en Estado independiente y confederarse. — Páez apoya este designio. — El comisionado Guzman nada consigue. — Con-

voca Páez un congreso constituyente. — Expulsa al doctor Cristóval Mendoza. — Alzamiento de Puertocabello contra el jefe civil y militar. — Briceño Méndez se encarga del mando de la plaza. — Irritacion de Páez, que envia tropas á tomarla, las que desiertan. — Conviénese tácitamente en una suspension de hostilidades. — Pronunciamiento de Cumaná en favor de Páez. — Nombramiento del general Mariño para gobernar el departamento de Maturin. — Consigue restablecer la tranquilidad. — Motin militar en Angostura. — Viaje del Libertador hácia Maracáibo; sus preparativos para la guerra. — Dispone que el vicepresidente Santander continúe desempeñando el poder ejecutivo. — Contestacion de aquel. — Su disgusto con el Libertador. — Invitacion que Santander hace al presidente del senado para que se encargue del gobierno ; Baralt se deniega. — Noticias alarmantes que el Libertador recibe de Venezuela, especialmente de Puertocabello. — Ataques contra el proyecto de la gran Confederacion. — Bolívar pide al ejecutivo toda clase de auxilios. — Conatos de revolucion en Maracáibo. — Proclama y decretos del Libertador en esta ciudad. — Ofrece convocar los colegios electorales. — Sigue á Coro. — Aprestos militares que hace. — Eran insuficientes para la empresa. — Oposicion que se hace á Bolívar en la capital de la República ; sus motivos. — Mision del coronel Ibarra cerca de Páez. — Proclama ridícula de este. — Bolívar le escribe una carta en que la impugna y analiza. — Situacion crítica de Carácas. — Comisionados que Páez envia al Libertador. — Aquel inicia operaciones militares. — Mal éxito de una expedicion contra Barínas. — Pronunciamientos en el Apure contra Páez. — Los jefes enviados por el Libertador ocupan el occidente de Venezuela. — Es apurada la situacion de Páez. — Decreto de amnistía que expide el Libertador en Puertocabello. — Páez lo acepta y se somete. — Pide que se le juzgue. — Respuesta honrosa que se le da. — Juicio acerca de esta y sobre el decreto de Puertocabello. — Entrevista del Libertador con Páez. — Viaje triunfal de Bolívar hasta Carácas ; entusiasmo de esta capital. — Bríndis notable de Páez. — Providencias gubernativas del Libertador. — Frialdad que muestra á los amigos de la constitucion y del gobierno. — Mariño tambien se somete ; servicios que este hace en Maturin reprimiendo una guerra de castas. — Movimientos revolucionarios en otros puntos ; se contienen por medio de consejos permanentes de guerra. — Providencias várias del Libertador para mejorar las rentas públicas de Venezuela. — Economías de gastos que hace. — Prohibicion de exportar caballos, mulas y ganado vacuno. — Trabajos y arreglos que emprende el secretario Revenga en los diferentes ramos de la administracion. — Se crea una que es peculiar á Venezuela. — Se establece é instala una comision del crédito público. — Sus trabajos : colecta las rentas aplicadas á sostener el crédito nacional. — Páganse los intereses del primer semestre de la deuda interior. — Penuria del ejecutivo por haberle privado la ley de las rentas destinadas á cubrir los intereses de la deuda pública. — Ataques de la imprenta en el centro contra el Libertador. — No se quiere la guerra con Venezuela, mas bien se desea la separacion de los dos pueblos. — Conducta de Santander. — No se reune

el congreso de Colombia. — Juicio de los Granadinos sobre la pacificacion de Venezuela. — Cuarta renuncia del Libertador ; publícala. — Sin embargo no se juzga sincera. — Santander apoya al partido de oposicion. — Sostiene un periódico titulado *El Conductor*. — Otros papeles que se le oponen á favor de Bolívar. — Peticiones impolíticas de los cuerpos militares. — Animosidad de los diferentes partidos.

Año de 1826. — Crecian diariamente la expectacion y la inquietud públicas en casi todas las provincias de Colombia que aguardaban el pronto regreso del Libertador. Parecia á muchos que hubiera debido volar á su patria, luego que recibió las primeras noticias de las disensiones civiles que desgarraban su seno, fuera cual fuese el orígen que tuvieran, siempre que constára de su verdad. Pero, ¿cómo dejar los vastos é importantes proyectos que le ocupaban en el Perú sin darles cima? Semejante sacrificio era muy difícil, y Bolívar prolongó por algun tiempo mas su residencia en Lima.

No han faltado escritores, enemigos declarados del mérito del general Santander, que aseguren, fundados en cartas particulares, cuya autenticidad ignoramos, que el vicepresidente de Colombia no llamó á Bolívar, y que tardára en avisarle las revueltas de Venezuela. Cónstanos, sin embargo, que desde el 9 de junio se enviaron de oficio al Libertador, con el capitan Patricio Armero, que debia ir por la posta, cuantas noticias se habian recibido hasta entónces sobre los sucesos ocurridos en Venezuela desde el 30 de abril. Este oficial se detuvo demasiado en el viaje, y de aquí provino la demora que hubo en que Bolívar se instruyera oficialmente de los trastornos ocurridos en su patria.

Á pesar de esto, en los primeros dias de agosto se multiplican las noticias funestas de Colombia, y el Libertador resuelve partir inmediatamente. Alarmadas las autoridades, las corporaciones y el pueblo entero de Lima con el rumor de que Bolívar los iba á dejar, comienzan á agolparse á su palacio desde el 13 de agosto por la mañana. Gritos, arengas, ruegos y peticiones, todo se emplea en aquel dia y en los dos siguientes para persuadir al Libertador que no se aleje del Perú. Sin embargo, él se mantiene firme, expresando con elocuencia su inmensa gratitud; pero que el deber le llama á su patria, dividida por fuertes disensiones, y que es preciso obedecer. Mas que si algun dia el Perú se hallára en peligro, volaria desde Colombia á so-

correr este gran pueblo, que amaba por la magnanimidad que habia mostrado hácia él. Por último no pudo resistir á los ruegos de la belleza. Reunido un número considerable de hermosas y respetables Peruanas, fueron á la casa del Libertador, le rodearon y exigieron con súplicas las mas urgentes que permaneciera en el Perú. Les dió esperanzas con galantes expresiones, y aquella interesante asamblea proclamó la permanencia de Bolívar en Lima como un favor concedido á la hermosura sin limitacion alguna.

Al dia siguiente de estas animadas escenas (agosto 16) se reunieron los electores de la provincia de Lima, y por unanimidad dieron la sancion al proyecto del código boliviano. Declararon tambien que el Libertador y no otro debia ser el presidente vitalicio. Una diputacion del colegio electoral fué á participar á Bolívar tan importantes resultados, quien les dijo en contestacion : « Señores, es con suma satisfaccion que oigo haberse aceptado por los colegios electorales la constitucion que yo dí para la República peruana que lleva mi nombre. El consejo de gobierno, deseoso de fijar la dicha del país, me consultó, y yo convine en que se ofreciese á los pueblos del Perú. Esta constitucion es la obra de los siglos; porque yo he reunido en ella todas las lecciones de la experiencia, y los consejos y opiniones de los sabios. Congratulo á los representantes de esta provincia de que la hayan aceptado. Han conformado su opinion con la mia acerca de los intereses políticos, de la duracion, ventura y tranquilidad de los pueblos. Ella no será bastante á libertarlos de los grandes desastres que cambian la faz de la tierra, trastornando los imperios; pero los pone á cubierto de todos los males momentáneos, y sin embargo de grande trascendencia á la generacion que los sufre. Mas el Perú cuenta hombres eminentes y capaces de desempeñar la suprema magistratura; á ellos toca, no á mí, el obtenerla. Así, no puedo encargarme de ella. Me debo á Colombia, y si ella me lo permitiese, consultaré aun mi conciencia sobre la sancion con que me habeis colmado de honor, pues yo estoy encadenado á servir al Perú con cuanto penda de mí mismo. »

Este discurso revela completamente el pensamiento del Libertador, y en gran parte ofrece la clave sobre sus miras futuras. Aunque se excusa de aceptar la presidencia vitalicia que se le ofrece, lo hace de una manera fria y como por cumplimiento.

Es verdad que, aun cuando hubiera usado de las enérgicas y animadas frases que acostumbraba en semejantes casos, no se le habria creido sincero. Aquellas expresiones se habian dicho ya tantas veces sin efecto, que podian llamarse de vieja usanza, y carecian por tanto de algun significado positivo.

Al ver el vivo interes que los empleados, las corporaciones y todas las clases de la poblacion de Lima habian tomado para impedir la partida del Libertador; al considerar la unanimidad con que el colegio electoral de la capital del Perú proclamó la constitucion boliviana, nombrando á su autor presidente vitalicio; al saber que todos los demas colegios de las provincias de la República peruana, en número de cincuenta y ocho, hicieron lo mismo poco despues, y que solo el de Taracapá no emitió su opinion; al leer las multiplicadas exposiciones de aprobacion y de felicitacion que le dirigieron muchas corporaciones civiles, militares y eclesiásticas de varios pueblos y provincias, elogiando de diferentes maneras al nuevo proyecto de constitucion, y aclamando al Libertador presidente vitalicio; al recordar, en fin, los inmensos servicios que Bolívar acababa de prestar á la nacion peruana, cualquiera tiene derecho de inferir rectamente, que su popularidad era muy grande y que debia ser duradera. Sin embargo, cuando se consideren los sucesos posteriores, se verá que el aura popular es demasiado versátil y engañosa, y que gran parte de aquellas demostraciones emanaban del temor que en el Perú se tenia al poder absoluto ejercido por Bolívar. Con el título de *Libertador*, el congreso de 1825 le confirió una verdadera dictadura por un tiempo indefinido. Mas de una vez el peso de esta autoridad se dejó caer sobre los que manifestaron alguna oposicion á los actos y miras de las personas que desempeñaban el gobierno del Perú.

Bajo las órdenes y voluntad del Libertador ejercian este el gran mariscal don Andres Santa Cruz, con los ministros don José María Pando del interior y relaciones exteriores, don José Larrea y Loredo de hacienda, y el general colombiano don Tomas Herez de guerra y marina. Estos individuos y otros muchos Peruanos, decididos partidarios de un gobierno fuerte y duradero, como la única valla que podia oponerse á la formidable anarquía, eran los que apoyaban, y acaso los que aconsejaron los proyectos y planes de organizacion política en que se habia enredado Bolívar.

Cuando se vió que estos planes se adelantaban y que iban realizándose con muy feliz suceso, el Libertador, que solo habia diferido su partida para Colombia, la fija definitivamente. Despues de una gran fiesta y de dar una proclama de despedida, salió de Lima al amanecer del 3 de setiembre, y se embarcó en el Callao á los tres años de su arribo al Perú. Dejó las tropas colombianas y mandándolas al general Jacinto Lara; resoluciones ambas desacertadas. Era Lara un valiente jefe, celoso de la disciplina militar; pero ni sus talentos, ni sus modales, ni su educacion correspondian al difícil y elevado puesto en que se le dejaba.

Bolívar arribó á Guayaquil el 12 de setiembre, donde fué recibido con el mayor entusiasmo y como el genio que traía la oliva de la paz. Al dia siguiente dió una proclama á los Colombianos, en que deploraba la discordia civil que se habia apoderado de los ánimos, y ofrecia sus servicios para calmarla. Decia, que no habia querido saber quiénes eran culpables, pues todos eran hermanos; que les traía un ósculo de paz, comun á justos é injustos, á Venezolanos y á Granadinos; finalmente, que solo habia un culpable, y era él, por no haber venido á tiempo, pues dos Repúblicas amigas le habian retenido hechizado con inmensas gratitudes y con recompensas inmortales. Al terminar añadia : « ¡ Colombianos ! piso el suelo de vuestra patria; que cese, pues, el escándalo de vuestros ultrajes, el delito de vuestra desunion. No haya mas Venezuela, no haya mas Cundinamarca; todos seamos Colombianos, ó la muerte cubrirá los desiertos que deja la anarquía. »

El Libertador no se revistió en Guayaquil del poder dictatorio que le habian conferido los pueblos de los tres departamentos meridionales; ántes por el contrario, declaró que debia continuar observándose en todos los ramos el mismo sistema de administracion que se hallaba establecido desde que se planteó el régimen constitucional. Participólo así al poder ejecutivo al enviarle de oficio la proclama ya mencionada. Esta noticia causó mucho alborozo á todos los que sostenian el imperio de la constitucion y de las leyes. La gloria del Libertador adquirió á los ojos de aquellos ciudadanos un nuevo lustre.

Mas Bolívar obró en Guayaquil y en Quito de un modo contrario á su declaratoria oficial. Conforme al sistema constitucional y legal que mandaba observar, el Libertador no era mas

que un general victorioso que regresaba á su patria desde un Estado vecino, y que debia ejercer el poder ejecutivo cuando llegára á la capital de la República. Sin embargo, él confirió grados, ascensos y otras recompensas á los que eran mas adictos á su persona, especialmente á los que habian promovido las actas de la dictadura, y prestado homenaje al Código boliviano: él nombró al coronel Farfan ministro propietario de la Corte superior marcial de Quito; él hizo ilusoria la sentencia pronunciada por la alta Corte marcial contra un coronel á quien habia suspendido de sus funciones; el Libertador le nombró jefe de estado mayor, dejando sin cumplir el nombramiento que en otra persona hizo ántes el encargado del poder ejecutivo; él anuló sentencias judiciales conmutando en otra la pena de muerte; él, en fin, mandó pasar por las armas en Pasto á reos cuyo proceso no se habia terminado. Esta conducta no era por cierto la que prescribia el régimen constitucional, cuya observancia babia mandado continuar.

El historiador imparcial no puede ménos de improbar semejante conducta política del Libertador. Cuando desde Lima promovió por medio de sus agentes las actas que le conferian la dictadura, debieron creer sus amigos y adictos en el sur de Colombia, que la aceptaria, y que habia concebido algun sistema para dar á la República otra organizacion. Con esta esperanza los pueblos meridionales se comprometen y le nombran dictador. Bolívar, sin embargo, arriba á Guayaquil y á Quito; en ambos países, así como en el Asuay, manda que continúe el sistema constitucional, dejando burladas las esperanzas, y comprometidos á todos aquellos que habian atacado la constitucion, lisonjeándose de que iba á hacerse una reforma absoluta en nuestras leyes é instituciones. En política, como todo el mundo sabe, no se puede plantear un sistema cualquiera sino con voluntad firme y constante. ¡ Desgraciado aquel que, como Bolívar, da algunos pasos adelante, y despues retrocede asustado por las dificultades! Jamas podrá realizar grandes empresas, y al fin acabará destruyendo su prestigio y arruinando su reputacion. No obró así el Libertador como primer caudillo de la guerra de Independencia.

Bolívar pretendió contentar á los pueblos del sur, creando en Guayaquil, Cuenca y Quito unas juntas que llamó de *beneficencia*, compuestas de los vecinos mas distinguidos por sus ta-

lentos, representacion y patriotismo. Tenian por objeto meditar y proponer al gobierno supremo los arbitrios mas adecuados para promover la felicidad, ó por lo ménos remediar los males que sufrian los departamentos meridionales de la República. Los sucesos posteriores impidieron que esta medida produjese los buenos resultados que podian esperarse de su cumplimiento.

Dichas juntas estaban presididas y supervigiladas por el general José Gabriel Pérez, secretario general del Libertador. Á su partida, dejóle este en Quito como una atalaya, para que unido con sus demas amigos, sostuviera en el Ecuador los planes que aun no habia desenvuelto Bolívar, y que todo el mundo esperaba ansiosamente en aquella parte de la República.

Dadas estas disposiciones, parte hácia la capital. De tránsito por la provincia de Pasto, que aun se hallaba agitada por algunas partidas de guerrilla, dicta várias providencias para aprehender á los facciosos realistas que existian allí, y que no dejaban gozar á aquel desgraciado país de las dulzuras de la paz.

El coronel José María Obando era á la sazon gobernador de la provincia de Pasto, quien trabajaba muy activamente y con buen suceso en pacificarla. Capitaneaba á los principales facciosos en el canton de Túquerres el famoso criminal titulado coronel José María Benavídes. El gobernador Obando se pone de acuerdo con el teniente coronel de milicias Joaquin Parédes, el que por medio de agentes suyos hace creer á Benavídes que es de su partido y que se le va á reunir. Verificólo en efecto, y Parédes es proclamado jefe de la faccion realista. Con este carácter da sus disposiciones hasta juntar un número de hombres de su confianza triple del de los facciosos. En tal situacion escoge el 15 de noviembre el momento oportuno, aprehende á los cabecillas y á sus partidarios en número de doce oficiales y treinta y un soldados, casi todos insignes malvados: ellos pagaron con la vida su larga cadena de crímenes y de asesinatos. Con su muerte quedó pacífica la provincia de Pasto y libre de los últimos partidarios de la faccion realista, que tanto habia devastado aquel país.

Ya el Libertador habia llegado á Popayan, donde conoció mas claramente cuán opuesta era la opinion pública de los departamentos del centro á su plan favorito de establecer la cons-

titucion boliviana. Este código, la dictadura, y la rebelion de Páez eran atacados con vigor por los hombres ilustrados y por los periódicos de los departamentos del centro de la República. Distinguiéronse *La Gaceta de Colombia*, en que publicaba sus artículos el general Santander, y *La Bandera tricolor*. Este periódico semanal, bien escrito, defendió con denuedo y valentía la constitucion, el órden legal y los principios liberales : él dió al mismo tiempo fuertes ataques á la presidencia vitalicia, á la dictadura y á las actas de los perturbadores. Aunque impugnaba con vigor algunos proyectos de Bolívar, tratábale siempre con el respeto y consideracion que eran debidos á sus eminentes servicios.

Luego que el Libertador hubo conocido estos hechos, recibió tambien noticias circunstanciadas del Perú, donde vió que sus enemigos personales y los de Colombia principiaban á levantar la cabeza. Seguíase allí un proceso de conspiracion contra la vida de Bolívar, y para variar el gobierno, deponiendo á las autoridades constituidas. Despues de la partida del Libertador, se habia sentenciado en primera instancia dicho proceso, absolviéndose al vicealmirante Guise y á otros de los mas decididos enemigos de Bolívar y de los Colombianos. Este acontecimiento le dió márgen á profundas reflexiones sobre el estado de la opinion, tanto acerca de su persona como respecto de Colombia. Tomando entónces la pluma, escribió desde Popayan al presidente del consejo de gobierno don Andres Santa Cruz la célebre carta de 26 de octubre. Despues de manifestar al general peruano cuánto agradecia las demostraciones públicas que se prodigaban en su favor aun estando ausente, le decia : que el juicio de Guise era el mas seguro termómetro con que medía el verdadero estado del espíritu de los pueblos. Para él era claro que los hombres influyentes del Perú querian mandar y salir de la molesta dependencia en que se hallaban por su mismo bien; empero, que siendo la voluntad del pueblo la suprema ley, de ningun modo se debia contrariar, y ménos por él, que tenia en Venezuela demasiadas atenciones, no queriendo por otra parte pasar, contradiciendo el conato nacional del Perú, por un ambicioso y aun usurpador, si se esmeraba en servir á otros países que no fueran su patrio suelo. En consecuencia relevaba á Santa Cruz, al consejo de gobierno y á sus amigos del Perú de continuar sosteniendo las miras que habian conce-

bido algunos buenos espíritus para dar estabilidad á las instituciones del país. En seguida aconsejaba á Santa Cruz, á los ministros y á sus demas amigos, que se colocáran á la cabeza de la oposicion y la dirigieran, adoptando, en vez de planes americanos, designios pura y exclusivamente peruanos; consejo que era de su deber y convenia á su gloria inculcar : de lo contrario creía perdidos sin remedio á sus amigos, que infaliblemente serian sacrificados. Protestaba dar este consejo con la mayor sinceridad, y sin que abrigase en lo íntimo de su corazon la menor queja ni sentimiento. « Así, repetia, obre el consejo de gobierno libremente ; siga su conciencia sin trabas ni empeño ; oiga la voluntad pública, y sígala velozmente, y habrá llenado todos mis votos : *el bien del Perú.*

» Persuádase Ud., general, de la íntima ingenuidad de mi corazon, y de la pureza con que profeso estos sentimientos, verdaderamente hijos de mi conciencia, de mi cálculo y de gloria. Yo voy á hacer todo el bien que pueda á Venezuela, sin atender á mas nada. Hagan Uds., pues, otro tanto con el Perú. » Bolívar continuaba desenvolviendo con la belleza é imaginacion características de su estilo brillante este hermoso pensamiento, de que uno debia servir principalmente á su patria, sacrificándole hasta su existencia. Protestaba al mismo tiempo al general Santa Cruz que no tenia la menor desconfianza de que él hubiera influido en el juicio de Guise.

En cuanto á las tropas colombianas acantonadas todavía en el Perú, eran expresas las instrucciones del Libertador. Decia que si embarazaban ó perjudicaban al Perú, se enviáran inmediatamente á Colombia, pagándoles si era posible una parte ó el todo de sus haberes, ó si no, que vinieran sin pagas : — « pues nosotros no hemos ido á buscar sino fraternidad y gloria. »

Por último encarecia Bolívar á Santa Cruz que comunicára francamente la resolucion del consejo de gobierno al general Sucre, que se hallaba enclavado entre cuatro enemigos. Consideraba como una pérfida amenaza de parte del Perú la resolucion que habia tomado el consejo, de no reconocer la Independencia de Bolivia; esto daria ansa á los enemigos de Colombia para gritar contra sus libertadores : « Los ingratos insensatos creen que nuestro bien se hace con malicia y por dominar : ellos verán que su patria se convierte en *el infierno*

de los hombres, que es la anarquía, como ha querido decir un poeta (1). »

Esta importante carta contesta por sí sola y muy satisfactoriamente á mil calumnias, repetidas cien veces contra los futuros planes de Bolívar para dominar el Perú y gran parte de la América del Sur. Si acaso existieron alguna vez, disipáronse bien pronto ante la fria y republicana poblacion de Colombia. No pudieron resistir en el crisol de los puros principios democráticos tan generalmente difundidos.

Aun hay otra prueba que robustece mas y mas la verdad de lo que el Libertador escribia al general Santa Cruz, manifestándole que en el Perú debian gobernarse como quisieran, sin contar con él para nada. Tal es el manifiesto que dió el ministro del interior del Perú, don José María Pando, el que publicára algunos meses despues. Hallábase este iniciado en todos los secretos políticos del Libertador, y era su amigo íntimo. Hé aquí sus mismas palabras : « Hubiera sido necesario (á Bolívar) romper los mas sagrados vínculos, renunciar á su patria, desnudarse de su brillante reputacion, ajar el lustre de su generoso desprendimiento : ¿quién es el hombre tan bajo y tan estúpido que pueda concebir que esta degradacion era posible? ¿Quién renuncia á su patria sino el malvado ó la víctima que huye de la ferocidad de los verdugos que no hay esperanza de destruir? ¿Quién abandona á sus hermanos, á los compañeros de sus primeros triunfos, á los amigos de la infancia, á los campos donde se levantaron sus trofeos? El dia que el Libertador dijo adios á nuestras playas, fué para siempre. »

Acercábase el Libertador á la capital, y todavía ignoraban el vicepresidente y los demas miembros del gobierno cuáles eran sus miras é intenciones acerca de la gran cuestion que se agitaba : « la subsistencia ó abolicion de la constitucion colombiana. » Bolívar guardaba un profundo silencio sobre este punto capital. Sin embargo, sabíase que en el curso de su viaje se habia expresado en conversaciones privadas, dando á Páez la razon y negándola al vicepresidente de la República; sabíase haber ejercido los actos de dictadura que ántes hemos referido; sabíase, finalmente, que su estado mayor y demas oficiales de su numerosa comitiva ridiculizaban de continuo la constitucion

(1) Véase íntegra esta carta en la nota 56ª.

y las leyes, expresándose con dureza y acrimonia contra los escritores públicos de Bogotá, que habian impugnado los planes del Libertador. Temíase por tanto que el regreso de este fuera semejante al de Bonaparte cuando volvió de Egipto, que se erigiera en dictador á su arribo á la capital, y que persiguiera á los que le hubieran hecho oposicion por medio de la imprenta. Hubo escritores y otras personas asustadizas que, no conociendo el carácter noble y generoso de Bolívar, temieran por su vida y que se ocultáran miéntras se despejaba el horizonte político.

Para salir de tamaña incertidumbre, y preparar el ánimo del Libertador sobre lo que debiera hacer, el vicepresidente, acompañado de los secretarios de guerra y de relaciones exteriores, Soublette y Revenga, fué á encontrarle á Tocáima, ciudad distante diez y ocho leguas de Bogotá. Allí le desengañaron de muchas ideas equivocadas que traía sobre el gobierno y constitucion de la República, la que no habia estudiado ni conocia en sus detalles, así como respecto de los periodistas de la capital; hallábase muy resentido con estos, pues decia que le habian condenado sin oirle, pintándole como un ambicioso, y mancillando de esta manera el honor y la reputacion del único hombre capaz de mantener la union de Colombia.

El 14 de noviembre por la mañana debia entrar Bolívar en la capital de la República. Varios empleados principales y diputados de las diferentes corporaciones fueron á recibirle en la parroquia de Fontibon, á dos leguas de Bogotá. Arengando el intendente de Cundinamarca general José María Ortega, habló de *leyes violadas*. Interrumpiéndole el Libertador le dijo: — « que era dia de celebrar las glorias del ejército libertador y no hablarle de violacion de leyes, causada por la iniquidad de algunas de estas » (aludiendo á la acusacion de Páez). Terminóse la arenga de este modo brusco, y Bolívar montando á caballo, siguió rápidamente á la capital, no sin causar disgusto á los concurrentes. Adelantóse y entró casi solo y con poca alegría pública, aunque todas las calles del tránsito se hallaban adornadas vistosamente. El dia era muy lluvioso.

Regresó el Libertador á los cinco años y once meses que habia marchado para la gloriosa campaña que completára la independencia y libertad de toda la América del Sur. Si hubiera regresado con algun cuerpo del ejército vencedor en Junin y

Ayacucho, debia habérsele recibido en triunfo, conforme á la ley de 12 de febrero de 1825; pero tal solemnidad se difirió y jamas pudo tener efecto.

El Libertador fué recibido en la casa de gobierno por el vicepresidente, los secretarios del despacho, los tribunales, corporaciones y un numeroso pueblo. Á los vivas y aclamaciones que se le dirigieron á su entrada, contestó Bolívar : « Viva la República de Colombia. Viva su digno presidente. Viva la constitucion de Colombia, ese libro sagrado, ese evangelio del pueblo colombiano. » — En seguida el vicepresidente le dirigió con grande emocion un discurso, felicitándole por su arribo á la capital, en medio del gozo universal de todos los pueblos, cuyos males cesarian con su presencia. Recordó los espléndidos triunfos del ejército libertador y de su digno caudillo, manifestando, por último, que sería esclavo de la constitucion y de las leyes, aunque siempre admirador constante y leal amigo del Libertador. — Este contestó con mucho entusiasmo, siendo su discurso un tejido de hermosos pensamientos sobre las proezas del ejército colombiano que habia llevado sus banderas hasta las cimas del Potosí; elogió la prudente conducta del ejecutivo de Colombia en las críticas circunstancias en que se habia encontrado la República, y concluyó diciendo : « Permitidme, Señores, que al ver dividida la familia colombiana, me titule padre, y os convide á que olvideis vuestros agravios, y os reunais cordialmente á elevar nuestra querida patria al grado mas alto de felicidad. Yo he consagrado mis servicios á la independencia y libertad de Colombia, y los consagraré siempre á la union y al reinado de las leyes. »

El acto del recibimiento del Libertador se pasó con la mayor satisfaccion de todos los concurrentes; y tanto en aquel dia como en los siguientes Bolívar recibió los homenajes mas sinceros de amor, respeto y admiracion de los empleados, corporaciones y habitantes de la capital.

Desde Tocáima habian convenido el Libertador y el vicepresidente en que debia sostenerse la constitucion. Manifestóse á Bolívar, y este se persuadió, de que declarándose en ejercicio del poder ejecutivo, el artículo 128 de la misma constitucion le daba facultades extraordinarias. El presidente juzgaba que estas eran absolutamente necesarias para reorganizar la República en todos los ramos; y parece que tal motivo influyó ante-

riormente en su ánimo para sugerir las actas que le concedian la dictadura.

Bolívar opinaba entónces que la constitucion de Colombia debia reformarse, no inmediatamente, sino dentro de uno ó dos años; deseaba que se adoptase el proyecto formado para Bolivia cuanto fuese conveniente á Colombia, para dar á su gobierno la fuerza permanente de que carecia, pues temia sobre manera la guerra de colores; consideraba ser imposible que alguno de los gobiernos formados en la América ántes española pudiera sostenerse contra las borrascas y los embates de las elecciones periódicas, sin adoptar un presidente y un senado vitalicios; añadia, finalmente, que si los pueblos de Colombia quisieran que hubiese un monarca constitucional, él sería el primero que le obedeceria, sosteniéndole tambien con todo su influjo; porque siempre repetia ser imposible en su concepto consolidar entre nosotros un gobierno puramente democrático y republicano con elecciones periódicas (1).

Estas, sin embargo, no eran las opiniones que reinaban entónces entre los liberales del centro de Colombia, rígidos constitucionales. Existe una pieza que se publicó en 14 de noviembre, que era la fiel expresion de los sentimientos de los funcionarios públicos de la capital, así nacionales como departamentales y municipales, y tambien de sus principales habitantes. Redactóla el doctor Vicente Azuero y recibió multitud de firmas ántes del arribo del Libertador.

Iniciaba este escrito con una relacion sucinta del principio y progresos de la revolucion de Venezuela. Manifestaba que esta habia encontrado una fuerte oposicion, y que á pesar del apoyo indiscreto que le dieron con sus actas Quito y Guayaquil, estaba ya desacreditada y para terminarse pacíficamente, cuando tuvo otra ayuda inesperada. Tal fué la célebre carta del secretario general del Libertador al intendente de Guayaquil, en que parecia aprobar el primer movimiento de aquella ciudad, y ofrecia la constitucion boliviana como la profesion de fe política de S. E. Esta carta y otras emanadas del mismo orígen produjeron las actas de dictadura de Guayaquil, Quito, Cuenca, Cartagena é istmo, que fueron un golpe de rayo para los ver-

(1) El autor de esta *Historia* le oyó várias veces tales ideas, de cuya exactitud y verdad se hallaba el Libertador íntimamente convencido.

daderos amantes de la constitucion y de las instituciones liberales. « Era tan grande la confianza, decia, que teníamos del heróico desprendimiento de V. E. y de su religioso sometimiento á las leyes; eran tan multiplicadas y decisivas las pruebas de todo género que habia dado V. E. durante el curso de su dilatada y brillante carrera política, que la sorpresa, la confusion y los sentimientos alternativos dominaban nuestras almas.

» ¿Sería posible que faltase V. E. un instante á sus juramentos? ¿Sería posible que dividiese la causa de los culpables? ¿Podríamos persuadirnos que cuando la opinion de la gran mayoría de la República estaba tan fuertemente unida al rededor del gobierno, obra de sus manos, que cuando iba á renacer el órden público en toda su majestad en los propios lugares que se habia perturbado, fuese V. E. mismo, el fundador de esta Colombia, el soldado de sus leyes, quien viniese á sumirla en mayores horrores que los que iban á desaparecer? Estas consternadoras reflexiones eran incompatibles con el recuerdo de aquellos hermosos dias en que V. E. hizo concebir á sus conciudadanos la noble gloria de tener por compatriota al primer campeon de la libertad. Nos era dulce de repasarlos, y creemos que á V. E. mismo será grato que le representemos algunos de aquellos rasgos inmortales que han hecho resonar el nombre de Bolívar por donde quiera que respira algun corazon libre. »

Copiaba luego trozos brillantes de los discursos de Bolívar á los congresos de Angostura y de Colombia, en que manifestaba su absoluta consagracion á promover el imperio de las leyes, á ejecutarlas cumplidamente, y á establecer la mas completa libertad en la República. Seguia excitándole con poderosos argumentos á que sostuviera la constitucion por los diez años en que no se debia reformar, en lo cual estaba interesada fuertemente su gloria y la de Colombia. Despues atacaba el proyecto de constitucion para Bolivia, que el Libertador habia recomendado como su profesion de fe política. Decia que el poder ejecutivo de esta constitucion, confiado á un presidente vitalicio y á un vicepresidente nombrado por aquel, á quien podia destituir, era una verdadera monarquía. Demostraba que tal forma de gobierno era detestada por los pueblos de Colombia, y que no la aceptarian, pues amaban apasionadamente el republicano, central por ahora, miéntras los pueblos se hallaban en aptitud

de adoptar el sistema federativo, que solo habian renunciado temporalmente.

Para hacerles abandonar estas instituciones queridas, — « sería necesario, añadia, ocurrir á medios violentos ó seductores; suprimir la libertad de imprenta, ó por lo ménos anularla indirectamente rodeando de peligros á los escritores; reunir asambleas tumultuarias; influir en las elecciones y en los cuerpos deliberantes con las bayonetas ó con otros temores ó esperanzas. Pero ni deben pronunciarse semejantes ideas. V. E., el hijo primogénito de la libertad, es incapaz de emplear los indignos medios de los tiranos y usurpadores. Aparte de esto, un edificio levantado sobre tales bases no tardaria en venir á tierra á la primera oportunidad : el incendio se prepararia lentamente, y temprano ó tarde haria su explosion. Cuando así no sucediese, el pueblo, frustrado en sus mas caros deseos, en el grandioso objeto que nunca ha perdido de vista en todo el curso de la revolucion, caeria por lo ménos en el desaliento, en la inaccion y en la indiferencia, y este sería para la España el feliz momento de caer sobre su presa. ¿Hubiérase creido en la esfera de los posibles que la casa de los Borbones volviese á ocupar el trono de la Francia?... »

En seguida exponia los celos y desconfianza con que las demas Repúblicas de América mirarian á Colombia, regida por un poder monárquico formidable. De aquí inferia rectamente que la razon, la política y las afecciones de los Colombianos exigian que se sostuviera la constitucion que nos daba leyes, garantías y libertad, por cuya consecucion habíamos trabajado tanto. « Esta era la única empresa digna del cúmulo imponderable de obligaciones y sacrificios de que sin cesar han estado cubiertas las aras de la libertad.

» Ella no podia ser la obra exclusiva de ningun genio, por mas gigantesco que fuese. Inmensa, incalculable y la mas difícil es la parte que ha tocado á V. E. Pero ha sido no obstante, y ha debido ser tambien el comun producto de las luces de los sabios y de los políticos, del brazo fuerte de los guerreros, del que meditaba y acordaba las instituciones fundadoras de la libertad y las leyes promovedoras del bien comun, del desprendimiento de los poderosos, de las erogaciones de los ricos, del consejo de los ancianos, del noble entusiasmo de los jóvenes, del padre que ofrendaba sus hijos á la patria, de la madre y de

la esposa que le hacian el holocausto de sus afectos mas queridos, del general que disponia los campos de batalla y del soldado que caía víctima del furor enemigo, del que distribuía la imparcial justicia, del que cuidaba de la hacienda pública, del que se despojaba de sus mas preciosos bienes para alimentar á sus defensores, del que desde la tribuna de la imprenta iluminaba é inflamaba á sus conciudadanos, del que en el lenguaje de los dioses consagraba á la inmortalidad los grandes hechos y las sublimes virtudes; y en una palabra, de toda la masa del pueblo, que con sus contribuciones, su docilidad, su opinion, sus esfuerzos, ha ayudado á la construccion del magnífico edificio. »

Despues de poner otros varios y poderosos argumentos dirigidos á demostrar la conveniencia de sostener la constitucion actual, los que expresaba con mucha energía y en hermoso lenguaje, concluía así : — « Haga V. E. todavía mas que estos dos admirables legisladores (Solon y Licurgo); sostenga con todo su poder, con su influencia, con sus eminentes talentos, esa libertad que ha conquistado para sus conciudadanos; goze V. E. entre ellos del inmenso placer de haberlos hecho dueños absolutos de sus propios destinos; sufra que lo sean en tanto grado, que en su presencia misma desechen, si es posible, hasta los oráculos de la libertad, y recoja las ópimas primicias de esa inmortalidad incomparable que se ha fundado. La gloria de V. E. está ya identificada con la libertad de su patria. Este es un hecho de la mas indisputable evidencia, y en que están de acuerdo la América y la Europa. Así los mas celosos amigos de la libertad de Colombia son necesariamente los mas ardientes amigos de la gloria de V. E. No son, pues, nuestras insinuaciones, sino la expresion pura de la amistad, y el homenaje que tributamos al mérito de sus servicios, es el homenaje ingenuo de corazones republicanos, y no el idioma falso de la hipócrita esclavitud, ni la adulacion insulsa de los que no saben ser agradecidos sin degradar la dignidad de su especie. El único lenguaje digno de los héroes es el lenguaje de los hombres libres.

» Todos nuestros deseos están reducidos á que, encargándose V. E. del poder ejecutivo de la República, mantenga inviolable el vigor de la constitucion y de las leyes; que restablezca su imperio, donde quiera que ha sido turbado; que dicte las me-

didas necesarias para que se reuna el cuerpo legislativo de la manera prevenida por la misma constitucion; que someta á su consideracion todas las novedades que han ocurrido en los pueblos; que la representacion nacional pulse en la calma de las pasiones y en la balanza de la sabiduría, si son ó no convenientes las reformas pedidas por algunas ciudades; si la constitucion permite verificarlas; si está en las facultades del presente congreso convocar la gran convencion; si puede hacerlo ántes de la época designada por el artículo 191; y que hasta que esta convencion no sea convocada y reunida de una manera constitucional, y deliberando en plena libertad, no se hagan alteraciones en el código fundamental que tenemos jurado, y que en las actuales circunstancias es el único vínculo que puede conservar la union de los pueblos de Colombia.

» ¡Sí, padre del pueblo colombiano! que se cumplan las esperanzas y se verifiquen los hermosos vaticinios del sabio amigo de la gloria americana, del elocuente D. Pradt. Él ha repetido lleno de entusiasmo aquel sublime sentimiento de V. E.: — « Yo no aspiro sino á poner un término á los dos mas grandes azotes que puedan afligir la tierra, la guerra y la dictadura. Palabras admirables, dice, capaces de confundir para siempre á los ambiciosos y á los parricidas de su patria. »

Esta exposicion, verdadera, fiel y exacta de los sentimientos que reinaban en los departamentos del centro de Colombia, no se presentó al fin al Libertador. Satisfechos los constitucionales con las promesas que hizo á su arribo á la capital, de que sostendria la constitucion colombiana, se contentaron los que habian firmado aquella célebre exposicion con que se publicára por la imprenta, á fin de que contribuyese á fortalecer la opinion pública.

El Libertador, despues de conocer las ideas del vicepresidente y de los secretarios de Estado sobre lo que juzgaban conveniente ejecutar en las difíciles circunstancias en que se hallaba Colombia, determinó hacerse cargo del poder ejecutivo, solamente por unos pocos dias. Expuso, pues, al vicepresidente y á los secretarios Castillo, Restrepo, Soublette, Revenga y Clemente, cuáles eran las providencias que juzgaba convenientes y las reformas que en su concepto debian plantearse en el estado lamentable en que se hallaba la República; sobre todo, cuando era probable que no se reuniera el próximo congreso

por falta de senadores y representantes del sur y del norte de Colombia. Acordados los puntos, previno el Libertador á los secretarios que extendieran los respectivos decretos en virtud de las facultades extraordinarias, los que llevarian su firma para que las reformas se apoyáran en el influjo de su nombre. No quiso admitir las renuncias de sus destinos, que juntos hicieron los secretarios, poniéndoles un decreto muy honorífico.

La entrada del Libertador al ejercicio del poder ejecutivo se anunció por medio de un decreto (noviembre 23), por el que se revestia de facultades extraordinarias, en virtud del artículo 128 de la constitucion. Declaraba que durante su ausencia las tendria el vicepresidente de la República en todo el territorio en que el presidente no pudiera ejercerlas inmediatamente. Fuera de los objetos y casos comprendidos en dichas facultades extraordinarias, la constitucion y las leyes debian continuar rigiendo; de estas disposiciones se debia dar cuenta al próximo congreso.

Al participar á los Colombianos que se hallaba en ejercicio del poder ejecutivo, les recordaba en su proclama los grandes hechos de armas que en cinco años habia ejecutado á la cabeza del ejército libertador. Un millon de Colombianos y dos Repúblicas hermanas habian obtenido su Independencia, dejando el mundo de Colon de ser español. Decia haber regresado con el objeto de consagrarse al servicio de la voluntad nacional, y que este voto le habia obligado á encargarse del mando supremo, que aborrecia, pues á causa de él le acusaban de ambicion y de atentar á la Monarquía. « ¡Qué! ¿me creen tan insensato, añadia, que aspire á descender? ¿No saben que el destino de *Libertador* es mas sublime que el trono? » — Concluía manifestando que con mucho desagrado se sometia al enorme peso de la primera magistratura, porque habia peligros; en cuyo caso el rehusarla no sería moderacion ni desprendimiento sino cobardía; empero que solamente la iba á ejercer miéntras que la ley ó el pueblo recuperaban la soberanía (1).

(1) He aquí esta proclama importante en toda su extension :

« Simon Bolívar, Libertador presidente de la República de Colombia, etc., etc., etc.

» ¡Colombianos! cinco años hace que salí de esta capital para marchar á la cabeza del ejército libertador, desde las riberas del Cáuca hasta las cumbres argentíferas del Potosí. Un millon de Colombianos, dos Repúblicas hermanas han obtenido la Independencia á la sombra de nuestras ban-

Fuera del decreto declarándose en ejercicio de facultades extraordinarias, dió el Libertador presidente otro general de suma importancia. Conforme á sus disposiciones se prohibieron, bajo de penas severas, todas las juntas de ciudadanos para hacer actos que no estuvieran prescritos por la constitucion y por las leyes. Reprobaba de esta manera general é implícitamente las actas de Venezuela, que tan profundas heridas habian hecho á Colombia.

Simplificar la administracion pública; suprimir empleados y corporaciones innecesarias; activar el cobro y percepcion de las rentas; aumentarlas y restablecer el crédito nacional, igualando si era posible las entradas del tesoro con los gastos; mejorar, en fin, la administracion de justicia: tales fueron los grandes objetos que se propusieron el Libertador y su consejo de gobierno en las importantes reformas y decretos que acordaron el 23 y 24 de noviembre, únicos dias en que el presidente ejerció el poder ejecutivo.

Uno de los mayores males que afligian á Colombia, era el estado lamentable en que se hallaba la hacienda pública, cuyos rendimientos eran muy inferiores á los gastos. Las principales reformas se dirigieron, pues, hácia este ramo para introducir cuantas economías fueran posibles; suprimiendo en el departamento del interior dos cortes de justicia, los oficiales cuartos y los archiveros en las secretarías de las intendencias, todos los empleados de tres provincias eliminadas, así como los secreta-

deras, y el mundo de Colon ha dejado de ser español. Tal ha sido nuestra ausencia.

» Vuestros males me han llamado á Colombia; vengo lleno de celo á consagrarme á la voluntad nacional: ella será mi código, porque siendo el soberano, es infalible.

» El voto nacional me ha obligado á encargarme del mando supremo; yo lo aborrezco mortalmente, pues por él me acusan de ambicion y de atentar á la Monarquía. ¡Qué! ¿me creen tan insensato que aspire á descender? ¿No saben que el destino de *Libertador* es mas sublime que el trono?

¡Colombianos! vuelvo á someterme al insoportable peso de la magistratura, porque en los momentos de peligro era cobardía, no moderacion, mi desprendimiento; pero no conteis conmigo, sino en tanto que la ley ó el pueblo recuperan la soberanía. Permitidme entónces que os sirva como simple soldado y verdadero republicano, de ciudadano armado en defensa de los hermosos trofeos de nuestras victorias, vuestros derechos. — Palacio de gobierno en Bogotá á 23 de noviembre de 1826. — 16º. — BOLÍVAR. »

rios y oficiales de las gobernaciones, dejando solamente uno fijo. Suprimiéronse tambien los jueces letrados de canton; y en los departamentos y provincias donde el ejecutivo lo estimára conveniente, se reunió el mando militar en la persona que ejerciera el civil.

En el ramo de hacienda, el secretario respectivo quedó encargado de la direccion general de las rentas nacionales, y tres directores particulares volvieron á formar una contaduría general, eliminándose algunos de los contadores departamentales y otros varios empleados de hacienda. Se establecieron tambien penas harto severas contra los defraudadores de las rentas públicas; se activó su percepcion y cobro por medio de algunos decretos; se impuso, finalmente, una capitacion general como auxilio para llenar el déficit de la hacienda nacional: capitacion que no se pudo llevar á efecto.

El departamento de relaciones exteriores se unió temporalmente al despacho de la secretaría del interior, encargándose ambos á J. Manuel Restrepo. Se retiraron várias legaciones que parecieron al Libertador un gasto inútil en las circunstancias, dejando solo un ministro plenipotenciario en Lóndres, otro en el Brasil, y tres cónsules generales.

Fueron aun mas extensas las reformas hechas en los ramos de guerra y marina. Suprimiéronse muchas pensiones de retiro, se disminuyeron los cuerpos veteranos del interior, organizándose en su lugar otros de milicias, y se quitaron várias comandancias de armas y estados mayores. En la marina se reunió esta secretaría á la de guerra, y el general Soublette quedó encargado de ella. Redujéronse á meros apostaderos los departamentos de marina primero y segundo. Se dispuso tambien desarmar nuestra escuadra, exceptuando una corbeta, tres goletas y dos pailebotes. Por tanto se abandonó indefinidamente el proyecto sobre que tanto se habia hablado de atacar á Cuba y Puerto-Rico en combinacion con las demas Repúblicas confederadas. Desde entónces quedó olvidado este negocio y la España en pacífica posesion de aquellas importantes colonias. Se estableció para los tres departamentos de Guayaquil, Asuay y Ecuador la magistratura de un jefe superior. Tenia por objeto atender inmediatamente á las necesidades de aquellas provincias; debia, en virtud de facultades extraordinarias que se le confiriesen, establecer una administracion mas acomodada á

los hábitos, usos y costumbres de los pueblos del Sur. Era grande, segun hemos dicho ántes, el descontento que reinaba allí contra el régimen y el gobierno planteado por las leyes colombianas. Parecíanles estas, y acaso lo eran, demasiado liberales para el estado moral del país. Los ricos propietarios que en todas partes ejercen tanto influjo, habian sentido sobre manera la supresion del tributo de los Indios, por cuyo medio eran estos una especie de esclavos del terreno, así como el que se hubiera declarado la libertad de los partos de las esclavas. Por este tenor atacaban otras várias leyes, y deseaban ardientemente que se modificáran. El general Pedro Briceño Méndez obtuvo esta comision con el título de *Jefe superior*, y miéntras iba allá, le sustituyó el general José Gabriel Pérez.

El Libertador, ántes de seguir á Venezuela, de donde le llamaban con urgencia, comunicó al vicepresidente, á los secretarios de Estado y á varios de sus amigos un plan que habia pensado sobre la organizacion futura de Colombia, Perú y Bolivia. Tal era el establecimiento de una gran Confederacion, dividiendo al Perú en dos Estados, y á Colombia en tres, los que se gobernarian independientemente; exceptuando solo que ningun tratado tendria fuerza sin que lo aprobára y ratificára el jefe de la Confederacion. Este sería el mismo Bolívar, que mandaria las armas de la Union y sería tambien presidente del Estado en que residiera; por su ausencia gobernaria el vicepresidente. Añadia el Libertador que en el Perú y Bolivia estaban de acuerdo en este proyecto, si Colombia lo adoptaba.

Para persuadir su conveniencia á nuestra República, decia : que su division en tres Estados era conforme á la naturaleza, á los hábitos, usos y costumbres del antiguo reino de Quito, de la Nueva Granada y de Venezuela, y por consiguiente inevitable. Así que era mejor se hiciera la division en paz durante su vida, y sin que por ella nos debilitáramos para resistir á cualquiera tentativa de la España, cuyo gobierno persistia siempre en sus proyectos de reconquista, auxiliado acaso por las potencias que formaban la Santa Alianza. En esta y en otras várias é importantes cuestiones, la vista de Bolívar penetraba en lo futuro con claridad, y él se adelantaba á sus contemporáneos; de aquí provino que muchas veces le creyeron visionario, ó que obraba en todo por miras ambiciosas, cuando estas concepciones emanaban de sus talentos y penetracion.

Tal proyecto era grandioso; pero dependia su ejecucion de tantos hechos difíciles de realizarse, que así el vicepresidente como los secretarios del gobierno colombiano, penetrados de las dificultades que á él se oponian, difirieron expresar su opinion hasta que se viera cuál era el desarrollo de los acontecimientos que presuponia. Los escritores públicos de la capital atacaron la indicada Confederacion como impracticable y perjudicial en extremo á los intereses de Colombia. Eran tan fuertes las razones en que se fundaban, que desde entónces las juzgamos incontestables. Tampoco Bolívar manifestó empeño en que se realizára dicha Confederacion, pues segun ántes hemos visto, él no pensaba volver al Perú. En consecuencia, fué este un negocio sobre el cual no se volvió á tratar en los consejos del ejecutivo colombiano.

Hechos estos arreglos, el Libertador partió de Bogotá (noviembre 25), llevando de su secretario general al de relaciones exteriores José Rafael Revenga. El respeto y acatamiento que prestára á la constitucion y á las leyes, su moderacion y afabilidad, dejaron contentos á los mas celosos republicanos, y aun á aquellos que se habian manifestado sus enemigos. En el número de sus íntimos amigos y admiradores todavía se contaba al general Santander, quien despues de la partida del Libertador publicó en la *Gaceta* un artículo en que le llenaba de elogios.

Hay sin embargo circunstancias en la conducta del Libertador que no indican obrára con la franqueza que aparentaba. Decia que aprobaba altamente los procedimientos de aquellos que habian sostenido con firmeza la causa de la constitucion y de las leyes; mas á pesar de esto, incurrió en su enojo su primer edecan el coronel O'Leary, quien habia llenado fielmente la comision que trajo desde el Perú cerca del general Páez, y sostenido la constitucion, segun las instrucciones del vicepresidente, que el mismo Bolívar le habia prevenido cumpliera. Atribuyóle que habia tenido parte en la rebelion del batallon Apure contra Páez. Al coronel Avendaño, que abandonó á los revoltosos pasándose al territorio donde mandaba el general Bermúdez, y vino en comision á Bogotá enviado por este, no le oyó tratándole con la mayor frialdad. Improbaba tambien la defeccion del coronel Macero, y decia que Bermúdez se habia opuesto á Páez con demasiado calor. La conducta tibia del general Urdaneta pareció mejor á Bolívar, y conforme á lo que de

él esperaba. Infiérese de todos estos hechos, que á pesar de sus protestas, el Libertador daba la razon á Páez contra el ejecutivo nacional; tambien lo prueban varios documentos coetáneos que pudiéramos citar.

Desde Tunja, en marcha para Venezuela, el Libertador manifestó al vicepresidente su opinion de que sería conveniente restablecer las rentas de alcabala y del estanco de aguardiente, aboliendo del todo la contribucion directa, que tanto desagrado causaba á los pueblos. Fundábase en que se hallaban acostumbrados á sufrir aquellas contribuciones indirectas, que por esta sola razon eran preferibles á las directas, aborrecidas y del todo insuficientes. Añadia, que suprimidas estas debian ser tambien eliminadas las tesorerías de provincia, que entónces quedarian inútiles. Tales indicaciones se cumplieron sin tardanza por el vicepresidente Santander, quien expidió los decretos respectivos en virtud de las facultades extraordinarias de que se hallaba revestido.

Posteriormente el secretario general Revenga dirigió al mismo vicepresidente por órden del Libertador una pintura muy triste del estado en que hallára el departamento de Boyacá. Decia, que á pesar del celo del intendente doctor José Ignacio Márquez, no se cumplian las leyes por falta de cooperacion en los subalternos; que los pueblos se quejaban, no solamente de los magistrados departamentales, sino tambien de los nacionales, de las leyes administrativas, de las contribuciones y de la falta de administracion de justicia: todo lo cual habia destruido la opinion, el patriotismo y la moral de los pueblos. « Excede, añadia el secretario general, toda ponderacion la pena que causó y debe causar este estado de inquietud y descontento, de modo que, para dar idea de él, quiere el Libertador que yo diga á V. E., que el clamor es general y mas vehemente que el que habia contra los Españoles en 1819. » Poco despues hizo otra pintura igualmente penosa y triste del estado que tenian los pueblos en el departamento del Zúlia (1).

El vicepresidente creyó que esta amarga censura se dirigia contra su administracion, y contestó la carta con sólidos fundamentos. Agregóse á esta queja el haber sabido Santander que el Libertador habia escrito á Páez desde Lima, dándole la razon

(1) Véase la nota 57ª.

en su disputa con el gobierno colombiano; que en Popayan dijo lo mismo; que en su viaje hácia el norte se expresó duramente contra el gobierno del vicepresidente; en fin, que desde Pamplona le escribió censurándole sus concesiones de intereses con algunas personas de Bogotá : censura que indicaba haber dado crédito Bolívar á las graves críticas que se habian hecho al general Santander sobre el manejo del empréstito de 1824. Todos estos motivos combinados causaron primero un resfrío, y unidos á otros que despues referirémos, produjeron en poco tiempo una quiebra absoluta de la franca y leal amistad que por algunos años habia existido entre los generales Bolívar y Santander. Fué este un nuevo y lamentable resultado de las funestas divisiones de Colombia, que debia producir escándalos y desgarrar mas de una vez el seno de nuestra querida patria.

Casi por el mismo tiempo eran harto melancólicos los sucesos que ocurrian en Venezuela. Referimos ántes la sangre que se habia derramado en las provincias orientales. En las occidentales correspondientes al departamento de Venezuela, agitaba la discordia sus teas incendiarias para despedazar á Colombia y sumergir aquel hermoso país en un abismo de males.

En los primeros dias de noviembre llegó á Carácas el comisionado del Libertador, Antonio Leocadio Guzman, cuya excursion en el progreso de su viaje habia producido, ya las actas de dictadura, y ya otras que se acercaban á las primeras. Él llevó á Carácas una carta que Bolívar habia escrito á Páez en 8 de agosto desde Lima. Pintábale en ella el estado lamentable y proceloso en que estaba Colombia, en torno de la cual se agitaban mil discordantes elementos que consumarian su ruina, pues no veía remedio alguno capaz de evitarla. Declamaba contra la ingratitud del congreso de Colombia, que habia pretendido destruir á sus libertadores y entre ellos á Páez, porque cumplia las leyes y sostenia la autoridad pública. Daba de paso un golpe al ejecutivo colombiano por haber marchado en busca de una perfeccion prematura, ahogando á los pueblos en un piélago de leyes é instituciones. Declamaba contra los abogados y civiles que habian querido destruir el espíritu militar y hasta el orgullo de los militares. Continuaba despues poniendo á la pintura del estado de Colombia los mas negros colores. « Se me ha escrito, añadia, que muchos pensadores desean un príncipe

con una constitucion federal; pero ¿dónde está el príncipe? ¿Y qué division política producirá armonía? Todo es ideal y absurdo : Ud. dirá que de ménos utilidad es mi pobre delirio legislativo, que encierra todos los males. Lo conozco; pero algo he de decir por no quedarme mudo en medio de este conflicto. » En seguida le hablaba sobre el proyecto de constitucion para Bolivia, que deseaba se adoptára, con algunas ligeras modificaciones, á Estados pequeños enclavados en una vasta Confederacion; aplicando la parte que pertenece al ejecutivo, al gobierno general, y el poder electoral á los Estados particulares. « Pudiera ser, decia, que se obtuviesen algunas ventajas de mas ó ménos duracion, segun el espíritu que nos guiára en tal laberinto. » Concluía aconsejando á Páez, que mantuviera en vigor la autoridad pública, á fin de emplear la fuerza en calmar las pasiones y reprimir los abusos.

Fuera de esta carta, llevó Guzman otras al intendente Mendoza, y á varios amigos y parientes del Libertador; á excepcion de la de Páez, todas ellas contenian las mismas ideas que la mencionada ántes, dirigida al intendente del istmo de Panamá. Ni las cartas, ni el mensajero, ni la mision fueron recibidas con benevolencia en Carácas. Las noticias comunicadas por Guzman de las actas que se habian hecho en varios departamentos concediendo la dictadura al Libertador, así como las indicaciones del comisionado, de que se hiciera lo mismo en Venezuela, como único remedio para curar los males que afligian á Colombia, desagradaron generalmente. Tampoco tuvo aceptacion alguna el proyecto de constitucion boliviana, cuya adopcion se proponia. Los numerosos amigos que tenia en Venezuela el establecimiento de un gobierno democrático alternativo y de una libertad racional se alarmaron con estas indicaciones; y en consecuencia proyectaron que hubiese en Carácas otra reunion popular.

El síndico procurador general José Iribárren la pidió al jefe civil y militar. Concedióla este y se tuvo en el convento de San Francisco, presidiéndola el mismo Páez, con asistencia del intendente, de la municipalidad y de otras autoridades. Pintóse en ella á la República de Colombia como disuelta, asegurándose haber desconocido al gobierno de Bogotá nueve departamentos : alegóse que el mismo Libertador habia dicho haber tornado la República al estado de creacion. De estos antecedentes y de la

necesidad que tenia Venezuela de proveer á su seguridad y bienestar, se infirió por varios oradores que hablaron en aquella asamblea, que debia constituirse inmediatamente en Estado independiente, para federarse despues con los demas que se erigieran en Colombia. Los señores Juan Martínez, Lope Buroz y Cristóval Mendoza, aunque convenian en algunos principios emitidos en la asamblea, discordaban sobre las consecuencias. El último, sobre todos, manifestó en un largo y bien razonado discurso, que una cuestion de tamaña entidad que á todos interesaba, no podia decidirse solo por los habitantes de Carácas, y que debia convocarse á las municipalidades ó cantones para oir á sus diputados. En su concepto la cuestion solo podia resolverse por la gran convencion, á la que debian presentarse los votos y deseos de los pueblos de Venezuela en favor del sistema de gobierno federativo.

El discurso de Mendoza irritó á Páez por las verdades que contenia, y porque no podia sufrir que se contradijera su voluntad soberana, apoyada en el gran derecho de la fuerza. Él contestó que estaba decidido desde el 30 de abril á no obedecer al gobierno de Bogotá, porque así lo habia jurado. Habló de que si se ponian obstáculos á la autoridad que se le habia confiado, estaba pronto á renunciarla convocando á las municipalidades que se la habian conferido, y que — « se iria á buscar la libertad donde quiera que la encontrase. » — Sí, la libertad de hacer cuanto se le antojára, oprimiendo á los pueblos, segun verémos que lo hizo bien pronto.

Inmediatamente cortó Páez la discusion, preguntando á la junta : — « que si la resolucion del pueblo era constituirse y sostener con su sangre su constitucion. » — Todos ó la mayor parte respondieron por la afirmativa, pues su libertad estaba coartada por la fuerza. Aunque el acta se expuso por ocho dias para que la firmáran todos los que quisieran expresar su conformidad, solamente la suscribieron doscientas sesenta personas.

Leocadio Guzman hizo en aquel dia y en los anteriores cuantos esfuerzos le fueron posibles, para que se adoptáran las ideas del Libertador; pero en vez de ganarle prosélitos, se disminuyó en gran parte su antiguo influjo. Ya no se le llamaba, segun el lenguaje anterior, como árbitro de la suerte de los pueblos: solamente se le dejó la facultad de poder convocar la gran con-

vencion colombiana, á la que concurriria el Estado de Venezuela por medio de sus representantes (1).

En cumplimiento de lo acordado en dicha acta y en otra de los diputados municipales de la provincia de Carabobo, el general Páez expidió un decreto en que disponia que se eligieran diputados para el congreso constituyente de Venezuela : prescribia las reglas con que se debian nombrar los diputados por los colegios electorales, arreglándose á lo dispuesto en la constitucion de Colombia; el número de representantes que se nombrarian debian ser dobles de los que ordinariamente se elegian para el congreso colombiano. Esta convocatoria, conforme al acta del 7, comprenderia los cuatro departamentos de la antigua Venezuela. El congreso debia instalarse en Valencia el 15 de enero de 1827. Todo esto se haria con la mayor libertad de los pueblos, segun lo manifestaba el artículo 9° del mencionado decreto. « Toda persona, decia, sin excepcion alguna, que directa ó indirectamente se opusiere á los actos previos á las elecciones, á estas mismas, ó al cumplimiento de cualquiera de los artículos del presente decreto, será juzgada y castigada como traidor á la patria. »

Á consecuencia de estos sucesos, el intendente de Venezuela, doctor Cristóval Mendoza, quien llenando tan dignamente las funciones de magistrado, se habia opuesto y era un fuerte obstáculo á los proyectos de Páez, tuvo que abandonar á su patria por órdenes de este, é irse á un país extranjero.

La separacion de Venezuela iniciada el 30 de abril habia dado en seis meses pasos muy avanzados. El acta de 7 de noviembre y el decreto de Páez convocando un congreso constituyente amenazaban ya á Colombia con una absoluta separacion.

El curso que habian tomado los negocios desagradaba sobre manera á muchos habitantes de Venezuela y á algunos militares que amaban sinceramente la Union colombiana. Entre estos se distinguió en aquella época el capitan de navío Sebastian Boguier, comandante del apostadero de Puertocabello. No queriendo patrocinar las ideas de Páez, se puso de acuerdo con el segundo comandante del batallon Granaderos, Simon García, que estaba de guarnicion en aquella plaza, y al amanecer del 21 de noviembre proclamaron la obediencia á la constitucion y

(1) Véase la nota 58a.

á las leyes, negándola al titulado jefe civil y militar de Venezuela. Boguier fué investido con la comandancia de armas, y despues de haber amanecido se convocó una junta de la municipalidad y vecinos principales. Aprobóse en ella el movimiento del batallon Granaderos y de la marina, dando por motivos que, segun las actas de Carácas y de Valencia, y los decretos consiguientes de Páez, se habia faltado á las promesas hechas á los pueblos de que nada se innovaria hasta el regreso del Libertador á Venezuela. Pusiéronse bajo de su especial proteccion y autoridad, enviándole un comisionado que le anunciára el pronunciamiento; otro comisionado se dirigió á Páez llevando copia del acta, á fin de que se impusiera de los motivos que habian influido en ella.

Felizmente cuando se acababa de realizar la contrarevolucion de Puertocabello, arribó el general Pedro Briceño Méndez, que seguia á Bogotá como senador. Los jefes de la guarnicion y los principales vecinos le suplicaron que se hiciera cargo del mando de la plaza, y que los dirigiera en su defensa. Briceño accedió deteniendo tambien la goleta de guerra *Independencia*, que Páez le habia franqueado para trasladarse á Maracáibo. Inmediatamente despues envió en comision al capitan Lope Buroz, para que instruyera al Libertador y al vicepresidente de todos los pormenores de tan importante suceso. Encerrábanse en Puertocabello multitud de elementos militares perdidos por Páez, los que servirian al sostenimiento de la Union constitucional y de las leyes.

Alarmado Páez con la insurreccion de Puertocabello, se avanzó hasta declarar el 25 de noviembre en estado de asamblea á todas las provincias de Venezuela sujetas á su mando. Desde ántes habia decretado medidas severas de policía, especialmente contra la circulacion de cartas é impresos que contrariasen la revolucion. Autorizábase por ellas la violacion de la correspondencia epistolar. Empero esta medida aun era moderada comparándola con la declaratoria de asamblea. Todos los ciudadanos quedaban sujetos á la jurisdiccion y arbitrariedad de los comandantes militares, á quienes se encargaba — « contraer principalmente su vigilancia á la persecucion y pronto castigo de cuantos maquináran ó en algun modo contrariáran la ejecucion y cumplimiento del sistema de gobierno popular, representativo, federal. » Tales eran las garantías y libertad

que gozaban los Venezolanos bajo del mando absoluto que con tanta imprudencia como ilegalidad habian conferido al jefe civil y militar.

La revolucion de Puertocabello contra Páez fué un golpe mortal á su autoridad. Sintiólo vivamente, y le llenó de furor. Cuando este le dominaba, envió contra dicha plaza al teniente coronel José de la Guerra con gran parte del batallon Occidente y un cuerpo de caballería. Acercáronse estas fuerzas á la línea exterior de la ciudad, la que pretendieron tomar por sorpresa (noviembre 26); empero habiéndoles hecho fuego del parapeto inmediato, Guerra perdió su caballo, y un oficial fué herido. En el mismo dia el mayor López y los capitanes Ocando y Rójas dijeron al general Briceño que desconfiaban de las miras de Páez y de los otros jefes que estaban en Valencia; así que se les permitiera entrar en la plaza con la infantería del batallon que mandaban. Fueron admitidos, y el coronel Guerra se vió compelido á retirarse, acompañándole solamente el cuerpo de caballería.

El enojo de Páez llegó al extremo con este descalabro. Puso oficios y cartas particulares llenos de duras amenazas al jefe político, á la municipalidad y al general Briceño; parecia, segun sus escritos, que destruiria á Puertocabello, y que esta plaza iba á caer infaliblemente en su poder, tomándola por la fuerza. Empero Briceño le contestó con firmeza citándole hechos y razones á que Páez no pudo responder. Todas sus bravatas se redujeron á poner un destacamento en San Estévan, que molestaba á la plaza. Al fin, se vió en la necesidad de acceder á una especie de armisticio, por el cual quedaron suspensas las hostilidades; mal de su grado la atencion de Páez tuvo que convertirse hácia otros puntos donde el peligro era mas urgente.

Al propio tiempo habia ocurrido la retirada que hizo Bermúdez de la boca del rio de Cumaná y su arribo á Barcelona. Inmediatamente despues hubo en la capital de Cumaná várias juntas populares, presididas por el intendente coronel Diego Vallenilla. Acordóse en la última y mas solemne (noviembre 26), adherirse á lo determinado en Carácas por el acta de 7 de noviembre, sometiéndose á la autoridad civil y militar de Páez, y ofreciendo enviar sus diputados al congreso de Venezuela, que debia reunirse en Valencia. Declararon que entre tanto conti-

nuáran las autoridades establecidas por la constitucion y por las leyes, en cuanto no se opusieran al objeto que se tenia en mira. Una copia del acta se mandó comunicar al Libertador presidente de la República por un comisionado especial que marcharia al momento hasta el lugar donde le encontrára, á fin de que se sirviera admitir los votos de los Cumanares y ayudarles con su poderoso influjo.

Á los tres dias se reunió otra asamblea popular con motivo de haber arribado á Cumaná el general en jefe Santiago Mariño, llamado por el partido que se habia pronunciado en favor de las reformas. El pueblo entero acordó sujetarse á su autoridad, como jefe superior del departamento de Maturin, y bajo la dependencia del general Páez. Diéronse á Mariño — « todas las facultades civiles y militares que necesitase para salvar el país de los males que todavía le amenazan, con dependencia sin embargo del jefe del Estado; » continuando el intendente en ejercicio de sus funciones, subordinado al jefe superior. La nueva magistratura fué aceptada por Mariño, que juró desempeñarla fielmente, sosteniendo los derechos del pueblo consignados en las actas anteriores.

Inmediatamente publicó proclamas excitando á la concordia de los ciudadanos, á la paz y á la tranquilidad, miéntras se verificaban las reformas que el pueblo apetecia. Su administracion fué marcada con la prudencia y circunspeccion, de tal suerte que poco á poco pudo calmar la efervescencia de los partidos. Despues de hecha la revolucion, la entrada de Mariño á ejercer el gobierno en la provincia de Cumaná fué una fortuna, pues con su antiguo influjo consiguió restablecer y conservar algun órden; de lo contrario aquellos pueblos se habrian entregado á los excesos de la anarquía, y á un choque funesto de las castas, que por largo tiempo habria turbado la tranquilidad pública.

Apénas habian ocurrido estos sucesos en Cumaná, cuando en la ciudad de Angostura el 3 y el 4 de diciembre celebraron actas, primero los jefes y oficiales, y despues el gobernador, la municipalidad y el pueblo, negando la obediencia á Bermúdez, y declarándose en favor del gobierno, de la constitucion y de las leyes, bajo la autoridad del Libertador presidente. Una carta particular del general Bermúdez, con la que acompañaba copia de las actas de los departamentos del Sur y de Panamá, nom-

brando á Bolívar dictador, fué el motivo de tales declaraciones. Decia Bermúdez : — « Ud. sabe que soy poco adicto á las *Dictaduras;* pero convencido del desprendimiento de nuestro ilustre varon, uno mis votos á los de esta provincia á semejante pronunciamiento; y conceptuando á Ud. fácil de penetrarse de las poderosas razones que interesan por este paso, excito su patriotismo para que estimule el de esa en igual demostracion. » El coronel José Manuel Olivares, á quien se dirigia esta carta, le dió publicidad, y la opinion de Bermúdez en favor de la dictadura causó un grave escándalo en la capital de Guayana, y no tuvo séquito alguno. ¡Tan diverso era el modo de ver la cuestion en las diferentes provincias de Colombia!

Miéntras ocurrian estos sucesos el Libertador marchaba hácia Venezuela. En Capitanejo, camino de Pamplona, recibió la noticia y copias del acta celebrada en Carácas el 7 de noviembre, y el decreto de Páez convocando un congreso venezolano. Supo tambien que nada habia conseguido su comisionado Guzman, á pesar de sus cartas credenciales en favor de la constitucion boliviana y contra el gobierno de Colombia. Desengaño tan cruel molestó sobre manera el amor propio del Libertador, quien acaso vió entónces todos los males que habia causado á la República, desacreditando por do quiera su constitucion y promoviendo con sus elogios las miras de los que pretendian echarla abajo.

Desde aquel dia y en todo el camino hasta Maracáibo, adonde se dirigia Bolívar, no cesó de dictar con su actividad acostumbrada las mas eficaces providencias, á fin de reunir tropas, armas, dinero y toda clase de recursos para formar un ejército con que hacer la guerra á Páez y á sus partidarios, en el caso de que se viera obligado á ocurrir á un extremo tan desagradable. En el departamento de Boyacá mandó recoger todos los fondos que allí existieran pertenecientes á la hacienda nacional, incluyendo los privilegiados del crédito público; y aun por disposicion del Libertador presidente se exigió un empréstito en aquellas provincias.

Á la sazon que Bolívar se hallaba en Bogotá, le habia manifestado el vicepresidente, que si no se reunia el congreso el 2 de enero próximo y prestaba en su seno el juramento constitucional, debia entrar á ejercer el poder ejecutivo de Colombia el presidente del senado con arreglo á la ley de 2 de mayo de

1825. Parece que el general Santander manifestó muy pocos deseos de cesar en la vicepresidencia, y que solicitó con instancia que el Libertador presidente le autorizára en virtud de sus facultades extraordinarias, para que si no se reunia el congreso en dicho dia, continuára desempeñando el poder ejecutivo, en virtud de que era el vicepresidente constitucional electo para el próximo período. El Libertador convino en esta providencia, pues no le parecia entónces que debiera hacerse variacion en la persona encargada del ejecutivo colombiano. Firmó, pues, un oficio redactado por el mismo Santander, y como escrito en la villa del Rosario de Cúcuta en 12 de diciembre y sin intervencion de ninguno de los secretarios de Estado, que ignoraron este paso, concediendo la autorizacion que se pedia. Mas á causa de la avenida de un rio, se fué Bolívar en derechura á la villa de San José de Cúcuta sin tocar en la del Rosario, quedando por consiguiente la órden con una fecha falsa.

Sin embargo de esto, el vicepresidente, luego que llegó el 21 de diciembre, en que podia haber recibido la mencionada autorizacion, contestó á Bolívar manifestándole su profundo reconocimiento por esta nueva y relevante prueba de confianza que le daba en una ocasion tan solemne. Dijo que defendida su reputacion con la egida de la opinion del Libertador, quien acababa de recibir de los pueblos proclamaciones y muestras de ilimitada confianza, se sometia á su voluntad, y daria cuenta al congreso luego que se instalára. « Puedo, añadia, asegurar á V. E. que miéntras que ó el congreso ó V. E. disponen otra cosa, procuraré desempeñar fielmente mis deberes, siendo recto en mis procedimientos y obediente á las leyes, respetando los derechos del ciudadano, y cooperando con V. E. en cuanto alcancen mis fuerzas al bien general de la República.

» De resto, Señor, los derechos de V. E. á mi gratitud y fidelidad son ilimitados. Mi conducta *nunca* olvidará la obligacion que la generosidad y opinion de V. E. me han impuesto, y en toda ocasion debe creerme V. E. animado de sentimientos de la mas alta consideracion y respeto. » — ¡Ojalá estas expresiones hubieran sido sinceras en todas sus partes, y no falsificadas por los hechos posteriores!

Cuando Santander escribia este oficio, se hallaba sumamente disgustado, á causa de que habia sabido de una manera positiva que el Libertador, tanto desde Lima como en todo el curso

de su viaje, habia dado la razon á Páez y puéstose contra el gobierno colombiano. Lo mismo hacian en Cartagena, en Venezuela y en otros puntos de Colombia los partidarios mas decididos del Libertador y de las reformas que este promovia. Por consiguiente la mencionada autorizacion de continuar en el mando desde el 2 de enero para adelante, aun cuando no hubiese prestado ante el congreso el juramento constitucional, era un triunfo brillante para Santander, y una defensa victoriosa contra la multitud de enemigos que la atacaban. Hé aquí por qué hizo tanto alarde de la mencionada autorizacion, cuyos documentos publicó inmediatamente en la *Gaceta de Colombia.*

Santander no sentia por Bolívar en el mes de diciembre la cordialidad que aparentaba en el oficio ántes citado. Decia tener un disgusto mortal en el gobierno, que lo iba á dejar; y censuraba por todas partes muchas de las providencias que con su acuerdo mismo dictára el Libertador ántes de su partida de Bogotá. Extendíase la censura á los proyectos políticos del Libertador, los que despedazaba unido á los decididos constitucionales que en nada capitulaban con las reformas que se pretendian introducir.

Despues de haber dado el vicepresidente la contestacion tan decidida ántes mencionada, por una inconsecuencia que no se le puede dispensar invitó al siguiente dia por un oficio al presidente del senado Luis A. Baralt, á que se hiciera cargo del poder ejecutivo, pues su salud arruinada exigia separarse del gobierno el 2 de enero próximo á las doce del dia, con arreglo á la ley. El oficio del general Santander estaba concebido en términos ambiguos, y contenia tales ideas, que pareció entónces un paso de mera cortesía y escrito para remover la nota de ambicion de mando que sus enemigos pudieran haberle hecho. El presidente del senado se excusó de aceptar el gobierno con expresiones delicadas y honrosas á Santander, pero que manifestaban haber comprendido exactamente ser tal paso un mero cumplimiento que carecia de sinceridad.

Bien poco se detuvo el Libertador en Cúcuta y marchó para la ciudad de Maracáibo. En la Horqueta, punto situado en la reunion de los rios Catatumbo y Zúlia, recibió noticias alarmantes sobre manera. Supo que á consecuencia de la revolucion de Puertocabello contra Páez, este habia declarado al Estado de Venezuela en asamblea, es decir, sujeto al poder militar, y

anuladas enteramente las garantías de los ciudadanos; supo que el jefe civil y militar habia atacado la plaza con sus tropas, derramándose alguna sangre; supo haber pasado cartas y oficios fulminantes al comandante y á la municipalidad de Puertocabello, amenazándoles con el exterminio; supo, en fin, haberse derramado á la misma sazon la sangre venezolana en los campos de Cumaná. Vió, pues, que, encendida la guerra civil y desechada su mediacion por Páez y sus partidarios, no le quedaba otro arbitrio que la fuerza para reducirlos á su deber. ¡Cuánta debió ser la pena de Bolívar por todos los actos en que habia dado á Páez la razon contra el ejecutivo nacional, debilitando al mismo tiempo la fuerza de la constitucion y la moral del gobierno! Si el Libertador no hubiera adoptado una conducta política tan irregular y tan falta de solidez, la rebelion de Venezuela se hubiera acabado con su influjo al mismo arribar á las playas de Colombia; mas Páez y los demas disidentes hallaron apoyo en las actas de los departamentos del sur y de algunos del centro, las que reanimaron y extendieron el partido reformista. Bolívar, seducido con la idea de establecer fácilmente su querido proyecto de constitucion boliviana, pretendió quitar el obstáculo que le presentaban las instituciones actuales de Colombia, acelerando su ruina á fin de sustituir en su lugar la que él mismo habia excogitado: dividir á Colombia en tres Estados, y formar la gran confederacion de la América del Sur.

En aquellos dias hacíase á esta una guerra vigorosa por los escritores públicos de la capital. « Semejante proyecto, decian, es una hermosa quimera, que no puede subsistir aun cuando se realizára. El territorio que comprenderia es inmenso y carece de fáciles comunicaciones: para su permanencia se necesitaria que un hombre de tanto influjo como el Libertador estuviera siempre á su cabeza, lo que es imposible conseguir. Con su muerte se disolveria la Confederacion, quedando ya Colombia dividida en tres Estados muy débiles; perdido este nombre que nos recuerda tantas glorias, y en la imposibilidad de formar con solo tres Estados una Confederacion semejante á la de los Estados Unidos. Este es el sistema que mas nos conviene para conservar ilesa la integridad de la República, supuesto que ya no quieren el Libertador y gran parte de los pueblos de Colombia, que subsista la constitucion de Cúcuta. »

Persuadido el Libertador de la urgente necesidad que tendria

de hacer la guerra á la faccion desorganizadora de Venezuela, pidió con la mayor urgencia al ejecutivo nacional tropas, armas y dinero; encaminóse despues á Maracáibo, atravesando el lago de este nombre.

Ántes de su arribo á la capital del Zúlia, algunos vecinos y militares residentes en aquella ciudad pretendieron desconocer al ejecutivo de Colombia, y adherirse á los pronunciamientos de Carácas y Valencia, proclamando el sistema federativo. Mas el intendente y el comandante general Rafael Urdaneta se opusieron con vigor, y frustraron los proyectos de los anarquistas: al fin convinieron estos en que se diera cuenta al Libertador, para que en las reformas legales que debian hacerse tuviera presente la solicitud de algunos habitantes de Maracáibo que deseaban se adoptára el sistema de gobierno federativo.

Empero con el arribo de Bolívar á la ciudad de Maracáibo, el 16 de diciembre, cesaron del todo aquellos disturbios. Impuesto allí de las últimas noticias que se tenian acerca del estado de Venezuela, fué el primer paso del Libertador dirigir una proclama á los Venezolanos, en que los excitaba enérgicamente á deponer las armas patricidas, escuchando la voz de un hermano y compañero. Les ofrecia convocar al pueblo para que deliberase sobre su organizacion futura, convocatoria que realizaria ántes de un año, y en la que el mismo pueblo decretaria sus leyes fundamentales. « Tan solo él conoce su bien, decia, y es dueño de su suerte; pero no un poderoso, ni un partido, ni una fraccion. Nadie sino la mayoría es soberano. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad usurpacion. » Estas expresiones y otras de aquella célebre proclama tienen una exageracion democrática harto ajena de las ideas habituales que profesaba el Libertador sobre el gobierno que mas convenia á los pueblos. Nos parece que por adular á los Venezolanos y conseguir que se sometieran á la constitucion y á las leyes de Colombia, sacrificó sus decididas opiniones.

Para que los jefes de la faccion desorganizadora no se burláran de estos consejos y promesas, Bolívar procura con grande actividad apoyarlas en la fuerza. Declara por un decreto al departamento del Zúlia en asamblea; nombra á Urdaneta general en jefe del ejército que estaba reuniéndose, y de su segundo á Salon. El general Lino de Clemente se hizo cargo de la intendencia y comandancia general de armas del Zúlia.

Por otro decreto que dió el Libertador (diciembre 19) en uso de facultades extraordinarias, declaró que los departamentos de Maturin, Venezuela, Orinoco y Zúlia quedaban desde aquel dia sujetos á sus órdenes inmediatas y exclusivas, las que despacharia por el órgano de su secretario general. Disponia que inmediatamente cesáran en todos los puntos las hostilidades entre los partidos que se combatian. Ofrecia, en fin « que convocaria los colegios electorales luego que llegára á Carácas, para que declaráran cuándo, dónde y en qué términos querian celebrar la gran convencion. »

Este decreto, que era obra de la posicion difícil en que se hallaban los departamentos arriba expresados, y del horror que á Bolívar inspiraba una guerra civil en el territorio venezolano, la que pudiera tener una degeneracion funesta chocándose las castas, de lo que ya se principiaban á ver síntomas alarmantes en Maturin, no agradó á los constitucionales. No les parecia legal ni político que se consultára á los colegios electorales sobre puntos cuya decision no les conferia la ley; ademas, los electores de cuatro departamentos tampoco podian resolverlos, pues tocaba su decision á los representantes de toda la República reunidos en congreso.

El Libertador apénas se detuvo dos dias en Maracáibo y emprendió su viaje á Puertocabello, siguiendo por tierra desde los puertos de Altagracia por la árida y ardiente provincia de Coro. Dejó tambien las órdenes para que inmediatamente se dirigieran por mar algunas tropas y auxilios á Puertocabello. Pocos dias despues se encaminaron al mismo destino desde Cartagena la corbeta *Céres*, conduciendo un escuadron de caballería, y la fragata *Cundinamarca*, á cuyo bordo iba el batallon Callao, auxilios que habia pedido, y que el general Montilla le franqueára con muy buena voluntad.

Tales aprestos militares eran insuficientes para la empresa que se arremetia de sojuzgar á Páez y á sus partidarios, siempre que este partido fuera apoyado por los habitantes de las provincias que hasta entónces se habian declarado á su favor. Segun las cartas y comunicaciones recibidas de Bogotá hasta Coro, bien pocas esperanzas tenia Bolívar de conseguir mayores auxilios del centro de la República. El vicepresidente Santander y la mayor parte de los constitucionales se manifestaron decididamente contrarios al Libertador y á todos sus proyec-

tos, despues que se alejó de la capital. Decian, que no estando Bolívar por el restablecimiento de la constitucion, la antigua Cundinamarca debia ya pronunciarse, bien por el sistema federativo, bien por hacer una República de los departamentos del centro; mas de ningun modo para confederarnos con el Perú y Bolivia: proyecto que rechazaban enteramente. En el periódico titulado *La Bandera tricolor*, salieron artículos fuertes y bien escritos sobre esta cuestion. Los doctores Castillo, secretario de hacienda, y Vicente Azuero eran los jefes de esta opinion, que del todo contrariaba la idea de hacer la guerra á Páez.

Ántes de partir de Bogotá habia dirigido Bolívar hácia Venezuela al general Diego Ibarra, uno de los comisionados que Páez despachó al Perú cerca del Libertador, poco tiempo despues del 30 de abril. Ibarra halló á Páez en Valencia, y á pesar de las cartas que llevaba nada pudo conseguir. Páez no retrocedió un ápice de sus proyectos de separar á Venezuela de Colombia. El único acto oficial que sabemos expidiera en consecuencia de aquella mision, fué una proclama impertinente y ridícula en gran parte. Anunciaba en ella, con una alegría que parecia forzada y fingida, el regreso del Libertador á Colombia, y que se acercaba á Venezuela su hermano, su amigo y el héroe de la patria á ver á sus antiguos compañeros de armas. « Él viene para nuestra dicha, no para destruir la autoridad civil y militar que he recibido de los pueblos, sino para ayudarnos con sus consejos, con su sabiduría y consumada experiencia á perfeccionar la obra de las reformas. » ¿ Con que el Libertador presidente, fundador de tres Repúblicas, volvia triunfante á su patria á servir de consejero de Páez, de Carabaño, de Peña, de Núñez Cáceres y de otros semejantes que componian la faccion de entónces? Jamas Bolívar, Libertador presidente de la República de Colombia, podia degradarse hasta hacer un papel secundario de Páez, bajando de la altura en que le habian colocado sus altos hechos y los votos casi unánimes de sus conciudadanos. Decir sériamente lo contrario, era ridiculizarse el proclamista.

Esmerábase Páez en la segunda parte de aquella pieza singular en tranquilizar á sus partidarios que temian el enojo del Libertador. Conocia mal el carácter noble y generoso de Bolívar, quien fácilmente olvidaba sus agravios, estrechando entre sus brazos á sus mas encarnizados enemigos.

En la capital de Coro recibió el Libertador una copia manuscrita de la proclama de Páez. Entónces le escribió una carta llena de hermosas ideas y de grandes pensamientos. Iniciábala tributando elogios á algunas ideas emitidas en la proclama del jefe reformista. Manifestábale hallarse confundido con el abismo de males que amenazaban á Venezuela; que profesaba un odio invencible al mando, por lo cual ningun atractivo podia tener para él, ni combatir por una autoridad que tanto le pesaba. Sin embargo queria dejar el gobierno por las vias legales y no de otra manera.

Atacaba despues con una fuerza y energía de razonamiento características de su estilo la parte de la proclama de Páez en que este decia venir el Libertador como ciudadano. Le manifestaba que él era presidente de Colombia por los sufragios de los pueblos; carácter de que no podia ni debia prescindir. Recordaba á Páez con noble orgullo, cuánta era la ingratitud que encerraban sus procedimientos, pues sin las victorias de Bolívar obtenidas á fuerza de perseverancia y de penas sin fin, habria sido el Apure un desierto, y sus héroes hubieran perecido por la cuchilla española, fijándose sus miembros en escarpias, en lugar de las coronas que ahora adornaban sus frentes gloriosas.

En seguida continuaba persuadiendo á Páez que le obedeciera como al primer magistrado de la República, pues habia venido desde el Perú por evitar una guerra civil, y que sus campos no se mancháran con la sangre mas preciosa. Hacíale ver que el bienestar y la gloria de Páez estaban interesados en que se sometiera al primer magistrado, abandonando una autoridad ilegítima, concedida por las municipalidades. Quejábase de que en circunstancias tan graves no le hubiera escrito una sola palabra despues de su regreso del Perú, cuando ántes le invocaba como árbitro y mediador. Le exigia que dijera categóricamente si le obedecia ó no, pues queria saber si su patria le reconocia como á su jefe. Protestaba que por la gloria cederia todo; pero que tambien combatiria contra todo por ella: tendria, sin embargo, el dolor de ser esta la sexta guerra civil que apagaria, de lo cual se estremecia. Para animar á Páez, le aseguraba que no venía á hacer triunfar un partido; que no se oponia á la federacion, y que tampoco queria que se estableciera la constitucion boliviana. « Solo quiero que la

ley reuna á los ciudadanos, que la libertad los deje obrar, y que la sabiduría los guie para que admitan mi renuncia y me dejen ir léjos, muy léjos de Colombia (1). »

(1) Hé aquí esta hermosa carta, que nos parece no haber visto aun la luz pública :

Señor general José Antonio Páez, etc., etc., etc.

Coro, 23 de diciembre de 1826.

Mi querido general,

Al llegar hoy aquí he visto con satisfaccion una proclama de Ud. del 15 de diciembre en manuscrito venido de Curazao : en ella están mis verdaderos sentimientos. Yo he celebrado infinito que la carta llevada á Ud. por el coronel Ibarra haya causado este documento tan honroso á mí como á Ud. ¡ Quiera el Cielo que los presagios de Ud. se realizen aun mas allá de lo que yo deseo ! Mi ambicion es la felicidad de Venezuela y de la América toda, si fuera posible. Aseguro á Ud. con toda mi sinceridad que estoy sumamente fastidiado de la vida pública, y que el primer momento dichoso de mi vida será aquel en que me desprenda del mando delante de los representantes del pueblo en la gran convencion. Entónces se convencerán todos de mis mas íntimos sentimientos. Y á la verdad, ¿ á qué puedo aspirar? Yo tiemblo de descender desde la altura á que la fortuna de mi patria ha colocado mi gloria. Jamas he querido el mando : en el dia me abruma, y aun me desespera. No combatiré yo por él ; digo mas, me harian favor en sacarme del cáos en que me hallo por una pronta muerte. Yo me estremezco cuando pienso, y siempre estoy pensando, en la horrorosa calamidad que amaga á Colombia. Veo distintamente destruida nuestra obra, y las maldiciones de los siglos caer sobre nuestras cabezas como autores perversos de tan lamentables mutaciones. Quiero salir ciertamente del abismo en que nos hallamos ; pero por la senda del deber, y no de otro modo.

La proclama de Ud. dice : — « que vengo como un ciudadano. » — Y ¿ qué podré yo hacer como un ciudadano ? ¿ Cómo podré yo apartarme de los deberes de magistrado? ¿ Quién ha disuelto á Colombia con respecto á mí y con respecto á las leyes? El voto nacional ha sido uno solo : *reformas y Bolívar*. Nadie me ha recusado ; nadie me ha degradado. ¿ Quién, pues, me arrancará las riendas del mando? ¡ Los amigos de Ud., Ud. mismo ! ! ! La infamia sería mil veces mas grande por la ingratitud que por la traicion. No lo puedo creer. Jamas concebiré que Ud. lleve hasta ese punto la ambicion de sus amigos y la ignominia de su nombre. No es posible, general, que Ud. me quiera ver humillado por causa de una banda de tránsfugas, que nunca hemos visto en los combates. No pretenda Ud. deshonrar á Carácas, haciéndola aparecer como el padron de la infamia y el ludibrio de la ingratitud misma. ¡ Qué no me deben todos en Venezuela ! ¿ Hasta Ud. no me debe la existencia?

El Apure sería la habitacion del vacío, el sepulcro de sus héroes sin mis servicios, sin mis peligros y sin las victorias que he ganado á fuerza de perseverancia y de penas sin fin. Ud., mi querido general, y los bravos de

De Coro el Libertador continuó el 24 de diciembre su viaje hácia Puertocabello por Cumarebo, Moroturo y otros puntos de la costa; país sobre manera mal sano, lo que pudo costarle la

aquel ejército no estarian mandando en Venezuela, y los puestos que la tiranía les habria asignado serian escarpias y no las coronas de gloria que ahora ciñen sus frentes.

Yo he venido desde el Perú para evitar á Ud. el delito de una guerra civil: he venido porque Carácas y Venezuela no volvieran á mancharse con la sangre mas preciosa. ¿Y ahora me quiere Ud. como un simple ciudadano sin autoridad legal? No puede ser. Este título me honraria millones de veces, recibiéndolo por fruto de mi desprendimiento. No hay mas autoridad legítima en Venezuela, sino la mia; se entiende autoridad suprema. El vicepresidente mismo ya no manda nada aquí, como lo dice mi decreto. Ya no habrá motivo para queja ni desobediencia. El orígen del mando de Ud. viene de municipalidades, data de un tumulto causado por tres asesinatos; nada de esto es glorioso, mi querido general.

Ofrezco á Ud. con la mayor franqueza toda mi amistad, todos mis servicios, y cuanto pueda serle honroso; mas todo debe marchar por la senda del órden, por la verdadera soberanía, que es la mayoría nacional. Cumaná misma no ha desconocido al gobierno. ¡ Ojalá que el general Mariño haya sido bien recibido, para que Cumaná no se convierta en nueva Guinea, y se entienda conmigo para restablecer la paz pública!

Lo que mas me asombra de todo, es que Ud. no habla una palabra de mi autoridad suprema, ni de mediador. Ud. me ha llamado, y ni siquiera me escribe una letra despues de tan graves acontecimientos: todo esto me deja perplejo. Crea Ud., general, que á la sombra del misterio no trabaja sino el crímen. Quiero desengañarme: deseo saber si Ud. me obedece ó no, y si mi patria me reconoce por su jefe. No permita Dios que me disputen la autoridad en mis propios hogares, como á Mahoma, á quien la tierra adoraba y sus compatriotas combatian. Pero él triunfó no valiendo su causa tanto como la mia. Yo cederé todo por la gloria; pero tambien combatiré contra todo por ella. ¿Será esta la sexta guerra civil que he tenido que apagar? ¡ Dios mio, me estremezco!

Querido general, conmigo será Ud. todo, todo, todo. Yo no quiero nada para mí; así Ud. lo será todo, sin que sea á costa de mi gloria, de una gloria que se ha fundado sobre el deber y el bien.

La prueba mas invencible de mis sacrificios á Venezuela y á Ud. es mi decreto que ahora le mando. Yo me comprometo con el deber y con la ley á convocar la convencion nacional: no lo debo, y sin embargo me inmolo para evitar una guerra civil. ¿Y aun quiere Ud. mas de mi consagracion?

Crea Ud. que no pretendo ni pretenderé jamas hacer triunfar un partido sobre otro, ni en la convencion, ni fuera de ella. No me opondré á la federacion; tampoco quiero que se establezca la constitucion boliviana. Solo quiero que la ley reuna á los ciudadanos, que la libertad los deje obrar y que la sabiduría los guie, para que admitan mi renuncia, y me dejen ir

vida. Mas ningun sacrificio lo arredraba por duro que fuera, cuando se trataba de la felicidad de su patria.

Á pesar de la opresion en que se hallaban los amigos del gobierno en Carácas, estos y casi todos los habitantes de aquella ciudad manifestaron la mayor alegría cuando supieron por la mision de Ibarra que se aproximaba el Libertador. Tales demostraciones de ningun modo agradaron al partido de los reformistas, que vió en ellas la improbacion de su sistema.

Publicada aquella célebre proclama, Páez se reanima con los felices sucesos de su partido en el departamento de Maturin. Habíase visto obligado el general Bermúdez á desamparar la ciudad de Barcelona, que fué ocupada por el capitan Juan Sántos López. Bermúdez tuvo que retirarse al Pilar con solo doscientos infantes que le seguian. Sin embargo, entre tanto el general José Tadeo Monágas formaba un fuerte cuerpo de ejército en el canton de Maturin, que se mantenia fiel á la causa del gobierno, lo mismo que otros lugares adyacentes. Halagado Páez con tales noticias determina oponerse al Libertador, cerca del cual envia al doctor Miguel Peña y al coronel Cistiaga, ardientes partidarios de la rebelion; prohibe que se admitan comisionados del presidente en el territorio de su mando; activa la remision de las cartas circulares á sus amigos del Apure, excitándolos contra Bolívar y los partidarios del gobierno de la República, á quienes llama aristócratas; y resuelve tomar la ofensiva.

Al efecto dispone que una columna de tropas de seiscientos á setecientos hombres, regidos por el coronel Manuel Cala, marche á ocupar á Barínas en combinacion con otra de doscientos jinetes, que el coronel Elorza debia sacar del Apure. Cala pasa por Guanare y llega sin oposicion alguna á la capital de Barínas el 26 de diciembre. Mas hallóla desierta: casi todos los vecinos emigraron con sus familias, retirándose con los archivos, ar-

léjos, muy léjos de Colombia. Testimonio de este sentimiento es la venta de Aroa y la venta de todos mis bienes que mi hermana negocia.

Adios, mi querido general: yo parto mañana para Puertocabello; allí espero la respuesta de Ud. Puertocabello es un gran monumento de su gloria. ¡Ojalá que allí se alze tanto que pase la mia! Este voto es sincero, porque no tengo envidia de nadie.

Reciba Ud. la expresion de ardiente afecto con que le amo de corazon.

BOLÍVAR.

mas, municiones y una corta fuerza de infantería á un punto fortificado con trincheras entre Barinítas y Quebradaseca. Tan noble y fiel procedimiento de los Barineses y su decision contra el partido de Páez impuso respeto á los invasores.

Añadióse á esto que el comandante de armas de la provincia general Miguel Guerrero, antiguo jefe y segundo de Páez en el ejército de Apure, dictó las mas eficaces providencias para reunir caballos y cortar los recursos á las tropas de Cala. En seguida requirió á este, é hizo lo mismo el intendente del Orinoco coronel Francisco Conde, para que desocupára el departamento, contramarchando nuevamente á sus posiciones de Araure. Cala, viendo que la opinion de los habitantes de la provincia de Barínas estaba por el gobierno y contra la autoridad de Páez, convino en retirarse despues de haber ocupado por tres dias la ciudad; para la retirada se le dieron los auxilios necesarios. En su contramarcha se disminuyó mucho la columna que mandaba, y tuvo que abandonar á los cansados y enfermos.

Desde que el comandante Guerrero supo que se preparaba esta invasion, se apresuró á hacer á Páez un grande mal. Era este acelerar el que estallase una contrarevolucion en el Apure, la que tenia ya concertada con el coronel Inchazu, del Mantecal, y con otros jefes llaneros de influjo. En efecto, el 18 de diciembre se pronunciaron á favor del gobierno y contra Páez los cantones del Mantecal y de Guadualito, así como las parroquias de Bancolargo y Apurito en el canton de Acháguas, pueblos que componian la mayor parte de la provincia de Apure. Guerrero, de acuerdo con los coroneles Inchazu, Galea y Delgado, activó la reunion de caballerías y demas elementos necesarios para formar inmediatamente un cuerpo de mil llaneros montados. Este armamento tenia por objeto impedir á Páez la retirada á las llanuras de Apure; medida que todos creían sería su plan de defensa, en caso de que tuviera un éxito desgraciado en las montañas.

El espíritu que manifestaban los pueblos, y el entusiasmo con que se habian recibido las proclamas y decretos del Libertador en Maracáibo, hacian probable la próxima ruina del partido de Páez. Á consecuencia de la entrada del general Urdaneta en el occidente de la provincia de Carabobo con poco mas de trescientos hombres, todo el país se conmueve hasta Nirgua y San Felipe al oir el nombre mágico del Libertador: una columna

de seiscientos voluntarios mandada por el coronel Uslar se avanza hasta Caramacate, con el designio de apoyar el pronunciamiento de San Cárlos y de otras poblaciones. El coronel Torréllas, que manda en Barquisimeto, huye solo, porque sus tropas le abandonan: Peña y Cistiaga son aprehendidos y se les remite prisioneros á Maracáibo. El edecan del Libertador coronel Guillermo Ferguson contribuye á estos sucesos, y solamente con su presencia conmueve la villa de Araure y otros pueblos que se pronuncian contra Páez.

Desconcertado este con tantas defecciones, se mantenia en Valencia con el batallon Anzoátegui, ciento veinte lanceros de la Victoria y cien Guias, pues hasta en las inmediaciones de Carácas, en los valles del Tuy y Caucagua, se habian levantado contra su dominacion. Así era que en todo el territorio de los departamentos de Venezuela, Orinoco y Maturin estaban sembrados los gérmenes de una lucha, en que las probabilidades del vencimiento se hallaban de parte del gobierno y de la integridad nacional, sostenidos por el Libertador; pero que podia ser larga y sangrienta, por el valor y denuedo bien conocidos de Páez, y por su influjo sobre gran parte de las masas que habitan las llanuras de oriente, y sobre algunos de sus caudillos.

En tan críticas circunstancias llega el Libertador á Puertocabello el último dia del año. Ocupada su imaginacion ardiente con la idea fija de los horrores que una guerra civil podia causar en Venezuela, sin conocer á fondo los favorables acontecimientos ocurridos en el occidente de Carabobo, en Barínas y en el Apure, y tampoco las fuerzas que con buen suceso reunia en Maturin el general Monágas, se apresura á cortar la cabeza á la hidra de la revolucion.

Año de 1827. — Expide, pues, un decreto (1° de enero) en virtud de sus facultades extraordinarias, en que dispone: 1° que nadie pueda ser perseguido, juzgado ni castigado por sus actos, discursos ú opiniones con motivo de las reformas; 2° concediendo la mas completa garantía de los bienes y empleos de todos los comprometidos en la causa de las reformas; 3° declarando que Páez continuára ejerciendo la autoridad civil y militar bajo el nombre de *Jefe superior de Venezuela*, y que al general Mariño se le reconociera como intendente y comandante general del departamento de Maturin; 4° disponiendo que in-

mediatamente despues de la notificacion de este decreto fuera reconocida ú obedecida la autoridad del Libertador como presidente de la República, y que todo acto de hostilidad posterior sería juzgado como delito de Estado, y se impondria la pena designada por las leyes; 5°, en fin, prometiendo que se convocaria la convencion nacional, segun lo habia ofrecido por su decreto de Maracáibo.

En el mismo dia se envió este decreto á Páez, que aun permanecia en Valencia: él no desoyó la voz del Libertador presidente de la República, y quiso poner término á los males inmensos que desde el 30 de abril habia causado á Colombia. Expide, en consecuencia, un decreto, declarando quedar reconocida, y que sería obedecida en toda su extension la autoridad del Libertador como presidente de la República; que no tuviera efecto la convocatoria hecha para reunirse en Valencia los representantes de Venezuela, y que el Libertador fuera recibido en triunfo por todos los pueblos del tránsito y en la ciudad de Carácas; honores que le habia concedido el congreso de Colombia para cuando regresára del Perú.

Bolívar recibió con el mayor alborozo, alegría y contento la plausible noticia de que en Venezuela habia terminado la guerra civil. Anuncióla inmediatamente á los pueblos, excitando á los Granadinos y á los Venezolanos á que se dieran el ósculo de paz, recordándoles que habian sido hermanos y compañeros de armas en los campos de la gloria y en los consejos de la sabiduría. Á todos los Colombianos les decia que olvidáran, como él lo habia hecho, todo lo que supieran de los sucesos lamentables del año de 1826, y que el silencio borrára los tristes recuerdos de este año malhadado.

Páez solicitó inmediatamente del Libertador (enero 3), despues de haber reconocido su autoridad, que le mandára juzgar sobre su acusacion pendiente, designando el tribunal y los jueces que debian conocer de ella; porque no estaba sino diferida para un tiempo de calma, época feliz que ya comenzaba, y que no le sería satisfactorio continuar ejerciendo la autoridad superior de Venezuela, sin dar un público testimonio de su obediencia y sometimiento á las leyes. El secretario general Revenga contestó á Páez á nombre del Libertador, manifestándole que este habia recibido con un júbilo indecible el decreto por el cual se sometia á la autoridad del gobierno de Colombia, y

que tan ilustre testimonio de respeto á las leyes habia colmado la medida de su propia gloria y de la felicidad nacional. « El Libertador me ha dicho, añadia Revenga : — Ayer el general Páez ha salvado la República y le ha dado una vida nueva. Reuniendo las reliquias de Colombia, el general conservó la tabla de la patria, que habia naufragado por los desastres de la guerra, por las convulsiones de la naturaleza, y por las divisiones intestinas; y en cien combates ha expuesto su vida valerosamente por libertar el pueblo, que reasumiendo la soberanía ha dado sus leyes fundamentales. Estas son las leyes ofendidas : este es el pueblo que le debe gratitud y admiracion. Hoy nos ha dado la paz doméstica. Vamos, como Scipion, á dar gracias al Cielo por haber destruido los enemigos de la República, en lugar de oir quejas y lamentos. En este dia solo debe hablar la voz de gozo y el sentimiento de la generosidad.

» El general Páez, léjos de ser culpable, es el *Salvador de la patria.* Así que no habiendo culpados en Venezuela por la causa de las reformas, segun el decreto de 1° de enero, sería una violacion de aquella ley sagrada el abrir un juicio cualquiera. »

Una contestacion tan extraordinaria como la que hemos copiado, plagada de metáforas, de comparaciones inexactas y de exageradas ideas, no puede sufrir el análisis de la crítica razonada : está concebida en el estilo oriental, que justamente se ha censurado al Libertador, que por cierto no es el de un político profundo. Llamar *Salvador de la patria* al general Páez, que habia dado heridas mortales á la constitucion y á las leyes de Colombia, solo por haber suspendido el torrente de males que su inobediencia y rebelion derramaron sobre la República, es un lenguaje que la historia no debe pasar sin una fuerte censura. Si el jefe de la insurreccion habia merecido bien de la patria, debia aprobarse igualmente la conducta de sus colaboradores los reformistas. Con semejante fallo los defensores de la constitucion y de las leyes, tanto en los cuatro departamentos de la antigua Venezuela, como en la Nueva Granada, quedaban sacrificados, y triunfantes los promovedores de la insurreccion. Hé aquí un defecto capital de Bolívar y de su política; queria ser tan generoso con sus enemigos ó con los del gobierno colombiano, que sus expresiones indiscretas le enajenaban el afecto de sus amigos, sin ganar el corazon de sus ene-

migos políticos, con los que solamente conseguia hacer treguas.

Han juzgado muchos que la completa amnistía decretada por el Libertador en 1° de enero, continuando á Páez y á Mariño al frente de los departamentos de Venezuela y Maturin, fué un acto de verdadera debilidad que dejára triunfante la revolucion, y que por consiguiente dió para lo venidero un funesto ejemplo. Opinan que si Bolívar no se anticipa á expedir aquel decreto, y deja que produjeran sus efectos las providencias militares que habia dictado, Páez habria tenido que someterse á la fuerza, ocupado como estaba el Apure por tropas del gobierno, y tambien á causa de la defeccion sucesiva de las que él mandaba que se habrian pasado al Libertador. Era muy probable este acontecimiento; mas no es seguro que hubieran faltado á Páez algunos valientes que le acompañáran, y que no prolongára con ellos una guerra desoladora; determinacion harto difícil. Así, no estando, como no estamos, por los elogios tributados indebidamente, y por los premios concedidos á los jefes de la rebelion, nos parece que el Libertador obró política, útil y ventajosamente, aplicando una amnistía completa á los revolucionarios. Aunque las probabilidades del buen éxito de la guerra estaban á favor de Bolívar, habria costado mucha sangre colombiana, y causado males inmensos á Venezuela, suscitando acaso una guerra de castas que debia impedirse á cualquier precio. Motivos tan poderosos, unidos á la falta de cooperacion para la guerra de Venezuela de parte del vicepresidente Santander y de los Granadinos influyentes, suceso que ya veía claro el Libertador por toda su correspondencia y por el espíritu que reinaba en los papeles públicos del centro, justifican completamente la concesion del olvido absoluto.

Despues de haber ejecutado actos tan importantes, el Libertador marcha de Puertocabello (enero 4), y se encuentra con Páez y su numerosa comitiva al pié del Cerro. La entrevista del primer campeon de la Independencia con sus antiguos compañeros de armas de Venezuela fué franca y cordial, pues Bolívar olvidaba pronta y enteramente quiénes habian sido sus enemigos. En el mismo dia hizo él su entrada triunfal en Valencia, donde todas las clases de sus habitantes manifestaron el mayor entusiasmo con la vista del Libertador ceñido de hermosos laureles, y á quien debian en su mayor parte la independencia, la libertad y la paz.

De Valencia siguió hácia Carácas por Guacara, Maracay y San Mateo, pasando por estos lugares, donde hallára tantos recuerdos al traves de una poblacion que le manifestaba el amor y respeto mas tiernos, con sus aclamaciones, arcos de triunfo y mil otras demostraciones de júbilo y contento. Empero nada hubo que pudiera igualar su entrada á Carácas. Este pueblo, tan patriota y entusiasta por la independencia y libertad, en el memorable 10 de enero, vió en Bolívar á su compatriota querido, al fundador de tres Repúblicas, y al que habia dado por medio de triunfos esclarecidos la independencia y libertad á todo el vasto país de la América del Sur, que desde las costas de Venezuela se extiende hasta las cimas del Potosí. Sinceras aclamaciones de toda la poblacion, vistosos y elegantes arcos de triunfo, palmas, coronas, arengas, festines, músicas, bailes y otras cien clases de obsequios fueron las muestras con que los habitadores de Carácas celebraron con el mas vivo entusiasmo el arribo del Libertador y el restablecimiento del imperio de la constitucion y de las leyes. Eran muy grandes los males que habian sufrido desde el funesto 30 de abril, y la hidra de la discordia civil sufocada por Bolívar los amenazaba ántes con otros mayores. Su alegría llegó á su colmo viéndose libres de tantos males. En los dias precedentes habian sido víctimas de una soldadesca brutal, á quien el coronel Carabaño entregó la ciudad, para que á su arbitrio sacasen de las casas, usando aun de la fuerza, todos los caballos de propiedad particular para montar un escuadron de llaneros regidos por el coronel Francisco Farfan, hombre violento, ignorante y sin ninguna educacion.

El Libertador habia regalado á Páez una hermosa espada, dándole con esta dádiva un testimonio brillante de consideracion y amistad. Es digno de recordarse uno de los bríndis de Páez. « Conciudadanos, dijo, la espada de Bolívar está en mis manos : por vosotros y por él iré con ella á la eternidad. Brindad conmigo por lo inviolable de este juramento. » La historia dirá si lo cumplió, y si fué agradecido con el Libertador.

Casi todo el mes de enero y parte de febrero respiraron Carácas y la Guáira, adonde tambien fuera Bolívar, el mismo aire de fiestas y de alegría. Mas á pesar de estas diversiones, el Libertador y su secretario general se ocuparon en despachar los negocios mas urgentes de la administracion de los cuatro

departamentos que tenia bajo de su inmediata dependencia.

Fué su primer cuidado asegurar la tranquilidad de los pueblos alterada hacía algunos meses. Con tan laudable designio se dirigió una circular á los impresores, encargándoles que no imprimieran papel alguno, en que se defendieran, reprobáran ó recordáran los sucesos de la pasada discordia. Hízose el mismo encargo á los editores. El Libertador consideraba tales medidas como de vital importancia para el restablecimiento de la tranquilidad primitiva, y para restañar la sangre que aun manaba de las recientes heridas. Esta providencia fué censurada amargamente por el partido que se llamaba *constitucional,* que residia en su mayor parte en la capital de la República; empero ella produjo buenos resultados para el objeto que se deseaba (1).

El Libertador continuó en Venezuela el mismo sistema de política que habia iniciado en Bogotá; él premió y tuvo muchas consideraciones respecto de la mayor parte de los hombres que atacaron la constitucion, declarándose contra el gobierno. Los mas firmes sostenedores de este, como Bermúdez, Macero, Avendaño y otros muchos incurrieron en su desagrado, ó por lo ménos se les manifestó indiferencia; exceptuóse al doctor Cristóval Mendoza, para cuyo regreso envió expresamente un buque á las Antillas, recibiéndole en Carácas con la mas distinguida consideracion, y los ciudadanos con brillantes demostraciones de júbilo: demostraciones bien merecidas por tan excelente magistrado.

Semejante conducta y los ascensos militares que diera á Carabaño, Cornelio Muñoz, Escuté, Andres Torréllas y á otros varios que habian sido ardientes promovedores de la rebelion de Páez, junto con los destinos y empleos civiles que confirió á los de la misma opinion, entre ellos á Núñez de Cáceres, secretario que habia sido del jefe civil y militar, se tuvieron por los sostenedores de la constitucion y de las leyes como una fuerte improbacion de sus procedimientos. De aquí se infirió con justicia que el Libertador insistia en el mismo proyecto que habia entablado desde el Perú, segun se ha visto anteriormente, de echar por tierra la constitucion, premiando é instigando á los que trataban de despedazarla. Otros defienden la conducta de Bolívar en Venezuela diciendo, que le era necesario guardar

(1) Véase la nota 59ª.

imparcialidad entre los partidos contendores. Mas no la guardó, y el de Páez obtuvo por lo comun su predileccion. Lo único que hizo contra este fué dividirlo un poco, enviando á diferentes provincias á algunos de sus miembros mas peligrosos : providencia que suscitó desconfianzas, murmuraciones y censuras que no tuvieron resultado.

El batallon Apure y sus jefes sufrieron las consecuencias del desagrado del Libertador por haber abandonado á Páez y pasádose al general Bermúdez. Fué enviado con algunos de sus jefes á Cartagena; otros de los oficiales que siguieron el movimiento de aquel cuerpo pidieron sus licencias y se retiraron del servicio militar. Coloríase tal conducta con la razon de que era preciso mantener la disciplina militar, vulnerada con el movimiento revolucionario de Apure.

Mariño obedeció tambien las disposiciones del decreto de 1º de enero en Puertocabello. Sometióse con entusiasmo á las órdenes del Libertador, así como las tropas y pueblos que gobernaba, haciendo un servicio muy importante. Su comportamiento habia sido excelente en Cumaná, desde que los habitantes de aquella provincia le llamaron en noviembre último á la intendencia y comandancia general de Maturin, cuyos pueblos estaban agitados fuertemente por la discordia civil, y por un choque funesto que principiaba entre los colores. Mariño, auxiliado por su antiguo influjo en las provincias orientales y por la memoria de sus distinguidos hechos de armas, logró calmar algun tanto la discordia de los diferentes partidos, y sostener en aquel departamento el órden social y la obediencia á las leyes. Sin embargo, tuvo que revestirse de firmeza y energía en el mes de marzo. El pardo Juan Sántos López y otros revolucionarios de costumbre quisieron rebelarse nuevamente en la provincia de Barcelona y en el canton de Maturin. Mas perseguidos sin tardanza, consiguióse aprehender á los cabecillas, que fueron juzgados militarmente y castigados. Expelióse á unos de Venezuela, y á otros se les envió á Cartagena á trabajar en el presidio. Con estas providencias activas y enérgicas, apoyadas en el influjo poderoso del Libertador, se consiguió extinguir un incendio que pudo destruir los departamentos de Venezuela. Fuera de las provincias del oriente se descubrieron síntomas de la misma conspiracion en varios pueblos del canton de San Felipe y en Yaritagua, en la parte occidental de la provincia de Carabobo.

Subleváronse igualmente en Valencia un trozo del batallon Anzoátegui, una compañía de artillería y un escuadron de Dragones. Por tan poderosos motivos, el Libertador, usando de sus facultades extraordinarias, organizó consejos permanentes de guerra que juzgáran á los desertores y á los perturbadores de la tranquilidad pública, siguiendo trámites breves y sumarios. Este decreto excitó reclamaciones de la corte de justicia de Venezuela y de algunos militares. Como su grande severidad habia inspirado terror á los comprendidos en él, derogóse dentro de breve tiempo, restableciéndose los juicios ordinarios seguidos por los tribunales competentes.

Uno de los primeros cuidados del Libertador, luego que fué reconocida su autoridad en Venezuela, se dirigió á examinar el estado de la administracion de las rentas públicas. Hallólas en una situacion lamentable, pues no existian cantidades algunas en las arcas; las tropas y los empleados perecian de hambre. El mal se aumentaba cada dia con las libranzas y vales de sueldos que se giraban contra las aduanas y tesorerías, cuyas letras se negociaban por los interesados á un precio muy bajo. Con este arbitrio ruinoso crecia diariamente el descrédito del gobierno, sin que se aliviára la suerte de los servidores de la patria.

Á fin de curar el mal radicalmente, y saber cuál era su extension ó las deudas que habia contra el tesoro, el Libertador mandó suspender por algun tiempo cualquiera pago de libranzas ó vales, miéntras que se examinaba la suma que existia en circulacion y su legitimidad. Esta providencia excitó una fuerte sensacion y reclamos de los acreedores, que consiguieron se modificára en parte; mas pronto se vieron sus efectos saludables.

No los produjo menores la secreta investigacion que se hizo de lo que se debia á las aduanas y á los diferentes ramos de hacienda nacional, deudas que ascendian á mas de doscientos mil pesos. Fuertes decretos y apremios se dictaron contra los empleados y deudores morosos. Así fué que bien pronto las leyes recuperaron su imperio, la autoridad el respeto debido, y se remedió en pocos meses el estado lamentable en que yacia la hacienda pública en Venezuela.

Provenia aquel en la mayor parte de la ineptitud y falta de celo de los empleados en su administracion; así, para mejorarla, el Libertador mandó examinar detenidamente las dife-

rentes capacidades de cada uno; á los ineptos ó descuidados los hizo reemplazar con oficiales del ejército, activos y celosos del cumplimiento de sus deberes.

Tomáronse estos de los que habian perdido sus pensiones de retiro ó los sueldos por no estar en servicio activo, conforme á un decreto expedido por el presidente en 16 de enero. Por otro posterior se redujeron á un solo departamento de marina los dos que habia establecidos en Venezuela. Suprimió tambien la corte de justicia de Maturin, é hizo otras importantes reformas para economizar los fondos públicos. Desde Bogotá habia manifestado el Libertador su decidida opinion de que el remedio principal que debia aplicarse para disminuir ó curar del todo, si esto era posible, la penuria del erario de Colombia, era la economía y ahorro de gastos. Empero tanto el presidente como el vicepresidente Santander se olvidaban ó no juzgaban oportuna la reduccion del ejército, que mal pagado consumia casi todas las rentas de la República. Este ejército ordinariamente demasiado numeroso, era el cáncer que devoraba la sustancia de los pueblos. En vano clamaban los verdaderos patriotas civiles que conocian el estado de la hacienda pública. Hablábase de reformas, y en el momento salian á la palestra los jefes militares diciendo: — « que se odiaba al ejército, y que se pretendia deprimir á los libertadores. » Esta era la opinion de Bolívar, y á su ejemplo no habia excepcion alguna entre los jefes y oficiales militares: todos defendian unánimemente su causa, y estaban apercibidos por do quiera á sacar la espada contra los designios de los civiles reformadores, á quienes decian haber dado la libertad y que eran ingratos.

Una providencia del Libertador no pareció conforme á los principios adoptados generalmente por las naciones. Tal fué la prohibicion de exportar de los cuatro departamentos mulas, caballos y ganado vacuno. La escasez y alto precio de los bagajes motivó las dos primeras, y para la última no se presenta razon bastante. Debíase fomentar el comercio de ganados vivos en un país donde son tan abundantes las crias, que hacen la riqueza de gran parte de los habitantes de aquellos departamentos.

Distinguióse mucho la constancia y asiduidad en el trabajo del secretario general Revenga, y sus ardientes deseos de mejorar todos los ramos de la administracion pública de los cuatro

departamentos sujetos á la autoridad inmediata del Libertador. Cumpliendo las órdenes de este y desde los primeros dias de marzo, se acordó el decreto orgánico de la hacienda pública, creándose por él los empleados que debian intervenir en la direccion y manejo de las rentas. En seguida se organizaron las aduanas marítimas bajo del sistema de aranceles, que se formaron tambien, supriméndose el pago de los derechos por valor; sistema que regía en el resto de Colombia. Despues ocupó la atencion del Libertador y de su secretario general el arreglo de la renta del tabaco; monopolio que en otro tiempo habia sido tan productivo en Venezuela. Establecióse en seguida una comision que repartiera á los servidores militares de la patria, que le habian prestado sus servicios en la triste y para siempre memorable época de 1816 á 1819, los bienes nacionales que aun existian en el territorio venezolano.

Tampoco perdió de vista la educacion pública, que enteramente se hallaba descuidada en Carácas y en el resto de Venezuela : para mejorarla, aumentó las rentas del colegio seminario de Carácas, creó un colegio y academia para las niñas, dió un largo reglamento reorganizando la universidad, y estableció una facultad de medicina, á fin de promover el estudio de estas ciencias tan necesarias para aliviar y socorrer á la humanidad doliente. Los hospitales, los esclavos, las rentas de manumision, destinadas para dar libertad á estos, y otros muchos ramos del servicio público recibieron entónces mejoras importantes.

Tenian empero todos aquellos reglamentos un defecto capital : daban á los departamentos de la antigua Venezuela una administracion peculiar y distinta del resto de Colombia; por consiguiente impedian la amalgamacion en un todo político de las diferentes partes de la República. Preparábase de esta manera su disolucion futura. Bolívar la creía inevitable, segun varios documentos. ¿Trabajaria dominado por estas miras? No podemos creerlo.

Entre tanto que se hacian tales reformas en Venezuela, veamos lo que sucedia en los departamentos del centro y sur de la República.

Uno de los negocios á que el gobierno del vicepresidente dedicára sus cuidados, fué á la consolidacion de la deuda nacional interna. Con arreglo á la ley dictada por el último congreso

en 22 de mayo de 1826, se habia establecido en la capital de la República la comision del crédito público creada por dicha ley. Componíase del presidente del senado Luis A. Baralt, del secretario de hacienda Castillo, del doctor Francisco Soto, director, y de los contadores Rafael Caro y José María Cárdenas, nombrados por el congreso; el último hacía de secretario.

Esta comision trabajaba desde el 2 de agosto anterior, en que fué instalada, y se ocupaba con el mayor celo en abrir los libros para llevar las cuentas de la deuda pública interior que se habia liquidado y reconocido. Al efecto hizo los asientos correspondientes de las diferentes clases de la deuda interior, aunque con bastante imperfeccion, pues ninguno de sus miembros conocia ni habia practicado un buen sistema de contabilidad.

Ocupóse tambien la comision en colectar las rentas destinadas para la satisfaccion de los intereses y gradual amortizacion del capital. Empero se le presentaron obstáculos insuperables. La revolucion de Venezuela impidió por algun tiempo que la autoridad de la comision fuera reconocida en los departamentos de Venezuela, Maturin y Orinoco. Tampoco se podia contar con los productos de las rentas destinadas al crédito público en los departamentos del Ecuador, Guayaquil, Asuay y Zúlia, cuyos gastos eran tan superiores á sus entradas. Es cierto que estaba prohibido severamente el usar de aquellos fondos; mas la imperiosa ley de la necesidad todo lo superaba. Solo quedaba, pues, lo que rendian los cinco departamentos del centro, que por algun tiempo fueron los únicos que contribuyeron al aumento de los fondos destinados en auxilio del crédito público (1).

El establecimiento de la comision del crédito público y la separacion absoluta que hizo la ley de 22 de mayo de las rentas que destinaba al pago de intereses y amortizacion del capital,

(1) De los departamentos de Venezuela, Maturin y Orinoco bien poco ó nada se pudo conseguir en la capital para satisfacer los intereses de la deuda doméstica; á pesar de que sus habitantes eran muy exactos en ocurrir á que se les pagáran los intereses con las contribuciones de los Granadinos. Ni sus magistrados, ni los ciudadanos querian en lo general enviar á Bogotá, ó á la ciudad Santa, como por irrision la llamaban, un centavo de sus rentas públicas. Empero sí les agradaba mucho venir á que se les pagase en la capital sueldos y otras várias deudas. La sociedad era, pues, leonina en esta parte.

aumentó las angustias pecuniarias del ejecutivo colombiano. Si ántes de sufrir un desfalco tan considerable, en el que se incluían los productos del tabaco y la octava parte de las aduanas, no eran suficientes las rentas públicas para cubrir los gastos nacionales, ¿cómo podria satisfacer las mismas cargas con entradas mucho menores? El problema era insoluble en aquellas circunstancias, y desde entónces vieron los hombres previsivos que, ó no marcharia la administracion pública, ó sería necesario traer de nuevo á la masa comun las rentas destinadas para auxiliar el crédito público. Se esperaba, sin embargo, que las leyes dictadas por el último congreso y la cesacion de la guerra en el sur y norte aliviáran algun tanto la penosa situacion del ejecutivo colombiano: esperanzas que estuvieron muy léjos de realizarse, por la agitacion que en todas partes reinaba en los espíritus, de la que por desgracia germinaron nuevas revueltas contra la paz y la tranquilidad.

Desde que el Libertador siguió á Venezuela, el partido de la oposicion que existia en Bogotá comenzó nuevamente á levantar la cabeza. No pasaba semana sin que salieran en los periódicos algunos artículos que primero con embozo y despues claramente atacaban las opiniones y los hechos del Libertador, pintándolos como opuestos á la constitucion, ó que abrigaban miras siniestras y paliadas contra las libertades públicas. La presidencia vitalicia, la dictadura y la Confederacion con el Perú y Bolivia eran los temas sobre que rodaban tales declamaciones y amargas censuras.

Aumentáronse estas cuando se publicaron en Bogotá las medidas que durante su viaje á Maracáibo habia dictado el Libertador para reunir tropas, armas, elementos de guerra y dinero: el haber dispuesto de todos los caudales públicos existentes en las provincias del norte, por privilegiados que fueran, y pedido al vicepresidente doscientos mil pesos para los gastos militares, fué el orígen de nuevas declamaciones en los primeros dias de enero. Decia el partido exaltado, que se llamaba á sí mismo *republicano*, *constitucional* y exclusivamente *patriota*, que la guerra contra Venezuela para sojuzgar á Páez no tenia ya objeto; pues que no tratándose de restablecer el imperio de la constitucion y de las leyes, eran del todo inútiles los grandes sacrificios que iban á gravitar sobre la Nueva Granada, en una guerra que empeñada una vez sería larga y sangrienta. Proponian como reme-

dio que los departamentos del centro se denegáran á contribuir para hacer la guerra á sus hermanos de Venezuela, y que tambien se pronunciáran : unos decian que por el sistema de gobierno federativo, dividiendo á Colombia á lo mas en siete Estados; y otros querian que separándose los departamentos de la Nueva Granada de los del sur y norte de Colombia, formáran una República central llamada *Cundinamarca.* Este proyecto, que se juzgaba entónces ruinoso para la patria, era promovido en Bogotá por hombres respetables, que se dejaban arrastrar por sus pasiones violentas. Hubo dia (el 4 de enero) en que se pretendiera establecerlo por medio de una revolucion, que impidió el vicepresidente. Continuóse, sin embargo, buscándole prosélitos, especialmente por el doctor Vicente Azuero, quien publicó varios artículos en los periódicos de la época en que lo desenvolvia é inculcaba.

Santander tampoco apoyó por algun tiempo las miras y providencias del Libertador, para formar un ejército capaz de someter á Páez y á sus partidarios que intentáran hacer la guerra. Así fué que recibia y dejaba sin respuesta las comunicaciones del secretario general Revenga, aun cuando fueran las mas urgentes, bajo el pretexto de que el gobierno ignoraba en Bogotá el objeto de aquellos preparativos militares. Sin embargo varió de conducta á la mitad de enero, luego que recibió los decretos de Maracáibo, en los que se decia bien claro ser destinados los aprestos bélicos á restablecer el órden en Venezuela y en los otros distritos que desobedecian al gobierno nacional. Entónces dió providencias, aunque tardías, para que se enviasen al Libertador los socorros que habia pedido. Esta falta de cooperacion del vicepresidente, quien jamas hubiera auxiliado cordialmente á Bolívar en aquellas circunstancias, es una prueba adicional y perentoria de la cordura y acierto con que procedió aquel, ahogando la hidra de la guerra civil con su memorable decreto de 1° de enero.

El 2 de este mes era el que designaba la constitucion para abrir sus sesiones ordinarias el congreso de Colombia. Empero aquel acto importante no pudo realizarse : faltaron siete senadores y seis representantes para completar el número prescrito. Se podia sin dificultad llenar en breve la falta de los diputados; mas se creía harto difícil hacer lo mismo con los senadores, sin que vinieran á la capital algunos de los corres-

pondientes á los cuatro departamentos de Venezuela que faltaban. Recibióse poco despues la agradable noticia de la pacificacion del 1° de enero; suceso que reanimó las esperanzas de que se reuniria el congreso.

La pacificacion de Venezuela por medio de una completa amnistía concedida á todos los reformistas causó en Bogotá y en otros puntos donde eran numerosos los sostenedores de la constitucion y de las leyes una alegría mezclada con sentimiento. El que se hubiese restablecido el reinado de la paz, era placentero á todos los Colombianos. Empero de ningun modo les agradaba que se apellidára á Páez *Salvador de la patria*, y que se le tributáran tantos elogios, siendo así que ántes habia despedazado cruelmente la República. Tambien produjo mucho disgusto esa predileccion del Libertador por los principales trastornadores de Venezuela, los grados y empleos que les confirió, así como la fria indiferencia y aun mal trato que diera á muchos de los mas fieles amigos de la constitucion y del gobierno colombiano. Fuertes y justas censuras se publicaron en la capital de la República y en otros lugares contra semejante conducta, que fué considerada como parcial é impolítica.

Ántes de que el Libertador supiera la noticia de que no se habia reunido el congreso, dirigió á este en 6 de febrero la cuarta renuncia de la presidencia de la República, concebida en términos mas fuertes y expresivos que todas las anteriores. Despues de hablar de su viaje á Carácas y de los importantes decretos expedidos hasta entónces, recordaba que desde el Perú se habia denegado á admitir la primera magistratura de la nacion; que en la actualidad no existia peligro alguno exterior, y la paz doméstica reinaba en Colombia; así que rodeándole por todas partes las sospechas de una usurpacion tiránica, y no sabiendo los celosos republicanos considerarle sin un secreto espanto, era llegado el caso de admitirle su dimision. « Yo gimo, añadia, entre las agonías de mis conciudadanos y los fallos que me esperan de la posteridad. Yo mismo no me siento inocente de ambicion, y por lo mismo me quiero arrancar de las garras de esta furia, para librar á mis conciudadanos de inquietudes y para asegurar despues de mi muerte una memoria que merezca de la libertad.

» Con tales sentimientos renuncio una y mil millones de veces la presidencia de la República. El congreso y el pueblo

deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada será capaz de obligarme á continuar en el servicio público, despues de haber empleado en él mi vida entera. Y ya que el triunfo de la libertad ha puesto á todos en uso de tan sublime derecho, ¿solo yo estaré privado del uso de esta prerogativa? No : el congreso y el pueblo colombianos son justos : no querrán inmolarme á la ignominia de la *desercion*. Pocos dias me restan ya : mas de dos tercios de mi vida han pasado : que se me permita, pues, esperar una muerte oscura en el silencio del hogar paterno. Mi espada y mi corazon siempre serán sin embargo de Colombia, y mis últimos suspiros pedirán al Cielo su felicidad. Yo imploro del congreso y del pueblo la gracia de siempre ser ciudadano. »

Bolívar hizo publicar inmediatamente su renuncia, para que el pueblo colombiano quedára instruido de sus sentimientos y de su decision absoluta á dejar el mando que habia obtenido catorce años continuos; primero por nombramiento del ejército, y luego por el libre sufragio de sus conciudadanos. Los sentimientos emitidos por el Libertador en aquel célebre documento le merecieron los mayores elogios, tanto en las Repúblicas americanas como entre los liberales de la culta Europa.

Mas sus enemigos políticos que existian diseminados en varios puntos de los departamentos del centro, especialmente en Bogotá, no se desarmaron con aquellas protestas. De ningun modo las creían sinceras, fundados en que no lo habian sido las renuncias precedentes. Atribuían siempre al Libertador que abrigaba pensamientos secretos, y que persistia en sus proyectos de presidencia vitalicia, de constitucion boliviana y de Confederacion de Colombia, Perú y Bolivia. Hallábase al frente de este partido el general Santander como jefe; seguíanle los doctores Vicente Azuero y Francisco Soto con otros muchos. Defendian estos con vigor los principios estrictamente republicanos y democráticos, sin ceder un ápice, aun cuando en gran parte fueran inaplicables entónces á los pueblos de orígen español, como lo iba demostrando la experiencia de diez y siete años. El vicepresidente Santander á pesar de la improbacion constante de sus consejeros legales los secretarios de Estado, escribia contra Bolívar en la *Gaceta de Colombia* artículos, primero un poco disfrazados, y despues muy claros y explícitos. Azuero redactaba con su acostumbrada exaltacion y acrimonia un nuevo perió-

dico titulado *El Conductor*, que salia dos veces por semana, y en su mayor parte se costeaba de los fondos públicos, pues el gobierno de Santander se habia suscrito por doscientos cincuenta ejemplares, que circulaban en todas las provincias. Era el objeto principal de este periódico combatir las acciones y el sistema político del Libertador, sostener los principios republicanos, é inculcar la necesidad de que la Nueva Granada se pronunciára por la federacion, ó que del todo se desuniese de Venezuela y del Ecuador (1). Este proyecto envolvia la incógnita de separar enteramente del mando á Bolívar como Venezolano, quien no dejaba de inspirar temores á dicho partido que podemos llamar *de liberales exaltados.*

Por el contrario, combatian al mencionado partido con igual ó mayor acrimonia varios periódicos y papeles sueltos de Carácas y Cartagena. El general Mariano Montilla era el que capitaneaba en la última plaza la fuerte oposicion que allí existia contra el vicepresidente Santander y sus amigos políticos. Los llamaban *La faccion á Bogotá*, denominacion que no merecia el empeño noble y generoso con que los expresados ciudadanos ó la casi totalidad de los habitantes de la capital sostuvieron la constitucion contra las vias de hecho de Venezuela, y contra las actas populares con que se pretendiera abolirla. Pudo haber exceso de celo y cometerse errores por aquel partido político; pero tambien se cometieron por los que lo censuraban con tanta aspereza.

En nuestra opinion, uno de aquellos errores fué excitar á los oficiales militares de la guarnicion de Bogotá á que dirigieran al poder ejecutivo una exposicion en favor de la constitucion de Cúcuta, y contra la presidencia vitalicia ó heredada por sucesion. Este paso, elogiado por Santander, fué el orígen de iguales exposiciones de los militares de Cartagena, Maracáibo y otros puntos en favor del Libertador presidente : estas piezas contenian expresiones duras y amenazantes contra el partido que se les oponia. Semejantes pasos indebidos excitaron quejas amargas y profundos temores en muchos individuos del partido exaltado, los que fortificaron mas su opinion de que existia el tiránico proyecto de oprimirlos por la violencia; mas debieron acordarse, que ellos habian sido los primeros en llamar la fuerza

(1) Véase la nota 60ª.

armada á que se pronunciase por los principios que sostenian ; funesto precedente que produjo consecuencias desgraciadas.

Los reiterados y severos ataques que mutuamente se hacian los partidos por medio de la imprenta y los temores y esperanzas de cada uno de ellos, y los varios sucesos que hemos referido, aumentaban cada dia mas y mas la irritacion de los ánimos. En tales circunstancias, un suceso inesperado para la generalidad vino á multiplicar la confusion y á sacudir fuertemente en Colombia las teas incendiarias de la discordia civil.

APÉNDICE.

NOTAS ILUSTRATIVAS

DEL TOMO TERCERO

DE LA HISTORIA DE COLOMBIA.

Nota 1ª. — Página 22.

Casi en todas las contratas que se hicieron en la Gran Bretaña por don Luis López Méndez, comisionado de Venezuela, con los coroneles Hippisley, Mac-Donald, Ikeene Wilson y otros, para enganchar tropas europeas que pasáran á la Costa-Firme á combatir por su independencia, tenian las siguientes bases : 1ª que se aseguraban á los jefes, oficiales y soldados la misma paga y gratificaciones que daba el gobierno inglés á los de igual clase en su ejército, las que principiarian á correr á los jefes y oficiales el dia que se embarcáran, y á los soldados cuando llegáran á Margarita ó á la Costa-Firme ; 2ª que fuera de esto, á su arribo á Carácas se les pagarian, como una compensacion de los gastos de pasaje y sin tardanza alguna, las siguientes sumas : doscientos pesos á los coroneles y comandantes y á los demas oficiales que tuvieran despachos ; ochenta pesos á cada uno de los que no tuvieran despachos y á cada soldado. Este mismo sistema de contratas se siguió despues por los demas enganchadores de tropas

destinadas á Venezuela, que fueron los coroneles English, Gilmore, Elsom y el general d'Evereux, segun expresamos por menor en la nota cuarta.

Nota 2ª. — Página 46.

El general Morillo publicó en Carácas, el 6 de setiembre de este año, un manifiesto, en que pretendia contestar á las acusaciones hechas por Enrique Somoyar, y vindicarse de los cargos relativos á sus crueldades cometidas en la Nueva Granada contra los desgraciados patriotas. El cuadro exacto, y que nadie es capaz de contradecir, que trazamos en la primera parte de esta *Historia*, de todo lo que ejecutó Morillo en nuestro país, no puede contestarse de modo alguno. La conducta posterior del conde de Cartagena fué mejor en Venezuela, y nuestra pluma tambien le ha hecho justicia como era debido.

Nota 3ª. — Página 52.

Bolívar pasó una gran parte de su vida pública en viajes, unos militares y otros con objetos políticos. En la segunda parte, capítulo IX, hemos bosquejado su modo de viajar en las campañas de los Llanos de Venezuela. Darémos ahora una idea ó lijero bosquejo de cómo lo hacía en la Nueva Granada y en el Perú desde 1819 para adelante : ya era mejor la suerte de la República, y por consiguiente el Libertador podia gozar de mayores comodidades que en las difíciles campañas de Venezuela.

Cuando Bolívar tenia que viajar, se levantaba á las seis de la mañana, se afeitaba y vestia ántes de salir de su cuarto, pues era aseado en extremo. Despues tomaba por desayuno un poco de chocolate, hecho lo cual, entre siete y média y ocho de la mañana montaba á caballo, y seguia su camino algunas veces muy aceleradamente. Gustaba preguntar noticias á los transeuntes, y se molestaba si no le contestaban á su satisfaccion. Iba siempre acompañado por su estado mayor, y ordinariamente caminaba seis leguas, poco mas ó ménos, segun las distancias de las poblaciones. Comia lo que le tenian preparado en estas, y desde el momento en que llegaba se ponia con algun secretario, oficial ó escribiente á despachar sus órdenes ó correspondencia particular. En los climas cálidos lo hacía

recostado en su hamaca, y en los frios en una cama ó en un sofá, y siempre leyendo al mismo tiempo en un libro. Jamas su mayordomo llevaba provision de víveres, á excepcion de unas pocas botellas de vino, lo que muchas veces le sujetaba á larga abstinencia y á molestas privaciones. Era parco en la comida, y solo bebia algun poco de vino lijero, y jamas licores espirituosos, que detestaba, así como el tabaco. En la mesa y despues de comer se entretenia conversando familiarmente con las personas de la casa donde se hospedaba, ó con sus compañeros de viaje. Nunca jugaba á ninguna clase de juego, y por lo comun se acostaba á las nueve de la noche. Al dia siguiente se repetia la misma distribucion, y solo añadirémos que en los climas ardientes se bañaba con frecuencia, y no perdia la ocasion que le presentára algun rio, pozo ó arroyo cristalino.

Para hacer con comodidad sus viajes, tenia Bolívar excelentes mulas y caballos de silla; sobre todo cuando regresó del Perú á Colombia, trajo una recua de mulas soberbias, tanto por su hermosura como por sus pasos y valentía para viajar en nuestras montañas. Llevó entónces hasta Carácas algunas mulas que le acompañaban desde Bolivia; pocos ejemplares habrá de caballerías que hayan pasado así á lo largo de la mayor parte de la cordillera de los Ándes. Bolívar, en su juventud y hasta 1824, fué muy fuerte é infatigable en sus viajes. Empero despues de Ayacucho comenzó á decaer y á debilitarse en su físico, de modo que desde entónces caminaba pocas leguas cada dia, y tenia que descansar con frecuencia. Su constitucion no pudo resistir á trabajos tan continuados física y moralmente: su cuerpo enflaqueció, y el Libertador era un viejo desde ántes de morir, cuando apénas contaba cuarenta y siete años y medio.

Nota 4ª. — Página 84.

Creemos que será importante conservar la memoria de las diferentes expediciones de tropas inglesas que zarparon de los puertos de la Gran Bretaña para la Costa-Firme en la época expresada, y los hombres que condujeron. Los números son aproximados en su mayor parte, segun noticias comunicadas por personas contemporáneas y fidedignas.

En 1817.

El buque *Indio* con el coronel Skeene y trescientos hombres. Nau-

fragó en las costas de Francia. 300

El *Príncipe* con el coronel Wilson y el cuadro de un cuerpo de caballería 60

El *Esmeralda* con el coronel Hippisley y los cuadros del primer regimiento de húsares de Venezuela y del primer regimiento de lanceros. 120

El *Dowson* con el coronel Campbell y el cuadro de un regimiento de Rífles 130

El *Britania* con el coronel Gilmore y un cuadro para una brigada de artillería. 90

El *Grace* con el coronel Mac-Donald y algunos oficiales sueltos 20

720

Muchos de estos oficiales y soldados murieron al servicio de la República, algunos de ellos en la guerra.

En 1819.

En este año arribaron á las costas de Venezuela : primero, como quinientos setenta y dos hombres enganchados y contratados por el coronel Elsom. 572

De la contrata del coronel English llegaron á Margarita mil doscientos 1,200

Á id., Alemanes de la contrata de Elsom. 300

El general Mac-Gregor trajo á las costas de la Nueva Granada 600

El coronel Meceroni condujo despues á las mismas costas 300

El general d'Evereux envió á Colombia, segun documentos auténticos que tenemos á la vista, y que formaron la legion irlandesa. 1,729

Del buque *Norr,* que naufragó en Barbada, y correspondian á dicha legion. 187

Del buque *Flora,* que su capitan y el coronel Gore sustrajeron para unirlo á la expedicion de Mac-Gregor, y correspondian á la misma legion. 200

5,088

Los restos de los oficiales y soldados europeos que vinieron á Venezuela en 1817, y parte de los contratados por el coronel Elsom, combatieron valerosamente en Boyacá bajo el nombre de *Legion*

británica. Despues formaron el batallon Albion, que tanto se distinguiera en las campañas de la Independencia. Dieron tambien jefes y oficiales al batallon Rífles, aun mas célebre en las mismas campañas. Las reliquias de la expedicion de English, que Urdaneta condujo á las costas orientales de Venezuela, compusieron el batallon Carabobo, distinguido igualmente en la guerra de Independencia.

Nota 5ª. — Página 85.

Calculado el cambio á cinco pesos fuertes cada libra esterlina, son tres millones seiscientos cincuenta y ocho mil ochocientos diez pesos (3,658,810). La primera emision de obligaciones que hizo Zea fué de libras 547,978 11. Tal era la deuda reconocida de Colombia hasta el 28 de marzo de 1821, sin contar los intereses vencidos desde el 1° de agosto de 1820. Todo esto consta de documentos auténticos que tenemos á la vista. Posteriormente se liquidaron otras deudas, y se expidieron obligaciones por libras 183,978 11. — Quedaban por liquidar los créditos que reclamaban el general d'Evereux y algunos otros acreedores.

Nota 6ª. — Página 95.

De Chile solo trajo el capitan Muñoz mil seiscientos fusiles, de los cuales cedió setecientos á la junta de Guayaquil. Un comerciante inglés, M. B. Halton, condujo al puerto de la Buenaventura dos mil quinientos sesenta fusiles con otros varios artículos militares. Comprólos el gobernador de Popayan con aprobacion del vicepresidente de Cundinamarca, los que se destinaron para el ejército del Sur.

Nota 7ª. — Página 122.

Las proposiciones de San Martin que hemos extractado en el texto, aunque auténticas, parece que no se presentaron al virey Laserna. Empero sí le presentó San Martin las siguientes :

« Si se reconoce la Independencia y se declara de un modo público y solemne, el general San Martin hace las siguientes proposiciones :

1ª El general Laserna será reconocido presidente de una Regencia, compuesta de tres individuos; 2ª el mismo general ó el que él elija mandará los ejércitos de Lima y patriótico como una sola fuerza; 3ª quedará sin efecto la entrega pretendida y convenida del castillo del Real Felipe y demas fortificaciones del Callao; 4ª el general San Martin marchará á la Península en compañía de los demas que se nombren para negociar con el soberano de España; 5ª las cuatro provincias pertenecientes al vireinato de Buenos Aires quedarán agregadas á la Monarquía del Perú; 6ª el grande objeto de estas proposiciones es el establecimiento de una Monarquía constitucional en el Perú; el monarca será elegido por las cortes generales de España, y la constitucion á que quede ligado será la que formen los pueblos del Perú; 7ª se cooperaria á la union del Perú con Chile para que integrase la Monarquía, y se harian iguales esfuerzos respecto de las provincias del Rio de la Plata.

« VENTAJAS QUE RESULTAN DEL PLAN ANTERIOR.

» 1ª La apertura del comercio de los Españoles al arribo de la primera noticia, con la rebaja de un cinco por ciento en todos los efectos introducidos bajo el pabellon español, y la exclusiva de los principales productos de la Península; 2ª metodizar el establecimiento de comercio, procurando por este medio el que los extranjeros en los diez y seis ó veinte meses de armisticio no reporten el fruto del giro, extrayendo todo el metálico numerario; como sucederia en el intervalo citado por la facilidad de suplir el país de mercaderías con antelacion á la España; 3ª reasumido todo bajo un sistema, se ganaba este tiempo preciso para uniformar las ideas de los pueblos, organizarlos, establecer las autoridades por una sola cabeza, y preparar la constitucion adecuada á nuestras costumbres, á las preocupaciones y atraso del país; 4ª que desaparece la actitud militar ó de guerra en que necesariamente quedarian ambas partes, si han de estar á las resultas del armisticio, y de consiguiente se disminuirian los sacrificios de los pueblos; 5ª que admitida la propuesta, se mantendrian aquellas tropas que la Regencia tuviese por convenientes, resultando de esto una economía incalculable; 6ª que la actitud pasiva y de paz sólida en que quedaba el Estado del Perú, abriria nuevos canales al comercio de las Provincias Unidas y Chile, proveyéndose, entre otros ramos, de las mulas nuestras para el tráfico interior y fomento de la minería; 7ª que los Españoles acaudalados no emigrarian con sus capitales para fijarse en países extranjeros;

8ª que en este caso no se permitiria establecer ninguna casa de comercio extranjera, como debia suceder en el intervalo del armisticio en los puntos que ocupa el ejército libertador para llenar sus necesidades; 9ª que Guayaquil, cuya intencion es unirse á Colombia, «se uniria al Perú por grado ó por fuerza,» como puerto necesario para los progresos de la Monarquía; 10ª que restablecidas las relaciones con la España, cesaria el odio ya generalizado entre Españoles y Americanos, y cuantos se estableciesen en esta parte de América gozarian de los mismos beneficios que los naturales, de modo que el soberano que se estableciese hallaria una sola familia; 11ª que activado por este medio el comercio marítimo de la España, se aumentaria su marinería, al mismo tiempo que progresaria en los ramos de su industria; 12ª que los gastos de la escuadra no gravitarian sobre este país en el largo intervalo del armisticio, supuesto que establecida la paz definitivamente era consiguiente la reduccion hasta el punto que solo quedase la fuerza necesaria para celar el contrabando; 13ª que mucha parte de los negros enrolados en los ejércitos podrian repartirse en las haciendas bajo un régimen que conciliase su libertad y la labor de las haciendas.»

Nota 8ª. — Página 144.

Las declamaciones privadas de algunos diputados contra el gobierno militar de la República llegaron á oidos del Libertador y del general Santander; ambos las recibieron muy mal. Despues se verá lo que dijo Bolívar al congreso. Santander publicó en el número 91 de la *Gaceta de Bogotá* un artículo contra los reformadores en el futuro congreso, en que manifestaba descontento y recelos. En lo general, los militares veían con torvo ceño la reforma del gobierno militar que existia, la que juzgaban iba á hacerse precipitadamente.

Nota 9ª. — Página 145.

En esta segunda época de la República se habia sustituido con generalidad en todos los escritos el tratamiento de *Señor* al *Don* antiguo, y al tratamiento de *Ciudadano*, que se acostumbrára tanto en Venezuela como en la Nueva Granada en la primera época de su

trasformacion política. Usábase, y aun se usa generalmente el *Don* en el trato privado, y cuando se nombra á alguna persona. En el resto de la América española, exceptuando á Colombia, se ha conservado el *Don* de palabra y por escrito. Acomodándonos en el curso de esta *Historia* al uso colombiano, darémos el tratamiento de *Señor* á las personas que nombráremos cuando no tengan otro título por sus empleos.

Nota 10ª. — Página 150.

Fueron los Colombianos los primeros, despues de Chile, que por una ley general trataron de extinguir la esclavitud en su vasto territorio : filantropía que no ha tenido imitadores, ni entre sus hermanos de la América del Sur, ni entre los de la del Norte. En 1824, cuando vinieron á Bogotá los primeros comisionados ingleses, fué uno de sus encargos recoger y enviar al secretario respectivo de S. M. B. todas las leyes y decretos españoles y de la República que tratáran sobre la condicion y libertad de esclavos. — El que esto escribe franqueó como secretario del interior los documentos pedidos. Tuvo igualmente el honor y satisfaccion de firmar como presidente del congreso la ley que dió libertad á los hijos de las esclavas, que habia redactado por encargo especial del mismo congreso, y de que su tio el doctor Félix Restrepo hubiera sido el principal promotor y defensor elocuente de la libertad de los esclavos. — (Escribíase esto en 1848.)

Nota 11ª. — Página 152.

El 6 de setiembre se publicó en el Rosario de Cúcuta el primer número de la *Gaceta oficial* del gobierno de Colombia : duró hasta 29 de diciembre de 1831, en que salió el número 556, que fué el último. Esta es una coleccion preciosa, que contiene los anales de Colombia, el espíritu de sus diferentes gobiernos, y los principales documentos de su corta pero gloriosa vida.

Nota 12ª. — Página 162.

Méjico se habia erigido en imperio bajo el plan de Iguala, que

presentó don Agustin Itúrbide en 24 de febrero de este año; fué confirmado por el tratado de Córdoba, que el mismo Itúrbide celebró con el capitan general don Juan Odonojú. En consecuencia Itúrbide ocupó á Méjico, y las tropas españolas debian trasladarse á la Península. — En el Perú el general San Martin habia asumido la suprema autoridad con el título de *Protector*; pero mas de la mitad de aquel vireinato estaba aun dominado por los Españoles.

Nota 13ª. — Página 163.

Para conseguir Zea veinte mil libras esterlinas que pensaba emplear en este viaje á Madrid, expidió obligaciones á nombre de Colombia con el interes del diez por ciento anual, hasta la suma de sesenta y seis mil seiscientas sesenta y seis. ¡Sacrificio escandaloso!.....

Nota 14ª. — Página 206.

La descripcion de esta refriega tomada del boletin que hizo publicar el mismo Soublette, es harto incomprensible. ¿Cómo fué que esto permaneció en la inaccion hasta las tres de la tarde, á tan corta distancia del enemigo, y sin examinar si Boyacá triunfaba como creía, ó habia sido derrotado? Los militares podrán explicar la accion de Dabajuro, que los realistas consideraron como un triunfo completo.

Nota 15ª. — Página 229.

El coronel don Bernardo Monteagudo era natural de Buenos Aires, y vino al Perú en compañía de San Martin. Adornábanle talentos muy distinguidos, y desde el principio de la revolucion de la América española habia trabajado en promoverla. Él mismo aseguró en un manifiesto publicado en Quito en 1823, que al comenzar su carrera política habia sido el mas exaltado demócrata; pero que la experiencia le obligó á variar de principios, porque la democracia pura de ningun modo convenia á los pueblos de la América española, y ménos á los del Perú, donde habia tanta desigualdad de clases y fortunas. Decia que esta era la clave de sus principios y de su conducta política en el gobierno del Perú.

Nota 16ª. — Página 231.

Esta es digna de conservarse, y decia : « El general San Martin. — Presencié la declaracion de la Independencia de los Estados de Chile y del Perú ; existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público; hé aquí recompensados con usura diez años de revolucion y de guerra.

» Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas : hacer su Independencia y dejar á su voluntad la eleccion de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado, por mas desprendimiento que tenga, es temible á los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte yo estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país; pero en clase de simple particular, *y no mas*.

» En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones. Los hijos de estos darán el verdadero fallo.

» ¡ Peruanos ! os dejo establecida la representacion nacional : si depositais en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va á devorar.

» Que el acierto presida á vuestros destinos, y que estos os colmen de felicidad y paz. — Pueblo-Libre y setiembre 20 de 1822. — José de San Martin. »

La historia de la Independencia del Perú se halla ligada estrechamente con la de Colombia. Por esto hemos creido necesario recordar los principales sucesos de aquella, que servirán de base para la futura narracion de todos los hechos de los Colombianos en el Perú, hasta que dejaron establecida sólidamente la Independencia de este hermoso y rico país.

Nota 17ª. — Página 269.

Despues de la muerte de Zea se dijo por los prestamistas, que toda la correspondencia dirigida al gobierno colombiano por aquel negociador habia sido interceptada; Zea indicó en un oficio de 22 de julio de 1822 : — « que esto provenia de la notoria infidelidad de la administracion de las postas de Paris. » Díjose tambien, que la cor-

respondencia existia, primero en Francia y despues en Lóndres, en poder de una persona que jamas fué nombrada, que pedia cien mil francos por entregarla, asegurando haberle costado dicha suma el conseguirla. Zea debió duplicarla cuando tuvo datos de la intercepcion; entónces habria justificado su largo y de otro modo inexplicable silencio.

Nota 18ª. — Página 338.

El señor Joaquin Mosquera negoció los tratados con el Perú, Chile y Buenos Aires, hasta donde llegó en su comision diplomática. Desempeñóla hábilmente y con un desinteresado patriotismo, dando por todas partes una idea muy ventajosa del gobierno que representaba, y de los principios verdaderamente republicanos del negociador, así como de sus virtuosos talentos.

Nota 19ª. — Página 384.

Los comisionados españoles eran don Antonio Luis Peréira y don Luis de la Robla. Estos acordaron un tratado con don Bernardino Rivadavia, secretario de relaciones exteriores del gobierno de Buenos Aires, y lo firmaron en 4 de julio, estableciendo un armisticio por diez y ocho meses, que debia extenderse al Perú. Estipulóse que durante dicho armisticio se negociaria un tratado definitivo de paz y amistad entre los súbditos de S. M. C. y los de Buenos Aires. — Este convenio de ningun modo fué aprobado por el virey del Perú, sin embargo de que envió á Salta al brigadier don Baldomero Espartero á tratar con Las Heras, comisionado de Buenos Aires : mision que ningun efecto produjo.

Nota 20ª. — Página 389.

Fué bien desgraciada la suerte de Torretagle. Despues de la batalla de Ayacucho se encerró en el Callao con su esposa é hijos: el hambre y las enfermedades los hicieron perecer á todos. Berindoaga volvió á desertarse hácia los patriotas; mas en virtud de órdenes del Liber-

tador fué juzgado por sus infames traiciones, y murió en un patíbulo. El general Portocarrero se ocultó en los bosques.

Nota 21ª. — Página 391.

Nos parece importante copiar aquí los principales oficios del secretario general del Libertador, en que se expresan con la mayor fuerza y claridad los peligros que los Colombianos y su ilustre jefe corrian entónces en el Perú. Dicen así :

« República de Colombia. — Secretaría general. — Cuartel general en Trujillo, á 22 de diciembre de 1823. — 13º. — Al señor secretario de guerra y marina de Colombia.

» Señor secretario. — Acaba de saberse que los enemigos han ocupado á Ica, Pisco y Cañete, y que se hallan por consiguiente con su ejército á veinte leguas de la capital. Esta operacion es muy conforme á las circunstancias, pues habiendo vencido al general Lanza en una batalla que acababa de presentarles en Cochabamba, ya han sido cuatro veces victoriosos. Saben tambien que la expedicion chilena ha regresado á Coquimbo : sabian que la escuadra peruana se dirigia á bloquear estos puertos; sabian que el ejército del Norte que tenia Riva Agüero nos tenia declarada la guerra; cuentan con muchos amigos en la capital; y aunque no ignoran que de Colombia deben llegar nuevos refuerzos, todo lo esperan de su audacia, y han querido anticiparse á la llegada de dichas tropas. Dueños del Alto-Perú han pretendido dominar el Bajo, ántes que tuviese lugar el armisticio general que se ha propuesto por el gobierno de Buenos Aires.

» Por consiguiente es extremadamente embarazosa la posicion en que se halla S. E. el Libertador, porque no contando mas que con cuatro mil Colombianos, de los cuales deben quedar mil en el Callao para su indispensable guarnicion, apénas se pueden presentar contra el enemigo ocho mil hombres de tres naciones diferentes, entre los cuales apénas habrá cuatro mil veteranos. Ademas, las fortalezas del Callao necesitan para su defensa tres mil hombres, porque la conservacion de aquella plaza es de la mas grande importancia. De aquí es que no pueden salir á campaña mas que cinco mil hombres, miéntras los enemigos traerán mas de doce mil, y pueden presentarse en donde quieran con todo su ejército.

» Una desproporcion tan remarcable suministra bastante funda-

mento para temer la pérdida del Perú ántes de cuatro meses, y entónces la pérdida del Callao será inevitable, pues que teniendo ya los enemigos en el Pacífico cuatro buques de guerra, y poseyendo algunos puertos, nada les será mas fácil que sitiar y bloquear á un tiempo la plaza del Callao. Las ventajas de los Españoles serán decisivas desde que adquieran, como es probable, la preponderancia marítima.

» Poseyendo los Españoles las principales fuentes de riqueza en los minerales del Alto y Bajo-Perú, y sobrándoles todo, porque tienen sistema y rigor, miéntras nosotros no podemos mantener nuestra escuadra por falta de numerario, es mas que verosímil que los enemigos armen en breve una escuadra numerosa : con ella podrán ejecutar sus desembarcos en Guayaquil y Esmeráldas, miéntras que por tierra marcharán á Loja y Cuenca; así es que á merced de las corrientes se trasladarán dentro de cuatro ó seis dias al corazon del Sur de Colombia; amagarán á Guayaquil desde la Puná, y harán su desembarco en Esmeráldas, desde donde penetrarán á Quito sin resistencia.

» Entre tanto nuestro ejército nada podrá hacer, porque no podrá bilocarse. Si se concentra en Quito, entrarán los enemigos por Loja ó Guayaquil, y adquirirán todos los medios de subsistencia y de movilidad para emprender. Si nuestro ejército se dirige á Guayaquil y Loja á la vez, puede quedar dividido, debilitado, y aun cortado por Esmeráldas y aun por Barbacóas. Los Pastusos y Patianos tomándonos la espalda, nos impedirán la retirada y las comunicaciones con Bogotá. Ademas, la posicion de Pasto es insostenible con poca tropa por la mala voluntad de sus habitantes, y con mucha, por la falta de recursos. Patía y Popayan de nada valen. El Cáuca está destruido, y así es que Néiva y Bogotá vendrán á ser un nuevo teatro de guerra.

» Nadie dudará que es mas fácil defender á Colombia aquí con ocho mil hombres que en Quito con doce; porque la plaza del Callao, los desiertos de la costa y los riscos de la sierra presentan obstáculos difíciles de superar. El dar una batalla en el Perú es inevitable y aun conveniente, porque aunque su éxito sea dudoso, el ejército se pierde infaliblemente en una retirada; los Peruanos se quedarán en su país, los Quiteños desertarán al suyo, y no nos quedarán sino algunos cuadros de Colombianos vivos.

» No pudiendo contar con tropas chilenas, porque regresaron á su país, ni con argentinas porque se irán en breve, ni con Peruanos

por ineptos para la guerra, debemos resolvernos á sostener esta lucha con solo Colombianos.

» El ejército de Colombia ha sufrido tres mil bajas entre muertos y desertores; pero en recompensa nos han quedado los mas excelentes soldados.

» S. E. el Libertador, que en trece años de la mas cruda guerra ha hecho los mas grandes sacrificios por la salud de la República de Colombia, cree necesario hacer otro nuevo, y el mas grande de su reputacion en el Perú, por alejar la guerra del sur de Colombia y economizar la sangre y los sacrificios de una nacion á quien dió el ser. S. E. quiere que el poder ejecutivo someta á la contemplacion del soberano congreso todas las reflexiones que á su nombre he tenido el honor de anunciar á Us., para que en su consecuencia se sirva acceder á la remision de doce mil Colombianos en estos términos. Tres mil que se pidieron anticipadamente, de los que se ha tenido noticia navegan ya de Cartagena por el istmo para las costas del Perú. Tres mil que ha pedido S. E. el Libertador al poder ejecutivo, desde el instante que supo la disolucion del ejército peruano á las órdenes del general Santa Cruz; y seis mil que pide nuevamente ahora á S. E. el vicepresidente.

» Con el objeto de pedir estos últimos va el coronel Ibarra; y S. E. el Libertador desea que mil de ellos á lo ménos sean llaneros, pues que no siendo conocida la arma de caballería en el Perú, no se puede reemplazar con hombres que no sean jinetes.

» Quiere S. E. que tres mil hombres de los doce mil pedidos vengan á Pasto por Almaguer y el Trapiche, y que de allí pasen á la provincia de Quito : los demas pueden venir por mar al istmo, y de allí á Quito por Esmeráldas ó Guayaquil, segun las órdenes que se les comuniquen.

» Es una recomendacion especial de S. E. el Libertador que los hombres pedidos sean veteranos, y que si fuere posible vengan los cuerpos de la guardia, completados del mejor modo, de ochocientas á mil plazas cada uno.

» S. E. el Libertador me manda ademas decir á Us. eleve á la consideracion de S. E. el vicepresidente la grande necesidad que tenemos de armamento y municiones, para que S. E. se sirva determinar el envío de un competente número de armas, y muy particularmente de fusiles.

» Á pesar de los vehementes deseos que el Libertador tiene de ir á Colombia para pedir personalmente estos auxilios, los peligros que

inminentemente amenazan al Perú y al ejército de Colombia, no permiten á S. E. abandonar al Perú á discrecion de sus enemigos; y sería nada la pérdida del Perú, si en seguida no quedase expuesto á los mismos peligros el Sur de Colombia. — Dios guarde á Us. — Señor secretario.— El secretario general interino. — José D. Espinar.»

OTRA COMUNICACION.

«Secretaría general. — Cuartel general en Pativilca, á 25 de febrero de 1824. — Al señor secretario de Estado del despacho de la guerra de la República de Colombia.

» Señor secretario. — El 5 del presente se sublevó el regimiento del Rio de la Plata, que guarnecia las fortalezas del Callao; prendió á todos sus oficiales y al gobernador; puso en libertad á los prisioneros españoles detenidos en las bóvedas; proclamó al rey de España y enarboló su pabellon en los tres castillos. Mil y mil tentativas se han hecho para hacer una contrarevolucion y poner de nuevo en nuestro poder las fortalezas; pero todo hasta ahora ha sido inútil, y los facciosos continúan siendo dueños de ellas.

» Este desgraciado acontecimiento, que nos ha arrancado el único punto fortificado del Perú y nos ha privado de los depósitos considerables de elementos de guerra de todo género que contenia, es de una trascendencia incalculable.

» Se perderá la ciudad de Lima porque no hay tropas que oponer al brigadier Rodil, que se movió ya sobre ella desde Pisco, que solo dista sesenta leguas; y con la pérdida de la capital perderémos una gran parte de la moral y los infinitos recursos que da una capital tan populosa como aquella.

» Las noticias de la Sierra aseguran que se espera á Valdes en Jáuja, donde se halla Canterac actualmente con cerca de siete mil hombres, y será reforzado por Valdes con mas de cuatro mil. Reunidos Canterac y Valdes, marcharán sobre nuestras posiciones de la provincia de Huamalíes en la Sierra, y nosotros no podemos hacer frente con cuatro mil Colombianos á once mil realistas. Estamos faltos de caballería, pues la tropa colombiana de esta arma apénas pasa de cuatrocientos hombres. El ejército del Perú asciende á tres mil hombres bisoños, llenos de vicios por los partidos en que han estado envueltos, y no son dignos de confianza. Los Españoles, pues, ocupan las fortalezas del Callao : ocuparán la capital y marcharán sobre nosotros todos á la vez, porque tienen fuerzas para todo, contando con mas de catorce mil hombres y con todo el pingüe y rico

país del Perú. Esta es la situacion exacta de este Estado, y la de S. E. el Libertador, que no tiene fuerzas suficientes que oponer al enemigo; y si se retira por países infernales, desiertos, desprovistos, malsanos, va á perder todo el ejército de Colombia en una retirada inmensa y llena de dificultades.

» Desde que S. E. pidió á principios del año pasado auxilios al gobierno para el Perú, le hizo una descripcion exacta del estado militar y político de esta nacion. En todo el curso del año de 23 no ha dejado S. E. de repetir el triste cuadro que esto presentaba, y que cada dia se empeoraba, y de repetir sus demandas de hombres, de armas, de municiones y de dinero; pero hasta hoy solo se han recibido algunos fusiles, pólvora y plomo, y poco mas de cuatrocientos hombres del batallon Istmo; de ellos la mayor parte reclutas.

» S. E. repite hoy lo que ha dicho tantas veces, que si no es auxiliado por el gobierno lo ménos con doce ó diez y seis mil hombres armados y equipados, entre ellos mil por lo ménos de caballería de llaneros de Venezuela, no puede responder ni del Perú, ni de la salvacion del ejército de Colombia que se halla aquí, ni de los departamentos del sur, que todos caerán en poder del enemigo, pudiendo quizá ir á hacer alto del otro lado del Juanambú, si los Pastusos están para entónces ya exterminados. La urgencia y la prontitud con que S. E. reclama y espera estos auxilios debe conocerla el gobierno por la posicion en que se halla S. E. frente al enemigo, con ménos fuerzas que él y con inmensos desiertos para una retirada. Así, señor secretario, solo la actividad y el celo de nuestro gobierno puede salvar al Perú, y puede salvar nuestro ejército, enviando á S. E. prontos y poderosos auxilios de soldados veteranos, armados y equipados; enviando auxilios de municiones y de elementos de guerra de todo género.

» Muchas veces ha demostrado S. E. el Libertador al gobierno, que la pérdida del Perú produciria necesariamente la de todo el sur de Colombia, y que el enemigo, poderosamente reforzado aquí, comenzará en Colombia una nueva guerra; que cuantos refuerzos y auxilios se envíen en favor del Perú, son otros tantos medios de seguridad propia que emplea Colombia, y que es mas ventajoso venir á hacer la guerra en un país ajeno, que esperarla en el corazon del suyo, como sucederá infaliblemente si el Libertador es derrotado aquí ó se retira á Colombia; lo que tambien sucederá infaliblemente si no recibe prontos y poderosos auxilios de nuestro gobierno.

» Ha pedido tambien S. E. algunos oficiales para nuestra marina

del sur, que está absolutamente escasa de ellos, y puesta en manos de extranjeros. Ha pedido tambien lona, jarcias, hierro para nuestros buques, que están desprovistos de todo, y en estos mares estos artículos son caros y escasos.

» Tambien ha pedido S. E. que se remitan dos millones de pesos para la subsistencia de las tropas, y para hacer la guerra; y S. E. repite ahora su instancia pidiendo que se le manden vales contra el empréstito de Lóndres, si este ha tenido efecto, para ver si aquí se logra que entre los comerciantes extranjeros hay quien quiera cambiar estos vales dando algunas cantidades en dinero. De resto, no puede calcular el gobierno cuál es la miseria de numerario á que esto está reducido, ni cuáles los obstáculos invencibles que se tocan de poder conservar un ejército sin paga, que está expuesto á cometer el mismo crímen que los soldados del Rio de la Plata, por las privaciones que sufren, y por el mal ejemplo que acaban de recibir por los facciosos del Callao.

» No hay cómo ponderar á Us. la escasez de numerario que tenemos: así es que S. E. insta por que los dos millones que pide no se le remitan todos en letras, que son muy difíciles de cambiarse, sino que se le remita en numerario tanto cuanto se pueda, y si es posible la mayor parte. — Dios guarde á Us. — J. Gabriel Pérez. »

OTRA COMUNICACION.

« Secretaría general. — Cuartel general en Trujillo, á 31 de marzo de 1824. — Al señor secretario de marina y guerra.

» Señor secretario, por un mismo correo he recibido ántes de ayer las comunicaciones de Us. de 19 de setiembre del año pasado, marcadas con los números 88, 89 y 90, y las copias que contienen las noticias de Maracáibo. S. E. el Libertador queda impuesto de cuanto Us. comunica en dichas comunicaciones. El capitan Jurado no ha llegado aun á este cuartel general, ni el de igual clase Pinzon. Las de 21 de noviembre marcadas con los números 107 y 108, cuyo contenido tambien he puesto en conocimiento de S. E. el Libertador con las noticias relativas á la mision dirigida por S. E. el general Soublette al conde Donzelot y contestacion de este, y demas noticias que Us. comunica en su nota número 108, y las de 6 de diciembre marcadas con los números 109, 10, 11, 12, 13, 14 y 15, que tambien he elevado al conocimiento de S. E. el Libertador.

» Permítame Us. que conteste en una sola nota las últimas de Us. y que tenga la honra de decirle, que S. E. queda impuesto de que

vendrá á Guayaquil el capitan de navío Barbará y dos ó tres subalternos; que la marcada con el número 115 ha causado en el ánimo de S. E. la mas melancólica impresion, por las infinitas dificultades y obstáculos en que se encuentra el gobierno para enviar los auxilios que ha pedido desde el año pasado en mayo, y que volvió á pedir con mas urgencia en octubre, porque las circunstancias se empeoraban cada dia mas y mas. Los medios que el gobierno espera para poder llenar las demandas del Libertador son tan lentos y están tan distantes, que quizá cuando vengan los auxilios, el mal será irremediable, porque hay cosas que no tienen espera, que exigen un remedio pronto y activo, y de este género es la enfermedad del Perú, que amenaza contagiar á toda Colombia é inminentemente al sur. No queda á S. E. otro consuelo que el triste y bien estéril de haber predicho muy anticipadamente todo el mal que nos esperaba, si no se obraba con una rápida actividad. Si para estas horas la legislatura de este año ha dado al ejecutivo todos los medios de poder para auxiliar al Libertador y al Perú, está cierto S. E. que para estas horas estarán en marcha los refuerzos que ha pedido, porque S. E. sabe muy bien que el gobierno conoce su posicion crítica, difícil y peligrosa; y sabe muy bien que el gobierno tiene en su corazon los intereses de Colombia ligados íntimamente por ahora con los del Perú, y librados á la suerte próspera ó adversa de las armas aliadas confiadas al Libertador.

» En la situacion de S. E. y en la del gobierno, solo queda al Libertador el arbitrio de repetir con el mismo teson, con la misma instancia, la solicitud de los auxilios prontos y poderosos de hombres, armas, municiones y de todo cuanto tiene pedido; añadiendo para completar el horrible cuadro que tantas veces ha bosquejado, la noticia de la traicion del marques de Torretagle, presidente del Perú, y la de casi todos los empleados en la administracion, y la defeccion abominable de varios jefes, que despues de evacuada la capital por nosotros, han vuelto á ella, arrastrando consigo pequeñas partidas de tropas de las que estaban á sus órdenes; la desmoralizacion de los pueblos por las exacciones que han sufrido de las administraciones anteriores perversas y viciosas, y por los ejemplos continuos de traicion y de crímen de sus mas respetables funcionarios. Ejemplo capaz de alterar la moral de un pueblo virtuoso, y de devorar al pueblo peruano. Los traidores y los Españoles se han ligado para hacer una causa comun, y hacer creer al pueblo ignorante que la guerra con el Perú ha cesado; que en este país no que-

dán mas enemigos que los Colombianos; y que es preciso unirse para destruirlos. Estos son los principios que propagan por todas partes. Si á la preponderancia numérica del enemigo se añade la moral que va á darles y que les ha dado ya esta nueva seduccion en favor de los Españoles, se verá que la superioridad por parte de aquellos está bien marcada.

» Si S. E. el Libertador no estuviera tan penetrado de la verdad — « de que perdido el Perú se pierde el sur de Colombia, y de la imposibilidad de salvar nuestro ejército retirándonos, » — ya lo habria hecho; pero es imposible que no sea lo primero, y es imposible ejecutar lo segundo. La suerte, pues, de S. E. y del ejército de su mando es invariable. — «Morir ó triunfar en el Perú.» — Dios guarde á Us. — José Gabriel Pérez. »

Nota 22ª. — Página 411.

El gobierno de Méjico celebró un tratado, que era casi idéntico á los que habia ajustado Colombia con el Perú y Chile. Poníanse en aquel, lo mismo que en estos, las bases para la Confederacion americana, y para un congreso de Repúblicas que debia reunirse en Panamá; punto que se juzgaba mas ventajoso para la asamblea. Esta reunion era un proyecto favorito del Libertador. El gobierno de Buenos Aires lo contradijo, y no accedió al envío de sus plenipotenciarios; parece que veía con ceño las glorias de Colombia y de Bolívar, á quien los periódicos argentinos atacaban de continuo, pintándole como un ambicioso que aspiraba á dominar toda la América del Sur.

Nota 23ª. — Página 413.

El Venezolano concluyó en el número 84. Fué un periódico de la oposicion; aunque moderado, hizo mucho ruido, porque los oidos de los pueblos aun no estaban acostumbrados á que se criticáran las leyes y providencias del gobierno. Temíase entónces que cualquiera oposicion causára trastornos. Los editores de *El Venezolano*, segun dijeron en su última despedida, se propusieron manifestar por la práctica : — « que la imprenta era verdaderamente libre y trillar el camino á los escritores públicos. » Designio generoso y patriótico. Fuera de esto, *El Venezolano* tenia mérito literario por

el modo con que se hallaba escrito. Sin embargo, el entusiasmo de sus editores por el gobierno federativo carecia de sólidos fundamentos, y empañó el lustre bien merecido del periódico.

Nota 24ª. — Página 441.

Ha sido voz comun entre muchos Españoles, tanto en la Península como en la América, de que la victoria de Ayacucho se obtuvo comprando á peso de oro á los jefes españoles. Esta es una vulgaridad que no merece refutarse. De una parte el honor y el orgullo español jamas se hubieran plegado á tanta bajeza, vendiendo por un corto interes el rico imperio de los Incas. De otra, ¿con qué hubieran el Libertador, Sucre y los demas jefes republicanos comprado y seducido la fidelidad española? Aun carecian de lo necesario para racionar sus tropas, y ¿cómo, pues, habrian tenido con qué seducir y comprar al virey Laserna y á tantos ilustres jefes que le acompañaban?......

Nota 25ª. — Página 442.

Cerca de dos meses despues se habian agregado al ejército libertador seis mil hombres de los que ántes servian á los Españoles. Siguieron para España diez y seis generales, veinte coroneles, cincuenta y ocho tenientes coroneles, doscientos noventa oficiales subalternos y trescientos sesenta y cuatro soldados. El resto del ejército español del Perú se quedó en el país. Su total con la division de Olañeta y todas las guarniciones ascendia á diez y ocho mil quinientos cincuenta y ocho hombres, sin contar las tropas que guarnecian el Callao. Este número fué el que se sometió á la capitulacion de Ayacucho.

Nota 26ª. — Página 444.

Fueron muy cuantiosos los auxilios que envió Colombia para consolidar la Independencia del Perú. De los departamentos del sur se remitieron por el Libertador y despues de su salida mas de siete mil hombres. De los del centro y norte de la República salieron siete mil ochocientos cincuenta hombres para el mismo destino. Enviáronse, ademas, veinte y cuatro mil fusiles con sus bayonetas, ciento

diez y ocho mil piedras para de fusil, diez y ocho mil para pistolas, quinientos cuarenta mil cartuchos de fusil, quinientos quintales de pólvora, cuatrocientos cincuenta y ocho de plomo, tres cañones de á veinte y cuatro, cuatro morteros, catorce mil pantalones, seis mil chaquetas, seis mil morriones, igual número de morrales, seis mil fornituras y las demas piezas para completar seis mil vestidos de tropa. Esto es sin contar la mayor parte de los que llevaron los cuerpos. Enviáronse, ademas, otros varios artículos de equipo y armamento militar, todo lo cual consta de estados y de otros documentos oficiales que tenemos á la vista. Envió igualmente varios buques armados en guerra, y nada reservó el gobierno de Colombia para dar la Independencia á sus hermanos del Perú. La historia dirá si tan costosos y grandes sacrificios fueron pagados á lo ménos con la gratitud y el reconocimiento de la deuda, ó si los jefes del Perú sin excepcion alguna añadieron nuevas pruebas á la asercion por desgracia muy comprobada ya, — « de que las Repúblicas son ingratas. » (Escribíase esto en 1848.)

Nota 27ª. — Página 445.

El general de brigada Juan Paz del Castillo trabajó con tanta actividad y acierto, como jefe superior de los departamentos del sur, en colectar y remitir los auxilios destinados al Perú, que el Libertador le colmaba de elogios. El congreso constituyente del Perú dispuso en calidad de recompensa extraordinaria por tan distinguidos servicios, que el Libertador le expidiera el despacho de general de division, y que solicitára el permiso del congreso colombiano para que pudiera Castillo admitir el empleo. El general Castillo tuvo una muerte trágica; pues fué asesinado.

Nota 28ª. — Página 449.

El Libertador dispuso de veinte mil pesos de aquella cantidad en favor de José Lancáster, á fin de que estableciera en Carácas la instruccion primaria conforme á su célebre método. Lancáster negoció las letras, que no fueron cubiertas por los agentes ni por el gobierno del Perú. Aquellas volvieron contra Bolívar, agravadas

con los costos, intereses y gastos de protestas; tuvo que pagarlas en 1830. Este fué el beneficio que le resultó de la pomposa donacion del Perú, á cuyo gobierno desdora un descuido ó inconsecuencia tan reprensibles.

Nota 29ª. — Página 450.

El millon de pesos se distribuyó de la manera siguiente : asignáronse al general de division veinte mil pesos, al de brigada quince mil, al coronel cinco mil, al teniente coronel cuatro mil quinientos, al sarjento mayor cuatro mil, al capitan tres mil, al teniente dos mil, al subteniente ó alférez mil quinientos, á los sarjentos, cabos y soldados á cien pesos cada uno. Todos los individuos del ejército unido fueron pagados exactamente de sus asignaciones.

Nota 30ª. — Página 451.

Entre los trofeos cogidos por Sucre en esta campaña, pertenecientes al ejército español, se hallaron cinco banderas de los mas antiguos regimientos. El general Sucre las envió al gobierno de Colombia, junto con los sellos de la Real Audiencia del Cuzco. Al mismo tiempo envió al Libertador el estandarte con que Pizarro habia entrado en el Cuzco trescientos años ántes, el que Bolívar remitió á la municipalidad de Carácas. Las banderas se conservan en el museo de Bogotá.

Nota 31ª. — Página 461.

El presidente del senado Luis A. Baralt, senador por Maracáibo, fué una excepcion notable; él se opuso constantemente al tratado considerándolo, segun ha sido, muy desventajoso á Colombia. Salvó siempre su voto, que fué negativo, y al fin expresó, que solo estaba en el tratado por su introduccion, que dice : « En el nombre de la Santísima Trinidad. »

Nota 32ª. — Página 462.

El gobierno de Buenos Aires, ejercido por el general Las Heras,

quiso que el congreso argentino acordára las bases de la Confederacion americana, y presentó como tales en 16 de agosto de 1825 varios principios de derecho político reconocidos por todas las Repúblicas de América, como estos : « El pueblo es el orígen de la legitimidad de los gobiernos y del derecho de hacer leyes. — Ningun gobierno puede arrogarse la facultad de intervenir en los negocios de otros. » — Consideróse este proyecto de ley como una ridícula pedagogía del gobierno de Buenos Aires, que pretendia dar lecciones á las demas Repúblicas sobre principios que estas conocian muy bien.

Nota 33ª. — Página 464.

Los que pretendieron que el general Santander se apropiára sumas cuantiosas, han ignorado ó querido ignorar que él no manejó caudales algunos de los empréstitos. Desde que se contrataron, dijo al secretario de hacienda doctor José María del Castillo, que corriera con las libranzas que se giráran contra los prestamistas; disposicion que cumplió exactamente un empleado tan puro como el secretario Castillo. Por tanto, ¿de qué manera pudo el vicepresidente apropiarse las cantidades que han supuesto sus enemigos? — El que esto escribe era secretario de lo interior en aquel tiempo, y se halla bien instruido del modo con que se manejó el empréstito; y ahora (en 1848), cuando el general Santander reposa en la tumba, afirma decididamente « ser una calumnia decir que Santander se apropiára caudales del empréstito. »

Nota 34ª. — Página 467.

El valiente coronel Calderon, que hallándose enfermo se hacía conducir á los combates en una hamaca, murió aquel dia de su enfermedad. La patria lloró su malogrado valor despues de tantos servicios como habia prestado á la Independencia. Á pocos dias falleció tambien el arrojado coronel Mina.

Nota 35ª. — Página 470.

Los periódicos se multiplicaron en aquella época á causa de las

elecciones; con todo, apénas llegaron á trece los que se publicaban en este año en el territorio colombiano : número considerable, comparado con los que habian existido ántes. En lo venidero mas bien se disminuyeron que aumentarse. ¡ Qué diferencia comparándonos con igual poblacion de los Estados Unidos del Norte-América !....

Nota 36ª. — Página 485.

Por este mismo tiempo la alta corte de justicia mandó venir desde el Alto-Perú al vencedor en Ayacucho general José María Córdoba, para juzgarle por un asesinato que se decia haber cometido en Popayan ántes de su viaje al Perú. Vino en efecto, y se le absolvió; solamente el doctor Félix Restrepo fué inflexible y le condenó; pero la vindicta pública y la justicia de las leyes quedaron satisfechas. En esto fué muy superior á Páez.

Nota 37ª. — Página 486.

En ninguna de la tres sesiones anteriores, habia examinado el congreso los presupuestos de gastos. El de este año era el siguiente:

Departamento de relaciones exteriores. . .	295,762	7 2/4
» del interior.	621,431	1 »
» de guerra.	6,803,296	1 »
» de marina.	4,809,077	4 2/4
» de hacienda.	858,142	7 2/4
Para el pago de los intereses de la deuda exterior.	1,800,000	» »
Para el fondo de amortizacion de la misma deuda.	300,000	» »
Suma total. . . .	15,487,710	5 2/4

Esta suma no se debia gastar en todas sus partes, y podian rebajarse en los diferentes departamentos 4,655,367 pesos 4 reales; quedaba, pues, reducido el presupuesto de gastos efectivos en el año próximo á la suma de diez millones ochocientos veinte y dos mil trescientos cuarenta y tres pesos, un real y dos cuartos (10,822,343—1 2/4). — El producto ordinario de las rentas de Colombia se calculó en el mismo año por el secretario de hacienda en pesos 6,196,725—3, es decir, que habia un alcance anual contra el tesoro

de pesos 4,625,617 — 6 2/4. Tan triste resultado demuestra claramente que un cáncer interior devoraba las entrañas de Colombia, y que debia el congreso aplicarle el remedio conveniente. Aquel cáncer provenia de los grandes gastos que aun se hacian en el ejército y en la marina, gastos que debieron rebajarse desde algun tiempo ántes.

Nota 38ª. — Página 486.

Con estas sencillas leyes iban á quedar suprimidos en Colombia dentro de algunos años todos los conventos de regulares. Casi ninguno entra en ellos de veinte y cinco años, y no renovándose debian acabarse los frailes. No sucede lo mismo con las monjas.

Nota 39ª. — Página 487.

Al senador Joaquin Mosquera, natural de Popayan, se debieron los proyectos de leyes sobre el crédito público, en que trabajó con el infatigable celo é inteligencia con que desempeñára siempre las funciones públicas que se le encargaban.

Nota 40ª. — Página 488.

Las fuerzas navales que en este año tenia la España en la isla de Cuba, eran las siguientes :

Buques.		Cañones.
Navío	Guerrero, de.	74
Fragata	Lealtad, de.	50
Id.	Iberia, de	50
Id.	Perla, de	44
Id.	Sabina, de	42
Id.	Casilda, de	40
Id.	Aretuza, de	40
Corbeta	María Isabel, de	22
Id.	María Francisca, desarmada, de	22
	Pasa. . . .	386

	Viene. . . .	386
Bergantin	Hércules, de	20
Id.	Marte, de	16
Bergantin-Goleta	Belona, de	14
Goleta	Condor, desarmada, de	5
Id.	Superior, de	1
Flechera	Porteña, de	2
Lanchas	cañoneras.	5
	Total.	447

Nota 41ª. — Página 489.

La escuadra de Colombia apostada en Cartagena tuvo por el mismo tiempo los siguientes buques :

		Cañones.
Fragata	Colombia, de	62
Id.	Cundinamarca, de	62
Id.	Venezuela, de	38
Corbeta	Céres, de	29
Id.	Boyacá, de	22
Id.	Urica, de	21
Goleta	Manrique, de	5
	Total.	239

Existian otras naves de guerra que se hallaban en Venezuela, ó en cruceros distantes del centro que se habia dado á las operaciones marítimas.

Nota 42ª. — Página 501.

Estas son las expresiones con que Páez deplorára su funesto error en sus manifiestos de 21 de setiembre de 1826, y 20 de octubre de 1837.

Nota 43ª. — Página 502.

Debemos observar con sentimiento la inconstancia política y las

contradicciones funestas de la municipalidad de Carácas. En 16 de enero habia dirigido una muy sentida queja contra los procedimientos del general Páez, queja que tuvo el mayor influjo, é que acaso motivó su acusacion; y esta municipalidad, compuesta en su mayor parte de las mismas personas, á los tres meses no solo contradice sus actos anteriores, sino que rompe la constitucion y quita las garantías de los ciudadanos para entregarse al poder absoluto de aquel general, contra cuyos hechos arbitrarios clamaba y pedia consuelos al cuerpo legislativo de Colombia: Su única excusa es que á la sazon estaba oprimida por la fuerza militar, y que el miedo le hacía incurrir en tamañas contradicciones.

Nota 44ª. — Página 502.

En poco tiempo habian variado su lenguaje Páez y sus partidarios. Ya no se queria recibir á Bolívar como presidente que era de la República; los disidentes meditaban despedazarla y negar la obediencia al primer magistrado de Colombia.

Nota 45ª. — Página 505.

Hemos mencionado este acontecimiento para conservar la verdad de la narracion histórica; empero de ningun modo queremos por esto disminuir en nada el mérito, el patriotismo y los servicios que hubieran hecho á la República las personas complicadas en el proyecto.

Nota 46ª. — Página 512.

La alusion contenida en esta proclama acerca de las ideas monárquicas de los perturbadores, se refiere á la propuesta que mencionamos ántes, hecha por algunos de estos al Libertador para que destruyera la constitucion republicana, y se coronára. En la época de que tratamos, estuvo muy válida la voz, de que los directores de la insurreccion de Venezuela, cuando hablaban de reformas, tenian en mira el establecimiento de una monarquía. Como no podian discurrir libremente sobre este proyecto sino entre los iniciados, nunca detallaban las reformas que pretendian establecer. De aquí

provino el nombre burlesco de *Cosiata* que se dió al plan de reformas, y de *Cosiateros* á los que le promovian.

Nota 47ª. — Página 513.

Titulóse falazmente aquesta reunion — « de los diputados de los departamentos de Venezuela y de Apure, » — cuando no habia uno solo de la provincia de Barínas, que componia la mayor parte del departamento de Apure. Esta denominacion ya no era legal, pues por una ley del congreso colombiano, sancionada en 18 de abril del corriente año, se le habia cambiado el nombre, llamándole *Orinoco*; pero los disidentes no reconocian la autoridad de dicha ley, y por tal motivo continuaban nombrándole Apure.

Nota 48ª. — Página 514.

Estos papeles eran : *El Cometa*, — *Lo que Uds. quieran*, — *El Memorial de Venezuela*, y *La Aurora*, periódicos de la faccion desorganizadora. El empeño principal que se propusieron sus editores, fué desacreditar á la administracion del general Santander, y á los miembros que la componian. Hubo un extranjero editor asalariado del periódico que se titulaba *El Colombiano*, el coronel Stoford, que se atrevió á decir : « que la administracion del gobierno de Bogotá era tan corrompida como la de Roma en tiempo de los emperadores. » Esta es una calumnia atroz en todas sus partes. Permítaseme decir con noble orgullo, que fuí parte de aquella administracion por el tiempo de ocho años, como secretario de lo interior. Bien se nos pudo y aun puede tachar á sus miembros de errores que cometiéramos involuntariamente ; pero ¡ de corrupcion y mala versacion de los intereses públicos, jamas!... Hombres de moral pura y de integridad conocida estaban al frente de los varios departamentos del gobierno colombiano. Solo el partido desorganizador de Venezuela, que calumniaba para conseguir sus fines, pudo decir lo contrario.

Nota 49ª. — Página 515.

En los periódicos de Panamá se publicó una especie de arenga ó

discurso de este ministro, que él supuso habia dirigido á sus compañeros en el acto de la instalacion de la asamblea. Los ministros plenipotenciarios de Colombia protestaron al siguiente dia contra aquella alocucion como *indecorosa* en el modo,— *perniciosa* é *inexacta* en mucha parte de la sustancia, — y *desusada* en el estilo ; protesta que fué bien acogida por la asamblea. No queria esta que se presumiera en Europa, cuando allí se publicase tan peregrino discurso, que pretendia aplicar principios democráticos á las negociaciones diplomáticas, que tienen sus reglas establecidas en el derecho internacional.

Nota 50ª. — Página 515.

El gobierno de Chile no se denegó expresamente á enviar diputados al congreso de Panamá; pero lo difirió, alegando que correspondia á su congreso el decretar la concurrencia. El de Bolivia aun llegó á nombrarlos. El gobierno de Buenos Aires fué el que se negó desde el principio, atribuyendo injustamente á Bolívar, que promovia la asamblea por miras siniestras contra los demas Estados americanos.

Nota 51ª. — Página 515.

Á pesar de la soberbia posicion geográfica de Panamá, su clima insalubre, la escasez y carestía de víveres, las pocas é incómodas habitaciones de la ciudad para recibir á los ministros plenipotenciarios y propocionarles algunas comodidades, impidieron que se escogiera á esta ciudad para residencia de la asamblea. La legacion mejicana deseaba con ardor tenerla en su país, y siendo el miembro mas importante de la Union americana, convinieron los demas plenipotenciarios en que se trasladára á Tacubaya, á una legua de Méjico. Esperábase ganar con tal condescendencia el afecto y apoyo del gobierno de esta República.

Nota 52ª. — Página 516.

El repartimiento de los contingentes se hizo dando á Colombia la poblacion de tres millones de almas, á Centro-América un millon y

trescientas mil, al Perú un millon, y á los Estados Unidos Mejicanos seis millones quinientas mil almas. Aunque Colombia y Méjico no tenian la poblacion expresada, se convino en suponérsela por otras razones y motivos que no se indicaron en el respectivo protocolo.

Nota 53ª. — Página 517.

Los cuatro tratados que acordó la asamblea de Panamá no se han publicado originales; y no hemos oido que, exceptuando el de Union, algun otro se tomára en consideracion para ratificarlo. Esta es otra nueva y perentoria prueba de que lo convenido en dichos tratados se juzgó impracticable. Su texto literal es como sigue :

« República de Colombia. — Simon Bolívar, Libertador presidente, etc., etc., etc.

» Á todos los que las presentes vieren salud.

» Por cuanto entre los plenipotenciarios diputados á la asamblea general de los Estados americanos por las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos, suficientemente autorizados al intento, se concluyó en Panamá á nombre de estas, en 15 de julio del año del Señor 1826, un tratado de union, liga y confederacion perpétua, cuyo tenor palabra por palabra es como sigue :

» Tratado de union, liga y confederacion perpétua entre las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos.

» En el nombre de Dios todopoderoso, autor y legislador del universo.

» Las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos, deseando consolidar las relaciones íntimas que actualmente existen, y cimentar de una manera la mas solemne y estable las que deben existir en adelante entre todas y en cada una de ellas, cual conviene á naciones de un orígen comun, que han combatido simultáneamente por asegurarse los bienes de la libertad é independencia, en cuya posesion se hallan hoy felizmente, y están firmemente determinadas á continuar, contando para ello con los auxilios de la Divina Providencia que tan visiblemente ha protegido la justicia de su causa, han convenido en nombrar y constituir debidamente ministros plenipotenciarios que reunidos y congregados

en la presente asamblea acuerden los medios de hacer perfecta y duradera tan saludable obra.

» Con este motivo las dichas potencias han conferido los plenos poderes siguientes, á saber :

» Su Excelencia el vicepresidente encargado del poder ejecutivo de la República de Colombia á los excelentísimos señores Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez, general de brigada de los ejércitos de dicha República.

» Su Excelencia el presidente de la República del Centro-América á los excelentísimos señores Antonio Larrazábal y Pedro Molina.

» Su Excelencia el consejo de gobierno de la República del Perú á los excelentísimos señores don Manuel Lorenzo de Vidáurre, presidente de la corte suprema de justicia de la misma República, y don Manuel Pérez de Tudela, fiscal del mismo tribunal.

» Su Excelencia el presidente de los Estados Unidos Mejicanos á los excelentísimos señores don José Mariano Michelena, general de brigada, y don José Domínguez, regente del supremo tribunal de justicia del Estado de Guanajuato.

» Los cuales despues de haber canjeado sus plenos poderes respectivos, y hallados en buena y bastante forma, han convenido en los artículos siguientes :

» Art. 1°. Las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos se ligan y confederan mutuamente en paz y guerra, y contraen para ello un pacto perpétuo de amistad firme é inviolable, y de union íntima y estrecha con todas y cada una de las dichas partes.

» Art. 2°. El objeto de este pacto perpétuo será sostener en comun defensiva y ofensivamente, si fuese necesario, la soberanía é independencia de todas y cada una de las potencias confederadas de América contra toda dominacion extranjera; y asegurarse desde ahora para siempre los goces de una paz inalterable, y promover al efecto la mejor armonía y buena inteligencia, así entre sus pueblos, ciudadanos y súbditos respectivamente, como con las demas potencias con quienes deben mantener ó entrar en relaciones amistosas.

» Art. 3°. Las partes contratantes se obligan y comprometen á defenderse mutuamente de todo ataque que ponga en peligro su existencia política, y á emplear contra los enemigos de la Independencia de todas ó alguna de ellas todo su influjo, recursos y fuerzas marítimas y terrestres, segun los contingentes con que cada una está

obligada, por la convencion separada de esta misma fecha, á concurrir al sostenimiento de la causa comun.

» Art. 4°. Los contingentes de tropas con todos sus trenes y transportes, víveres, y el dinero con que alguna de las potencias confederadas haya de concurrir á la defensa de otra ú otras, podrán pasar y repasar libremente por el territorio de cualquiera de ellas que se halle interpuesto entre la potencia amenazada ó invadida, y la que viene en su auxilio; pero el gobierno á quien correspondan las tropas y auxilios en marcha, lo avisará oportunamente al de la potencia que se halla en el tránsito, para que esta señale el itinerario de la ruta que hayan de seguir dentro de su territorio, debiendo precisamente ser por las vias mas breves, cómodas y pobladas, y siendo de cuenta del gobierno á quien pertenecen las tropas todos los gastos que ellas causen en víveres, bagajes ó forrajes.

» Art. 5°. Los buques armados en guerra y escuadras de cualquier número y calidad pertenecientes á una ó mas de las partes contratantes, tendrán libre entrada y salida en los puertos de todas y cada una de ellas, y serán eficazmente protegidas contra los ataques de los enemigos comunes, permaneciendo en dichos puertos todo el tiempo que crean necesario sus comandantes ó capitanes, los cuales con sus oficiales y tripulaciones serán responsables ante el gobierno de quien dependan con sus personas, bienes y propiedades por cualquiera falta á las leyes y reglamentos del puerto en que se hallaren, pudiendo las autoridades locales ordenarles que se mantengan á bordo de sus buques siempre que haya que hacer alguna reclamacion.

» Art. 6°. Las partes contratantes se obligan ademas á prestar cuantos auxilios estén en su poder á sus bajeles de guerra y mercantes que llegaren á los puertos de sus pertenencias por causa de avería ó por cualquiera otro motivo desgraciado, y en su consecuencia podrán carenarse, repararse, y hacer víveres; y en los casos de guerra comunes, armarse, aumentar sus armamentos y tripulaciones hasta ponerse en estado de poder continuar sus viajes ó cruceros, todo á expensas de la potencia ó particulares á quienes correspondan dichos bajeles.

» Art. 7°. Á fin de evitar las depredaciones que puedan causar los corsarios armados por cuenta de particulares en perjuicio del comercio nacional ó extranjero, se estipula que en todos los casos de una guerra comun, sea extensiva la jurisdiccion de los tribunales de presas de todas y cada una de las potencias aliadas á los corsarios que naveguen bajo pabellon de cualesquiera de ellas, conforme á

las leyes y estatutos del país á que corresponda el corsario ó corsarios, siempre que haya indicios vehementes de haber cometido excesos contra el comercio de las naciones amigas ó neutras; bien entendido que esta estipulacion durará solo hasta que las partes contratantes convengan de comun acuerdo en la abolicion absoluta del corso.

» Art. 8°. En caso de invasion repentina en los territorios de las partes contratantes, cualquiera de ellas podrá obrar hostilmente contra los invasores, siempre que las circunstancias no den lugar á ponerse de acuerdo con el gobierno á que corresponda la soberanía de dichos territorios; pero la parte que así obrare deberá cumplir y hacer cumplir los estatutos, ordenanzas y leyes de la potencia invadida, y hacer respetar y obedecer su gobierno, en cuanto lo permitan las circunstancias de la guerra.

» Art. 9°. Se ha convenido y conviene asimismo, en que los tránsfugas de un territorio á otro, y de un buque de guerra ó mercante al territorio ó buque de otro, siendo soldados ó marineros desertores de cualquiera clase, sean devueltos inmediatamente y en cualquiera tiempo por los tribunales ó autoridades bajo cuya jurisdiccion esté el desertor ó desertores; pero á la entrega debe preceder la reclamacion de un oficial de guerra respecto de los desertores militares, y la del capitan, maestre, sobrecargo ó persona interesada en el buque respecto de los mercantes, dando las señales del individuo ó individuos, su nombre y el del cuerpo ó buque de que haya ó hayan desertado, pudiendo entre tanto ser depositados en las prisiones públicas hasta que se verifique la entrega en forma.

» Art. 10°. Las partes contratantes, para identificar cada vez mas sus intereses, estipulan aquí expresamente, que ninguna de ellas podrá hacer la paz con los enemigos comunes de su Independencia, sin incluir en ella á todos los demas aliados específicamente; en la inteligencia de que en ningun caso, ni bajo pretexto alguno, podrá ninguna de las partes contratantes acceder en nombre de las demas á proposiciones que no tengan por base el reconocimiento pleno y absoluto de su Independencia, ni á demandas de contribuciones, subsidios ó exacciones de cualquiera especie por via de indemnizacion ú otra causa, reservándose cada una de las dichas partes aceptar ó no la paz con sus formalidades acostumbradas.

» Art. 11°. Deseando las partes contratantes hacer cada vez mas fuertes é indisolubles sus vínculos y relaciones fraternales por medio de conferencias frecuentes y amistosas, han convenido y convienen

en formar cada dos años en tiempo de paz, y cada año durante la presente y demas guerras comunes una asamblea general compuesta de dos ministros plenipotenciarios por cada parte, los cuales serán debidamente autorizados con los plenos poderes necesarios. El lugar y tiempo de la reunion, la forma y órden de las sesiones se expresan y arreglan en convenio separado de esta misma fecha.

» Art. 12°. Las partes contratantes se obligan y comprometen especialmente, en el caso de que en alguno de los lugares de sus territorios se reuna la asamblea general, á prestar á los plenipotenciarios que la compongan todos los auxilios que demandan la hospitalidad y el carácter sagrado é inviolable de sus personas.

» Art. 13°. Los objetos principales de la asamblea general de ministros plenipotenciarios de las potencias confederadas son :

» Primero, negociar y concluir entre las potencias que representa todos aquellos tratados, convenciones y demas actos que pongan sus relaciones recíprocas en un pié mutuamente agradable y satisfactorio.

» Segundo, contribuir al mantenimiento de una paz y amistad inalterables entre las potencias confederadas, sirviéndoles de consejo en los grandes conflictos, — de punto de contacto en los peligros comunes, — de fiel intérprete de los tratados y convenciones públicas que hayan concluido en la misma asamblea, cuando sobre su inteligencia ocurra alguna duda, y de conciliador en sus disputas y diferencias.

» Tercero, procurar la conciliacion y mediacion entre una ó mas de las potencias aliadas, ó entre estas con una ó mas potencias extrañas á la Confederacion que estén amenazadas de un rompimiento, ó empeñadas en guerra por quejas de injurias, daños graves ú otras causas.

» Cuarto, ajustar y concluir, durante las guerras comunes de las partes contratantes con una ó muchas potencias extrañas á la Confederacion, todos aquellos tratados de alianzas, conciertos, subsidios y contingentes que aceleren su terminacion.

» Art. 14°. Ninguna de las partes contratantes podrá celebrar tratados de alianza ó ligas perpétuas ó temporales con ninguna potencia extraña á la presente Confederacion, sin consultar previamente á los demas aliados que la componen ó compusieren en adelante, y obtener para ello su consentimiento explícito ó la negativa para el caso de que habla el artículo siguiente.

» Art. 15°. Cuando alguna de las partes contratantes juzgase con-

veniente formar alianzas perpétuas ó temporales para especiales objetos y por causas especiales, la República necesitada de hacer estas alianzas las procurará primero por sus hermanas y aliadas; mas si estas por cualquiera causa negaren sus auxilios ó no pudieren prestarle los que necesita, quedará aquella en libertad de buscarlos donde le sea posible encontrarlos.

» Art. 16°. Las partes contratantes se obligan y comprometen solemnemente á transigir amigablemente entre sí todas las diferencias que en el dia existen ó pueden existir entre algunas de ellas; y en caso de no terminarse (entre las potencias discordes) se llevará, para procurar su conciliacion, al juicio de la asamblea, cuya decision no será obligatoria, si dichas potencias no se hubiesen convenido ántes explícitamente en que lo sea.

» Art. 17°. Sean cuales fueren las causas de injurias, daños graves ú otros motivos que alguna de las partes contratantes pueda producir contra otra ú otras, ninguna de ellas podrá declararles la guerra, ni ordenar actos de represalias contra la República que se cree la ofensora, sin llevar ántes su causa apoyada en los documentos y comprobantes necesarios, con una exposicion circunstanciada del caso, á la decision conciliatoria de la asamblea general.

» Art. 18°. En el caso de que una de las potencias confederadas juzgue conveniente declarar la guerra ó romper las hostilidades contra una potencia extraña á la presente Confederacion, deberá ántes solicitar los buenos oficios, interposicion y mediacion de sus aliados, y estos estarán obligados á emplearlos del modo mas eficaz posible. Si esta interposicion no bastare, la Confederacion deberá declarar si abraza ó no la causa del confederado; y aunque no la abrace, no podrá bajo ningun pretexto ó razon ligarse con el enemigo del confederado.

» Art. 19°. Cualquiera de las partes contratantes que en contravencion á lo estipulado en los tres artículos anteriores rompiese las hostilidades contra otra, ó que no cumpliese con las decisiones de la asamblea en el caso de haberse sometido previamente á ellas, será excluida de la Confederacion, y no volverá á pertenecer á la liga, sin el voto unánime de las partes que la componen en favor de su readmision.

» Art. 20°. En el caso de que alguna de las potencias contratantes pida á la asamblea su dictámen ó consejo sobre cualquiera asunto ó caso grave, deberá esta darlo con toda la franqueza, interes y buena fe que exige la fraternidad.

» Art. 21°. Las partes contratantes se obligan y comprometen solemnemente á sostener y defender la integridad de sus territorios respectivos, oponiéndose eficazmente á los establecimientos que se intenten hacer en ellos sin la correspondiente autorizacion y dependencia de los gobiernos á quienes corresponden en dominio y propiedad, y á emplear al efecto en comun sus fuerzas y recursos si fuese necesario.

» Art. 22°. Las partes contratantes se garantizan mutuamente la integridad de sus territorios, luego que, en virtud de las convenciones particulares que celebren entre sí, se hayan demarcado y fijado sus límites respectivos, cuya conservacion se pondrá entónces bajo la proteccion de la Confederacion.

» Art. 23°. Los ciudadanos de cada una de las partes contratantes gozarán de los derechos y prerogativas de ciudadanos de la República en que residan, desde que manifestando su deseo de adquirir esta calidad ante las autoridades competentes conforme á la ley de cada una de las potencias aliadas, presten juramento de fidelidad á la constitucion del país que adoptan, y como tales ciudadanos podrán obtener todos los empleos y distinciones á que tienen derecho los demas ciudadanos, exceptuando siempre aquellos que las leyes fundamentales reservaren á los naturales, y sujetándose, para la opcion de los demas, al tiempo de residencia y requisitos que exijan las leyes particulares de cada potencia.

» Art. 24°. Si un ciudadano ó ciudadanos de una República aliada prefiriesen permanecer en el territorio de otra, conservando siempre su carácter de ciudadano del país de su nacimiento ó de su adhesion, dicho ciudadano ó ciudadanos gozarán igualmente en cualquiera territorio de las partes contratantes en que residan de todos los derechos y prerogativas de naturales del país, en cuanto se refiere á la administracion de justicia y á la proteccion correspondiente en sus personas, bienes y propiedades; y por consiguiente no les será prohibido bajo pretexto alguno el ejercicio de su profesion y ocupacion, ni el disponer entre vivos ó por última voluntad de sus bienes muebles ó inmuebles, como mejor les parezca, sujetándose en todos casos á las cargas y leyes á que lo estuvieren los naturales del territorio en que se hallaren.

» Art. 25°. Para que las partes contratantes reciban la posible compensacion por los servicios que se prestan mutuamente en esta alianza, han convenido en que sus relaciones comerciales se arreglen en la próxima asamblea, quedando vigentes entre tanto las que

actualmente existen entre algunas de ellas en virtud de estipulaciones anteriores.

» Art. 26°. Las potencias de América cuyos plenipotenciarios no hubieren concurrido á la celebracion y firma del presente tratado, podrán, no obstante lo estipulado en el artículo 14, incorporarse en la actual Confederacion dentro de un año, despues de ratificado el presente tratado y la convencion de contingentes concluidos en esta fecha, sin exigir modificaciones ni variacion alguna, pues en caso de desear ó pretender alguna alteracion se sujetará esta al voto y resolucion de la asamblea, que no accederá sino en el caso de que las modificaciones que se pretendan no alteren lo sustancial de las bases y objeto de este tratado.

» Art. 27°. Las partes contratantes se obligan y comprometen á cooperar á la completa abolicion y extirpacion del tráfico de esclavos de África, manteniendo sus actuales prohibiciones de semejante tráfico en toda su fuerza y vigor; y para lograr desde ahora tan saludable obra, convienen ademas en declarar, como declaran entre sí de la manera mas solemne y positiva á los traficantes de esclavos con sus buques cargados de esclavos y procedentes de las costas de África, bajo pabellon de cualquiera de las dichas partes contratantes, incursos en el crímen de piratería, bajo las condiciones que se especificarán despues en una convencion especial.

» Art. 28°. Las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos, al identificar tan fuerte y poderosamente sus principios é intereses en paz y guerra, declaran formalmente que el presente tratado de union, liga y confederacion perpétua no interrumpe ni interrumpirá de modo alguno el ejercicio de la soberanía de cada una de ellas con respecto de sus relaciones exteriores con las demas potencias extrañas á esta Confederacion, en cuanto no se opongan al tenor y letra de dicho tratado.

» Art. 29°. Si alguna de las partes variase esencialmente sus actuales formas de gobierno, quedará por el mismo hecho excluida de la Confederacion, y su gobierno no será reconocido, ni ella readmitida en dicha Confederacion, sino por el voto unánime de todas las partes que la constituyen ó constituyeren entónces.

» Art. 30°. El presente tratado será firme en todas sus partes y efectos, miéntras las potencias aliadas permanezcan empeñadas en la guerra actual ú otra comun, sin poderse variar ninguno de sus artículos y cláusulas sino de acuerdo de todas las dichas partes en la asamblea general, quedando sujetas á ser obligadas por cual-

quiera medio que las demas juzguen á propósito á su cumplimiento; pero verificada que sea la paz, deberán las potencias aliadas rever en la misma asamblea este tratado, y hacer en él las reformas y modificaciones que por las circunstancias se pidan y estimen como necesarias.

» Art. 31°. El presente tratado de union, liga y confederacion perpétua será ratificado, y las ratificaciones serán canjeadas en la villa de Tacubaya, una legua distante de la ciudad de Méjico, dentro del término de ocho meses, contados desde la fecha, ó ántes si fuese posible.

» En fe de lo cual los ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos han firmado y sellado las presentes con sus sellos respectivos en esta ciudad de Panamá, á quince dias del mes de julio del año del Señor 1826.

» (L. S.) Pedro Gual. — (L. S.) Pedro Briceño Méndez. — (L. S.) Pedro Molina. — (L. S.) Antonio Larrazábal. — (L. S.) Manuel de Vidáurre. — (L. S.) Manuel Pérez de Tudela. — (L. S.) José Mariano de Michelena. — (L. S.) José Domínguez.

» Artículo adicional. Por cuanto las partes contratantes desean ardientemente vivir en paz con todas las naciones del universo, evitando todo motivo de disgusto que pueda dimanar del ejercicio de sus derechos legítimos en paz y guerra, han convenido y convienen igualmente en que luego que se obtenga la ratificacion del presente tratado, procederán á fijar de comun acuerdo todos aquellos puntos, reglas y principios que han de dirigir su conducta en uno y en otro caso, á cuyo efecto invitarán de nuevo á las potencias neutras y amigas para que, si lo creyesen conveniente, tomen una parte activa en semejante negociacion, y concurran por medio de sus plenipotenciarios á ajustar, concluir y firmar el tratado ó tratados que se hagan con tan importante objeto.

» El presente artículo adicional tendrá la misma fuerza como si se hubiese insertado palabra por palabra en el tratado firmado hoy, será ratificado, y las ratificaciones serán canjeadas dentro del mismo término.

» En fe de lo cual los respectivos ministros plenipotenciarios lo han firmado y puesto sus sellos respectivos en esta ciudad de Panamá, á quince dias del mes de julio del año del Señor 1826.

» (L. S.) Pedro Gual. — (L. S.) Pedro Briceño Méndez. — (L. S.) Antonio Larrazábal. — (L. S.) Pedro Molina. — (L. S.) Manuel de

Vidáurre. — (L. S.) Manuel Pérez de Tudela. — (L. S.) José Mariano de Michelena. — (L. S.) José Domínguez.

» Por tanto, habiendo visto y examinado el referido tratado de union, liga y confederacion perpétua entre las sobredichas Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos, previo el consentimiento y aprobacion del congreso de Colombia, he venido en ratificarlo, en uso de la facultad que me concede el artículo 120 de la constitucion, y por las presentes lo ratifico y tengo por grato y firme en todos sus artículos y cláusulas. En fe de lo cual he hecho expedir las presentes, firmadas de mi mano, selladas con el gran sello de la República de Colombia, y refrendadas por el secretario de Estado en el despacho de relaciones exteriores, en la capital de Bogotá, á 14 de setiembre de 1827, décimo séptimo de la Independencia de la República de Colombia. — Simon Bolívar.

» Por el Libertador presidente de Colombia, el secretario de Estado en el despacho de relaciones exteriores, J. R. Revenga. »

Concierto á que se refiere el artículo 11 del tratado de union, liga y confederacion perpétua firmado este dia por los ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos.

« Los infraescritos ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de América, concurrentes á la asamblea general de Panamá, conforme á lo estipulado en el artículo 11 del tratado de liga, firmado en esta fecha, han ajustado y concluido el convenio siguiente :

» Primero. Esta asamblea se traslada á continuar sus negociaciones á la villa de Tacubaya, una legua distante de la ciudad de Méjico, y seguirá reuniéndose allí periódicamente, ó en cualquiera otro punto del territorio mejicano, miéntras la razon y las circunstancias no exijan que se varíe á otro lugar que tenga las ventajas de salubridad, seguridad y buena posicion para las comunicaciones con las naciones de Europa y América.

» Segundo. Los gobiernos mantendrán íntegras sus legaciones en el lugar de la reunion de la asamblea tres meses prorogables á dos mas; pero durante la guerra comun deberán mantenerlas siempre en el territorio de la República en que se haya reunido la asamblea.

» Tercero. La asamblea no recibirá para ministros signatarios, sino personas con el carácter por lo ménos de ministros plenipotenciarios,

y como tales serán vistos y considerados conforme á las prácticas establecidas, dispensándoseles el tratamiento que sus respectivos gobiernos les den en sus comunicaciones oficiales.

» Cuarto. Reunidos los ministros y canjeados los poderes de los que nuevamente concurran, se observará en punto á preferencia y presidencia lo acordado para la presente asamblea, renovándose al abrirse las conferencias la operacion del sorteo que consta en los protocolos.

» Quinto. Los ministros de la República donde se verifiquen las reuniones darán aviso á su gobierno por conducto de su respectivo ministro de la llegada sucesiva de los plenipotenciarios, incluyendo una lista de su comitiva, á fin de que con este conocimiento se guarden y manden guardar, así á ellos como á sus familias, los fueros, prerogativas é inmunidades que son de costumbre y corresponden á su representacion y alto carácter.

» Sexto. Para remover todo lo que pueda retardar las negociaciones y signatura de los tratados, no se observará ceremonial alguno durante el curso de aquellas, y los plenipotenciarios se reunirán donde y cuando les parezca, sin distincion de rango.

» Séptimo. El gobierno de la República donde se reuna la asamblea, proporcionará sin embargo un local cómodo y decente, para que en él puedan tenerse las conferencias, si los ministros así lo acordasen, y prestará á dichos ministros todos los auxilios que necesiten para procurarse su alojamiento.

» Octavo. En el lugar en que resida la asamblea durante sus sesiones (si no es á peticion suya), no podrán alojarse tropas, ni entrar tampoco autoridad alguna por eminente que sea, excepto la civil y municipal del territorio.

» Noveno. La correspondencia de los ministros solos, y no la de su comitiva, será franca de porte en las administraciones de la República donde esté la asamblea.

» Décimo. Luego que las demas potencias de América se incorporen en la asamblea general por medio de sus plenipotenciarios, se volverá á tomar en consideracion este convenio, para hacer en él las variaciones que se juzguen convenientes.

» En fe de lo cual los infraescritos han firmado y sellado el presente convenio en la ciudad de Panamá, á quince dias del mes de julio del año del Señor 1826.

» (L. S.) Pedro Gual. — (L. S.) Pedro Briceño Méndez. — (L. S.) Antonio Larrazábal. — (L. S.) Pedro Molina. — (L. S.) Manuel de

Vidáurre. — (L. S.) Manuel Pérez de Tudela. — (L. S.) José Mariano de Michelena. — (L. S.) José Domínguez. »

Convencion de contingentes entre las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos.

« En el nombre de Dios, autor y legislador del universo,

» Las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos, deseando, en virtud del artículo 3º del tratado de union, liga y confederacion perpétua firmado en este dia, hacer efectiva la cooperacion que deben prestarse mutuamente contra su enemigo comun el rey de España, hasta que el curso de los acontecimientos incline su ánimo á la justicia y á la paz, de cuyos bienes se hallan dolorosamente privadas, por consecuencia de la obstinacion con que dicho príncipe intenta reagravar los males de la guerra; y estando resueltas las dichas potencias confederadas á hacer toda suerte de sacrificios para poner término á tan lamentable estado de cosas, empleando al efecto recursos adecuados á las circunstancias presentes ó que puedan sobrevenir, han determinado arreglar sus contingentes respectivos por medio de sus ministros plenipotenciarios reunidos y congregados en esta asamblea, á saber :

» S. E. el vicepresidente encargado del poder ejecutivo de la República de Colombia á los excelentísimos señores Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez, general de brigada de los ejércitos de dicha República.

» S. E. el presidente de la República de Centro-América á los excelentísimos señores Antonio Larrazábal y Pedro Molina.

» S. E. el consejo de gobierno de la República del Perú á los excelentísimos señores don Manuel Lorenzo de Vidáurre, presidente de la corte suprema de justicia de la misma República, y don Manuel Pérez de Tudela, fiscal del mismo tribunal.

» S. E. el presidente de los Estados Unidos Mejicanos á los excelentísimos señores don José Mariano Michelena, general de brigada, y don José Domínguez, regente del supremo tribunal de justicia del Estado de Guanajuato.

» Y habiéndose manifestado mutuamente sus plenos poderes y encontrádolos bastantes y en debida forma, han convenido en los artículos siguientes :

» Art. 1º. Las partes contratantes se obligan y comprometen á levantar y mantener en pié efectivo y completo de guerra un ejército

de sesenta mil hombres de infantería y caballería en esta proporcion : la República de Colombia quince mil doscientos cincuenta; la del Centro-América seis mil setecientos cincuenta; la del Perú cinco mil doscientos cincuenta; y los Estados Unidos Mejicanos treinta y dos mil setecientos cincuenta. La décima parte de estos contingentes será de caballería.

» Art. 2º. Dichos sesenta mil hombres estarán organizados en brigadas y divisiones, armadas, equipadas y prontas de un todo á entrar en campaña y á obrar defensiva y ofensivamente, segun el concierto establecido por separado entre las partes contratantes, con el fin de que estas tropas tengan toda la movilidad de que son susceptibles, el cual será tan obligatorio como si se hubiera insertado palabra por palabra en la presente convencion.

» Art. 3º. Como el objeto de las partes contratantes al unirse en una confederacion, es disminuir los sacrificios que cada una tendria que hacer por sí sola en beneficio de la causa comun, y prestarse toda proteccion y ayuda, se ha convenido y conviene ademas, que en el caso de ser invadida una de las partes, deben las demas socorrerla, no solamente con las tropas de que se ha hablado arriba, sino tambien con un subsidio de doscientos mil pesos cada una, los cuales serán pagados puntualmente á la disposicion del gobierno del país invadido en la tesorería del aliado que deba darlo, bien sea en moneda sonante ó en letras de cambio, fuera de los otros auxilios pecuniarios que las partes contratantes están prontas á prestarse recíprocamente, y que estipularán despues, si fuere necesario, en virtud de las circunstancias.

» Art. 4º. Los contingentes de tropa se pondrán, llegado el caso de obrar en defensa de alguna de las partes contratantes, bajo la direccion y órdenes del gobierno que van á auxiliar; bien entendido que los cuerpos auxiliares han de conservar bajo sus jefes naturales la organizacion, ordenanza y disciplina del país á que pertenecen.

» Art. 5º. Cualquiera de las partes contratantes que vaya en auxilio de otra, estará obligada durante la campaña á alimentar, pagar, vestir, reemplazar las bajas de sus contingentes respectivos, y hacer los gastos que cause su transporte; pero el auxiliado los tratará en punto á cuarteles, ó alojamientos y hospitales, como á sus propias tropas, y les proveerá de las municiones de guerra que consuman, y de las armas que necesiten en reemplazo de las que se inutilicen miéntras duren las operaciones.

» Art. 6º. Los víveres que consuman las tropas auxiliares serán

suministrados por sus gobiernos respectivos. Si estos no pudiesen proporcionárselos, ó creyesen mas conveniente tomarlos del país que defienden, el gobierno de dicho país estará obligado á facilitárselos al mismo precio y de la misma calidad que los dé á sus propias tropas, formando al intento los arreglos y convenios necesarios para cada campaña.

» Art. 7°. Todos los gastos causados en las operaciones que se emprendan conforme á los artículos anteriores, en defensa de algunas de las partes contratantes, y subsidios de cualquiera especie que se les den, serán abonados por la potencia que recibió el auxilio dos años despues de la conclusion de la presente guerra, por medio de un tratado definitivo de paz con España, previa su liquidacion.

» Art. 8°. Para reemplazar las bajas de los contingentes con que cada una de las partes debe concurrir, se ha convenido en que pueda hacerse recluta voluntaria en el país donde se está obrando; pero tales reclutas, siendo súbditos por nacimiento del gobierno de dicho país, serán enteramente libres para seguir ó no las banderas en que se han enganchado, al tiempo de retirarse las tropas auxiliares, debiendo en todo caso pagarse el alcance que hubiere en favor ó en contra del cuerpo.

» Art. 9°. En el caso que las partes contratantes crean conveniente tomar la ofensiva contra el enemigo comun, fuera del territorio de los aliados, con los contingentes de tropas estipulados en el artículo 1°, se concertarán entre sí sobre los medios que hayan de emplear, el objeto de la empresa, jefe que la dirija, y la organizacion temporal ó permanente que se dé al país que se ocupe, á fin de que haya unidad de accion en el servicio y se asegure el éxito.

» Art. 10°. Las partes contratantes se obligan y comprometen ademas á tener y mantener una fuerza naval competente, sobre cuyo número, calidad, proporcion y destino se han convenido por separado, y para cuyo completo consignan desde luego la suma de siete millones setecientos veinte mil pesos fuertes, distribuidos de la manera siguiente: á la República de Colombia dos millones doscientos cinco mil setecientos catorce pesos fuertes, á la de Centro-América novecientos cincuenta y cinco mil ochocientos once pesos fuertes, y á los Estados Unidos Mejicanos cuatro millones quinientos cincuenta y ocho mil cuatrocientos setenta y cinco pesos fuertes.

» Art. 11°. Las partes contratantes se obligan y comprometen igualmente á mantener sus respectivos buques en pié de guerra completamente armados, tripulados y provistos con las municiones

de boca correspondientes, las cuales deberán renovarse de seis en seis meses, sin que para ello sea necesario distraer los buques del servicio en que se hallen empleados.

» Art. 12°. Los buques de la marina aliada llevarán el pabellon de la nacion á que pertenecen, y sus oficiales y tripulacion serán juzgados y se gobernarán por las leyes y ordenanzas respectivas, entre tanto que los aliados adoptan de acuerdo una ordenanza ó reglas generales para que uniformen el servicio.

» Art. 13°. Una comision compuesta de tres miembros nombrados, uno por el gobierno de la República de Colombia, otro por el de la República de Centro-América, y otro por el de los Estados Unidos Mejicanos, se encargará de la direccion y mando de la fuerza naval que debe establecerse en el mar Atlántico, con facultades de un jefe militar superior, ó mayores, si dichos gobiernos lo estimasen conveniente, para realizar los grandes objetos en que se han convenido.

» Art. 14°. Los miembros de la comision directiva de las fuerzas navales de la Confederacion serán nombrados por los respectivos gobiernos dentro de veinte dias despues de la ratificacion de la presente convencion, y se reunirán á la mayor brevedad posible por la primera vez en la plaza de Cartagena, donde fijarán su residencia, ó la variarán á cualquiera otro lugar que esté bajo la jurisdiccion de alguna de las tres potencias que los han constituido, segun lo crean conveniente para el mejor éxito de las operaciones que emprendan, y facilidad de comunicaciones con los gobiernos de quienes dependen.

» Art. 15°. Á fin de que dicha comision directiva tenga toda la independencia y libertad necesaria para el mejor desempeño de sus funciones, se ha convenido y conviene aquí expresamente, que cada uno de sus miembros goce todas las inmunidades y exenciones de un agente diplomático, sea cual fuere el lugar en que resida.

» Art. 16°. Las presas que haga la fuerza naval de la Confederacion se distribuirán íntegramente entre los oficiales, tropa y tripulacion aprehensores; la clasificacion de presas, el tribunal en que han de ser juzgadas, y el modo con que ha de hacerse su distribucion, se arreglará por un convenio particular.

» Art. 17°. Los reparos que necesite la marina federal por averías de guerra ó mar, serán hechos indistintamente por cuenta de la misma Confederacion, con un fondo que al efecto se distribuirá entre las partes contratantes con proporcion á sus respectivos con-

tingentes, y se pondrá á disposicion de la comision directiva. Y para que dicha comision tenga desde luego algun fondo disponible con que ocurrir á los mas prontos reparos que se ofrezcan, se le entregará, desde que se reuna, la cantidad de trescientos mil pesos, completándose como sigue : la República de Colombia ochenta y cinco mil setecientos catorce pesos fuertes; la República de Centro-América treinta y siete mil ciento cuarenta y seis pesos fuertes; y los Estados Unidos Mejicanos ciento setenta y siete mil ciento cuarenta pesos fuertes.

» Art. 18°. Si alguna de las potencias contratantes tuviere ademas á su servicio otros buques armados ó los armáre en adelante, que no pertenezcan á la marina confederada, y uno ó mas de ellos concurriere con uno ó mas de la dicha marina al apresamiento de enemigos, participarán de todas las ventajas, como si perteneciesen á ella.

» Art. 19°. Si al concluir la paz con España, cuya consecuencia es el objeto de esta convencion, convinieren las partes contratantes en disolver la marina aliada, se devolverán á cada una los mismos buques con que haya contribuido para su formacion, segun el convenio á que se ha referido el artículo 10, ó los que los hayan reemplazado conforme á lo estipulado en el artículo 17.

» Art. 20°. Para cubrir las costas de las partes contratantes en el mar Pacífico, se ha convenido y conviene en que la República peruana mantenga constantemente en ella, en el mismo pié de guerra que se ha dicho arriba, una escuadra compuesta y dividida en dos cruceros del modo que se ha establecido por separado, y dicha escuadra será dirigida y sostenida por su gobierno con entera independencia de la comision directiva.

» Art. 21°. En virtud de lo estipulado en el artículo precedente, se conviene ademas en que la República del Perú no sea comprendida ni en las prestaciones ni en las ventajas que resulten á las potencias que concurren á la formacion de las fuerzas navales del mar Atlántico por los artículos 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17 y 19 de esta convencion; bien entendido que si sucesos prósperos proporcionasen á las potencias que forman la marina del Atlántico el resarcimiento de los gastos hechos en ella, entónces la República del Perú será reintegrada tambien, despues de aquellas, de los gastos que haya hecho en la del Pacífico, á la manera que si la República del Perú se repusiere de los gastos erogados en la costa del Pacífico, el sobrante quedará para distribuirse entre las potencias aliadas en el Atlántico.

» Art. 22°. Las potencias de América que accedieren al tratado de union, liga y confederacion perpétua de esta fecha en los términos prescriptos en el artículo 25 del mismo, prestarán igualmente sus contingentes de tierra y mar con la misma proporcion que las demas partes aliadas, y se acumularán á los ya designados.

» Art. 23°. Las prestaciones y obligaciones á que se han comprometido las partes contratantes por la presente convencion de contingentes relativa á la guerra actual en que se hallan empeñadas contra el rey de España, se entenderán aplicables á cualquiera otra guerra que acuerden sostener en comun, si al determinarlo las partes se convienen en ellas.

» Art. 24°. La presente convencion será ratificada, y las ratificaciones serán canjeadas en la villa de Tacubaya dentro del término de ocho meses, ó ántes si fuese posible.

» En fe de lo cual los ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos han firmado y sellado las presentes con sus sellos respectivos, en esta ciudad de Panamá á quince dias del mes de julio del año del Señor 1826.

» (L. S.) Pedro Briceño Méndez. — (L. S.) Pedro Gual. — (L. S.) Antonio Larrazábal. — (L. S.) Pedro Molina. — (L. S.) Manuel de Vidáurre. — (L. S.) Manuel Pérez de Tudela. — (L. S.) José Mariano de Michelena. — (L. S.) José Domínguez. »

Concierto á que se refiere el artículo 2° de la convencion de contingentes de esta fecha, celebrado entre las Repúblicas de Colombia, Centro-América, Perú y Estados Unidos Mejicanos.

(Reservado.)

« Los infraescritos ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de América concurrentes á la asamblea general de Panamá, conforme á lo estipulado en la convencion de contingentes firmada en esta fecha, han ajustado y concluido el concierto siguiente :

» PARTE PRIMERA, RELATIVA AL EJÉRCITO.

» Art. 1°. El contingente asignado á cada potencia de las contratantes, se dividirá en tres cuerpos iguales, de los cuales el primero estará siempre sobre la costa pronto para embarcarse en auxilio de la que sea invadida; el segundo se hallará á una distancia de la costa que no exceda de cuarenta leguas, en disposicion de reemplazar

al primero en el momento que este salga; y el tercero estará situado en reserva para reemplazar al segundo en su caso.

» Art. 2°. Como los tres cuerpos de que se ha hablado tienen no solo por objeto ocurrir en auxilio del aliado que sea invadido, sino tambien defender el territorio de la potencia que debe darlos, cada gobierno podrá tener el segundo y tercer cuerpo del modo que juzgue mas conveniente, con tal que en su concepto ellos estén en disposicion de reemplazarse sucesivamente en sus casos, ó de reunirse al primero en una necesidad urgente.

» Art. 3°. Los contingentes no se deberán sino cuando la invasion sea séria; es decir, que exceda de cinco mil hombres de desembarque, y emprender ó apoderarse de alguna plaza fuerte, ó fortificarse en la costa ó se internaren en el país hasta la distancia de treinta leguas.

» Art. 4°. Si la invasion fuere de mas de cinco mil hasta diez mil hombres, cada aliado ocurrirá en auxilio del invadido con la sexta parte de su contingente, ó mitad del primer cuerpo. Si pasare la invasion de diez mil hasta quince mil hombres, se dará el primer cuerpo íntegro; y si fuere mayor de este último número, hasta veinte y cinco mil ó mas, el auxilio será de los dos primeros cuerpos. El total de cada contingente no se dará sino cuando los sucesos que haya alcanzado el enemigo, hagan probable la subyugacion de la potencia invadida.

» Art. 5°. En el caso de que dos ó mas aliados sean invadidos á la vez, los auxilios de los demas se dirigirán á defender aquel donde haya llevado el enemigo mayores fuerzas, si no se acordare otra cosa en la asamblea.

» Art. 6°. Si una de las potencias aliadas tuviere á la vista fuerzas enemigas, que amenacen desembarco y sean en número que indique invasion séria, al tiempo mismo que reciba el aviso requiriendo el contingente á favor de otras de las aliadas, podrá aquella suspender el envío de sus tropas, y no estará obligada tampoco á dar su equivalente en numerario; pero deberá contestarlo así, y si cesare el peligro que la amenazaba, se renovará la obligacion.

» Art. 7°. La caballería correspondiente á cada contingente marchará con sus monturas, bridas y demas equipo, siendo de cargo del aliado á quien se auxilia darle los caballos miéntras esté á su servicio.

» Art. 8°. La fuerza de artillería de cada contingente se deja á la prudencia de los respectivos gobiernos, y no se dará sino en el caso

de que el aliado invadido la pida expresamente. En este caso el invadido dará tambien los caballos necesarios para el tren y transporte miéntras esté á su servicio.

» Art. 9°. La potencia invadida pedirá á cada aliado el auxilio con que deba concurrir segun la proporcion fijada arriba, y el aliado requerido deberá precisamente ó poner su contingente en marcha dentro de sesenta dias contados desde aquel en que se reciba el aviso, ú ofrecer en respuesta el equivalente de que habla el artículo siguiente.

» Art. 10°. Siempre que alguna de las partes contratantes no concurra oportunamente con el contingente que le corresponde en el término fijado por el artículo anterior, deberá pagar mensualmente á la potencia invadida la cantidad de treinta pesos fuertes por cada hombre que faltare, cuyo pago se hará efectivo al paso que vaya venciéndose cada mes.

» Art. 11°. Si el aliado requerido no puede concurrir con las tropas, sino con la cantidad que las reemplaza, segun el artículo precedente, deberá contestarlo así inmediatamente para que el invadido pueda librar contra él las sumas vencidas mensualmente; bien entendido que la obligacion de pagar el equivalente en numerario debe empezar á los setenta dias de recibido el aviso de requerimiento.

» Art. 12°. Siempre que un gobierno haya de pagar alguna suma á otro de los aliados por los que deben darse conforme á este concierto y conforme al artículo 3° de la convencion de contingentes, lo hará en dinero sonante ó en letras de cambio contra los Bancos de los Estados Unidos del Norte ó de Lóndres.

» Art. 13°. Como es imposible comprender en un concierto todos los detalles de un plan de operaciones, que dependen del que cada potencia forme para su defensa particular, combinando sus localidades y recursos, los aliados convendrán entre sí por separado en todos estos detalles.

» Art. 14°. Como puede muy bien acontecer que requerido uno de los aliados por otro para dar su contingente en tropas, no pueda por falta de transportes ponerlo en el territorio invadido, sin embargo de tenerlo pronto para ello, se conviene en que calificadas las dificultades de insuperables ó extremamente gravosas al Estado auxiliar, despues de haber hecho este todos sus esfuerzos y oido los medios que le indique el agente diplomático de la potencia que pide el auxilio, no estará obligado el requerido á pagar en dinero el equi-

valente; y suscitándose diferencia entre la potencia que pidió el auxilio y la que debió darlo, sobre este punto se observará lo que se ha convenido para la terminacion de todas las diferencias.

» PARTE SEGUNDA, RELATIVA Á LA MARINA CONFEDERADA.

» Art. 15°. Siendo el objeto de esta parte del concierto ganar la superioridad marítima sobre el enemigo comun actual, se ha convenido en que la marina confederada se componga de tres navíos del porte de setenta hasta ochenta; diez fragatas de cuarenta y cuatro hasta sesenta y cuatro cañones; ocho corbetas de veinte y cuatro hasta treinta y cuatro; seis bergantines de veinte hasta veinte y cuatro; y una goleta de diez á doce cañones, apreciados estos buques por un término medio entre los puntos dados á razon de setecientos mil pesos un navío; cuatrocientos veinte mil una fragata; doscientos mil una corbeta, y noventa mil un bergantin.

» Art. 16°. En consecuencia cada una de las potencias que forman la marina del Atlántico llenará los contingentes que se les han señalado en la convencion, con los buques siguientes: Colombia un navío de setenta y cuatro á ochenta, dos fragatas de á sesenta y cuatro, y dos de á cuarenta y cuatro; Centro-América una fragata de cuarenta y cuatro á sesenta y cuatro, una corbeta de veinte y cuatro á treinta y cuatro, y dos bergantines de veinte á veinte y cuatro; los Estados Unidos Mejicanos dos navíos de setenta á ochenta, dos fragatas de á sesenta y cuatro, y otras dos de á cuarenta y cuatro, seis corbetas de á veinte y cuatro á treinta y cuatro, y tres bergantines de veinte á veinte y cuatro.

» Art. 17°. Como sumados los valores de los buques que se han designado á cada potencia, resulta que los de Colombia valen ciento sesenta y cuatro mil doscientos ochenta y seis pesos mas que el contingente que le cupo en numerario, han convenido en que este exceso le sea satisfecho con los ciento cincuenta y cinco mil ochocientos once pesos que le faltan á Centro-América, y los ocho mil cuatrocientos setenta y cinco que faltan á Méjico para llenar los suyos; y como reunidas estas dos sumas hay todavía un déficit de diez mil pesos, se ha convenido en que Colombia deduzca esta cantidad de la que debe dar por la primera vez para el fondo de reparos, conforme al artículo 17° de la convencion.

» Art. 18°. Los objetos á que debe dirigir sus operaciones la marina confederada serán: primero, defender y asegurar las costas y

mares de las dichas Repúblicas contra toda invasion exterior; y segundo, buscar y perseguir hasta aniquilar y destruir la marina española, donde quiera que se halle.

» Art. 19°. Debe ser uno de los principales cuidados de la comision directiva, que los buques estén siempre en el mejor estado de servicio, á cuyo fin dirigirá mensualmente á los respectivos gobiernos el estado de existencia de la caja de reparos, para que sean reemplazados los fondos que se hayan consumido, ó se envien los mas que sean necesarios. Estos reemplazos y cambios de fondos se harán siempre en la misma proporcion en que se han distribuido los primeros trescientos mil pesos de que habla el artículo 17° de la convencion de contingentes.

» Art. 20°. La comision organizará el ramo de cuenta y razon para la administracion de la caja de reparos, nombrando los empleados que juzgue absolutamente necesarios para ello, y dotándolos con los sueldos correspondientes, los cuales se pagarán de la misma caja; todo segun las instrucciones que reciba de los respectivos gobiernos, á quienes dará cuenta oportunamente de lo que haga.

» Art. 21°. La escuadra que la República peruana debe mantener en el mar Pacífico, conforme al artículo 20 de la convencion, se compondrá de los buques que en la distribucion hecha en el artículo 16° de este concierto, faltan para completar la fuerza total detallada en el 15°, á saber: una fragata, una corbeta, un bergantin y una goleta; y los dos cruceros que debe mantener constantemente serán: uno desde el límite mas sur de la dicha República hasta el puerto de Panamá, y otro desde este puerto hasta el límite mas norte de los Estados Unidos Mejicanos en el Pacífico.

» Art. 22°. El presente concierto podrá ser revisto y reformado en todo ó en parte, siempre que los aliados lo juzguen conveniente.

» En fe de lo cual los infraescritos han firmado y sellado el presente concierto en la ciudad de Panamá, á quince dias del mes de julio del año del Señor 1826.

» (L. S.) Pedro Briceño Méndez. — (L. S.) Pedro Gual. — (L. S.) Antonio Larrazábal. — (L. S.) Pedro Molina. — (L. S.) M. L. de Vidáurre. — (L. S.) Manuel Pérez de Tudela.— (L. S.) José Mariano de Michelena. — (L. S.) José Domínguez. »

Nota 54ª. — Página 530.

Era muy difícil legislar en los congresos de Colombia : pocas veces una misma ley podia convenir á Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Esta parte de Colombia era la mas excéntrica. En hacienda y en algunos otros ramos de administracion pública, nada de lo que podia ser conveniente á los Venezolanos y Granadinos era adaptable á los habitantes del Sur, como se denominaban los de esta seccion de la República. Observamos la singularidad de que esta gran diferencia de caractéres, usos y costumbres llegára hasta el rio Mayo, donde terminaba por el norte el imperio de los Incas. Parece que las antiguas instituciones de estos monarcas influyeron permanentemente, aun despues que desaparecieron sus leyes, en el carácter de los Indios y de los nuevos señores del país, los Españoles y sus hijos.

Nota 55ª. — Página 533.

Parécenos importante conservar para la historia el texto literal de una de estas célebres cartas, que decia :

« Sr intendente del departamento del Istmo.

» Lima, 6 de agosto de 1826.

» La situacion actual de Colombia me ha forzado á meditar profundamente sobre los medios de evitar las calamidades que le amenazan. He creido conveniente, miéntras emprendo mi viaje hácia allá, enviar al ciudadano Antonio Leocadio Guzman para que comunique las ideas que me han ocurrido. Ud. las oirá de su boca.

» Si Ud. y las demas personas de influjo se empeñan en apoyarlas, se contendrá el incendio que se asoma por todas partes. Propongo tambien el código boliviano que con algunas ligeras modificaciones parece aplicable á todas las situaciones que Colombia puede apetecer. La imprenta serviria con buen suceso para inclinar la opinion pública en favor de este código, inspirar una grave circunspeccion en materias de tanta magnitud, y una lenta marcha en una senda tan peligrosa. Unidos los buenos ciudadanos á nuestro incorruptible ejército, se sostendrá el edificio levantado á costa de virtudes y heroismo. Un paso imprudente puede sepultarnos para siempre. Calma

y union es cuanto importa por ahora. Yo iré bien pronto á ayudar á un pueblo que no merece perder en un dia el fruto de tantas victorias y de tantos sacrificios, que serán reducidos á cenizas si no se unen todos unánime y estrechamente para formar una sólida masa que sirva de barrera al torrente de horrores que nos quiere inundar.

» Tenemos un pabellon que ha sido testigo de nuestras glorias y de nuestras calamidades. *Colombia* es la palabra sagrada, y la palabra mágica de todos los ciudadanos virtuosos. Yo mismo soy el punto de reunion de cuantos aman la gloria nacional y los derechos del pueblo. Con tales guias no hay razon ni justicia para extraviarnos : reunámonos al rededor de estas insignias que nos han servido en los largos dias de desastres, y que no debemos abandonar en los instantes del triunfo.

» Yo tomo á Ud. por órgano de estas ideas y sentimientos, para que los comunique á los amigos y compatriotas. — Bolívar. »

Esta misma carta fué dirigida por el Libertador á sus principales y mas influentes amigos.

Nota 56ª. — Página 554.

« A S. E. el general don Antonio de Santa Cruz.

» Popayan, 26 de octubre de 1826.

» Mi querido general,

» He tenido el gusto de recibir las cartas de Ud. que me ha traido el coronel Ibarra. Cuanto contienen estas cartas es lisonjero para mí, porque veo que ese pueblo me honra con exceso, aun despues de mi ausencia. Todas las demostraciones son casi unánimes en mi favor; y por lo mismo propias para hacerme concebir las mas alegres esperanzas de armonía y fraternidad. Pero diré á Ud. francamente que el juicio de Guise me ha dado la medida del verdadero espíritu que se oculta en el fondo de las intenciones : para mí este rasgo es muy notable y muy decisivo, para que me atreva á instar mas á Ud. sobre la represion de los enemigos de Colombia y de mi persona. No hay remedio, amigo; esos señores quieren mandar en jefe y salir del estado de dependencia en que se hallan, por desgracia por su bien, y por necesidad; y como la voluntad del pueblo es la ley ó la fuerza que gobierna, debemos darle plena sancion á la necesidad que impone su mayoría. Tambien diré de paso, que no te-

nemos interes alguno en contrariar esta expresion de la fuerza, la voluntad pública. Yo tengo demasiadas atenciones en mi suelo nativo, que he descuidado largo tiempo por otros países de la América : ahora que veo que los males han llegado á su exceso, y que Venezuela es la víctima de mis propios sucesos, no quiero mas merecer el vituperio de ingrato á mi primitiva patria.

» Tengo tambien en consideracion la idea de conciliar la dicha de mis amigos en el Perú con mi gloria particular. Uds. serán sacrificados si se empeñan en sostenerme contra el conato nacional; y yo pasaré por un ambicioso y aun usurpador, si me esmero en servir á otros países fuera de Venezuela. Yo, pues, relevo á Ud. y á mis dignos amigos los ministros, del compromiso de continuar en las miras que habian formado algunos buenos espíritus. Yo aconsejo á Uds. que se abandonen al torrente de los sentimientos patrios; y que en lugar de dejarse sacrificar por la oposicion, se pongan Uds. á su cabeza; y en lugar de planes americanos, adopten Uds. designios puramente peruanos; digo mas, designios exclusivos al bien del Perú. No concibo nada que llene ampliamente este pensamiento. Mas es mi deber y conviene á mi gloria aconsejarlo. Crea Ud., mi querido general, que cuanto acabo de decir es sincero y espontáneo : ningun resentimiento, ningun objeto de despique me ha instigado á tomar esta deliberacion : *todavía infinitamente ménos* la mas ligera sospecha de que Ud. haya sostenido el asunto de Guise. ¡Oh no! jamas haré á Ud. tan odiosa y abominable injuria. Si no fuera Ud. digno de mi confianza, no la habria obtenido ni un solo instante. Precisamente por recompensar tan hermosa consagracion por parte de Ud., es que me he resuelto á deliberar de este modo. Yo no quiero, no, jamas, que mis amigos sean víctimas de su celo, ó que caigan en la detestable opinion de enemigos de su patria. Así, obre el consejo de gobierno libremente : siga su conciencia sin trabas ni empeños, oiga la voluntad pública, y sígala velozmente, y habrá llenado todos mis votos — « el bien del Perú. »

» Persuádase Ud., general, de la íntima ingenuidad de mi corazon y de la pureza con que profeso estos sentimientos verdaderamente hijos de mi conciencia, de mi cálculo y de mi gloria. Yo voy á hacer todo el bien que pueda á Venezuela sin atender á mas nada. Hagan Uds., pues, otro tanto con el Perú. Ya que no puedo prestarles auxilios desde tan léjos, quiero á lo ménos ofrecerles un buen consejo y un ejemplo laudable. Primero el suelo nativo que nada : él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra

cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educacion: los sepulcros de nuestros padres yacen allí, y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fué el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones, y de cuanto nos ha formado. ¿Qué títulos mas sagrados al amor y á la consagracion? Sí, general, sirvamos la patria nativa, y despues de este deber coloquemos los demas. Ud. y yo no tendrémos que arrepentirnos si así lo hacemos...

» Cuando el consejo de gobierno juzgue que las tropas colombianas le embarazan ó le perjudican al Perú, debe inmediatamente mandarlas para Colombia, procurando pagarles una parte ó el todo de sus sueldos. Si no hubiere dinero, tambien vendrán sin pagas, pues nosotros no hemos ido á buscar sino fraternidad y gloria.

» Ruego á Ud., querido general, que despues de meditar bien con los señores Pando y Larrea, sobre el contenido de esta carta, y que hayan Uds. adoptado una resolucion, tenga Ud. la bondad de comunicarle al general Sucre el orígen, progresos y resultados de este asunto. Háblele Ud. como al hermano de Pichincha; quiero decir, cordial y francamente. Ud. conoce las dificultades en que se halla envuelto el general Sucre, enclavado entre cuatro enemigos. La resolucion de no reconocer á Bolivia debiera ser útil á Sucre, si los hombres fueran sensatos y no locos, pues se conoceria por esto el deseo de nivelar á Bolivia con la Plata y Chile, es decir, con la anarquía; pero ya verá Ud. el efecto que tiene esta pérfida amenaza; desde luego los ambiciosos van á encontrar una peaña en qué montar para gritar contra los libertadores. — Los ingratos insensatos creen que nuestro bien se hace con malicia y por dominar; ellos verán si su patria se convierte en el *infierno de los hombres, que es la anarquía,* como ha querido decir un poeta. En fin, Ud. dígale al general Sucre todos sus pensamientos y deseos, á fin de que obre en consecuencia.

» Tenga Ud. la bondad de presentar esta carta á los hombres mas dignos del Perú; á los que por salvarlos diera mi vida, — Pando y Larrea; — y Ud. tambien, mi querido general, merece este sacrificio, y toda la amistad franca y leal de su mejor amigo, que le ama de corazon. BOLÍVAR. »

Nota 57a. — Página 567.

Este exámen del estado de una parte de los pueblos de Colombia, hecho por un hombre de tanta penetracion como el Libertador, y lo que en otro capítulo dijimos de los tres departamentos del sur, observaciones que pudieran extenderse á todo el territorio colombiano, prueban una triste verdad. Tal es, que nos equivocamos desde el principio en todo el sistema de instituciones y leyes adoptadas para nuestras nacientes Repúblicas. Les dimos constituciones tomadas en gran parte de la República francesa y de los Estados Unidos. Copiamos leyes que adoptáran naciones antiguas y mas civilizadas que nosotros, sin consultar, segun era debido, nuestras habitudes, usos, costumbres, religion, preocupaciones y demas circunstancias locales: quisimos hacer filósofos de los Indios, negros, mulatos y blancos criollos que componen la masa ignorante de nuestros pueblos; el resultado fué una inquietud y descontento general con el nuevo órden de cosas. Asegurarse puede esto mismo de todas las Repúblicas nacidas de las colonias españolas. Aun no hemos visto en ninguna de ellas legisladores filósofos que escudriñando lo que existe en nuestros países, tomen los hechos por punto de partida, y no lo que enseñan los políticos franceses á quienes elegimos por guias, ó lo que disponian las constituciones de los Estados Unidos del Norte. Acaso de aquí proviene esa inquietud y descontento de las masas, que no decrece con el tiempo y despues de tan largos ensayos: de aquí esas revoluciones periódicas en las nuevas Repúblicas, donde cualquier ambicioso mueve á los pueblos á su arbitrio, porque estos no tienen fe en la bondad de las instituciones y leyes que nos rigen, y tampoco las aman: de aquí esa mudanza frecuente de constituciones, que por lo comun van empeorando, y que ninguna hace la felicidad de los pueblos: de aquí..... pero seríamos difusos en extremo, si quisiéramos trazar el cuadro de los males que han producido nuestros errores políticos y legislativos. Mas, ¿cuál será el remedio y el sistema que debiéramos adoptar? De ningun modo nos juzgamos capaces de sugerirlo: el problema está erizado de dificultades bajo de cualquier aspecto que se le considere, pues el mal es ya muy antiguo. Sin embargo, parece no quedarnos otro arbitrio, que no copiar leyes ajenas inadaptables en lo general para nosotros, y mejorar las instituciones existentes, tomando por basas los hechos y

la experiencia, modificados por los principios republicanos de una democracia moderada y racional. — (Escribíase esto en 1848.)

Nota 58ª. — Página 571.

El club que promovia la revolucion de Venezuela era el mismo que habia solicitado del Libertador que erigiera una monarquía en Colombia. Ántes de haber recibido su contestacion negativa, este mismo club hablaba de reformas, sin decir jamas cuáles eran las que meditaba. Despues de recibir la respuesta de Bolívar, ya no le quiso por árbitro y mediador. Volvieron entónces aquellos mismos hombres á sus antiguas ideas de establecer el sistema de gobierno federativo, esa quimera, funesto presente que nos ha hecho la América del Norte. Quien dice en la del Sur *federacion*, dice *anarquía*, en lo cual no ha habido excepcion alguna. La voz mágica de federacion, que conmueve á los pueblos sin entenderla, ha desorganizado, primero á Venezuela y á la Nueva Granada, despues á Buenos Aires, Méjico y Centro-América, desgraciados países que ha convertido en sangrientos campos de batalla. Si el Libertador no hubiese impedido que se llevára á efecto en Venezuela tan imprudente proclamacion del sistema federativo de los Estados Unidos, es probable que despues de haberse derramado mucha sangre, sus hermosos campos servirian hoy solamente para apacentar la caballería del Llano, y que allí dominaria la raza africana. Empero los corifeos del desórden no veían, ó aparentaban no ver males de tamaña trascendencia.

Nota 59ª. — Página 592.

En Colombia, lo mismo que en todas las nuevas Repúblicas americanas, la excesiva libertad de la imprenta ha servido de un poderoso botafuego para agitar las pasiones y dividir á los ciudadanos. Los escritores públicos se han ocupado poco en ilustrar á los pueblos sobre sus verdaderos intereses, y en formar y dirigir bien su opinion; mutuos sarcasmos, injurias y dicterios han sido el tema favorito de sus escritos.

Nota 60ª. — Página 602.

Se titulaba *El Conductor*, del que el vicepresidente pagaba de los fondos públicos y repartia doscientos cincuenta ejemplares. En este periódico, que salia dos veces por semana, manifestó Azuero esa inflexible exaltacion de principios, que le hizo desgraciado en várias épocas de su vida, y ese mismo poco tino para aplicar á nuestros pueblos las teorías que habia recogido en su vasta lectura de políticos franceses. Pocas leyes ó decretos en que hubiera tenido parte Azuero, resultaron adaptables ó convenientes al estado físico, moral y religioso de nuestros pueblos. Los libros y no los hechos existentes eran su pauta; por consiguiente hizo de buena fe en diferentes épocas males de bastante consideracion á Colombia y á la Nueva Granada.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN EL TOMO TERCERO

DE LA

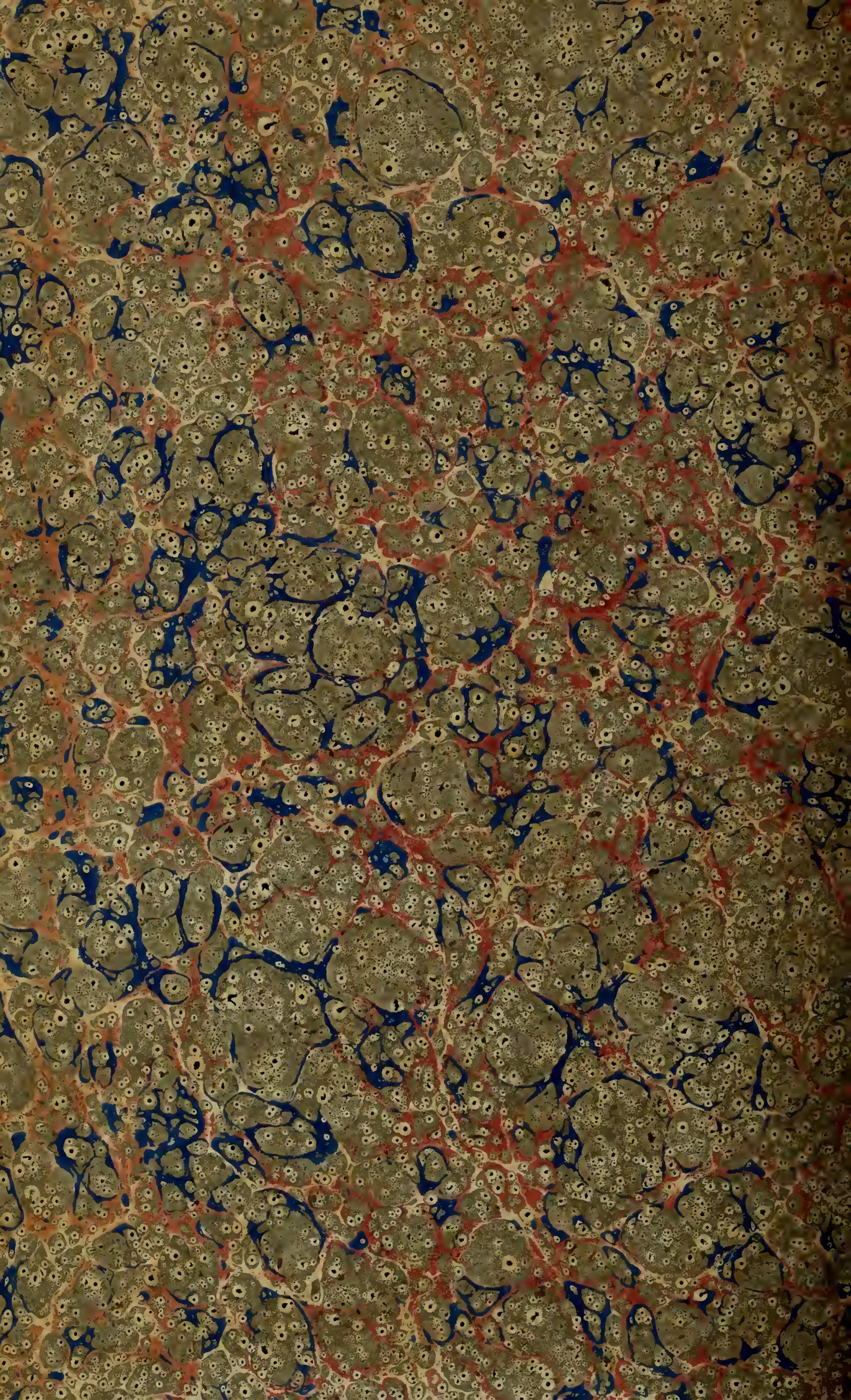
HISTORIA DE COLOMBIA.

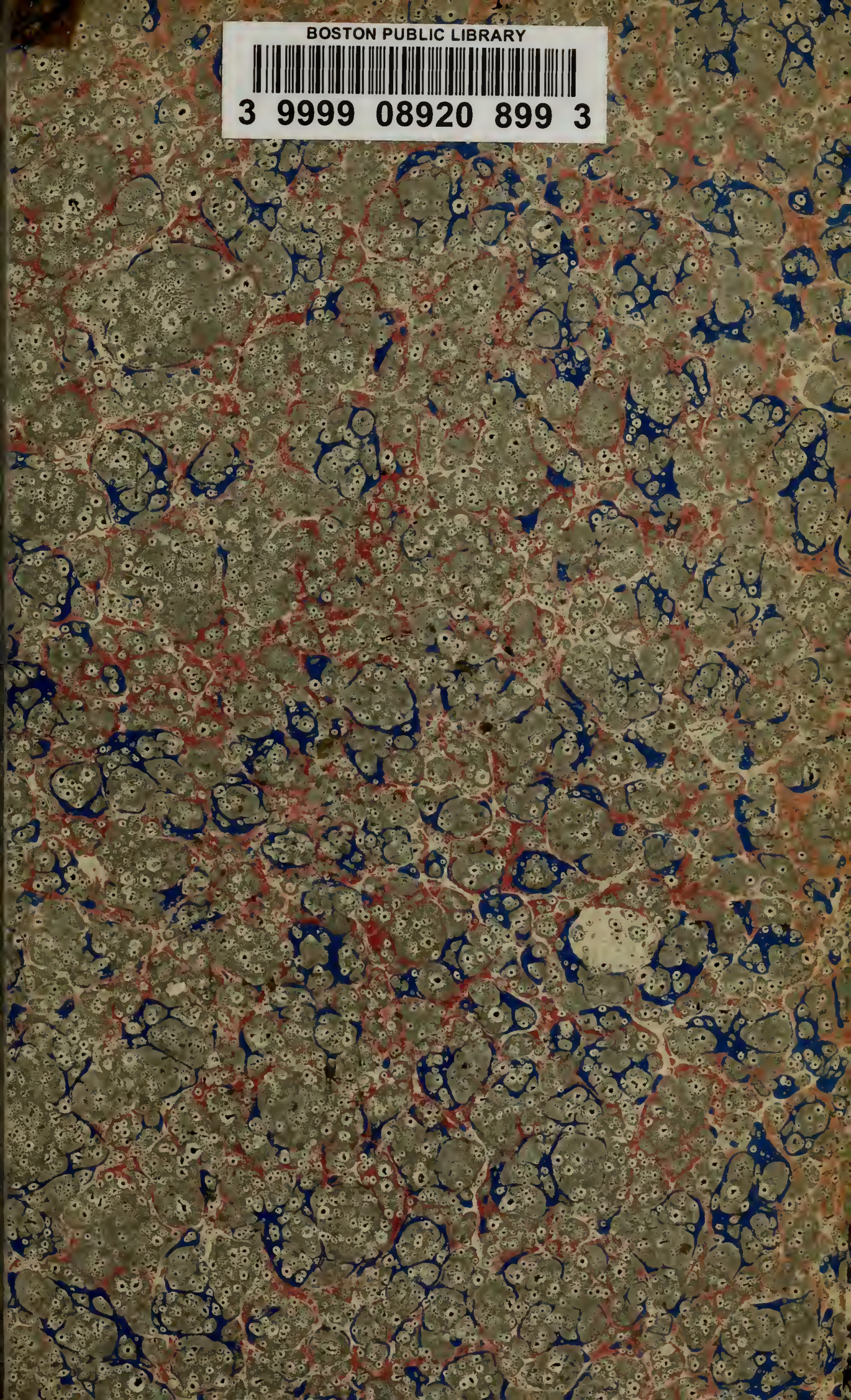


PARTE TERCERA.

Página.

FIN DEL TOMO TERCERO.




BOSTON PUBLIC LIBRARY
3 9999 08920 899 3

